

OBRAS COMPLETAS

MELANIE KLEIN

ENVIDIA Y
GRATITUD
y otros trabajos

3

PAIDOS

Melanie Klein

ENVIDIA Y GRATITUD
y otros trabajos



PAIDOS

Buenos Aires
Barcelona
México

Título original: *Envy and gratitude*
The Hogarth Press, Londres

© 1975, The Melanie Klein Trust
ISBN 0 7012 0409 5

Versión castellana de V.S. de Campo, S. Dubcovsky, V. Fischman,
H. Friedenthal, A. Korembli, D. Liberman, R. Malfé, N. Rosenblatt,
N. Watson y S. Zysman.

Revisada y actualizada por el Equipo Técnico de Editorial Paidós
Traducción de "Prefacio" de R. E. Money Kyrle
y "Notas aclaratorias" de Adolfo Negrotto

Portada: Gustavo Macri

© 1988, de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
Av. Diagonal 662-664, 08034, Barcelona, España

© 2004, de esta edición para Argentina y Uruguay
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires

© 2009, Editorial Paidós Mexicana, S. A.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.paidos.com.mx

Primera edición: 1988
Primera edición impresa en México: febrero de 2009
ISBN: 978-607-7626-13-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Programas Educativos, S.A. de C.V.
Calzada Chabacano no. 65, local A, colonia Asturias, México, D.F.
Impreso en México – *Printed in Mexico*

INDICE

Prefacio, de R.E. Money-Kyrle.....	9
1. Notas sobre algunos mecanismos esquizoides (1946).....	10
Introducción, 10. Algunas notas sobre los recientes trabajos de Fairbairn, 12. Algunos problemas del yo temprano, 13. Procesos de escisión en relación con el objeto, 14. La escisión en relación con la introyección y la proyección, 15. Relaciones objetales esquizoides, 21. La posición depresiva en relación con la posición esquizo-paranoide, 23. Relación entre los fenómenos esquizoides y maniaco-depresivos, 25. Algunas defensas esquizoides, 27. Ansiedad latente en pacientes esquizoides, 30. Resumen de las conclusiones, 31. Apéndice, 31.	
2. Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa (1948).....	34
3. Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis (1950).....	52
4. Los orígenes de la transferencia (1952).....	57
5. La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello (1952).	66
6. Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé (1952).....	70
Los primeros tres o cuatro meses de vida (la posición esquizo-paranoide), 70. La posición depresiva infantil, 81. Desarrollo ulterior y modificación de la ansiedad, 89. Conclusiones, 96. Notas, 98.	
7. Observando la conducta de bebés (1952).....	102
Notas, 125.	
8. La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado (1955).....	129
9. Sobre la identificación (1955).....	147
Introducción, 147. Una novela que ilustra la identificación proyectiva, 152. Interpretaciones, 158.	

10. Envidia y gratitud (1957).....	181
Conclusiones, 235.	
11. Sobre el desarrollo del funcionamiento mental (1958).....	241
12. Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia (1959)....	251
Post scriptum, 267.	
13. Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico (1960)....	268
14. Sobre la salud mental (1960).....	272
15. Algunas reflexiones sobre <i>La Orestíada</i> (1963).....	279
16. Sobre el sentimiento de soledad (1963).....	306
CONTRIBUCIONES BREVES.....	321
NOTAS ACLARATORIAS.....	329
APENDICE: Notas introductorias de Ernest Jones a	
ediciones anteriores de las obras de Melanie Klein.....	344
BIBLIOGRAFIA	350

PREFACIO

En este tercer volumen de sus *Obras Completas*, se han incluido todos los trabajos de Melanie Klein escritos entre 1946 y la fecha de su muerte, 1960, con una única excepción: *Relato del psicoanálisis de un niño*, que se publica por separado como volumen IV.

A diferencia de los que componen el volumen I (en su mayoría aparecidos originalmente en *Contribuciones al psicoanálisis*), estos trabajos no habían sido hasta ahora publicados en conjunto. Algunos aparecieron en dos libros de autoría colectiva, *Desarrollos en psicoanálisis* y *Nuevas direcciones en psicoanálisis*; *Envidia y gratitud* era en su origen una monografía, y otros integraron una publicación póstuma titulada *El sentimiento de soledad y otros ensayos*. Además, como están dirigidos a psicoanalistas en ciertos casos y a un público lego en otros, no presentan la homogeneidad que caracteriza al contenido de los restantes volúmenes. Son, sin embargo, el fruto de la etapa más madura de la actividad profesional de Melanie Klein, y varios de ellos revisten primerísima importancia para el estudioso de la obra kleiniana.

Al igual que en los volúmenes I y II, en la parte final de éste se han agregado Notas aclaratorias cuyo propósito es señalar la posición de cada uno de los temas principales en la evolución del pensamiento de Melanie Klein. Por último, en el Apéndice se reproducen, por considerarlos de interés histórico, una Introducción y dos Prefacios escritos por Ernest Jones para ediciones anteriores.

R.E. Money-Kyrle

1. NOTAS SOBRE ALGUNOS MECANISMOS ESQUIZOIDES ¹

(1946)

INTRODUCCION

Este capítulo se refiere a la importancia de las tempranas ansiedades y mecanismos paranoides y esquizoides. Durante muchos años me he ocupado de este tema, aún antes de haber aclarado mis puntos de vista sobre los procesos depresivos en la infancia. Sin embargo, a medida que fui elaborando mi concepto sobre la posición depresiva infantil, se impusieron nuevamente a mi atención los problemas de la fase que la precede. Deseo formular ahora algunas de mis hipótesis sobre las ansiedades y mecanismos más precoces. ²

Las hipótesis que he de presentar, y que se relacionan con etapas muy tempranas del desarrollo, surgieron por inferencia del material obtenido en análisis de adultos y niños, y algunas de ellas parecen concordar con las observaciones usuales de la labor psiquiátrica. Para apoyar mis argumentos se requeriría un cúmulo de detallado material de casos, que por razones de espacio no puedo exponer en el presente trabajo, por lo que espero llenar este vacío con futuras contribuciones.

Primeramente será útil resumir brevemente las conclusiones que ya he presentado con respecto a las fases más tempranas del desarrollo. ³

En la temprana infancia surgen las ansiedades características de

¹ Artículo leído en la Sociedad Psicoanalítica Británica el 4 de diciembre de 1946; se lo ha reproducido tal como se lo publicó entonces, aparte de ligeras alteraciones (en especial la adición de un párrafo y algunas notas al pie).

² Antes de completar este trabajo, intercambié ideas con Paula Heimann, a quien mucho agradezco sus sugerencias en la elaboración y formulación de muchos de estos conceptos.

³ *El psicoanálisis de niños* (1932) y "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935).

las psicosis, que conducen al yo a desarrollar mecanismos de defensa específicos. En este periodo se encuentran los puntos de fijación de todas las perturbaciones psicóticas. Esta hipótesis llevó a algunas personas a creer que yo considero psicóticos a todos los niños, pero ya me he ocupado suficientemente de este malentendido en otras oportunidades. Las ansiedades psicóticas, los mecanismos y las defensas del yo en la infancia ejercen una profunda influencia en todos los aspectos del desarrollo, incluyendo el desarrollo del yo, superyó y relaciones de objeto.

He expuesto a menudo mi punto de vista de que las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida, siendo el primer objeto el pecho de la madre, el que es escindido en un pecho bueno (gratificador) y un pecho malo (frustrador), conduciendo esta escisión a una separación entre amor y odio. Sugerí, además, que la relación con el primer objeto implica su introyección y su proyección, y de esta manera, desde un comienzo, las relaciones de objeto son modeladas por la interacción entre introyección y proyección, entre objetos y situaciones internas y externas. Estos procesos intervienen en la construcción del yo y del superyó, y preparan el terreno para el advenimiento del complejo de Edipo en la segunda mitad del primer año.

Desde un comienzo, el impulso destructivo se dirige hacia el objeto y se expresa primeramente en fantasías de ataques sádico-orales al pecho de la madre, que pronto se transforman en violentos ataques a su cuerpo con todos los recursos del sadismo. Los temores persecutorios que surgen de los impulsos sádico-orales del niño de robar del cuerpo de la madre sus contenidos buenos, y de los impulsos sádico-anales de colocar dentro de ella sus excrementos (incluyendo el deseo de entrar en su cuerpo para poder controlarla desde adentro) son de gran importancia para el desarrollo de la paranoia y de la esquizofrenia.

He enumerado varias defensas típicas del yo precoz, tales como los mecanismos de escisión del objeto y de los impulsos, la idealización, la negación de la realidad interior y exterior, y el ahogo de las emociones. He mencionado también varios contenidos de la ansiedad, incluyendo el miedo de ser envenenado y devorado. La mayor parte de estos fenómenos —que prevalecen en los primeros meses de vida— se encuentran en el cuadro sintomático posterior de la esquizofrenia.

He descrito este periodo temprano primero como “fase persecutoria” y luego como “posición paranoide”⁴, y sostuve que precede a la posición depresiva. Si los temores persecutorios son muy intensos, y si por esta razón (entre otras) el niño no puede superar la posición

⁴ Cuando publiqué por vez primera este trabajo en 1946 utilizaba el término “posición paranoide” como sinónimo de la “posición esquizoide” de W.R.D. Fairbairn. Habiéndolo pensado más, decidí combinar el término de Fairbairn con el mío y utilizar la expresión “posición esquizo-paranoide”.

paranoide, le es también imposible superar la posición depresiva. Este fracaso puede conducir a un reforzamiento regresivo de los temores persecutorios y fortificar los puntos de fijación de graves psicosis (es decir, el grupo de las esquizofrenias). El surgimiento de severas dificultades durante el período de la posición depresiva puede provocar perturbaciones maniaco-depresivas en la vida posterior. He llegado también a la conclusión de que en perturbaciones menos agudas del desarrollo, los mismos factores influyen intensamente en la elección de la neurosis.

Aunque he supuesto que el resultado de la posición depresiva depende de la elaboración de la fase precedente, le he atribuido, sin embargo, un papel central en el desarrollo temprano del niño. Porque con la introyección del objeto como un todo, la relación objetal del niño se modifica fundamentalmente. La síntesis entre los aspectos amados y odiados del objeto total da origen a sentimientos de duelo y de culpa que implican progresos vitales en la vida emocional e intelectual del niño. Esto constituye también un punto crucial para la elección de neurosis o psicosis. Mantengo aún todas estas conclusiones.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LOS RECIENTES TRABAJOS DE FAIRBAIRN

En varios trabajos recientes⁵ Fairbairn se ha ocupado mucho del tema al que me refiero. Por eso he creído necesario aclarar algunos puntos esenciales de acuerdo y desacuerdo entre nosotros. Se verá que algunas de las conclusiones que he de presentar en este trabajo coinciden con las de Fairbairn, mientras que otras difieren fundamentalmente. El enfoque de Fairbairn está hecho en gran medida desde el ángulo del desarrollo del yo en relación con los objetos, mientras que el mío ha sido hecho predominantemente desde el ángulo de las ansiedades y sus vicisitudes. Fairbairn denomina a la fase más temprana "posición esquizoide", y afirma que ésta forma parte del desarrollo normal y constituye la base de la enfermedad esquizoide y esquizofrénica adulta. Estoy de acuerdo con este concepto y considero su descripción de los fenómenos esquizoides del desarrollo muy importante y esclarecedora, y de gran valor para nuestra comprensión de la conducta esquizoide y de la esquizofrenia. También considero que el punto de vista de Fairbairn de que el grupo de perturbaciones esquizoides y esquizofrénicas es mucho más amplio de lo que se ha creído es correcto e importante, y que el énfasis particular que pone sobre la intrínseca relación entre histeria y esquizofrenia merece suma atención. Su denominación "posición es-

⁵ "Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis", "Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto" y "Relaciones objetales y estructura dinámica".

quizoide" parece adecuada, si se entiende que abarca tanto el temor persecutorio como los mecanismos esquizoides.

Estoy en desacuerdo, para mencionar primero los puntos básicos, con su revisión de la teoría de la estructura mental y de los instintos. También estoy en desacuerdo con su concepto de que en un comienzo sólo se internaliza el objeto malo, concepto que creo contribuye a la importante diferencia que existe entre nosotros con respecto al desarrollo de las relaciones de objeto y al desarrollo del yo. Por mi parte, sostengo que el pecho bueno introyectado forma una parte vital del yo, ejerce desde un comienzo una influencia fundamental en el proceso del desarrollo del yo y afecta tanto a la estructura yoica como las relaciones de objeto. Disiento también con su concepto de que "el mayor problema del esquizoide es cómo amar sin destruir con su amor, mientras que el mayor problema del depresivo es cómo amar sin destruir con su odio".⁶ Esta conclusión está de acuerdo no sólo con su rechazo del concepto de instintos primarios, sino también con su subestimación del papel que desempeñan la agresión y el odio desde el principio de la vida. Como resultado de este enfoque, no da suficiente importancia a la ansiedad y conflicto tempranos y a sus efectos dinámicos sobre el desarrollo.

ALGUNOS PROBLEMAS DEL YO TEMPRANO

En la exposición que sigue he de separar un aspecto del desarrollo del yo y deliberadamente no trataré de relacionarlo con los problemas del desarrollo del yo como un todo. Tampoco puedo referirme aquí a la relación del yo con el ello y el superyó.

Hasta el momento conocemos muy poco de la estructura del yo temprano. Algunas sugerencias recientes al respecto no me han convencido. Me refiero particularmente al concepto de Glover sobre los núcleos del yo y a la teoría de Fairbairn del yo central y los dos subsidiarios. Creo más eficaz la importancia que da Winnicott a la no integración del yo temprano.⁷ Diría también que el yo temprano carece de cohesión y que una tendencia a la integración alterna con una tendencia a desintegrarse, a hacerse pedazos.⁸ Pienso que estas fluctuaciones son características de los primeros meses de vida.

Creo que tenemos razón al suponer que algunas de las funciones

⁶ "Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis" (1941).

⁷ Véase D.W. Winnicott, "Primitive Emotional Development" (1945). En este trabajo Winnicott describe también el resultado patológico de estados de no integración, citando, por ejemplo, el caso de una enferma que no podía distinguir a su hermana gemela de sí misma.

⁸ La mayor o menor cohesión del yo en el comienzo de la vida postnatal debe considerarse en conexión con la mayor o menor capacidad del yo para tolerar ansiedad, la cual, como ya sostuve (*El psicoanálisis de niños*, esp. pág. 65) es un factor constitucional.

que conocemos en el yo posterior existen desde un comienzo. La más sobresaliente de estas funciones es la de hacer frente a la ansiedad. Sostengo que la ansiedad surge de la actuación del instinto de muerte dentro del organismo, es sentida como temor a la aniquilación (muerte) y toma la forma de temor a la persecución. El temor al impulso destructivo parece ligarse inmediatamente a un objeto, o mejor dicho es vivenciado como temor a un abrumador objeto incontrolable. Otras fuentes importantes de ansiedad primaria son el trauma del nacimiento (ansiedad de separación) y la frustración de las necesidades corporales; y también estas experiencias se sienten desde un principio, como provocadas por objetos. Aun cuando estos objetos sean sentidos como externos, se transforman, por introyección, en perseguidores internos, reforzando así el temor a los impulsos destructivos internos.

La necesidad vital de hacer frente a la ansiedad fuerza al yo temprano a desarrollar mecanismos y defensas fundamentales. El impulso destructivo es proyectado en parte hacia afuera (desviación del instinto de muerte) y según creo, se liga inmediatamente al objeto externo primario, el pecho de la madre. Tal como lo señaló Freud, el remanente del impulso destructivo es ligado hasta cierto punto dentro del organismo por la libido. Empero, ninguno de estos procesos cumple enteramente su propósito, y por tanto, la ansiedad de ser destruido desde adentro sigue activa. Creo que está de acuerdo con la falta de cohesión el hecho de que bajo la presión de este temor el yo tienda a hacerse pedazos.⁹ Este hacerse pedazos parece subyacer a los estados de desintegración de los esquizofrénicos.

Se plantea el interrogante de si algunos procesos activos de escisión del yo no pueden tener lugar incluso en una época muy temprana. Como suponemos, el yo temprano escinde en forma activa al objeto y a su relación con él, lo que puede implicar cierta escisión activa del yo mismo. De cualquier modo, el resultado de la escisión es una dispersión del impulso destructivo, que es sentido como la fuente de peligro. Sugiero que la ansiedad primaria de ser aniquilado por una fuerza destructiva interior, con la respuesta específica del yo de hacerse pedazos o escindirse, puede ser de mucha importancia en todos los procesos esquizofrénicos.

PROCESOS DE ESCISION EN RELACION CON EL OBJETO

El impulso destructivo proyectado afuera es experimentado primero como agresión oral. Creo que los impulsos sádico-orales hacia

⁹ Ferenczi en "Notas y fragmentos" (1930) sugiere que muy posiblemente todo organismo viviente reacciona a los estímulos displacenteros con fragmentación, la que sería una expresión del instinto de muerte. Es posible que los organismos complejos (organismos vivos) solo se mantienen como entidad por el impacto de las condiciones

el pecho de la madre son activos desde el comienzo de la vida, si bien con la iniciación de la dentición los impulsos canibalistas aumentan en intensidad, hecho que fue señalado por Abraham.

En estados de frustración y ansiedad los deseos sádico-orales y canibalistas se refuerzan y el niño siente que ha incorporado el pezón y el pecho en pedazos. De esta manera, junto a la división entre un pecho bueno y uno malo en la fantasía del niño, el pecho frustrador —atacado en fantasías sádico-orales— es sentido como hecho pedazos, mientras que el pecho gratificador, incorporado bajo el dominio de la libido de succión, es sentido como completo. Este primer objeto interno bueno actúa como un punto central del yo. Contrarresta los procesos de escisión y dispersión, contribuye a la cohesión e integración y constituye un factor en la construcción del yo.¹⁰ Pero la sensación del niño de tener adentro un pecho bueno y completo puede ser sacudida por la frustración y ansiedad. Como resultado, la división entre el pecho bueno y el malo puede ser difícil de mantener y el niño puede sentir que también el pecho bueno está hecho pedazos.

Creo que el yo es incapaz de escindir al objeto —interno y externo— sin que se lleve a cabo una escisión correspondiente dentro del yo mismo. Por tanto, las fantasías y sentimientos con respecto al estado del objeto interno influyen vitalmente en la estructura del yo. Cuanto más sadismo prevalece en el proceso de incorporación del objeto y cuanto más se siente que el objeto está hecho pedazos, tanto más está el yo en peligro de escindirse en relación con los fragmentos del objeto internalizado.

Por supuesto que los procesos que he descrito están ligados a la vida de fantasía del niño, y que las ansiedades que estimulan el mecanismo de escisión son también de naturaleza fantástica. Es en la fantasía que el niño escinde al objeto y al yo, pero el efecto de esta fantasía es muy real, porque conduce a sentimientos y relaciones (y luego a procesos de pensamiento) que están de hecho desconectados entre sí.¹¹

LA ESCISION EN RELACION CON LA INTROYECCION Y LA PROYECCION

Me he referido hasta ahora particularmente al mecanismo de escisión como a uno de los mecanismos y defensas más tempranos del

externas. Cuando estas condiciones se hacen desfavorables, el organismo se hace pedazos.

¹⁰ Winnicott (*loc. cit.*) se refiere al mismo proceso, aunque desde otro punto de vista, al describir cómo la integración y la adaptación a la realidad dependen esencialmente de la experiencia del niño, del cuidado y del amor de la madre.

¹¹ En la discusión que siguió a la presentación de este trabajo, Clifford Scott se refirió a otro aspecto de la disociación. Señaló la importancia de las grietas en la continuidad de experiencias, que implican una disociación en el tiempo más que en el espa-

yo contra la ansiedad. La introyección y la proyección son también usadas desde el principio de la vida al servicio de este propósito primario del yo. La proyección, como la describió Freud, se origina por la desviación hacia el exterior del instinto de muerte y, desde mi punto de vista, ayuda al yo a superar la ansiedad librándolo de lo peligroso y de lo malo. La introyección del objeto bueno es también utilizada por el yo como una defensa contra la ansiedad.

Intimamente relacionados con la proyección y la introyección se encuentran algunos mecanismos. Me interesa aquí particularmente la relación entre escisión, idealización y negación. Con respecto a la escisión del objeto, debemos recordar que en estados de gratificación los sentimientos de amor se dirigen hacia el pecho gratificador, mientras que en estados de frustración el odio y la ansiedad persecutoria se ligan al pecho frustrador.

La idealización está ligada a la escisión del objeto, ya que se exageran los aspectos buenos del pecho como salvaguardia contra el temor al pecho persecutorio. La idealización es, así, el corolario del temor persecutorio, pero surge también del poder de los deseos instintivos, que aspiran a una gratificación ilimitada y crean, por tanto, el cuadro de un pecho inagotable y siempre generoso, un pecho ideal.

Un buen ejemplo de semejante clivaje lo constituye la gratificación alucinatoria infantil. Los principales procesos que entran en juego en la idealización actúan también en la gratificación alucinatoria, principalmente la escisión del objeto y la negación tanto de la frustración como de la persecución. El objeto frustrador y persecutorio es mantenido muy separado del objeto idealizado. No obstante, el objeto malo no sólo es mantenido separado del bueno sino que su misma existencia es negada, como también la entera situación de frustración y los malos sentimientos (dolor) a que da lugar la misma. Esto está ligado a la negación de la realidad psíquica. La negación de la realidad psíquica sólo se hace posible a través de fuertes sentimientos de omnipotencia, característica esencial de la mente infantil. La negación omnipotente de la existencia del objeto malo y de la situación dolorosa equivale, en el inconsciente, a la aniquilación por medio del impulso destructivo. Sin embargo, no es sólo una situación y un objeto lo que se niega y aniquila; es *una relación de objeto* la que sufre este destino, y por tanto, también es negada y aniquilada una parte del yo, de quien emanan los sentimientos hacia el objeto.

De esta manera, en la gratificación alucinatoria tienen lugar dos procesos interrelacionados: la conjuración omnipotente del objeto y situaciones ideales, y la igualmente omnipotente aniquilación del ob-

cio. Se refirió, como ejemplo, a la alternación entre estados de reposo y estados de vigilia. Concuero completamente en que la disociación no debe ser considerada meramente en términos de espacio y en que las grietas en la continuidad son muy esenciales para la comprensión de los mecanismos esquizoides.

jeto malo persecutorio y de la situación dolorosa. Estos procesos están basados en la escisión tanto del objeto como del yo.

Mencionaré, al pasar, que en esta fase temprana la escisión, la negación y la omnipotencia desempeñan un papel similar al que cumple la represión en una época posterior del desarrollo del yo. Al considerar la importancia de los procesos de negación y omnipotencia en un estadio caracterizado por temores persecutorios y mecanismos esquizoides, podemos recordar las ideas delirantes de grandeza y de persecución en la esquizofrenia.

Hasta ahora, al referirme al temor persecutorio me referí sólo al elemento oral. Sin embargo, aunque la libido oral mantiene la primacía, impulsos y fantasías libidinales y agresivos de otras fuentes entran en acción y provocan una confluencia de deseos orales, uretrales y anales, tanto libidinales como agresivos. Los ataques contra el pecho de la madre evolucionan también hacia ataques de naturaleza similar contra su cuerpo, el que pasa a ser sentido, por así decirlo, como una continuación del pecho, aun antes de que la madre pueda ser concebida como persona total. Los fantaseados ataques a la madre siguen dos líneas principales: una es el impulso predominantemente oral de chupar hasta la última gota, arrancar con los dientes, vaciar y robar del cuerpo de la madre los contenidos buenos. (Expondré la relación de estos impulsos con el desarrollo de las relaciones de objeto en referencia a la introyección.) La otra línea de ataque deriva de los impulsos anales y uretrales e implica el expulsar sustancias peligrosas (excrementos) fuera del yo y dentro de la madre. Junto con estos excrementos dañinos, expelidos con odio, también son proyectados en la madre, o, como prefería decirlo, dentro de la madre¹² partes escindidas del yo. Estos excrementos y partes malas del yo no sólo sirven para dañar al objeto sino también para controlarlo y tomar posesión de él. En la medida en que la madre pasa a contener las partes malas del yo, no se la siente como un ser separado, sino como el yo malo.

Mucho del odio contra partes del yo se dirige ahora contra la madre. Esto lleva a una forma especial de identificación que establece el prototipo de una agresiva relación de objeto. Sugerí para estos procesos el término “identificación proyectiva”. Cuando la proyección deriva del impulso a dañar o controlar a la madre¹³, el niño sien-

¹² La descripción de tales procesos primitivos está muy obstaculizada porque estas fantasías surgen en una época en la que el niño no ha empezado aún a pensar con palabras. En este trabajo, por ejemplo, utilizo la expresión “proyectar *dentro* de otra persona” porque éste me parece el único medio de transmitir el proceso inconsciente que trato de describir.

¹³ Gwen Evans, en un corto trabajo sin publicar (leído en la Sociedad Psicoanalítica Británica en enero de 1946) dio algunos ejemplos de enfermos en los que los fenómenos siguientes eran pronunciados: falta de sentido de la realidad, sentimiento de estar dividido y de que partes de la personalidad habían penetrado en el cuerpo de la madre para robarla y controlarla; como consecuencia, la madre y otras personas similarmen-

te a ésta como un perseguidor. En perturbaciones psicóticas, esta identificación de un objeto con las partes odiadas del yo contribuye a la intensidad del odio dirigido contra los demás. En lo que atañe al yo, la excesiva escisión de partes de sí mismo y la expulsión de éstas al mundo exterior lo debilitan considerablemente. Pues el componente agresivo de los sentimientos y de la personalidad está íntimamente ligado en la mente con poder, potencia, fuerza, conocimiento y muchas otras cualidades deseables.

Empero, no son sólo las partes malas del yo las que se expulsan y proyectan, sino también partes buenas del yo. Los excrementos tienen entonces significado de regalos, y las partes del yo que junto con los excrementos se expulsan y proyectan en el otro representan las partes buenas, es decir, amorosas, del yo. La identificación basada en este tipo de proyección influye de nuevo vitalmente en las relaciones de objeto. La proyección de sentimientos buenos y de partes buenas del yo dentro de la madre es esencial para la capacidad del niño de desarrollar buenas relaciones de objeto y de integrar su yo. Pero, si este proceso de proyección es excesivo, se sienten perdidas partes buenas de la personalidad y de este modo la madre se transforma en el ideal del yo; este proceso también debilita y empobrece al yo. Muy pronto estos procesos se extienden a otras personas¹⁴, y el resultado puede ser una extrema dependencia de estos representantes externos de la propias partes buenas. Otra consecuencia es el temor de haber perdido la capacidad de amar, porque se siente que el objeto amado es amado predominantemente como representante del yo.

En consecuencia, los procesos de escindir partes del yo y proyectarlas en objetos son de vital importancia tanto para el desarrollo normal como para las relaciones objetales anormales.

El efecto de la introyección en las relaciones de objeto es igualmente importante. La introyección del objeto bueno, ante todo el pecho de la madre, es una precondition para el desarrollo normal. Ya he descrito cómo el pecho interno bueno pasa a constituir un punto central en el yo y contribuye a su cohesión. Un rasgo característico de la relación temprana con el objeto bueno, interno y externo, es la tendencia a idealizarlo. En estados de frustración o de ansiedad incrementada, el niño se ve obligado a huir hacia su objeto interno idealizado como medio de escapar de los perseguidores. Este mecanismo puede dar origen a varias perturbaciones graves: cuando el temor persecutorio es muy intenso, la fuga hacia el objeto idealizado se hace excesiva, y esto entorpece severamente el desarrollo del yo y

te atacadas representaban a la enferma. Evans atribuyó estos procesos a una etapa muy primitiva del desarrollo.

¹⁴ Clifford Scott, en un trabajo sin publicar y leído en esta sociedad hace algunos años, describió tres rasgos interrelacionados con los que se encontró en una enferma esquizofrénica: una fuerte perturbación de su sentido de la realidad, el sentimiento de que el mundo que la circundaba era un cementerio y el mecanismo de colocar todas las partes buenas de ella en otra persona, Greta Garbo, quien pasó a estar en su lugar.

perturba las relaciones de objeto. Como resultado puede sentirse el yo como enteramente subordinado y dependiente del objeto interno —como si fuera sólo la cáscara que lo recubre—. Junto a un objeto idealizado no asimilado se encuentra el sentimiento de que el yo no tiene ni vida ni valor propios.¹⁵ Yo sugeriría que el estado de fuga hacia un objeto idealizado no asimilado requiere aun más procesos de escisión dentro del yo. Ya que algunas partes del yo intentan unirse con el objeto ideal, mientras otras luchan por hacer frente a los perseguidores internos.

Las diversas formas de escindir al yo y a los objetos internos traen como consecuencia el sentimiento de que el yo está hecho pedazos. Este sentimiento puede llegar hasta el estado de desintegración. En el desarrollo normal, los estados de desintegración que experimenta el bebé son transitorios. Entre otros factores, la gratificación por parte del objeto externo bueno¹⁶ lo ayuda reiteradamente a superar estos estados esquizoides. La capacidad del bebé de superar estados esquizoides temporarios está de acuerdo con la fuerte elasticidad y resistencia de la mente infantil. Si estados de escisión y, por tanto, de desintegración que el yo no puede superar se producen con excesiva frecuencia y duran demasiado, deben ser considerados, desde mi punto de vista, como señales de enfermedad esquizofrénica en el niño, pudiéndose comprobar algunos indicios de dicha enfermedad ya en los primeros meses de vida. En enfermos adultos, los estados de despersonalización y de escisión esquizofrénica parecen una regresión a esos estados infantiles de desintegración.¹⁷

En mi experiencia, excesivos temores persecutorios y mecanismos esquizoides en la temprana infancia pueden tener un efecto pernicioso.

¹⁵ Paula Heimann en "Sublimation and its Relation to Processes of Internalization" (1942) ha descrito una situación en la cual los objetos internos actúan como cuerpos extraños asimilados en uno mismo. Mientras esto es evidente con respecto a los objetos malos, es también cierto aun para los buenos, en el caso de que el yo sea compulsivamente subordinado a la preservación de los mismos. Cuando el yo sirve excesivamente a sus buenos objetos internos, éstos son sentidos como una fuente de peligro y están próximos a ejercer una influencia persecutoria. Paula Heimann introdujo el concepto de la asimilación de los objetos internos y lo aplicó específicamente a la sublimación. Con respecto al desarrollo del yo, señaló que la asimilación es esencial para el ejercicio exitoso de sus funciones y para el logro de la independencia.

¹⁶ Enfocado desde este punto de vista, el amor y comprensión de la madre pueden considerarse como el mayor aliado que tiene el niño para superar estados de desintegración y angustias de naturaleza psicótica.

¹⁷ Herbert Rosenfeld, en "Análisis de un cuadro esquizofrénico con despersonalización" (1947), presentó un caso para ilustrar cómo los mecanismos de desintegración que intervienen en la identificación proyectiva eran responsables del estado esquizofrénico y la despersonalización. En su trabajo "Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas" (1950) también señaló que un estado confusional se produce si el sujeto pierde la capacidad de diferenciar entre objetos buenos y malos, entre impulsos agresivos y libidinales, etcétera. Sugirió que en dichos estados de confusión los mecanismos de desintegración son reforzados con fines de defensa.

cioso en el desarrollo intelectual en sus estadios iniciales. Ciertas formas de deficiencia mental debieran, pues, ser consideradas como pertenecientes al grupo de las esquizofrenias. Concordantemente, al considerar la posibilidad de deficiencia mental en niños de cualquier edad, debiera tenerse en cuenta una posible enfermedad esquizofrénica en la temprana infancia.

He descrito hasta aquí algunos efectos de la excesiva introyección y proyección sobre las relaciones de objeto. No intento investigar aquí en detalle los diversos factores que en algunos casos contribuyen a un predominio de procesos de introyección y en otros, de proyección. En lo que se refiere a la personalidad normal, puede decirse que el curso del desarrollo del yo y de las relaciones de objeto depende del grado en que puede lograrse un óptimo equilibrio entre la introyección y la proyección en los estadios tempranos del desarrollo. Esto, a su vez, influye en la integración del yo y en la asimilación de objetos internos. Aun en el caso de que el equilibrio esté perturbado y uno u otro de estos procesos sea excesivo, existe cierta interacción entre la introyección y la proyección. Por ejemplo, la proyección de un mundo interior predominantemente hostil dominado por temores persecutorios, lleva a introyectar —a volver a tomar— un mundo externo hostil, y viceversa, la introyección de un mundo externo distorsionado y hostil refuerza la proyección de un mundo interno hostil.

Como hemos visto, otro aspecto de los procesos de proyección implica la irrupción dentro del objeto y su control por partes del yo. Como consecuencia, la introyección puede entonces ser sentida como una entrada violenta desde el exterior al interior, en retribución de la violenta proyección. Esto puede conducir al temor de que no sólo el cuerpo, sino también la mente, sean controlados por otras personas en forma hostil. Como resultado puede producirse una aguda perturbación en la introyección de objetos buenos, perturbación que impedirá tanto las funciones del yo como el desarrollo sexual, y que puede conducir a un excesivo retraimiento en el mundo interno. Sin embargo, este retraimiento no es sólo causado por el temor de introyectar un mundo externo peligroso, sino también por el temor a los perseguidores internos, y una consiguiente fuga hacia el objeto interno idealizado.

Me he referido al debilitamiento y empobrecimiento del yo resultante de la excesiva escisión e identificación proyectiva. Pero este yo debilitado se vuelve también incapaz de asimilar sus objetos internos, lo que conduce al sentimiento de que es dominado por ellos. Nuevamente, dicho yo debilitado se siente incapaz de retomar dentro de sí mismo las partes que ha proyectado en el mundo exterior. Estas diversas perturbaciones en el interjuego entre proyección e introyección, que implican excesiva escisión del yo, tienen un efecto perjudicial en la relación con el mundo interno y externo, y parecen encontrarse en la raíz de algunas formas de esquizofrenia.

La identificación proyectiva es la base de muchas situaciones de ansiedad, de las cuales mencionaré algunas. La fantasía de forzar la entrada en el objeto origina ansiedades relacionadas con los peligros que amenazan al sujeto desde el interior del objeto. Por ejemplo, los impulsos de controlar un objeto desde dentro despiertan el miedo de ser controlado y perseguido dentro de él. Al introyectar y reintroyectar el objeto en que se entró por la fuerza, se refuerzan los sentimientos del sujeto de persecución interna; más aun dado que el objeto reintroyectado es sentido como conteniendo los aspectos peligrosos del yo. La acumulación de ansiedades de esta naturaleza, en las que el yo se ve atrapado entre una variedad de situaciones de persecución interna y externa, es un elemento básico en la paranoia.¹⁸

He descrito previamente¹⁹ las fantasías de ataque y de penetración sádica del cuerpo de la madre que tiene el bebé como fuente de diversas situaciones de ansiedad (particularmente, el temor de quedar prisionero dentro de ella y de ser perseguido) que están en la base de la paranoia. También he mostrado que el temor de quedar prisionero (y especialmente de que el pene sea atacado) dentro de la madre, es un factor importante en posteriores perturbaciones de la potencia masculina (impotencia) y también subyace a la claustrofobia.²⁰

RELACIONES OBJETALES ESQUIZOIDES

Para resumir algunas de las perturbadas relaciones de objeto que se encuentran en personalidades esquizoides: la violenta escisión del

¹⁸ Herbert Rosenfeld en "Análisis de un cuadro esquizofrénico con despersonalización" (1947) y en "Observaciones sobre la relación entre la homosexualidad masculina y la paranoia, ansiedad paranoide y narcisismo" (1949), expuso la importancia clínica de las ansiedades paranoides que están conectadas con la identificación proyectiva en los pacientes psicóticos. En dos casos de esquizofrenia que describió, era bien claro que los pacientes estaban dominados por el temor de que el analista estaba tratando de imponerse a ellos. Cuando se analizaron estos temores en la transferencia pudieron progresar. Además, Rosenfeld ha conectado la identificación proyectiva (y los correspondientes temores de persecución) por una parte con la frigidez femenina y además con la frecuente combinación de homosexualidad y paranoia en los hombres.

¹⁹ *El psicoanálisis de niños*, capítulos 8 y 12.

²⁰ Joan Riviere, en un trabajo no publicado sobre "Paranoid Attitudes Seen in Everyday Life and in Analysis", leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, en 1948, comunicó mucho material clínico en el cual la identificación proyectiva se ponía en evidencia. Las fantasías inconscientes de entrar por la fuerza en el objeto (para obtener control y posesión), llevaban por el temor de retaliación a una variedad de ansiedades persecutorias tales como la claustrofobia, o fobias a los ladrones, arañas o, en época de guerra, fobia a la invasión. Estos miedos están conectados con las fantasías "catastróficas" inconscientes de ser desmembrado, despanzurrado, cortado en pedacitos o de total destrucción del cuerpo y la personalidad y pérdida de la identidad; temores que son una elaboración del temor a la aniquilación (muerte) y tienen el efecto de reforzar los mecanismos de escisión y el proceso de desintegración del yo que se ve en los psicóticos.

yo y la excesiva proyección tienen el efecto de que la persona hacia la cual se dirige este proceso sea sentida como un perseguidor. Dado que la parte destructiva y odiada del yo que se ha escindido y proyectado es sentida como un peligro para el objeto amado, y por lo tanto origina la culpa, este proceso de proyección implica, en cierta forma, una desviación de la culpa desde el yo hacia el otro. Pero no se ha hecho desaparecer la culpa, y la culpa desviada es sentida como una responsabilidad inconsciente por las personas que han pasado a ser representantes de la parte agresiva del yo.

Otro rasgo típico de las relaciones objetales esquizoides es su naturaleza narcisista, que deriva de los procesos infantiles de introyección y proyección. Porque, como ya lo he sugerido, cuando el ideal del yo se proyecta en otra persona, esta persona pasa a ser predominantemente amada y admirada porque contiene las partes buenas del yo. De la misma manera, la relación con otra persona basada en la proyección en ella de partes malas del yo, es de naturaleza narcisista, porque también en este caso el objeto representa fuertemente una parte del yo. Ambos tipos de relación narcisista con un objeto exhiben a menudo fuertes rasgos obsesivos. El impulso a controlar a otras personas es, como sabemos, un elemento esencial de la neurosis obsesiva. La necesidad de controlar a otros puede ser explicada, hasta cierto punto, como un impulso desviado de controlar partes del yo. Cuando estas partes han sido excesivamente proyectadas sobre otra persona, sólo pueden ser controladas controlando a la otra persona. De esta manera, una de las raíces de los mecanismos obsesivos podría encontrarse en la particular identificación que resulta de los procesos de proyección infantiles. Esta relación puede también esclarecer en parte el elemento obsesivo que interviene tan a menudo en la tendencia a la reparación. Porque no sólo se siente culpa por los objetos sino también por partes del yo que el sujeto se siente impulsado a reparar o reconstruir.

Todos estos factores pueden conducir a un ligamen compulsivo a ciertos objetos o, lo que sería otro resultado, a una huida de las personas, con el intento de prevenir tanto una intrusión destructiva dentro de ellas, como el peligro de una retaliación. El temor a dichos peligros puede manifestarse en varias actitudes negativas en las relaciones de objeto. Por ejemplo, uno de mis pacientes me dijo que no le gustaban las personas sobre las que él ejercía mucha influencia porque parecían volverse muy parecidas a él y por eso "se cansaba" de ellas.

Otra característica de las relaciones de objeto esquizoides es una pronunciada artificialidad y falta de espontaneidad. Paralelamente a esto se encuentra una seria perturbación en el sentimiento del yo o, como me siento inclinada a decir, en la relación con el yo. Esta relación parece ser también artificial. En otras palabras, la realidad psíquica y la relación con la realidad externa están igualmente perturbadas.

La proyección dentro de otra persona de partes escindidas del yo influye especialmente en las relaciones de objeto, en la vida emocional y en la personalidad total. Para ilustrar este punto seleccionaré como ejemplo dos fenómenos universales ligados entre sí: el sentimiento de soledad y el temor a separarse. Sabemos que una de las fuentes de los sentimientos depresivos que acompañan al separarse de otros puede encontrarse en el temor a la destrucción del objeto por los impulsos agresivos dirigidos hacia él. Pero, más específicamente, son los procesos de escisión y proyección los que subyacen a este temor. Si predominan los elementos agresivos en la relación con el objeto y la frustración de la partida los despierta intensamente, el individuo siente que los componentes escindidos de su yo, proyectados en el objeto, controlan a éste en forma agresiva y destructiva. Al mismo tiempo se siente al objeto interno en el mismo peligro de destrucción que el objeto externo, en el que se siente que se ha dejado una parte del yo. El resultado es un excesivo debilitamiento del yo, el sentimiento de que no hay nada que lo sostenga, y un correspondiente sentimiento de soledad. Si bien esta descripción se aplica a los neuróticos, creo que hasta cierto punto constituye un fenómeno general.

No considero necesario subrayar que algunos otros rasgos de las relaciones objetales esquizoides, que he descrito anteriormente, pueden también encontrarse, en menor grado y en forma menos marcada, en sujetos normales, por ejemplo timidez, falta de espontaneidad o, por el contrario, un interés particularmente intenso por los demás.

En forma similar, las perturbaciones normales en los procesos de pensamiento pueden relacionarse con la posición esquizo-paranoide evolutiva. Porque todos nosotros estamos sujetos a veces a un momentáneo bloqueo del pensamiento lógico, llegando al extremo de que se desconecten pensamientos y asociaciones y que se escindan situaciones unas de otras: en realidad, el yo está temporariamente escindido.

LA POSICION DEPRESIVA EN RELACION CON LA POSICION ESQUIZO-PARANOIDE

Deseo considerar ahora las etapas siguientes en el desarrollo del niño. Hasta aquí he descrito las ansiedades, mecanismos y defensas característicos de los primeros meses de vida. Con la introyección del objeto total durante el segundo cuarto del primer año, se realizan marcados progresos en la integración. Esto implica importantes cambios en la relación con los objetos. Los aspectos amados y odiados de la madre ya no son percibidos como tan separados, y en consecuencia se produce un mayor miedo a la pérdida, un fuerte sentimiento de culpa y estados análogos al duelo, porque se siente que

los impulsos agresivos se dirigen contra el objeto amado. La posición depresiva entra en escena. La misma experiencia de sentimientos depresivos tiene, a su vez, el efecto de integrar más al yo, porque contribuye a una mayor comprensión de la realidad psíquica y a una mayor percepción del mundo externo, como también a una mayor síntesis entre las situaciones internas y externas.

El impulso a la reparación, que aparece en esta etapa, puede ser considerado como la consecuencia de un mayor *insight* de la realidad psíquica y de una creciente síntesis, ya que muestra una respuesta más realista a los sentimientos de aflicción, culpa y temor a la pérdida, resultantes de la agresión contra el objeto amado. Dado que el impulso a reparar o proteger al objeto dañado prepara el camino para relaciones de objeto y sublimaciones más satisfactorias, aumenta a su vez la síntesis y contribuye a la integración del yo.

Durante la segunda mitad del primer año de vida, el niño realiza progresos fundamentales hacia la elaboración de la posición depresiva, pero los mecanismos esquizoides son aún poderosos, aunque en forma modificada y en grado menor, y las tempranas situaciones de ansiedad se experimentan reiteradamente en el proceso de modificación. La elaboración de las posiciones persecutoria y depresiva se extiende durante los primeros años de la niñez y desempeña un papel esencial en la neurosis infantil. En el curso de este proceso las ansiedades pierden intensidad, los objetos se vuelven menos idealizados y menos terroríficos, y el yo se unifica más. Todo esto está ligado a la creciente percepción de la realidad y adaptación a ella.

Pero si durante la posición esquizo-paranoide el desarrollo no ha transcurrido normalmente y el niño no puede por razones internas o externas, manejar el impacto de las ansiedades depresivas, surge un círculo vicioso. Porque si el temor persecutorio, y, por ende, los mecanismos esquizoides son demasiado intensos, el yo no puede elaborar la posición depresiva. Esto obliga al yo a regresar a la posición esquizo-paranoide y refuerza los anteriores temores persecutorios y fenómenos esquizoides. De esta manera se establece la base para varias formas de esquizofrenia en la vida posterior; porque cuando ocurre dicha regresión, no sólo se refuerzan los puntos de fijación de la posición esquizoide, sino que existe el peligro de que se establezcan mayores estados de desintegración. Otra consecuencia puede ser el reforzamiento de rasgos depresivos.

Por supuesto que las experiencias externas son de gran importancia en estos desarrollos. Por ejemplo, en el caso de un paciente que presentó rasgos depresivos y esquizoides, el análisis hizo surgir con gran intensidad las tempranas experiencias de la época de la lactancia, hasta el extremo de que en algunas sesiones analíticas sintió sensaciones físicas en la garganta o en los órganos digestivos. El paciente había sido súbitamente destetado a los cuatro meses porque su madre cayó enferma. Además, no la vio durante cuatro semanas. Cuando regresó encontró al niño muy cambiado. Anteriormente ha-

bia sido vivaz, se interesaba por lo que lo rodeaba y parecía haber perdido este interés. Ahora parecía completamente apático. Aceptó la comida sustitutiva muy fácilmente y en realidad nunca rechazó la comida. Pero ya no la aprovechaba, perdió peso y tuvo perturbaciones digestivas. Sólo al final del primer año, cuando se introdujeron otras comidas, hizo nuevamente buen progreso físico.

En el análisis se pudo ver la influencia que estas experiencias tuvieron en todo su desarrollo. Su aspecto y actitudes en la vida adulta se basaban en las pautas establecidas en ese estadio temprano. Por ejemplo, encontramos repetidamente la tendencia a ser influido por otros en toda forma —tendencia que lo llevaba a incorporar vorazmente todo lo que se le ofrecía—, junto con una gran desconfianza durante el proceso de introyección. Ansiedades provenientes de diversas fuentes perturbaban en forma constante el proceso de introyección y contribuían a un aumento de la voracidad.

Considerado todo el material de este caso llegué a la conclusión de que por la época en que tuvo lugar la repentina pérdida del pecho y de la madre, mi paciente tenía ya, hasta cierto punto, una relación con un objeto bueno total. No hay duda de que ya había entrado en la posición depresiva, pero no pudo elaborarla exitosamente y la posición esquizo-paranoide se reforzó regresivamente. Esto se manifestó en la “apatía” que siguió al período de vivo interés por lo que lo rodeaba. El hecho de que había alcanzado la posición depresiva e introyectado un objeto total se manifestaba en muchas formas en su personalidad. Tenía realmente fuerte capacidad de amor y un gran anhelo de un objeto bueno y total. Un rasgo característico de su personalidad era el deseo de amar a las personas y de confiar en ellas, inconscientemente para reobtener y reconstruir el pecho bueno y total que una vez había poseído y perdido.

RELACION ENTRE LOS FENOMENOS ESQUIZOIDES Y MANIACO-DEPRESIVOS

Siempre se producen fluctuaciones entre la posición esquizo-paranoide y la depresiva, que son parte del desarrollo normal. Por tanto, no puede establecerse una división neta entre los dos estadios del desarrollo; además, la modificación es un proceso gradual y los fenómenos de las dos posiciones permanecen, durante algún tiempo y hasta cierto punto, entremezclándose e interactuando. En el desarrollo anormal esta interacción influye, creo, en el cuadro clínico, tanto de algunas formas de esquizofrenia como de las perturbaciones maniaco-depresivas.

Para ilustrar esta relación me referiré brevemente a cierto material de casos. No tengo intención de presentar un historial y por lo tanto sólo selecciono algunos fragmentos de material para ilustrar mi punto de vista. La paciente era una maniaco-depresiva pronunciada (diagnosticada como tal por varios psiquiatras), con todas las carac-

terísticas de esta enfermedad: alternancia entre estados depresivos y maníacos, fuertes tendencias suicidas que la llevaban repetidamente a intentos suicidas y varios otros rasgos maníacos y depresivos típicos. En el curso de su análisis llegó a una etapa en la que se logró una notable mejoría; el ciclo se hizo menos marcado y se produjeron cambios fundamentales en su personalidad y en sus relaciones de objeto. Su productividad se desarrolló en diversos sentidos, y también verdaderos sentimientos de felicidad (no de tipo maníaco). Entonces, debido en parte a circunstancias externas, se estableció otra fase. Durante ésta, que duró varios meses, la paciente cooperó en el análisis en forma especial. Venía regularmente a la sesión analítica, asociaba muy libremente, proporcionaba sueños y material para al análisis. No obstante, no había respuesta emocional a mis interpretaciones y sí un gran desprecio por ellas. Muy raramente se producía una confirmación consciente de lo que yo le sugería. Sin embargo, el material con el que respondía a las interpretaciones reflejaba sus efectos inconscientes. La fuerte resistencia exhibida en esta época parecía provenir de una sola parte de su personalidad, mientras, al mismo tiempo, otra parte respondía al trabajo analítico. No era sólo que partes de su personalidad no cooperaban conmigo; parecían no cooperar entre sí, y el análisis fue incapaz de ayudar a la enferma en esa época a lograr una síntesis. Durante esta etapa decidió finalizar el análisis. Las circunstancias externas contribuyeron en mucho a esta decisión y fijó una fecha para su término.

En ese día fijado comunicó el siguiente sueño: un hombre ciego estaba muy preocupado por el hecho de serlo, pero parecía reconfortarse tocando el vestido de la paciente y averiguando cómo se lo abrochaba. El vestido del sueño le recordaba uno de sus vestidos, abotonado hasta el cuello. Asoció además otras dos cosas. Dijo, con cierta resistencia, que el ciego era ella misma, y al referirse al vestido abotonado hasta el cuello señaló que nuevamente había entrado en su "escondite". Le sugerí que en su sueño expresaba inconscientemente que estaba ciega para con sus propias dificultades y que su decisión en relación con el análisis, como también con respecto a varias circunstancias de su vida, no estaba de acuerdo con su conocimiento inconsciente. Esto también lo mostraba al admitir que se había metido en su "escondite", significando con ello que se estaba cerrando, actitud que le era bien conocida por etapas anteriores de su análisis. De esta manera, el *insight* inconsciente e incluso cierta cooperación en el nivel consciente (reconocimiento de que *ella* era el ciego y de que se había metido en su "escondite") provenían sólo de partes aisladas de su personalidad. En realidad, la interpretación de este sueño no produjo ningún efecto y no alteró la decisión de la enferma de concluir el análisis en esa sesión.²¹

En la época que precedió a la interrupción del análisis se esclare-

²¹ Debo mencionar que el análisis fue reiniciado después de un intervalo.

cieron ciertas dificultades que aparecieron en el curso del mismo, y también en otros análisis. La mezcla de rasgos esquizoides y maniaco-depresivos era la que determinaba la naturaleza de su enfermedad. Ya que en ocasiones a lo largo de su análisis —aun en la primera etapa, en la que los estados depresivos y maníacos estaban en su cúspide— algunas veces aparecían simultáneamente mecanismos depresivos y esquizoides. Por ejemplo, había sesiones en las que la paciente estaba evidentemente muy deprimida, llena de autorreproches y sentimientos de desvalorización; las lágrimas corrían por sus mejillas y sus gestos expresaban desesperación, y sin embargo, cuando le interpretaba estas emociones, decía que no las sentía. Entonces se reprochaba por no tener sentimientos, por ser completamente vacía. En esas sesiones había también fuga de ideas: los pensamientos parecían estar quebrados y su expresión era inconexa.

Siguiendo la interpretación de las razones inconscientes subyacentes a dichos estados, algunas veces había sesiones en las que las emociones y las ansiedades depresivas surgían completamente, y en estas oportunidades los pensamientos y el lenguaje eran mucho más coherentes.

Esta estrecha relación entre los fenómenos depresivos y esquizoides se manifestó, aunque en diversas formas, a través de todo su análisis, pero se hizo muy pronunciada durante el período que precedió a la interrupción.

Ya me he referido a la conexión evolutiva entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Se plantea ahora el problema de si esta conexión evolutiva es la base de la mezcla de estos rasgos en las perturbaciones maniaco-depresivas y, como deseo sugerir, también en las perturbaciones esquizofrénicas. Si esta hipótesis provisional fuera comprobada, llegaríamos a la conclusión de que los grupos de perturbaciones esquizofrénicas y maniaco-depresivas están más relacionados evolutivamente de lo que se ha supuesto. Esto explicaría también los casos en los que el diagnóstico diferencial entre melancolía y esquizofrenia es muy difícil de realizar. Estaría enormemente agradecida si mi hipótesis pudiera ser posteriormente aclarada por colegas que han tenido amplio material de observación psiquiátrica.

ALGUNAS DEFENSAS ESQUIZOIDES

Se acepta generalmente que los enfermos esquizoides son más difíciles de analizar que los de tipo maniaco-depresivo. Su actitud retraída y no emocional, los elementos narcisistas de sus relaciones de objeto (a los que ya me he referido), una especie de distante hostilidad que penetra en toda la relación con el analista, crean un tipo de resistencia muy difícil. Creo que en gran parte los procesos de escisión son los que explican el fracaso del paciente para establecer con-

tacto con el analista y la falta de respuesta a sus interpretaciones. El paciente mismo se siente extraño y lejano, sentimiento que corresponde a la impresión del analista de que partes considerables de la personalidad del paciente y de sus emociones no están disponibles. Los pacientes con rasgos esquizoides suelen decir: "Oigo lo que usted dice. Puede tener razón, pero para mí no tiene significado...". Otras veces dicen que sienten que no están ahí. La expresión "no tiene significado" no implica en estos casos un rechazo activo de la interpretación, sino que sugiere que partes de la personalidad y de las emociones están escindidas. Por tanto, estos pacientes no pueden hacer nada con las interpretaciones; no pueden ni aceptarlas ni rechazarlas.

Ilustraré el proceso subyacente a dichos estados por medio de un fragmento de material tomado del análisis de un paciente. En la sesión a la que me refiero el paciente comenzó manifestando que tenía ansiedad sin saber por qué. Hizo entonces comparaciones con personas de más éxito y más afortunadas que él. Estas observaciones se relacionaban también conmigo. Surgieron intensos sentimientos de frustración, envidia y aflicción. Cuando le interpreté (doy aquí sólo lo esencial de mis interpretaciones) que estos sentimientos estaban dirigidos contra el analista y que quería destruirme, su estado de ánimo cambió súbitamente. El tono de su voz se hizo uniforme, habló en forma lenta e inexpresiva y dijo que se sentía alejado de toda la situación. Agregó que mi interpretación parecía correcta, pero que no importaba. En realidad ya no deseaba nada y nada valía la pena como para preocuparse por ello.

Mis interpretaciones siguientes giraron alrededor de las causas de este cambio de humor. Le sugerí que en el momento de mi interpretación el peligro de destruirme se le había hecho muy real y que la consecuencia inmediata era el temor de perderme. En vez de sentir depresión y culpa, las que en ciertas épocas de su análisis seguían a tales interpretaciones, trató ahora de manejar estos peligros por medio de un método especial de escisión. Como sabemos, bajo la presión de la ambivalencia, el conflicto y la culpa, el enfermo escinde a menudo la figura del analista: entonces éste puede ser, a veces, amado y a veces odiado. O puede escindirse la relación con él en forma tal que sigue siendo la figura buena (o mala) mientras alguna otra persona se convierte en la figura opuesta. Pero éste no fue el tipo de escisión que tuvo lugar en nuestro caso particular. El paciente escindió aquellas partes de sí mismo, es decir, de su yo, que sentía peligrosas y hostiles hacia el analista. Dirigió sus impulsos destructivos desde su objeto *hacia su yo*, con el resultado de que partes de su yo dejaron temporariamente de existir. En su fantasía inconsciente esto llegó hasta la aniquilación de parte de su personalidad. El mecanismo particular de volver el impulso destructivo contra una parte de su personalidad y la subsecuente dispersión de emociones, mantuvo su ansiedad en estado latente.

Mi interpretación de estos procesos tuvo el efecto de alterar nuevamente el estado de ánimo del paciente. Se volvió emotivo, dijo que tenía ganas de llorar, que estaba deprimido, pero que se sentía más integrado; luego expresó también una sensación de hambre.²²

La violenta escisión y destrucción de una parte de la personalidad bajo la presión de la ansiedad y culpa constituye, de acuerdo con mi experiencia, un importante mecanismo esquizoide. Quisiera referir brevemente otro ejemplo: una enferma soñó que debía habérselas con una niña muy mala que estaba decidida a matar a alguien. La paciente trataba de influir o controlar a la niña y la exhortaba a una confesión que sería beneficiosa para la niña; pero no tenía éxito. Yo también intervenía en el sueño y la paciente sentía que podía ayudarla a entenderse con la niña. Entonces la paciente la colgaba de un árbol con el fin de atemorizarla y evitar también que hiciera daño. Cuando estaba por tirar de la soga y matar a la niña, despertó. Durante esta parte del sueño yo también estaba presente, pero permanecía nuevamente inactiva.

Daré aquí sólo la esencia de las conclusiones a las que llegué por el análisis de este sueño. La personalidad de la enferma estaba escindida en el sueño en dos partes: por un lado, en la niña perversa e incontrolable, y por el otro, en la persona que trataba de influir sobre ella y de controlarla. Por supuesto, la niña representaba también a varias figuras del pasado, pero en este contexto representaba principalmente a una parte del yo de la paciente misma. Otra conclusión fue que la persona a quien iba a matar la niña, era la analista, y mi papel en el sueño era, en parte, evitar que se cometiera este asesinato. Matar a la niña —a quien la enferma tenía que recurrir— representaba la aniquilación de una parte de su personalidad.

Se plantea el problema de cómo se relaciona el mecanismo esquizoide de aniquilación de partes del yo con la represión, que, como sabemos, se dirige contra los impulsos peligrosos. Pero éste es un problema que no puedo tratar aquí.

Por supuesto que los cambios de humor no aparecen siempre tan dramáticamente en una sesión como en el primer ejemplo que he dado. Pero he comprobado repetidamente que por medio de interpretaciones de las causas específicas de la escisión se logran progresos en la síntesis. Dichas interpretaciones deben tratar en detalle con la si-

²² La sensación de hambre indicaba que se había puesto en marcha nuevamente el proceso de introyección, bajo el dominio de la libido. Mientras a mi primera interpretación de su temor de destruirme con su agresión, respondió inmediatamente con la violenta escisión y aniquilación de partes de su personalidad, experimentó ahora más completamente las emociones de aflicción, culpa y temor a la pérdida, como también cierto alivio de estas ansiedades depresivas. El alivio de la ansiedad hizo que el analista pasara a ser nuevamente un objeto bueno en el que él podía confiar. Por tanto, pudo manifestarse el deseo de introyectarme como objeto bueno. Si lograba reconstruir el pecho bueno dentro de él, podría fortalecer e integrar su yo, tendría menos miedo de sus impulsos destructivos y podría, en realidad, preservarse y preservar al analista.

tuación de transferencia de ese momento, incluyendo por supuesto la conexión con el pasado, y deben contener una referencia a los detalles de las situaciones de ansiedad que llevan al yo a regresar a mecanismos esquizoides. La síntesis que resulta de las interpretaciones de este tipo se acompaña de depresión y ansiedades diversas. En forma gradual, dichas olas de depresión, seguidas de mayor integración, conducen a una reducción de los fenómenos esquizoides y también a cambios fundamentales en las relaciones de objeto.

ANSIEDAD LATENTE EN PACIENTES ESQUIZOIDES

Me he referido ya a la carencia de emoción que hace a los pacientes esquizoides tan faltos de respuesta. Esto corre parejo con una ausencia de ansiedad. Por tanto, falta un importante sostén para el trabajo analítico. Porque en otros pacientes con intensa ansiedad manifiesta y latente, el alivio de la ansiedad extraído de la interpretación analítica se transforma en una experiencia que estimula su capacidad para cooperar en el análisis.

Esta falta de ansiedad en los pacientes esquizoides es sólo aparente. Porque los mecanismos esquizoides implican una dispersión de emociones, incluyendo la ansiedad, pero estos elementos dispersos siguen existiendo en el paciente. Estos pacientes tienen cierta forma de ansiedad latente, la que es mantenida latente por el temor particular de dispersión. El sentimiento de estar desintegrado, de ser incapaz de experimentar emociones, de perder los propios objetos, es en realidad el equivalente de la ansiedad. Esto se torna más evidente cuando se han hecho progresos en la síntesis. El gran alivio que entonces experimenta el paciente deriva de sentir que su mundo interno y externo no sólo se han aproximado más, sino también que han vuelto a la vida. En esos momentos se hace evidente, retrospectivamente, que cuando faltaban las emociones, las relaciones eran vagas e inciertas y se sentían perdidas partes de la personalidad, todo parecía muerto. Todo esto es el equivalente de una ansiedad de naturaleza muy seria. Esta ansiedad, mantenida latente por la dispersión, es hasta cierto punto experimentada todo el tiempo, pero su forma difiere de la angustia latente que podemos reconocer en otros tipos de casos.

Las interpretaciones que tienden a la síntesis de la escisión del yo, incluyendo la dispersión de las emociones, hacen posible que la ansiedad se experimente gradualmente como tal, aunque durante largos períodos sólo podamos conectar los contenidos ideacionales de la ansiedad, pero no provocar las emociones de ansiedad.

He encontrado también que las interpretaciones de estados esquizoides exigen mucho de nuestra capacidad para formularlas en forma intelectualmente clara, en la que se vean los vínculos entre el consciente, el preconsciente y el inconsciente. Por supuesto que éste

es siempre uno de nuestros propósitos, pero es de especial importancia en los momentos en que las emociones del enfermo no están disponibles y sólo parecemos dirigirnos a su intelecto, a pesar de lo fragmentado que pueda estar.

Es posible que las pocas sugerencias que he dado puedan aplicarse, hasta cierto punto, a la técnica de análisis de pacientes esquizofrénicos.

RESUMEN DE LAS CONCLUSIONES

Me propongo resumir algunas de las conclusiones presentadas en este trabajo. Uno de mis argumentos principales fue la sugestión de que en los primeros meses de vida la ansiedad se experimenta predominantemente como miedo a la persecución y que esto contribuye a ciertos mecanismos y defensas que caracterizan a la posición esquizo-paranoide. Entre estas defensas, la que más se destaca es el mecanismo de escindir los objetos internos y externos, las emociones y el yo. Estos mecanismos y defensas son parte del desarrollo normal y al mismo tiempo forman la base de la futura enfermedad esquizofrénica. He descrito los procesos subyacentes a la identificación por proyección como una combinación de escindir partes del yo y proyectarlas en otra persona, y algunos efectos de esta identificación sobre las relaciones de objeto normales y esquizoides. La irrupción de la posición depresiva es la coyuntura por la que los mecanismos esquizoides pueden ser reforzados por regresión. He sugerido también una estrecha relación entre las perturbaciones maniaco-depresivas y esquizoides, basada en la interacción entre las posiciones infantiles esquizo-paranoide y depresiva.

APÉNDICE

El análisis que hizo Freud del caso Schreber²³ contiene mucho material relacionado con mi tema, pero del cual sólo extraeré aquí algunas conclusiones.

Schreber describió vívidamente la escisión del alma de su médico Flechsig (su figura amada y persecutoria). El "alma Flechsig" introdujo el sistema de "divisiones de almas", escindiéndose hasta en cuarenta a sesenta subdivisiones. Multiplicadas estas almas hasta convertirse en una "incomodidad", Dios las diezma y como resultado el alma Flechsig sobrevive en "sólo una o dos formas". Otro punto que menciona Schreber es que las divisiones del alma Flechsig

²³ "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente", *O.C.* 12.

fueron perdiendo lentamente tanto su inteligencia como su poder.

Una de las conclusiones a las que llegó Freud en su análisis de este caso fue que el perseguidor estaba disociado en Dios y en Flechsig, representando ambos, además, al padre y al hermano. En la discusión de las diversas formas del delirio de destrucción del mundo de Schreber, Freud dice: "En todo caso, el fin del mundo era una consecuencia del conflicto surgido entre él (Schreber) y Flechsig, o según la etiología adoptada en la segunda fase del delirio, de su unión indisoluble con Dios..."

Sugeriría, de acuerdo con la hipótesis formulada en mi presente trabajo, que la división del alma Flechsig en muchas almas no era sólo una escisión del objeto, sino también la proyección del sentimiento de Schreber de que su yo estaba escindido. Sólo mencionaré aquí la relación de tales procesos de escisión con los procesos de introyección. Se nos impone la conclusión de que Dios y Flechsig representaban también partes del yo de Schreber. El conflicto entre Schreber y Flechsig, al que Freud atribuyó un papel vital en el delirio de destrucción del mundo, se expresó en el ataque de Dios a las almas de Flechsig. Desde mi punto de vista, este ataque representa el aniquilamiento por una parte del yo de las otras partes, lo que, sostengo, es un mecanismo esquizoide. Las ansiedades y fantasías sobre la destrucción interna y la desintegración del yo ligadas a este mecanismo se proyectan al mundo exterior y subyacen a los delirios de destrucción del mundo.

Con respecto a los procesos que se encuentran en el fondo de la "catástrofe mundial" paranoica, Freud llegó a las siguientes conclusiones: "El enfermo ha retirado de las personas que le rodean y del mundo exterior en general la catexia libidinal que hasta entonces había dirigido hacia ellos. Así todo ha llegado a serle indiferente y sin sentido, teniendo que ser explicado, por una racionalización secundaria, como hecho por milagro. El fin del mundo es la proyección de esta catástrofe interior ya que su mundo subjetivo se ha hundido desde que él le ha retirado su amor". Esta explicación se refiere específicamente a la perturbación de la libido objetal y al consiguiente colapso en la relación con las personas y con el mundo exterior. Pero más adelante en su trabajo Freud considera otro aspecto de estas perturbaciones. Dice: "Pero no debemos perder de vista la posibilidad de que las perturbaciones de la libido reactúen e influyan sobre las catexias yoicas, ni tampoco *la posibilidad inversa de que una perturbación secundaria o inducida de los procesos de la libido sea consecuencia de alteraciones anormales en el yo. Es incluso probable que procesos de este tipo constituyan la característica distintiva de las psicosis*" (la cursiva es mía). Es especialmente la posibilidad expresada en las dos últimas frases la que provee el eslabón entre la explicación de Freud sobre la "catástrofe mundial" y mi hipótesis. "Los cambios anormales en el yo" provienen, según lo sugerí en este artículo, de excesivos procesos de escisión en el yo temprano. Estos pro-

cesos están inextricablemente ligados al desarrollo instintivo y a las ansiedades a que dan origen los deseos instintivos. A la luz de la posterior teoría de Freud sobre los instintos de vida y muerte, que reemplazó al concepto de los instintos del yo y sexuales, las perturbaciones en la distribución de la libido presuponen una defusión entre el impulso destructivo y la libido. El mecanismo de una parte del yo aniquilando a otras, que según sugerí subyace a la fantasía de “catástrofe mundial” (el ataque de Dios a las almas de Flechsig), implica un predominio del impulso destructivo sobre la libido. Cualquier perturbación en la distribución de la libido narcisista está a su vez ligada a la relación con los objetos introyectados, que (de acuerdo con mi trabajo) desde un comienzo pasan a formar parte del yo. La interacción entre libido narcisista y libido objetal corresponde así a la interacción entre la relación con los objetos introyectados y los externos. Si el niño siente como si el yo y los objetos internalizados estuvieran hechos pedazos, experimenta una catástrofe interna que tanto se extiende al mundo exterior como es proyectada en él. Tales estados de ansiedad relacionados con una catástrofe interna surgen, de acuerdo con las hipótesis formuladas en este trabajo, durante el período de la posición esquizo-paranoide infantil y forman la base de la esquizofrenia posterior. Según Freud, la fijación predisponente a la demencia precoz se encuentra en una etapa muy temprana del desarrollo. Refiriéndose a la demencia precoz, que distinguió de la paranoia, Freud dice: “La fijación predisponente ha de ser, por lo tanto, muy anterior a la de la paranoia, correspondiendo al comienzo de la evolución que va desde el autoerotismo al amor objetal” (*loc. cit.*).

Deseo extraer otra conclusión del análisis que hizo Freud del caso Schreber. Sugiero que el ataque que termina reduciendo las almas de Flechsig a una o dos, fue parte del intento de recuperación. Porque el ataque se llevó a cabo para deshacer, podríamos decir para curar, la escisión del yo, aniquilando las partes escindidas del mismo. Como resultado sólo quedaron una o dos de las almas, las que, como podemos presumir, querían recuperar su inteligencia y poder. Pero este intento de recuperación fue efectuado por medios muy destructivos utilizados por el yo contra sí mismo y contra sus objetos introyectados.

El enfoque de Freud de los problemas de la esquizofrenia y de la paranoia ha sido de fundamental importancia. Su trabajo sobre Schreber —debemos recordar también aquí el trabajo de Abraham citado por Freud—²⁴ hizo factible la posibilidad de entender la psicosis y los procesos subyacentes a ella.

²⁴ “Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz” (1908).

2. SOBRE LA TEORÍA DE LA ANSIEDAD Y LA CULPA

(1948)

Mis conclusiones sobre la ansiedad y la culpa se han desarrollado gradualmente a lo largo de varios años; puede ser útil recapitular los pasos por los que llegué a ellas.

I

Sobre los orígenes de la ansiedad, Freud estableció la hipótesis de que la ansiedad surge de una transformación directa de la libido. En *Inhibición, síntoma y angustia* revisó sus diversas teorías sobre el origen de la ansiedad. En sus propias palabras: "Me propongo reunir, con toda imparcialidad, todos los datos que tenemos sobre la ansiedad y renunciar a la idea de hacer cualquier síntesis inmediata de ellos". Volvió a decir que la ansiedad surge de la transformación directa de la libido, pero ahora parecía atribuir menos importancia a este aspecto "económico" del origen de la ansiedad. Puntualizó esta concepción en las siguientes palabras: "Todo el asunto puede ser aclarado, según creo, si nos mantenemos en el enunciado preciso de que, como resultado de la represión, el curso que se propone seguir el proceso excitatorio en el ello no ocurre de ningún modo; el yo logra inhibirlo o desviarlo. Si esto es así, desaparece el problema de 'transformación del afecto' bajo la represión". Y: "El problema de cómo surge la ansiedad en conexión con la represión puede no ser un problema simple; pero podemos mantener legítimamente la opinión de que el yo es el asiento real de la ansiedad y desechar nuestra idea anterior de que la energía catéctica de un impulso reprimido se convierte automáticamente en ansiedad".

Con respecto a las manifestaciones de ansiedad en niños pequeños, Freud dijo que la ansiedad surge porque el niño "extraña a alguien a quien ama y anhela". En conexión con la ansiedad primor-

dial de la niña, describió el temor infantil a la pérdida de amor en términos que en alguna medida parecen aplicarse a niños de ambos sexos: "Si la madre está ausente o ha retirado su amor del niño, ya no está seguro de que sus necesidades serán satisfechas y puede quedar expuesto a los más dolorosos sentimientos de tensión".

En las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, refiriéndose a la teoría de que la ansiedad surge de una transformación de la libido insatisfecha, Freud dijo que esta teoría "ha encontrado cierto apoyo en algunas fobias casi universales de los niños pequeños... Las fobias de los niños y la expectativa ansiosa de la neurosis de ansiedad sirven como dos ejemplos de una forma en que surge la ansiedad neurótica; esto es, a través de una transformación directa de la libido".

Dos conclusiones, a las que volveré más tarde, pueden ser extraídas de este pasaje y otros similares: a) en niños pequeños es la excitación libidinal insatisfecha lo que se convierte en ansiedad; b) el contenido más temprano de la ansiedad es el peligro que siente el niño de que sus necesidades no sean satisfechas porque la madre está "ausente".

II

En lo que respecta a la culpa, Freud sostenía que tiene su origen en el complejo de Edipo y surge como secuela de éste. Sin embargo, hay párrafos en los que Freud se refirió claramente al conflicto y la culpa que surgen en un estadio mucho más temprano de la vida. Escribió: "...la culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia, *la eterna lucha entre Eros y el instinto destructivo o de muerte*" (la cursiva es mía). Y también: "...una intensificación del sentimiento de culpa, resultante del *conflicto innato de ambivalencia*, de la eterna lucha entre las tendencias de amor y de muerte..."¹ (la cursiva es mía).

Además, hablando de la opinión propuesta por algunos autores de que la frustración intensifica el sentimiento de culpa, Freud dijo: "¿Cómo debe entonces explicarse dinámica y económicamente que un incremento del sentimiento de culpa aparezca en lugar de un deseo erótico insatisfecho? Esto sólo puede suceder seguramente en forma indirecta: la amenaza a la frustración de la gratificación erótica provoca agresividad contra la persona que interfirió con la gratificación, y entonces esta tendencia a la agresión tiene que ser suprimida a su vez. Entonces, *después de todo, es sólo la agresividad lo que se convierte en culpa*, al ser suprimida y traspasada al superyó. Estoy convencido de que muchos procesos admitirán una explicación más simple y clara si restringimos a los instintos agresivos los descubri-

¹ *El malestar en la cultura*, O.C. 21.

mientos del psicoanálisis sobre el origen del sentimiento de culpa''² (la cursiva es mía).

Aquí Freud estableció sin lugar a dudas que la culpa deriva de la agresividad, y esto, junto con las frases arriba citadas ("conflicto innato de ambivalencia"), señalaría que la culpa surge en un estadio muy temprano del desarrollo. Pero, enfocando globalmente las ideas de Freud, tal como las encontramos resumidas otra vez en las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, está claro que él mantenía su hipótesis de que la culpa surge como secuela del complejo de Edipo.

Abraham, particularmente en su estudio de la organización libidinal,³ esclareció mucho las fases más tempranas del desarrollo. Sus descubrimientos en el campo de la sexualidad infantil estaban ligados a un nuevo enfoque sobre el origen de la ansiedad y la culpa. Abraham sugirió que "En el estadio del narcisismo con fin sexual canibalista, la primera prueba de inhibición instintiva aparece en forma de ansiedad mórbida. El proceso de superar los impulsos canibalistas está íntimamente ligado al sentimiento de culpa, que aparece en primer plano como típico fenómeno inhibitorio perteneciente al tercer estadio (primer estadio anal-sádico)".

Abraham contribuyó así fundamentalmente a nuestra comprensión de los orígenes de la ansiedad y la culpa, ya que fue el primero en señalar la conexión entre ansiedad y culpa y deseos canibalistas. Comparó su breve visión del desarrollo psicosexual con un "horario de trenes expresos en el que sólo se señalaban las estaciones más importantes en las que éstos paran". Sugirió que "las paradas intermedias no pueden ser señaladas en un resumen de este tipo".

III

Mi propia labor no sólo corroboró los descubrimientos de Abraham sobre la ansiedad y la culpa y mostró su importancia en la perspectiva adecuada, sino que también los desarrolló aun más, relacionándolos con un cierto número de hechos nuevos descubiertos en los análisis de niños pequeños.

Cuando analicé situaciones de ansiedad infantiles, reconocí la importancia fundamental de los impulsos y fantasías sádicas de todas las fuentes, que convergen y alcanzan su clímax en los estadios más tempranos del desarrollo. También llegué a ver que, como con-

² *Loc. cit.* En el mismo libro Freud aceptó mi hipótesis (expresada en mis artículos "Estadios tempranos del conflicto edípico", 1928, y "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", 1930), de que la severidad del superyó resulta en alguna medida de la agresividad del niño, que es proyectada al superyó.

³ "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales" (1934b).

secuencia de los procesos tempranos de introyección y proyección, se establecen dentro del yo, junto a objetos extremadamente "buenos", objetos extremadamente terroríficos y persecutorios. Estas figuras están concebidas a la luz de los propios impulsos y fantasías agresivos del bebé, o sea que él proyecta su propia agresividad en las figuras internas que forman parte de su superyó temprano. A la ansiedad de estas fuentes se agrega la culpa proveniente de los impulsos agresivos del bebé contra su primer objeto amado, tanto externo como internalizado.⁴

En un artículo posterior⁵ ilustré con un caso extremo los efectos patológicos de la ansiedad provocados en los bebés por sus impulsos destructivos, y llegué a la conclusión de que las defensas más tempranas del yo (en el desarrollo normal tanto como en el anormal), se dirigen contra la ansiedad provocada por impulsos y fantasías agresivos.⁶

Algunos años más tarde, en mi intento de lograr una comprensión más completa de las fantasías sádicas infantiles y de su origen, me vi llevada a aplicar la hipótesis de Freud de la lucha entre los instintos de vida y muerte al material clínico logrado en análisis de niños pequeños. Recordemos que según Freud: "La actividad de los peligrosos instintos de muerte dentro del organismo individual es manejada en formas diversas; en parte se los vuelve inofensivos al fusionarlos con componentes eróticos, en parte se los desvía hacia el mundo externo en la forma de agresión, en tanto que en su mayor parte continúan indudablemente su obra interna sin obstáculos".⁷

Siguiendo esta línea de pensamiento adelanté la hipótesis⁸ de que la ansiedad es provocada por el peligro que amenaza al organismo proveniente del instinto de muerte; y sugerí que ésta es la causa primaria de ansiedad. La descripción de Freud de la lucha entre los instintos de vida y de muerte (que conduce a la desviación hacia afuera de una porción del instinto de muerte y a la fusión de los dos instintos) conduciría a la conclusión de que la ansiedad se origina en el miedo a la muerte.

En su artículo sobre el masoquismo⁹ Freud extrajo algunas conclusiones fundamentales sobre las conexiones entre masoquismo e instinto de muerte, y consideró bajo esta luz las diversas ansiedades que surgen de la actividad del instinto de muerte vuelto hacia

⁴ Véase mi artículo, "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928).

⁵ "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930a).

⁶ He tratado este problema más extensamente y desde diversos ángulos en *El psicoanálisis de niños*, capítulos 8 y 9,

⁷ *El yo y el ello*, O.C., 19.

⁸ *El psicoanálisis de niños*, pág. 143, *Obras Completas de M.K.*, tomo I.

⁹ "El problema económico del masoquismo", O.C. 19. En este artículo Freud aplicó por primera vez la nueva clasificación de los instintos a problemas clínicos. "El masoquismo moral se vuelve así una prueba clásica de la existencia de la fusión instintiva."

adentro. Entre estas ansiedades, sin embargo, no menciona el miedo a la muerte.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud expuso sus razones para no considerar el miedo a la muerte (o miedo por la vida) como ansiedad primaria. Basó su enfoque en su observación de que “el inconsciente no parece contener nada que sustente el concepto de aniquilación de la vida”. También señaló que nada parecido a la muerte puede nunca ser vivenciado, excepto posiblemente el desmayo, y concluyó que “el miedo a la muerte debe considerarse como análogo al miedo a la castración”.

Yo no comparto su enfoque porque mis observaciones analíticas muestran que hay en el inconsciente un temor a la aniquilación de la vida. Pienso también que si suponemos la existencia de un instinto de muerte, también debemos suponer que en las capas más profundas de la mente hay una reacción a este instinto en la forma de temor a la aniquilación de la vida. Así, a mi entender, el peligro que surge del trabajo interno del instinto de muerte es la primera causa de ansiedad.¹⁰ Como la lucha entre los instintos de vida y muerte persiste a lo largo de la vida, esta fuente de ansiedad nunca se elimina e interviene como factor constante en todas las situaciones de ansiedad.

Mi opinión de que la ansiedad se origina en el temor a la aniquilación deriva de la experiencia reunida en análisis de niños pequeños. Cuando en estos análisis se reviven y repiten las primeras situaciones de ansiedad del bebé, el poder inherente a un instinto en última instancia dirigido contra el yo puede ser detectado con tal fuerza que su existencia aparece más allá de toda duda. Esto sigue siendo cierto incluso cuando consideramos también el papel que juega la frustración, interna y externa, en las vicisitudes de los impulsos destructivos. No es éste el lugar para una prueba detallada que sustente mi argumentación, pero citaré a modo de ilustración un caso mencionado en *El psicoanálisis de niños* (pág. 143n.). Un niño de 5 años solía imaginarse que tenía toda clase de animales salvajes, tales como elefantes, leopardos, hienas y lobos, que lo ayudaban contra sus enemigos. Representaban objetos peligrosos —perseguidores— que había domesticado y podía usar como protección contra sus enemigos. Pero surgió en el análisis que representaban también su propio sadismo: cada animal representaba una fuente específica de sadismo y los órganos utilizados en conexión con esto. Los elefantes simbolizaban su sadismo muscular, sus impulsos a atropellar y patear. Los leopardos que desgarran, representaban sus dientes y uñas y las funciones de éstos en los ataques que él hacía. Los lobos simbolizaban sus excrementos investidos con propiedades destructivas. A veces se asustaba mucho pensando que los animales salvajes que había domesticado

¹⁰ Véase “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”. En 1946 llegué a la conclusión de que esta situación primaria de ansiedad juega un papel importante en la esquizofrenia.

podrían volverse contra él y exterminarlo. Este temor expresaba su sensación de estar amenazado por su propia destructividad (tanto como por perseguidores internos).

Como he ilustrado con este caso, el análisis de las ansiedades que surgen en los niños pequeños nos enseña mucho sobre las formas en que el miedo a la muerte existe en el inconsciente, es decir, sobre el papel que juega este miedo en diversas situaciones de ansiedad. Ya he mencionado el artículo de Freud sobre "El problema económico del masoquismo", que está basado en su descubrimiento del instinto de muerte. Tomemos la primera situación de ansiedad que Freud enumeró: "el temor de ser devorado por el animal totémico (el padre)". Esto, a mi entender, es una expresión no disfrazada del temor a la total aniquilación del yo. El temor a ser devorado por el padre deriva de la proyección de los impulsos del bebé a devorar sus objetos. De esta forma, primero el pecho de la madre (y la madre) se convierte en la mente del bebé en un objeto devorador,¹¹ y estos temores pronto se extienden al pene del padre y al padre. Al mismo tiempo, como devorar implica desde el principio la internalización del objeto devorado, se siente el yo como conteniendo objetos devorados y devoradores. Así se construye el superyó a partir del pecho devorador (la madre), al que se agrega el pene devorador (el padre). Estas figuras internas crueles y peligrosas se convierten en representantes del instinto de muerte. Simultáneamente, el otro aspecto del superyó temprano se forma primero por el pecho bueno internalizado (al que se agrega el pene bueno del padre), que se siente como un objeto interno que alimenta y protege, y como representante del instinto de vida. El temor de ser aniquilado incluye la ansiedad de que el pecho bueno interno sea destruido, ya que este objeto se siente como indispensable para la preservación de la vida. La amenaza al yo proveniente del instinto de muerte operando interiormente está ligada a los peligros que se siente provenir de la madre y padre devoradores internalizados, y valen como miedo a la muerte.

Según esta concepción, el temor a la muerte interviene desde el principio en el temor al superyó, y no es, como señalaba Freud, una "transformación final" del temor al superyó.¹²

Volviéndonos hacia otra situación fundamental de peligro que Freud mencionó en su artículo sobre el masoquismo, esto es, el temor a la castración, yo sugeriría que el temor a la muerte interviene en el temor a la castración y lo refuerza, y no es "análogo" a él.¹³ Como los genitales no son sólo la fuente de la más intensa gratifica-

¹¹ Véanse los ejemplos dados en el artículo de Isaacs (1952): el niño que dijo que el pecho de su madre lo había mordido, y la niña que pensaba que el zapato de su madre se la comería.

¹² *Inhibición, síntoma y angustia*, O.C., 20.

¹³ Para una discusión detallada de las fuentes de ansiedad que interactúan con el miedo a la castración, véase mi artículo "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (*Obras completas de M. Klein*, tomo 1).

ción libidinal, sino también representantes de Eros, y como la reproducción es la forma esencial de contrarrestar la muerte, la pérdida de los genitales significaría el fin del poder creativo que preserva y perpetúa la vida.

IV

Si tratamos de visualizar en forma concreta la ansiedad primaria, el miedo a la aniquilación, debemos recordar el desamparo del bebé ante los peligros internos y externos. Yo sugiero que la situación primaria de peligro que surge de la actividad del instinto de muerte dentro de sí es sentida por el bebé como un ataque abrumador, como persecución. Consideremos primero en relación con esto algunos de los procesos que siguen a la desviación hacia afuera del instinto de muerte y las formas en que dichos procesos influyen en las ansiedades referidas a las situaciones externas e internas. Podemos suponer que la lucha entre los instintos de vida y muerte opera ya durante el nacimiento y acentúa la ansiedad persecutoria provocada por esta dolorosa experiencia. Parecería que esta experiencia tiene el efecto de hacer que el mundo externo, incluyendo el primer objeto externo, el pecho de la madre, parezca hostil. A esto contribuye el hecho de que el yo vuelve los impulsos destructivos contra este objeto primario. El bebé siente que la frustración por el pecho, que de hecho implica peligro para la vida, es la retaliación por sus impulsos destructivos hacia él y que el pecho frustrante lo está persiguiendo. Además, proyecta sus impulsos destructivos en el pecho, es decir, desvía hacia afuera el instinto de muerte; y de esa forma, el pecho atacado se convierte en el representante externo del instinto de muerte.¹⁴ El pecho "malo" es también introyectado y esto intensifica, como podemos suponer, la situación de peligro interno, o sea, el temor a la actividad del instinto de muerte en el interior. Porque por la internalización del pecho "malo", la porción del instinto de muerte que ha sido desviada hacia afuera, con todos sus peligros asociados, se vuelve otra vez hacia adentro y el yo liga su temor a sus propios impulsos destructivos al objeto interno malo. Estos procesos bien pueden suceder simultáneamente y por consiguiente mi descripción de ellos no debe tomarse como explicación cronológica. Para resumir: el pecho externo frustrador (malo) se convierte, debido a la pro-

¹⁴ En mi obra *El psicoanálisis de niños* (págs. 139 y sigs.), sugerí que las primeras dificultades de alimentación en los bebés son manifestación de temores persecutorios. (Me refería a las dificultades de alimentación que aparecen incluso aunque la leche de la madre sea abundante y aunque no pareciera haber factores externos que impidan una situación satisfactoria para la alimentación.) Llegué a la conclusión de que estos temores persecutorios, cuando son excesivos, conducen a una extensa inhibición de los deseos libidinales. Véase también más adelante el capítulo "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé".

yección, en el representante externo del instinto de muerte; a través de la introyección refuerza la situación primaria interna de peligro; esto conduce a una necesidad mayor por parte del yo de desviar (proyectar) los peligros internos (principalmente la actividad del instinto de muerte) en el mundo externo. Hay por consiguiente una fluctuación constante entre el temor a los objetos malos internos y externos, entre el instinto de muerte actuando dentro y desviado hacia afuera. Aquí vemos un aspecto importante de la interacción —desde el principio de la vida— entre proyección e introyección. Los peligros externos se experimentan a la luz de peligros internos y por consiguiente se intensifican; por otra parte, cualquier peligro que amenaza desde afuera intensifica la perpetua situación interna de peligro. Esta interacción existe en cierto grado a todo lo largo de la vida. El hecho mismo de que la lucha ha sido, en alguna medida, externalizada, alivia la ansiedad. La externalización de las situaciones internas de peligro es uno de los primeros métodos de defensa del yo contra la ansiedad y sigue siendo fundamental a lo largo del desarrollo.

La actividad del instinto de muerte vuelto hacia afuera, tanto como su operación interna, no pueden ser consideradas aparte de la actividad simultánea del instinto de vida. Lado a lado con la desviación hacia afuera del instinto de muerte, el instinto de vida se liga por medio de la libido al objeto externo, el pecho gratificador (bueno), que se convierte en el representante externo del instinto de vida. La introyección de este objeto bueno refuerza el poder del instinto de vida en el interior. El pecho bueno internalizado, que se siente como fuente de la vida, forma una parte vital del yo y preservarlo se convierte en una necesidad imperiosa. La introyección de este primer objeto amado está por consiguiente inextricablemente ligada a todos los procesos engendrados por el instinto de vida. El pecho bueno internalizado y el pecho malo devorador forman el núcleo del superyó en sus aspectos bueno y malo; son los representantes dentro del yo de la lucha entre los instintos de vida y muerte.

El segundo objeto parcial importante a ser introyectado es el pene del padre, al que también se atribuyen cualidades buenas y malas. Estos dos objetos peligrosos —el pecho malo y el pene malo— son los prototipos de los perseguidores internos y externos. Las experiencias de carácter doloroso, frustraciones de fuentes interna y externa que se sienten como persecución, se atribuyen primero a los objetos perseguidores externos e internos. En todas estas experiencias, la ansiedad persecutoria y la agresión se refuerzan mutuamente. Porque mientras los impulsos agresivos del bebé juegan a través de la proyección un papel fundamental en la construcción de figuras persecutorias, estas mismas figuras aumentan su ansiedad persecutoria y a su vez refuerzan sus impulsos y fantasías agresivos contra los objetos externos e internos sentidos como peligrosos.

Las perturbaciones paranoides de los adultos se basan, a mi en-

tender, en la ansiedad persecutoria vivenciada en los primeros meses de vida. En el paciente paranoide, la esencia de sus temores de persecución es la sensación de que hay un agente hostil que está empeñado en infligirle sufrimiento, daño y finalmente aniquilación. Este agente perseguidor puede estar representado por una o por muchas personas o incluso por fuerzas de la naturaleza. El ataque temido puede tomar innumerables formas, específicas en cada caso; pero la raíz del temor persecutorio en el individuo paranoide es, creo, el temor a la aniquilación del yo; en última instancia, por el instinto de muerte.

V

Discutiré ahora más específicamente la relación entre culpa y ansiedad, y en conexión con esto reconsideraré primero algunas de las ideas de Freud y de Abraham con respecto a la ansiedad y la culpa. Freud enfocó el problema de la culpa desde dos ángulos principales. Por una parte, no cabe duda de que para él la ansiedad y la culpa están estrechamente conectadas. Por otra parte, llegó a la conclusión de que el término "culpa" sólo se aplica con respecto a manifestaciones de conciencia que son resultado del desarrollo del superyó. El superyó, como sabemos, surge según él como secuela del complejo de Edipo; en niños menores de cuatro o cinco años los términos "conciencia" y "culpa", a su entender, no se aplican aún, y la ansiedad en los primeros años de la vida es distinta de la culpa.¹⁵

Según Abraham,¹⁶ la culpa surge en la superación de los impulsos canibalistas —o sea, agresivos— durante el primer estadio sádico-anal (o sea, en una edad mucho más temprana de lo que suponía Freud); pero Abraham no consideró la diferenciación entre ansiedad y culpa. Ferenczi, que no se ocupaba tampoco de la distinción entre ansiedad y culpa, sugirió que algo cuya naturaleza se asemeja a la culpa surge durante el estadio anal. Llegó a la conclusión que puede

¹⁵ Una referencia significativa a la conexión entre ansiedad y culpa está contenida en el siguiente pasaje: "Quizás éste sea el momento de señalar que en el fondo el sentimiento de culpa no es más que una variedad topográfica de la ansiedad" (*El malestar en la cultura*). Por otra parte, Freud distingue claramente entre ansiedad y culpa. Al examinar el desarrollo del sentimiento de culpa, dice refiriéndose al uso del término "culpa" con respecto a manifestaciones tempranas de "mala conciencia": "Llamamos a este estado de ánimo 'mala conciencia', pero en realidad no merece este nombre, porque en este estadio el sentimiento de culpa es evidentemente sólo el miedo de perder el amor, ansiedad 'social'. En un niño nunca puede ser otra cosa, pero también en muchos adultos sólo ha cambiado en la medida en que la comunidad humana más amplia toma el lugar del padre o de ambos padres... Tiene lugar un gran cambio en cuanto por el desarrollo del superyó la autoridad ha sido internalizada. Las manifestaciones de la conciencia se elevan entonces a un nuevo nivel: para ser exactos, no deberíamos llamarlas conciencia ni sentimiento de culpa antes de esto". (*Loc. cit.*)

¹⁶ "Un breve estudio de la evolución de la libido" (1924b)

haber una especie de precursor fisiológico del superyó, al que llama “moral esfinteriana”.¹⁷

Ernest Jones, en un artículo publicado en 1929,¹⁸ examinó la interacción entre odio, miedo y culpa. Distinguió dos fases en el desarrollo de la culpa y sugirió para el primer estadio el término estadio “prenéfando” de la culpa. Conectó esto con los estadios pregenitales sádicos del desarrollo del superyó y estableció que la culpa está “siempre e inevitablemente asociada con el impulso de odio”. El segundo estadio es “...el estadio de la culpa propiamente dicha, cuya función es proteger contra los peligros externos”.

En mi artículo “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos”, establecí una diferenciación entre dos formas principales de ansiedad —ansiedad persecutoria y depresiva—, pero señalé que la distinción entre estas dos formas de ansiedad no está claramente delimitada. Tras esta restricción, creo que una diferenciación entre las dos formas de ansiedad es valiosa tanto desde el punto de vista teórico como práctico. En el artículo a que me referí más arriba, llegué a la conclusión de que la ansiedad persecutoria se relaciona principalmente con la aniquilación del yo; la ansiedad depresiva se relaciona principalmente con el daño hecho a los objetos amados internos y externos por los impulsos destructivos del sujeto. La ansiedad depresiva tiene múltiples contenidos, tales como: el objeto bueno está dañado, sufre, está deteriorándose; se convierte en objeto malo; está aniquilado, perdido, y nunca más aparecerá. Llegué también a la conclusión de que la ansiedad depresiva está estrechamente ligada con la culpa y con la tendencia a la reparación.

Cuando introduje por primera vez mi concepto de la posición depresiva en el artículo a que me referí más arriba, sugerí que la ansiedad depresiva y la culpa surgen con la introyección del objeto como un todo. Mi trabajo posterior en la posición esquizo-paranoide¹⁹, que precede a la posición depresiva, me ha llevado a la conclusión de que a pesar de que en el primer estadio predominan los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria, la ansiedad depresiva y la culpa juegan ya algún papel en la primera relación objetal del bebé, o sea, en su relación con el pecho de la madre.

Durante la posición esquizo-paranoide, o sea durante los primeros tres o cuatro meses de vida, están en su punto culminante los procesos de escisión, que involucran la escisión del primer objeto (el pecho) tanto como de los sentimientos hacia él. El odio y la ansiedad persecutoria se ligan al pecho frustrador (malo), y el amor y el reaseguramiento al pecho gratificador (bueno). Sin embargo, incluso en este estadio dichos procesos de escisión nunca son completamente eficaces; porque desde el principio de la vida el yo tiende a integrarse

¹⁷ Ferenczi, “Psicoanálisis de los hábitos sexuales” (1925).

¹⁸ “Fear, Guilt and Hate”.

¹⁹ “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”.

y a sintetizar los diferentes aspectos del objeto. (Esta tendencia puede ser considerada como expresión del instinto de vida). Parece que hay estados transitorios de integración incluso en bebés muy pequeños —que se vuelven más frecuentes y duraderos a medida que progresa el desarrollo— en los que el clivaje entre el pecho bueno y el malo está menos marcado.

En tales estados de integración surge cierto grado de síntesis entre el amor y el odio en relación con los objetos parciales, que según mi opinión actual da origen a la ansiedad depresiva, a la culpa y al deseo de reparar el objeto amado dañado, ante todo el pecho bueno.²⁰ Es decir, que ahora vinculo la aparición de la ansiedad depresiva con la relación con los objetos parciales. Esta modificación es el resultado del trabajo posterior en los primeros estadios del yo y de un reconocimiento más completo del carácter gradual del desarrollo emocional del bebé. No hay cambios en mi concepción de que la base de la ansiedad depresiva es la síntesis entre impulsos destructivos y sentimientos de amor hacia *un* objeto.

Consideremos ahora hasta adónde esta modificación influye en el concepto de posición depresiva. Yo describiría ahora esta posición de la siguiente manera: durante el período desde los tres a seis meses surge un considerable progreso en la integración del yo. Tienen lugar cambios importantes en el carácter de las relaciones objetales del bebé y de sus procesos de introyección. El bebé percibe e introyecta a la madre cada vez más como persona completa. Esto implica mayor identificación y una relación más estable con ella. Aunque estos procesos aún se centran principalmente en la madre, la relación del bebé con el padre (y con otras personas de su ambiente) sobrelleva cambios similares, y el padre también se establece en su mente como persona completa. Al mismo tiempo disminuyen en fuerza los procesos de escisión y se relacionan principalmente con objetos totales, en tanto que en el estadio anterior se conectaban principalmente con objetos parciales.

Los aspectos contrastantes de los objetos y los conflictivos sentimientos, impulsos y fantasías hacia ellos, se unen más en la mente del bebé. Persiste la ansiedad persecutoria y juega su papel en la posición depresiva, pero disminuye en cantidad y la ansiedad depresiva gana primacía sobre la ansiedad persecutoria. Ya que es una *persona* amada (internalizada y externa) la que se siente dañada por impulsos agresivos, el bebé sufre sentimientos depresivos intensificados, más duraderos que las fugaces experiencias de ansiedad depresiva y culpa del estadio anterior. El yo más integrado se enfrenta ahora cada vez más con una realidad psíquica muy dolorosa —las quejas y reproches que emanan de la madre y el padre internalizados dañados

²⁰ Debemos recordar, sin embargo, que incluso durante este estadio el rostro y las manos de la madre, y toda su presencia física, entran cada vez más en la construcción gradual de la relación del niño con ella como persona.

que ahora son objetos totales, personas— y se siente compelido bajo la tensión de un mayor sufrimiento a habérselas con una realidad psicológica dolorosa. Esto lleva a la necesidad dominante de preservar, reparar o revivir los objetos amados: la tendencia a la reparación. Como método alternativo, probablemente simultáneo, de manejar estas ansiedades, el yo recurre intensamente a la defensa maníaca.²¹

La evolución que he descrito implica no sólo importantes cambios cuantitativos y cualitativos en los sentimientos de amor, la ansiedad depresiva y la culpa, sino también una nueva combinación de factores que constituyen la posición depresiva.

Por la descripción anterior se puede ver que la modificación de mis ideas, referida a la aparición más temprana de la ansiedad depresiva y la culpa, no ha alterado esencialmente mi concepto de la posición depresiva.

En este punto quisiera considerar más específicamente los procesos por los que aparecen la ansiedad depresiva, la culpa y el impulso a reparar. La base de la ansiedad depresiva es, como he descrito, el proceso por el que el yo sintetiza los impulsos destructivos y los sentimientos de amor hacia un objeto. El sentimiento de que el daño hecho al objeto amado tiene por causa los impulsos agresivos del sujeto, es para mí la esencia de la culpa. (El sentimiento de culpa del bebé puede extenderse a cualquier perjuicio que acontezca al objeto amado, incluso el daño hecho por sus objetos persecutorios.) El impulso a anular o reparar este daño proviene de sentir que el sujeto mismo lo ha causado, o sea de la culpa. Por consiguiente la tendencia reparatoria puede ser considerada como consecuencia del sentimiento de culpa.

Surge ahora el problema: ¿Es la culpa un elemento de la ansiedad depresiva? ¿Son dos aspectos de un mismo proceso, o una es resultado o manifestación de la otra? En tanto que no puedo actualmente dar una respuesta precisa a este problema, yo sugeriría que la ansiedad depresiva, la culpa y el impulso a reparar se experimentan con frecuencia simultáneamente.

Parece probable que la ansiedad depresiva, la culpa y la tendencia reparatoria sólo se experimenten cuando sobre los impulsos destructivos predominan los sentimientos de amor hacia el objeto. En otras palabras, podemos suponer que experiencias repetidas de amor superando al odio —en última instancia del instinto de vida superando al instinto de muerte— son una condición esencial para la capacidad del yo de integrarse a sí mismo y de sintetizar los aspectos contrastantes del objeto. En tales estados o momentos la relación con el aspecto malo del objeto, incluyendo la ansiedad persecutoria, ha retrocedido.

²¹ El concepto de defensa maníaca y su más amplia aplicación a la vida mental han sido examinados con algún detalle en mis artículos "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" y "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos" (*Obras completas de M.K.*, tomo 1).

Sin embargo, durante los tres o cuatro primeros meses de vida, estadio en el que surgen (según mi concepción actual) la ansiedad depresiva y la culpa, los procesos de escisión y la ansiedad persecutoria están en su punto culminante. Por consiguiente la ansiedad persecutoria interfiere muy rápidamente con el progreso en la integración, y las experiencias de ansiedad depresiva, culpa y reparación sólo pueden ser de carácter transitorio. En consecuencia, el objeto amado dañado puede transformarse rápidamente en perseguidor, y el impulso a reparar o revivir el objeto amado puede convertirse en la necesidad de apaciguar y aplacar al perseguidor. Pero incluso durante el estadio siguiente, la posición depresiva, en la que el yo más integrado introyecta e instaura cada vez más la persona entera, persiste la ansiedad persecutoria. Durante este período, como lo he descrito, el bebé experimenta no sólo aflicción, depresión y culpa, sino también ansiedad persecutoria referida al aspecto malo del superyó; las defensas contra la ansiedad persecutoria existen lado a lado con las defensas contra la ansiedad depresiva.

He señalado repetidamente que la diferenciación entre ansiedad persecutoria y depresiva está basada en un concepto límite. Sin embargo, en la práctica psicoanalítica cierto número de estudiosos han encontrado que la diferenciación entre ansiedad persecutoria y depresiva es útil para comprender y desembrollar situaciones emocionales. Veamos un caso de un cuadro típico que podemos encontrar en el análisis de pacientes depresivos: durante una sesión un paciente puede sufrir de fuertes sentimientos de culpa y desesperación por su incapacidad de reparar el daño que siente que ha causado. Entonces aparece un cambio completo: el paciente trae repentinamente material de tipo persecutorio. Acusa al analista y al análisis de no hacer otra cosa que daño y expresa quejas que retrotraen a tempranas frustraciones. Los procesos que subyacen a este cambio pueden resumirse como sigue: la ansiedad persecutoria se ha convertido en dominante, ha retrocedido el sentimiento de culpa y con él el amor al objeto parece haber desaparecido. En esta situación emocional alterada, el objeto se ha convertido en malo, no puede ser amado, y entonces los impulsos destructivos hacia él parecen justificados. Esto significa que la ansiedad persecutoria y las defensas *han sido reforzadas* para escapar a la carga abrumadora de la culpa y desesperación. En muchos casos, por supuesto, el paciente puede mostrar un monto considerable de ansiedad persecutoria junto con culpa, y el cambio a la predominancia de ansiedad persecutoria no siempre aparece tan dramáticamente como lo he descrito aquí. Pero en todos estos casos la diferenciación entre ansiedad persecutoria y depresiva nos ayuda a comprender los procesos que estamos tratando de analizar.

La distinción teórica entre ansiedad depresiva, culpa y reparación por una parte, y ansiedad persecutoria y defensas contra ella por la otra, no sólo resulta útil en el trabajo analítico, sino que también

tiene implicaciones más amplias. Esclarece muchos problemas conectados con el estudio de las emociones y conducta humanas.²² Un campo especial en el que he encontrado este concepto muy esclarecedor es la observación y comprensión de los niños.

Resumiré aquí brevemente las conclusiones teóricas sobre la relación entre ansiedad y culpa que he expuesto en esta sección. La culpa está inextricablemente ligada con la ansiedad (más exactamente, con una forma específica de ella, la ansiedad depresiva); conduce a la tendencia reparatoria y surge, durante los primeros meses de vida, en conexión con los estadios más tempranos del superyó.

VI

La interrelación del peligro interno primario y el peligro que amenaza desde afuera esclarece el problema de la ansiedad "objetiva" *versus* "neurótica". Freud definió como sigue la distinción entre ansiedad objetiva y ansiedad neurótica: "El peligro real es un peligro conocido, y la ansiedad realista es ansiedad por un peligro conocido de esta clase. La ansiedad neurótica es ansiedad ante un peligro desconocido. El peligro neurótico es así un peligro que aún tiene que ser descubierto. El análisis nos ha demostrado que es un peligro instintivo".²³ Y, de nuevo: "Un peligro real es un peligro que amenaza a una persona desde un objeto externo, y un peligro neurótico es uno que lo amenaza con una exigencia instintiva".²⁴

Pero en algunas oportunidades Freud se refirió a la interacción entre estas dos fuentes de ansiedad²⁵ y la experiencia analítica general nos ha demostrado que la distinción entre ansiedad objetiva y neurótica no puede trazarse netamente.

Volveré aquí al enunciado de Freud de que la causa de la ansiedad es que el niño "extraña a alguien a quien ama y anhela".²⁶ Al describir el miedo fundamental del bebé a la pérdida, Freud dijo: "El no puede aún distinguir entre ausencia temporaria y pérdida per-

²² En su artículo "Towards a Common Aim: A Psycho-Analytical Contribution to Ethics", R.E. Money-Kyrle aplicó la distinción entre ansiedades persecutoria y depresiva a actitudes hacia la ética en general, y hacia las convicciones políticas en particular; y desde ese entonces ha ampliado sus conceptos en su libro *Psycho-Analysis and Politics*.

²³ *Inhibición, síntoma y angustia*, O.C., 20.

²⁴ *Loc. cit.*

²⁵ Freud se refiere a esta interacción entre ansiedad proveniente de causas internas y externas con respecto a ciertos casos de ansiedad neurótica. "El peligro es conocido u objetivo, pero la ansiedad ante él es demasiado grande, más grande de lo que parecería adecuado... el análisis muestra que al peligro objetivo conocido se le agrega un peligro instintivo desconocido." (*Loc. cit.*)

²⁶ *Loc. cit.*

manente. *En cuanto extraña a su madre se comporta como si no fuera a verla nunca más*; y son necesarias repetidas experiencias consolatorias de lo contrario, antes de que aprenda que a su desaparición sigue generalmente su reaparición”²⁷ (la bastardilla es mía).

En otro pasaje, en que describe el temor a la pérdida de amor, Freud dijo que es “evidentemente una continuación del miedo del lactante cuando extraña a su madre. Comprenderéis qué *situación de peligro real* indica este tipo de ansiedad. Si la madre está ausente o ha retirado su amor del niño, ya no puede estar seguro de que sus necesidades serán satisfechas, y puede quedar expuesto a las más dolorosas sensaciones de tensión”²⁸ (la bastardilla es mía).

Sin embargo, algunas páginas antes, en el mismo libro, Freud describió esta misma situación de peligro desde el punto de vista de la ansiedad neurótica, lo que parece demostrar que enfocaba esta situación infantil desde los dos ángulos. A mi entender, estas dos fuentes principales del miedo del bebé a la pérdida, pueden definirse como sigue: una es la completa dependencia del niño con respecto a su madre para la satisfacción de sus necesidades y el alivio de la tensión. La ansiedad que surge de esta fuente puede llamarse ansiedad objetiva. La otra fuente importante de ansiedad deriva del temor del bebé de que la madre amada haya sido destruida por sus impulsos sádicos o esté en peligro de serlo, y este miedo —que podría denominarse “ansiedad neurótica”— se relaciona con la madre como objeto externo (e interno) bueno indispensable, y contribuye a la sensación del bebé de que nunca volverá. Hay desde el principio una interacción constante entre estas dos fuentes de ansiedad, es decir, entre la ansiedad objetiva y la neurótica o, en otros términos, la ansiedad de fuente externa y la de fuente interna.

Además, si el peligro externo está vinculado desde el principio con el peligro proveniente del instinto de muerte, ninguna situación de peligro que surja de fuentes externas puede ser experimentado por el niño pequeño puramente como peligro externo y conocido. Pero no es sólo el bebé el que no puede hacer tan clara diferenciación: en cierta medida la interacción entre situaciones de peligro internas y externas persiste a lo largo de toda la vida.²⁹

Esto se vio claramente en los análisis llevados a cabo en la época de la guerra. Incluso en adultos normales, la ansiedad provocada por las incursiones aéreas, las bombas, los incendios, etc. —esto es, por una situación de peligro “objetiva”—, sólo podía ser reducida anali-

²⁷ *Loc. cit.*

²⁸ *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, O.C. 22.

²⁹ Como señalé en mi obra *El psicoanálisis de niños*, pág. 175: “Si una persona normal sufre una grave tensión externa o interna, o cae enferma o algo le va mal en otro aspecto, podemos observar en ella la completa y plena actuación de sus más profundas situaciones de ansiedad. Como, por consiguiente, toda persona sana *puede sucumbir* a una enfermedad neurótica, se sigue que nunca puede haber abandonado enteramente sus antiguas situaciones de ansiedad”.

zando, más allá del impacto de la situación real, las diversas ansiedades tempranas que eran provocadas por ella. En muchas personas la ansiedad excesiva proveniente de estas fuentes llevó a una poderosa negación (defensa maniaca) de la situación de peligro objetiva, que se manifestaba en una aparente falta de miedo. Esto era una observación común en los niños y no podía explicarse sólo por su incompleto reconocimiento del peligro real. El análisis reveló que la situación de peligro objetivo había revivido las tempranas ansiedades fantásticas del niño en tal medida que la situación de peligro objetiva tuvo que ser negada. En otros casos, la relativa estabilidad de los niños a pesar de los peligros de la época de guerra no estaba determinada tanto por defensas maniacas como por una modificación más exitosa de las tempranas ansiedades persecutoria y depresiva, resultante en una mayor sensación de seguridad con respecto tanto al mundo interno como al externo, y en una buena relación con los padres. En estos niños, incluso cuando el padre estaba ausente, el reaseguramiento logrado por la presencia de la madre y por la vida hogareña, contrarrestaba los temores provocados por los peligros objetivos.

Estas observaciones se vuelven comprensibles si recordamos que la percepción del niño pequeño de la realidad externa y los objetos externos está perpetuamente influida y coloreada por sus fantasías, y esto en cierta medida continúa a lo largo de toda la vida. Las experiencias externas que provocan ansiedad activan de inmediato, incluso en personas normales, la ansiedad derivada de fuentes intrapsíquicas. La interacción entre ansiedad objetiva y ansiedad neurótica —o, para expresarlo en otras palabras, la interacción entre ansiedad de fuente interna y de fuente externa—, corresponde a la interacción entre realidad externa y realidad psíquica.

Para estimar si la ansiedad es neurótica o no, tenemos que considerar un punto al que Freud se refirió repetidas veces, la cantidad de ansiedad proveniente de fuentes internas. Este factor está sin embargo vinculado con la capacidad del yo para desarrollar defensas adecuadas contra la ansiedad, esto es, la proporción de la fuerza de la ansiedad con respecto a la fuerza del yo.

VII

Está implícito en esta presentación de mis ideas, que éstas se desarrollaron a partir de un enfoque de la agresión que difería sustancialmente de la tendencia principal en el pensamiento psicoanalítico. El hecho de que Freud descubriera la agresión primero como un elemento de la sexualidad infantil —por así decirlo, como un adjunto de la libido (sadismo)— tuvo el efecto de que por mucho tiempo el interés psicoanalítico se centrara en la libido y que la agresión se con-

siderara más o menos como un auxiliar de la libido.³⁰ En 1920 surgió el descubrimiento de Freud del instinto de muerte que se manifiesta en impulsos destructivos y que opera en fusión con el instinto de vida, y le siguió en 1924 la exploración más profunda de Abraham del sadismo en el niño pequeño. Pero incluso después de estos descubrimientos, como puede observarse por el cuerpo principal de la literatura psicoanalítica, el pensamiento psicoanalítico ha seguido predominantemente interesado en la libido y las defensas contra los impulsos libidinales, y en consecuencia ha subestimado la importancia de la agresión y sus implicaciones.

Desde el principio de mi labor psicoanalítica, mi interés se centró en la ansiedad y sus causas, y esto me llevó más cerca de la comprensión de la relación entre agresión y ansiedad.³¹ Los análisis de niños pequeños, para los que desarrollé la técnica del juego, sustentaron este enfoque, pues revelaron que la ansiedad de los niños pequeños sólo podía aliviarse analizando sus fantasías e impulsos sádicos con mayor apreciación del papel que juega la agresión en el sadismo y en la provocación de la ansiedad. Esta evaluación más completa de la importancia de la agresión me condujo a ciertas conclusiones que presenté en mi artículo "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1927). Allí adelanté la hipótesis de que en el desarrollo infantil —tanto normal como patológico— la ansiedad y la culpa que surgen durante el primer año de vida están estrechamente conectadas con procesos de introyección y proyección, con los primeros estadios del desarrollo del superyó y del complejo de Edipo, y que en estas ansiedades la agresión y las defensas contra ellas son de capital importancia.

El trabajo posterior en esta dirección fue llevado a cabo en la Sociedad Psicoanalítica Británica desde alrededor de 1927 en adelante. En esta Sociedad, cierto número de psicoanalistas, trabajando en estrecha cooperación, hicieron numerosas contribuciones³² a la comprensión del papel fundamental de la agresión en la vida mental, en tanto que, tomando el pensamiento psicoanalítico en general, un cambio de opinión en esta dirección ha aparecido sólo en contribuciones esporádicas durante los últimos diez a quince años; sin embargo, estas contribuciones han aumentado últimamente.

Uno de los resultados del nuevo trabajo en la agresión fue el reconocimiento de la importante función de la tendencia reparatoria, que es una expresión del instinto de vida en su lucha contra el instinto de muerte. No sólo desde entonces se consideraron los impulsos

³⁰ Véase el artículo de Paula Heimann (1952b) en que se examina esta preferencia teórica por la libido y su influencia en el desarrollo de la teoría.

³¹ Este fuerte énfasis en la ansiedad está presente ya en mis primeras publicaciones.

³² Véase la bibliografía citada por J. Riviere en su artículo "Sobre la génesis del conflicto psíquico en la primera infancia" (1952a).

destructivos en una perspectiva mejor, sino que se vio más claramente la interacción de los instintos de vida y muerte, y por consiguiente también el papel de la libido en todo proceso mental y emocional.

A lo largo de este capítulo he puesto en claro mi opinión de que el instinto de muerte (impulsos destructivos) es el factor primario en la causación de la ansiedad. Sin embargo, también estaba implícito en mi exposición de los procesos que conducen a la ansiedad y la culpa, que el objeto primario contra el que se dirigen los impulsos destructores es el objeto de la libido, y que es por consiguiente la *interacción* entre agresión y libido —en última instancia, tanto la fusión como la polaridad de los dos instintos— lo que causa la ansiedad y la culpa. Otro aspecto de esta interacción es la mitigación de los impulsos destructivos por la libido. La interacción óptima de libido y agresión implica que la ansiedad provocada por la constante actividad del instinto de muerte, aunque nunca eliminada, está contrarrestada y mantenida a raya por el poder del instinto de vida.

3. SOBRE LOS CRITERIOS PARA LA TERMINACION DE UN PSICOANALISIS

(1950)

Los criterios para la terminación de un análisis constituyen un importante problema para cualquier psicoanalista. Hay muchos criterios sobre los cuales todos nos pondríamos de acuerdo. Quiero proponer aquí un enfoque diferente del problema.

Se señala a menudo que la terminación de un análisis reactiva en el paciente las situaciones más tempranas de separación, que es como una experiencia de destete. Esto implica, según me lo ha mostrado mi trabajo, que las emociones que siente el bebé en el momento del destete, cuando los conflictos infantiles llegan a su cúspide, se reviven intensamente al finalizar un análisis. De acuerdo con esto, llegué a la conclusión de que antes de dar por terminado un análisis tengo que preguntarme si los conflictos y las ansiedades experimentadas en el primer año de vida han sido suficientemente analizados y elaborados en el curso del tratamiento.

Mi trabajo sobre el desarrollo temprano (Klein, 1935, 1940, 1946, 1948b) me ha permitido distinguir dos formas de ansiedad: la persecutoria, que predomina durante los primeros meses de la vida y es fuente de la "posición esquizo-paranoide", y la depresiva, que culmina alrededor de la mitad del primer año y es fuente de la "posición depresiva". He llegado a la conclusión de que al principio de su vida posnatal el niño siente la ansiedad persecutoria en relación con fuentes a la vez externas e internas: externas, en tanto que la experiencia del nacimiento se vive como un ataque; e internas, porque la amenaza para el organismo proveniente, de acuerdo con Freud, del instinto de muerte, suscita a mi criterio el miedo a la aniquilación —el miedo a la muerte—. Es este miedo lo que considero la causa primaria de la ansiedad.

La ansiedad persecutoria se vincula principalmente a peligros sentidos como amenazando el yo; la ansiedad depresiva, a peligros sentidos como amenazando el objeto de amor, en primer término

por la agresión del sujeto. La ansiedad depresiva surge de procesos de síntesis en el yo; porque como resultado de una creciente integración, el amor y el odio, y, en consecuencia, los aspectos buenos y malos de los objetos, se vuelven más cercanos en la mente del niño. Un cierto grado de integración es también una de las condiciones previas de la introyección de la madre como persona total. Los sentimientos y la ansiedad depresivos llegan a su cúspide —la posición depresiva— alrededor de la mitad del primer año. Entonces, la ansiedad persecutoria ha disminuido, aunque sigue desempeñando un papel importante.

El sentimiento de culpa, vinculado con la ansiedad depresiva, se refiere al daño causado por los deseos canibalistas y sádicos. La culpa hace surgir el impulso a reparar el objeto de amor así dañado, a preservarlo o restaurarlo, impulso que profundiza los sentimientos de amor y promueve relaciones objetales.

En el momento del destete, el niño siente que pierde su primer objeto de amor —el pecho de la madre— tanto como objeto externo y como introyectado, y que esta pérdida se debe a su odio, agresión y voracidad. Entonces el destete incrementa sus sentimientos depresivos, que evolucionan hacia un proceso de duelo. El sufrimiento propio de la posición depresiva está vinculado a un incremento de la comprensión de la realidad psíquica, que a su vez contribuye a una mejor comprensión del mundo externo. Gracias a su creciente adaptación a la realidad y a la mayor amplitud de las relaciones objetales, el niño es capaz de combatir y disminuir sus ansiedades depresivas y, en cierta medida, establecer firmemente sus buenos objetos internalizados, es decir, el aspecto favorable y protector del superyó.

Freud describió la prueba de realidad como parte esencial del trabajo del duelo. A mi criterio, es en la temprana infancia cuando se utiliza por primera vez la prueba de realidad para superar el dolor vinculado a la posición depresiva; y cada vez que se experimenta un duelo, estos procesos tempranos se reactivan. He comprobado que el éxito del trabajo del duelo en los adultos depende no sólo de establecer dentro del yo la persona perdida (como lo hemos aprendido de Freud y Abraham), sino también de restablecer los primeros objetos amados, que en la temprana infancia fueron destruidos o puestos en peligro por los impulsos destructivos.

Aunque los primeros pasos para contrarrestar la posición depresiva se realizan durante el primer año de vida, los sentimientos persecutorios y depresivos reaparecen en el curso de la infancia. Estas ansiedades son elaboradas y superadas con amplitud en el curso de la neurosis infantil, y normalmente, cuando comienza el período de latencia, se han desarrollado defensas adecuadas y se ha alcanzado ya un cierto grado de estabilización. Esto significa que se han conseguido la primacía genital y relaciones objetales satisfactorias, y que el complejo edípico ha perdido fuerza.

Extraeré ahora una conclusión de la definición dada acerca de

que la ansiedad persecutoria se refiere a peligros sentidos como amenazando el yo y la ansiedad depresiva a peligros sentidos como amenazando el objeto amado. Esto significa que estas dos formas de ansiedad comprenden todas las situaciones de ansiedad por las cuales pasa el niño. Así, el miedo de ser devorado, de ser envenenado, de ser castrado, el miedo a ataques en el "interior" de su cuerpo, pertenecen a la ansiedad persecutoria, mientras todas las ansiedades referidas a los objetos de amor son de naturaleza depresiva. Sin embargo, las ansiedades persecutoria y depresiva, aunque conceptualmente distintas desde el punto de vista clínico, a menudo se mezclan. Por ejemplo, considero que el miedo a la castración, la principal ansiedad en el varón, es persecutorio. Este miedo se mezcla con ansiedad depresiva en la medida en que produce el sentimiento de no poder fecundar a una mujer, en última instancia de no poder fecundar a la madre amada, y en consecuencia de no ser capaz de reparar el daño que ella sufrió por los impulsos sádicos del niño. No es necesario recordar que la impotencia produce a menudo una severa depresión en los hombres. Consideremos ahora la principal ansiedad en las mujeres. El miedo de la niña de que la madre terrorífica ataque su cuerpo y los bebés que contiene, —que, a mi juicio, constituye la situación de ansiedad femenina fundamental— es persecutorio por definición. Pero en tanto que este miedo implica la destrucción de sus objetos amados —los bebés que siente dentro de ella—, posee un fuerte elemento de ansiedad depresiva.

De acuerdo con mi tesis, una condición previa para el desarrollo normal es que tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas hayan sido ampliamente reducidas y modificadas. En consecuencia, como espero que haya resultado claro de mi exposición anterior, mi enfoque del problema de la terminación de los análisis de niños y de adultos puede definirse así: que la ansiedad persecutoria y depresiva haya sido suficientemente reducida, lo que —a mi criterio— presupone el análisis de las primeras experiencias de duelo.

Debo decir, sin embargo, que aun si el análisis retrocede hasta las etapas más tempranas del desarrollo, base para mi nuevo criterio, los resultados todavía podrán variar de acuerdo con la severidad y la estructura del caso. En otras palabras, a pesar del progreso de nuestra teoría y nuestra técnica, debemos tener presentes las limitaciones de la terapia psicoanalítica.

¿Qué relación tiene el enfoque que estoy sugiriendo con algunos de los criterios ya bien conocidos, como los de una potencia sexual y una heterosexualidad bien establecida, la capacidad de amor, de relaciones objetales y de trabajo, y determinadas características del yo que tiendan a una estabilidad psíquica y estén ligadas a defensas adecuadas? Todos estos aspectos del desarrollo tienen una relación recíproca con la modificación de la ansiedad persecutoria y depresiva. En cuanto a la capacidad de amor y de relaciones objetales, se puede ver fácilmente que sólo se desarrolla libremente si las ansiedades per-

secutorias y depresivas no son excesivas. La solución es más compleja en lo que se refiere al desarrollo del yo. A este respecto, se enfatizan habitualmente dos rasgos, el incremento en estabilidad y en el sentido de realidad, pero opino que la extensión en la profundidad del yo también es esencial. Un elemento intrínseco de una personalidad profunda y completa es la riqueza de la vida de fantasía y la capacidad de sentir libremente las emociones. Estas características, a mi criterio, presuponen que la posición depresiva infantil fue elaborada, es decir, que toda la escala de amor y odio, ansiedad, pena y culpa en relación con los objetos primarios ha sido experimentada una y otra vez. Este desarrollo emocional está ligado a la naturaleza de las defensas. Una falla en la elaboración de la posición depresiva se une inextricablemente con el predominio de defensas que provocan un bloqueo de las emociones y de la vida de fantasía e impiden la introvisión (*insight*.) Tales defensas, que he designado como “defensas maniacas”, aunque no son incompatibles con un cierto grado de estabilidad y de fortaleza del yo, van juntas con una falta de profundidad. Si en el curso de un análisis conseguimos reducir las ansiedades persecutorias y depresivas, y, en consecuencia, disminuir las defensas maniacas, uno de los resultados será un incremento tanto de la *fortaleza* como de la *profundidad del yo*.

Aun si se han obtenido resultados satisfactorios, la terminación de un análisis conlleva el surgimiento de sentimientos penosos y hace revivir ansiedades tempranas; culmina en un estado de duelo. Cuando se ha producido la pérdida que representa el final del análisis, el paciente todavía tiene que llevar a cabo por su cuenta una parte del trabajo del duelo. Creo que esto explica el hecho de que a menudo, después de la terminación de un análisis, se consigue un mayor progreso; se puede prever más fácilmente hasta qué punto se logrará, si aplicamos el criterio que he sugerido. Porque sólo si han sido ampliamente modificadas las ansiedades persecutorias y depresivas el paciente puede llevar a buen término por sí mismo la parte final del trabajo del duelo, lo que implica de nuevo una prueba de realidad. Creo, además, que cuando decidimos que un análisis puede terminar, es muy útil que el paciente sepa la fecha de la terminación con varios meses de anticipación. Esto lo ayuda a elaborar y disminuir el sufrimiento inevitable de la separación mientras está todavía en análisis y le allana el camino para que termine exitosamente el trabajo del duelo por su propia cuenta.

En este artículo aclararé que el criterio que sugiero presupone que el análisis ha sido llevado hasta los estadios tempranos del desarrollo y a capas profundas del psiquismo, y ha incluido la elaboración de las ansiedades persecutoria y depresiva.

Esto me lleva a una conclusión en cuanto a la técnica. En el curso de un análisis, el psicoanalista a menudo aparece como una figura idealizada. La idealización se usa como defensa contra la ansiedad persecutoria y su corolario. Si el analista deja que persista una idealización

zación excesiva —es decir, si se apoya sobre todo en la transferencia positiva— puede ser capaz de conseguir cierta mejoría. Pero lo mismo podría decirse de cualquier psicoterapia exitosa. Solo *analizando la transferencia negativa tanto como la positiva* se reduce la ansiedad radicalmente. En el curso del tratamiento el psicoanalista llega a representar, en la situación de transferencia, una cantidad de figuras que corresponden a las que fueron introyectadas en el desarrollo temprano (Klein, 1929; Strachey, 1934). A veces es introyectado como perseguidor y otras veces como figura idealizada, con todos los matices y grados posibles entre ambos.

Cuando las ansiedades persecutorias y depresivas son experimentadas y finalmente reducidas en el curso del análisis, se produce una mayor síntesis entre los variados aspectos del analista junto con una mayor síntesis entre los variados aspectos del superyó. En otras palabras, las más tempranas figuras terroríficas sufren un cambio esencial en la mente del paciente —se podría decir básicamente que mejoran—. Los objetos buenos —distintos de los idealizados— pueden establecerse con seguridad en la mente sólo si el definido clivaje entre las figuras persecutorias e idealizadas ha disminuido, si las pulsiones agresivas y libidinales se han acercado unas a otras y si el odio ha sido mitigado por el amor. Este aumento en la capacidad de síntesis prueba que los procesos de clivaje que, en mi opinión, se originan en la infancia más temprana, han disminuido, y que se ha alcanzado una integración del yo en profundidad. Cuando estos rasgos positivos están suficientemente establecidos, tenemos motivo para pensar que la terminación de un análisis no es prematura aunque pueda hacer revivir todavía una ansiedad aguda.

4. LOS ORIGENES DE LA TRANSFERENCIA

(1952)

En su “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, Freud define la transferencia de la siguiente manera: “¿Qué son las transferencias? Reediciones o productos ulteriores de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos conscientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan, como singularidad característica de su especie, la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo: toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobra vida de nuevo, pero ya no como pertenecientes al pasado, sino como relación actual con la persona del médico”.

En una u otra forma, la transferencia actúa durante toda la vida e influye en todas las relaciones humanas, pero me ocuparé sólo de las manifestaciones de la transferencia en el psicoanálisis. Es característico del procedimiento analítico el hecho de que, cuando empieza a abrir caminos dentro del inconsciente del paciente, el pasado de éste (en sus aspectos conscientes e inconscientes) progresivamente se reactiva. En consecuencia, su necesidad de transferir experiencias, relaciones de objeto y emociones primitivas se incrementa, y todo esto viene a focalizarse sobre el analista; esto implica que el paciente trata con los conflictos y las ansiedades que han sido reactivados utilizando los mismos mecanismos de defensa que en situaciones anteriores.

Resulta que, cuanto más profundamente podamos penetrar en el inconsciente, más lejos en el pasado podremos llevar el análisis, y más grande será nuestra comprensión de la transferencia. Por esto un breve resumen de mis conclusiones acerca de las primerísimas fases de la evolución es pertinente.

La primera forma de angustia es de naturaleza persecutoria. La actuación interna del instinto de muerte —que, según Freud, está dirigida contra el propio organismo— origina el miedo al aniquilamiento, y éste es la causa primordial de la angustia persecutoria. Además, desde el principio de la vida posnatal (no me ocupo aquí de

los procesos prenatales), los impulsos destructivos contra el objeto suscitan el temor a la retaliación. Estos sentimientos persecutorios que provienen de fuentes internas son intensificados por experiencias externas penosas, y en esta forma, desde los primeros días de la vida, la frustración y el dolor suscitan en el lactante el sentimiento de ser atacado por fuerzas hostiles. Las sensaciones experimentadas por el bebé en el nacimiento y la dificultad de adaptarse a condiciones enteramente nuevas originan así la angustia persecutoria. La satisfacción y los cuidados prodigados después del nacimiento, particularmente las primeras experiencias alimentarias, son sentidos como proviniedo de fuerzas buenas. Cuando hablo de "fuerzas" estoy empleando un término demasiado adulto para designar lo que el recién nacido concibe oscuramente como objetos buenos o malos. El lactante dirige sus sentimientos de gratificación y amor hacia el pecho "bueno" y sus impulsos destructivos y sentimientos de persecución hacia lo que él siente como el pecho frustrador, es decir, "malo". En este período los procesos de clivaje culminan; el amor y el odio, así como los aspectos buenos y malos del pecho, son mantenidos bien separados los unos de los otros. La relativa seguridad del lactante descansa sobre la posibilidad de transformar el objeto bueno en un objeto idealizado, como protección contra el objeto peligroso y perseguidor. Estos procesos —es decir, el clivaje, la negación, la omnipotencia, la idealización— predominan durante los tres o cuatro primeros meses de la vida (lo que denominé "posición esquizo-paranoide", 1946). Es así como, en una fase muy temprana, la angustia persecutoria y su corolario, la idealización, influyen básicamente en las relaciones objetales.

Los procesos primarios de proyección e introyección, ligados inextricablemente a las emociones y las angustias del lactante, inician la relación objetal; por la proyección, es decir, por la desviación de la libido y de la agresión hacia el pecho de la madre, se establece la base de la relación de objeto; por la introyección del objeto, ante todo del pecho, se crean las relaciones con los objetos internos. Mi utilización del término "relaciones de objeto" se fundamenta sobre mi afirmación de que el bebé tiene, desde el principio de su vida posnatal, una relación con su madre (aunque se centralice sobre todo en su pecho), relación impregnada de los elementos básicos de una relación objetal: amor, odio, fantasías, angustia y defensas.¹

¹ Es un rasgo esencial de esta relación de objeto, la primera de todas, ser el prototipo de una relación entre dos personas, en la cual no entra ningún otro objeto. Tiene una importancia primordial para las relaciones de objeto ulteriores, aunque, bajo esta forma exclusiva, quizá no dure más que muy pocos meses, ya que las fantasías relativas al padre y a su pene —fantasías que inician los estadios primitivos del complejo de Edipo— introducen la relación con más de un objeto. En el análisis de los adultos y de los niños, el paciente llega a veces a experimentar sentimientos de honda felicidad al vivir otra vez esta relación primitiva y exclusiva con la madre y su pecho. Tales experiencias siguen a menudo al análisis de los celos y las situaciones de rivalidad en las cuales está implicado un tercer objeto, en último análisis el padre.

Como lo expliqué en detalle en otras oportunidades, la introyección del pecho es el comienzo de la formación del superyó, que se extiende por varios años. Tenemos motivos para suponer que el lactante introyecta el pecho en sus distintos aspectos desde la primera experiencia alimentaria en adelante. El núcleo del superyó es así el pecho de la madre, tanto bueno como malo. Debido a la simultánea actuación de la introyección y la proyección, las relaciones con los objetos externos y los internos entran en interacción. El padre también, por desempeñar pronto su papel en la vida del niño, viene a ser tempranamente una parte del mundo interno del lactante. Una característica de la vida emocional del lactante es que se den fluctuaciones rápidas entre el amor y el odio, entre las situaciones internas y las externas, entre la percepción de la realidad y sus fantasías a propósito de ella, y, por consiguiente, un interjuego entre la ansiedad persecutoria y la idealización, ambas referidas a los objetos internos y externos, siendo el objeto idealizado un corolario del objeto perseguidor sumamente malo.

La creciente capacidad de integración y síntesis del yo conduce cada vez más, aun en estos primeros meses, a estados en los cuales el amor y el odio, y correlativamente los aspectos buenos y malos de los objetos, son sintetizados; y esto origina la segunda forma de angustia —la angustia depresiva—, porque los impulsos y deseos agresivos del lactante hacia el pecho malo (la madre) son sentidos ahora como peligrosos también para el pecho bueno (la madre). Entre los tres y seis meses estas emociones son reforzadas, porque en este periodo el lactante percibe e introyecta cada vez más a su madre como persona. La angustia depresiva se intensifica, porque el lactante siente que ha destruido o que está destruyendo un objeto total con su voracidad y su agresión incontrolables. Más aun, por la síntesis creciente de sus emociones, experimenta que estos impulsos destructivos son dirigidos hacia una *persona amada*. Procesos similares operan en relación con el padre y otros miembros de la familia. Estas angustias y las defensas correspondientes constituyen la “posición depresiva”, que culmina más o menos a los seis meses y cuya esencia es la angustia y la culpa relacionadas con la destrucción y la pérdida de los objetos amados, internos y externos.

Es en este periodo, y en relación con la posición depresiva, que se establece el complejo de Edipo. La angustia y la culpa agregan motivaciones poderosas hacia el comienzo del complejo de Edipo. En efecto, la angustia y la culpa incrementan la necesidad de externalizar (proyectar) figuras malas y de internalizar (introyectar) figuras buenas, de ligar los deseos, el amor, los sentimientos de culpa y las tendencias reparatorias a ciertos objetos, y el odio y la angustia a otros; de encontrar en el mundo exterior representantes de las figuras internas. Sin embargo, no es solamente la búsqueda de objetos nuevos lo que domina las necesidades del lactante, sino también el

hecho de dirigirse hacia nuevas finalidades: alejarse del pecho hacia el pene, es decir, de los deseos orales hacia los genitales. Muchos factores contribuyen a esta evolución: el movimiento progresivo de la libido, la integración creciente del yo, las capacidades físicas y mentales y la mayor adaptación al mundo externo. Estas tendencias están ligadas al proceso de formación de símbolos, que permite al bebé transferir de un objeto a otro no sólo su interés, sino también emociones y fantasías, angustia y culpa.

Los procesos que he descrito están ligados a otro fenómeno fundamental que gobierna la vida mental. Creo que la presión ejercida por las primerísimas situaciones de angustia es uno de los factores que originan la compulsión a la repetición. Volveré más tarde sobre esta hipótesis.

Algunas de mis conclusiones acerca de los primeros estadios de la infancia son una continuación de los descubrimientos de Freud; en ciertos puntos, sin embargo, surgen divergencias, y uno de éstos importa mucho para mi tema. Me refiero a la afirmación de que las relaciones de objeto operan desde el comienzo de la vida posnatal.

Hace muchos años que sostengo la opinión de que el autoerotismo y el narcisismo son en el bebé contemporáneos de la primera relación con objetos —externos e internalizados—. Volveré a expresar mi hipótesis: el autoerotismo y el narcisismo incluyen el amor por, y la relación con, el objeto bueno internalizado que, en la fantasía, forma parte del propio cuerpo amado y del propio sí-mismo. Es hacia este objeto internalizado que, en la gratificación autoerótica y en los *estadios narcisistas*, se produce el retraimiento. Paralelamente, desde el nacimiento en adelante, está presente una relación con objetos, con la madre (su pecho). Esta hipótesis contradice el concepto de Freud de *estadios* autoerótico y narcisista, que prescindirían de una relación objetal. Sin embargo, la diferencia entre la opinión de Freud y la mía es menos grande de lo que parece a primera vista, ya que las afirmaciones de Freud sobre este punto no son inequívocas. En varios pasajes expresó en forma explícita e implícita opiniones que sugerían la relación con un objeto, el pecho materno, *precediendo* al autoerotismo y al narcisismo. Un ejemplo bastará: en el primero de sus dos artículos de enciclopedia, Freud (1923a) escribe: “El instinto parcial oral encuentra al principio su satisfacción en ocasión del apaciguamiento de la necesidad de alimentación, y su objeto en el pecho materno. Luego se independiza, y al mismo tiempo se hace *autoerótico*, esto es, encuentra su objeto en el propio cuerpo”.

La utilización que hace Freud de la palabra “objeto” es aquí algo distinta de la mía, porque se refiere al objeto de una finalidad instintiva, mientras que yo implico, además de esto, una relación objetal que incluye las emociones, fantasías, angustias y defensas del bebé. Sin embargo, en la frase citada habla claramente del ligamen libidinal a un objeto, el pecho materno, que precede al autoerotismo y el narcisismo.

Deseo recordarles también los descubrimientos de Freud acerca de las identificaciones tempranas. En *El yo y el ello*,² hablando de las catexias de objeto abandonadas, escribe: "Los efectos de las primeras identificaciones realizadas en la más temprana edad son siempre generales y duraderos. Esto nos lleva a la génesis del ideal del yo".

Freud define entonces la primera y más importante identificación que yace escondida detrás del ideal del yo como la identificación con el padre, o con los padres, y la ubica, como dice, "en la prehistoria de cada persona". Estas formulaciones están muy cerca de lo que describí como los primeros objetos introyectados, ya que, por definición, las identificaciones son el resultado de la introyección. Por la afirmación que acabo de examinar, y por el párrafo citado del artículo de enciclopedia, se puede deducir que Freud, aunque no haya seguido más lejos esta línea de pensamiento, supuso que, en la primerísima infancia, intervienen tanto un objeto como procesos introyectivos.

Es decir que, en lo que se refiere al autoerotismo y al narcisismo, nos topamos con una contradicción en las opiniones de Freud. Tales contradicciones, que también existen acerca de cierto número de puntos de la teoría, muestran a mi criterio que Freud no ha llegado a una decisión final acerca de estos temas particulares. Lo reconoció explícitamente, respecto de la teoría de la angustia, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926, cap. 8).

Su conciencia de que mucho acerca de los estadios tempranos del desarrollo todavía era desconocido u oscuro para él, se ejemplifica cuando habla (1931) de los primeros años de la vida de la niña como "... nebulosos y perdidos en las tinieblas del pasado".

No conozco la opinión de Anna Freud acerca de este aspecto de la obra de Freud. Pero, en lo que concierne al problema del autoerotismo y del narcisismo, parece solamente haber tomado en cuenta la conclusión de Freud de que un estadio autoerótico y narcisista precede a las relaciones de objeto, y no haber dado importancia a las otras posibilidades implicadas en algunas de las afirmaciones de Freud, como las que acabo de citar. Es uno de los motivos por los cuales la divergencia entre la concepción de Anna Freud sobre la primera infancia y la mía, es mucho más grande que la divergencia entre las opiniones de Freud, tomadas en conjunto, y las mías. Digo esto porque me parece esencial dejar en claro la extensión y la naturaleza de las diferencias entre las dos escuelas de pensamiento analítico representadas por Anna Freud y por mí. Tal esclarecimiento es necesario en el interés de la formación psicoanalítica y también porque podría

² En el mismo texto, Freud sugiere —refiriéndose todavía a estas primeras identificaciones— que existen identificaciones directas e inmediatas que se producen antes de toda catexia de objeto. Esta sugerencia parece implicar que la introyección precede las relaciones de objeto.

ayudar a plantear fructíferos intercambios entre los psicoanalistas y contribuir así a un mayor entendimiento general de los problemas fundamentales de la primera infancia.

La hipótesis de que un estadio de varios meses de duración precede a las relaciones de objeto implica que —excepto en cuanto a la libido que reviste el propio cuerpo del bebé— impulsos, fantasías, angustias y defensas, o no están presentes o no se relacionan con un objeto, es decir, que operarían *in vacuo*. El análisis de niños muy pequeños me ha enseñado que no hay necesidad instintiva, ni situación de angustia, ni proceso mental que no implique objetos, internos o externos; en otras palabras, las relaciones de objeto son el *centro* de la vida emocional. Más aun, el amor y el odio, las fantasías, las angustias y las defensas operan desde el principio y están *ab initio* inextricablemente ligadas a las relaciones de objeto. Esto me ha mostrado muchos fenómenos bajo una nueva luz.

Sacaré ahora la conclusión sobre la cual descansa este trabajo: sostengo que la transferencia se origina en los mismos procesos que determinan las relaciones de objeto en los primeros estadios. Por esto tenemos que remontarnos una y otra vez en el análisis hacia las fluctuaciones entre los objetos amados y odiados, internos y externos, que dominan la primera infancia. Sólo podemos apreciar plenamente la interconexión entre las transferencias positivas y negativas si exploramos el primer interjuego entre el amor y el odio, el círculo vicioso de agresión, angustias, sentimientos de culpa y agresión incrementada, y también los aspectos diversos de los objetos hacia los cuales estas emociones y angustias en conflicto se dirigen. Por otra parte, explorando estos procesos primitivos me convencí de que el análisis de la transferencia negativa, que ha recibido relativamente poca atención³ en la técnica psicoanalítica, es una condición previa del análisis de los niveles más profundos del psiquismo. El análisis de la transferencia negativa, como el de la transferencia positiva y de la interconexión de ambas es, como lo sostuve durante muchos años, un principio imprescindible para el tratamiento de todo tipo de pacientes, tanto niños como adultos. Fundamenté esta opinión en la mayoría de mis trabajos desde 1927 en adelante.

Este enfoque, que ha hecho posible en lo pasado el psicoanálisis de niños muy pequeños, se ha revelado en los últimos años muy fructífero para el análisis de pacientes esquizofrénicos. Hasta 1920 más o menos se suponía que los pacientes esquizofrénicos eran incapaces de establecer una transferencia, y por lo tanto no podían ser psicoanalizados. Desde entonces el psicoanálisis de los esquizofrénicos fue intentado mediante varias técnicas. Sin embargo, el cambio de punto de vista más radical al respecto se ha producido recientemente y está muy relacionado con el mayor conocimiento de los mecanismos, an-

³ Esto era debido sobre todo a la insuficiente valoración del papel de la agresividad.

gustias y defensas que operan en la primera infancia. Desde que algunas de estas defensas, nacidas en las primeras relaciones de objeto y dirigidas hacia el amor y el odio, fueron descubiertas, el hecho de que los pacientes esquizofrénicos sean capaces de desarrollar a la vez una transferencia positiva y una transferencia negativa ha sido plenamente comprendido; este descubrimiento se confirma si aplicamos de manera coherente al tratamiento de los pacientes esquizofrénicos⁴ el principio de que es tan necesario analizar la transferencia negativa como la positiva, las que, de hecho, no pueden ser analizadas una sin la otra.

Retrospectivamente puede verse que estos adelantos sustanciales en la técnica se apoyan, en el plano de la teoría psicoanalítica, sobre el descubrimiento hecho por Freud de los instintos de vida y de muerte, lo que ha constituido un aporte básico a la comprensión del origen de la ambivalencia. Puesto que los instintos de vida y de muerte, y por esto el amor y el odio, están en la más estrecha interacción, la transferencia negativa y la transferencia positiva están básicamente entrelazadas.

La comprensión de las primeras relaciones de objeto y de los procesos que implican ha influido básicamente en la técnica desde distintos puntos de vista. Se sabe desde tiempo atrás que el psicoanalista, en la situación de transferencia, puede sustituir a la madre, al padre o a otras personas, y que también desempeña a veces en la mente del paciente el papel del superyó, y otras veces el del ello o el yo. Nuestro conocimiento actual nos permite penetrar los detalles específicos de los diversos roles atribuidos por el paciente al analista. De hecho hay muy pocas personas en la vida del bebé, pero las siente como una multitud de objetos porque se le aparecen bajo aspectos diversos. De la misma manera el analista puede, en un momento determinado, representar una parte de la persona, del superyó, o de una cualquiera de una amplia serie de figuras internalizadas. Asimismo, no nos lleva muy lejos el hecho de darnos cuenta de que el analista sustituye al padre o a la madre reales hasta que no entendamos qué aspecto de los padres ha sido revivenciado. El retrato de los padres en la mente del paciente ha sufrido una distorsión de grado variable a través de los procesos infantiles de proyección e idealización, y, a menudo, ha retenido mucho de su naturaleza fantástica. Al mismo tiempo, en la mente del bebé toda experiencia externa se entrelaza con sus fantasías, y, por otro lado, cada fantasía contiene elementos de la experiencia real; es sólo analizando a fondo la situación de transferencia que somos capaces de descubrir el pasado a la vez en sus aspectos realistas y fantásticos. Es también el origen de estas fluctuaciones en la primera infancia el que da cuenta de su intensidad en la transferencia y de los cambios rápidos —a veces aun dentro de la misma sesión—

⁴ Esta técnica ha sido ilustrada por H. Segal (1950) y por H. Rosenfeld (1952a, 1952b).

entre el padre y la madre, entre omnipotentes objetos benévolos y peligrosos perseguidores, entre figuras internas y externas. A veces el analista parece representar simultáneamente a ambos padres, aliados en su hostilidad hacia el paciente, y la transferencia negativa adquiere gran intensidad. Lo que se ha revivido entonces, o lo que se ha vuelto manifiesto en la transferencia, es la mezcla en la fantasía del paciente, de los padres como figura única, de la "figura de los padres combinados", que he descrito en otra parte.⁵

Es ésta una de las formaciones de fantasía características del complejo de Edipo en sus primeros estadios, que, si se mantiene activa, perjudica tanto las relaciones de objeto como el desarrollo sexual. La fantasía de los padres combinados saca su fuerza de otro elemento de la vida emocional temprana, de la poderosa envidia asociada con los deseos orales frustrados. El análisis de tales situaciones tempranas nos enseña que en la mente del bebé, cuando se ve frustrado (o insatisfecho por causas internas), su frustración se acopla con el sentimiento de que otro objeto (pronto representado por el padre) recibe de la madre la gratificación y el amor codiciados y que le son negados en ese momento. Aquí se halla una de las raíces de la fantasía de que los padres están combinados en una eterna gratificación mutua de naturaleza oral, anal y genital. Y esto es, a mi criterio, el prototipo de las situaciones tanto de envidia como de celos.

Hay otro aspecto de la transferencia que cabe mencionar. Acostumbramos hablar de la *situación* transferencial. Pero, ¿tenemos siempre presente la importancia fundamental de este concepto? Según mi experiencia, cuando desembrollamos los detalles de la transferencia es esencial pensar en términos de *situaciones totales* transferidas del pasado al presente, tanto como de emociones, defensas y relaciones objetales.

Durante muchos años —y esto, en alguna medida, es cierto aun hoy— la transferencia ha sido entendida en términos de referencias directas al analista en el material del paciente. Mi concepto de la transferencia, según el cual esto tiene su raíz en los estadios más primitivos del desarrollo y en los niveles profundos del inconsciente, es mucho más amplio y entraña una técnica por la cual los *elementos inconscientes* de la transferencia se deducen de la totalidad del material presentado. Por ejemplo, los relatos de los pacientes acerca de su vida de cada día, sus amistades, sus actividades, no sólo dan una comprensión del funcionamiento de su yo, sino que revelan —si exploramos su contenido inconsciente— las defensas contra las angustias despertadas en la situación transferencial. Pues el paciente necesita tratar los conflictos y las angustias reexperimentados hacia el analista con los mismos métodos que usó en el pasado. Es decir, que se aparta del analista en la misma forma en que intentó apartarse de sus objetos primitivos; trata de clivar su relación con él, conser-

⁵ Véase *El psicoanálisis de niños*, particularmente caps. 8 y 11.

vándolo como figura, sea buena, sea mala; desvía algunos de los sentimientos y actitudes experimentados hacia el analista hacia otra gente de su vida, lo que forma parte de la exoactuación (*acting-out*).⁶

De acuerdo con mi tema, he examinado aquí sobre todo las experiencias, situaciones y emociones más tempranas de donde surge la transferencia. Sin embargo, sobre estos fundamentos se construyen las relaciones objetales posteriores y los desarrollos emocionales e intelectuales que necesitan la atención del analista tanto como los más tempranos; es decir, que nuestro campo de investigación cubre *todo* lo que yace entre la situación actual y las primeras experiencias. De hecho, no es posible tener acceso a las primeras emociones y relaciones de objeto si no es por el examen de sus vicisitudes a la luz de desarrollos posteriores. Es sólo relacionando una y otra vez (y esto significa un trabajo arduo y paciente) las experiencias posteriores con las anteriores y *viceversa*, es sólo explorando convenientemente su interjuego, que el presente y el pasado pueden juntarse en la mente del paciente. Es uno de los aspectos del proceso de integración que, a medida que el análisis progresa, involucra la totalidad de la vida psíquica del paciente. Cuando la angustia y la culpa disminuyen y cuando el amor y el odio pueden integrarse mejor, los procesos de clivaje —defensa fundamental contra la angustia— tanto como las represiones se suavizan, mientras el yo crece en fuerza y cohesión; el clivaje entre los objetos idealizados y perseguidores disminuye; los aspectos fantásticos de los objetos pierden su fuerza. Todo esto implica que la vida inconsciente de fantasía —separada menos rigidamente de la parte consciente de la mente— puede ser mejor utilizada en las actividades del yo, con el consiguiente enriquecimiento general de la personalidad. Me refiero aquí a las *diferencias* —en oposición con las semejanzas— entre la transferencia y las primeras relaciones de objeto. Estas diferencias son la medida del efecto curativo del tratamiento analítico.

Indiqué más arriba que uno de los factores que suscitan la compulsión a la repetición es el apremio que proviene de las primeras situaciones de angustia. Cuando la angustia persecutoria y depresiva y la culpa disminuyen, hay menor necesidad de repetir más y más veces las experiencias fundamentales, y por consiguiente los patrones y las modalidades primitivas del sentir se mantienen con menos terquedad. Estos cambios fundamentales se producen mediante el análisis consistente de la transferencia; están ligados con la profunda revisión de las primeras relaciones de objeto y se reflejan tanto en la vida corriente del paciente como en sus actitudes distorsionadas hacia el analista.

⁶ El paciente puede a veces preferir escapar del presente al pasado, al vivenciar que sus emociones, angustias y fantasías están actualmente operantes en plena intensidad y focalizadas sobre el analista. Otras veces, como sabemos, las defensas se dirigen sobre todo contra el hecho de revivenciar el pasado en relación con los objetos originales.

5. LA INFLUENCIA MUTUA EN EL DESARROLLO DEL YO Y EL ELLO

(1952)

En "Análisis terminable e interminable" (1937), donde Freud expone sus últimas conclusiones sobre el yo, dice: "... existen características del yo muy importantes que son innatas, diferenciadas y originales". He sostenido durante muchos años el punto de vista que expresé en mi libro *El psicoanálisis de niños* (1932), de que el yo funciona desde un comienzo y que entre sus primeras actividades está la de la defensa contra la angustia y la utilización de los procesos de introyección y proyección.

También dije en ese libro que la capacidad inicial del yo para tolerar la angustia depende de su fortaleza innata, es decir, de factores constitucionales. He sostenido repetidamente, además, que el yo establece relaciones de objeto a partir de sus primeros contactos con el mundo externo. Más recientemente definí la tendencia a la integración como otra de las funciones primarias del yo.¹

Ahora consideraré el papel que desempeñan los instintos, en particular la lucha entre los instintos de vida y de muerte en relación con dichas funciones yoicas. Inherente a la concepción de Freud respecto de los instintos de vida y de muerte, es que el ello, como reservorio de los instintos, funciona desde un comienzo. Estoy totalmente de acuerdo con esa premisa. Sin embargo, difiero de Freud en que postulo la hipótesis de que la causa primaria de la angustia es el miedo a la aniquilación, el miedo a la muerte, que surge de la acción del instinto de muerte dentro de nosotros. La lucha entre los instintos de vida y de muerte emana del ello e involucra al yo. El temor primordial de ser aniquilado fuerza al yo a la acción y engendra las primeras defensas. La fuente última de esas actividades yoicas yace en la actividad del instinto de vida. Así lo revela la tendencia del yo hacia la in-

¹ "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

tegración y la organización; como dice Freud en *El yo y el ello* (1923b) "... la principal finalidad de Eros es la de unir y ligar..." Opuestos a la tendencia a la integración y alternando con ella existen procesos de disociación, los que junto a la introyección y la proyección constituyen los mecanismos tempranos fundamentales. Todos, desde un comienzo y bajo el dominio del instinto de vida, están al servicio de la defensa.

Debemos considerar además otra importante contribución de los impulsos instintivos a las funciones del yo. Mi concepción de la fantasía en la temprana infancia es que sus raíces son los instintos o, como dice Susan Isaacs, la fantasía es el corolario mental de los instintos. Creo que las fantasías operan desde un comienzo, al igual que los instintos, y son la expresión mental tanto del instinto de vida como de muerte. La fantasía subyace a los mecanismos de introyección y proyección que permiten al yo llevar a cabo una de las funciones básicas mencionadas, la de establecer relaciones de objeto. Mediante la proyección, dirigiendo hacia afuera la libido y la agresión y haciendo de ese modo que el objeto se vea imbuido de ellas, es que se establece la primera relación de objeto. Este, en mi opinión, es el proceso que subyace a la carga de los objetos.

A causa de la introyección, simultáneamente, este primer objeto es tomado dentro de sí. Desde un comienzo interactúan las relaciones con los objetos internos y externos. El primero de estos "objetos internalizados", como los he denominado, es un objeto parcial, el pecho de la madre. En mi experiencia, esto sucede aun si el bebé es amamantado con mamadera, pero me alejaría mucho del tema si tuviese que explicar ahora los procesos mediante los cuales se lleva a cabo esa ecuación simbólica. El pecho, al que pronto se le agregan otros rasgos maternos, influye como objeto internalizado de modo vital sobre el desarrollo del yo.

A medida que se va desarrollando la relación con el objeto total, tanto la madre como el padre y otros miembros de la familia son introyectados como personas en sus aspectos malos o buenos, de acuerdo con las experiencias del niño así como con sus variadas fantasías y sentimientos. De ese modo se va creando un mundo de objetos buenos y malos y ésta es la fuente que origina tanto la persecución interna como la riqueza y la estabilidad interior. Durante los primeros tres o cuatro meses prevalece la angustia persecutoria, la que ejerce sobre el yo una presión que pone a prueba su capacidad de tolerar la angustia. Esta angustia persecutoria a veces debilita al yo, otras lo estimula a crecer, tanto en su integración como intelectualmente. Del tercero al sexto mes del primer año de vida, la necesidad que tiene el bebé de preservar el objeto interno amado que siente amenazado por sus impulsos agresivos, y la consiguiente angustia depresiva y culpa, también tienen un doble efecto en el yo: pueden amenazar con abrumarlo o bien estimular sus sublimaciones y reparaciones. Es de estos modos tan diversos, que sólo puedo esbozar

aquí, que el yo es atacado y enriquecido por su relación con los objetos internos.²

El especial sistema de fantasías centradas en el mundo interno del niño es de importancia fundamental para el desarrollo yoico. El niño experimenta que sus objetos internalizados tienen vida propia, que armonizan o luchan entre sí y con el yo de acuerdo con las experiencias y emociones del niño. Cuando él siente que contiene objetos buenos, experimenta confianza y seguridad. Si los objetos que contiene son malos, experimenta sospecha y persecución. Las buenas y malas relaciones con los objetos internos se desarrollan al mismo tiempo que las relaciones con los objetos externos y siempre influyen en su curso. Por otra parte, la relación con los objetos internos desde un principio se ve influida por las frustraciones y gratificaciones que forman parte de la vida cotidiana. Hay por esto una constante interacción entre el mundo de objetos internos, que refleja de un modo fantástico las impresiones que se obtienen del afuera, y el mundo externo, que decisivamente se ve influido por proyección.

Como he descrito con frecuencia, los objetos internalizados también forman parte del núcleo del superyó³, que se desarrolla durante los primeros años de la niñez y llega a su cúspide cuando, de acuerdo con la teoría clásica, llega a ser el heredero del complejo de Edipo.

Puesto que el desarrollo del yo y del superyó está ligado a los procesos de introyección y proyección, también están inextricablemente unidos desde un comienzo. Como además su desarrollo está vitalmente influido por los impulsos instintivos, las tres regiones de la mente están desde el comienzo de la vida en una íntima interacción. Me doy cuenta de que al mencionar las tres regiones de la mente me aparto del tema en discusión, pero mi concepción de la temprana infancia hace imposible considerar exclusivamente las influencias mutuas entre el yo y el ello.

A causa de que la perpetua interacción entre los instintos de vida y de muerte y el conflicto que surge de su antítesis (fusión y defusión) gobiernan la vida mental, hay en el inconsciente un flujo siempre cambiante de acontecimientos interactuantes, de emociones y angustias fluctuantes. He tratado de delinear la multitud de procesos centrándome en la relación entre los objetos internos y externos que desde los más tempranos estadios existen en el inconsciente y ahora expondré algunas conclusiones:

1. La hipótesis que he esbozado aquí en términos generales representa una concepción más amplia de los tempranos procesos

² La descripción más actualizada de estos procesos tempranos se encuentra en mis trabajos.

³ Surge la siguiente pregunta: ¿Hasta dónde y en qué condiciones el objeto internalizado forma parte del yo, hasta dónde del superyó? Esta pregunta presenta problemas que aún son oscuros y que esperan ser esclarecidos. Paula Heimann (1952a) ha dado algunos pasos en esa dirección.

inconscientes que la implicada en la concepción de Freud sobre la estructura mental.

2. Si asumimos que el superyó se desarrolla a partir de estos tempranos procesos inconscientes que también moldean al yo, determinan sus funciones y dan forma a su relación con el mundo externo, debemos reexaminar los fundamentos del desarrollo del yo y el superyó.
3. Mi hipótesis lleva entonces a una revisión de la naturaleza y alcance del superyó y del yo, así como de la interrelación entre las partes de la mente que constituyen el sí-mismo.

Finalizaré destacando nuevamente un hecho bien conocido, del cual nos convencemos cada vez más a medida que penetramos más profundamente en el conocimiento de la mente. Se trata del reconocimiento de que el inconsciente es la raíz de todos los procesos mentales y determina toda la vida mental y que sólo explorando el inconsciente en toda su extensión podremos analizar la personalidad total.

6. ALGUNAS CONCLUSIONES TEORICAS SOBRE LA VIDA EMOCIONAL DEL BEBE ¹

(1952)

Mi estudio de la mente del niño me ha hecho tomar cada vez más conciencia de la asombrosa complejidad de los procesos que actúan, en gran parte simultáneamente, en los estadios tempranos del desarrollo. Por lo tanto, al escribir este capítulo traté de dilucidar tan sólo algunos aspectos de la vida emocional del bebé durante su primer año, seleccionando los más estrechamente ligados a las ansiedades, defensas y relaciones de objeto.

LOS PRIMEROS TRES O CUATRO MESES DE VIDA (LA POSICION ESQUIZO-PARANOIDE)²

I

Al principio de la vida posnatal, el bebé experimenta ansiedad proveniente de fuentes internas y externas. Por muchos años sostuve la idea de que la acción interna del instinto de muerte produce el temor al aniquilamiento, y que esto es la causa primaria de la ansiedad persecutoria. La primera causa externa de ansiedad puede

¹ Para mi contribución a este libro es decir, a *Desarrollos en psicoanálisis*: véase más adelante, en pág. 333, la Nota aclaratoria a "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa". Recibí valiosa ayuda de mi amiga Lola Brook, quien revisó cuidadosamente mis manuscritos e hizo muchas sugerencias útiles, tanto en lo que concierne a las formulaciones como al ordenamiento del material. Mucho le debo por su interés constante en mi trabajo.

² En "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides", que trata más detalladamente este tema, señaló que adopté el término de Fairbairn "esquizoide", agregado al mío propio "posición paranoide".

hallarse en la experiencia del nacimiento. Esta experiencia que, según Freud, proporciona el patrón de todas las situaciones de ansiedad ulteriores, marca las primeras relaciones del bebé con el mundo exterior.³ Parecería como si el dolor e incomodidad sufridos por él, así como la pérdida del estado intrauterino, fueran sentidos como un ataque de fuerzas hostiles, es decir, como persecución.⁴ Por lo tanto, la ansiedad persecutoria entra desde un principio en la relación del bebé con los objetos, en la medida en que está expuesto a privaciones.

La hipótesis de que las primeras experiencias del lactante con el alimento y la presencia de la madre inician una relación de objeto con ella es uno de los conceptos básicos presentados en este libro.⁵ Esta relación es primeramente una relación con un objeto parcial, porque las pulsiones oral-libidinales y oral-destructivas están dirigidas desde el principio de la vida hacia el pecho de la madre en particular. Suponemos que existe también una interacción, aunque en proporciones variables, entre las pulsiones libidinales y agresivas, que corresponde a la fusión de los instintos de vida y de muerte. Puede concebirse que en períodos libres de hambre y tensión, existe un equilibrio óptimo entre las pulsiones libidinales y agresivas. Este equilibrio se altera cada vez que, debido a privaciones de origen interno o externo, las pulsiones agresivas son reforzadas. Sugiero que esta alteración del equilibrio entre libido y agresión es causa de la emoción que llamamos voracidad, la cual es primeramente y sobre todo de naturaleza oral. Cualquier aumento de la voracidad fortalece los sentimientos de frustración y éstos, a su vez, fortalecen las pulsiones agresivas. En los niños en quienes el componente agresivo innato es fuerte, la ansiedad persecutoria, la frustración y la voracidad se despiertan fácilmente y esto contribuye a las dificultades del niño para tolerar la privación y manejar la ansiedad. Por lo tanto, la fuerza de las pulsiones destructivas en su interacción con las pulsiones libidinales suministraría la base constitucional de la intensidad de la voracidad. Sin embargo, mientras en algunos casos la ansiedad persecutoria puede aumentar la voracidad, en otros (según sugiero en *El psicoanálisis de niños*) puede transformarse en causa de las primeras inhibiciones de la alimentación.

Las vivencias recurrentes de gratificación y frustración son estímulos poderosos de las pulsiones libidinales y destructivas, del amor

³ En *Inhibición, síntoma y angustia* (O.C. 20) Freud declara que "existe mayor continuidad entre la vida intrauterina y la primera infancia de lo que nos permite creer la impresionante cisura del nacimiento".

⁴ Sugerí que la lucha entre los instintos de vida y de muerte ya entra en la experiencia dolorosa del nacimiento y refuerza la ansiedad persecutoria provocada por ella. Véase "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa".

⁵ [M. Klein remite aquí a los trabajos de S. Isaacs (1952) y P. Heimann (1952a), y al suyo propio titulado "Observando la conducta de bebés", todos ellos incluidos en *Desarrollos en psicoanálisis*.]

y del odio. En consecuencia, en la medida en que gratifica, el pecho es amado y sentido como "bueno"; y en la medida en que es fuente de frustración, es odiado y sentido como "malo". Esta marcada antítesis entre el pecho bueno y el pecho malo se debe en gran parte a la falta de integración del yo, así como a los procesos de escisión dentro del yo y en relación con el objeto. Existen por lo tanto razones para suponer que aun durante los tres o cuatro primeros meses de vida, el objeto bueno y el objeto malo no son totalmente distintos el uno del otro en la mente del lactante. El pecho de la madre, en sus aspectos bueno y malo, también parece estar unido para él a su presencia corpórea, y su relación con ella como persona se construye así gradualmente a partir de este primer estadio.

Además de las experiencias de gratificación y de frustración provenientes de factores externos, una serie de procesos endopsíquicos —principalmente introyección y proyección— contribuyen a la doble relación con el objeto primitivo. El lactante proyecta sus pulsiones de amor y las atribuye al pecho gratificador (bueno), así como proyecta sus pulsiones destructivas al exterior y las atribuye al pecho frustrador (malo). Simultáneamente, por introyección, un pecho bueno y un pecho malo se instalan en el interior.⁶ En esta forma la imagen del objeto, externa e internalizada, se distorsiona en la mente del lactante por sus fantasías, ligadas a la proyección de sus pulsiones sobre el objeto. El pecho bueno, externo e interno, llega a ser el prototipo de todos los objetos protectores y gratificadores; el pecho malo, el prototipo de todos los objetos perseguidores externos e internos. Los diversos factores que intervienen en la sensación del lactante de ser gratificado, tales como el aplacamiento del hambre, el placer de mamar, la liberación de la incomodidad y la tensión, es decir la liberación de privaciones, y la experiencia de ser amado, son todos atribuidos al pecho bueno. A la inversa, cualquier frustración e incomodidad es atribuida al pecho malo (perseguidor).

Describiré en primer término las ramificaciones de la relación del lactante con el pecho malo. Si consideramos la imagen que existe en la mente del lactante —tal como podemos ver retrospectivamente en el análisis de niños y adultos—, encontramos que el pecho odiado adquirió las cualidades oral-destructivas de las propias pulsiones del lactante cuando éste atraviesa estados de frustración y de odio. En sus fantasías destructivas muerde y desgarrar el pecho, lo devora, lo aniquila, y siente que el pecho lo atacará en la misma forma. A medida que las pulsiones sádico-uretrales y sádico-anales se fortalecen, el lactante, en su imaginación, ataca al pecho con orina envenenada y heces explosivas, y por lo tanto supone que el pecho lo envenenará o

⁶ Estos primeros objetos introyectados forman el núcleo del superyó. A mi entender, el superyó comienza con los primeros procesos introyectivos y se construye a partir de figuras buenas y malas, que son internalizadas en situaciones de amor y de odio en los diversos estadios del desarrollo y son gradualmente asimiladas o integradas por el yo. Véase Heimann (1952a).

hará explotar. Los detalles de sus fantasías sádicas determinan el contenido de su temor a los perseguidores internos y externos, y, en primer lugar, al pecho retaliativo (malo).⁷

Como los ataques fantaseados dirigidos contra el objeto son fundamentalmente influidos por la voracidad, el temor a la voracidad del objeto, debido a la proyección, constituye un elemento esencial de la ansiedad persecutoria: el pecho malo devorará al bebé con la misma voracidad con que él desea devorarlo.

Sin embargo, aun durante el estadio primitivo, la ansiedad persecutoria es en cierta medida contrarrestada por la relación del lactante con el pecho bueno. Indiqué más arriba que aunque sus sentimientos se centran en la relación alimentaria con la madre, representada por el pecho, otros aspectos de la madre intervienen ya en la primera relación con ella, pues aun el niño muy pequeño responde a la sonrisa de la madre, a sus manos, a su voz, al hecho de que lo alce en brazos o atienda sus necesidades. La gratificación y amor que el bebé experimenta en esas situaciones le ayudan a contrarrestar la ansiedad persecutoria y aun los sentimientos de pérdida y persecución despertados por la experiencia del nacimiento. Su proximidad física a la madre durante la alimentación —esencialmente su relación con el pecho bueno— lo ayuda constantemente a superar la añoranza de un estado anterior perdido, alivia la ansiedad persecutoria y fortalece la confianza en el objeto bueno (véase la nota 1, pág. 98).

II

Es característico de las emociones del niño muy pequeño ser extremas y poderosas. El objeto frustrador (malo) es sentido como un perseguidor terrible; el pecho bueno tiende a transformarse en el pecho "ideal" que saciaría el deseo voraz de gratificación ilimitada, inmediata e incesante. De esta manera se origina la sensación de que hay un pecho perfecto, inagotable, siempre disponible, siempre gratificador. Otro factor que interviene en la idealización del pecho bueno es la fuerza del temor a la persecución en el lactante; esto crea la necesidad de ser protegido contra los perseguidores y por lo tanto viene a incrementar el poder de un objeto totalmente gratificador. El pecho idealizado constituye el corolario del pecho perseguidor; y en la medida en que la idealización deriva de la necesidad de protección contra los objetos perseguidores, es un medio de defensa contra la ansiedad.

⁷ La ansiedad relacionada con ataques provenientes de objetos internalizados —ante todo objetos parciales— constituye a mi entender la base de la hipocondría. Adelanté esta hipótesis en mi libro *El psicoanálisis de niños*, y también expuse en él mi opinión de que las tempranas ansiedades infantiles son de naturaleza psicótica y forman la base de ulteriores psicosis.

El ejemplo de la gratificación alucinatoria puede ayudarnos a comprender cómo se realiza el proceso de idealización. En este estado la frustración y la ansiedad de diversos orígenes quedan suprimidas, se recupera el pecho externo perdido y se reactiva la sensación de tener el pecho ideal en el interior (poseyéndolo). También podemos suponer que el bebé alucina el añorado estado prenatal. Como el pecho alucinado es inagotable, la voracidad queda momentáneamente satisfecha. (Pero tarde o temprano, la sensación de hambre vuelve al bebé al mundo externo y entonces la frustración, juntamente con todas las emociones que origina, es nuevamente vivenciada.) En la alucinación de realización de deseos, varios mecanismos y defensas fundamentales entran en juego. Uno de ellos es el control omnipotente del objeto interno y externo, porque el yo asume la posesión total de ambos pechos, externo e interno. Además, en la alucinación, el pecho perseguidor es mantenido bien separado del pecho ideal, y la experiencia de ser frustrado de la de ser gratificado. Parece ser que este clivaje que lleva hasta la escisión del objeto y de los sentimientos hacia él, está ligado al proceso de negación. La negación en su forma extrema —tal como la hallamos en la gratificación alucinatoria— lleva hasta el aniquilamiento de cualquier objeto o situación frustradores y está ligada al fuerte sentimiento de omnipotencia que prevalece en los primeros estadios de la vida. La situación de ser frustrado, el objeto que causa la frustración, los malos sentimientos originados por ésta (así como las partes escindidas y apartadas del yo) son sentidos como inexistentes, aniquilados, y en esta forma se consigue la gratificación y el alivio de la ansiedad persecutoria. El aniquilamiento del objeto perseguidor y de la situación de persecución está ligado al control omnipotente del objeto en su forma más extrema. Yo sugeriría que estos procesos también intervienen, en cierta medida, en la idealización.

Parecería que el yo primitivo también emplea el mecanismo de aniquilamiento de un aspecto escindido y apartado del objeto y de la situación en otros estados además de las alucinaciones de realización de deseos. Por ejemplo, en alucinaciones de persecución, el aspecto aterrador del objeto y de la situación parece prevalecer a tal punto que el aspecto bueno es sentido como si hubiera sido totalmente destruido —proceso que no puedo entrar a examinar aquí—. Parecería que el grado en que el yo mantiene separados los dos aspectos varía considerablemente en diferentes estados y que de esto depende que el aspecto negado sea sentido o no como si hubiera desaparecido por completo de la existencia.

La ansiedad persecutoria influye esencialmente en dichos procesos. Podemos suponer que cuando la ansiedad persecutoria es menos intensa, la escisión es de menor alcance y por lo tanto el yo es capaz de integrarse y sintetizar en cierta medida los sentimientos hacia el objeto. Bien pudiera ser que cada uno de estos pasos hacia la integración sólo se produce si, en ese momento, el amor hacia el objeto pre-

domina sobre las pulsiones destructivas (en última instancia, el instinto de vida sobre el instinto de muerte). Creo que la tendencia del yo a integrarse puede considerarse, por lo tanto, como una expresión del instinto de vida.

La síntesis entre sentimientos de amor y pulsiones destructivas hacia un mismo objeto —el pecho— origina ansiedad depresiva, culpa y necesidad de reparar el objeto bueno dañado, el pecho bueno. Esto implica que la ambivalencia es a veces vivenciada en relación con un objeto parcial —el pecho de la madre—. ⁸ Durante los primeros meses de vida, esos estados de integración son de corta duración. En este estadio, la capacidad de integración del yo es naturalmente muy limitada aún y a ello contribuye la fuerza de la ansiedad persecutoria y de los procesos de escisión, que se hallan en su apogeo. Parecería que, paralelamente al crecimiento, las experiencias de síntesis, y por lo tanto, de ansiedad depresiva, se hacen más frecuentes y duraderas; todo esto forma parte del progreso en la integración. Con el progreso en la integración y la síntesis de emociones contrastantes hacia el objeto, la libido llega a mitigar las pulsiones destructivas. ⁹ Esto, sin embargo, conduce a una *disminución efectiva* de la ansiedad, lo cual constituye una condición fundamental del desarrollo normal.

Según sugerí, existen grandes variaciones en la fuerza, frecuencia y duración de los procesos de escisión (no solamente en individuos distintos sino también en un mismo niño en distintos momentos). La rápida alternancia, o incluso, según parece, simultaneidad, de una multitud de procesos, es parte de la complejidad de la vida emocional temprana. Por ejemplo, podemos ver que juntamente con la escisión del pecho en dos aspectos, amado y odiado (bueno y malo), existe una escisión de distinta naturaleza que origina la sensación de que el yo, así como su objeto, están despedazados; tales procesos subyacen a los estados de desintegración. ¹⁰ Estos estados, como lo señalé más arriba, alternan con otros en los que va en aumento el grado de integración del yo y de síntesis del objeto.

Los tempranos métodos de escisión influyen fundamentalmente en la forma en que se lleva a cabo la represión, en un estadio algo ulterior; y esto a su vez determina el grado de interacción entre lo consciente y lo inconsciente. En otros términos, la medida en que las distintas partes de la mente permanecen “porosas” unas para otras es

⁸ En mi artículo “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos” (*Obras Completas*, tomo 1) sugiero que la ambivalencia es vivenciada por primera vez en relación con el objeto total durante la posición depresiva. De acuerdo con la modificación de mi opinión respecto al surgimiento de la ansiedad depresiva (véase “Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa”), considero ahora que la ambivalencia es vivenciada con respecto a los objetos parciales.

⁹ Esta forma de interacción de la libido y de la agresión correspondería a un estado particular de fusión de los dos instintos.

¹⁰ Véase “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”.

determinada en gran parte por la fuerza o debilidad de los tempranos mecanismos esquizoides.¹¹ Los factores externos desempeñan un papel vital desde el principio; tenemos razones para suponer que todo lo que estimula el temor a la persecución refuerza los mecanismos esquizoides, es decir, la tendencia del yo a escindirse a sí mismo y al objeto, mientras que toda experiencia positiva fortalece la confianza en el objeto bueno y contribuye a la integración del yo y a la síntesis del objeto.

III

Algunas de las conclusiones de Freud implican que el yo se desarrolla mediante la introyección de objetos. En lo que concierne a la fase más temprana, el pecho bueno, introyectado en situaciones de gratificación y felicidad, llega a ser, a mi entender, parte vital del yo y fortalece su capacidad de integración. En efecto, este pecho interno bueno —que también forma el aspecto auxiliar y benigno del superyó temprano— fortalece la capacidad de amar del bebé y la confianza en sus objetos, exalta los estímulos hacia la introyección de objetos y situaciones buenos y es por lo tanto una fuente esencial de reaseguramiento contra la ansiedad, llega a ser el representante interior del instinto de vida. Pero el objeto bueno llena estas funciones solamente si es sentido como no dañado, lo cual implica que haya sido internalizado con sentimientos predominantes de gratificación y amor. Estos sentimientos presuponen que la gratificación al mamar ha estado relativamente exenta de perturbaciones provenientes de factores externos o internos. La fuente principal de disturbios internos se halla en las excesivas pulsiones agresivas que aumentan la voracidad y disminuyen la capacidad de tolerar la frustración. En otros términos, cuando en la fusión de los dos instintos el instinto de vida predomina sobre el instinto de muerte —y por lo tanto la libido sobre la agresión—, el pecho bueno puede instalarse en forma más firme en la mente del lactante.

Sin embargo, los deseos sádicos-orales del lactante, activos desde el principio de la vida y fácilmente despertados por la frustración de origen externo e interno, le producen inevitablemente una y otra vez la sensación de que el pecho se halla destruido y despedazado en su

¹¹ En pacientes de tipo esquizoide, hallé que la fuerza de los mecanismos esquizoides infantiles era responsable en última instancia de la dificultad de acceso al inconsciente. En tales pacientes, el progreso hacia la síntesis es trabado por el hecho de que bajo la presión de la ansiedad, se vuelven incapaces una y otra vez de mantener los lazos fortalecidos en el transcurso del análisis entre las diferentes partes del yo. En pacientes de tipo depresivo, la división entre lo inconsciente y lo consciente es menos pronunciada y por lo tanto estos pacientes tienen mayor capacidad de *insight*. A mi entender, han superado con mucho más éxito sus mecanismos esquizoides en la temprana infancia.

interior, como consecuencia de sus voraces ataques devoradores. Estos dos aspectos de la introyección existen conjuntamente.

El hecho de que predominen sentimientos de frustración o de gratificación en la relación del lactante con el pecho está sin duda muy influido por las circunstancias externas; pero no podemos dudar de que deben tenerse en cuenta los factores constitucionales, que desde un principio contribuyen a fortalecer al yo. Sugerí anteriormente que la capacidad del yo para tolerar la tensión y la ansiedad y por lo tanto, en cierta medida, tolerar la frustración, es un factor constitucional.¹² Esta mayor capacidad innata para tolerar la ansiedad parece en última instancia depender del predominio de la libido sobre las pulsiones agresivas, del papel desempeñado por el instinto de vida desde un principio en la fusión de los dos instintos.

Mi hipótesis de que la libido oral expresada en la función de mamar capacita al lactante para introyectar el pecho (y el pezón) como objeto relativamente no destruido, no contradice la suposición de que las pulsiones agresivas son más potentes en los estadios primitivos. Los factores que influyen en la fusión y defusión de los dos instintos son aún oscuros, pero no hay razón para dudar de que en relación con el primer objeto —el pecho— el yo es a veces capaz, mediante la escisión, de separar la libido de la agresión.¹³

Volveré ahora sobre el papel que desempeña la proyección en las vicisitudes de la ansiedad persecutoria. Describí en otro lugar¹⁴ la forma en que las pulsiones sádico-orales de devorar y vaciar el pecho materno son elaboradas en fantasías de devorar y vaciar el cuerpo de la madre. Ataques derivados de todas las demás fuentes de sadismo quedan pronto ligados a esos ataques orales y así se desarrollan dos principales líneas de fantasías sádicas. Una forma de ataque fantaseado —principalmente sádico-oral y ligado a la voracidad— consiste en vaciar el cuerpo de la madre de todo lo bueno y deseable. La otra —predominantemente anal— consiste en llenar el cuerpo materno con sustancias malas y partes del yo que fueron escindidas y proyectadas en el interior de la madre. Estas sustancias y partes malas son principalmente representadas por los excrementos, que se transforman en instrumentos para dañar, destruir o controlar al objeto atacado. O bien todo el sí-mismo —sentido como “malo”— entra en el cuerpo materno y lo controla. En estas distintas fantasías el yo se po-

¹² Véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo 3, pág. 66.

¹³ Mi argumentación (tal como está representada aquí y en otros escritos) sobreentiende que no comparto el concepto de Abraham de un estado preambivalente en la medida en que esto implica que las pulsiones destructivas (sádico-orales) aparecen con la dentición. Debemos recordar sin embargo que Abraham también señaló el sadismo inherente al mamar “como acto de vampirismo”. No hay duda de que la dentición y los procesos fisiológicos que afectan a las encías constituyen un fuerte estímulo de las pulsiones y fantasías canibalísticas; pero la agresión forma parte de la más primitiva relación del lactante con el pecho, aunque en ese estadio no suela expresarse mediante la acción de morder.

¹⁴ Véase *El psicoanálisis de niños*, pág. 144.

sesiona por proyección de un objeto externo —en primer lugar de la madre— y lo transforma en una extensión del sí-mismo. El objeto se transforma, hasta cierto punto, en representante del yo, y estos procesos constituyen a mi entender la base de la identificación por proyección o “identificación proyectiva”.¹⁵ La identificación por introyección y la identificación por proyección parecen ser procesos complementarios. Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva operarían ya en la primitiva relación con el pecho. El mamar como acto de “vampirismo”, el vaciar el pecho, se desarrollan en la fantasía del bebé como un abrirse camino dentro del pecho y luego dentro del cuerpo materno. Por lo tanto la identificación proyectiva empezaría simultáneamente con la voraz introyección sádico-oral del pecho. Esta hipótesis concuerda con la opinión a menudo expresada por mí de que la introyección y la proyección interactúan desde el principio de la vida. Como hemos visto, la introyección de un objeto perseguidor está en cierta medida determinada por la proyección de una pulsión destructiva en el objeto. La tendencia a proyectar (expulsar) lo malo es incrementada por el temor a los perseguidores internos. Cuando la proyección está dominada por el temor a la persecución, el objeto en que ha sido proyectado lo malo (el sí-mismo malo) se transforma en el perseguidor por excelencia, porque se lo ha dotado de todas las malas cualidades del sujeto. La reintroyección de este objeto refuerza agudamente el temor a los perseguidores internos y externos. (El instinto de muerte, o más bien, los peligros que lo acompañan, ha sido nuevamente vuelto hacia adentro.) Existe así una constante interacción en la que los procesos involucrados en la identificación proyectiva desempeñan un papel vital.

La proyección de los sentimientos de amor —que subyacen al proceso de inversión de la libido en el objeto— es, según lo sugerí, la condición preliminar del hallazgo de un objeto bueno. La introyección de un objeto bueno estimula la proyección de sentimientos buenos hacia el exterior y esto, a su vez, por reintroyección, fortalece el sentimiento de poseer un objeto interno bueno. A la proyección del sí-mismo malo en el objeto y en el mundo externo, corresponde la proyección de partes buenas del sí-mismo, o de todo el sí-mismo bueno. La reintroyección del objeto bueno reduce la ansiedad persecutoria. Así pues la relación con ambos mundos, interno y externo, mejora simultáneamente, y el yo adquiere mayor fuerza e integración.

El progreso de la integración que, según sugerí en una sección anterior, depende de la predominancia temporaria de las pulsiones de amor sobre las pulsiones destructivas, conduce a estados transitorios en los que el yo sintetiza sentimientos de amor y pulsiones destructivas hacia un objeto (en primer lugar el pecho materno). Este proceso de síntesis inicia nuevos pasos de importancia en el desarrollo (que

¹⁵ Véase “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”.

bien pueden producirse simultáneamente): surgen las penosas emociones de la ansiedad depresiva y la culpa; la agresión es mitigada por la libido; en consecuencia, disminuye la ansiedad persecutoria; la ansiedad relativa al destino del objeto externo e interno en peligro conduce a una identificación más fuerte con él; por lo tanto el yo lucha por reparar y también inhibe las pulsiones agresivas, sentidas como peligrosas para el objeto amado.¹⁶

Con la creciente integración del yo, las experiencias de ansiedad depresiva aumentan en frecuencia y duración. Simultáneamente, a medida que aumenta el alcance de la percepción, el concepto de madre como persona única y total se desarrolla en la mente del lactante a partir de una relación con partes de su cuerpo y varios aspectos de su personalidad (como su olor, tacto, voz, sonrisa, el ruido de sus pasos, etc.). La angustia depresiva y la culpa se centran gradualmente en la madre como persona y aumentan en intensidad; la posición depresiva aparece en primer plano.

IV

Describí hasta ahora ciertos aspectos de la vida mental durante los primeros tres o cuatro meses. (Debe recordarse, sin embargo, que sólo puede darse una apreciación grosera de la duración de los estadios del desarrollo, en razón de las grandes variaciones individuales). En la descripción de este estadio, tal como lo presento, algunos rasgos se destacan como característicos. Predomina la posición esquizo-paranoide. La interacción entre los procesos de introyección y proyección —reintroyección y reproyección— determina el desarrollo del yo. La relación con el pecho amado y odiado —bueno y malo— constituye la primera relación de objeto del lactante. Las pulsiones destructivas y la ansiedad persecutoria se hallan en su apogeo. El deseo de ilimitada gratificación tanto como la ansiedad persecutoria, contribuyen a que el lactante sienta que existen a la vez un pecho ideal y un pecho peligroso devorador, que se hallan cuidadosamente separados uno de otro en su mente. Estos dos aspectos del pecho materno son introyectados y constituyen el núcleo del superyó. La escisión, la omnipotencia, la idealización, la negación y el control de los objetos internos y externos predominan en este estadio. Estos primeros métodos de defensa son de naturaleza extrema, de acuerdo con la

¹⁶ Abraham se refiere a la inhibición instintiva que aparece primeramente en "... el estadio de narcisismo con fin sexual canibalístico" ("Un breve estudio de la evolución de la libido.") Puesto que la inhibición de las pulsiones agresivas y de la voracidad tiende a involucrar igualmente deseos libidinales, la ansiedad depresiva se transforma en causa de las dificultades para aceptar el alimento que se presentan en lactantes de pocos meses y aumentan con el destete. En lo que atañe a las dificultades en la alimentación que se presentan en algunos lactantes desde los primeros días, creo que son causadas por la ansiedad persecutoria. (Véase *El psicoanálisis de niños*, págs. 170-1.)

intensidad de las emociones tempranas y la limitada capacidad del yo para tolerar la ansiedad aguda. Al mismo tiempo que estas defensas, en cierto modo, obstruyen el camino de la integración, son esenciales para el total desarrollo del yo, porque alivian una y otra vez las ansiedades del bebé. Esta seguridad relativa y temporaria se logra principalmente manteniendo el objeto perseguidor separado del objeto bueno. La presencia en la mente del objeto bueno (ideal) permite al yo conservar por momentos fuertes sentimientos de amor y gratificación. El objeto bueno también ofrece protección contra el objeto perseguidor porque el lactante siente que lo ha reemplazado (como lo muestra el ejemplo de la alucinación de la realización de deseos). Estos procesos subyacen, según creo, al hecho observable de que los niños pequeños oscilan con suma rapidez entre estados de completa gratificación y estados de gran aflicción. En este estadio primitivo, la capacidad del yo para manejar la ansiedad mediante la unión de las emociones contrastantes hacia la madre y por lo tanto de los dos aspectos de ésta, es aún muy limitada. Esto implica que la atenuación del temor al objeto malo por medio de la confianza en el objeto bueno y la ansiedad depresiva sólo surgen durante fugaces vivencias. A partir de los procesos alternados de desintegración e integración se desarrolla gradualmente un yo más integrado, con mayor capacidad para el manejo de la ansiedad persecutoria. La relación del bebé con partes del cuerpo de la madre, centrada en su pecho, se transforma gradualmente en una relación con ella como persona.

Estos procesos presentes en la más temprana infancia pueden ser considerados bajo los siguientes aspectos:

a) Un yo que posee ciertos rudimentos de integración y cohesión y progresa constantemente en esa dirección. También realiza, desde los comienzos de la vida postnatal, algunas funciones fundamentales; por ejemplo, usa los procesos de escisión y la inhibición de deseos instintivos como algunas de sus defensas contra la ansiedad persecutoria, vivenciada por el yo a partir del nacimiento.

b) Relaciones de objeto, moldeadas por la libido y la agresión, por el amor y el odio, y penetradas por una parte por la ansiedad persecutoria y por la otra por el corolario de ésta: el reaseguramiento omnipotente que deriva de la idealización del objeto.

c) Introyección y proyección, ligadas a la vida de fantasía del lactante y a todas sus emociones, y por lo tanto objetos internalizados de naturaleza buena y mala, que inician el desarrollo del superyó.

A medida que el yo adquiere mayor capacidad para tolerar la ansiedad, los métodos de defensa se modifican paralelamente. A ello contribuye el creciente sentido de realidad y la mayor variedad de gratificación, intereses y relaciones de objeto. Disminuye la fuerza de las pulsiones destructivas y de la ansiedad persecutoria; se fortalece la ansiedad depresiva y llega a su clímax durante el período que describiré en la parte siguiente.

I

Durante el segundo trimestre del primer año, ciertos cambios en el desarrollo intelectual y emocional del bebé se hacen más marcados. Su relación con el mundo externo —con las personas así como con las cosas— se vuelve más diferenciada. La gama de sus gratificaciones e intereses se amplía y aumenta su capacidad de expresar sus emociones y de comunicarse con la gente. Estos cambios observables evidencian el desarrollo gradual del yo. La integración, la conciencia, las capacidades intelectuales, la relación con el mundo externo y otras funciones del yo se desarrollan constantemente. Al mismo tiempo progresa la organización sexual del bebé; las tendencias uretrales, anales y genitales adquieren fuerza, aunque los impulsos y deseos orales predominan aún. Así pues, existe una confluencia de distintas fuentes de libido y agresión, que matiza la vida emocional del bebé y hace aparecer en primer plano varias situaciones nuevas de ansiedad; se amplía la gama de fantasías y éstas se vuelven más elaboradas y diferenciadas. Paralelamente ocurren importantes cambios en la naturaleza de las defensas.

Todos estos progresos se reflejan en la relación del bebé con su madre (y en cierta medida con su padre y otras personas). La relación con la madre como persona, que se ha ido desarrollando gradualmente mientras el pecho figuraba aún como principal objeto, se establece más firmemente y la identificación con ella se fortalece cuando el bebé llega a percibir o introyectar a su madre como persona (o, en otras palabras, como "objeto total").

Mientras que cierto grado de integración es condición previa para que el yo pueda introyectar a la madre y al padre como personas totales, el desarrollo ulterior en la dirección de la integración y síntesis se inicia al colocarse en primer plano la posición depresiva. Los diversos aspectos —amado y odiado, bueno y malo— de los objetos se unen y esos objetos son ahora personas totales. Estos procesos de síntesis actúan en la totalidad del campo de las relaciones de objeto externas e internas. Comprenden los aspectos contrastantes de los objetos internalizados (el superyó primitivo) por una parte, y de los objetos externos por la otra; pero el yo se ve llevado también a disminuir la discrepancia entre el mundo externo e interno, o más bien la discrepancia entre las imágenes externas e internas. Al mismo tiempo que estos procesos de síntesis, se producen ulteriores progresos en la integración del yo que conducen a una mayor coherencia entre las partes escindidas del yo. Todos estos procesos de integración y síntesis hacen que el conflicto entre el amor y el odio aparezca a plena luz. La ansiedad depresiva y los sentimientos de culpa resultantes se modifican no sólo en cantidad sino en calidad. La ambivalencia es ahora vivenciada predominantemente hacia un objeto total. Se produce

un acercamiento del amor y del odio, del pecho "bueno" y del "malo"; la madre "buena" y la madre "mala" ya no pueden ser mantenidas tan separadas como en el estadio primitivo. Aunque el poder de las pulsiones destructivas disminuye, estas pulsiones son sentidas como un gran peligro para el objeto amado, percibido ahora como persona. La voracidad y las defensas contra ésta desempeñan un importante papel en este estadio, pues la ansiedad de perder irremediablemente el objeto amado o indispensable tiende a aumentar la voracidad. Esta, sin embargo, es sentida como incontrolable y destructiva, como amenaza a los objetos externos e internos. El yo por lo tanto inhibe más y más los deseos instintivos y esto puede conducir a serias dificultades del bebé para gustar o aceptar el alimento,¹⁷ y ulteriormente a serias inhibiciones en el establecimiento de relaciones tanto de afecto como eróticas.

Los pasos hacia la integración y síntesis descritos más arriba conducen a una mayor capacidad del yo para reconocer la realidad psíquica, cada vez más desgarradora. La ansiedad con respecto a la madre internalizada, a la que se siente dañada, sufriendo, en peligro de ser aniquilada, o ya aniquilada y perdida para siempre, conduce a una mayor identificación con el objeto dañado. Esta identificación fortalece a la vez el impulso a reparar y las tentativas del yo de inhibir las pulsiones agresivas. Una y otra vez el yo utiliza la defensa maníaca. Como ya hemos visto, la negación, la idealización, la escisión y el control de los objetos internos y externos son utilizados por el yo con el fin de neutralizar la ansiedad persecutoria. Estos métodos omnipotentes se conservan en cierta medida cuando surge la posición depresiva, pero ahora se los utiliza predominantemente para neutralizar la ansiedad depresiva. Cambian también por los progresos hacia la integración y síntesis, es decir que se hacen menos extremos y se adaptan más a la creciente capacidad del yo para afrontar la realidad psíquica. Alterados de este modo en forma y fin, esos métodos tempranos constituyen ahora la defensa maníaca.

Enfrentado con una multitud de situaciones de ansiedad, el yo tiende a negarlas, y cuando la ansiedad es máxima, el yo llega hasta a negar que pueda amar al objeto en forma alguna. El resultado puede ser una supresión permanente del amor, el apartarse de los objetos primitivos y un incremento de la ansiedad persecutoria, es decir, una regresión a la posición esquizo-paranoide.¹⁸

¹⁷ Estas dificultades a menudo observables en lactantes, particularmente durante el destete (es decir al reemplazar el pecho por el biberón o al agregar nuevos alimentos a este último, etc.), puede considerarse como un síntoma depresivo bien conocido en la sintomatología de los estados depresivos. Este punto es tratado con algún detalle en "Observando la conducta de bebés". Véase igualmente la nota 16, pág. 185.

¹⁸ Esta regresión primitiva puede ocasionar serios disturbios en el desarrollo temprano, por ejemplo la deficiencia mental (véase "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides") y puede constituir la base de ciertas formas de enfermedad esquizofrénica. Otro posible resultado del fracaso en la elaboración de la posición depresiva infantil es la enfermedad maniaco-depresiva, o bien una neurosis grave.

Las tentativas del yo de controlar los objetos externos e internos —método que en la posición esquizo-paranoide está principalmente dirigido contra la ansiedad persecutoria— también sufren cambios. Cuando predomina la ansiedad depresiva, el control de objetos e impulsos es principalmente utilizado por el yo con el fin de prevenir la frustración, impedir la agresión y el consiguiente peligro para los objetos amados, es decir, mantener a raya la ansiedad depresiva.

También hay diferencia en el uso de la escisión del objeto y del sí-mismo. El yo, a pesar de que los primitivos métodos de escisión en cierta medida se mantienen, divide ahora el objeto total en un objeto indemne vivo y un objeto dañado y en peligro (quizá moribundo, o muerto); de este modo la escisión llega a ser principalmente una defensa contra la ansiedad depresiva.

Al mismo tiempo ocurren importantes progresos en el desarrollo del yo, que no sólo lo capacitan para establecer defensas más adecuadas contra la ansiedad, sino que logran eventualmente una disminución efectiva de la misma. La repetida experiencia de enfrentar la realidad psíquica, implicada en la elaboración de la posición depresiva, aumenta la comprensión del bebé del mundo externo. Paralelamente, la imagen de los padres, en un principio distorsionada en figuras idealizadas y terribles, se aproxima gradualmente a la realidad.

Según expuse en párrafos anteriores, cuando el bebé introyecta una realidad externa más tranquilizadora, mejora su mundo interno; y esto a su vez por proyección mejora la imagen del mundo externo. Por lo tanto, gradualmente, a medida que el bebé reintroyecta una y otra vez un mundo externo más realista y tranquilizador, y también, en cierta medida, establece dentro de sí objetos totales e indemnes, se producen progresos esenciales en la organización del superyó. Sin embargo, a medida que se unen los objetos internos buenos y malos —siendo los aspectos malos atenuados por los buenos— se altera la relación entre el yo y el superyó, es decir, se produce una asimilación progresiva del superyó por el yo. (Véase la nota 2, pág. 99.)

En este estadio, el deseo de reparar el objeto dañado entra en juego de lleno. Según hemos visto anteriormente, esta tendencia se halla inextricablemente ligada a sentimientos de culpa. Al sentir el bebé que sus pulsiones y fantasías de destrucción están dirigidos contra la persona total de su objeto amado, surge la culpa en toda su fuerza y, junto con ella, la necesidad dominante de reparar, preservar o revivir el objeto amado dañado. En mi opinión, estas emociones conducen a estadios de duelo, y las defensas movilizadas, a tentativas por parte del yo de superar el duelo.

Puesto que la tendencia a reparar deriva en última instancia del instinto de vida, origina fantasías y deseos libidinales. Esta tendencia forma parte de todas las sublimaciones y constituirá, a partir de este

Sostengo por lo tanto que la posición depresiva infantil es de central importancia en el desarrollo del primer año.

estadio en adelante, el medio más poderoso por el cual se mantiene a raya y se disminuye la depresión.

Parece que no existe ningún aspecto de la vida mental que en los estadios tempranos no sea utilizado por el yo como defensa contra la ansiedad. También la tendencia a reparar, utilizada en un principio en forma omnipotente, es transformada en defensa. El sentimiento (fantasía) del bebé puede describirse como sigue: "Mi madre está desapareciendo, tal vez no vuelva nunca, está sufriendo, está muerta. No, esto no puede ser, porque yo puedo revivirla."

La omnipotencia decrece a medida que el bebé adquiere gradualmente confianza a la vez en sus objetos y en sus capacidades de reparación¹⁹ Siente que todas las etapas del desarrollo, todo nuevo logro, complace a los que lo rodean y que en esta forma expresa su amor, compensa o anula el daño hecho por sus pulsiones agresivas y repara sus objetos amados dañados.

De este modo se establecen las bases del desarrollo normal: se desarrollan las relaciones con los demás, disminuye la ansiedad persecutoria referida a los objetos internos y externos, se establecen más firmemente los objetos internos buenos, lo que trae aparejado un sentimiento de mayor seguridad; todo lo cual fortalece y enriquece al yo. El yo más fuerte y coherente, aunque haga mayor uso de la defensa maníaca, une repetidamente y sintetiza los aspectos escindidos del objeto y del sí-mismo. Gradualmente, los procesos de escisión y de síntesis se aplican a aspectos ahora menos distanciados unos de otros; aumenta la percepción de la realidad y los objetos aparecen bajo una luz más realista. Todos estos progresos conducen a una creciente adaptación a la realidad externa e interna²⁰

Se produce un cambio paralelo en la actitud del bebé hacia la frustración. Como hemos visto, en el estadio más temprano el aspecto malo perseguidor de la madre (su pecho) representaba en la mente del lactante todo lo malo y frustrador, tanto interno como externo. Cuando aumenta el sentido de la realidad en relación con los objetos y la confianza en ellos, el bebé se vuelve más capaz de distinguir entre la frustración impuesta desde el exterior y los peligros internos fantaseados. Por ende el odio y la agresión se relacionan más estrechamente con la frustración o daño reales derivados de factores externos. Esto constituye un paso hacia un método más realista y objetivo de manejo de su propia agresión, que despierta menos culpa y en último término capacita al niño tanto para vivenciar como para sublimar su agresión en una forma egosintónica.

¹⁹ Tanto en el análisis de adultos como en el de niños puede observarse que, juntamente con una vivencia depresiva total, surgen sentimientos de esperanza. En el desarrollo temprano, éste es uno de los factores que ayudan al bebé a superar la posición depresiva.

²⁰ Sabemos que, bajo la presión de la ambivalencia, la escisión persiste en cierta medida en el transcurso de la vida y desempeña un papel importante en la economía mental normal.

Además, esta actitud más realista frente a la frustración —que implica la disminución de la ansiedad persecutoria relacionada con los objetos internos y externos— conduce a una mayor capacidad del bebé para restablecer una buena relación con la madre y otras personas cuando la vivencia de frustración no actúa ya. En otras palabras, la creciente adaptación a la realidad —ligada a cambios del funcionamiento de la introyección y la proyección— tiene por resultado una relación más segura con el mundo externo e interno. Esto conduce a una disminución de la ambivalencia y agresión, lo que permite que el deseo de reparación entre a jugar de lleno. En estas diversas formas el proceso de duelo que surge de la posición depresiva es gradualmente elaborado.

Cuando el bebé alcanza el estadio crucial comprendido entre los tres y los seis meses de edad y se enfrenta con los conflictos, culpa y pena inherentes a la posición depresiva, su capacidad de manejo de la ansiedad se halla en cierto grado determinada por su desarrollo anterior; es decir por la medida en que durante los tres o cuatro primeros meses de vida fue capaz de incorporar y establecer dentro de sí el objeto bueno que forma el núcleo de su yo. Si este proceso fue exitoso —lo cual implica que la ansiedad persecutoria y los procesos de escisión no son excesivos y que cierto grado de integración ha sido alcanzado—, gradualmente pierden fuerza la ansiedad persecutoria y los mecanismos esquizoides, el yo puede introyectar y establecer el objeto total y atravesar la posición depresiva. Pero si el yo es incapaz de manejar las numerosas situaciones de ansiedad que surgen en este estadio —fracaso determinado por fundamentales factores internos como por experiencias externas—, puede hacer una marcada regresión desde la posición depresiva a la anterior posición esquizo-paranoide. Esto impediría también los procesos de introyección total y afectaría intensamente el desarrollo durante el primer año de vida y toda la niñez.

II

Mi hipótesis de la posición depresiva infantil descansa en los conceptos psicoanalíticos básicos relativos a los primeros estadios de la vida; es decir, la introyección primaria y la preponderancia de la libido oral y las pulsiones canibalistas de los niños muy pequeños. Estos descubrimientos de Freud y Abraham contribuyeron sustancialmente a la comprensión de la etiología de las enfermedades mentales. Desarrollando estos conceptos y relacionándolos con la comprensión del bebé que surgió del análisis de niños pequeños, llegué a entender la complejidad de los procesos y vivencias primarios y su efecto en la vida emocional del bebé; y esto a su vez permitió esclarecer más la etiología de las perturbaciones mentales. Una de mis conclusiones ha sido que existe un lazo particularmente estrecho entre la posición

depresiva infantil y los fenómenos del duelo y de la melancolía.²¹

Al continuar el trabajo de Freud sobre la melancolía, Abraham señaló una de las diferencias fundamentales entre el duelo normal y el anormal (véase la nota 3, pág. 99). En el duelo normal el individuo llega a establecer la persona amada y perdida dentro de su yo, mientras que en la melancolía y en el duelo anormal este proceso fracasa. También describe Abraham algunos de los factores fundamentales de los que depende el éxito o el fracaso de este proceso. Si las pulsiones canibalistas son excesivas, se malogra la introyección del objeto bueno perdido y esto conduce a la enfermedad. En el duelo normal el sujeto también se ve llevado a reinstalar la persona amada y perdida en su yo, pero en este caso el proceso es exitoso. No solamente se retiran y reinvierten las catexias referidas al objeto amado y perdido, como dice Freud, sino que durante este proceso el objeto perdido se establece en el interior.

En mi artículo "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos", expreso la siguiente opinión: "Mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que, si bien es cierto que el rasgo normal del duelo es el establecimiento por parte del individuo del objeto amado y perdido dentro de sí, no está haciéndolo por primera vez, sino que, a través del trabajo del duelo, está reinstalando ese objeto así como todos sus objetos *internos* amados que siente haber perdido". Cada vez que surge la pena, ésta mina el sentimiento de segura posesión de los objetos internos-amados, porque reactiva las ansiedades tempranas por los objetos dañados y destruidos —por un mundo interno despedazado—. Sentimientos de culpa y ansiedades persecutorias —la posición depresiva infantil— se reactivan en toda su fuerza. Una reinstalación exitosa del objeto amado *externo* por el que se hace el duelo y cuya introyección se intensifica por el proceso de duelo, implica que se restauran y recuperan objetos *internos* amados. Por lo tanto, la vuelta a la realidad característica del proceso de duelo constituye no solamente el medio de renovar los lazos con el mundo externo, sino también de *restablecer el mundo interno destruido*. El duelo involucra en esta forma una repetición de la situación emocional vivenciada por el bebé en la posición depresiva. Porque presionado por el temor a perder la madre amada, el bebé lucha con la tarea de establecer e integrar su mundo interno y construir sólidamente los objetos buenos dentro de sí.

Uno de los factores fundamentales que determinan si la pérdida del objeto amado (por muerte u otras causas) conducirá a la enfermedad maniaco-depresiva o será normalmente superada consiste, de acuerdo con mi experiencia, en el grado de éxito de la elaboración de

²¹ En lo que hace a la relación de la posición depresiva infantil con los estados maniaco-depresivos por una parte y con el duelo normal por la otra, véanse "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" y "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos" (ambos en *Obras Completas de M.K.*, tomo 1).

la posición depresiva durante el primer año de vida y en la firme introyección de los objetos buenos en el interior.

La posición depresiva está ligada a cambios fundamentales de la organización libidinal del bebé, pues durante este período (alrededor de la mitad del primer año), el bebé entra en los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo y negativo. Me limitaré aquí a trazar tan solo un rápido esbozo al describir los estadios tempranos del complejo de Edipo.²² Estos estadios tempranos se caracterizan por el importante papel que siguen desempeñando los objetos parciales en la mente del bebé mientras se establece la relación con los objetos totales. Además, a pesar de que los deseos genitales se acercan marcadamente al primer plano, predomina aún la libido oral. Poderosos deseos orales, incrementados por la frustración vivenciada en relación con la madre, se transfieren del pecho materno al pene del padre.²³ Los deseos genitales en los bebés de ambos sexos se unen a los deseos orales; lo que trae aparejada una relación oral, así como genital, con el pene del padre. Los deseos genitales se dirigen también hacia la madre. Los deseos del pene paterno están ligados a los celos de la madre, porque el bebé siente que ésta recibe el objeto codiciado. Estas múltiples emociones y deseos en ambos sexos subyacen tanto al complejo de Edipo directo como al invertido.

Otro aspecto de los estadios edípicos tempranos está ligado al papel esencial desempeñado en la mente del bebé por el "interior" de la madre y el suyo propio. Durante el período precedente, en el que prevalecen las pulsiones destructivas (posición esquizo-paranoide), la necesidad del bebé de penetrar en el cuerpo materno y posesionarse de su contenido es de naturaleza predominantemente oral y anal. Esta necesidad es activa aún en el estadio siguiente (posición depresiva), pero al aumentar los deseos genitales, se dirige mayormente hacia el pene paterno (igualado con bebés y materias fecales), el que, según cree el bebé, debe estar contenido dentro del cuerpo de la madre. Simultáneamente los deseos orales del pene paterno conducen a su internalización, y así el pene internalizado (a la vez objeto bueno y objeto malo) pasa a desempeñar un papel importante en el mundo objetual interno del bebé.

Los estadios tempranos del desarrollo edípico son muy complejos: convergen deseos de distintos orígenes; estos deseos se dirigen a objetos parciales así como a objetos totales; el pene del padre, codi-

²² Véase Heimann (1952a), 2ª parte. He descrito detalladamente el desarrollo edípico en *El psicoanálisis de niños* (en particular capítulo 8) y también en mis artículos "Estadios tempranos del conflicto edípico" y "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas". (OC, tomo I.)

²³ En "Un breve estudio de la evolución de la libido" (1924), Abraham escribe: "Otro punto que debe señalarse en relación con la parte del cuerpo que ha sido introyectada, es que el pene es regularmente asimilado al pecho materno y que otras partes del cuerpo como ser dedos, pies, cabello, heces y nalgas pueden representar secundariamente aquellos dos órganos".

ciado y odiado, existe no sólo como parte del cuerpo del padre, sino que el bebé siente que está simultáneamente en su propio interior y dentro del cuerpo de la madre.

La envidia parece ser inherente a la voracidad oral. El trabajo analítico me ha enseñado que la envidia (alternando con sentimientos de amor y gratificación) se dirige primeramente hacia el pecho nutricional. A esta envidia primitiva se agregan los celos cuando surge la situación edípica. Los sentimientos del bebé en relación con ambos padres parecen organizarse en la forma siguiente: cuando es frustrado, el padre o la madre gozan del objeto apetecido del que es privado —el pecho materno o el pene del padre— y gozan de él de manera continua. Es característico de las emociones y voracidad intensas del bebé el atribuir a los padres un estado constante de gratificación mutua de naturaleza oral, anal y genital.

Estas teorías sexuales forman la base de figuras parentales combinadas tales como: la madre que contiene el pene paterno o el padre en su totalidad; el padre que contiene el pecho materno o la madre en su totalidad; los padres fusionados inseparablemente en la relación sexual.²⁴ Fantasías de esta naturaleza también contribuyen a la idea de la “mujer con pene”. Más aun, debido a la internalización, el bebé establece dentro de sí esas figuras parentales combinadas y esto resulta esencial en diversas situaciones de ansiedad de naturaleza psicótica.

A medida que se desarrolla una relación más realista con los padres, el bebé llega a considerarlos como individuos separados, o sea que la primitiva figura parental combinada pierde su fuerza.²⁵

Estos progresos están ligados a la posición depresiva. En ambos sexos, el temor de perder a la madre, objeto amado primario —es decir, la ansiedad depresiva—, contribuye a crear la necesidad de sustitutos; respondiendo a ella el bebé se vuelve primeramente hacia el padre, quien en ese estadio también es introyectado como persona total.

En esta forma, la libido y la ansiedad depresiva son desviadas de la madre en cierta medida, y este proceso de distribución estimula las relaciones de objeto y disminuye la intensidad de los sentimientos depresivos. Así pues, los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo y negativo alivian las ansiedades del niño y lo ayudan a superar la posición depresiva. Al mismo tiempo, sin embargo, surgen

²⁴ Véase el concepto de figura parental combinada en *El psicoanálisis de niños*, capítulo 8 en particular.

²⁵ La capacidad del niño para gozar al mismo tiempo la relación con *ambos* padres, lo cual constituye un rasgo importante de su vida mental y está en conflicto con sus deseos (instigados por celos y ansiedad) de separarlos, depende de que los sienta como individuos separados. Esta relación más integrada con sus padres (distinta de la necesidad compulsiva de mantenerlos separados uno del otro y de impedir el acto sexual) implica mayor comprensión de sus relaciones mutuas y es condición previa de la esperanza del niño de acercarlos y unirlos en forma feliz.

nuevos conflictos y ansiedades, puesto que los deseos edípicos hacia los padres implican que la envidia, la rivalidad y los celos —poderosamente avivados aún en este estadio por las pulsiones sádico-orales— son ahora vivenciados hacia dos personas, a las que se odia y ama a la vez. La elaboración de estos conflictos, que surgen por primera vez en los estadios tempranos del complejo de Edipo, forma parte del proceso de modificación de la ansiedad que se extiende más allá de la primera infancia hasta los primeros años de la niñez.

Para resumir: la posición depresiva desempeña un papel vital en el desarrollo temprano del niño, y normalmente, al llegar a su término la neurosis infantil alrededor de los cinco años, la ansiedad persecutoria y la ansiedad depresiva se han modificado. Los pasos fundamentales de la elaboración de la posición depresiva se dan, sin embargo, cuando el bebé está estableciendo el objeto total —es decir, durante la segunda mitad del primer año—, y podría afirmarse que si estos procesos son exitosos, se habrá llenado una de las condiciones previas del desarrollo normal. Durante este período la ansiedad persecutoria y la depresiva se activan una y otra vez, como por ejemplo en las experiencias de dentición y destete. Esta interacción entre la ansiedad y los factores físicos es uno de los aspectos de los complejos procesos del desarrollo durante el primer año (procesos que involucran todas las emociones y fantasías del bebé); en verdad esto se aplica, hasta cierto punto, a todo el resto de la vida.

He recalcado a lo largo del presente capítulo que los cambios en el desarrollo emocional y las relaciones de objeto del bebé son paulatinos. El hecho de que la posición depresiva se desarrolle gradualmente explica por qué, generalmente, sus efectos en el bebé no aparecen en forma súbita.²⁶ También debemos recordar que, mientras son vivenciados los sentimientos depresivos, simultáneamente el yo desarrolla medios para contrarrestarlos. Esto en mi opinión constituye una de las diferencias fundamentales entre el bebé que está viviendo ansiedades de naturaleza psicótica y el adulto psicótico; pues al tiempo que el bebé está elaborando estas ansiedades, ya se hallan en acción los procesos que conducen a su modificación. (Véase la nota 4, pág. 100.)

DESARROLLO ULTERIOR Y MODIFICACION DE LA ANSIEDAD

I

La neurosis infantil puede ser considerada como una combina-

²⁶ No obstante, signos de recurrencia de sentimientos depresivos pueden ser detectados en bebés normales mediante una observación atenta. Síntomas severos de depresión aparecen en forma muy llamativa en niños muy pequeños bajo determinadas circunstancias, como ser una enfermedad, la súbita separación de la madre o de la niñera, o un cambio en la alimentación.

ción de procesos mediante los cuales las ansiedades de naturaleza psicótica son ligadas, elaboradas y modificadas. Pasos fundamentales en la modificación de las ansiedades persecutoria y depresiva forman parte del desarrollo durante el primer año. La neurosis infantil, tal como la veo, empieza pues en el primer año de vida y termina —al iniciarse el período de latencia— cuando se logra la modificación de las ansiedades tempranas.

Todos los aspectos del desarrollo contribuyen al proceso de modificación de la ansiedad, y por lo tanto, las vicisitudes de la ansiedad sólo pueden comprenderse en su interacción con los demás factores del desarrollo. Por ejemplo, la adquisición de habilidades físicas, las actividades de juego, el desarrollo del lenguaje o el progreso intelectual en general, los hábitos de limpieza, el incremento de las sublimaciones, la ampliación de la gama de las relaciones de objeto, el progreso en la organización libidinal del niño, todos estos logros están inextricablemente entrelazados con aspectos de la neurosis infantil; en última instancia, con las vicisitudes de la angustia y las defensas involucradas contra ella. Sólo puedo escoger aquí algunos de estos factores que interactúan e indicar en qué forma contribuyen a modificar la ansiedad.

Los primeros objetos perseguidores externos e internos son —de acuerdo con lo discutido anteriormente— el pecho malo de la madre y el pene malo del padre; e interactúan los temores de persecución referidos a los objetos internos y los referidos a los objetos externos. Estas ansiedades, focalizadas primeramente en los padres, hallan expresión en las fobias tempranas y afectan profundamente la relación del niño con sus padres. Las ansiedades persecutoria y depresiva contribuyen fundamentalmente a crear los conflictos que surgen en la situación edípica²⁷ e influyen en el desarrollo libidinal.

Los deseos genitales hacia ambos progenitores, que inician los estadios tempranos del complejo de Edipo (hacia la mitad del primer año), están al principio entrelazados con deseos y fantasías orales, anales y uretrales, de naturaleza a la vez libidinal y agresiva. Las ansiedades de carácter psicótico originadas por pulsiones destructivas provenientes de todas estas fuentes tienden a reforzar estas pulsiones, y, en caso de ser excesivas, crean fuertes fijaciones en los estadios pregenitales.²⁸

Así pues, la ansiedad influye en cada etapa del desarrollo libidinal, ya que conduce a la fijación de estados pregenitales y una y otra vez a la regresión a éstos. Por otra parte, la ansiedad y la culpa y la consiguiente tendencia a la reparación, agregan ímpetu a los deseos libidinales y estimulan la dirección progresiva de la libido, pues dar y

²⁷ La interrelación entre las ansiedades persecutoria y depresiva por una parte y el temor a la castración por la otra, se trata detalladamente en mi artículo "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (*Obras completas de M.K.*, tomo I).

²⁸ Véase Heimann e Isaacs (1952).

recibir gratificación libidinal alivia la ansiedad y satisface también la necesidad de reparar. Por lo tanto, la ansiedad y la culpa a veces frenan y otras veces favorecen el desarrollo libidinal. Esto no sólo varía de un individuo a otro, sino que puede variar en un mismo individuo, según la intrincada interacción de los factores internos y externos en determinado momento.

En las fluctuantes posiciones del complejo de Edipo positivo y negativo son vivenciadas todas las ansiedades tempranas, pues los celos, la rivalidad y el odio de estas posiciones, despiertan renovadamente las ansiedades persecutoria y depresiva. Las ansiedades focalizadas en los padres como objetos internos se elaboran sin embargo y disminuyen gradualmente a medida que el bebé extrae de la relación con los padres externos un creciente sentimiento de seguridad.

En el interjuego de progresión y regresión, fuertemente influido por la ansiedad, gradualmente llegan a dominar las tendencias genitales. A consecuencia de ello la capacidad para reparar aumenta, se amplían sus alcances y las sublimaciones adquieren fuerza y estabilidad, pues en el nivel genital están ligadas a la necesidad más creativa del ser humano. Las sublimaciones genitales de la posición femenina están ligadas a la fertilidad —el poder de dar vida— y por ende también a la recreación de objetos perdidos o dañados. En la posición masculina, el elemento de creación de la vida se halla reforzado por las fantasías de fertilizar a la madre dañada o destruida y así restaurarla o revivirla. El órgano genital, pues, no es sólo un órgano de procreación, sino también un instrumento de reparación y de nueva creación.

El predominio de las tendencias genitales implica un gran progreso en la integración del yo, ya que ellas se hacen cargo de los deseos libidinales y reparatorios de carácter pregenital, produciéndose en esta forma la síntesis de las tendencias reparatorias pregenitales y genitales. Por ejemplo, la capacidad para recibir “bondad”, en primer lugar el alimento y el amor de la madre tan deseados, y la necesidad de alimentarla como recompensa, y restaurarla en esta forma —base de las sublimaciones orales— son condiciones previas de un desarrollo genital exitoso.

La creciente fuerza de la libido genital, que incluye el progreso de la capacidad para reparar, corre paralela a la disminución gradual de la ansiedad y de la culpa despertadas por las tendencias destructivas, aunque los deseos genitales sean causa de conflictos y culpa en la situación edípica. Se desprende de ello que la primacía genital implica una disminución de las tendencias y ansiedades orales, uretrales y anales. A través del proceso de elaboración de los conflictos edípicos y logro de la primacía genital, el niño se hace capaz de establecer firmemente los objetos buenos en su mundo interior y de desarrollar una relación estable con sus padres. Todo esto significa que está elaborando y modificando las ansiedades persecutoria y depresiva.

Existen razones para suponer que tan pronto como el bebé

desplaza su interés hacia otros objetos distintos del pecho materno —como ser partes del cuerpo materno, los objetos que lo rodean, partes de su propio cuerpo, etcétera—, empieza un proceso fundamental para el incremento de las sublimaciones y relaciones de objeto. El amor, los deseos (agresivos así como libidinales) y las ansiedades, son transferidos del primero y único objeto, la madre, a otros objetos; y se desarrollan otros intereses que sustituyen la relación con el objeto primario. Este objeto primario es, sin embargo, no sólo el pecho externo, sino el pecho bueno internalizado; y la desviación de los sentimientos y emociones relacionados ahora con el mundo externo está ligada a la proyección. La función de formación de símbolos y la actividad de las fantasías tienen gran importancia en todos los procesos descritos.²⁹ Con el surgimiento de la ansiedad depresiva y particularmente con el comienzo de la posición depresiva, el yo se ve llevado a proyectar, desviar y distribuir los deseos y emociones así como la culpa y la necesidad de reparar, en nuevos objetos e intereses. A mi entender, estos procesos constituyen la fuente principal de las sublimaciones a lo largo de la vida. Es, sin embargo, condición previa del desarrollo exitoso de las sublimaciones (como también de las relaciones de objeto y de la organización libidinal) que el amor por los primitivos objetos pueda mantenerse, mientras los deseos y ansiedades son desviados y distribuidos, pues el predominio de la queja y el odio hacia los objetos primarios tiende a hacer peligrar las sublimaciones y relaciones con objetos sustitutivos.

Surge otra perturbación de la capacidad para reparar y por lo tanto para sublimar, cuando, debido al fracaso en la superación de la posición depresiva, la esperanza de reparar se ve debilitada, o, dicho en otra forma, cuando existe desesperanza por la destrucción ocasionada a los objetos amados.

II

Según sugiero más arriba, todos los aspectos del desarrollo están ligados a la neurosis infantil. Un rasgo característico de la neurosis infantil lo constituyen las fobias tempranas que surgen durante el primer año de vida y, cambiando de forma y contenido, aparecen y desaparecen a lo largo de los años de infancia. Tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva subyacen a las fobias tempranas, que incluyen dificultades en la alimentación, terrores nocturnos, an-

²⁹ Debo abstenerme aquí de describir detalladamente las maneras en que la formación de símbolos está desde un principio inextricablemente ligada a la actividad fantaseadora del niño y a las vicisitudes de la ansiedad. Remito al lector a Isaacs (1952) y a mi trabajo "Observando la conducta de bebés" (en este tomo); también a mis anteriores artículos, "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926) y "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930). (Ambos en *Obras Completas de M.K.*, tomo 1.)

siedad en ausencia de la madre, miedo a los extraños, perturbaciones de las relaciones con los padres y de las relaciones de objeto en general. La necesidad de externalizar los objetos perseguidores es un elemento intrínseco del mecanismo de las fobias.³⁰ Esta necesidad deriva tanto de la ansiedad persecutoria (referida al yo) como de la ansiedad depresiva (centrada en los peligros que amenazan a los objetos internos buenos por parte de los perseguidores internos). Los temores a la persecución interna igualmente encuentran expresión en las ansiedades hipocondríacas. También contribuyen a una variedad de enfermedades físicas, como ser los frecuentes resfrios de los niños pequeños.³¹

Las ansiedades orales, uretrales y anales (que intervienen tanto en la adquisición como en la inhibición de hábitos de limpieza) constituyen rasgos básicos de la sintomatología de la neurosis infantil. Igualmente constituye un rasgo característico de la neurosis infantil que ocurran distintas formas de recaída en los primeros años de vida. Según vimos más arriba, en caso de reforzarse la ansiedad de naturaleza persecutoria y depresiva, tiene lugar una regresión a estadios anteriores y a sus correspondientes situaciones de ansiedad. Esta regresión se manifiesta, por ejemplo, en el abandono de los hábitos de limpieza ya adquiridos; o bien en la reaparición, bajo formas ligeramente distintas, de fobias en apariencia superadas.

Durante el segundo año, las tendencias obsesivas se colocan en primer plano; expresan y, a la vez ligan, ansiedades orales, uretrales y anales. Se pueden observar rasgos obsesivos en rituales al acostarse, rituales relacionados con la limpieza, la alimentación, etc., y en una necesidad general de repetición (por ej., el deseo de escuchar incansablemente el mismo cuento, a veces contado con las mismas palabras, o de repetir los mismos juegos). Estos fenómenos, aunque forman parte del desarrollo normal del niño, pueden ser descritos como síntomas neuróticos. La disminución o superación de estos síntomas conduce a la modificación de las ansiedades orales, uretrales y anales; esto a su vez implica una modificación de la ansiedad persecutoria y depresiva.

La capacidad del yo para desarrollar paso a paso defensas que le permitan en cierta medida elaborar las ansiedades, es parte esencial del proceso de modificación de la ansiedad. En el estadio más primitivo (esquizo-paranoide), la ansiedad es contrarrestada por defensas

³⁰ Véase *El psicoanálisis de niños*, págs. 141, 170 a 175.

³¹ La experiencia me mostró que las ansiedades que subyacen a la hipocondría se hallan también en la base de los síntomas de conversión histéricos. El factor fundamental común a ambas es el temor referido a la persecución dentro del cuerpo (ataques provenientes de objetos perseguidores internalizados) o al daño infligido por el sadismo del sujeto a los objetos internos (ataques de sus excrementos peligrosos), todo lo cual es sentido como daño físico infligido al yo. La elucidación de los procesos que subyacen a la transformación de esas ansiedades persecutorias en síntomas físicos puede contribuir a esclarecer los problemas de la histeria.

extremas y poderosas, tales como escisión, omnipotencia y negación.³² En el estadio siguiente (posición depresiva), las defensas sufren, según hemos visto, importantes cambios caracterizados por la mayor capacidad del yo para tolerar la ansiedad. En el segundo año, con el progreso en el desarrollo del yo, el niño utiliza su creciente adaptación a la realidad externa y su creciente control de las funciones corporales para poner a prueba los peligros internos por medio de la realidad externa.

Todos estos cambios son característicos de los mecanismos obsesivos, los que también pueden ser considerados como una defensa muy importante. Por ejemplo, al adquirir hábitos de limpieza, las ansiedades del bebé referentes a sus heces peligrosas (es decir, referentes a su propia destructividad), a sus objetos malos internalizados y a su caos interno, disminuyen temporariamente una y otra vez. El control de los esfínteres le prueba que puede controlar los peligros internos y los objetos internos. Más aun, los excrementos reales sirven como prueba en contra de sus temores fantásticos de destructividad. Pueden ahora ser expulsados conforme al pedido de la madre o la niñera, quienes al aprobar las situaciones en que expulsa los excrementos parecen también aprobar la naturaleza de los mismos, y esto los vuelve "buenos".³³ De ello resulta que el niño llega a sentir que el daño hecho por sus excrementos en sus fantasías agresivas a sus objetos internos y externos, puede ser anulado. La adquisición de hábitos de limpieza disminuye por lo tanto su culpa y satisface su deseo de reparar.³⁴

Los mecanismos obsesivos constituyen una parte importante del desarrollo del yo. Capacitan a éste para mantener temporariamente a raya la ansiedad. Esto a su vez ayuda al yo en el logro de mayor integración y fuerza; en esta forma es posible la gradual elaboración, disminución y modificación de la ansiedad. No obstante, los mecanismos obsesivos constituyen en este estadio tan sólo una de las de-

³² Si estas defensas persisten excesivamente más allá del estadio temprano en el que son apropiadas, el desarrollo puede sufrir en varias formas; se impide la integración, se traba la vida de la fantasía y los deseos libidinales; en consecuencia, la tendencia a reparar, las sublimaciones, las relaciones de objeto y la relación con la realidad pueden quedar perturbadas.

³³ El reconocimiento de que existe en el niño la necesidad de adquirir hábitos de limpieza, necesidad ligada a la ansiedad y culpa y a las defensas contra ellas, lleva a la siguiente conclusión: el aprendizaje de los hábitos de limpieza, efectuado sin premura y en el periodo en el que la necesidad de este aprendizaje se hace evidente (generalmente en el transcurso del segundo año), es beneficioso para el desarrollo del niño. Impuesto a éste en un estadio anterior, puede resultar dañino. Más aun, en cualquier periodo el niño debería ser sólo alentado, pero no forzado, a adquirir hábitos de limpieza. Estas líneas constituyen necesariamente tan sólo una referencia muy incompleta a un importante problema de la crianza del niño.

³⁴ La concepción de Freud sobre las formaciones reactivas y la "anulación" en el proceso de la neurosis obsesiva, sustenta mi concepto de reparación, que abarca, además, varios procesos mediante los que el yo siente que anula el daño hecho en su fantasía, restaura, preserva y revive el objeto.

fensas. Si son excesivos y llegan a ser la defensa principal, esto puede considerarse como una indicación de que el yo no puede manejar eficazmente la ansiedad de naturaleza psicótica y de que se está desarrollando en el niño una grave neurosis obsesiva.

Otro cambio fundamental de las defensas caracteriza al estadio en que se fortalece la libido genital. Cuando esto sucede, según vimos anteriormente, el yo se halla más integrado; la adaptación a la realidad externa ha progresado; se ha desarrollado la función de la conciencia; también el superyó está más integrado; se ha producido una síntesis más completa de los procesos inconscientes, es decir entre las partes inconscientes del yo y del superyó; es más nítida la demarcación entre lo inconsciente y lo consciente. Estos progresos permiten a la represión desempeñar el papel dominante entre las defensas.³⁵ Un factor esencial de la represión es el aspecto censor y prohibidor del superyó, aspecto éste que se fortalece como consecuencia del progreso en la organización del superyó. Las exigencias del superyó de mantener fuera de la conciencia determinadas pulsiones y fantasías de carácter agresivo y libidinal, las cumple el yo más fácilmente porque ha progresado en su integración y en la asimilación del superyó.

En una sección anterior describí cómo aun durante los primeros meses de vida el yo inhibe los deseos instintivos, primeramente bajo la presión de la ansiedad persecutoria y, algo más tarde, de la ansiedad depresiva. Se da otro paso adelante en el desarrollo de las inhibiciones instintivas cuando el yo puede hacer uso de la represión.

Hemos visto las formas en que el yo utiliza la escisión durante la fase esquizo-paranoide.³⁶ El mecanismo de escisión subyace a la represión (lo que está implícito en el concepto de Freud); pero en contraste con las primitivas formas de escisión, que conducían a estados de desintegración, la represión no tiene normalmente por resultado la desintegración del sí-mismo. Puesto que en este estadio existe mayor integración tanto dentro de las partes conscientes como inconscientes del psiquismo, y puesto que en la represión la escisión efectúa predominantemente una división entre lo consciente y lo inconsciente, ninguna de las partes del sí-mismo está expuesta al grado de desintegración que podía surgir en los estadios anteriores. Sin embargo, el grado en que se recurre a los procesos de escisión en los primeros meses de vida influye vitalmente en el empleo de la represión en un período ulterior. Porque en caso de no ser suficientemente superados los mecanismos esquizoides tempranos, puede resultar que, en lugar de un límite fluido entre lo consciente y lo inconsciente, sur-

³⁵ Dice Freud: "... señalaremos como materia de ulteriores reflexiones la posibilidad de que la represión sea un proceso especialmente relacionado con la organización genital de la libido y que el yo acuda a métodos distintos de defensa cuando tiene que asegurarse contra la libido en otros niveles de organización" (*Inhibición, síntoma y angustia*.)

³⁶ Véase "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides".

ja entre ellos una rígida barrera; esto indica que la represión es excesiva y que, por lo tanto, el desarrollo está perturbado. Por otra parte, mediante una represión moderada, el inconsciente y la conciencia tienen mayores probabilidades de permanecer "porosos" uno con respecto al otro y por lo tanto las pulsiones y sus derivados son, en cierta medida, autorizados a emerger una y otra vez del inconsciente y son sujetos por parte del yo a procedimientos de selección y rechazo. La elección de las pulsiones, fantasías y pensamientos que deben ser reprimidos depende de la creciente capacidad del yo para aceptar las normas de los objetos externos. Esta capacidad está ligada a la mayor síntesis dentro del superyó y a la creciente asimilación del superyó por el yo.

Los cambios en la estructura del superyó, que se efectúan gradualmente y están siempre ligados al desarrollo edípico, contribuyen a la declinación del complejo de Edipo al iniciarse el período de latencia. En otras palabras, el progreso en la organización libidinal y en los distintos ajustes de los que llega a ser capaz el yo en este estadio, está ligado a la modificación de las ansiedades persecutoria y depresiva referidas a los padres internalizados, lo que implica mayor seguridad en el mundo interno.

Vistos a la luz de las vicisitudes de la angustia, los cambios característicos de la iniciación del período de latencia pueden resumirse como sigue: la relación con los padres es más segura; los padres introyectados se aproximan más a la imagen de los padres reales; sus normas, advertencias y prohibiciones son aceptadas e internalizadas y por lo tanto la represión de los deseos edípicos es más eficaz. Todo esto representa el clímax del desarrollo del superyó, resultado de un proceso que se extiende a lo largo de los primeros años de la vida.

CONCLUSIONES

Examiné detalladamente las primeras etapas de la superación de la posición depresiva que caracterizan la segunda mitad del primer año de vida. Hemos visto que en los estadios tempranos, en los que predomina la ansiedad persecutoria, los objetos del bebé son de naturaleza primitiva y persecutoria: devoran, desgarran, envenenan, inundan, etc., es decir, que los múltiples deseos y fantasías orales, uretrales y anales son proyectados tanto en los objetos externos como en los objetos internalizados. La imagen de estos objetos se altera poco a poco en el psiquismo del bebé a medida que progresa la organización libidinal y se modifica la ansiedad.

Sus relaciones con su mundo interno y externo progresan simultáneamente; la interdependencia entre esas relaciones implica cambios en los procesos de introyección y de proyección que son un factor esencial para la disminución de las ansiedades persecutoria y depresiva. Todo esto tiene por resultado una mayor capacidad del yo

para asimilar al superyó, aumentando en esta forma su propia fuerza.

Cuando se logra la estabilización, algunos factores fundamentales han sufrido alteraciones. No me ocupo ahora del progreso del yó, ligado en cada etapa (según traté de mostrarlo) al desarrollo emocional y a la modificación de la ansiedad, sino que deseo subrayar los *cambios en los procesos inconscientes*. Creo que estos cambios resultan más comprensibles si los vinculamos al origen de la ansiedad. Me refiero aquí nuevamente a mi afirmación de que las pulsiones destructivas (instinto de muerte) constituyen el factor primario causante de ansiedad.³⁷ La voracidad es incrementada por las quejas y el odio, es decir, por manifestaciones del instinto destructivo; pero estas manifestaciones son a su vez reforzadas por la ansiedad persecutoria. Cuando en el transcurso del desarrollo la ansiedad es a la vez reducida y mantenida a raya más firmemente, disminuyen las quejas y el odio así como la voracidad, y esto en última instancia conduce al debilitamiento de la ambivalencia. Expresando esto en función de los instintos: cuando la neurosis infantil pudo seguir su curso, es decir, cuando la ansiedad persecutoria y la ansiedad depresiva han sido reducidas y modificadas, el equilibrio en la fusión de los instintos de vida y de muerte (y también entre la libido y la agresión) ha sido alterado en alguna forma. Esto implica cambios importantes en los procesos inconscientes, es decir, en la estructura del superyó y en la estructura y dominio de las partes inconscientes (tanto como conscientes) del yo.

Hemos visto que las fluctuaciones entre las posiciones libidinales y entre la progresión y la regresión, que caracterizan los primeros años de la niñez, están inextricablemente ligadas a las vicisitudes de las ansiedades persecutoria y depresiva que surgen durante la primera infancia. Así pues, estas ansiedades son no sólo un factor esencial de fijación y regresión, sino que su influencia es constante en el curso del desarrollo.

El desarrollo normal exige como condición previa el mantenimiento, a través de la alternancia de la regresión y progresión, de aspectos fundamentales del progreso ya logrado. En otras palabras, exige que el proceso de integración y síntesis no sea fundamental y permanentemente perturbado. Si la ansiedad se mitiga gradualmente, la progresión deberá primar sobre la regresión y, en el curso de la neurosis infantil, quedarán establecidas las bases para la estabilidad mental.

³⁷ Véase "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa".

Margaret A. Ribble relata observaciones realizadas en 500 bebés ("Infantile Experience in Relation to Personality Development", 1944), y expresa sus opiniones, algunas de las cuales complementan las conclusiones a las que llegué a través del análisis de niños pequeños.

Así, refiriéndose a la relación con la madre desde el principio de la vida, recalca la necesidad del lactante de recibir los cuidados de la madre, necesidad que va mucho más allá de la gratificación al mamar; por ejemplo, dice en la página 631:

"Mucho de la calidad y cohesión de la personalidad del niño depende del apego emocional a la madre. Este apego (o empleando el término psicoanalítico, esta catexia dirigida hacia la madre) se desarrolla gradualmente a partir de la satisfacción que proviene de ella. Hemos estudiado la naturaleza de este apego progresivo tan esquivo y sin embargo tan esencial en razón de importantes detalles. Tres tipos de experiencia, o sea: la experiencia táctil, la experiencia kinestésica o sentido de la posición del cuerpo, y la experiencia del sonido, contribuyen en primer lugar a su formación. El desarrollo de esas capacidades sensoriales ha sido mencionado por casi todos los observadores del comportamiento infantil, pero no ha sido recalcada su particular importancia para la relación personal entre la madre y el niño."

La importancia de esta relación personal en el desarrollo físico del niño es subrayada por Margaret A. Ribble en varios lugares; por ejemplo, dice en la página 630:

"... las irregularidades más triviales en el cuidado personal o el manejo de todo lactante, como ser escaso contacto con la madre, insuficiente alzarlo en brazos, o cambios de niñera o de rutina general, provocan a menudo perturbaciones, como ser palidez, respiración irregular y trastornos alimentarios. En lactantes constitucionalmente sensibles o pobremente organizados, estas perturbaciones, si son demasiado frecuentes, pueden alterar en forma permanente el desarrollo orgánico y psíquico y no pocas veces amenazan la vida misma."

En otro lugar, la autora resume estas perturbaciones en la forma siguiente (página 630):

"El lactante se halla continuamente en peligro potencial de desorganización funcional, debido al propio estado incompleto del cerebro y sistema nervioso. En lo exterior, el peligro radica en una súbita separación de la madre, quien ya sea intuitivamente o a sabiendas, debe mantener ese equilibrio funcional. La negligencia afectiva o falta de amor pueden ser igualmente desastrosas. Internamente, el peligro parece radicar en el aumento de tensión proveniente de necesidades biológicas y en la incapacidad del organismo para mantener su energía interior o equilibrio metabólico y excitabilidad refleja. La *necesidad de oxígeno* puede volverse aguda porque los mecanismos respiratorios del lactante no están aún suficientemente desarrollados para trabajar en forma adecuada a la creciente demanda interior causada por el rápido crecimiento de los lóbulos frontales."

Estas perturbaciones funcionales que, de acuerdo con las observaciones de M. Ribble, llegarían a poner en peligro la vida, pueden ser interpretadas como expresión del instinto de muerte que, según Freud, se dirige primitivamente contra el propio organismo (*Más allá del principio de placer*). Afirmé que este peligro, que despierta el temor al aniquilamiento, a la muerte, constituye la causa primaria de ansiedad. El hecho de que los factores biológicos, fisiológicos y psicológicos están ligados desde el principio de la vida posnatal, es ilustrado por las observaciones de M. Ribble. Yendo más allá, sacaré la conclusión de que el constante y afectuoso cuidado del niño por la madre, al fortalecer la relación libidinal hacia ella, apoya el instinto de vida en su lucha contra el instinto de muerte (tratándose de lactantes "constitucionalmente sensibles o pobremente organizados", esto es esencial aun para mantenerlos vivos). En el presente trabajo y en "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (en este tomo) discuto más ampliamente este punto.

Otro tema sobre el que las conclusiones de la doctora Ribble coinciden con las

mias, se refiere a los cambios que ella sitúa hacia el tercer mes de vida. Estos cambios pueden considerarse como la contraparte fisiológica de los rasgos de la vida emocional que describí como aparición de la posición depresiva. Dice (pág. 643):

"En ese periodo, las actividades orgánicas respiratorias, digestivas y circulatorias empiezan a mostrar considerable estabilidad, indicando así que el sistema nervioso autónomo ha asumido sus funciones específicas. Sabemos por estudios anatómicos que el sistema circulatorio fetal se halla generalmente obliterado por ese entonces. Aproximadamente en esa época aparecen en el electroencefalograma los trazados de ondas cerebrales típicos de los adultos... indicando probablemente una mayor madurez de la actividad cerebral. Se observan estallidos de reacciones emocionales no siempre bien diferenciadas pero que expresan obviamente una dirección positiva o negativa y que involucran la totalidad del sistema. Los ojos focalizan correctamente y siguen a la madre, los oídos funcionan bien y pueden diferenciar los ruidos que ella hace. El sonido que ella produce o su visión, provocan respuestas emocionales positivas que antes eran obtenidas sólo por contacto, y que consisten en sonrisas oportunas y aun genuinas explosiones de alegría."

Creo que estos cambios están ligados a la disminución de los procesos de escisión y al progreso en la integración del yo y las relaciones de objeto; en particular están ligados a la capacidad del bebé para percibir e introyectar a la madre como persona total, todo lo cual he descrito como ocurriendo en el segundo trimestre del primer año, al aparecer la posición depresiva.

Nº 2 (pág. 83)

Cuando estas adaptaciones fundamentales de la relación entre el yo y el superyó no han sido cabalmente efectuadas durante el desarrollo temprano, una de las tareas esenciales del proceso psicoanalítico es la de capacitar al paciente para hacerlas retrospectivamente. Esto sólo es posible mediante el análisis de los estadios más primitivos del desarrollo (así como de los ulteriores) y el análisis de la transferencia, tanto negativa como positiva. En la fluctuante situación transferencial, las figuras externas e internas —buenas y malas— que dominan inicialmente el desarrollo del superyó y de las relaciones objetales, son transferidas al psicoanalista. Por lo tanto, éste a veces debe ocupar el lugar de imágenes terribles, y solamente en esta forma pueden ser vivenciadas, elaboradas y reducidas las ansiedades persecutorias infantiles. De hallarse el psicoanalista inclinado a reforzar la transferencia positiva, evita desempeñar para la mente del paciente el papel de figuras malas y es predominantemente introyectado como objeto bueno. En algunos casos, la creencia en objetos buenos puede ser reforzada; pero este beneficio está lejos de ser estable, puesto que el paciente no ha sido capacitado para vivenciar el odio, la ansiedad y la sospecha, que en los tempranos estadios de su vida se hallaban unidos a los aspectos terribles y peligrosos de los padres. Solamente mediante el análisis de la transferencia negativa, así como de la positiva, el psicoanalista desempeña alternativamente el papel de objetos buenos y malos, es alternativamente amado y odiado, admirado y temido. En esta forma el paciente puede elaborar, y por lo tanto modificar, las tempranas situaciones de ansiedad; decrece la disociación de figuras buenas y malas, y éstas se vuelven más sintetizadas, vale decir, la agresión es ahora atenuada por la libido. En otras palabras, la ansiedad persecutoria y la ansiedad depresiva quedan disminuidas, podríamos decir, de raíz.

Nº 3 (pág. 86)

Abraham (1924b) se refiere a la fijación de la libido en el nivel oral como a uno de los factores etiológicos fundamentales de la melancolía. Describe esa fijación en un caso particular en los siguientes términos: "En sus estados depresivos, se sentía sobrecoigido por la añoranza del pecho de la madre, añoranza que era indescriptiblemente poderosa y diferente de cualquier otra cosa. Si la libido se halla aún fijada en este punto en el adulto, entonces se ha llenado una de las condiciones de mayor importancia para la aparición de una depresión melancólica."

Abraham apoya sus conclusiones, que arrojan nueva luz sobre la relación entre la melancolía y el duelo normal, en extractos de dos historiales clínicos. Se trataba por aquel entonces de los dos primeros pacientes maniaco-depresivos que emprendían un análisis exhaustivo, aventura nueva en el desarrollo del psicoanálisis. Hasta ese momento no se había publicado casi material clínico en apoyo del descubrimiento de Freud respecto a la melancolía. Según dice Abraham: "Freud describe en términos generales los procesos psicosexuales que ocurren en la melancolía. Pudo hacerse una idea intuitiva de ellos a través del tratamiento ocasional de pacientes depresivos; pero no ha sido publicado hasta ahora casi ningún material en la literatura psicoanalítica en apoyo de esta teoría".

Pero aun a través de estos pocos casos, Abraham llegó a comprender que ya en la niñez (a la edad de 5 años) había habido un verdadero estado agudo de melancolía. Dice que se inclinaría a hablar de "paratimia primaria" consecutiva al complejo de Edipo en el varón y termina su descripción en la forma siguiente: "Este es el estado de espíritu que llamamos melancolía".

En su artículo "The Problem of Melancholia" (1928), Sándor Rado va más allá y considera que la raíz de la melancolía puede hallarse en la situación de hambre del niño de pecho. Dice: "El punto de fijación más profundo de la posición depresiva se halla en la situación de amenaza de pérdida del amor (Freud), y, de modo muy especial, en la situación de hambre del niño de pecho". Refiriéndose a la afirmación de Freud de que en la manía el yo se fusiona una vez más con el superyó formando una unidad, Rado infiere que este proceso es la repetición fiel de la experiencia de fusión con la madre que ocurre al beber de su pecho. No obstante, Rado no aplica esta conclusión a la vida emocional del lactante; se refiere únicamente a la etiología de la melancolía.

Nº 4 (pág. 89)

La descripción de los primeros seis meses de vida que he esbozado en estas dos secciones implica una modificación de algunos de los conceptos que presento en *El psicoanálisis de niños*. Describí allí la confluencia de las pulsiones agresivas de cualquier origen como "fase de sadismo máximo". Aún creo que las pulsiones agresivas están en su apogeo en el estadio en que predomina la ansiedad persecutoria; o, en otras palabras, que la ansiedad persecutoria es provocada por el instinto destructivo y constantemente alimentada por la proyección de las pulsiones destructivas en los objetos. Pues es inherente a la naturaleza de la ansiedad persecutoria el hecho de que ésta incrementa el odio y los ataques contra el objeto sentido como perseguidor, y esto a su vez refuerza el sentimiento de persecución.

Algún tiempo después de la publicación de *El psicoanálisis de niños* elaboré mi concepto de la posición depresiva. Tal como lo veo ahora, con el progreso de las relaciones de objeto entre los tres y seis meses de edad, disminuyen tanto las pulsiones destructivas como la ansiedad persecutoria y comienza la posición depresiva. Por lo tanto mi opinión no varió en lo que respecta a la estrecha relación entre la ansiedad persecutoria y la predominancia del sadismo, pero debo alterar lo relativo a las fechas. Anteriormente sugería que la fase de máximo sadismo se halla en su apogeo hacia la mitad del primer año; diría ahora que se extiende a lo largo de los tres primeros meses de vida y corresponde a la posición esquizo-paranoide, descrita en la primera parte de este capítulo. Si supusiéramos que el bebé tiene determinado monto total de agresión, variable en cada niño, esta cantidad no sería a mi entender inferior, al principio de la vida posnatal, a lo que es en el estadio en que las pulsiones y fantasías canibalistas, uretrales y anales actúan con fuerza plena. Considerada en términos de cantidad únicamente (punto de vista que sin embargo no tiene en cuenta los distintos factores que determinan la acción de los instintos), podría decirse que tiene lugar un proceso de distribución, a medida que se abren nuevas fuentes de agresión y que es posible un mayor número de aptitudes, tanto físicas como mentales, que gradualmente entran en juego; y el hecho de que esas pulsiones y fantasías de distintos orígenes se superpongan, interactúen y se refuercen mutuamente, también puede considerarse como expre-

sión del progreso en la integración y la síntesis. Más aun, a la confluencia de pulsiones y fantasías agresivas corresponde la confluencia de fantasías orales, uretrales y anales de carácter libidinal. Esto significa que la lucha entre la libido y la agresión es llevada a un campo más amplio. Digo en *El psicoanálisis de niños*, pág. 164: "La emergencia de los estadios de organización que conocemos corresponde, diría, no sólo a las posiciones que la libido conquistó y estableció en su lucha contra el instinto destructivo, sino (ya que estos dos componentes están para siempre jamás tanto unidos como opuestos) a un creciente ajuste entre ellos".

La capacidad del bebé para entrar en la posición depresiva e instalar al objeto total dentro de sí, implica que no está ya tan fuertemente dominado por las pulsiones destructivas y la ansiedad persecutoria como lo estaba en un estadio más primitivo. La creciente integración introduce cambios en la naturaleza de su ansiedad pues, al irse sintetizando el amor y el odio en relación con el objeto, surge un gran dolor mental, sentimientos depresivos y culpa. El odio hasta cierto punto es mitigado por el amor, mientras que los sentimientos de amor son en cierta medida afectados por el odio; el resultado es un cambio en la cualidad de las emociones del bebé hacia sus objetos. Al mismo tiempo el progreso de la integración y las relaciones de objeto capacita al yo para desarrollar formas más efectivas de manejo de las pulsiones agresivas y de la ansiedad despertada por éstas. Sin embargo, no podemos perder de vista el hecho de que las pulsiones sádicas, sobre todo porque actúan en varias zonas, constituyen un factor de suma importancia en los conflictos del bebé que surgen en este estadio; pues la esencia de la posición depresiva es la ansiedad del bebé de que su objeto amado sea dañado o destruido por su sadismo.

Los procesos emocionales y mentales que se desarrollan durante el primer año de vida (y que se repiten a lo largo de los primeros cinco o seis años) pueden ser definidos en términos de éxito o fracaso de la lucha entre la agresión y la libido; y la elaboración de la posición depresiva implica que en esta lucha (renovada en cada crisis mental o física) el yo es capaz de desarrollar métodos adecuados de manejo y modificación de las ansiedades persecutoria y depresiva, y, en última instancia, de disminuir y mantener a raya la agresión dirigida hacia los objetos amados.

Elegí el término "posición" para designar las fases paranoide y depresiva porque estos agrupamientos de ansiedades y defensas, aunque surjan primeramente en los estadios primitivos, no se restringen a éstos, sino que aparecen y reaparecen durante los primeros años de la infancia y, bajo determinadas circunstancias, en la vida ulterior.

7. OBSERVANDO LA CONDUCTA DE BEBES

(1952)

Las conclusiones teóricas presentadas en el capítulo anterior fueron extraídas del trabajo psicoanalítico con niños pequeños.¹ Deberíamos esperar que esas conclusiones fueran corroboradas por observaciones de la conducta de bebés durante el primer año de vida. Pero esta corroboración tiene sus limitaciones, porque, como sabemos, los procesos inconscientes sólo en parte se revelan por la conducta, sea en bebés o en adultos. Teniendo en cuenta esta observación, podemos lograr en nuestro estudio de los bebés cierta confirmación de los descubrimientos psicoanalíticos.

Muchos detalles de la conducta de los bebés, que antes escaparon a la observación o permanecieron enigmáticos, se han hecho más comprensibles y significativos, gracias a nuestro mayor conocimiento de los tempranos procesos inconscientes; en otras palabras, se ha agudizado nuestra facultad de observación en este campo particular. Es indudable que la incapacidad de hablar de los bebés obstaculiza nuestro estudio de ellos, pero hay muchos detalles del desarrollo emocional temprano que podemos reunir por otros medios distintos del lenguaje. Pero si queremos comprender al bebé, necesitamos no sólo mayor conocimiento, sino también plena empatía con él, basada en el estrecho contacto entre nuestro inconsciente y el suyo.

Propongo ahora considerar algunos detalles de la conducta del bebé a la luz de las conclusiones teóricas expresadas en diversos capítulos de este libro. Como aquí apenas tomaré en cuenta las múltiples variaciones que existen dentro de la gama de las actitudes fundamentales, mi descripción está destinada a ser bastante simplificada. Ade-

¹ También el análisis de adultos, si se lo lleva a capas profundas de la mente, aporta material similar y proporciona pruebas convincentes sobre los estadios tanto tempranos como posteriores del desarrollo.

más, toda inferencia que pueda yo extraer sobre el desarrollo posterior debe quedar limitada por la siguiente consideración: desde el comienzo de la vida posnatal, y en cada estadio del desarrollo, los factores externos afectan la evolución. Incluso en adultos, como sabemos, las actitudes y el carácter pueden estar favorable o desfavorablemente influidos por el ambiente y circunstancias, y esto se aplica en mayor medida a los niños. Por consiguiente, al relacionar con el estudio de los bebés las conclusiones extraídas de mi experiencia psicoanalítica, sólo estoy sugiriendo posibles, o, podría decirse, probables, líneas de desarrollo.

El bebé recién nacido sufre de ansiedad persecutoria, provocada por el proceso de nacimiento y la pérdida de la situación intrauterina. Un parto prolongado o dificultoso está destinado a intensificar esta ansiedad. Otro aspecto de esta situación de ansiedad es la necesidad impuesta al bebé de adaptarse a condiciones totalmente nuevas.

Estos sentimientos se alivian en cierto grado por las diversas medidas tomadas para darle calor, ayuda y bienestar, y particularmente por la gratificación que siente al recibir el alimento y al succionar el pecho. Estas experiencias, culminando en la primera experiencia de succión, inician, como podemos suponer, la relación con la madre "buena". Parece que en alguna medida estas gratificaciones tienden a compensar por la pérdida del estado intrauterino. Desde la primera experiencia de lactancia en adelante, perder y recuperar el objeto amado (el pecho bueno) se convierte en una parte esencial de la vida emocional infantil.

Las relaciones del bebé con su primer objeto, la madre, y con la comida, están desde el principio mutuamente ligadas. Por consiguiente, el estudio de las pautas fundamentales de actitud hacia la comida parece el mejor acceso a la comprensión de los bebés.²

La actitud inicial hacia la comida varía desde una aparente ausencia de voracidad hasta una gran avidez. Por ello, recapitularé brevemente en este punto algunas de mis conclusiones sobre la voracidad: sugerí en el capítulo anterior que la voracidad surge cuando, en la interacción entre los impulsos libidinales y agresivos, estos últimos se refuerzan; la voracidad puede aumentar desde el principio por la ansiedad persecutoria. Por otra parte, como he señalado, las primeras inhibiciones en la alimentación pueden atribuirse también a la ansiedad persecutoria; esto significa que en algunos casos la ansiedad persecutoria aumenta la voracidad, y en otros casos la inhibe. Como la voracidad es inherente a los primeros deseos dirigidos al pecho, influye vitalmente en la relación con la madre y en las relaciones objetales en general.

² Sobre la importancia fundamental de los rasgos orales para la formación del carácter, véase Abraham: "La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido" (1925).

En la actitud hacia la succión se advierten considerables diferencias en los bebés, incluso durante los primeros días de vida,³ y se hacen más pronunciadas con el transcurso del tiempo. Por supuesto que tenemos que considerar plenamente cada detalle de la forma en que la madre alimenta y trata al bebé. Se observa que una actitud inicialmente promisorio hacia la comida puede ser desbaratada por condiciones adversas de la lactancia; mientras que a veces dificultades en la lactancia pueden ser mitigadas por el amor y la paciencia de la madre.⁴ Algunos niños que, aunque buenos lactantes, no son marcadamente voraces, muestran indudables signos de amor y de progresivo interés por la madre en una etapa muy temprana, actitud que contiene algunos de los elementos esenciales de una relación objetal. He visto bebés que a las tres semanas interrumpían la mamada brevemente para jugar con el pecho de la madre o mirar su rostro. He observado también bebés muy pequeños, incluso en el segundo mes, descansar despiertos después de mamar, en la falda de la madre, mirarla, escuchar su voz y responderle con su expresión facial; era como una conversación amorosa entre la madre y el bebé. Esta conducta implica que la gratificación está tan relacionada con el objeto que da la comida como con la comida misma. Signos marcados de relación objetal en época temprana, con placer por la comida, son según creo buenos augurios para las futuras relaciones con los demás y para el desarrollo emocional en general. Podríamos concluir que en estos niños la ansiedad no es excesiva, en comparación con la fortaleza del yo, esto es, que el yo está en alguna medida capacitado para soportar la frustración y la ansiedad, y para manejarlas. Al mismo tiempo, estamos obligados a suponer que la capacidad de amor innata que se muestra en una relación objetal temprana sólo puede desarrollarse libremente porque la ansiedad no es excesiva.

Es interesante considerar desde este punto de vista la conducta de algunos bebés en sus primeros días de vida, tal como fue descrita por Middlemore con la denominación de "lactantes soñolientos satis-

³ Michael Balint (en "Individual Differences in Early Infancy", págs. 57-59, 81-117) llegó a la conclusión, a partir de la observación de 100 bebés con edades comprendidas entre los cinco días y los ocho meses, de que el ritmo de succión varía de un bebé a otro. Cada bebé tiene su ritmo o ritmos individuales.

⁴ Debemos tener en cuenta, sin embargo, que por más importantes que sean estas primeras influencias, el impacto del ambiente es de la mayor importancia en *cada etapa* del desarrollo del niño. Incluso efectos positivos de la primera crianza pueden ser hasta cierto punto anulados por experiencias nocivas posteriores, así como dificultades del principio pueden ser disminuidas por posteriores influencias benéficas. Al mismo tiempo debemos recordar que algunos niños parecen tolerar condiciones externas insatisfactorias sin que su carácter y estabilidad mental sean gravemente perjudicados, mientras que otros, a pesar de un ambiente favorable, tienen dificultades graves y persistentes.

fechos".⁵ Ella explica en los siguientes términos la conducta de estos bebés: "Como su reflejo de succión no fue inmediatamente provocado, eran libres de acercarse al pecho en diversas formas". Estos bebés se alimentaban bien al cuarto día y eran muy suaves en su acercamiento al pecho... "parecía que les gustaba chupar y agarrar con la boca el pezón, tanto como les gustaba mamar. Un resultado interesante de la precoz distribución del sentimiento placentero era el hábito de jugar. Un niño soñoliento empezaba cada mamada prefiriendo jugar con el pezón antes que mamar. Durante la tercera semana, la madre se las ingenió para aplazar el juego acostumbrado hasta el final de la mamada, y esto continuó durante diez meses de lactancia, para deleite de madre e hijo" (*loc. cit.*). Como los "lactantes soñolientos satisfechos" se convirtieron en buenos lactantes y continuaron jugando durante la mamada, yo supondría que en ellos la relación con el primer objeto (el pecho) fue desde el principio tan importante como la gratificación extraída de la succión y de la comida. Uno podría ir aun más lejos. Puede deberse a factores somáticos el hecho de que en algunos bebés el reflejo de succión no sea inmediatamente estimulado, pero hay buenas razones para creer que también están involucrados procesos mentales. Yo sugeriría que el acercamiento suave al pecho, precediendo al placer de la succión, puede también en cierta medida ser consecuencia de la ansiedad.

Me he referido en el capítulo anterior a mi hipótesis de que las dificultades en la lactancia que aparecen al principio de la vida pueden estar vinculadas a la ansiedad persecutoria. Los impulsos agresivos del bebé hacia el pecho tienden a convertirlo en su mente en el objeto devorador o semejante a un vampiro, y esta ansiedad podría inhibir la voracidad y en consecuencia el deseo de succionar. Entonces, yo sugeriría que el "lactante soñoliento satisfecho" puede manejar esta ansiedad refrenando el deseo de succionar hasta que haya establecido una relación libidinal segura con el pecho, chupándolo y tomándolo con la boca. Esto implicaría que desde el comienzo de la vida posnatal algunos bebés tratan de contrarrestar la ansiedad persecutoria por el pecho "malo" estableciendo una relación "buena" con el pecho. Los bebés que en un estadio tan temprano son ya capaces de volverse en forma llamativa hacia el objeto parecen tener, como he sugerido más arriba, una fuerte capacidad de amar.

Consideremos desde este punto de vista otro grupo que describe Middlemore. Ella observó que cuatro de siete "lactantes satisfechos activos" mordían el pezón, y que estos bebés "no mordían el pezón para tratar de asirlo mejor; los dos bebés que mordían con más frecuencia tenían fácil acceso al pecho". Además, "los bebés activos que muerden el pezón a menudo disfrutaban algo al morder; su morder era deliberado y muy distinto del mascar y roer de los bebés insatis-

⁵ *The Nursing Couple*, págs. 49-50.

fechos...".⁶ Esta temprana expresión de placer al morder podrían llevarnos a concluir que en estos niños los impulsos destructivos no estaban refrenados y por consiguiente no quedaban impedidas la voracidad y el deseo libidinal de succionar. Sin embargo, incluso estos bebés no eran tan desenfrenados como podría parecer, porque tres de siete "rechazaron algunas de sus primeras mamadas con luchas y chillidos. A veces gritaban ante el más suave manipuleo y contacto con el pezón, en tanto que al mismo tiempo aparecía la evacuación; pero a veces a la mamada siguiente estaban succionando con dedicación".⁷ Esto, creo, indica que la voracidad puede ser reforzada por la ansiedad, en contraste con los "lactantes soñolientos satisfechos", en los que la ansiedad hace que se refrene la voracidad.

Middlemore mencionó que de los siete bebés "soñolientos satisfechos" que observó, seis eran manipulados muy suavemente por sus madres, mientras que algunos "lactantes insatisfechos" provocaban la ansiedad de la madre y ella se impacientaba. Tal actitud aumenta necesariamente la ansiedad del niño y se establece entonces un círculo vicioso.

En lo que respecta a los "lactantes soñolientos satisfechos", si, como he sugerido, la relación con el primer objeto es utilizada como método fundamental para contrarrestar la ansiedad, cualquier perturbación en la relación con la madre está destinada a provocar ansiedad y puede llevar a graves dificultades en la incorporación del alimento. La actitud de la madre parece importar menos en el caso de los "lactantes satisfechos activos", pero esto puede ser engañoso. Tal como yo lo veo, en estos bebés el peligro no yace tanto en la perturbación de la alimentación (aunque incluso en niños muy voraces aparecen inhibiciones en la alimentación) como en el menoscabo de la relación objetal.

La conclusión es que es de la mayor importancia el trato paciente y comprensivo de la madre desde los primeros días en adelante. Esto se ve con mayor claridad gracias al incremento de nuestros conocimientos sobre la vida emocional temprana. Como he señalado: "El hecho de que una buena relación con la madre y con el mundo exterior ayuda al bebé a superar sus primeras ansiedades paranoides, arroja nueva luz sobre la importancia de las primeras experiencias. Desde sus comienzos, el análisis ha acentuado siempre la importancia de las primeras experiencias del niño, pero me parece que sólo desde que sabemos más sobre la naturaleza y contenido de sus primeras ansiedades y el interjuego constante entre sus experiencias reales

⁶ Middlemore sugiere que los impulsos de morder intervienen en la conducta agresiva del bebé hacia el pezón mucho antes de que tenga dientes, e incluso aunque raramente sujete el pezón con sus encías. En relación con esto (*loc. cit.*, pág. 58-9) remite a Waller (sección "Breast Feeding" en *The Practitioner's Encyclopaedia of Midwifery and the Diseases of Women*), quien "habla de bebés excitados que muerden con enojo el pecho, y que lo atacan con doloroso vigor."

⁷ *Loc. cit.*, págs. 47-8.

y su vida de fantasía, podemos comprender plenamente *por qué* el factor externo es tan importante".⁸

A cada paso pueden reducirse o aumentarse las ansiedades persecutoria y depresiva, por la actitud de la madre; y el grado en que en el inconsciente del niño prevalecerán figuras protectoras o persecutorias, está fuertemente influido por sus experiencias reales, principalmente con su madre, aunque pronto también con el padre y con otros miembros de la familia.

III

El estrecho vínculo entre el bebé y la madre se centra en la relación con el pecho. Aunque desde los primeros días en adelante el bebé reacciona también a otros aspectos de la madre —su voz, su rostro, sus manos—, las experiencias fundamentales de felicidad y amor, de frustración y odio, están inextricablemente ligadas al pecho de la madre. Este vínculo temprano con ella, que se fortifica a medida que el pecho se instala firmemente en el mundo interno, influye básicamente en todas las otras relaciones, en primer lugar con el padre; subyace a la capacidad de formar cualquier apego profundo y fuerte hacia una persona.

En los bebés alimentados con mamadera, la mamadera puede tomar el lugar del pecho si es administrada en una situación que se aproxima a la alimentación por el pecho, esto es, si hay un contacto físico estrecho con la madre y el bebé es tratado y alimentado en forma cariñosa. En esas condiciones el bebé puede ser capaz de establecer dentro de sí un objeto que siente como la fuente primordial de lo bueno. En este sentido incorpora a sí el pecho bueno, proceso que subyace a una relación segura con la madre. Parecería, sin embargo, que la introyección del pecho bueno (y la madre buena) difiere en alguna forma entre los niños alimentados al pecho y los que no lo son. Está más allá del marco del presente capítulo elaborar estas diferencias y su efecto en la vida mental. (Véase la nota N° 1, pág. 125.)

En mi descripción de relaciones objetales muy tempranas me he referido a niños que son buenos lactantes pero que no muestran excesiva voracidad. Algunos bebés muy voraces dan también signos tempranos de un progresivo interés por las personas en el que, sin embargo, puede detectarse una similitud con su actitud voraz hacia la comida. Por ejemplo, la necesidad imperiosa de la presencia de personas a menudo parece relacionarse menos con la persona que con la atención deseada. Estos niños apenas pueden soportar que se los deje solos y parecen necesitar constantemente gratificación por medio de comida o atención. Esto indicaría que la ansiedad refuerza

⁸ "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (*Obras Completas de M.K.*, tomo 1).

la voracidad y que hay una falla tanto para establecer firmemente el objeto bueno en el mundo interno como para construir la confianza en la madre como objeto externo bueno. Esta falla puede anunciar futuras dificultades, por ejemplo, una voraz y ansiosa necesidad de compañía, que va a menudo asociada al temor de estar solo, y puede resultar en relaciones objetales inestables y transitorias que pueden describirse como “promiscuas”.

IV

Veamos ahora los malos lactantes. Una incorporación muy lenta de la comida implica a menudo falta de goce, o sea, de gratificación libidinal; esto, si se enlaza a un interés temprano y llamativo por la madre y otras personas, sugiere que las relaciones objetales son usadas en parte para escapar a la ansiedad persecutoria relativa a la comida. Aunque estos niños puedan desarrollar buenas relaciones con la gente, la ansiedad excesiva que se manifiesta en esta actitud hacia la comida permanece como un peligro para la estabilidad emocional. Una de las diversas dificultades que pueden surgir posteriormente es la inhibición de la incorporación de alimento sublimado, esto es, una perturbación en el desarrollo intelectual.

Un marcado rechazo de la comida (en comparación con mamar lentamente) es evidentemente un índice de grave perturbación, aunque en ciertos niños esta dificultad disminuye cuando se introducen comidas nuevas, por ejemplo, mamadera en vez de pecho, o comida sólida en vez de líquida.

La falta de placer en la comida o el completo rechazo de ella, si se combinan con una deficiencia en el desarrollo de relaciones objetales, indican que los mecanismos paranoides y esquizoides —que están en su punto culminante durante los primeros tres o cuatro meses de vida— son excesivos y el yo no los maneja adecuadamente. Esto a su vez sugiere que prevalecen los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria, que las defensas del yo son inadecuadas y la ansiedad no se atempera lo suficiente.

Otro tipo de relación objetal deficiente es típico de algunos niños supervoraces. En ellos la comida se convierte en la fuente casi exclusiva de gratificación, y se desarrolla poco interés por la gente. Yo concluiría que tampoco ellos elaboran exitosamente la posición esquizo-paranoide.

V

La actitud de los bebés hacia la frustración es muy significativa. Algunos bebés —incluso entre los que se alimentan bien— pueden rechazar la comida cuando demoran en dársela, o presentar otros

signos de perturbación en la relación con la madre. Los bebés que muestran tanto placer por la comida como amor por la madre toleran más fácilmente la frustración en la comida, la perturbación consiguiente en la relación con la madre es menos severa y sus efectos no duran tanto. Esto es índice de que la confianza y el amor por la madre están relativamente bien establecidos.

Estas actitudes fundamentales influyen también en la forma en que la alimentación con mamadera (complementando la del pecho o como sustituto de ésta) es aceptada incluso por bebés muy pequeños. Algunos bebés sienten una fuerte sensación de perjuicio cuando se introduce la mamadera; la sienten como pérdida del objeto bueno primario y como privación impuesta por la madre "mala". Estos sentimientos no se manifiestan necesariamente como rechazo de la nueva comida; pero la ansiedad persecutoria y la desconfianza provocadas por esta experiencia pueden perturbar la relación con la madre y aumentar en consecuencia las ansiedades fóbicas, tales como el temor a los extraños (en este estadio temprano la comida nueva es en cierto sentido un extraño), o pueden aparecer posteriormente dificultades en la comida, o perturbarse la aceptación de comida en forma sublimada, por ejemplo, conocimientos.

Otros bebés aceptan la comida nueva con menos resentimiento. Esto implica una mayor tolerancia real a la privación, que es distinta del aparente sometimiento a ella y que deriva de una relación relativamente segura con la madre, permitiendo al bebé volverse hacia una nueva comida (y objeto) al tiempo que conserva el amor por la madre.

El caso siguiente ilustra la forma en que un bebé llegó a aceptar la mamadera como complemento de la alimentación por el pecho. La bebita A era una buena lactante (pero no excesivamente voraz) y pronto dio los indicios de una relación objetal en desarrollo que he descrito más arriba. Estas buenas relaciones con la comida y con la madre se revelaban en la forma pausada con que tomaba la comida, unida al goce evidente de ella; en sus ocasionales interrupciones de la mamada, cuando sólo tenía pocas semanas, para mirar hacia el rostro o pecho de la madre; después, incluso al mirar amigablemente a la familia mientras mamaba. A la sexta semana, tuvo que ser introducida una mamadera después de la mamada de la tarde, porque la leche del pecho era insuficiente. A tomó la mamadera sin dificultad. Pero, a la décima semana mostró dos días signos de disgusto mientras tomaba la mamadera, aunque la tomó toda. A la tercera tarde la rechazó por completo. Parecía que no había perturbación física ni mental en ese momento, el sueño y el apetito eran normales. La madre, no queriendo forzarla, la puso en la cuna después de la mamada al pecho, pensando que podría dormirse. La niña lloró de hambre, entonces la madre, sin alzarla, le dio la mamadera, que ahora vació ávidamente. Lo mismo pasó en las tardes siguientes: cuando estaba en la falda de la madre, la bebita rechazaba la mamadera, pe-

ro la tomaba de inmediato cuando se la ponía en la cuna. Después de unos días aceptó la mamadera cuando todavía estaba en brazos de la madre y la succionó esta vez muy bien dispuesta; no hubo más dificultades cuando se introdujeron otras mamaderas.

Yo supongo que la ansiedad depresiva se había incrementado y había llevado, en este punto, al rechazo por el bebé de la mamadera dada inmediatamente después del pecho. Esto sugeriría la aparición relativamente temprana de la ansiedad depresiva⁹ que, sin embargo, está de acuerdo con el hecho de que en esta bebita la relación con la madre se desarrolló muy temprano y en forma llamativa; los cambios en esta relación habían sido bastante notorios durante las pocas semanas anteriores al rechazo de la mamadera. Yo concluiría que a causa del incremento de ansiedad depresiva, la cercanía del pecho de la madre y su olor aumentaban tanto el deseo de la bebita de ser alimentada por él como la frustración porque el pecho estaba vacío. Cuando yacía en su cuna, A aceptaba la mamadera porque, como yo sugeriría, en esta situación la nueva comida se mantenía aparte del anhelado pecho, que, en ese momento, se había convertido en el pecho frustrante y dañado. De esta forma puede haber encontrado más fácil mantener con la madre una relación no perturbada por el odio que provocó la frustración, es decir, mantener intacta a la madre buena (el pecho bueno).

Todavía tenemos que explicar por qué luego de unos días la bebita aceptó la mamadera en la falda de la madre y después no tuvo más dificultades con las mamaderas. Creo que durante estos días había logrado manejar lo bastante su ansiedad como para aceptar con menos resentimiento el objeto sustitutivo junto con el primario; esto implicaría un progreso temprano hacia la distinción entre la comida y la madre, distinción que por lo general resulta de importancia fundamental para el desarrollo.

Citaré ahora un caso en que la perturbación en la relación con la madre surgió sin estar inmediatamente conectada con la frustración por la comida. Una madre me dijo que cuando su bebita B tenía cinco meses se la había dejado llorar más de lo habitual. Cuando por fin la madre se acercó para alzarla, la encontró en estado "histérico", la niñita aparecía aterrorizada, estaba evidentemente asustada de la madre y no parecía reconocerla. Sólo después de cierto tiempo restableció completamente el contacto con la madre. Es significativo que esto ocurriera durante el día, cuando la niñita estaba despierta, y no mucho después de la comida. Esta nena generalmente dormía bien, pero de vez en cuando se despertaba llorando sin motivo aparente. Hay buenas razones para suponer que la misma ansiedad que subyacía al llanto diurno era también la causa de la perturbación del

⁹ A mi entender, como se dijo en el capítulo anterior, la ansiedad depresiva opera ya en cierta medida durante los tres primeros meses de la vida, y se pone en primer plano en el segundo cuarto del primer año.

sueño. Yo sugeriría que como la madre no vino cuando se la anhelaba, se convirtió en la mente de la niña en la madre mala (persecutoria) y que por esta razón no parecía reconocerla y le tenía miedo.

El caso siguiente es también significativo. A una bebita, C, de doce semanas, se la dejó dormida en el jardín. Se despertó y lloró reclamando a la madre, pero su llanto no fue oído porque soplabla un fuerte viento. Cuando la madre fue por fin a alzarla era evidente que la bebita había estado llorando durante largo rato, su rostro estaba bañado en lágrimas, y su lloriqueo habitual se había convertido en chillidos incontrolados. Fue llevada adentro, todavía llorando, y los intentos de la madre para calmarla resultaron infructuosos. Por fin, aunque faltaba aproximadamente una hora para su próxima mamada, la madre recurrió a ofrecerle el pecho, remedio que nunca había fallado en ocasiones anteriores, cuando la niña estaba molesta (aunque nunca había llorado antes en forma tan persistente y violenta). La bebita se prendió al pecho y comenzó a chupar vigorosamente, pero después de unas pocas chupadas rechazó el pecho y reanudó el llanto. Esto siguió hasta que se puso los dedos en la boca y empezó a chuparlos. A menudo se chupaba los dedos, y en muchas ocasiones se los ponía en la boca cuando se le ofrecía el pecho. Por regla general, la madre sólo tenía que sacarle suavemente los dedos y sustituirlos por el pezón, y la niña empezaba a mamar. Pero esta vez rechazó el pecho y gritó otra vez fuertemente. Pasaron unos momentos antes de que volviera a chuparse los dedos. La madre la dejó chupárselos durante algunos minutos, acunándola y calmándola al mismo tiempo, hasta que la niña estuvo lo bastante tranquila como para tomar el pecho, y succionó hasta que se durmió. Parecería que para esta niña, por las mismas razones que en el caso anterior, la madre (y su pecho), se había convertido en mala y persecutoria, y por eso no podía aceptar el pecho. Luego del intento de mamar, encontró que no podía restablecer la relación con el pecho bueno. Recurrió a chuparse los dedos, es decir, a un placer autoerótico (Freud). Sin embargo, yo agregaría que en este caso el retiro narcisista fue provocado por la perturbación en la relación con la madre, y que la niña se negó a abandonar la succión de los dedos porque los dedos eran más dignos de confianza que el pecho. Al chuparlos restablecía la relación con el pecho interno y recobraba así bastante seguridad como para renovar la buena relación con el pecho y la madre externos.¹⁰ Estos dos casos también agregan algo, según creo, a nuestra comprensión de las fobias tempranas, por ejemplo, el miedo provocado por la ausencia de la madre (Freud).¹¹ Yo sugeriría que las fobias que surgen durante los primeros meses de vida son provocadas

¹⁰ Véase Heimann (1952a), parte 2ª, sección (b), "Autoerotismo, narcisismo y las primeras relaciones objetales".

¹¹ *Inhibición, síntoma y angustia*, OC, 20.

por la ansiedad persecutoria que perturba la relación con la madre internalizada y con la madre externa.¹²

La división entre madre buena y mala y la intensa ansiedad fóbica relacionada con la madre mala quedan ilustradas en el caso siguiente.

Un varoncito, *D*, de diez meses, miraba a la calle con gran interés mientras su abuela lo sostenía ante la ventana. Cuando miró a su alrededor, vio de repente muy cerca de él el rostro desconocido de una visita, una mujer mayor, que recién había llegado y estaba parada al lado de la abuela. Tuvo un ataque de ansiedad que sólo cedió cuando la abuela lo sacó de la habitación. Mi conclusión es que en ese momento el bebé sintió que la abuela "buena" había desaparecido y que la extraña representaba a la abuela "mala" (división basada en la escisión de la madre en un objeto bueno y uno malo). Más tarde volveré a este caso. Esta explicación de las ansiedades tempranas arroja también nueva luz sobre la fobia a los extraños (Freud). A mi entender, el aspecto persecutorio de la madre (o el padre), que deriva en gran parte de los impulsos destructivos hacia ellos, se transfiere a los extraños.

VI

Las perturbaciones del tipo que he descrito en la relación del bebé con la madre pueden observarse ya durante los tres o cuatro primeros meses de vida. Si estas perturbaciones son muy frecuentes y duran mucho pueden tomarse como indicación de que la posición esquizo-paranoide no es eficazmente manejada.

Una falta persistente de interés por la madre incluso en este estadio temprano, a la que poco después se agrega indiferencia hacia la gente en general y hacia los juguetes, sugiere una perturbación más grave del mismo orden. Esta actitud puede observarse también en bebés que no son malos lactantes. Para el observador superficial estos niños, que no lloran mucho, pueden parecer satisfechos y "buenos". Del análisis de adultos y niños, cuyas graves dificultades pueden rastrearse hasta cuando eran bebés, deduje que muchos de esos bebés están en realidad mentalmente enfermos y aislados del mundo externo debido a intensa ansiedad persecutoria y uso excesivo de mecanismos esquizoides. En consecuencia la ansiedad depresiva no puede ser exitosamente superada; se inhibe la capacidad de amor y de relaciones objetales, tanto como la vida de fantasía; se perturba el proceso de formación simbólica, provocando la inhibición del interés y de las sublimaciones.

Esta actitud, que podría describirse como apática, es diferente de

¹² Véase "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" y "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (en este tomo).

la conducta de un bebé realmente contento, que a veces reclama atención, llora cuando se siente frustrado, da diversos signos de interés por la gente y de sentir placer en su compañía, y que sin embargo otras veces está bastante feliz solo. Esto indica una sensación de seguridad en sus objetos internos y externos; puede soportar la ausencia temprana de la madre sin ansiedad porque la madre buena está relativamente segura en su mente.

VII

En otros capítulos he descrito la posición depresiva desde varios ángulos. Consideremos aquí el efecto de la ansiedad depresiva ante todo en conexión con las fobias: hasta ahora las he relacionado sólo con la ansiedad persecutoria y he ilustrado este punto de vista con algunos casos. Así he supuesto que la bebita, *B*, de cinco meses, estaba asustada de su madre, la que en su mente había cambiado de madre buena a mala, y que esta ansiedad persecutoria también perturbaba su sueño. Quisiera ahora sugerir que la perturbación en la relación con la madre también era causada por la ansiedad depresiva. Cuando la madre no volvía apareció en primer plano la ansiedad por si la madre buena estaba perdida porque la voracidad y los impulsos agresivos la habían destruido; esta ansiedad depresiva estaba ligada al temor persecutorio de que la madre buena se hubiera convertido en mala.

En el caso siguiente la ansiedad depresiva fue provocada también porque la bebita extrañaba a la madre. Desde los seis o siete meses *C* estaba acostumbrada a jugar en la falda de su madre durante la hora que precedía a su mamadera de la tarde. Un día, cuando la bebita tenía cinco meses y una semana, la madre tuvo visitas y estaba demasiado ocupada como para jugar con la bebita quien, sin embargo, recibió mucha atención por parte de la familia y de los visitantes. La madre le dio la mamadera de la tarde, la acostó como habitualmente y la bebita pronto se durmió. Dos horas después se despertó y lloró persistentemente; rechazó la leche (que en este estadio ya se le daba ocasionalmente con cuchara, como complemento, y que ella generalmente aceptaba) y siguió llorando. La madre renunció al intento de alimentarla y la bebita se instaló contenta en su falda durante una hora, jugando con los dedos de la madre, se le dio luego su mamadera de la noche a la hora habitual y se durmió rápidamente. Esta perturbación era muy desusada; pudo haberse despertado en otras ocasiones después de la mamadera de la tarde, pero sólo una vez cuando había estado enferma (alrededor de dos meses antes) se había despertado y llorado. Excepto por la omisión del juego con la madre no había habido ninguna alteración de la rutina normal que pudiera explicar que la nenita se despertara y llorara. No había signos de hambre

o de malestar físico; había estado contenta durante todo el día y durmió bien en la noche siguiente al incidente.

Yo quisiera sugerir que el haberse perdido el rato de juego con la madre, la había hecho llorar. C tenía una relación personal muy intensa con la madre y siempre había disfrutado plenamente esa hora en especial. Mientras que en otros períodos de vigilia estaba muy contenta cuando se la dejaba sola, en ese momento del día se ponía inquieta y evidentemente esperaba que su madre jugara con ella hasta la mamadera de la tarde. Si por perderse esta gratificación tuvo esa perturbación del sueño, nos vemos conducidos a otras conclusiones. Debíamos suponer que la bebita tenía el recuerdo de la experiencia de este placer particular en este momento particular del día; que el momento de juego era para ella no sólo una fuerte satisfacción de deseos libidinales sino también una prueba de la relación amorosa con la madre —en última instancia de la posesión segura de la madre buena— y que esto le daba una sensación de seguridad, antes de dormirse, ligada al recuerdo del momento de juego. Su sueño fue perturbado no sólo porque extrañaba esta gratificación libidinal, sino también porque esta frustración le provocaba ambas formas de ansiedad: la ansiedad depresiva de haber perdido a su madre buena por sus impulsos agresivos, con los consiguientes sentimientos de culpa;¹³ también la ansiedad persecutoria de que la madre se hubiera vuelto mala y persecutoria. Mi conclusión general es que, desde los tres o cuatro meses en adelante, ambas formas de ansiedad subyacen a las fobias.

La posición depresiva está ligada a algunos de los cambios importantes que pueden observarse en los bebés hacia la mitad del primer año (aunque comienzan algo más temprano y se desarrollan gradualmente). En este estadio las ansiedades persecutorias y depresivas se expresan en formas diversas, por ejemplo mayor irritabilidad, mayor necesidad de atención, o temporario alejamiento de la madre, súbitas rabiets, y mayor temor a los extraños; también los niños que normalmente duermen bien a veces sollozan en sueños, o de repente despiertan llorando con signos claros de miedo o tristeza. En este estadio cambia considerablemente la expresión facial; la mayor capacidad de percepción, el mayor interés por la gente y las cosas y la respuesta rápida a los contactos con las personas, se reflejan en el aspecto del niño. Por otra parte, hay signos de tristeza y sufrimiento que, aunque transitorios, contribuyen a que el rostro exprese más las emociones, que son a la vez de naturaleza más profunda y de mayor variedad.

¹³ En niños un poco mayores puede observarse fácilmente que si no se les proporcionan los signos especiales de afecto que ellos esperan a la hora de dormir, su sueño probablemente se perturbará, y que esta intensificación de la necesidad de amor en el momento de separarse está unida a sentimientos de culpa y al deseo de ser perdonados y de reconciliarse con la madre.

VIII

La posición depresiva se hace culminante en la época del destete. Si bien, como se describió en párrafos anteriores, el progreso en la integración y los correspondientes procesos sintéticos en relación con el objeto originan sentimientos depresivos, estos sentimientos se intensifican más aun con la experiencia del destete.¹⁴ En este estadio el bebé ya ha pasado por experiencias anteriores de pérdida, por ejemplo, cuando el pecho (o mamadera) intensamente deseado no reaparece inmediatamente y el bebé siente que nunca volverá. Sin embargo, la pérdida del pecho (o mamadera) que ocurre en el destete, es de otro orden. Se siente que esta pérdida del primer objeto amado confirma todas las ansiedades del bebé de naturaleza persecutoria y depresiva. (Véase la Nota N° 2, pág. 126.)

El caso siguiente servirá como ilustración. El bebé *E*, destetado a los nueve meses, no mostraba perturbaciones especiales en su actitud hacia la comida. Por ese entonces ya había aceptado otras comidas y progresado en ellas. Pero demostraba mayor necesidad de la presencia de la madre y, en general, de atención y compañía. Una semana después de la última mamada sollozó en sueños, se despertó con signos de ansiedad y aflicción y no se podía tranquilizarlo. La madre recurrió a dejarlo succionar el pecho una vez más. Succionó de ambos pechos más o menos el tiempo habitual, y aunque había evidentemente poca leche pareció completamente satisfecho, se durmió contento y los síntomas antes descritos disminuyeron mucho a partir de esta experiencia. Esto es para mostrar que la ansiedad depresiva relacionada con la pérdida del objeto bueno, el pecho, había sido aliviada por el hecho de que el pecho reapareciera.

En la época del destete algunos bebés muestran menos apetito, otros voracidad aumentada, en tanto que otros aun oscilan entre es-

¹⁴ S. Bernfeld, en *Psychology of the Infant* (1929), arribó a la importante conclusión de que el destete está ligado a sentimientos depresivos. Describe el variado comportamiento de los bebés en la época del destete, que va desde un anhelo y pena que apenas se notan hasta verdadera apatía y completo rechazo del alimento; y compara los estados de ansiedad e inquietud, irritabilidad y cierta apatía que pueden aparecer en el adulto con una situación similar en el bebé. Entre los métodos de superar la frustración del destete menciona el retiro de la libido del objeto que desilusiona, por medio de proyección y represión. Califica el uso del término "represión" como "tomado en préstamo del estado evolucionado del adulto". Sin embargo, concluye que "...sus propiedades esenciales existen en estos procesos" (en el bebé) (pág. 296). Bernfeld sugiere que el destete es la primera causa evidente de la que se ramifica el desarrollo mental patológico, y que las neurosis de nutrición de los bebés son factores contribuyentes para la predisposición a las neurosis. Una de sus conclusiones es que, ya que algunos de los procesos por los que el bebé supera su pena y sensación de pérdida en el destete actúan silenciosamente, una conclusión sobre "los efectos del destete debe ser extraída de un íntimo conocimiento de la reacción del niño a su mundo y sus actividades, que son la expresión de su vida de fantasía, o por lo menos constituyen el núcleo de ella". (Loc. cit., pág. 259 [la bastardilla es mía].)

tas dos reacciones. Estos cambios aparecen en cada paso del destete. Hay bebés que disfrutan mucho más de la mamadera que del pecho, incluso aunque algunos de ellos hayan tenido una lactancia satisfactoria; en otros mejora mucho el apetito cuando se introduce la comida sólida, y hay también bebés que en este punto desarrollan dificultades de alimentación que persisten en una u otra forma a través de los primeros años de la infancia.¹⁵ Muchos bebés encuentran aceptables sólo ciertos gustos, ciertas consistencias de comidas sólidas y repudian otros. Cuando analizamos niños, aprendemos mucho sobre las causas de tales "manías" y llegamos a reconocer como su fuente más profunda las primeras ansiedades en relación con la madre. Ilustraré esta conclusión con un ejemplo de la conducta de la bebita F, de cinco meses, que había sido alimentada a pecho pero que también había tenido mamadera desde el principio. Rechazaba con violencia la comida sólida, como verduras, cuando se las daba la mamá, y las aceptaba muy tranquila cuando su padre le daba de comer. Luego de dos semanas aceptaba las nuevas comidas de la madre. Según un informe confiable, la niña, que ahora tiene seis años, tiene buena relación con ambos padres y con su hermano, pero muestra consecuentemente poco apetito.

Esto nos recuerda a la bebita A y la forma en que aceptaba las mamaderas complementarias. También con la bebita F pasó algún tiempo antes de que pudiera adaptarse lo suficiente a la nueva comida como para tomarla cuando se la daba la madre.

A lo largo de este capítulo he intentado mostrar que la actitud hacia la comida está ligada fundamentalmente a la relación con la madre e implica la vida emocional entera del bebé. La experiencia del destete hace surgir las emociones y ansiedades más profundas del bebé, y el yo más integrado desarrolla fuertes defensas contra ellas; tanto las ansiedades como las defensas intervienen en la actitud del infante hacia la comida. Aquí debo limitarme a unas pocas generalizaciones sobre los cambios en las actitudes hacia la comida que aparecen en la época del destete. En la raíz de muchas dificultades con la comida nueva está el temor persecutorio de ser devorado y envenenado por el pecho malo de la madre, temor que proviene de las fantasías del bebé de devorar y envenenar el pecho.¹⁶ En un estadio algo

¹⁵ En *Social Development of Young Children*, especialmente en el capítulo 3, sección II.A.i., Susan Isaacs dio ejemplos de dificultades en la comida y los examinó en relación con ansiedades que surgen del sadismo oral. Hay también observaciones interesantes en *Disorders of Childhood* de D.W. Winnicott, especialmente págs. 16 y 17.

¹⁶ Sugerí antes que las fantasías del bebé de atacar el cuerpo de la madre con excrementos venenosos (explosivos y quemantes) son una causa fundamental de su temor a ser envenenado por ella, y yacen en la base de la paranoia; análogamente, que los impulsos a devorar a la madre (y su pecho), la convierten en la mente del bebé en un objeto devorador y peligroso ("Estadios tempranos del conflicto edípico", "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo"; también en *El psicoanálisis de niños*, especialmente capítulo 8).

También Freud se refiere a los terrores de la niña de ser envenenada o asesinada

posterior, a la ansiedad persecutoria se agrega (en grados variables) la ansiedad depresiva de que la voracidad y los impulsos agresivos destruyan el objeto amado. Durante y después del proceso de ser destetado esta ansiedad puede tener el efecto de aumentar o inhibir el deseo de comida nueva.¹⁷ Como hemos visto antes, la ansiedad puede tener diversos efectos sobre la voracidad: puede reforzarla o puede conducir a fuertes inhibiciones de la voracidad y del placer de tomar alimentos.

Un aumento del apetito en la época del destete sugeriría en algunos casos que durante la lactancia el aspecto malo (persecutorio) del pecho había predominado sobre el bueno; además, la ansiedad depresiva por el peligro que teme que corra el pecho amado contribuiría a la inhibición del deseo de comida (es decir, que tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva actúan en proporciones variables). Por consiguiente la mamadera, que en cierta medida proviene para la mente del bebé del primer objeto, el pecho —a la vez que lo simboliza— puede ser tomada con menos ansiedad y más placer que el pecho de la madre. Sin embargo, algunos bebés no logran la sustitución simbólica del pecho por la mamadera, y si llegan a gozar de sus comidas es cuando se les da comida sólida.

Una disminución del apetito con la primera interrupción del pecho o mamadera es un suceso frecuente e indica claramente ansiedad depresiva relacionada con la pérdida del primer objeto amado. Pero yo creo que la ansiedad persecutoria contribuye siempre al disgusto ante la nueva comida. El aspecto malo (devorador y venenoso) del pecho, que durante la lactancia estaba contrarrestado por la relación con el pecho bueno, se refuerza por la privación del destete, y se transfiere a la comida nueva.

Como he indicado más arriba, durante el proceso de destete tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas afectan intensamente la relación con la madre y con la comida. Sin embargo, es la intrin-

por su madre, un temor del que dice que "puede formar posteriormente el núcleo de un trastorno paranoico" (*Nuevas conferencias e introducción al psicoanálisis*). Además, "es probable también que el miedo a ser envenenado esté conectado con el destete. Veneno es el alimento que lo enferma a uno". (*Loc. cit.*) En un artículo anterior, "Sobre la sexualidad femenina", Freud se refiere también al horror de la niña en el estadio preedípico a "ser muerta (¿devorada?) por la madre". Sugiere que "esta ansiedad corresponde a la hostilidad que la niña desarrolla luego hacia la madre, por las múltiples restricciones que ella le impone en el proceso de aprendizaje y cuidado físico", y que "la inmadurez de la organización psíquica de la niña favorece el mecanismo de proyección". Deduce también que "en esta dependencia de la madre tenemos el germen de la paranoia femenina posterior". En este contexto se refiere al caso, presentado en 1928 por Ruth Mack-Brunswick ("Die Analyse eines Eifersuchtwahnes") "en el que la fuente directa del trastorno fue la fijación preedípica de la paciente (a una hermana)".

¹⁷ Podemos hacer aquí una comparación con la actitud hacia la comida de los maniaco-depresivos. Como sabemos, algunos pacientes rechazan la comida; otros muestran temporariamente un aumento de voracidad; otros aun, oscilan entre estas dos reacciones.

cada interacción de una variedad de factores (internos y externos) lo que en este estadio determina el resultado; me refiero no sólo a las variaciones individuales en la actitud hacia los objetos y la comida, sino ante todo al éxito o fracaso en la elaboración y, en cierto grado, la superación de la posición depresiva. Mucho depende de en qué medida, en el estadio más temprano, el pecho ha sido firmemente establecido dentro, y por ende en qué medida puede mantenerse el amor a la madre a pesar de las privaciones —todo lo cual depende en parte de la relación entre madre e hijo—. Como he sugerido, hasta los bebés muy pequeños pueden aceptar una comida nueva (la mamadera) con relativamente poca molestia (caso A). Esta mejor adaptación interna a la frustración, que se desarrolla a partir de los primeros días de vida, está ligada a los progresos en la diferenciación entre madre y comida. Estas actitudes fundamentales determinan en gran parte, especialmente durante el proceso de destete, la capacidad del bebé para aceptar, en el completo sentido de la palabra, sustitutos del objeto primario. Nuevamente aquí la conducta y sentimientos de la madre para con el niño son de la mayor importancia; su atención afectuosa y el tiempo que le dedica lo ayudan en sus sentimientos depresivos. La buena relación con la madre puede en cierta medida contrarrestar la pérdida del primer objeto amado, el pecho, e influir así favorablemente en la elaboración de la posición depresiva.

La ansiedad por la pérdida del objeto bueno, culminante en la época del destete, es también provocada por otras experiencias, como incomodidad física, enfermedades, y especialmente por la dentición. Estas experiencias están destinadas a reforzar en el bebé las ansiedades persecutorias y depresivas. En otras palabras, el factor físico nunca puede explicar por sí solo la perturbación emocional que las enfermedades o la dentición provocan en este estadio.

IX

Entre los desarrollos importantes, encontramos hacia la mitad del primer año la ampliación de la gama de relaciones objetales, y especialmente la creciente importancia que el padre cobra para el niño. He mostrado en otras oportunidades que los sentimientos depresivos y el temor a perder a la madre, además de otros factores del desarrollo, impulsan al bebé a volverse hacia el padre. Los estadios tempranos del complejo de Edipo y la posición depresiva están estrechamente vinculados y se desarrollan simultáneamente. Mencionaré un solo caso, la bebita B, a quien ya me he referido.

Desde los cuatro meses en adelante, la relación con su hermano, varios años mayor que ella, jugó un papel prominente y notable en su vida; difería de su relación con la madre, como podía verse fácilmente, de varias maneras. Admiraba todo lo que su hermano hiciera o dijera, y le coqueteaba con persistencia. Usaba todos sus recursos

para conquistarlo, para lograr su atención, y manifestaba una actitud francamente femenina hacia él. En esa época el padre estaba ausente excepto por breves periodos, y recién a los diez meses lo vio más a menudo; desde entonces desarrolló una relación muy estrecha y afectuosa con él, que en algunos rasgos esenciales se asemejaba a su relación con el hermano. Al principio de su segundo año a menudo llamaba a su hermano "Papito"; para entonces su padre se había convertido en su preferido. Su deleite al verlo, su embeleso cuando oía sus pasos o su voz, la forma en que lo mencionaba una y otra vez cuando estaba ausente, y muchas otras expresiones de sus sentimientos hacia él sólo pueden ser descritas como enamoramiento. La madre reconocía claramente que en ese estadio la nenita en cierto modo quería más al padre que a ella. Aquí tenemos un ejemplo de la situación edípica temprana que, en este caso, fue experimentada primero con el hermano y transferida luego al padre.

X

La posición depresiva, como he postulado en varias oportunidades, es una parte importante del desarrollo emocional normal, pero la forma en que el niño maneja estas emociones y ansiedades, y las defensas que utiliza, son índice de que el desarrollo prosigue o no satisfactoriamente. (Véase la Nota N° 3, pág. 127.)

El temor de perder a la madre hace que sea doloroso separarse de ella, incluso por breves periodos, y diversas formas de juego son tanto expresión de esta ansiedad como medio de superarla. La observación de Freud del varoncito de dieciocho meses con su carretel, apuntaba en esta dirección.¹⁸ Tal como yo lo veo, por medio de este juego el niño estaba superando no sólo sus sentimientos de pérdida, sino también su ansiedad depresiva.¹⁹ Hay varias formas típicas de juegos similares al juego del carretel. Susan Isaacs (1952) mencionó algunos ejemplos, y yo agregaré ahora algunas observaciones de esta naturaleza. Los niños, a veces incluso antes de la segunda mitad del primer año, gozan en tirar cosas fuera de la cuna una y otra vez y esperan que retornen. Observé un desarrollo mayor de este juego en *G*, un bebé de diez meses, que hacía poco tiempo había empezado a gatear. Nunca se cansaba de arrojar un juguete lejos de sí y luego gatear hacia él y agarrarlo. Me dijeron que ese juego había comenzado alrededor de dos meses antes, cuando hizo sus primeros intentos de avanzar. El bebito *E*, entre los seis y siete meses, notó una vez mientras yacía en su cuna que cuando levantaba las piernas, un juguete, que

¹⁸ *Más allá del principio del placer*, OC, 18. Véase el capítulo III, en que se da una descripción de este juego.

¹⁹ En "The Observation of Infants in a Set Situation", D.W. Winnicott examinó en detalle el juego con el carretel.

había arrojado a un costado, rodaba hacia él, y convirtió esto en un juego.

Ya en el quinto o sexto mes muchos bebés reaccionan con placer cuando uno se esconde y aparece sorpresivamente (véase la Nota N° 4, pág. 128); y yo he visto a bebés incluso de siete meses jugar activamente a esto, tirar de la manta hasta ponerla por encima de la cabeza y sacarla después. La madre del bebé *E* hizo de este juego un hábito a la hora de acostarlo, permitiendo así que el niño se durmiera de buen humor. Parece que la *repetición* de estas experiencias es un factor importante para ayudar al niño a que supere sus sentimientos de pérdida y aflicción. Otro juego típico que encuentro de gran ayuda y confort para los niños pequeños es separarse del niño a la hora de dormir diciéndole “adiós, adiós”, saludándolo con la mano, y dejar lentamente la habitación, como desapareciendo gradualmente. El uso de “adiós, adiós” y la mano, y luego decir “vuelvo después” o “vuelvo pronto”, o palabras semejantes cuando la madre deja la habitación, resulta generalmente de gran ayuda y consuelo. Sé de algunos bebés entre cuyas primeras palabras estaban “vuelvo” o “después”.

Volvamos a la bebita *B*, para quien “adiós” fue una de sus primeras palabras. A menudo noté que cuando su madre estaba por dejar la habitación, una fugaz expresión de tristeza aparecía en los ojos de la niña, o parecía que estaba por llorar. Pero cuando la madre agitaba la mano y le decía “adiós” parecía consolada y seguía jugando. Cuando tenía entre diez y once meses la vi practicar el gesto de adiós y recibí la impresión de que esto se había vuelto una fuente no sólo de interés sino también de consuelo.

La creciente capacidad del bebé de percibir y comprender las cosas que lo rodean aumenta su confianza en su propia capacidad para enfrentarlas e incluso controlarlas, y también su confianza en el mundo externo. Sus repetidas experiencias con la realidad externa se convierten en los medios más importantes para superar su ansiedad persecutoria y depresiva. Esto es, a mi modo de ver, la prueba de realidad, y subyace al proceso de los adultos que Freud ha descrito como parte del trabajo de duelo.²⁰

Cuando un bebé es capaz de sentarse o pararse en su cuna, puede mirar a la gente, y en cierto sentido se acerca más a ella; esto sucede en mayor medida aun cuando puede gatear y caminar. Tales realizaciones implican no sólo mayor habilidad para acercarse a su objeto por propia voluntad, sino también mayor independencia del objeto. Por ejemplo, la bebita *B* (alrededor de once meses) gozaba plenamente al gatear de un lado a otro por un pasillo durante horas y estaba muy contenta sola; pero de vez en cuando entraba gateando a la habitación donde estaba su madre (la puerta estaba abierta), le echaba un vistazo, trataba de hablarle y volvía al pasillo.

²⁰ “Duelo y melancolía”, *OC*, 14.

La enorme importancia psicológica de pararse, gatear y caminar ha sido descrita por algunos psicoanalistas. Mi objetivo es aquí señalar que todas estas realizaciones son utilizadas por el niño para recuperar sus objetos perdidos, tanto como para encontrar en su lugar nuevos objetos; todo esto ayuda al bebé a superar su posición depresiva. El desarrollo del lenguaje, comenzando con la imitación de sonidos, es otro de los grandes logros que acercan al niño a la gente que ama y le permite también encontrar nuevos objetos. Al obtener nuevos tipos de gratificación disminuyen la frustración y el sufrimiento relacionados con las situaciones anteriores, lo que nuevamente procura mayor seguridad. Otro elemento del progreso alcanzado deriva de los intentos del bebé para controlar a sus objetos, su mundo externo tanto como el interno. Cada paso del desarrollo es utilizado también por el yo como defensa contra la ansiedad, en este estadio principalmente contra la ansiedad depresiva. Esto contribuirá al hecho de que, como puede observarse a menudo, junto con los progresos del desarrollo, tales como caminar o hablar, los niños se vuelven más felices y vivaces. Para enfocarlo desde otro ángulo, el esfuerzo del yo para superar la posición depresiva promueve intereses y actividades, no sólo durante el primer año de vida, sino a través de los años tempranos de la niñez.²¹

El caso siguiente ilustra algunas de mis conclusiones sobre la vida emocional temprana. El bebé *D* mostraba a la edad de tres meses una relación muy intensa y personal con sus juguetes, o sea, con sus bolitas, campanilla y sonajero. Los miraba fijamente, los tocaba una y otra vez, se los llevaba a la boca y escuchaba el ruido que hacían; se enojaba con estos juguetes y chillaba cuando no estaban en la posición que él quería; se alegraba y volvían a gustarle cuando los colocaba en la posición correcta. Cuando tenía cuatro meses la madre observó que descargaba bastante su ira en sus juguetes; por otra parte, eran también para él un consuelo cuando se sentía afligido. A veces paraba de llorar cuando se le mostraban los juguetes, y también le servían de consuelo antes de dormir.

Al quinto mes distinguía claramente al padre, la madre y la mu-
cama; lo demostraba inequívocamente en su mirada de reconocimiento y al esperar de cada uno ciertos tipos de juego. Sus relaciones personales eran ya muy llamativas en ese estadio; también había desarrollado una actitud especial para con la mamadera. Por ejemplo, cuando estaba vacía junto a él sobre la mesa, se volvía hacia ella, haciendo ruidos, acariciándola y chupando de cuando en cuando la te-

²¹ Como he señalado en el capítulo anterior, aunque las experiencias cruciales de sentimientos depresivos y las defensas contra ellos surgen durante el primer año de vida, le lleva años al niño superar sus ansiedades persecutoria y depresiva. Son reactivadas y superadas una y otra vez en el curso de la neurosis infantil. Pero estas ansiedades nunca son extirpadas, y por consiguiente pueden reavivarse, aunque en menor grado, durante el transcurso de la vida.

tilla. De su expresión facial podía deducirse que se estaba comportando con la mamadera como con una persona querida. A los nueve meses se lo vio mirar amorosamente a la mamadera y hablarle, aparentemente esperando que la mamadera le contestara. Esta relación con la mamadera es aun más interesante porque el nene nunca había sido un buen lactante y no mostraba ninguna voracidad, en realidad no demostraba ningún especial placer en alimentarse. Había habido dificultades en la lactancia casi desde el principio, ya que la leche materna se había acabado, y cuando tenía pocas semanas se le empezó a dar sólo mamadera. Su apetito sólo empezó a desarrollarse en el segundo año, e incluso entonces dependía en gran parte del placer de compartir la comida con los padres. Esto nos recuerda el hecho de que a los nueve meses su interés principal por la mamadera parecía ser de naturaleza casi personal y no se relacionaba solamente con la comida que ésta contenía.

A los diez meses se encariñó mucho con un trompo, siendo atraído primero por su borlita roja, que en seguida empezó a chupar; esto llevó a un gran interés por la forma en que podía hacerlo girar y el ruido que hacía. Pronto abandonó sus intentos de chuparlo, pero mantuvo su interés por la borlita. Cuando tenía quince meses, sucedió que otro trompo, que también le gustaba mucho, se cayó al suelo mientras jugaba con él y se separaron las dos partes. La reacción del niño a este incidente fue notable. Lloró, no se lo podía consolar y no quería retornar a la habitación en que el incidente había sucedido. Cuando por fin la madre logró llevarlo para mostrarle que la parte superior había sido colocada otra vez, rehusó mirar y se escapó de la habitación (incluso al día siguiente no quería acercarse al armario de juguetes donde solía guardar el trompo). Además, varias horas después del incidente se negó a tomar el té. Sin embargo, poco después su madre tomó su perrito de juguete y dijo: “¡Qué lindo perrito!” El niño resplandeció, tomó el perro y empezó a caminar de una persona a otra esperando que dijeran “Lindo perrito”. Era claro que se identificaba con el perro de juguete, y que por consiguiente el afecto mostrado al juguete lo reaseguraba por el daño que sentía que había infligido al trompo.

Es significativo que ya en un estadio temprano el niño había demostrado ansiedad manifiesta ante cosas rotas. Por ejemplo, alrededor de los ocho meses lloró cuando se le cayó un vaso —y otra vez una taza— y se rompió. Pronto se perturbaba tanto a la vista de cosas rotas, sin importar quién hubiera causado el daño, que su madre inmediatamente las ponía fuera de su vista.

Su sufrimiento en tales ocasiones era indicación tanto de ansiedad persecutoria como depresiva. Esto se hace claro si vinculamos su conducta de cuando tenía unos ocho meses con el incidente posterior con el trompo. Mi conclusión es que tanto la mamadera como el trompo representaban simbólicamente el pecho de la madre (recordaremos que a los diez meses se comportaba con el trompo como lo

hacia a los nueve meses con la mamadera), y que la rotura del trompo significó para él la destrucción del pecho y el cuerpo de su madre. Esto explicaría sus emociones de ansiedad, culpa y aflicción por el trompo roto.

Ya he vinculado el trompo con la taza rota y la mamadera, pero debe hacerse una conexión con algo anterior. Como hemos visto, el niño mostraba a veces gran enojo con sus juguetes, a los que trataba en forma muy personal. Yo sugeriría que su ansiedad y culpa observadas en un estadio posterior podían rastrearse hasta la agresividad expresada hacia los juguetes, en especial cuando no le eran accesibles. Hay aun un vínculo anterior con la relación con el pecho de la madre, que no lo había satisfecho y le había sido retirado. De acuerdo con esto, la ansiedad por la taza o vaso rotos sería una expresión de la culpa por su enojo e impulsos destructivos, dirigidos primero hacia el pecho de la madre. Entonces, por formación simbólica, el niño había desplazado su interés a una serie de objetos, del pecho a los juguetes; mamadera-vaso-taza-trompo; y había transferido a estos objetos relaciones y emociones personales como enojo, odio, ansiedad persecutoria y depresiva, y culpa.²²

He descrito antes en este capítulo la ansiedad del niño ante un extraño, e ilustrado con ese ejemplo la escisión de la figura materna (en este caso, la figura de la abuela) en madre buena y mala. Eran marcados el temor a la madre mala y el amor por la buena, que se mostraban intensamente en sus relaciones personales. Yo sugiero que ambos aspectos de las relaciones personales intervenían en su actitud hacia las cosas rotas.

La mezcla de ansiedad persecutoria y depresiva que manifestó en el incidente del trompo roto, negándose a entrar en la habitación, y luego a acercarse al armario de los juguetes, muestra el temor a que el objeto se hubiera convertido en objeto peligroso (ansiedad persecutoria) porque había sido dañado. Pero no cabían dudas sobre los fuertes sentimientos depresivos que actuaban también en esta ocasión. Todas estas ansiedades se aliviaron cuando obtuvo un reaseguramiento del hecho de que el perrito (que lo representaba a él) era "lindo", o sea, bueno, y que sus padres todavía lo querían.

CONCLUSION

Nuestro conocimiento de los factores constitucionales y su interacción es aún incompleto. En los capítulos con que he contribuido a este libro, he tratado brevemente algunos factores, que ahora resu-

²² En lo que respecta a la importancia de la formación de símbolos para la vida mental, véase S. Isaacs (1952), y también mis artículos "Análisis infantil" y "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (*Obras Completas de M.K.*, tomo 1).

miré. La capacidad innata del yo para tolerar la ansiedad puede depender de la mayor o menor cohesión del yo en el nacimiento; esto a su vez causa una mayor o menor actividad de los mecanismos esquizoides, y en consecuencia una mayor o menor capacidad de integración. Otros factores presentes desde el principio de la vida postnatal son la capacidad de amar, la intensidad de la voracidad y las defensas contra la voracidad.

Yo sugiero que estos factores interrelacionados son expresión de ciertos estados de fusión entre los instintos de vida y muerte. Estos estados influyen básicamente en los procesos dinámicos con que la libido contrarresta y mitiga los impulsos destructivos, procesos de gran importancia para el moldeamiento de la vida inconsciente del niño. Desde el principio de la vida postnatal a los factores constitucionales se unen los externos, comenzando con la experiencia del nacimiento y las primeras situaciones de ser atendido y alimentado.²³ Además, tenemos buenas razones para suponer que desde los primeros días en adelante la actitud inconsciente de la madre afecta intensamente los procesos inconscientes del bebé.

No podemos menos que concluir, entonces, que los factores constitucionales no pueden considerarse separados de los ambientales y viceversa. Todos contribuyen a formar las primeras fantasías, ansiedades y defensas que, aunque caen dentro de ciertas pautas típicas, son infinitamente variables. Este es el terreno del que brota la mente y personalidad individual.

He intentado mostrar que al observar cuidadosamente a los bebés, podemos lograr cierto conocimiento de su vida emocional y también indicaciones sobre su futuro desarrollo mental. Dichas observaciones, dentro de los límites antes mencionados, apoyan hasta cierto punto mis descubrimientos sobre los estadios más tempranos del desarrollo. Se llegó a estos descubrimientos en el psicoanálisis de niños y adultos, cuando pude rastrear sus ansiedades y defensas hasta la primera infancia. Podemos recordar que el descubrimiento de Freud del complejo de Edipo en el inconsciente de sus pacientes adultos llevó a una observación más esclarecedora de los niños, la que a su vez confirmó plenamente sus conclusiones teóricas. Durante las últimas décadas los conflictos inherentes al complejo de Edipo se reconocieron más ampliamente y como resultado aumentó la comprensión de las dificultades emocionales del niño; pero esto se aplica principalmente a los que se encuentran en un estadio más avanzado del desarrollo. La vida mental del niño muy pequeño es aún un misterio para la mayoría de los adultos. Yo me aventuro a sugerir que una ob-

²³ Estudios recientes de formas de conducta prenatal, especialmente como fueron descritas y resumidas por A. Gesell (*Embriología de la conducta*), proporcionan la base para pensar en un yo rudimentario y en la medida en que los factores constitucionales obran ya en el feto. Es también un problema no resuelto si el estado físico y mental de la madre influye en el feto, en relación con los factores constitucionales arriba mencionados.

servación más atenta de los bebés, estimulada por el mejor conocimiento de los procesos mentales tempranos proveniente del psicoanálisis de niños pequeños, llevará en el futuro a un mayor conocimiento de la vida emocional del bebé.

Yo sostengo (como lo he expresado en algunos capítulos de este libro y en artículos anteriores), que una excesiva ansiedad persecutoria y depresiva en niños pequeños es de significación crucial en la psicogénesis de los trastornos mentales. En el presente capítulo he señalado repetidamente que una madre comprensiva puede disminuir con su actitud los conflictos del bebé y ayudarlo así en alguna medida a manejar más eficazmente sus ansiedades. Un reconocimiento más completo y difundido de las ansiedades y necesidades emocionales del bebé disminuirá así los sufrimientos de la infancia y preparará el terreno para una mayor felicidad y estabilidad en la vida posterior.

NOTAS

Nº 1 (pág. 107)

Hay un aspecto fundamental de este problema que quisiera mencionar. Mi labor psicoanalítica me ha llevado a la conclusión de que el recién nacido siente inconscientemente que existe un objeto de bondad sin par, del que podría obtenerse máxima gratificación, y que este objeto es el pecho de la madre. Creo además que este conocimiento inconsciente implica que la relación con el pecho de la madre y un sentimiento de poseer el pecho se desarrollan incluso en bebés que no han sido alimentados por el pecho. Esto explicaría el hecho antes mencionado de que también los niños alimentados con mamadera introyectan el pecho de la madre tanto en sus aspectos buenos como malos. Cuán fuerte será la capacidad del bebé alimentado con mamadera para establecer firmemente el pecho bueno en su mundo interno, depende de una variedad de factores internos y externos, entre los que representa un papel vital la capacidad innata de amor.

El hecho de que al principio de la vida posnatal exista un conocimiento inconsciente del pecho y que se experimenten sentimientos hacia el pecho sólo puede concebirse como herencia filogenética.

Consideremos ahora el papel que juegan en estos procesos los factores ontogenéticos. Tenemos buenas razones para suponer que los impulsos del bebé, ligados a las sensaciones de la boca, lo dirigen hacia el pecho de la madre, ya que el objeto de sus primeros deseos instintivos es el pezón y su fin es succionar el pezón. Esto implicaría que la tetilla de la mamadera no puede reemplazar completamente el pezón anhelado, ni tampoco puede reemplazar la mamadera el anhelado olor, calor y suavidad del pecho de la madre. Por consiguiente, a pesar de que el bebé pueda aceptar y disfrutar fácilmente de la mamadera (especialmente si se establece una situación que se aproxima a la alimentación por el pecho), de cualquier modo puede sentir que no está recibiendo la máxima gratificación y en consecuencia experimenta un profundo anhelo del único objeto que podría proporcionársela.

El deseo de objetos ideales, inalcanzables, es un rasgo general de la vida mental, porque deriva de las diversas frustraciones que el niño sufre en el curso del desarrollo, culminando en la necesidad de renunciar al objeto edípico. Los sentimientos de frustración y aflicción llevan a fantasear con el pasado y a menudo se centran retrospectivamente en las privaciones sufridas en relación con el pecho de la madre, incluso en personas que han tenido una lactancia satisfactoria. Sin embargo he encontrado en varios análisis que, en personas que no habían sido alimentadas al pecho, la naturaleza del anhelo de un objeto inalcanzable muestra una intensidad y cualidad especial, al-

go tan profundamente enraizado que se evidencia su origen en la primera experiencia de succión y la primera relación objetal. Dichas emociones varían en fuerza de un individuo a otro, y tienen distintos efectos sobre el desarrollo mental. Por ejemplo, en ciertas personas el sentir que han sido privadas del pecho puede contribuir a una fuerte sensación de aflicción e inseguridad con diversas implicaciones para las relaciones objetales y el desarrollo de la personalidad. En otras, el anhelo de ese objeto único que, aunque no lo tuvieron, es sentido sin embargo como existente en alguna parte, puede estimular fuertemente ciertas líneas de sublimación, tales como la búsqueda de un ideal o elevadas normas para las propias realizaciones.

Compararé ahora estas observaciones con una frase de Freud. Refiriéndose a la importancia fundamental de la relación del bebé con el pecho de la madre, y con la madre misma, Freud dice: "El fundamento filogenético tiene tanta importancia en esta experiencia personal tan accidental que no importa si el niño ha succionado realmente el pecho o ha sido criado con mamadera y nunca ha disfrutado del tierno cuidado de una madre. Su desarrollo toma en ambos casos la misma senda; *puede ser que en este último caso su anhelo posterior sea aun mayor*" (*Esquema del psicoanálisis*) (La cursiva es mía). Aquí Freud atribuye al factor filogenético una importancia tal que la experiencia real de lactancia del bebé se vuelve relativamente insignificante. Esto va más allá de las conclusiones a que mi experiencia me ha conducido. Sin embargo, en el pasaje que he subrayado, Freud parece considerar la posibilidad de que haber carecido de la experiencia de lactancia es sentido como privación, porque de otro modo no podríamos explicar que el anhelo del pecho de la madre "sea mayor aun".

Nº 2 (pág. 115)

He aclarado que los procesos de integración, que se expresan en la síntesis que hace el niño de sus contrastantes emociones para con la madre —y en consecuencia el juntar los aspectos buenos y malos del objeto— subyacen a la ansiedad depresiva y a la posición depresiva. Está implícito que estos procesos se relacionan con el objeto desde el principio. En la experiencia de destete es el objeto primeramente amado lo que se siente perdido, y entonces se refuerzan las ansiedades persecutoria y depresiva referidas a él. El comienzo del destete constituye así una crisis primordial en la vida del bebé, y sus conflictos llegan a otro clímax en la fase final del destete. Cada detalle del modo en que se lleva a cabo el destete tiene influencia en la intensidad de la ansiedad depresiva del bebé y puede aumentar o disminuir su capacidad de elaborar la posición depresiva. Así, un destete lento y cuidadoso es favorable, mientras que un destete brusco, al reforzar súbitamente la ansiedad, puede perjudicar el desarrollo emocional. Surgen aquí varias cuestiones pertinentes. Por ejemplo ¿cuál es el efecto de la sustitución del pecho por la mamadera en las primeras semanas, o incluso meses, de la vida? Tenemos razones para suponer que esta situación difiere del destete normal, que empieza alrededor de los cinco meses. ¿Implicaría esto que, ya que en los primeros tres meses predomina la ansiedad persecutoria, esta forma de ansiedad es aumentada por un destete temprano, o produce esta experiencia una aparición más temprana de la ansiedad depresiva en el bebé? Cuál de estos dos resultados prevalecerá, dependerá en parte de factores externos, tales como el momento en que empieza el destete y la forma en que la madre maneja la situación; y en parte en factores internos que podrían resumirse a grandes rasgos como la fuerza de la capacidad intrínseca para el amor y la integración, lo cual, a su vez implica también una fuerza intrínseca del yo en el comienzo de la vida. Estos factores, como subrayé repetidamente, subyacen a la capacidad del bebé de establecer firmemente su objeto bueno, incluso en cierta medida aun cuando nunca haya tenido la experiencia de ser alimentado a pecho.

Otra cuestión se relaciona con el efecto del destete tardío, habitual en pueblos primitivos y también en ciertos sectores de las comunidades civilizadas. No tengo datos suficientes en los que basarme para responder a esta cuestión. Pero puedo decir que en la medida en que puedo juzgar por observaciones y por la experiencia psicoanalítica, hay un período óptimo para empezar el destete hacia la mitad del primer año. Porque en este sentido el bebé está atravesando la posición depresiva y en ciertas formas el

destete lo ayuda a elaborar los ineludibles sentimientos depresivos. En este proceso lo ayuda la creciente variedad de relaciones objetales, intereses, sublimaciones y defensas, que desarrolla en este estadio.

Con respecto a la terminación del destete —o sea, el cambio final de succionar a beber de una taza—, es más difícil hacer una sugestión general sobre el mejor momento. Aquí deben tomarse como criterio decisivo las necesidades de cada niño en particular, que en este sentido pueden ser más fácilmente apreciadas por observación.

En algunos bebés hay incluso un estadio más a considerar en el proceso de destete, y es el abandono del chupeteo del pulgar o los dedos. Algunos bebés lo dejan por la presión de la madre o la niñera; pero, según mi observación, incluso cuando los bebés parecen renunciar espontáneamente a chuparse el dedo (y aquí también las influencias externas no pueden descontarse del todo), esto ocasiona conflicto, ansiedad y los sentimientos depresivos característicos del destete, en algunos casos con pérdida de apetito.

La cuestión del destete se vincula con el problema más general de la frustración. La frustración, si no es excesiva (y aquí es oportuno recordar que hasta cierto punto las frustraciones son inevitables), puede incluso ayudar al niño a manejar sus sentimientos depresivos. Porque la experiencia misma de que la frustración puede ser superada tiende a fortificar al yo y es parte del trabajo de duelo que ayuda al bebé a manejar la depresión. Más específicamente, la reaparición de la madre prueba una y otra vez que no ha sido destruida y no se ha convertido en la madre mala, lo que implica que la agresividad del bebé no ha tenido las consecuencias temidas. Hay así un equilibrio sutil e individualmente variable entre los efectos dañinos y útiles de frustración, equilibrio determinado por una variedad de factores internos y externos.

Nº 3 (pág. 119)

Yo sostengo que tanto la posición esquizo-paranoide como la depresiva son parte del desarrollo normal. Mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que si en la primera infancia las ansiedades persecutorias y depresivas son excesivas en comparación con la capacidad del yo para manejar paso a paso la ansiedad, esto puede tener por consecuencia el desarrollo patológico del niño. En el capítulo anterior he descrito la división en la relación con la madre (la madre "buena" y la "mala"), que es característica de un yo no lo bastante integrado aún, y también de los mecanismos de escisión que están en su punto culminante durante los tres o cuatro primeros meses de vida. Normalmente, las fluctuaciones en la relación con la madre y los estados temporarios de retraimiento —influidos por los procesos de escisión— no pueden evaluarse con facilidad, ya que en este estadio están estrechamente vinculados al estado inmaduro del yo. Sin embargo, cuando el desarrollo no está prosiguiendo satisfactoriamente, podemos obtener ciertos indicios de este fracaso. En este capítulo me he referido a ciertas dificultades típicas que indican que la posición esquizo-paranoide no se elabora satisfactoriamente. Aunque el cuadro pudo haber diferido en algunos puntos, todos los ejemplos tenían un rasgo importante en común: una perturbación en el desarrollo de las relaciones objetales que puede observarse ya durante los tres o cuatro primeros meses de vida.

Nuevamente, ciertas dificultades son parte del proceso normal de atravesar la posición depresiva, tales como malhumor, irritabilidad, sueño perturbado, mayor necesidad de atención y cambios en la actitud hacia la madre y la comida. Si esas perturbaciones son excesivas y persisten indebidamente, pueden indicar fracaso en la elaboración de la posición depresiva y convertirse en la base de la enfermedad maniaco-depresiva en la vida posterior. Pero el fracaso en la elaboración de la posición depresiva puede llevar a un resultado diferente: ciertos síntomas, tales como el retraimiento de la madre y otras personas, pueden estabilizarse en vez de ser transitorios y parciales. Si junto con esto el bebé se vuelve más apático, sin lograr desarrollar la ampliación de intereses y la aceptación de sustitutos que normalmente están presentes simultáneamente con los síntomas depresivos, y son en parte una forma de superarlos, podemos suponer que la posición depresiva no se está elaborando exitosamente; que ha tenido lu-

gar una regresión a la posición anterior, la posición esquizo-paranoide, regresión a la que debemos atribuir gran importancia.

Repetiré mi conclusión, expresada en artículos anteriores: las ansiedades persecutoria y depresiva, si son excesivas, pueden llevar en la infancia a graves enfermedades mentales y a deficiencia mental. Estas dos formas de ansiedad proporcionan también los puntos de fijación de las enfermedades paranoica, esquizofrénica y maniaco-depresiva en la vida adulta.

Nº 4 (pág. 120)

Freud menciona el placer del niño en el juego con su madre, cuando ella esconde su rostro y aparece después. (Freud no dice a qué estadio de la infancia se refiere, pero de la naturaleza del juego se podría suponer que se refiere a bebés en la mitad del primer año o en meses posteriores, o quizás a niños algo mayores.) En relación con esto afirma que el bebé "no puede distinguir aún entre ausencia temporal y pérdida total. En cuanto extraña a su madre se comporta como si no fuera a verla nunca más; y repetidas experiencias consoladoras que prueban lo contrario son necesarias antes de que aprenda que su desaparición es habitualmente seguida por su reaparición" (*Inhibición, síntoma y angustia*).

En lo que respecta a otras conclusiones, existe la misma diferencia de opinión en este punto que en la interpretación del juego del carretel, antes mencionado. Según Freud, la ansiedad que siente un niño cuando extraña a su madre produce "una situación traumática si en ese momento siente una necesidad que sólo ella puede satisfacer. Se convierte en una situación de peligro si esta necesidad no está presente en ese momento". Así el primer determinante de la ansiedad, que el mismo yo introduce, es la pérdida de la percepción del objeto (que es homologada a la pérdida del objeto mismo). No se trata aún de pérdida de amor. Sólo más tarde la experiencia enseña al niño que el objeto puede estar presente pero enojado con él, y entonces la pérdida del amor del objeto se convierte en un peligro nuevo y mucho más duradero, y en determinante de ansiedad". A mi entender, como he señalado en diferentes oportunidades, y recapitulando aquí brevemente, el bebé siente tanto amor como odio hacia la madre, y cuando la extraña y no se satisfacen sus necesidades, su ausencia es sentida como resultado de sus impulsos destructivos; de ahí resulta ansiedad persecutoria (de que la madre buena pueda haberse convertido en la madre persecutoria enojada) y duelo, culpa y ansiedad (de que la madre amada sea destruida por su agresión). Una y otra vez se sobreponen a estas ansiedades, que constituyen la posición depresiva, por ejemplo, mediante juegos de carácter consolatorio.

Luego de haber considerado ciertas diferencias de opinión con respecto a la vida emocional y las ansiedades del bebé, llamaré la atención sobre un pasaje dentro del mismo contexto de la cita anterior, en el que Freud parece precisar sus conclusiones sobre el tema del duelo. Dice: "¿Cuándo la separación de un objeto produce ansiedad, cuándo produce duelo y cuándo puede ser que produzca sólo dolor? Dejarme decir de inmediato que no hay perspectivas de responder actualmente a estas preguntas. Debemos contentarnos con extraer algunas distinciones y vislumbrar algunas posibilidades".

8. LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA DEL JUEGO: SU HISTORIA Y SIGNIFICADO

(1955)

I

Al ofrecer como introducción a este libro¹ un trabajo dedicado especialmente a la técnica del juego, lo hice impulsada por la creencia de que mi investigación con niños y adultos, y mi contribución a la teoría psicoanalítica como un todo, derivan en última instancia de la técnica del juego que desarrollé con niños pequeños. No significa esto que mi labor posterior fuera una aplicación directa de la técnica del juego; pero la comprensión que obtuve acerca del temprano desarrollo, de los procesos inconscientes, y de la naturaleza de las interpretaciones por las que puede abordarse el inconsciente, ha tenido una gran influencia en mi trabajo con niños mayores y adultos.

Por lo tanto, señalaré brevemente las etapas de mi labor en relación con la técnica psicoanalítica del juego, aunque no intentaré dar una síntesis completa de mis hallazgos. En 1919, cuando comencé mi primer caso, ya se había llevado a cabo algún trabajo psicoanalítico con niños, particularmente por la Dra. Hug-Hellmuth.² Sin embargo, ella no intentó el psicoanálisis de niños menores de seis años y, a pesar de que usó dibujos y ocasionalmente el juego como material, no lo convirtió en una técnica específica.

Cuando comencé mi trabajo era un principio establecido que se debía hacer un uso muy limitado de las interpretaciones. Con pocas excepciones, los psicoanalistas no habían explorado los estratos más profundos del inconsciente —en niños, tal exploración se consideraba potencialmente peligrosa—. Esta cautela se reflejaba en el hecho de que entonces y, por mucho tiempo, el psicoanálisis era considera-

¹ *Nuevas direcciones en psicoanálisis.*

² "On the Technique of Child Analysis" (1921).

do adecuado solamente para niños desde el período de latencia en adelante.³

Mi primer paciente fue un niño de cinco años. Me referí a él con el nombre de "Fritz" en mis primeros trabajos publicados.⁴ Al principio creí que sería suficiente influir en la actitud de la madre. Le sugerí que debía incitar al niño a discutir libremente con ella las muchas preguntas no efectuadas que se encontraban obviamente en el fondo de su mente e impedían su desarrollo intelectual. Esto tuvo un buen efecto, pero sus dificultades neuróticas no fueron suficientemente aliviadas y pronto decidimos que debía psicoanalizarlo. Al hacerlo, me desvié de algunas de las reglas establecidas hasta entonces, pues interpreté lo que pareció más urgente en el material que el niño me presentaba y mi interés se focalizó en sus ansiedades y en sus defensas contra ellas. Este nuevo enfoque me enfrentó en seguida con serios problemas. Las ansiedades que encontré analizando este primer caso eran muy agudas, y a pesar de que fortalecía mi creencia de estar en el camino correcto el observar una y otra vez la atenuación de la ansiedad producida por mis interpretaciones, a veces me perturbaba la intensidad de las nuevas ansiedades que manifestaba. En una de esas ocasiones pedí el asesoramiento del Dr. Karl Abraham. Me contestó que como mis interpretaciones habían producido frecuentemente alivio y obviamente el análisis progresaba, no veía motivo para cambiar el método de acceso. Me sentí alentada por su apoyo y, efectivamente, en los días siguientes la ansiedad del niño, que había llegado a un máximo, disminuyó considerablemente, conduciendo a mayor mejoría. La convicción ganada en este análisis influyó vivamente sobre todo el curso de mi labor analítica.

Hicimos el tratamiento en la casa del niño con sus propios juguetes. Este análisis era el comienzo de la técnica psicoanalítica del juego, porque desde el principio el niño expresó sus fantasías y ansiedades principalmente jugando, y al aclararle consistentemente su significado, apareció material adicional en su juego. Es decir, en esencia, ya usé con este paciente el método de interpretación que se hizo característico de mi técnica. Este enfoque corresponde a un principio fundamental del psicoanálisis: la libre asociación. Al interpretar no sólo las palabras del niño sino también sus actividades en los juegos, apliqué este principio básico a la mente del niño, cuyo juego y acciones —de hecho, toda su conducta— son medios de expresar lo que el adulto manifiesta predominantemente por la palabra. También me guiaron siempre otros dos principios del psicoanálisis establecidos por Freud, que desde el primer momento consideré como fundamentales: la exploración del inconsciente es la tarea

³ Hay una descripción de este temprano enfoque en *Psicoanálisis del niño*, de Anna Freud.

⁴ "El desarrollo de un niño" (1921), "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923a) y "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926).

principal del procedimiento psicoanalítico, y el análisis de la transferencia es el medio de lograr este fin.

Entre 1920 y 1923 reuní más experiencia con otros casos de niños, pero una etapa decisiva en el desarrollo de la técnica del juego fue el tratamiento de una niña de dos años y nueve meses a quien psicoanalicé en 1923. Di algunos detalles del caso de esta niña bajo el nombre de "Rita" en mi libro *El psicoanálisis de niños*.⁵ Rita padecía de terrores nocturnos y fobia a animales, era muy ambivalente hacia su madre, aferrándose a ella hasta tal punto que escasamente se la podía dejar sola. Tenía una marcada neurosis obsesiva y por momentos se deprimía mucho. Su juego estaba inhibido y su inhabilidad para tolerar frustraciones hacían su educación extremadamente difícil. Yo tenía muchas dudas acerca de cómo enfrentar este caso, ya que el análisis de una niña tan pequeña era un experimento completamente nuevo. La primera sesión pareció confirmar mis presentimientos. Cuando Rita quedó sola conmigo en su habitación, mostró en seguida signos de lo que tomé por una transferencia negativa: estaba ansiosa y callada, y muy pronto pidió salir al jardín. Lo consentí y salí con ella; puedo agregar que lo hicimos bajo los ojos atentos de su madre y su tía, quienes lo tomaron como una señal de fracaso. Se sorprendieron mucho cuando volvimos a la habitación unos diez o quince minutos más tarde. La explicación de este cambio era que mientras estábamos afuera yo había estado interpretando su transferencia negativa (también eso en contra de la práctica usual). Por algunas cosas que ella dijo, y porque estaba menos asustada cuando nos encontramos afuera, concluí que estaba particularmente atemorizada de algo que yo podía hacerle cuando estaba sola conmigo en la habitación. Interpreté eso, y refiriéndome a sus terrores nocturnos, ligué su sospecha de mí como una extraña hostil con su temor de una mujer mala que la atacaría cuando se encontrase indefensa por la noche. Cuando minutos después de esta interpretación, le sugerí que volviéramos a la habitación, aceptó en seguida. Como ya lo dije, la inhibición de Rita al jugar era marcada, lo único que hacía era vestir y desvestir obsesivamente a su muñeca. Pero pronto comprendí las ansiedades subyacentes en sus obsesiones, y las interpreté. Este caso fortaleció mi convicción creciente de que una precondition para el psicoanálisis de un niño es comprender e interpretar las fantasías, sentimientos, ansiedades y experiencias expresadas por el juego o, si las actividades del juego están inhibidas, las causas de la inhibición.

Al igual que en el caso de Fritz, efectué el análisis en el hogar de la niña y con sus propios juguetes; pero durante ese tratamiento, que duró sólo unos pocos meses, llegué a la conclusión de que el psicoanálisis no debería ser llevado a cabo en la casa del niño. Pues encontré que a pesar de que ella tenía gran necesidad de ayuda y sus padres

⁵ Véanse también *On the Bringing Up of Children*, comp. por J. Rickman, y "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945).

habían decidido que yo debía intentar el psicoanálisis, la actitud de la madre hacia mí era muy ambivalente y la atmósfera en general era hostil al tratamiento. Más importante aun, descubrí que la situación de transferencia —piedra fundamental del procedimiento psicoanalítico— sólo puede ser establecida y mantenida si el paciente es capaz de sentir que la habitación de consulta o la pieza de juegos, de hecho todo el análisis, es algo diferente de su vida diaria del hogar. Pues sólo en tales condiciones puede superar sus resistencias a experimentar y expresar pensamientos, sentimientos y deseos que son incompatibles con las convenciones usuales y, en el caso del niño, que siente que están en contraste con mucho de lo que se le ha enseñado.

Hice más observaciones significativas en el psicoanálisis de una niña de siete años, también en 1923. Aparentemente sus dificultades neuróticas no eran serias, pero su desarrollo intelectual había preocupado a sus padres. No obstante ser bastante inteligente no podía estar al nivel del grupo de su edad, le disgustaba la escuela, y algunas veces se ausentaba sin conocimiento de los padres. Su relación con la madre, con la que había sido afectuosa y confidente, había cambiado desde que empezó a ir a la escuela: se había vuelto reservada y callada. Pasé unas pocas sesiones con ella sin lograr mucho contacto. Era claro que le disgustaba la escuela, y por lo que ella dijo desconfiadamente acerca de eso, como por otros detalles, pude hacer algunas interpretaciones que produjeron algún material. Pero mi impresión era que no conseguiría mucho más de ese modo. En una sesión en que hallé nuevamente a la niña callada y ensimismada, la dejé diciendo que regresaría en un instante. Fui a la habitación de mis hijos, recogí unos pocos juguetes, autos, pequeñas figuras, algunos ladrillos y un tren, los puse en una caja y volví junto a la paciente. La niña, que no tenía inclinación por el dibujo u otras actividades, se interesó en los juguetes pequeños y empezó a jugar enseguida. Por su juego concluí que dos de las figuras de juguete representaban a ella y a un niño pequeño, un compañero de escuela de quien ya había oído antes. Aparentemente había algo secreto en la conducta de estas dos figuras y otros individuos de juguete eran presentados como interfiriendo o mirando y se los dejaba de lado. Las actividades de los dos juguetes condujeron a catástrofes, tales como su caída o choque con autos. Repitió sus acciones con señales de ansiedad creciente. En este punto interpreté, teniendo en cuenta los detalles de su juego, que alguna actividad sexual parecía haber ocurrido entre ella y su amigo, y que eso le hacía temer mucho ser descubierta, y por lo tanto desconfiaba de otras personas. Señalé que mientras jugaba, ella se había vuelto ansiosa y pareció a punto de interrumpir el juego. Le recordé que a ella le disgustaba la escuela, y que eso podía conectarse con el temor de que la maestra descubriera su relación con el compañero y la castigara. Por sobre todo estaba asustada y por lo tanto desconfiaba de su madre, y ahora podía sentir del mismo modo con respecto a mí. El efecto de esta interpretación sobre la niña fue sorprenden-

te: su ansiedad y desconfianza primero aumentaron, pero muy pronto dieron lugar a un alivio evidente. Su expresión facial cambió, y a pesar de que no admitió ni negó lo que yo había interpretado, mostró luego su conformidad produciendo nuevo material y volviéndose mucho más libre tanto en su juego como en su conversación; también su actitud hacia mí fue mucho más amistosa y menos suspicaz. Por supuesto, la transferencia negativa, alternando con la positiva, salió a la luz una y otra vez; pero desde esta sesión en adelante, el análisis progresó bien. Simultáneamente me informaron que hubo cambios favorables en su relación con la familia, en particular con su madre. Su desagrado por la escuela disminuyó y se interesó cada vez más en sus estudios, pero su inhibición en el aprendizaje, que se fundaba en ansiedades profundas, sólo fue resuelta gradualmente en el curso de su tratamiento.

II

He descrito cómo el uso de los juguetes que guardé especialmente para el paciente niño en la caja en que por primera vez los presenté, probó ser esencial para su análisis. Esta experiencia, al igual que otras, me ayudó a decidir qué juguetes son más adecuados para la técnica psicoanalítica del juego.⁶ Consideré esencial tener juguetes *pequeños*, porque su número y variedad permiten al niño expresar una amplia serie de fantasías y experiencias. Es importante para este fin que los juguetes no sean mecánicos y que las figuras humanas, variadas sólo en tamaño y color, no indiquen ninguna ocupación particular. Su misma simplicidad permite al niño usarlos en muchas situaciones diferentes, de acuerdo con el material que surge en su juego. El hecho de que así él pueda representar simultáneamente una variedad de experiencias y situaciones fantásticas y reales también hace posible que lleguemos a poseer un cuadro más coherente de los trabajos de su mente.

De acuerdo con la simplicidad de los juguetes, el equipamiento de la habitación de juego es también simple. No tiene nada excepto lo necesario para el psicoanálisis.⁷ Los juguetes de cada niño son guardados en cajones particulares, y así cada uno sabe que sólo él y el analista conocen sus juguetes, y con ellos su juego, que es el equivalente de las asociaciones del adulto. La caja en que por primera vez presenté los juguetes a la niña que mencioné antes se convirtió en el prototipo del cajón individual, que es parte de la relación privada e

⁶ Son principalmente: pequeños hombres y mujeres de madera, usualmente de dos tamaños, autos, carretillas, hamacas, trenes, aviones, animales, árboles, casas, cercas, papel, tijeras, un cuchillo, lápices, tizas o pinturas cola, pelotas y bolitas, plastilina y cuerdas.

⁷ Tiene piso lavable, agua corriente, una mesa, algunas sillas, un pequeño sofá, algunos almohadones y una cómoda.

intima entre el analista y el paciente, característica de la situación de transferencia psicoanalítica.

No sugiero que la técnica psicoanalítica del juego dependa enteramente de mi selección particular de material de juego. A menudo los niños traen espontáneamente sus propios objetos y el juego con ellos entra como cosa natural en el trabajo analítico. Pero creo que los juguetes provistos por el analista debieran ser en general del tipo que he descrito, es decir simples, pequeños y no mecánicos.

Sin embargo, los juguetes no son el único requisito para un análisis del juego. Muchas de las actividades del niño se efectúan a veces en el lavatorio, que está equipado con una o dos pequeñas tazas, vasos y cucharas. A menudo él dibuja, escribe, pinta, corta, repara juguetes, etc. A veces, en el juego, asigna roles al analista y a sí mismo, tales como en el juego de la tienda, del doctor y el paciente, de la escuela, de la madre y el hijo. En esos pasatiempos, con frecuencia el niño toma la parte del adulto, expresando con eso no sólo su deseo de revertir los roles, sino también demostrando cómo siente que sus padres u otras personas con autoridad se comportan con respecto a él —o *deberían* comportarse—. Algunas veces descarga su agresividad y resentimiento siendo, en el rol del padre, sádico hacia el niño, que es representado por el analista. El principio de interpretación sigue siendo el mismo si las fantasías son presentadas por juguetes o por una dramatización. Pues cualquiera que sea el material usado, es esencial que se apliquen los principios analíticos subyacentes en la técnica.⁸

La agresividad se expresa de varios modos en el juego del niño, directa o indirectamente. A veces rompe un juguete o, cuando es más agresivo, ataca con un cuchillo o tijeras la mesa o pedazos de madera; desparrama agua o pintura y generalmente la habitación se convierte en un campo de batalla. Es esencial permitir que el niño deje surgir su agresividad; pero lo que cuenta más es comprender por qué en este momento particular de la situación de transferencia aparecen impulsos destructivos y observar sus consecuencias en la mente del niño. Pueden seguir sentimientos de culpa muy poco después de que el niño ha roto, por ejemplo, una figura pequeña. La culpa aparece no sólo por el daño real producido, sino por lo que el juguete representa en el inconsciente del niño, por ejemplo, un hermano o hermana pequeños, o uno de los padres. Algunas veces podemos deducir de la conducta del niño hacia el analista, que no sólo culpa sino también ansiedad persecutoria son la secuela de estos impulsos destructivos y que él teme la represalia.

Usualmente he expresado al niño que no toleraría ataques a mí misma. Esta actitud no sólo protege al psicoanalista sino que tiene

⁸ Pueden hallarse ejemplos, tanto del juego con juguetes como de los pasatiempos mencionados, en *El psicoanálisis de niños* (especialmente en los capítulos 2, 3 y 4). Véase también "La personificación en el juego de los niños" (1929a).

también importancia para el análisis. Pues si tales asaltos no son mantenidos dentro de límites, pueden despertar excesiva culpa y ansiedad persecutoria en el niño y por lo tanto agregar dificultades al tratamiento. Algunas veces se me ha preguntado con qué método prevenía los ataques corporales, y pienso que la respuesta es que cuidaba mucho no inhibir las *fantasías* agresivas del niño; de hecho le daba oportunidad de representarlas de otras maneras, incluyendo ataques verbales contra mí. Cuanto más a tiempo interpretaba los motivos de la agresividad del niño, más podía mantener la situación bajo control. Pero ocasionalmente, con algunos niños psicóticos, ha sido difícil protegerse de su agresividad.

III

La actitud de un niño hacia el juguete que ha dañado es muy reveladora. A menudo pone aparte ese juguete, que por ejemplo representa a un hermano o a uno de sus padres, y lo ignora por un tiempo. Esto indica desagrado del objeto dañado, por el temor persecutorio de que la persona atacada (representada por el juguete) se haya vuelto vengativa y peligrosa. El sentimiento de persecución puede ser tan fuerte que encubra los sentimientos de culpa y depresión que el daño efectuado también produce. O pueden también la culpa y la depresión ser tan fuertes que conduzcan a una intensificación de sentimientos persecutorios. Sin embargo, un día el niño puede buscar en su cajón el objeto dañado. Esto sugiere que hemos podido analizar algunas importantes defensas, disminuyendo de ese modo los sentimientos persecutorios y haciendo posible que se experimente el sentimiento de culpa y la necesidad de la reparación. Cuando esto sucede podemos notar también que ha habido un cambio en la relación del niño con el hermano particular a quien el juguete representaba, o en sus relaciones en general. Este cambio confirma nuestra impresión de que la ansiedad persecutoria ha disminuido y de que, junto con el sentimiento de culpa y el deseo de la reparación, aparecen sentimientos de amor que habían sido debilitados por la ansiedad excesiva. Con otro niño, o con el mismo niño en una etapa posterior del análisis, la culpa y el deseo de reparación pueden sobrevenir muy poco después del acto de agresión, y se hace aparente la ternura hacia el hermano o hermana que pueden haber sido dañados en la fantasía. La importancia de tales cambios para la formación del carácter y la relación con los objetos, como para la estabilidad mental, nunca serán exagerados.

Es una parte esencial del trabajo de interpretación que se mantenga a compás con las fluctuaciones entre amor y odio; entre felicidad y satisfacción por un lado y ansiedad persecutoria y depresión por el otro. Esto implica que el analista no debiera mostrar desaprobación si el niño rompe un juguete; sin embargo, no debe incitar al niño a

expresar su agresividad ni sugerirle que el juguete puede ser reparado. En otras palabras, debe permitir que el niño experimente sus emociones y fantasías tal como ellas aparecen. Siempre ha sido parte de mi técnica no ejercer influencia educativa o moral, sino restringirme al procedimiento psicoanalítico que, para decirlo en pocas palabras, consiste en comprender la mente del paciente y transmitirle qué es lo que ocurre en ella.

La variedad de situaciones emocionales que pueden ser expresadas por las actividades del juego son ilimitadas: por ejemplo, sentimientos de frustración y de ser rechazado; celos del padre y de la madre o de hermanos y hermanas; agresividad acompañando esos celos; placer por tener un compañero y aliado contra los padres; sentimientos de amor y odio hacia un bebé recién nacido o uno que está por nacer, así como la ansiedad resultante, sentimientos de culpa y la urgencia de reparación. También hallamos en el juego del niño la repetición de experiencias reales y detalles de la vida de todos los días, frecuentemente entrelazados con sus fantasías. Es revelador que algunas veces acontecimientos reales muy importantes en su vida no logran entrar en el juego o en sus asociaciones, y que todo el énfasis yace por momentos en otros acontecimientos aparentemente menores. Pero estos últimos tienen gran importancia para él porque han permitido ejercitar sus emociones y fantasías.

IV

Hay muchos niños que se encuentran inhibidos para jugar. Tal inhibición no siempre les impide jugar completamente, pero muy pronto pueden interrumpir sus actividades. Por ejemplo, me trajeron un niño pequeño para una entrevista solamente (había un proyecto de análisis para el futuro; pero en ese entonces los padres iban al extranjero con él). Yo tenía algunos juguetes en la mesa y él se sentó y comenzó a jugar, lo que en seguida condujo a accidentes, colisiones y gentes de juguete cayendo, a las que él trataba de levantar otra vez. En todo esto el niño mostraba bastante ansiedad, pero como no se planeaba aún ningún tratamiento, me contuve de hacer una interpretación. Después de unos minutos dejó su silla, y diciendo "Basta de juego", se fue. Creo que si éste hubiera sido el comienzo de un tratamiento y yo hubiera interpretado la ansiedad manifestada en sus acciones con los juguetes y la correspondiente transferencia negativa con respecto a mí, hubiese podido resolver su ansiedad lo suficiente como para que él continuase jugando.

El siguiente ejemplo puede ser útil para mostrar algunas de las causas de una inhibición de jugar. El niño, de tres años y nueve meses, a quien me referí con el nombre de "Pedro" en *El psicoanálisis de*

niños, era muy neurótico.⁹ Veamos algunas de sus dificultades: era incapaz de jugar, no podía tolerar ninguna frustración, era tímido, quejumbroso y exagerado, y por momentos agresivo y despótico, muy ambivalente respecto de su familia, y con una gran fijación hacia su madre. Ella me dijo que Pedro había desmejorado después de unas vacaciones durante las que, a la edad de dieciocho meses, compartió el dormitorio de sus padres y tuvo oportunidad de observar su acto sexual. En esas vacaciones el niño se hizo muy difícil de manejar, durmió mal y volvió a mojar la cama por las noches, cosa que no había hecho durante algunos meses. Hasta entonces había jugado libremente, pero desde ese verano dejó de jugar y se volvió muy destructivo con sus juguetes; no hacía nada con ellos salvo romperlos. Poco después nació su hermano, lo que aumentó sus dificultades.

En la primera sesión Pedro comenzó a jugar; en seguida hizo que dos caballos dieran el uno contra el otro, y repitió la misma acción con diferentes juguetes. También mencionó que tenía un hermano pequeño. Le aclaré que los caballos y las otras cosas que habían chocado entre ellas representaban personas, una interpretación que él primero rechazó y luego aceptó. Hizo que los caballos se toparan nuevamente, diciendo que iban a dormir, los cubrió con ladrillos, y agregó: "Ahora están bien muertos; los he enterrado". Puso los autos en fila, dando el frente de cada uno con la parte posterior del siguiente, fila que, como se aclaró más tarde en el análisis, simbolizaba el pene del padre, y los hizo correr; súbitamente se puso de malhumor y los desparramó por la habitación, diciendo: "Siempre rompemos nuestros regalos de Navidad; no queremos ninguno". El destrozar sus juguetes representaba en su inconsciente destrozar el órgano genital de su padre. Durante esa primera hora rompió varios juguetes.

En la segunda sesión Pedro repitió algo del material de la primera hora, en particular el topetazo entre los autos, caballos, etc., y habló otra vez de su pequeño hermano, por lo cual interpreté que me estaba mostrando cómo su mamá y su papá chocaron sus órganos genitales (por supuesto usando su misma palabra para órganos genitales) y que él había pensado que haciendo eso habían causado el nacimiento de su hermano. Esta interpretación produjo más material, aclarando su muy ambivalente relación hacia su pequeño hermano y su padre. Acostó a un hombre de juguete en un ladrillo que llamó "cama", lo arrojó al suelo y dijo que estaba "muerto y acabado". En seguida hizo lo mismo con dos hombres de juguete, eligiendo figuras que ya había dañado. Interpreté que el primer hombre de juguete representaba a su padre, a quien él quería sacar de la cama de su madre y matar, y que uno de los dos hombres de juguete era nueva-

⁹ Este niño, a quien comencé a analizar en 1924, fue otro de los casos que me ayudaron a desarrollar mi técnica del juego.

mente el padre y el otro lo representaba a él, a quien su padre haría lo mismo. La razón por la cual había elegido dos figuras dañadas era que sentía que tanto él como su padre serían perjudicados si él atacaba a su padre.

Este material ilustra una cantidad de hechos, de los que sólo mencionaré uno o dos. La experiencia de Pedro de presenciar el acto sexual de sus padres hizo un gran impacto en su mente, y provocó fuertes emociones tales como celos, agresividad y ansiedad; por eso fue la primera cosa que expresó en su juego. No hay duda de que él ya no tenía conocimiento consciente de esta experiencia, que estaba reprimida, y que sólo la expresión simbólica de la misma era posible para él. Tengo razones para creer que, si yo no hubiera interpretado que los juguetes chocando entre ellos eran personas, él no podría haber producido el material que surgió en la segunda hora. Además, si en la segunda hora no hubiese podido mostrarle algunas de las razones de su inhibición para jugar, interpretando el daño hecho a los juguetes, es muy probable que él hubiese dejado de jugar después de romper los juguetes, como lo hacía en la vida diaria.

Hay niños que al empezar el tratamiento ni siquiera pueden jugar del mismo modo que Pedro o el niño pequeño que vino para una sola entrevista. Pero es muy raro que un niño ignore completamente los juguetes que se encuentran en la mesa. Aun si se aleja de ellos, con frecuencia da al analista alguna comprensión de sus motivos para no querer jugar. Pero también hay otros modos por los que el analista del niño puede reunir material para la interpretación. Cualquier actividad, tal como usar papel para garabatear o para recortar, y todo detalle de la conducta, como cambios en la postura o en la expresión facial, pueden dar una clave acerca de lo que pasa en la mente del niño, posiblemente en conexión con lo que el analista ha sabido por sus padres, acerca de sus dificultades.

He dicho mucho acerca de la importancia de las interpretaciones en la técnica del juego y he dado algunos ejemplos para ilustrar su contenido. Esto me lleva a una pregunta que se me ha hecho a menudo: "¿Son los niños pequeños intelectualmente capaces de comprenderlas?" Mi propia experiencia y la de mis colegas ha sido que las interpretaciones, si se relacionan con puntos salientes del material, son perfectamente comprendidas. Por supuesto, el analista de niños debe darlas tan sucinta y claramente como sea posible, y debe usar las expresiones del niño al hacerlo. Pero si traduce en palabras simples los puntos esenciales del material que le ha sido presentado, entra en contacto con las emociones y ansiedades que son más activas en ese momento; la comprensión consciente e intelectual del niño es a menudo un proceso posterior. Una de las muchas experiencias interesantes y sorprendentes del principiante en análisis de niños es encontrar en niños aun muy pequeños una capacidad de comprensión que es con frecuencia mucho mayor que la de los adultos. Hasta cierto punto esto se explica porque las conexiones entre consciente e in-

consciente son mucho más estrechas en los niños pequeños que en los adultos, y porque las represiones infantiles son menos poderosas. También creo que las capacidades intelectuales del infante son menospreciadas con frecuencia, y que en realidad él entiende más de lo que se cree.

Ilustraré lo que acabo de expresar con la respuesta de un niño pequeño a las interpretaciones. Pedro, de cuyo análisis he dado algunos detalles, había objetado con firmeza mi interpretación de que el hombre de juguete que él había arrojado de la "cama" y que estaba "muerto y acabado" representaba a su padre. (La interpretación de deseos de muerte contra una persona amada despierta usualmente grandes resistencias, tanto en niños como en adultos). En la tercera hora Pedro presentó material similar, pero ahora aceptó mi interpretación y dijo pensativamente: "¿Y si yo fuera un papá y alguien quisiera tirarme debajo de la cama y hacerme muerto y acabado, qué pensaría yo de eso?" Esto muestra que él no sólo había elaborado, comprendido y aceptado mi interpretación, sino que también había reconocido bastante más. Comprendió que sus propios sentimientos agresivos hacia su padre contribuyeron al temor que sentía por él, y también que había proyectado sus propios impulsos en su padre.

Uno de los puntos importantes en la técnica del juego ha sido siempre el análisis de la transferencia. Como sabemos, en la transferencia con el analista el paciente repite emociones y conflictos anteriores. Mi experiencia me ha enseñado que podemos ayudar al paciente fundamentalmente remontando sus fantasías y ansiedades en nuestras interpretaciones de transferencia adonde ellas se originaron, particularmente en la infancia y en relación con sus primeros objetos. Pues reexperimentando emociones y fantasías tempranas y comprendiéndolas en relación con sus primeros objetos él puede, por decirlo así, revisar estas relaciones en su raíz, y de esa manera disminuir efectivamente sus ansiedades.

V

Mirando atrás hacia los primeros años de mi labor, podría escoger unos pocos hechos. Mencioné al comienzo de este trabajo que al analizar mi primer caso infantil centré mi interés en sus ansiedades y en sus defensas contra ellas. Mi énfasis en la ansiedad me condujo cada vez más profundamente en el inconsciente y en la vida fantástica del niño. Este énfasis particular era contrario al punto de vista psicoanalítico de que las interpretaciones no debían ir muy hondo ni debían ser dadas frecuentemente. Persistí en mi enfoque, a pesar de que implicaba un cambio radical en la técnica. Entré en territorio virgen, pues hizo accesible la comprensión de las tempranas fantasías, ansiedades y defensas infantiles, que en ese entonces permanecían

aún en gran parte inexploradas. Esto se me hizo claro cuando comencé la formulación teórica de mis hallazgos clínicos.

Uno de los varios fenómenos que me sorprendieron en el análisis de Rita fue la rudeza de su superyó. He descrito en *El psicoanálisis de niños* cómo Rita acostumbraba representar el rol de una madre severa y castigadora, que trataba muy cruelmente a la niña (representada por la muñeca o por mí). Además, su ambivalencia hacia su madre, su extrema necesidad de ser castigada, sus sentimientos de culpa y sus terrores nocturnos me llevaron a reconocer que en esa niña de dos años y nueve meses —y muy claramente remontándonos a una edad mucho más temprana—, operaba un áspero e inflexible superyó. Confirmé este descubrimiento en los análisis de otros niños pequeños y llegué a la conclusión de que el superyó aparece en una etapa mucho más temprana de lo que Freud supuso. En otras palabras, se me hizo claro que el superyó, tal como él lo concebía, es el efecto de un desarrollo que se extiende por años. Como resultado de mayores observaciones, reconocí que el superyó es algo que el niño siente operando internamente de una manera concreta; que consiste en una variedad de figuras construidas a partir de sus experiencias y fantasías y que se deriva de las etapas en que introyectó a sus padres.

Estas observaciones a su vez me llevaron, en los análisis de niñas pequeñas, al descubrimiento de la principal situación de ansiedad femenina: se siente que la madre es el primer perseguidor que, como un objeto externo e internalizado, ataca el cuerpo de la niña y toma de él sus niños imaginarios. Estas ansiedades surgen de los ataques imaginados de la niña al cuerpo de la madre, que tienen como fin robarle su contenido, es decir, los excrementos, el pene de su padre, y los niños, y resultan en el temor de venganza con ataques similares. Tales ansiedades persecutorias aparecían combinadas o alternando con profundos sentimientos de depresión y culpa, y estas observaciones me ayudaron a descubrir la parte vital que la tendencia a la *reparación* desempeña en la vida mental. Reparación en este sentido es un concepto más amplio que los conceptos de Freud de “anulación en la neurosis obsesiva” y de “formación reactiva”. Pues incluye los diversos procesos por los que el yo siente que deshace un daño hecho en la imaginación, restaura, preserva y revive objetos. La importancia de esta tendencia, ligada como está a sentimientos de culpa, yace también en la gran contribución que hace a todas las sublimaciones, y de este modo a la salud mental.

Al estudiar los ataques imaginarios al cuerpo de la madre, pronto di con impulsos anal y uretro-sádicos. Mencioné antes que reconocí la severidad del superyó en Rita (1923) y que su análisis me ayudó mucho para comprender el modo en que los impulsos destructivos hacia la madre se convierten en la causa de sentimientos de culpa y persecución. Uno de los casos en que la naturaleza anal y uretro-sádica de estos impulsos destructivos se me aclaró, fue el de Trude,

de tres años y tres meses de edad, a quien analicé en 1924.¹⁰ Cuando vino a mí por tratamiento, sufría de varios síntomas, tales como terrores nocturnos e incontinencia de orina y excrementos. En la primera etapa de su análisis me pidió que fingiera estar en cama y dormir. Ella entonces diría que iba a atacarme y que buscaría excrementos en mis nalgas (según comprobé, los excrementos también representaban niños) y que ella iba a sacarlos. Después de esos ataques se acurrucaba en un rincón, jugando a qué estaba en cama, cubriéndose con almohadones (que protegían su cuerpo y que también representaban niños); al mismo tiempo orinaba realmente y demostraba claramente que temía ser atacada por mí. Sus ansiedades acerca de la peligrosa madre internalizada confirmaron las conclusiones a que había llegado antes en el análisis de Rita. Estos análisis fueron de corta duración, en parte porque los padres pensaron que se había logrado suficiente mejoría.¹¹

Poco después me convencí de que tales impulsos y fantasías destructivas podían siempre remontarse a impulsos oral-sádicos. En realidad Rita ya lo había manifestado bastante claramente. En una ocasión ennegreció un pedazo de papel, lo hizo pedazos, arrojó los mismos en un vaso de agua que llevó a la boca, como para beber del mismo, y dijo en voz baja: "mujer muerta".¹² En ese momento entendí que ese romper y mojar el papel expresaba fantasías de atacar y matar a su madre, cosa que daba lugar a temores de venganza. Ya he mencionado que fue con Trude que llegué a saber de la naturaleza anal y uretro-sádica específica de tales ataques. Pero en otros análisis, efectuados en 1924 y 1925 (Ruth y Pedro, ambos descritos en *El psicoanálisis de niños*), también comprendí la parte fundamental que los impulsos oral-sádicos desempeñan en las fantasías destructivas y en las ansiedades correspondientes, encontrando así confirmación completa de los descubrimientos de Abraham¹³ en el análisis de niños pequeños. Estos análisis, que me dieron mayor campo para la observación, ya que duraron más que los de Rita y Trude,¹⁴ me llevaron hacia una comprensión más completa del rol fundamental de los deseos y ansiedades orales en el desarrollo mental, normal y anormal.¹⁵

Como mencioné antes, ya había reconocido en Rita y Trude la internalización de una madre atacada y por lo tanto temible: el rudo superyo. Entre 1924 y 1926 analicé a una niña que estaba muy enfer-

¹⁰ Véase *El psicoanálisis de niños*.

¹¹ Rita tuvo ochenta y tres sesiones, Trude ochenta y dos.

¹² Véase "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945).

¹³ Véase "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales" (1924b).

¹⁴ Ruth tuvo 190 sesiones, Pedro 278 sesiones.

¹⁵ La convicción creciente acerca de la fundamental importancia de los descubrimientos de Abraham fue también el resultado de mi análisis con él, que comenzó en 1924 y fue interrumpido catorce meses más tarde por su enfermedad y muerte.

ma.¹⁶ A través de su análisis aprendí mucho acerca de los detalles específicos de tal internalización y de las fantasías e impulsos subyacentes en ansiedades paranoicas y maniaco-depresivas. Pues llegué a entender la naturaleza oral y anal de sus procesos de introyección y las situaciones de persecución interna que engendraban. También supe más de los modos en que las persecuciones internas influyen, por medio de la introyección, en la relación con objetos externos. La intensidad de su envidia y su odio mostró inequívocamente que éstos derivaban de la relación oral-sádica con el pecho de su madre, y estaban entrettejidos con los comienzos de su complejo de Edipo. El caso de Erna me ayudó mucho a preparar el terreno para diversas conclusiones que presenté en el Décimo Congreso Psicoanalítico Internacional en 1927¹⁷, en particular la opinión de que la razón fundamental de la psicosis es un temprano superyó, constituido cuando los impulsos y fantasías oral-sádicas están en su punto culminante, idea que desarrollé dos años más tarde, acentuando la importancia del sadismo oral en la esquizofrenia.¹⁸

Coincidiendo con los análisis ya descritos pude hacer algunas observaciones interesantes con respecto a situaciones de ansiedad en varones. Los análisis de niños y hombres confirmaron enteramente la idea de Freud de que el temor a la castración es la principal ansiedad del varón, pero reconocí que debido a la temprana identificación con la madre (la posición femenina que se introduce en las primeras etapas del complejo de Edipo), la ansiedad acerca de ataques en el interior del cuerpo es de gran importancia en hombres como en mujeres, e influye y moldea de diversas maneras sus temores de castración.

Las ansiedades derivadas de ataques imaginados al cuerpo de la madre y al padre que se supone que ella contiene, probaron ser, en ambos sexos, la razón fundamental de la claustrofobia (que incluye el temor de ser aprisionado o enterrado en el cuerpo de la madre). La conexión de estas ansiedades con el temor de castración puede verse, por ejemplo, en la fantasía de que el pene se pierda o sea destruido dentro de la madre, fantasía que puede resultar en impotencia.

Comprobé que los temores conectados con ataques al cuerpo de la madre y a ser atacado por objetos externos e internos tenían una calidad e intensidad particulares, que sugerían su naturaleza psicótica. Al explorar la relación del niño con objetos internalizados se aclararon varias situaciones de persecución interna y sus contenidos psicóticos. Además, el reconocimiento de que el temor de venganza deriva de la propia agresividad individual me condujo a sugerir que las defensas iniciales del yo se dirigen contra la ansiedad producida por impulsos y fantasías destructivas. Una y otra vez, cuando estas

¹⁶ Descrita bajo el nombre de "Erna" en *El psicoanálisis de niños*, capítulo 3.

¹⁷ Véase "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928).

¹⁸ Véase "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930a).

ansiedades psicóticas eran referidas a su origen, se comprobaba que germinaban del sadismo oral. Reconocí también que la relación oral-sádica con la madre y la internalización de un pecho devorado, y en consecuencia devorador, crean el prototipo de todos los perseguidores internos; y además que la internalización de un pecho herido y por lo tanto temido, por un lado, y de un pecho satisfactorio y provechoso, por el otro, es el núcleo del superyó. Otra conclusión fue que, a pesar de que las ansiedades orales vienen primero, las fantasías y deseos sádicos de todas las fuentes operan en una etapa muy temprana del desarrollo y se superponen a las ansiedades orales.¹⁹

La importancia de las ansiedades infantiles que he descrito se mostró también en el análisis de adultos muy enfermos, algunos de los cuales eran casos psicóticos límites.²⁰

Hubo otras experiencias que me ayudaron a alcanzar otra conclusión. La comparación entre la indudablemente paranoica Erna y las fantasías y ansiedades que había encontrado en niños menos enfermos, que sólo podrían ser calificados como neuróticos, me convenció de que las ansiedades psicóticas (paranoicas y depresivas) son la razón fundamental de la neurosis infantil. También hice observaciones similares en los análisis de neuróticos adultos. Todas estas diferentes líneas de investigación resultaron en la hipótesis de que las ansiedades de naturaleza psicótica forman parte, en cierta medida,

¹⁹ Estas y otras conclusiones están contenidas en los dos trabajos mencionados en la nota precedente. Véase también "La personificación en el juego de los niños" (1929a).

²⁰ Es posible que haya comprendido los contenidos de ansiedades psicóticas y la urgencia de interpretarlos, en el análisis de un hombre esquizofrénico que vino a verme por un mes solamente. En 1922 un colega que se iba de vacaciones me pidió que atendiera por un mes a uno de sus pacientes esquizofrénicos. Descubrí desde la primera hora que no debería permitir que el paciente quedara callado un instante. Sentí que su silencio implicaba peligro, y en cada una de esas instancias interpreté su sospecha de mí, por ejemplo, que yo tramaba con su tío y lo habríamos hecho internar nuevamente (recientemente había sido dado de alta) —material que en otras ocasiones él expresó verbalmente. Un día, cuando yo había interpretado su silencio de esta forma, conectándolo con material previo, el paciente, sentándose, me preguntó con tono amenazador: "¿Me enviará de vuelta al hospicio?" Pero se tranquilizó enseguida y empezó a hablar más libremente. Eso me indicó que estaba en el buen camino y que debía continuar interpretando sus sospechas y sentimientos de persecución. En cierta medida, se produjo una transferencia positiva además de la negativa; pero en un momento dado, cuando su temor de las mujeres se hizo muy intenso, me preguntó el nombre de un analista hombre con quien seguir el tratamiento. Se lo di, pero nunca fue a ver a ese colega. Durante ese mes vi al paciente todos los días. El analista que me pidió reemplazarlo, encontró algún progreso a su regreso y quiso que yo continuara el análisis. Me negué, pues había adquirido plena conciencia del peligro de tratar a un paranoico sin ninguna protección ni equipo adecuado. Durante el período en que lo analicé, se quedaba a menudo durante horas frente a mi casa, mirando mi ventana, aunque sólo en pocas oportunidades tocó el timbre y pidió verme. Después de cortol tiempo fue declarado insano nuevamente. A pesar de que en ese momento no saqué ninguna conclusión teórica de la experiencia, creo que ese fragmento de análisis puede haber contribuido a mi comprensión ulterior de la naturaleza psicótica de las ansiedades infantiles y al desarrollo de mi técnica.

del desarrollo infantil normal, y se expresan y elaboran en el curso de la neurosis infantil.²¹ Sin embargo, para descubrir estas ansiedades infantiles el análisis tiene que ser efectuado en los estratos profundos del inconsciente, y esto se aplica tanto a adultos como a niños.²²

Ya ha sido señalado en la introducción de este trabajo que me interesé desde un principio en las ansiedades del niño y que por medio de la interpretación de sus contenidos logré disminuir la ansiedad. Para lograrlo, debía hacer uso completo del lenguaje simbólico del juego que reconocí como parte esencial del modo de expresión del niño. Como hemos visto, el ladrillo, la pequeña figura, el auto, no sólo representan cosas que interesan al niño en sí mismas, sino que en su juego con ellas, siempre tienen una variedad de significados simbólicos que están ligados a sus fantasías, deseos y experiencias. Este modo arcaico de expresión es también el lenguaje con el que estamos familiarizados en los sueños, y fue estudiando el juego infantil de un modo similar a la interpretación de los sueños de Freud, como descubrí que podía tener acceso al inconsciente del niño. Pero debemos considerar el uso de los símbolos de cada niño en conexión con sus emociones y ansiedades particulares y con la situación total que se presenta en el análisis; meras traducciones generalizadas de símbolos no tienen significado.

La importancia que atribuí al simbolismo me condujo entonces —a medida que pasaba el tiempo— a conclusiones teóricas acerca del proceso de la formación de símbolos. El análisis del juego había mostrado que el simbolismo permite al niño transferir no sólo intereses, sino fantasías, ansiedades y sentimientos de culpa a objetos distintos de las personas.²³ De ese modo el niño experimenta un gran alivio jugando y éste es uno de los factores que hacen que el juego sea esencial para él. Por ejemplo, Pedro, a quien me referí antes, me señaló, cuando interpreté su acción de dañar una figura de juguete como representando ataques a su hermano, que él no haría eso a su hermano *real*, sólo lo haría con su hermano *de juguete*. Mi interpretación, por supuesto, le aclaró que era realmente a su hermano a quien quería atacar; pero el ejemplo muestra que sólo por medios simbólicos era él capaz de expresar sus tendencias destructivas en el análisis.

También concluí que, en los niños, una severa inhibición de la capacidad de formar y usar símbolos, y, así, de desarrollar la fantasía,

²¹ Como es sabido, Freud encontró que no hay diferencia estructural entre el normal y el neurótico, y este descubrimiento ha sido de la mayor importancia en la comprensión de los procesos mentales en general. Mi hipótesis de que las ansiedades de naturaleza psicótica son omnipresentes en la infancia, y son la razón fundamental de la neurosis, es una extensión del descubrimiento de Freud.

²² Las conclusiones que he presentado en el último párrafo son tratadas extensamente en *El psicoanálisis de niños*.

²³ En conexión con esto, véase el importante trabajo de Ernest Jones, "The Theory of Symbolism" (1916).

es señal de una perturbación seria.²⁴ Sugerí que tales inhibiciones, y la perturbación resultante en la relación con el mundo externo y con la realidad, son características de la esquizofrenia.²⁵

Como nota marginal puedo decir que me fue de gran valor desde el punto de vista clínico y teórico analizar adultos y niños. De ese modo podía observar las fantasías y ansiedades del infante operando aún en el adulto y calcular en el niño pequeño cuál podía ser su desarrollo futuro. Comparando el niño severamente enfermo, el neurótico y el normal, y reconociendo ansiedades infantiles de naturaleza psicótica como la causa de la enfermedad en neuróticos adultos, llegué a las conclusiones que acabo de describir.²⁶

VI

Al remontar, en los análisis de adultos y niños, el desarrollo de impulsos, fantasías y ansiedades hasta su origen, es decir, a los sentimientos hacia el pecho de la madre (aun en niños que no fueron amantados), hallé que las relaciones con objetos comienzan casi al nacer y surgen con la primera experiencia de la alimentación; además, que todos los aspectos de la vida mental están ligados a relaciones con objetos. También se hizo evidente que la experiencia que tiene el niño del mundo externo, que muy pronto incluye su relación ambivalente hacia su padre y otros miembros de la familia, está constantemente influida por —y a su vez influye en— el mundo interno que está construyendo, y que situaciones externas e internas son siempre interdependientes, ya que la introyección y proyección operan juntas desde el comienzo de la vida.

Las observaciones de que en la mente del infante la madre primariamente aparece como pecho bueno y pecho malo separados entre sí, y que en unos pocos meses, con la creciente integración del yo, los aspectos contrastantes comienzan a ser sintetizados, me ayudaron a comprender la importancia de los procesos de separar y mantener aparte figuras buenas y malas²⁷, así como el efecto de tales procesos en el desarrollo del yo. La conclusión, extraída de la experiencia, de que la ansiedad depresiva surge como resultado de la síntesis que realiza el yo de los aspectos buenos y malos, amados y odiados del objeto, me llevó a su vez al concepto de la posición depresiva, que alcanza su punto álgido hacia la mitad del primer año. La precede la posición paranoica, que se extiende por los tres o cuatro primeros meses

²⁴ "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930a).

²⁵ Esta conclusión ha influido desde entonces en la comprensión del modo esquizofrénico de comunicación y tiene un lugar en el tratamiento de la esquizofrenia.

²⁶ No puedo referirme aquí a la diferencia fundamental que, además de los rasgos comunes, existe entre el normal, el neurótico y el psicótico.

²⁷ "La personificación en el juego de los niños" (1929a).

de vida y se caracteriza por ansiedad persecutoria y procesos de separación.²⁸ Más tarde, en 1946²⁹, cuando reformulé mis ideas acerca de los tres o cuatro primeros meses de vida, llamé a esta etapa (utilizando una sugestión de Fairbairn)³⁰ la posición esquizo-paranoide y, elaborando su significación, intenté coordinar mis hallazgos acerca de la separación, la proyección, la persecución y la idealización.

Mi labor con niños y las conclusiones teóricas que extraje de la misma influyó cada vez más en mi técnica con adultos. Siempre fue un principio del psicoanálisis que el inconsciente, que se origina en la mente infantil, tiene que ser explorado en el adulto. Mi experiencia con niños me había llevado mucho más profundamente en esa dirección de lo que antes se había hecho, y esto produjo una técnica que abrió el acceso a esos estratos. En particular, mi técnica del juego me ayudó a ver qué material debía ser interpretado en ese momento y el modo en que sería más fácilmente transmitido al paciente; y algo de ese conocimiento lo podía aplicar al análisis de adultos.³¹ Como ha sido señalado antes, esto no significa que la técnica usada con niños sea idéntica al enfoque de casos de adultos. Aunque es posible retroceder hasta las etapas más tempranas, es de gran importancia, al analizar adultos, tomar en cuenta el yo adulto, exactamente como con los niños tenemos en mente el yo infantil de acuerdo con la etapa de su desarrollo.

La mayor comprensión de las etapas más tempranas de desarrollo, del rol de las fantasías, ansiedades y defensas en la vida emocional del infante también ha iluminado los puntos de fijación de la psicosis adulta. Como resultado ha abierto un nuevo camino para tratar pacientes psicóticos con psicoanálisis. Este campo, en particular el psicoanálisis de pacientes esquizofrénicos, necesita mucho más investigación; pero la labor realizada en esta dirección por algunos psicoanalistas, que están representados en este libro, parece justificar nuestras esperanzas en el futuro.

²⁸ "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935).

²⁹ "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

³⁰ W.R.D. Fairbairn, "Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis" (1941).

³¹ La técnica del juego ha influido también en la labor con niños en otros campos, como por ejemplo en la guía de niños y en educación. La investigación de Susan Isaacs en la Escuela Malting House dio nuevo ímpetu al desarrollo de métodos educacionales en Inglaterra. Sus libros acerca de ese trabajo han sido muy leídos y tuvieron un efecto duradero en las técnicas educativas de este país, especialmente en lo que concierne a los niños pequeños. Su apreciación del psicoanálisis y en particular la técnica del juego influyeron intensamente en su enfoque, y en gran medida debemos a ella que la comprensión psicoanalítica de los niños en Inglaterra haya contribuido al desarrollo de la educación.

9. SOBRE LA IDENTIFICACION

(1955)

INTRODUCCION

En "Duelo y melancolía" (1917)¹ Freud demostró la relación intrínseca entre identificación e introyección. Su posterior descubrimiento del superyó², el que atribuyó a la introyección del padre y a la identificación con el mismo, llevó al reconocimiento de que la identificación como secuela de la introyección constituye una parte del desarrollo normal. A partir de este descubrimiento, la introyección y la identificación han desempeñado un papel central en el pensamiento y la investigación psicoanalíticos.

Antes de comenzar con el verdadero asunto de este trabajo, pienso que sería útil recapitular mis conclusiones principales sobre este tema: el desarrollo del superyó puede ser investigado hasta la introyección en las etapas más tempranas de la infancia; los objetos primarios internalizados forman la base de complejos procesos de identificación; la ansiedad persecutoria, que surge de la experiencia del nacimiento, es la primera forma de ansiedad, seguida muy pronto por la ansiedad depresiva; la introyección y la proyección operan desde el comienzo de la vida posnatal e interactúan constantemente. Esta interacción erige a un tiempo el mundo interno y modela el cuadro de la realidad externa. El mundo interno consiste en objetos, el primero de todos la madre, internalizada en varios aspectos y situaciones emocionales. Las relaciones entre estas figuras internaliza-

¹ Los trabajos de Abraham sobre la melancolía, que datan de 1911 ("Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maniaco-depresiva y condiciones asociadas") y 1924 ("Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales"), también fueron de gran importancia a este respecto.

² *El yo y el ello*, OC. 19.

das, y entre las mismas y el yo, tienden a ser experimentadas —cuando predomina la ansiedad persecutoria— principalmente como hostiles y peligrosas; son vividas como buenas y amorosas cuando el niño es gratificado y prevalecen los sentimientos felices. Este mundo interno, que puede describirse en términos de relaciones y sucesos internos, es el producto de los propios impulsos, emociones y fantasías del niño. Por supuesto es profundamente influido por sus buenas y malas experiencias de fuentes externas.³ Pero al mismo tiempo el mundo interno influye en su percepción del mundo externo de un modo que no es menos decisivo para su desarrollo. La madre, y antes que nada su pecho, es el objeto primario tanto para los procesos introyectivos como para los proyectivos del niño. El amor y el odio son desde el comienzo proyectados sobre ella, y concurrentemente ella es internalizada junto con estas dos contrastantes emociones primordiales, que subyacen a la sensación infantil de que existen una buena y una mala madre (pecho). Cuanto más la madre y su pecho son catectizados —y el grado de la catexia depende de una combinación de factores internos y externos, entre los cuales la capacidad insita de amar es de la mayor importancia— tanto más seguramente se establecerá en la mente infantil el pecho bueno internalizado, el prototipo de los buenos objetos internos. Esto a su vez influye en la fuerza y la naturaleza de las proyecciones; en particular determina si son los sentimientos de amor o los impulsos destructivos los que predominan en ellas.⁴

He descrito en diversos contextos las fantasías sádicas infantiles dirigidas contra la madre. Descubrí que los impulsos y fantasías agresivos que aparecen en la más temprana relación con el pecho materno, tales como succionarlo hasta dejarlo seco y vacío, pronto llevan a nuevas fantasías de entrar en la madre y robarle el contenido de su cuerpo. Coincidentemente, el niño experimenta impulsos y fantasías de atacar a la madre poniendo excrementos en ella. En tales fantasías, se tiene la vivencia de haber disociado productos del cuerpo y partes del propio yo, y haberlos proyectado en la madre, en cuyo interior continúan su existencia. Estas fantasías pronto se extienden al padre y a otras personas. También sostuve que la ansiedad persecutoria y el temor a la retaliación, que resultan de los impulsos oral, uretral y anal-sádicos, subyacen al desarrollo de la paranoia y la esquizofrenia.

No son solamente las partes del propio yo, sentidas como destructivas y “malas”, las disociadas y proyectadas en otra persona, sino también partes que son vividas como buenas y valiosas.

³ Entre ellas la actitud de la madre es de vital importancia desde el comienzo de la vida y persiste como factor fundamental en el desarrollo del niño. Véase por ej., *Desarrollos en psicoanálisis* (M. Klein y otros, 1952).

⁴ Para decirlo en términos de los dos instintos, se trata de si en la lucha entre instintos de vida y muerte prevalece el de vida.

He señalado antes que desde el comienzo de la vida el primer objeto del niño, el pecho materno (y la madre), es investido de libido y que esto influye vitalmente en la forma en que la madre es internalizada. Esto a su vez es de gran importancia para la relación con ella como objeto externo e interno. El proceso por el que la madre es investida de libido está vinculado al mecanismo de proyectar buenos sentimientos y buenas partes del yo en ella.

En el curso de la labor posterior llegué también a reconocer la gran importancia que tienen para la identificación ciertos mecanismos proyectivos que son complementarios de los introyectivos. El proceso que subyace al sentimiento de identificación con otras personas, debido al hecho de que se les atribuyen cualidades o actitudes propias, fue dado por sentado aun antes que el correspondiente concepto fuera incorporado a la teoría psicoanalítica. Por ejemplo, el mecanismo proyectivo que fundamenta la empatía es familiar en la vida diaria. Fenómenos bien conocidos en psiquiatría, por ejemplo, la convicción de un paciente de ser *realmente* Cristo, Dios, un rey, una persona famosa, se vincula con la proyección. Los mecanismos que fundamentan estos fenómenos, sin embargo, no habían sido investigados en detalle cuando, en mis "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides"⁵, sugerí la denominación "identificación proyectiva"⁶ para esos procesos que forman parte de la posición esquizo-paranoide. Las conclusiones a que llegué en aquel trabajo, con todo, se basaron en algunos de mis hallazgos más tempranos,⁷ en particular en el de las fantasías e impulsos infantiles oral, uretral y anal-sádicos de atacar el cuerpo materno de diversas maneras, incluyendo la proyección de excrementos y partes del yo en ella.

La identificación proyectiva se vincula con procesos evolutivos que aparecen durante los primeros tres o cuatro meses de vida (la posición esquizo-paranoide), cuando la disociación es máxima y la ansiedad persecutoria predomina. El yo se encuentra todavía en gran medida no integrado y es susceptible por ende de disociarse, así como de disociar sus emociones y sus objetos internos y externos, pero la disociación es también una de las defensas fundamentales contra la ansiedad persecutoria. Otras defensas que aparecen en esta etapa son la idealización, la negación y el control omnipotente de los objetos internos y externos. La identificación por proyección implica una combinación de la disociación de partes del yo con la proyección de las mismas sobre (o mejor en) otra persona. Estos procesos tienen muchas ramificaciones e influyen fundamentalmente en las relaciones objetales.

En el desarrollo normal, en el segundo cuarto del primer año la

⁵ Leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica el 4 de diciembre de 1946.

⁶ A este respecto remito a los trabajos de Herbert Rosenfeld (1947, 1949, 1950), que son de importancia para estos problemas.

⁷ Véase mi libro *El psicoanálisis de niños*, por ejemplo pág. 144 y sigs.

ansiedad persecutoria disminuye y pasa al frente la ansiedad depresiva, como resultado de la mayor capacidad del yo para integrarse y para sintetizar sus objetos. Esto ocasiona culpa y pesar por el daño causado (en las fantasías omnipotentes) a un objeto que es vivido ahora a un tiempo como amado y odiado; estas ansiedades y las defensas contra ellas representan la posición depresiva. En esta coyuntura puede producirse una regresión a la posición esquizo-paranoide, en una tentativa de huir de la depresión.

También sugerí que la internalización es de la mayor importancia para los procesos proyectivos, en particular que el pecho bueno internalizado actúa como punto focal en el yo, desde el cual pueden proyectarse sentimientos buenos en objetos externos. Fortalece al yo, contrarresta los procesos de disociación y dispersión y aumenta la capacidad de síntesis e integración. El objeto bueno internalizado constituye así una de las precondiciones de un yo integrado y estable y de buenas relaciones objetales. La tendencia a la integración, que rivaliza con la disociación, es a mi juicio desde la más temprana infancia un rasgo dominante de la vida mental. Uno de los principales factores que fundamentan la necesidad de integración es la sensación del individuo de que la misma implica estar vivo, amar y ser amado por el objeto bueno interno y externo; es decir, existe una estrecha relación entre integración y relaciones objetales. Recíprocamente, el sentimiento de caos, de desintegración, de falta de emociones como resultado de la disociación, pienso que se vincula estrechamente con el temor a la muerte. Sostuve (en "Mecanismos esquizoides") que el temor a la aniquilación por las fuerzas destructivas de adentro es el más intenso de todos los miedos. La disociación, en cuanto defensa primaria contra el mismo, es efectiva en la medida en que produce una dispersión de la ansiedad y una supresión de emociones. Pero fracasa en otro sentido porque deriva en un sentimiento análogo a la muerte —que esto es lo que significan el sentimiento de caos y la desintegración concomitante—. Pienso que los sufrimientos de los esquizofrénicos no son plenamente apreciados, puesto que parecen carecer de emociones.

Quisiera aquí agregar algo a mi trabajo sobre los "Mecanismos esquizoides". Sugeriría que un objeto bueno establecido con seguridad, que implica un amor por el mismo seguramente establecido, proporciona al yo una sensación de riqueza y abundancia que permite una efusión de libido y una proyección de partes buenas del yo en el mundo externo, sin que surja un sentimiento de depleción. El yo entonces puede sentir que es capaz de reintroyectar el amor que ha repartido, así como incorporar bondad de otras fuentes, y de ese modo, enriquecerse con todo el proceso. En otras palabras, en tales casos hay un equilibrio entre dar y recibir, entre proyección e introyección.

Además, cada vez que es incorporado un pecho indemne, en estados de gratificación y amor, esto afecta los modos en los que el yo di-

socia y proyecta. Como he sugerido, existen diversos procesos disociativos (acerca de los cuales nos queda todavía mucho por averiguar) y su naturaleza es de gran importancia para el desarrollo del yo. El sentimiento de contener un pezón y un pecho indemnes —si bien coexiste con fantasías de un pecho devorado, por ende en pedazos— tiene como efecto que la disociación y la proyección no estén *predominantemente* relacionadas con partes fragmentadas de la personalidad, sino con partes más coherentes del propio yo. Esto implica que el yo no está expuesto a un fatal debilitamiento por dispersión, y por esta razón es más capaz de contrarrestar repetidamente la disociación y alcanzar la integración y la síntesis en su relación con los objetos.

Recíprocamente, el pecho introducido con odio, y por ello vivido como destructivo, se convierte en el prototipo de todos los malos objetos internos, impulsa al yo a una mayor disociación y deviene el representante interno del instinto de muerte.

He mencionado ya que, simultáneamente con la internalización del pecho bueno, la madre externa es catectizada también con libido. En varios contextos ha descrito Freud este proceso y algunas de sus implicaciones: por ejemplo, refiriéndose a la idealización en una relación de amor, manifiesta⁸ que “el objeto está siendo tratado del mismo modo que nuestro propio yo, de manera que cuando estamos enamorados una considerable cantidad de libido narcisista desborda sobre el objeto... Lo amamos a causa de las perfecciones que hemos tendido a alcanzar para nuestro propio yo...”⁹

En mi concepto, los procesos que Freud describe implican que se siente este objeto amado como el continente de la parte disociada, amada, y valorada del sí-mismo, que así continúa su existencia dentro del objeto. De tal suerte se transforma en una extensión del sí-mismo.¹⁰

Lo dicho más arriba es un breve resumen de mis hallazgos expuestos en “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”.¹¹ Sin embargo, no me limité a los puntos allí discutidos, sino que agregué algunas nuevas sugerencias y amplifiqué otras que estaban implícitas pero no se mencionaban abiertamente en aquel trabajo. Me propon-

⁸ *Psicología de las masas y análisis del yo*, OC, 18.

⁹ Anna Freud ha descrito otro aspecto de la proyección sobre un objeto amado y la identificación con el mismo en su concepto de “sometimiento altruista” (*El yo y los mecanismos de defensa*, cap. X).

¹⁰ Releyendo hace poco *Psicología de las masas y análisis del yo*, me pareció que Freud tenía conciencia del proceso de identificación por proyección, si bien no lo diferenciaba por medio de un término especial del proceso de identificación por introyección, del que se ocupaba preferentemente. Elliott Jaques (1955) cita algunos pasajes de *Psicología de las masas* como implícitamente referentes a la identificación por proyección.

¹¹ Véase también “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” (1952c).

go ahora ejemplificar algunos de estos hallazgos por medio del análisis de una narración del novelista francés Julien Green.¹²

UNA NOVELA QUE ILUSTRA LA IDENTIFICACION PROYECTIVA

El héroe, un joven escribiente llamado Fabián Especel, es desgraciado y está insatisfecho consigo mismo, en especial por su aspecto, su falta de éxito con las mujeres, su pobreza y el trabajo inferior a que se siente condenado. Encuentra sus creencias religiosas, que atribuye a imposiciones de su madre, muy pesadas, sin lograr empero liberarse de ellas. Su padre, fallecido cuando Fabián todavía se hallaba en la escuela, había despilfarrado todo su dinero en el juego, había llevado una vida "alegre" con las mujeres, y había muerto por una crisis cardíaca que se pensaba resultado de su vida disoluta. La pronunciada pesadumbre y rebelión de Fabián contra su suerte se vinculan con el resentimiento hacia su padre, cuya irresponsabilidad lo había privado de una mayor educación y mejores perspectivas. Estos sentimientos, parece, contribuyen al insaciable deseo de Fabián de riquezas y éxito, y a su intensa envidia y odio por los que tienen más.

La esencia de la narración la constituye el mágico poder de convertirse en otras personas que es conferido a Fabián merced a un pacto con el Diablo, que lo seduce con falsas promesas de felicidad a aceptar el siniestro don. El Diablo enseña a Fabián una fórmula secreta mediante la cual puede efectuarse el cambio. Esta incluye su propio nombre, Fabián, y es de gran importancia que recuerde —pase lo que pase— la fórmula y su nombre.

La primera elección de Fabián la constituye el mozo que le trae una taza de café, que es todo lo que puede permitirse como desayuno. Esta tentativa de proyección no se realiza porque a esta altura todavía considera los sentimientos de sus futuras víctimas, y el mozo, al ser preguntado por Fabián si desearía cambiar lugares con él, se rehúsa. La próxima elección de Fabián es su empleador, Poujars. Envidia grandemente a este hombre, que es rico, que puede —según supone Fabián— gozar plenamente de la vida, y tiene poder sobre otras personas, en particular sobre Fabián. El autor describe la envidia que siente Fabián por Poujars en estos términos: "¡Ah! el sol. A menudo le parecía que el señor Poujars lo tenía escondido en su bolsillo."

Fabián también está muy resentido con su empleador porque se siente humillado por él y aprisionado en su oficina.

Antes de murmurar la fórmula al oído de Poujars, Fabián le habla del mismo modo despectivo y humillante que el empleador uti-

¹² *If I Were You* (traducido del francés por J.H.F. McEwen), Londres, 1950.

lizaba con él. La transformación tiene el efecto de hacer que la víctima entre al cuerpo de Fabián y se desmaye; Fabián (ahora en el cuerpo de Poujars) extiende un cheque por una suma importante a favor de Fabián. Encuentra en el bolsillo de Fabián su dirección, que anota cuidadosamente. (Este trozo de papel con el nombre y la dirección de Fabián lo lleva consigo en sus dos siguientes transformaciones.) Asimismo dispone que Fabián, en cuyo bolsillo ha colocado el cheque, sea llevado a su hogar, donde sería cuidado por su madre. El destino del cuerpo de Fabián está muy presente en la mente de Fabián-Poujars, porque siente que algún día podría querer retornar a su antigua personalidad; por lo tanto no desea ver recobrar la conciencia a Fabián, ya que teme los ojos asustados de Poujars (con quien cambió de lugar) mirando desde un rostro que fue el suyo. Se pregunta, mirando a Fabián, quien sigue aún inconsciente, si alguien alguna vez lo quiso, y se alegra de haberse librado de esa apariencia poco atractiva y de esas ropas miserables.

Fabián-Poujars muy pronto descubre ciertos inconvenientes en su transformación. Se siente oprimido por su nueva corpulencia; ha perdido su apetito y se da cuenta de la enfermedad renal que aqueja a Poujars. Descubre con disgusto que no sólo ha asumido la apariencia de Poujars sino también su personalidad. A esta altura ha quedado extrañado de su antiguo ser y recuerda poco sobre la vida y circunstancias de Fabián. Decide que no ha de quedarse un minuto más de lo necesario en la piel de Poujars.

Al abandonar la oficina con la libreta de Poujars en su poder comprende gradualmente que se ha colocado a sí mismo en una situación extremadamente seria. Porque no sólo le disgustan el aspecto, personalidad, y recuerdos ingratos que ha adquirido, sino que también está preocupado en grado sumo por la falta de fuerza de voluntad e iniciativa que están de conformidad con la edad de Poujars. El pensamiento de que podría no ser capaz de reunir la energía para transformarse en alguien distinto lo llena de horror. Decide que como próximo objeto debe elegir a alguien que sea joven y sano. Cuando ve en un café a un joven atlético de cara desagradable, con aspecto arrogante y pendenciero, pero cuya presencia global muestra confianza en sí mismo, vigor y salud, Fabián-Poujars —sintiéndose crecientemente preocupado porque no pudiera nunca sembrararse de Poujars— decide aproximarse al joven a pesar de tenerle mucho miedo. Le ofrece un fajo de billetes de banco que Fabián-Poujars desea tener después de la transformación, y mientras distrae así la atención del hombre se ingenia para susurrar la fórmula en su oído y deslizar la tira de papel con el nombre y dirección de Fabián en su bolsillo. A los pocos momentos Poujars, cuya persona acaba de abandonar Fabián, ha caído y Fabián se ha convertido en el joven Paul Esménard. Está lleno de la gran alegría de sentirse joven, sano y fuerte. Ha perdido mucho más que en la primera transformación su personalidad original y se ha hecho de una nueva; se sorprende de

hallar en su mano un fajo de billetes y en su bolsillo una tira de papel con el nombre y dirección de Fabián. Pronto piensa en Berthe, la joven cuyos favores Paul Esménard ha estado tratando de ganar, hasta el momento sin éxito. Entre otras cosas desagradables, Berthe le manifestó que posee la cara de un asesino y que ella le tiene miedo. El dinero en su bolsillo le da confianza y se dirige directamente a su casa, determinado a hacerla complacer sus deseos.

Si bien Fabián ha quedado sumergido en Paul Esménard, se siente cada vez más aturdido por el nombre Fabián que ha leído en la tira de papel. "Ese nombre permaneció en cierto modo en el corazón mismo de su ser." Una sensación de estar prisionero en un cuerpo desconocido y agobiado por unas manos grandes y un cerebro de lento funcionamiento se posesiona de él. No puede desentrañarla, y lucha ineficazmente con su propia estupidez; se pregunta qué puede significar su deseo de estar libre. Todo esto atraviesa su mente mientras se dirige hacia Berthe. Entra violentamente a su habitación, aunque ella trata de cerrar la puerta contra él. Berthe grita, él la silencia tapándole la boca, y en la lucha que se sucede la estrangula. Sólo gradualmente se da cuenta de lo que ha hecho; se aterroriza y no se atreve a dejar el departamento de Berthe dado que oye gente moviéndose en la casa. De pronto oye un golpe a la puerta, la abre y se encuentra con el Diablo, a quien no reconoce. El Diablo se lo lleva, le enseña de nuevo la fórmula que Fabián-Esménard ha olvidado, y lo ayuda a recordar algo de su condición original. También le previene que en el futuro no debe entrar en una persona demasiado estúpida para emplear la fórmula y por ende incapaz de efectuar posteriores transformaciones.

El Diablo lo lleva a una sala de lectura en busca de una persona en quien pueda cambiarse Fabián-Esménard, y escoge a Emmanuel Fruges; Fruges y el Diablo se reconocen de inmediato, porque Fruges ha estado luchando todo el tiempo contra él, que "tan a menudo y tan pacientemente rondaba a esa alma inquieta". El Diablo lleva a Fabián-Esménard a murmurar la fórmula al oído de Fruges y la transformación se efectúa. Tan pronto como Fabián ha penetrado en el cuerpo y la personalidad de Fruges, recobra su capacidad de pensar. Se pregunta acerca del destino de su última víctima y está un tanto preocupado por Fruges (ahora en el cuerpo de Esménard), quien será condenado por el crimen de Fabián-Esménard. En parte se siente responsable por el crimen porque, como el Diablo le señala, las manos que lo cometieron le pertenecían tan sólo unos pocos minutos antes. Antes de separarse del Diablo inquiriere también sobre el Fabián original y sobre Poujars. Mientras recobra algunos recuerdos sobre sus anteriores personalidades, observa que cada vez más se convierte en Fruges y adquiere la suya. Al mismo tiempo se da cuenta de que sus experiencias han aumentado su comprensión del resto de la gente, porque ahora puede entender mejor lo que pasaba en las mentes de Poujars, Paul Esménard y Fruges. También siente simpa-

tía, una emoción que nunca ha conocido antes, y vuelve una vez más para ver lo que Fruges —en el cuerpo de Paul Esménard— hace. No obstante, saborea no sólo el pensamiento de su propia huida sino también de lo que su víctima habrá de sufrir en su lugar.

El autor nos relata que algunos elementos de la naturaleza original de Fabián entran más en esta transformación que en cualquiera de las previas. En particular el lado inquisitivo del carácter de Fabián impulsa a Fabián-Fruges a descubrir más y más sobre la personalidad de Fruges. Entre otras cosas descubre que le atraen las postales obscenas que compra a una vieja mujer en una pequeña librería, donde las postales se ocultan detrás de otros artículos. Fabián está disgustado con este aspecto de su nueva naturaleza; odia el ruido que hace el estante giratorio sobre el que se disponen las postales, y siente que este ruido lo perseguirá siempre. Decide desembarazarse de Fruges, a quien ahora es capaz en cierto grado de juzgar con los ojos de Fabián.

Pronto entra al negocio un niño pequeño de alrededor de seis años. George es la imagen de la "inocencia con mejillas como manzanas" y Fabián-Fruges se siente de inmediato muy atraído por él. George le hace recordar a sí mismo cuando tenía esa edad y siente gran ternura hacia el niño. Fabián-Fruges sigue a George fuera del comercio y lo observa con gran interés. Repentinamente siente la tentación de transformarse en el niño. Lucha contra esta tentación como nunca, piensa, ha luchado antes contra la tentación, porque sabe que sería criminal robar la personalidad y la vida del niño. Sin embargo, decide convertirse en George, se arrodilla a su lado y pronuncia la fórmula en su oído, en un estado de gran remordimiento y emoción. Pero nada sucede, y Fabián-Fruges comprende que la magia no obra sobre el niño porque el Diablo no tiene poder sobre él.

Fabián-Fruges se horroriza ante la idea de que pudiera no ser capaz de apartarse de Fruges, quien le disgusta más y más. Siente que es prisionero de Fruges y lucha por mantener vivo el aspecto Fabián de sí mismo, porque comprende que a Fruges le falta la iniciativa que le ayudaría a escapar. Realiza varios intentos de acercarse a la gente, pero fracasa y pronto se desespera, teme que el cuerpo de Fruges sea su tumba y que tenga que permanecer en el mismo hasta su muerte. "Tenía todo el tiempo la impresión de que estaba siendo lenta pero seguramente encerrado; que una puerta que había permanecido abierta estaba ahora cerrándose gradualmente sobre él." Finalmente logra transformarse en un bello y saludable joven de veinte años llamado Camille. A esta altura el autor nos introduce por primera vez en un círculo familiar, consistente en la esposa de Camille, Stéphanie, su prima Elise, Camille mismo, su hermano menor, y el viejo tío que los había adoptado a todos cuando eran niños.

Cuando entra a la casa, Fabián-Camille parece estar buscando algo. Sube las escaleras mirando las diferentes habitaciones, hasta que llega al cuarto de Elise. Cuando se ve allí reflejado en un espejo se

llena de alegría al comprobar que es hermoso y fuerte, pero un momento más tarde descubre que en realidad se ha convertido en una persona infeliz, débil, e inútil y decide librarse de Camille. Al mismo tiempo se ha dado cuenta del apasionado y no correspondido amor de Elise por Camille. Elise entra y él le dice que la ama y que debería haberse casado con ella en vez de su prima Stéphanie. Elise, atónita y atemorizada desde que Camille nunca le había dado signos de retribuir su amor, huye. Dejado solo en la habitación de Elise, Fabián-Camille piensa con simpatía en los sufrimientos de la joven y que podría hacerla feliz amándola. Entonces piensa de súbito que si esto fuera así él podría ser feliz convirtiéndose en Elise. Sin embargo, desecha esta posibilidad porque no puede estar seguro de que Camille, si Fabián se transformara en Elise, habría de amarla. Ni siquiera está seguro de si él mismo —Fabián— ama a Elise. Mientras piensa sobre esto, se le ocurre que lo que ama en Elise son sus ojos, que de alguna manera le resultan familiares.

Antes de dejar la casa, Fabián-Camille toma venganza del tío, que es un hombre hipócrita y tirano, por todo el daño que ha causado a la familia. También venga especialmente a Elise castigando y humillando a su rival Stéphanie. Fabián-Camille, habiendo insultado al viejo, lo deja en un estado de ira impotente y se va sabiendo que ha hecho imposible para sí retornar nunca a esta casa bajo el aspecto de Camille. Pero antes de partir insiste en que Elise, quien todavía le teme, lo escuche una vez más. Le manifiesta que no la ama realmente y que debe abandonar su desdichada pasión por Camille o será siempre infeliz.

Como antes, Fabián siente resentimiento contra la persona en quien se ha convertido, porque la descubre falta de valor; por lo tanto pinta con gozo cómo Camille, cuando Fabián lo haya abandonado, será recibido por su tío y su mujer. La única persona que lamenta abandonar es Elise; y de repente se le ocurre a quién se parece. Sus ojos tienen “en ellos toda la tragedia de una nostalgia que no puede nunca ser satisfecha”, y de inmediato cobra conocimiento de que son los ojos de Fabián. Cuando este nombre, que ha olvidado por completo, vuelve a él y lo pronuncia en voz alta, su sonido le recuerda confusamente “un país lejano” conocido tan sólo en el pasado por sueños. Porque su recuerdo real de Fabián ha desaparecido completamente, y en su prisa por escapar de Fruges y transformarse en Camille no ha llevado consigo ni el nombre y dirección de Fabián ni el dinero. Desde este momento en adelante la nostalgia de Fabián se apodera de él y lucha por recobrar sus viejos recuerdos. Es un niño quien lo ayuda a reconocer que él mismo es Fabián, porque cuando el pequeño pregunta cuál es su nombre, contesta inmediatamente “Fabián”. Ahora Fabián-Camille se desplaza más y más física y mentalmente en la dirección en que Fabián puede ser hallado, porque, como dice, “quiero ser yo mismo otra vez”. Caminando por las calles exclama este nombre, que corporiza su deseo mayor, y espera

para obtener una respuesta. La fórmula que ha olvidado se le presenta y espera que también recordará el apellido de Fabián. En el camino a su hogar cada edificio, piedra y árbol adquiere un significado particular; siente que están "cargados con algún mensaje para él" y sigue andando, llevado por un impulso.

Así es como llega a entrar al comercio de la vieja mujer que había sido tan familiar a Fruges. Siente que al explorar este oscuro local está también "explorando un rincón secreto de su propia memoria, mirando por así decir su propia mente", y se siente lleno de "depresión abismal". Cuando impulsa el estante giratorio que contiene las postales el chirrido lo afecta extrañamente. Abandona el local apresuradamente. El próximo mojón es la sala de lectura en la que, con ayuda del Diablo, Fabián-Esménard se transformó en Fruges. Grita "Fabián", pero no obtiene respuesta. Luego pasa por la casa en que Fabián-Esmérard mató a Berthe y se siente impulsado a entrar y descubrir lo que ha sucedido detrás de esa ventana que la gente señala; se pregunta si no es ésta quizá la habitación en que vive Fabián, pero se llena de temor y se escabulle cuando oye a la gente hablar sobre el crimen que se cometió tres días antes; el asesino no ha sido todavía hallado. Al seguir caminando, las casas y los negocios se vuelven aun más familiares para él, y se siente profundamente conmovido cuando llega al sitio en que el Diablo trató por primera vez de ganar a Fabián. Finalmente llega a la casa en que vive Fabián y el portero deja pasar a Fabián-Camille. Cuando comienza a subir las escaleras un súbito dolor atenaza su corazón.

Durante los tres días en que todos estos sucesos ocurrieron Fabián había estado inconsciente en su lecho, cuidado por su madre. Comienza a recobrar los sentidos y se inquieta cuando se acerca Fabián-Camille y sube las escaleras. Fabián oye a Fabián-Camille pronunciar su nombre desde atrás de la puerta, sale de la cama y se acerca a la misma, pero es incapaz de abrirla. Por el agujero de la cerradura Fabián-Camille pronuncia la fórmula y se retira. Fabián es hallado inconsciente junto a la puerta por su madre, pero pronto se recupera y gana fuerzas. Trata desesperadamente de descubrir lo que sucedió durante los días en que estuvo inconsciente y en especial sobre el encuentro con Fabián-Camille; pero se le contesta que nadie ha venido y que ha estado en coma durante tres días desde su desmayo en la oficina. Con su madre sentada junto a su cama se siente invadido por el deseo de ser amado por ella y de poder expresarle su amor. Desea tocar su mano, arrojarle en sus brazos, pero siente que ella no respondería. A pesar de esto comprende que si su amor hubiera sido más fuerte ella lo habría amado más. El intenso afecto que experimenta hacia ella se extiende súbitamente a toda la humanidad y se siente desbordante de una inenarrable felicidad. Su madre le sugiere que rece, pero él sólo puede recordar las palabras "Padre Nuestro". Entonces se siente nuevamente abrumado por esta misteriosa felicidad, y muere.

I

El autor de esta novela posee una profunda comprensión de la mente inconsciente; esto se ve tanto en la forma en que describe los sucesos y personajes como —lo que es de especial interés aquí— en su elección de la gente en que Fabián se proyecta. Mi interés en la personalidad y las aventuras de Fabián, que ilustran, como se ve, algunos de los complejos y aún oscuros problemas de la identificación proyectiva, me llevan a intentar un análisis de este rico material, casi como si se tratara de un paciente.

Antes de ocuparme de la identificación proyectiva, que para mí constituye el tema principal de este libro, he de considerar la interacción entre procesos introyectivos y proyectivos, que también —pienso— está ilustrada en la novela. Por ejemplo, el autor describe el desdichado impulso de Fabián a contemplar las estrellas. “Siempre que miraba de este modo a la noche que todo lo cubría, tenía una sensación de ser transportado suavemente por encima del mundo... Era casi como si por el mismo esfuerzo de mirar al espacio se estuviera abriendo dentro suyo una especie de golfo, correspondiendo a las vertiginosas profundidades en que su imaginación atisbaba”. Esto, pienso, significa que Fabián está simultáneamente mirando a la distancia y dentro suyo; incorporando al cielo y a las estrellas así como proyectando en ellos sus objetos internos amados y las partes buenas de sí mismo. También interpretaría su intenso mirar las estrellas como una tentativa de recuperar sus objetos buenos que siente perdidos o lejanos.

Otros aspectos de las identificaciones introyectivas de Fabián arrojan luz sobre sus procesos proyectivos. En una oportunidad, cuando está solitario por la noche en su habitación, siente, como a menudo, que desea escuchar “algunos signos de vida provenientes de los otros habitantes del edificio que lo rodean”. Fabián coloca el reloj de oro de su padre sobre la mesa; siente gran afecto por él y le gusta especialmente a causa de “su opulencia y brillo y de las figuras cláfamente marcadas en su faz”. De una manera vaga este reloj también le da una sensación de confianza. Mientras reposa sobre la mesa entre sus papeles, Fabián siente que la habitación adquiere un aire de orden y seriedad, quizá debido al “inquieto aunque calmante sonido de su tictac, reconfortante en medio del silencio invasor”. Contemplando el reloj y escuchando su sonido, medita sobre las horas de alegría y miseria que ha marcado en la vida de su padre, y se le ocurre que está vivo y es independiente de su fallecido dueño anterior. En un pasaje previo el autor manifiesta que desde la infancia siempre “Fabián había sido perseguido por la sensación de una presencia interior que, de cierto modo que él no podría haber descrito, se hallaba siempre más allá del alcance de su propia conciencia...”. Yo

concluiría que el reloj posee algunas de las cualidades de una naturaleza paterna, tales como el orden y la seriedad, que imparte a la habitación y en un sentido más profundo a Fabián mismo; en otras palabras, el reloj representa al padre bueno internalizado, a quien desea sentir siempre presente. Este aspecto del superyó, que se vincula con la actitud altamente moral y ordenada de su madre, contrasta con las pasiones del padre y con su vida "alegre", de la que también el ruido del reloj trae recuerdos a Fabián. El se identifica con esta parte frívola también, como se evidencia en su conceder tanta importancia a sus conquistas de mujeres; si bien tales éxitos no le proporcionan mucha satisfacción.

Aun otro aspecto del padre internalizado aparece bajo la forma del Diablo. Porque leemos que cuando el Diablo va hacia él, Fabián oye pasos resonando en la escalera: "Comenzó a oír esos resonantes pasos como un pulso latiendo en sus propias sienas."

Un poco más tarde, cuando se enfrenta con el Diablo, le parece "que la figura que tiene enfrente seguirá creciendo y creciendo hasta extenderse como una oscuridad por toda la habitación". Esto, pienso, expresa la internalización del Diablo (el padre malo), indicando la oscuridad también el terror que siente al haber incorporado un objeto tan siniestro. Un poco más adelante, cuando Fabián está viajando en un carruaje con el Diablo, se queda dormido y sueña "que su compañero se deslizó por el asiento hacia él" y que su voz "parecía enroscarse en torno suyo, atándole los brazos, sofocándolo con su flujo untuoso". Veo en esto el temor de Fabián a la intrusión del objeto malo en él. En mis "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" describí estos temores como consecuencia del impulso a hacer intrusión en otra persona, esto es, de la identificación proyectiva. El objeto externo que irrumpe en el sí-mismo y el objeto malo que ha sido introyectado tienen mucho en común; estas dos ansiedades están estrechamente vinculadas y pueden reforzarse entre sí. Esta relación con el Diablo repite, me parece, los sentimientos tempranos de Fabián acerca de un aspecto de su padre —el padre seductor vivido como malo—. Por otro lado, el componente moral de sus objetos internalizados puede verse en el ascético desprecio del Diablo por "los placeres de la carne".¹³ Este aspecto estaba influido por la identificación de Fabián con la madre moral y ascética, representando el Diablo así a ambos padres a un tiempo.

He indicado algunos aspectos de su padre que Fabián había internalizado. Su incompatibilidad era en él una fuente de inacabable conflicto, que se incrementaba por el conflicto real entre sus padres y

¹³ Las diversas y contradictorias características —tanto ideales como malas— con que son investidos tanto el padre como la madre, constituyen un rasgo familiar en el desarrollo de las relaciones objetales del niño. De modo similar tales actitudes conflictivas se atribuyen también a las figuras internalizadas, algunas de las cuales forman el superyó.

había sido perpetuado por su internalización de los padres en su relación desdichada de cada uno con el otro. Las diversas maneras en que se identificaba con su madre no eran menos complejas, como espero demostrar. La persecución y la depresión que surgían de estas relaciones internas contribuyeron mucho a la soledad de Fabián, sus humores inquietos y su necesidad de huir de su odiado ser.¹⁴ El autor cita en su prefacio los versos de Milton "Te has convertido (oh, la prisión peor) en el calabozo de ti mismo".

Una tarde, después de haber estado vagando sin objeto por las calles, la idea de regresar a su habitación llena a Fabián de horror. Sabe que todo lo que ha de encontrar allí es a sí mismo; tampoco puede escapar hacia un nuevo asunto amoroso, porque comprende que nuevamente, como siempre, se cansaría rápidamente del mismo. Se pregunta por qué es tan difícil de complacer y recuerda que alguien le había dicho que lo que él deseaba era una "estatua de oro y marfil"; piensa que esta gran melindrería podría ser una herencia de su padre (el tema de Don Juan). Ansía escapar de sí mismo, aunque más no sea por una hora, para alejarse de las "interminables argumentaciones" que se suceden dentro suyo. Parecería que sus objetos internalizados estuvieran haciéndole demandas incompatibles y que éstas fueran las "interminables argumentaciones" por las que se sentía tan perseguido.¹⁵

No sólo odia a sus perseguidores internos sino que también se siente desvalorizado porque contiene tan malos objetos. Esto es un corolario del sentimiento de culpa, porque siente que sus impulsos y fantasías agresivas han convertido a los padres en perseguidores retaliativos o los han destruido. De este modo el odio de sí mismo, aunque dirigido contra los malos objetos internos, se centra finalmente sobre los propios impulsos del individuo, que son vividos como peligrosos y destructivos tanto en el pasado como en el presente para el yo y sus objetos buenos.

La voracidad, la envidia y el odio, fuente principal de las fanta-

¹⁴ He sugerido ("Notas sobre algunos mecanismos esquizoides") que la identificación proyectiva surge durante la posición esquizo-paranoide, que se caracteriza por los procesos de disociación. He señalado arriba que la depresión de Fabián y su sentimiento de desvalorización daban ímpetu adicional a su necesidad de huir de su yo. La incrementada voracidad y la negación que caracterizan las defensas maniacas contra la depresión son, junto con la envidia, también un factor importante en las identificaciones proyectivas.

¹⁵ En *El yo y el ello* (OC, 19), Freud escribe: "Si éstas (las identificaciones de objeto) obtienen la primacia y se hacen muy numerosas, indebidamente intensas e incompatibles una con la otra, no estará lejano un resultado patológico. Puede llegar a una ruptura del yo, a consecuencia del aislamiento mutuo de las identificaciones individuales por resistencias; quizás el secreto de las así llamadas personalidades múltiples consiste en que las diversas identificaciones toman posesión de la conciencia por turno. Aun cuando las cosas no vayan tan lejos como esto, queda la cuestión de los conflictos entre las diferentes identificaciones en que el yo es disociado, conflictos que después de todo no pueden describirse como puramente patológicos."

sías agresivas, son rasgos dominantes del carácter de Fabián, y el autor nos muestra que estas emociones impulsan a Fabián a apoderarse de las posesiones de otras personas, sean materiales o espirituales; lo llevan irresistiblemente a lo que he descrito como identificaciones proyectivas. En determinado punto, cuando Fabián ha realizado ya el pacto con el Diablo y está próximo a probar su nuevo poder, exclama “¡Humanidad, la gran copa de la que beberé en breve!” Esto sugiere el deseo voraz de beber de un pecho inagotable. Podemos suponer que estas emociones y las identificaciones voraces por introyección y proyección fueron experimentadas primero en las relaciones de Fabián con sus objetos primarios, madre y padre. Mi experiencia analítica me ha demostrado que los procesos de introyección y proyección en la vida adulta repiten en cierta medida el molde de las introyecciones y proyecciones más tempranas; el mundo externo es una y otra vez incorporado y puesto afuera —reintroyectado y re proyectado—. La voracidad de Fabián, como puede colegirse de la novela, es reforzada por el odio a sí mismo y el impulso a escapar de su propia personalidad.

II

Mi interpretación de la novela implica que el autor ha presentado aspectos fundamentales de la vida emocional en dos planos: las experiencias del niño y su influencia sobre la vida del adulto. En las últimas pocas páginas me he ocupado de las emociones, ansiedades, introyecciones y proyecciones infantiles que presumo que subyacen al carácter y a las experiencias adultas de Fabián.

He de sostener estas suposiciones analizando algunos nuevos episodios que no he mencionado en el relato de la novela. Al reunir los diversos incidentes desde esta perspectiva particular, no he de seguir el orden cronológico ya sea del libro o de la evolución de Fabián. Los considero más bien como la expresión de ciertos aspectos de la evolución infantil, y debemos recordar que especialmente en la infancia las experiencias emocionales no son solamente consecutivas sino en gran medida simultáneas.

Hay un interludio en la novela que me parece de la mayor importancia para la comprensión del desarrollo temprano de Fabián. Fabián-Fruges se ha ido a dormir muy deprimido por su pobreza y su inadecuación, y lleno de temor porque no fue capaz de cambiarse en algún otro. Al despertar comprueba que es una brillante mañana de sol. Se viste con más cuidado que de costumbre y, sentándose al sol, se exalta. Todas las caras que lo rodean parecen ser hermosas. También piensa que en esta admiración de la belleza no hay “nada de la lujuriosa codicia que eran tan apta para envenenar incluso sus momentos de contemplación realmente seria; por el contrario, simplemente admiraba y lo hacía con un toque de casi religioso respeto”.

Sin embargo, pronto se siente hambriento puesto que no ha desayunado, y a esto atribuye un ligero aturdimiento que experimenta junto con la esperanza y la exaltación. Comprende, empero, que su estado de felicidad es también peligroso porque debe acicatearse a sí mismo a la acción de manera de convertirse en alguien distinto; pero antes que nada es impulsado por el hambre a encontrar algún alimento.¹⁶ Se dirige a una panadería a comprar un panecillo. El mismo olor de la harina y del pan caliente recuerda siempre a Fruges las vacaciones de la infancia en el campo, en una casa llena de niños. Yo creo que todo el local se transforma en su mente en la madre que alimenta. Queda embelesado al mirar una gran canasta de panes frescos y extiende su mano hacia ellos cuando oye la voz de una mujer preguntándole qué desea. A esto salta como "un sonámbulo que ha sido despertado súbitamente". Ella también huele bien — "como un campo de trigo" —, anhela tocarla y le sorprende sentir temor de hacerla. Está absorto por su belleza y siente que por ella podría abandonar todas sus creencias y esperanzas. Al observar con deleite todos sus movimientos cuando le alcanza un panecillo, se detiene en sus pechos, cuyo perfil puede adivinar bajo su vestimenta. La blancura de su piel lo intoxica y se llena de un deseo irresistible de poner sus manos en torno a su cintura. Tan pronto como deja el local se siente abrumado de miseria. De repente siente una fuerte tentación de tirar el pan al suelo y pisotearlo con "sus brillantes zapatos negros... para insultar la santidad misma del pan."

Recuerda entonces que la mujer lo tocó y "en una pasión de deseo frustrado muerde furiosamente en la parte más gruesa del pan". Ataca incluso sus restos triturándolos en su bolsillo y al mismo tiempo le parece que una miga estuviera atravesada como una piedra en su garganta. Se siente agonizar. "Algo estaba latiendo y aleteando como un segundo corazón justo encima de su estómago, pero algo grande y pesado". Al pensar nuevamente en la mujer, concluye con amargura que nunca ha sido amado. Todos sus asuntos con muchachas han sido sordidos y nunca antes había encontrado en una mujer "esa plenitud del pecho cuya misma idea lo torturaba ahora con su persistente imagen."

Decide retornar al negocio para por lo menos echarle otra mirada, porque sus deseos parecen "estar quemándolo". La encuentra aun más deseable y se percata de que su mirada casi equivale a tocarla. Observa entonces a un hombre que le habla, con su mano puesta afectuosamente sobre su brazo de "láctea blancura". La mujer sonríe al hombre y discuten planes para la tarde. Fabián-Fruges está seguro de que no ha de olvidar esta escena nunca, "estando cada detalle investido de trágica importancia". Las palabras que el hombre le ha dicho resuenan aún en sus oídos. No puede "apagar el soni-

¹⁶ Pienso que este estado de exaltación es comparable a la alucinación realizadora de deseos (Freud), que el niño bajo la tensión de la realidad, especialmente del hambre, no puede mantener durante mucho tiempo.

do de esa voz que desde algún lugar de adentro continuaba todavía hablando". Con desesperación cubre sus ojos con las manos. No puede recordar ninguna ocasión en que haya sufrido tan agudamente por sus deseos.

Yo veo en los detalles de este episodio revivido el poderoso deseo de Fabián por el pecho materno con la consiguiente frustración y odio; su deseo de pisotear el pan con sus zapatos negros expresa sus ataques anal-sádicos, y su furioso morder en el pan su canibalismo y sus impulsos oral-sádicos. Toda la situación parece estar internalizada y todas sus emociones, con la desilusión y los ataques subsiguientes, se aplican también a la madre internalizada. Esto está demostrado por el furioso triturar de los remanentes del panecillo en su bolsillo, por la sensación de que una miga se le ha atascado como una piedra en la garganta e (inmediatamente después) que un segundo y más grande corazón latía dentro suyo encima del estómago. En este mismo episodio la frustración experimentada frente al pecho y en la relación más temprana con la madre parece estar estrechamente vinculada a la rivalidad con el padre. Esto representa una situación muy primitiva cuando el niño, privado del pecho de la madre, siente que algún otro, antes que nadie el padre, se lo ha quitado y lo está gozando —una situación de envidia y celos que me parece parte de las etapas más tempranas del complejo de Edipo. Los apasionados celos de Fabián-Fruges frente al hombre que, según cree, posee a la panadera por la noche, se relacionan también con una situación interna, dado que siente que puede oír dentro suyo la voz del hombre hablando a la mujer. Yo sacaría en conclusión que el incidente que ha presenciado con tan fuerte emoción representa la escena primaria que ha internalizado en el pasado. Cuando, en este estado emocional, cubre sus ojos con su mano, está reviviendo —pienso— el deseo del niño pequeño de no haber nunca visto ni incorporado la escena primaria.

La parte siguiente de este capítulo trata de la sensación de culpa de Fabián-Fruges por sus deseos, que siente que debe destruir "como la basura es consumida por el fuego". Entra a una iglesia sólo para comprobar que no hay agua bendita en la pila, que está "seca como un hueso", y se indigna mucho por tal negligencia de los deberes religiosos. Se arrodilla en un estado de depresión y piensa que sería necesario un milagro para aliviar su culpa y su tristeza y resolver sus conflictos sobre religión que han aparecido en este momento. Pronto sus quejas y acusaciones se vuelven contra Dios. ¿Por qué lo ha creado El para ser "tan enfermo y arrastrado como una rata envenenada"? Entonces recuerda un viejo libro sobre las muchas almas que podrían haber venido a la vida pero quedaron nonatas. Se trataba así de una cuestión de elección divina, y este pensamiento lo conforta. Incluso se exalta porque está vivo "y se aferra de su costado con ambas manos como para asegurarse del latido de su corazón". Reflexiona entonces que estas ideas son infantiles, pero concluye que "la verdad misma" es "la concepción de un niño". Inmediatamente des-

pués de eso coloca luces votivas en todos los lugares vacíos del estante. Una voz interior lo tienta nuevamente, diciéndole lo hermoso que sería ver a la panadera a la luz de todas estas pequeñas velas.

Mi conclusión es que su culpa y desesperación se refieren a la destrucción fantaseada de la madre externa e interna y de sus pechos, y a la rivalidad criminal con su padre, es decir al sentimiento de que sus buenos objetos internos y externos han sido destruidos por él. Esta ansiedad depresiva estaba vinculada a una persecutoria. Porque Dios, que representaba al padre, era acusado de haberlo hecho una criatura mala y envenenada.

Fluctúa entre esta acusación y un sentimiento de satisfacción por haber sido creado con preferencia a las almas no nacidas y estar vivo. Sugiero que las almas que nunca han llegado a la vida representan los hermanos y hermanas no nacidos de Fabián. El hecho de que fuera hijo único era al mismo tiempo una causa de culpa y —desde que había sido elegido para nacer mientras que ellos no— de satisfacción y gratitud hacia el padre. La idea religiosa de que la verdad “es la concepción de un niño” adquiere así otro significado. El mayor acto de creación es crear un niño, porque esto significa perpetuar la vida. Pienso que cuando Fabián-Fruges coloca velas en todos los lugares vacantes del estante y las enciende, esto significa preñar a la madre y traer a la vida a los niños no nacidos. El deseo de ver a la panadera a la luz de las velas expresaría así el deseo de verla preñada de todos los niños que él le daría. Aquí hallamos el “pecaminoso” deseo incestuoso por la madre así como la tendencia a reparar dándole todos los niños que él había destruido. A este respecto, su indignación por la pila “seca como hueso” no tiene solamente una base religiosa. Veo en ella la ansiedad del niño por la madre que es frustrada y olvidada por el padre, en lugar de ser amada y quedar preñada por él. Esta ansiedad es particularmente fuerte en hijos menores y únicos porque la realidad de no haber nacido ningún otro niño parece confirmar el sentimiento culposo de haber impedido el coito entre los padres, el embarazo de la madre y la llegada de otros niños, por odio, celos y ataques al cuerpo materno.¹⁷

Dado que supongo que Fabián-Fruges había expresado su destrucción del pecho materno al atacar el pan que le diera la panadera, saco en conclusión que la pila “seca como un hueso” representa también al pecho succionado hasta dejarlo seco y destruido por su voracidad infantil.

¹⁷ Aquí toco una de las causas esenciales de culpa y desdicha para la mente infantil. El niño muy pequeño siente que sus fantasías e impulsos sádicos son omnipotentes y por lo tanto han tenido, tienen y tendrán efecto. De modo similar siente acerca de sus deseos y fantasías reparativos, pero parece que a menudo la convicción sobre sus poderes destructivos sobrepasa grandemente su confianza en sus capacidades constructivas.

Es significativo que el primer encuentro de Fabián con el Diablo se produzca cuando se está sintiendo agudamente frustrado porque su madre, que insistía en que fuera a comulgar el día siguiente, le había impedido de ese modo embarcarse aquella tarde en un nuevo asunto amoroso; y cuando Fabián se rebela y efectivamente marcha a ver a la muchacha, ésta no aparece. En ese momento se introduce el Diablo; él representa en este contexto, me parece, los impulsos peligrosos que son agitados en el niño pequeño cuando su madre lo frustra. En este sentido el Diablo es la personificación de los impulsos destructivos del niño.

Esto, sin embargo, sólo toca un aspecto de la compleja relación con la madre, un aspecto ilustrado por Fabián tratando de proyectarse en el mozo que le sirve su magro desayuno (en la novela, su primer intento de asumir la personalidad de otro hombre). Los procesos proyectivos dominados por la voracidad son, como repetidamente lo he observado, parte de la relación del niño con la madre, pero son particularmente poderosos donde la frustración es frecuente.¹⁸ La frustración refuerza a un tiempo el deseo voraz de gratificación ilimitada y los deseos de agotar el pecho y entrar en el cuerpo de la madre para obtener por la fuerza la gratificación que niega. Hemos visto en relación con la panadera los impetuosos deseos de Fabián-Fruges por el pecho y el odio que la frustración le produjo. Todo el carácter de Fabián y sus fuertes sentimientos de resentimiento y privación apoyan la suposición de que se había sentido muy frustrado en la más temprana relación de alimentación. Tales sentimientos serían revividos en relación con el mozo si éste representa un aspecto de la madre —la madre que lo alimentó pero que realmente no lo satisfizo—. El intento de Fabián de convertirse en el mozo representaría así una reviviscencia del deseo de hacer intrusión en su madre para robarle y obtener de ese modo más alimento y satisfacción. También es significativo que el mozo, el primer objeto en que Fabián trató de transformarse, sea la única persona cuyo permiso pide (permiso que el mozo niega).

Esto implicaría que la culpa, que está tan claramente expresada en la relación con la panadera, incluso se encuentra presente en relación con el mozo.¹⁹

En el episodio con la panadera Fabián experimenta toda la gama de emociones relativas a su madre, esto es, deseos orales, frustra-

¹⁸ Como he señalado en diversas ocasiones, el impulso para la identificación proyectiva no surge solamente de la voracidad sino de una variedad de causas.

¹⁹ Al formular esta interpretación me doy cuenta de que no es ésta la única línea sobre la que puede explicarse este episodio. El mozo podía considerarse también como el padre que no satisfacía sus expectativas orales; y el episodio con la panadera significaría así un paso más allá en la vuelta a la relación con la madre con todos sus deseos y desilusiones.

ción, ansiedades, culpa y la necesidad de reparar; también revive el desarrollo del complejo de Edipo. La combinación de apasionados deseos físicos, afecto y admiración, indica que hubo un tiempo en que Fabián veía a su madre a un tiempo como la madre hacia quien se experimentan deseos orales y genitales, y la madre ideal, la mujer que debe ser vista a la luz de las lámparas votivas, esto es, debe ser adorada. Es cierto que no tiene éxito en esta adoración en la iglesia, porque siente que no puede refrenar sus deseos. No obstante, representa por momentos a la madre ideal que debería no tener vida sexual.

En contraste con la madre que debería ser adorada como la Virgen, hay otro aspecto de ella. Yo entiendo que la transformación en el criminal Esménard significa una expresión de los impulsos infantiles de matar a la madre, cuya relación sexual con el padre no sólo es vivida como una traición al amor del niño por ella, sino que es vista en su conjunto como mala e indigna. Este sentimiento es el que sostiene la ecuación inconsciente entre la madre y una prostituta, que es característica de la adolescencia. Berthe, que obviamente es considerada como mujer promiscua, se aproxima en la mente de Fabián-Esménard al tipo prostituta. Otro ejemplo de la madre como figura sexual mala es la vieja mujer en el local oscuro, vendiendo postales obscenas que están ocultas tras de otros artículos. Fabián-Fruges siente tanto disgusto como placer al mirar las figuras obscenas, y también se siente perseguido por el ruido del estante giratorio. Yo creo que esto expresa el deseo del niño de mirar y oír la escena primaria así como su rechazo de estos deseos. La culpa adscripta a tales observaciones reales o fantaseadas, en que los sonidos escuchados a menudo desempeñan un papel, deriva de los impulsos sádicos contra los padres en esta situación y se refiere también a la masturbación que acompaña frecuentemente a estas fantasías sádicas.

Otra figura que representa a la madre mala es la sirvienta de la casa de Camille, una vieja hipócrita que conspira con el tío anciano contra los jóvenes. La propia madre de Fabián aparece bajo esta luz cuando insiste en que concurra a confesarse. Porque Fabián es hostil al padre-confesor y detesta confesarle sus pecados. El pedido de su madre, y por lo tanto, debe representar para él una conspiración entre los padres, aliados contra los deseos sexuales y agresivos del niño. La relación de Fabián con su madre, representada por estas distintas figuras, demuestra desvalorización y odio así como idealización.

IV

Existen solamente unos pocos indicios acerca de la temprana relación de Fabián con su padre, pero están plenos de significado. Al hablar de las identificaciones introyectivas de Fabián sugerí que su fuerte afición al reloj de su padre, y los pensamientos que le provoca-

ba sobre la vida de su padre y su prematura muerte, mostraban amor y compasión por el mismo y tristeza por su fin. Con referencia a las observaciones del autor en el sentido de que Fabián había sido desde la niñez "perseguido por un sentimiento de una cierta presencia interior..." extraje en conclusión que esta presencia interior representaba al padre internalizado.

Pienso que el impulso a conformarse con la muerte prematura de su padre y en cierto sentido mantenerlo vivo contribuyó mucho al impetuoso y voraz deseo de Fabián de vivir plenamente la vida. Yo diría que era también voraz a cuenta de su padre. Por otro lado, en su inquieta búsqueda de mujeres y descuido de la salud, Fabián reencarnaba el destino de su padre, de quien se suponía que había muerto prematuramente como resultado de su vida disoluta. Esta identificación estaba reforzada por la precaria salud de Fabián, ya que sufría de la misma enfermedad cardíaca que su padre, y había sido exhortado a menudo a no fatigarse.²⁰ Así parecería que en Fabián estaban en conflicto un impulso a producir su muerte y una necesidad voraz de prolongar su vida, como asimismo de este modo la vida de su padre internalizado, entrando en otras personas y robándoles verdaderamente su vida. Esta lucha exterior entre búsqueda y rechazo de la muerte era parte de su mente inquieta e inestable.

La relación de Fabián con su padre internalizado se centraba, como recién hemos visto, en la necesidad de prolongar la vida de su padre o revivirlo. Deseo mencionar otro aspecto del padre interno muerto. La culpa referente a la muerte del padre —debida a los deseos de muerte contra él— tiende a convertir al padre muerto internalizado en perseguidor. Hay un episodio en la novela de Green que señala la actitud de Fabián hacia la muerte y los muertos. Antes de aceptar Fabián el pacto, el Diablo lo lleva por la noche en un viaje a una casa siniestra donde está reunida una extraña compañía. Fabián se descubre en el centro de una intensa atención y envidia. Lo que le envidian está indicado por su murmurar "Es por el don..." El "don", como sabemos, es la fórmula mágica del Diablo que daría a Fabián el poder de transformarse en otras personas y, como a él le parece, prolongar su vida indefinidamente. Fabián es bienvenido por el "segundo" del Diablo, un aspecto muy seductor del mismo, sucumbe a su encanto y acepta ser persuadido a aceptar el "don". Parece que las gentes reunidas quieren significar los espíritus de los muertos que ya sea no recibieron el don o no lo usaron bien. El "segundo" del Diablo habla despectivamente de ellos, dando la impresión de que han sido incapaces de vivir su vida plenamente; quizá los desprecia porque se han vendido al Diablo en vano. Una conclusión parecida es que esta gente insatisfecha y envidiosa representa también al padre muerto de Fabián, porque Fabián habría atribuido a su

²⁰ Este es un ejemplo de la influencia mutua de factores físicos (posiblemente heredados) y emocionales.

padre —quien en efecto había desperdiciado su vida— tales sentimientos de envidia y voracidad. Su correspondiente ansiedad porque el padre internalizado no quisiera chuparle la vida a Fabián se sumaba a la necesidad de Fabián de huir de su yo y a su voraz deseo (en identificación con el padre) de robar su vida a otras personas.

La pérdida de su padre a una edad temprana contribuyó mucho a su depresión, pero las raíces de estas ansiedades pueden de nuevo ser halladas en la infancia. Porque si suponemos que la poderosa emoción de Fabián hacia el amante de la panadera es una repetición de sus tempranos sentimientos edípicos, habremos de concluir que experimentaba fuertes deseos de muerte hacia su padre. Como sabemos, los deseos de muerte y el odio contra el padre como rival no sólo llevan a la ansiedad persecutoria sino también —puesto que rivalizan con el amor y la compasión— a severos sentimientos de culpa y depresión en el niño pequeño. Es significativo que Fabián, que posee el poder de transformarse en cualquiera que desee, nunca piense siquiera convertirse en el envidiado amante de la mujer admirada. Parece que de haber efectuado una tal transformación, habría sentido que estaba usurpando el lugar de su padre y dando rienda suelta a su odio criminal contra él. Tanto el odio hacia el padre como el conflicto entre amor y odio, esto es, tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva serían la causa de su retirada de una expresión tan desembobada de sus deseos edípicos. He descrito ya sus actitudes conflictivas hacia su madre —de nuevo un conflicto entre amor y odio— que contribuyeron a su apartarse de ella como objeto de amor y a la represión de sus sentimientos edípicos.

Las dificultades de Fabián en la relación con su padre deben ser consideradas con referencia a su voracidad, su envidia y sus celos. Su transformación en Poujars es motivada por la violenta voracidad, envidia y odio, tal como el niño experimenta hacia su padre que es adulto y potente y posee, en la fantasía infantil, todo, puesto que posee a la madre. Me he referido a la descripción que hace el autor de la envidia de Fabián por Poujars con las palabras: “¡Ah! el sol. A menudo le parecía que el señor Poujars lo tenía escondido en su bolsillo.”²¹

La envidia y los celos, reforzados por frustraciones, contribuyen a los sentimientos del niño de pesadumbre y resentimiento hacia sus padres y estimulan el deseo de invertir los roles privándolos *de ellos*. De la actitud de Fabián, cuando ha cambiado lugares con Poujars y mira con una mezcla de piedad y desprecio su anterior persona poco atractiva, deducimos lo mucho que se alegra de haber invertido los

²¹ Uno de los significados del sol en su bolsillo puede ser la madre buena a quien el padre ha incorporado. Porque el niño pequeño, como señalé antes, siente que cuando es privado del pecho materno, es el padre quien lo recibe. El sentimiento de que es el padre quien contiene a la madre buena, robándole así al niño, agita la envidia y la voracidad y constituye también un importante estímulo para la homosexualidad.

roles. Otra situación en que Fabián castiga a una figura de padre malo surge cuando él es Fabián-Camille: insulta y encoleriza al viejo tío de Camille antes de dejar la casa.

En la relación de Fabián con su padre, así como en la relación con su madre, podemos detectar el proceso de idealización y su corolario, el temor de los objetos persecutorios. Esto se hace claro cuando Fabián se ha convertido en Fruges, cuya lucha interior entre su amor a Dios y su atracción por el Diablo es muy aguda; Dios y el Diablo representan claramente al padre ideal y al totalmente malo. La actitud ambivalente hacia el padre es mostrada también en la acusación de Fabián-Fruges a Dios (padre) por haberlo hecho una criatura tan pobre: no obstante, reconoce la gratitud por Su haberle dado la vida. De estos indicios deduzco que Fabián ha estado siempre buscando a su padre ideal y que éste es un fuerte estímulo hacia sus identificaciones proyectivas. Pero en su búsqueda del padre ideal fracasa: debe fracasar porque está impulsado por la voracidad y la envidia. Todos los hombres en quienes se transforma resultan ser despreciables y débiles. Fabián los odia porque lo desilusionan, y siente gozo por el destino de sus víctimas.

V

He sugerido que algunas de las experiencias emocionales que ocurrieron durante las transformaciones de Fabián arrojan luz sobre su evolución más temprana. De su vida sexual adulta nos hacemos una imagen por el período que precede a su encuentro con el Diablo, es decir cuando todavía es el Fabián original. He mencionado ya que las relaciones sexuales de Fabián eran vividas brevemente y acababan en desilusión. No parecía ser capaz de un amor genuino por una mujer. Yo interpreté el interludio con la panadera como una reviviscencia de sus tempranos sentimientos edípicos. Su infructuoso enfrentamiento con estos sentimientos y ansiedades fundamenta su posterior desarrollo sexual. Sin volverse impotente, ha desarrollado la división en dos direcciones, descritas por Freud como "amor divino y terrenal (o animal)".²²

Incluso este proceso de disociación deja de alcanzar sus objetivos, porque nunca encuentra realmente una mujer a quien poder idealizar; pero la existencia de una persona tal en su mente es demostrada por su preguntarse si la sola mujer que podría satisfacerlo plenamente sería "una estatua de oro y marfil". Como hemos visto, en el rol de Fabián-Fruges, experimentó una apasionada admiración, equivalente a una idealización, por la panadera. Yo diría que estaba inconscientemente toda su vida a la búsqueda de la madre ideal que había perdido.

²² "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", *OC*, 11.

Los episodios en que Fabián se convierte en el rico Poujars o el físicamente poderoso Esménard, o finalmente en un hombre casado (Camille, que tiene una bella esposa), sugieren una identificación con su padre, basada en un deseo de ser como él y tomar su lugar como hombre. En la novela no hay señal de que Fabián fuera homosexual. Con todo puede hallarse una indicación de homosexualidad en su fuerte atracción física hacia el "segundo" del Diablo, un hombre joven y hermoso cuya persuasión domina las dudas y ansiedades de Fabián respecto a entrar en el pacto con el Diablo. Ya me he referido al temor de Fabián frente a lo que él imagina ser los avances sexuales del Diablo hacia él. Pero el deseo homosexual de ser el amante de su padre se manifiesta más directamente con relación a Elise. Su atracción hacia ella —hacia sus ojos nostálgicos— se debía, como lo hace notar el autor, a una identificación con ella. Por un momento se siente tentado a transformarse en ella, si sólo pudiera asegurarse de que el bello Camille habría de amarla. Pero comprende que esto no puede suceder y decide no convertirse en Elise.

En este contexto el amor no correspondido de Elise parece expresar la situación edípica invertida de Fabián. Colocarse en el papel de mujer amada por el padre significaría desplazar o destruir a la madre y haría surgir una intensa culpa; en efecto, en la novela Elise tiene a la desagradable pero bella mujer de Camille como odiada rival —otra figura materna, pienso—.

Es interesante que no fuera sino al final cuando Fabián experimentó el deseo de ser mujer. Esto podría estar relacionado con la emergencia de impulsos y deseos reprimidos, y de ese modo con una disminución de las fuertes defensas contra sus tempranos impulsos femeninos y homosexuales pasivos.

Pueden extraerse de este material algunas conclusiones acerca de las severas incapacidades que sufre Fabián. Su relación con su madre estaba fundamentalmente perturbada. Está descrita, como sabemos, como madre escrupulosa, preocupada sobre todo por el bienestar físico y moral de su hijo, pero incapaz de afecto y ternura. Parece probable que tuviera la misma actitud hacia él cuando era niño. Ya me he referido a que el carácter de Fabián, la naturaleza de su voracidad, envidia y resentimiento indican que sus decepciones orales habían sido muy grandes y nunca superadas. Podemos suponer que estos sentimientos de frustración se extendían a su padre; porque, en las fantasías del niño pequeño, el padre es el segundo objeto de quien se esperan gratificaciones orales. En otras palabras, el lado positivo de la homosexualidad de Fabián estaba también perturbado desde las raíces.

El fracaso en la modificación de los deseos y ansiedades orales fundamentales tiene muchas consecuencias. En último análisis, significa que la posición esquizo-paranoide no ha sido elaborada satisfactoriamente. Pienso que esto era cierto con Fabián, y que por lo tanto tampoco había manejado adecuadamente la posición depresi-

va. Por esas razones su capacidad de reparar se había menoscabado y no podía enfrentarse más tarde con sus sentimientos de persecución y depresión. En consecuencia sus relaciones con sus padres y con la gente en general eran muy insatisfactorias. Todo esto implica, como me lo ha demostrado mi experiencia, que era incapaz de establecer con seguridad el pecho bueno, la madre buena, en su mundo interno,²³ un fracaso inicial que a su vez le impedía desarrollar una fuerte identificación con un padre bueno. La excesiva voracidad de Fabián, en cierta medida derivada de su inseguridad acerca de sus buenos objetos internos, influyó a un tiempo en sus procesos proyectivos e introyectivos y —dado que estamos tratando también acerca de Fabián adulto— en los procesos de reintroyección y reproyección. Todas estas dificultades contribuían a su incapacidad para establecer una relación de amor con una mujer, es decir, a la perturbación de su desarrollo sexual. En mi concepto, fluctuaba entre una homosexualidad fuertemente reprimida y una heterosexualidad inestable.

He mencionado una cantidad de factores externos que desempeñaron un papel importante en el desgraciado desarrollo de Fabián, tales como la muerte prematura de su padre, la falta de afecto de su madre, su pobreza, la naturaleza insatisfactoria de su trabajo, su conflicto con su madre sobre la religión, y —punto muy importante— su enfermedad física. De estos hechos podemos extraer nuevas conclusiones. El matrimonio de los padres de Fabián fue obviamente desdichado, como lo indica el padre buscando sus placeres en otro sitio. La madre no sólo era incapaz de mostrar el calor de un sentimiento sino que también era, como podemos suponer, una infeliz mujer que buscaba consuelo en la religión. Fabián era hijo único y sin duda solitario. Su padre falleció cuando Fabián estaba aún en la escuela y esto lo privó de su posterior educación y de las perspectivas de una carrera exitosa; también tuvo el efecto de agitar sus sentimientos de persecución y depresión.

Sabemos que todos los sucesos, desde la primera transformación hasta su regreso a su hogar, se supone que ocurren en el término de tres días. Durante estos tres días, como sabemos al final cuando Fabián-Camille retorna a su personalidad anterior, Fabián ha estado inconsciente en su lecho, cuidado por su madre. Como ella le dice, él se había desmayado en la oficina de su empleador después de haberse comportado allí mal; fue llevado a su casa y había permanecido inconsciente desde entonces. Ella piensa, cuando él se refiere a la visita de Camille, que ha estado delirando. ¿Acaso el autor se propone que tomemos toda la historia como representativa de las fantasías de Fabián durante la enfermedad que precedió a su muerte? Esto implicaría que todos los personajes eran figuras de su mundo interno e

²³ La internalización segura de una madre buena —proceso de fundamental importancia— varía en grado y nunca es tan completa que no pueda ser sacudida por ansiedades de fuente interna o externa.

ilustra nuevamente que la introyección y la proyección operaban en él en la más estrecha interacción.

VI

Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva son pintados muy concretamente por el autor. Una parte de Fabián abandona literalmente su yo y entra en su víctima, suceso que en ambas partes se acompaña de intensas sensaciones físicas. Se nos dice que la parte disociada de Fabián se sumerge en grados diversos en sus objetos y pierde los recuerdos y las características pertenecientes al Fabián original. Deberíamos deducir por ende (de acuerdo a la muy concreta concepción del autor sobre el proceso proyectivo) que los recuerdos de Fabián y otros aspectos de su personalidad son dejados atrás en el Fabián descartado, que debe haber retenido una buena parte de su yo al producirse la disociación. Esta parte de Fabián, que yace dormida hasta el retorno de los aspectos disociados de su personalidad, representa, a mi modo de ver, aquel componente del yo que los pacientes sienten inconscientemente haber retenido mientras que otras partes son proyectadas en el mundo externo y perdidas.

Los términos espaciales y temporales en que el autor describe estos eventos son realmente aquellos en que nuestros pacientes experimentan tales procesos. La sensación de un paciente de que partes de su yo han dejado de pertenecerle, están muy lejos o se han ido, es por supuesto una fantasía que subyace a los procesos disociativos. Pero tales fantasías tienen consecuencias de largo alcance e influyen vitalmente la estructura del yo. Tienen el efecto de que aquellas partes de su yo que siente extrañadas, incluyendo a menudo sus emociones, dejan de ser accesibles ya sea al analista o al paciente.²⁴ La sensación de no saber dónde han ido las partes de sí mismo que ha dispersado al mundo exterior, es una fuente de gran ansiedad e inseguridad.²⁵

He de considerar a continuación las identificaciones proyectivas de Fabián desde tres ángulos: (i) la relación de las partes disociadas y

²⁴ Hay otro aspecto de tales experiencias. Como lo ha señalado Paula Heimann (1955), los sentimientos conscientes de un paciente pueden expresar también sus procesos disociativos.

²⁵ Sugerí en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" que el temor a quedar aprisionado dentro de la madre fundamenta, como consecuencia de la identificación proyectiva, diversas situaciones de ansiedad y entre ellas la claustrofobia. Agregaría ahora que la identificación proyectiva puede resultar en el temor de que la parte perdida del yo nunca sea recobrada porque está sepultada en el objeto. En la novela Fabián siente —tanto después de transformarse en Poujars como en Fruges— que está sepultado y nunca volverá a escapar. Esto implica que ha de morir dentro de sus objetos. Hay otro punto que deseo mencionar aquí: además del temor a quedar aprisionado dentro de la madre, he hallado que otro factor contribuyente a la claustrofobia es el temor relativo al interior del propio cuerpo y a los peligros que allí amenazan. Citando nuevamente los versos de Milton: "Te has convertido (oh, la peor prisión) en el calabozo de ti mismo".

proyectadas de su personalidad con aquellas que ha dejado atrás; (ii) los motivos que fundamentan la elección de los objetos en que se proyecta, y (iii) en qué medida en estos procesos la parte proyectada de su personalidad queda sumergida en el objeto o adquiere control sobre él.

(i) La ansiedad de Fabián porque está próximo a empobrecer su yo disociando partes de él y proyectándolas en otras personas está expresada, antes de que comience sus transformaciones, por la forma en que mira sus ropas amontonadas desaliñadamente sobre una silla: "Al mirarlas tuvo una horrible sensación de estarse viendo a sí mismo, pero autoasesinado o de algún modo destruido. Las mangas vacías de su saco tenían, al pender libremente hacia el piso, una lejana sugestión de tragedia."

Vemos también que Fabián, cuando se ha convertido en Poujars (es decir, cuando los procesos de disociación y proyección terminaban de producirse), se preocupa mucho por su persona anterior. Piensa que podría desear el retorno a su yo original, y estando por lo tanto ansioso porque Fabián sea llevado a su casa, extiende un cheque a su favor.

La importancia atribuida al nombre de Fabián denota también que su identidad se vinculaba con aquellas partes de sí mismo que eran dejadas atrás y que las mismas representaban el meollo de su personalidad; el nombre era una parte esencial de la fórmula mágica, y es importante que la primera cosa que se le ocurre cuando, bajo la influencia de Elise, experimenta la urgencia de recuperar su anterior personalidad, sea el nombre "Fabián". Pienso que los sentimientos de culpa por haber olvidado y abandonado un componente precioso de ella contribuyeron a la nostalgia de Fabián por volver a ser él mismo, una nostalgia que irresistiblemente lo empujó a su hogar al final de la novela.

(ii) La elección de su primera víctima propuesta, el mozo, se hace fácilmente comprensible si suponemos, como lo sugerí más arriba, que representaba a la madre de Fabián; porque la madre es el primer objeto para la identificación del niño, sea por proyección o introyección.

Algunos de los motivos que impulsaron a Fabián a proyectarse en Poujars han sido ya discutidos; sugerí que deseaba convertirse en el padre rico y poderoso, robándole así todas sus posesiones y castigándolo. Al hacerlo estaba también actuando por un motivo que a este respecto deseo recalcar. Pienso que los impulsos y fantasías sádicos de Fabián (expresados en el deseo de controlar y castigar a su padre) eran algo que él sentía tener en común con Poujars. La crueldad de Poujars, según la consideraba Fabián, representaba la propia crueldad de Fabián y su deseo de poder.

El contraste entre Poujars (que resultó ser achacoso y miserable) y el viril joven Esménard, fue sólo un factor contribuyente en la elección del último por Fabián como objeto para la identificación. Creo

que la principal causa de la decisión de Fabián de transformarse en Esménard, a pesar de ser repelente y antipático, era que Esménard representaba una parte del yo de Fabián, y que el odio criminal que impulsaba a Fabián-Esménard a matar a Berthe es una reviviscencia de las emociones que Fabián experimentó en la infancia hacia su madre cuando ésta lo frustraba, según su sentir, oral y genitalmente. Los celos de Esménard ante cualquier hombre a quien Berthe favoreciera renuevan de manera extrema el complejo de Edipo y la intensa rivalidad de Fabián con su padre. Esta parte de sí mismo, que era potencialmente criminal, estaba personificada por Esménard. Fabián, al convertirse en aquél, proyectaba así y vivía algunas de sus propias tendencias destructivas. La complicidad de Fabián en el crimen es señalada por el Diablo, quien le hace recordar, después de su transformación en Fruges, que las manos que estrangularon a Berthe fueron las suyas tan sólo unos minutos antes.

Llegamos ahora a la elección de Fruges. Fabián tiene mucho en común con Fruges, en quien, sin embargo, estas características son mucho más pronunciadas. Fabián se inclina a negar el dominio que la religión (y esto significa también Dios —el padre—) tiene sobre él y atribuye sus conflictos sobre religión a la influencia de su madre. Los conflictos de Fruges acerca de la religión son agudos, y, como describe el autor, tiene plena conciencia de que la lucha entre Dios y el Diablo domina su vida. Fruges se halla en constante lucha contra sus deseos de lujo y riquezas; su conciencia lo impulsa a una severa austeridad. En Fabián el deseo de ser tan rico como las personas que envidia es también muy pronunciado, pero no intenta refrenarlo. Ambos tienen también en común sus propósitos intelectuales y una muy marcada curiosidad intelectual.

Estas características comunes serían las que predispusieron a Fabián a elegir a Fruges para la identificación proyectiva. Pienso, sin embargo, que hay otra razón que entra en esta elección. El Diablo, desempeñando aquí el papel de superyó conductor, ha ayudado a Fabián a dejar a Esménard y le ha prevenido contra la entrada en una persona en quien se sumerja en grado tal que nunca pueda volver a escapar. Fabián está aterrorizado de haberse convertido en un asesino, lo que significa, pienso, haber sucumbido a la parte más peligrosa de sí mismo —a sus impulsos destructivos—; huye por lo tanto cambiando roles con alguien totalmente diferente de su elección anterior. Mi experiencia me ha demostrado que la lucha contra una identificación abrumadora —sea introyectiva o proyectiva— impulsa a menudo a la gente a identificarse con objetos que muestran las características opuestas. (Otra consecuencia de esta lucha es una huida indiscriminada a una multitud de nuevas identificaciones y fluctuaciones entre ellas. Tales conflictos y ansiedades a menudo se perpetúan y profundizan el debilitamiento del yo).

La siguiente elección de Fabián, Camille, apenas tiene algo en común con él. Pero a través de Camille, parece, Fabián se identifica

con Elise, la muchacha que está desdichadamente enamorada de Camille. Como hemos visto, Elise representaba el aspecto femenino de Fabián, y sus sentimientos hacia Camille, el amor homosexual no consumado hacia su padre. Al mismo tiempo Elise representaba también la parte buena de su yo, que era capaz de sentir amor y nostalgia. En mi concepto, el amor infantil de Fabián por su padre, vinculado como estaba con sus deseos homosexuales y su posición femenina, había sido perturbado desde sus orígenes. También señalé que era incapaz de convertirse en mujer porque esto habría representado una realización de los profundamente reprimidos deseos femeninos en la relación edípica invertida con su padre. (No me ocupo en este contexto de otros factores que impiden la identificación femenina, sobre todo el temor a la castración). Con el despertar de la capacidad de amar, Fabián puede identificarse con el desdichado apasionamiento de Elise por Camille; en mi concepto logra también experimentar su amor y sus deseos hacia su padre. Yo concluiría que Elise ha llegado a representar una parte buena de su yo.

Sugeriría además que Elise también representa a una hermana imaginaria. Es bien sabido que los niños tienen compañeros imaginarios. Estos representan, particularmente en la fantasía de los hijos únicos, hermanos o hermanas mayores o menores, o un gemelo, que no han nacido nunca. Podemos conjeturar que Fabián, que era hijo único, habría ganado mucho con la compañía de una hermana. Una relación tal también lo habría ayudado a enfrentar mejor su complejo de Edipo y a ganar más independencia de su madre. En la familia de Camille existe realmente una relación tal entre Elise y el hermano menor de Camille.

Recordaremos aquí que los abrumadores sentimientos de culpa de Fabián-Fruges en la iglesia parecían relacionarse también con el haber sido elegido, mientras que otras almas nunca llegaron a la vida. Interpreté el prender lámparas votivas e imaginarse a la panadera rodeada por ellas a un tiempo como una idealización de la misma (la madre como santa) y como una expresión de su deseo de reparar trayendo a la vida a los hermanos y hermanas no nacidos. Especialmente los hijos únicos y los más jóvenes tienen a menudo un fuerte sentimiento de culpa porque sienten que sus impulsos agresivos y celosos han impedido a sus madres dar a luz nuevos niños. Tales sentimientos están también vinculados con miedo a la retaliación y a la persecución. Repetidas veces hallé que el temor y las sospechas frente a compañeros de escuela u otros niños estaban relacionados con fantasías de que los hermanos y hermanas nonatos habían finalmente entrado a la vida, y estaban representados por cualesquiera niños que se mostraban hostiles. Los deseos de hermanos y hermanas amistosos están fuertemente influidos por tales ansiedades.

Hasta aquí no he discutido por qué Fabián eligió en primer lugar identificarse con el Diablo, hecho sobre el que se basa el argumento. Señalé anteriormente que el Diablo representaba al padre seductor y

perigroso; también representaba partes de la mente de Fabián, del superyó tanto como del ello. En la novela, el Diablo se despreocupa de sus víctimas; extremadamente voraz y despiadado, aparece como el prototipo de las identificaciones proyectivas perversas y hostiles, que son descritas en la novela como violentas intrusiones en la gente. Yo diría que muestra de manera extrema aquel componente de la vida emocional infantil que está dominado por la omnipotencia, voracidad y sadismo, y que son estas características las que Fabián y el Diablo tienen en común. Por lo tanto Fabián se identifica con el Diablo y ejecuta todos sus mandatos.

Es significativo —y pienso que expresa un aspecto importante de la identificación— que cuando se convierte en una nueva persona, Fabián hasta cierto punto retiene sus identificaciones proyectivas previas. Esto queda demostrado por el fuerte interés —un interés mezclado con desprecio— que Fabián-Fruges se toma en el destino de sus anteriores víctimas, y también en su sentimiento de que después de todo él es responsable por el crimen que cometió como Esménard. Se evidencia con la mayor claridad hacia el final de la novela, puesto que sus experiencias en los personajes en quienes se había transformado están todas presentes en su mente antes de morir y se preocupa por su suerte. Esto implicaría que introyecta sus objetos, así como se proyecta en ellos; una conclusión que está de acuerdo con mi concepto, refirmado en la introducción a este trabajo, de que la proyección y la introyección interactúan desde el comienzo de la vida.

Al singularizar un motivo importante para la elección de objetos de identificación, he descrito ésta, a los efectos de la presentación, como produciéndose en dos etapas: a) hay una cierta base común, b) la identificación se produce. Pero el proceso, tal como lo observamos en nuestra labor analítica, no está dividido.

Porque la sensación individual de tener mucho en común con otra persona es concomitante con la proyección de sí mismo en esa persona (y lo mismo se aplica a la introyección). Estos procesos varían en intensidad y duración, y de estas variaciones dependen la fuerza y la importancia de las identificaciones y sus vicisitudes. A este respecto deseo llamar la atención hacia el hecho de que mientras los procesos que he descrito parecen operar simultáneamente, debemos considerar con cuidado en cada estado o situación si, por ejemplo, la identificación proyectiva tiene primacía sobre los procesos introyectivos o viceversa.²⁶

He sugerido en mis “Notas sobre algunos mecanismos es-

²⁶ Esto es de gran importancia en la técnica. Porque siempre debemos escoger para la interpretación el material que es más urgente en el momento; y en este contexto diría que hay periodos en el análisis durante los cuales ciertos pacientes parecen completamente dominados por la introyección o la proyección. Por otro lado, es esencial recordar que el proceso opuesto siempre permanece operando hasta cierto punto y por lo tanto entra antes o después nuevamente en el cuadro como factor predominante.

quizoides” que el proceso de reintroyectar una parte proyectada del yo incluye la internalización de una parte del objeto en el cual se realizó la proyección, parte que el paciente puede sentir como hostil, peligrosa y muy poco indicada para reintroyectar. Además, dado que la proyección de una parte del yo incluye la proyección de objetos internos, éstos también son reintroyectados. Todo esto tiene relación con la medida en que en la mente individual las partes proyectadas del yo son capaces de retener su fuerza dentro del objeto en que han hecho intrusión. He de hacer ahora algunas sugerencias acerca de este aspecto del problema, lo que me lleva al punto tercero.

(iii) En la novela, como señalé antes, Fabián sucumbe al Diablo y queda identificado con él. Si bien aun antes de ello Fabián parecía deficiente en la capacidad de amar y preocuparse, tan pronto como sigue la huella del Diablo está reglado enteramente por la crueldad. Esto implica que, al identificarse con el Diablo, Fabián sucumbe plenamente a la parte voraz, omnipotente y destructiva de su ser. Cuando Fabián se ha convertido en Poujars, retiene algunas de sus propias actitudes, y especialmente una opinión crítica sobre la persona en quien ha entrado. Teme perderse completamente dentro de Poujars, y es sólo porque ha conservado algo de la iniciativa de Fabián que es capaz de producir la siguiente transformación. Sin embargo, se aproxima la pérdida completa de su personalidad anterior cuando se convierte en el asesino Esménard. No obstante, desde que el Diablo, que suponemos también ser parte de Fabián —aquí su superyó— lo previene y ayuda a escapar del asesino, deberíamos deducir que Fabián no ha sido enteramente sumergido en Esménard.²⁷

La situación con Fruges es diferente: en esta transformación el Fabián original permanece mucho más activo. Fabián se muestra muy crítico de Fruges, y es esta mayor capacidad de mantener vivo algo de su yo original dentro de Fruges lo que le posibilita reunir gradualmente su yo vaciado y volver a ser él mismo. A grandes rasgos, sostengo que el grado en que el individuo siente su yo sumergido en los objetos con que se ha identificado por proyección o introyección, es de la mayor importancia para el desarrollo de relaciones objetales y determina también la fuerza o debilidad del yo.

Fabián recobra parte de su personalidad después de su transformación en Fruges y al mismo tiempo algo sucede, que es muy importante. Fabián-Fruges comprueba que sus experiencias le han dado una mejor comprensión de Poujars, Esménard e incluso Fruges, y que es capaz ahora de sentir simpatía hacia sus víctimas. También a

²⁷ Yo diría que, sea cual fuere la fuerza con que operen la disociación y la proyección, la desintegración del yo nunca es completa mientras exista la vida. Porque pienso que el impulso a la integración, por más perturbado que esté —aun en su raíz—, es en cierta medida inherente al yo. Esto concuerda con mi punto de vista según el cual ningún niño podría sobrevivir sin poseer en alguna medida un objeto bueno. Son estos hechos los que posibilitan que el análisis produzca cierta medida de integración, a veces incluso en casos muy severos.

través de Fruges, quien gusta de los niños, se despierta el afecto de Fabián por el pequeño George. Este, en la descripción del autor, es un niño inocente que ama a su madre y desea retornar a ella. El despierta en Fabián-Fruges el recuerdo de la niñez de Fruges, y en éste surge el deseo impetuoso de transformarse en George. Creo que está deseando recobrar la capacidad de amar; en otras palabras, de recobrar un sí-mismo infantil ideal.

Este resurgimiento de sentimientos de amor se evidencia de varias maneras: experimenta apasionados sentimientos por la panadera, que, en mi concepto, significaba una reviviscencia de su temprana vida amorosa. Otro paso en esta dirección es su transformación en un hombre casado y su consiguiente ingreso en un círculo familiar. Pero la única persona que Fabián halla deseable y de quien queda prendado es Elise. He descrito ya los distintos significados que Elise tiene para él. Especialmente ha descubierto en ella aquella parte de sí mismo que es capaz de amar, y se siente profundamente atraído hacia ese lado de su propia personalidad; es decir, ha descubierto también un cierto amor por sí mismo. Física y mentalmente, volviendo sobre los pasos que ha dado en sus transformaciones, es vuelto atrás con creciente urgencia más y más cerca de su casa y del Fabián enfermo a quien había abandonado y que para ese entonces había llegado a representar la parte buena de su personalidad. Hemos visto que la simpatía por sus víctimas, la ternura hacia George, el cuidado por Elise y la identificación con su desdichado amor por Camille, así como el deseo de una hermana, todos estos pasos son un despliegue de su capacidad de amar. Sugiero que este desarrollo era una precondition de la apasionada necesidad de Fabián de hallar de nuevo su vieja personalidad, es decir, de integrarse. Aun antes de que se produjeran sus transformaciones, la nostalgia por recobrar la mejor parte de su personalidad —que parecía ser ideal por lo mismo que se había perdido— había contribuido, como sugerí, a su soledad e inquietud; había dado ímpetu a sus identificaciones proyectivas²⁸ y era complementaria de su odio de sí mismo, otro factor que lo impulsaba a forzar su entrada en otras personas. La búsqueda del yo ideal perdido,²⁹ que constituye un rasgo importante de la vida mental, incluye inevitablemente la búsqueda de objetos ideales perdidos; porque el yo bueno es aquella parte de la personalidad que se percibe en relación amorosa con sus objetos buenos. El prototipo de una relación tal es

²⁸ El sentimiento de haber dispersado bondad y partes buenas del propio yo en el mundo externo se suma al resentimiento y a la envidia de otros que son vividos como los usufructuarios de la bondad perdida.

²⁹ El concepto freudiano del ideal del yo fue, como sabemos, el precursor de su concepto de superyó. Pero hay ciertos rasgos del ideal del yo que no han sido plenamente trasladados al concepto de superyó. Mi descripción del yo ideal que Fabián trata de recuperar se acerca mucho más, me parece, a la opinión original de Freud sobre el ideal del yo que a sus ideas sobre el superyó.

el vínculo entre la madre y el bebé. **En efecto, cuando Fabián recupera su yo perdido, recobra asimismo su amor por su madre.**

Con Fabián comprobamos que parecía incapaz de una identificación con un objeto bueno o admirado. Una cantidad de razones tendrían que considerarse a este respecto, pero deseo singularizar una como explicación posible. He señalado ya que para identificarse fuertemente con otra persona es esencial sentir que hay dentro del yo suficiente base común con ese objeto. Dado que Fabián había perdido —así parecía— su yo bueno, no sentía que hubiera bastante bondad dentro suyo para la identificación con un objeto muy bueno. También podría haber sido la ansiedad, característica de estos estados mentales, porque un objeto admirado fuera introducido a un mundo interno demasiado privado de bondad. El objeto bueno, por ende, es mantenido afuera (con Fabián, pienso, en las lejanas estrellas). Pero con el redescubrimiento de su yo bueno encontró asimismo sus objetos buenos y pudo identificarse con ellos.

En la novela, como hemos visto, la parte empobrecida de Fabián también anhela reunirse con las partes proyectadas de su yo. Cuanto más Fabián-Camille se aproxima a la casa, tanto más se inquieta Fabián en su lecho de enfermo. Recobra la conciencia y se dirige hacia la puerta a través de la cual su otra mitad, Fabián-Camille, pronunciaba la fórmula mágica. De acuerdo a la descripción del autor, las dos mitades de Fabián anhelan reunirse; esto significa que Fabián deseaba integrar su yo. Como ya vimos, este impulso estaba vinculado a una creciente capacidad de amar. Esto corresponde a la teoría de Freud sobre la síntesis como función de la libido, en último término del instinto de vida.

He sugerido antes que si bien Fabián estaba a la busca de un padre bueno, era incapaz de encontrarlo porque la envidia y la voracidad, aumentadas por el resentimiento y el odio, determinaban su elección de figuras paternas. Cuando se vuelve menos resentido y más tolerante, sus objetos se le aparecen bajo una luz más favorable; pero entonces también él es menos exigente de lo que era en el pasado. Parece que ya no pide más que sus padres sean ideales y por lo tanto puede perdonarles sus defectos. A su mayor capacidad de amor corresponde una disminución del odio, y esto a su vez deriva en una disminución de los sentimientos de persecución —todo lo cual tiene influencia sobre la reducción de la voracidad y la envidia—. El odio de sí mismo era un rasgo sobresaliente de su carácter; junto con la mayor capacidad para el amor y la tolerancia hacia otros, surgió la mayor tolerancia y el amor hacia su propio yo.

Al final Fabián recupera su amor por su madre y hace las paces con ella. Es significativo que reconozca su falta de ternura, pero siente que ella podría haber sido mejor si *él* hubiera sido mejor hijo. Obedece la indicación materna de rezar y parece haber recuperado, luego de todas sus luchas, su creencia y confianza en Dios. Las últimas palabras de Fabián son “Padre nuestro”, y parecería que en ese

momento, cuando se llena de amor a la humanidad, retorna el amor a su padre. Aquellas ansiedades persecutorias y depresivas que deberían ser agitadas por la proximidad de la muerte serían hasta cierto punto contrarrestadas por la idealización y la exaltación.

Como vimos, Fabián-Camille es llevado a su casa por un impulso irresistible. Parece probable que su sensación de muerte inminente diera ímpetu a su urgencia por reunirse con la parte abandonada de su yo. Porque pienso que el temor a la muerte, que él ha negado a pesar de conocer su severa enfermedad, ha emergido con plena fuerza. Quizás había negado ese temor porque su naturaleza era tan intensamente persecutoria. Sabemos lo lleno de resentimiento que estaba contra el destino y contra sus padres; lo perseguido que se sentía por su propia personalidad insatisfactoria. En mi experiencia, el temor a la muerte se intensifica mucho si ésta es vivida como un ataque de objetos internos y externos hostiles, o si despierta ansiedad depresiva por la posibilidad de que los objetos buenos sean destruidos por esas figuras hostiles. (Por supuesto, pueden coexistir estas fantasías persecutorias y depresivas.) Las ansiedades de naturaleza psicótica son la causa de este excesivo temor a la muerte del que muchos individuos sufren a lo largo de su vida; y el intenso sufrimiento mental que, como algunas observaciones me lo han demostrado, algunas personas experimentan en su lecho de muerte, se debe, en mi concepto, a la reviviscencia de ansiedades psicóticas infantiles.

Considerando que el autor describe a Fabián como una persona inquieta e infeliz, llena de resentimientos, se podría esperar que su muerte fuera dolorosa y diera lugar a las ansiedades persecutorias que recién he mencionado. Sin embargo, no es esto lo que ocurre en la novela, porque Fabián muere felizmente y en paz. Cualquier explicación de este súbito final sólo puede ser a título de ensayo. Desde el punto de vista artístico era probablemente para el autor la mejor solución.

Pero, de acuerdo con mi concepción de las experiencias de Fabián que he expuesto en este trabajo, me inclino a explicar el inesperado final por los dos aspectos de Fabián que nos presenta la historia. Hasta el punto en que comienzan las transformaciones, es al Fabián adulto que encontramos. En el curso de sus transformaciones encontramos las emociones, las ansiedades persecutorias y depresivas que caracterizaron, según creo, su temprano desarrollo. Pero mientras en la niñez no había sido capaz de superar estas ansiedades y alcanzar la integración, en los tres días abarcados por la novela atraviesa exitosamente un mundo de experiencias emocionales que significa, en mi concepto, una elaboración de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Como resultado de la superación de las ansiedades psicóticas fundamentales de la infancia, la necesidad intrínseca de integración emerge con plena fuerza. Alcanza la integración al mismo tiempo que buenas relaciones objetales y de ese modo repara lo que había marchado mal en su vida.

10. ENVIDIA Y GRATITUD¹

(1957)

Durante muchos años me ha interesado el estudio de la temprana aparición de dos actitudes que siempre nos han sido familiares: envidia y gratitud. He llegado a la conclusión de que la envidia al atacar la más temprana de las relaciones —aquella que tenemos con la madre— es uno de los factores más poderosos de socavamiento, desde su raíz, de los sentimientos de amor y gratitud. La importancia fundamental de esta relación en toda la vida emocional del individuo ha sido sustanciada en un gran número de trabajos psicoanalíticos. Creo que al explorar aun más este factor particular que puede ser muy perturbador en un estadio temprano, he añadido algo de significación a mis hallazgos concernientes al desarrollo infantil y a la formación de la personalidad.

Considero que la envidia, siendo expresión oral-sádica y anal-sádica de impulsos destructivos, opera desde el comienzo de la vida y tiene base constitucional. Estas conclusiones tienen ciertos importantes elementos en común con el trabajo de Karl Abraham, pero implican, sin embargo, algunas diferencias. Abraham halló que la envidia es un rasgo oral, pero —y aquí es donde mis puntos de vista difieren de los suyos— presumió que la envidia y la hostilidad operan en un período posterior, el cual, de acuerdo con su hipótesis, constituye un

¹ Deseo expresar mi profunda gratitud hacia mi amiga Lola Brook, quien ha colaborado en la preparación de este libro (*Envidia y gratitud*) y de muchas otras de mis obras. Ella fue quien me ayudó en cada etapa del trabajo, formulando observaciones y críticas constructivas, con una comprensión poco usual. Agradezco también al doctor Elliott Jaques sus valiosas sugerencias, cuando el libro era tan sólo un manuscrito, y su posterior colaboración en las pruebas de galera. A la señorita Judith Fay, vaya mi reconocimiento por el gran interés con que compuso el índice.

segundo estadio, el oral-sádico. Abraham no habló de la gratitud, pero describió la generosidad como una característica oral. Consideró los elementos anales como un importante componente de la envidia y enfatizó su derivación de los impulsos oral-sádicos.

Otro punto de acuerdo fundamental radica en la suposición de Abraham acerca de la existencia de un elemento constitucional en la fuerza de los impulsos orales que ligó a la etiología de la psicosis maniaco-depresiva.

Por sobre todo ambos trabajos, el de Abraham y el mío, han puesto de manifiesto el significado de los impulsos destructivos de un modo completo y más profundo. En "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", escrito en 1924, Abraham no mencionó la hipótesis de Freud sobre los instintos de vida y muerte, aun cuando *Más allá del principio de placer* fuera publicado cuatro años antes. Sin embargo, en su libro Abraham exploró las raíces de los impulsos destructivos y aplicó este conocimiento a la etiología de los trastornos mentales de una manera más específica de lo que había sido hecho hasta entonces. Mi impresión es que cuando él no había usado el concepto de Freud sobre los instintos de vida y muerte, su trabajo clínico, y en particular el tratamiento de los primeros pacientes maniaco-depresivos analizados, estaba basado en una comprensión tal, que sin duda lo llevaba en esa dirección. Supongo que la temprana muerte de Abraham impidió que éste llegase a vislumbrar la inferencia total de su hallazgo y su conexión esencial con el descubrimiento de Freud en lo que a los dos instintos se refiere.

Al publicar *Envidia y gratitud*, a tres décadas de la muerte de Abraham, es para mí un motivo de gran satisfacción el hecho de que mi trabajo contribuya al conocimiento creciente del significado total de sus descubrimientos.

I

Mi propósito en este libro es el de agregar nuevas sugerencias en lo concerniente a la más temprana vida emocional del niño y obtener también conclusiones acerca de la edad adulta y la salud mental. Algo inherente en los descubrimientos de Freud es que la exploración del pasado de un paciente, de su infancia y su inconsciente es una precondition para comprender su personalidad adulta. Freud descubrió el complejo de Edipo en el adulto y partiendo de aquél reconstruyó no sólo sus detalles, sino también su ubicación en el tiempo. Los hallazgos de Abraham han significado un aporte considerable a ese punto de vista, que se ha convertido en característico del método psicoanalítico. Debemos asimismo recordar que de acuerdo con Freud, la parte consciente de la mente se desarrolla a partir del inconsciente. Por lo tanto, al seguir hasta la temprana infancia el ma-

terial que en primer término encontré en el análisis de niños pequeños y luego, en el de adultos, usé un procedimiento que ahora es familiar al psicoanálisis. Lo observado en niños pequeños pronto confirmó los hallazgos de Freud. Creo que algunas de las conclusiones a que llegué con respecto a un período muy precoz, los primeros años de vida, pueden ser confirmadas también hasta cierto punto, por la observación. El derecho —la necesidad por cierto— de reconstruir detalles y datos acerca de etapas anteriores desde el material presentado por nuestros pacientes, es descrito por Freud del modo más convincente en el siguiente pasaje: "Lo que buscamos es un cuadro fidedigno y esencialmente completo de 10 años olvidados del paciente... Su labor [la del analista] de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción, se asemeja en gran parte a la del arqueólogo que excava una casa o un edificio destruidos y soterrados. Ambos procesos son en realidad idénticos, salvo que el analista opera en condiciones más favorables y tiene a su disposición más material auxiliar, dado que sus esfuerzos no se concentran en un objeto destruido, sino en algo todavía vivo, y quizá lo favorezca asimismo otra razón que ya consideraremos. Con todo, así como el arqueólogo levanta las paredes del edificio partiendo de restos de mampostería, determina el número y posición de las columnas por las depresiones del piso y reconstruye las decoraciones y pinturas murales con los restos hallados entre los escombros, exactamente de la misma manera procede el analista cuando extrae sus inferencias de los fragmentos de recuerdos, de las asociaciones y de las manifestaciones activas que le ofrece el analizado. Ambos ejercen el derecho indisputable de reconstruir algo por medio de la complementación y la combinación de los residuos conservados. Ambos se hallan expuestos, también, a idénticas dificultades y a las mismas fuentes de error. Hemos dicho que el analista trabaja en condiciones más favorables que el arqueólogo, porque dispone también de un material que no tiene símil alguno en las excavaciones, como, por ejemplo, la repetición de reacciones que datan de la infancia y todo lo que en relación con tales repeticiones emerge a través de la transferencia... Todo lo esencial se ha conservado; aun aquellas cosas que parecen completamente olvidadas, subsisten de alguna manera y en alguna parte, hallándose sólo soterradas e inaccesibles al individuo. En efecto: cabe dudar, como sabemos, que ninguna formación psíquica pueda llegar jamás a ser totalmente destruida. Sólo depende de la técnica analítica el que logremos traer plenamente a la luz lo que se halla oculto."²

La experiencia me ha enseñado que la complejidad de la personalidad en su completo desarrollo sólo puede ser comprendida si logramos conocer la mente del bebé y seguimos su desarrollo en la vida posterior. Es decir, que el análisis hace su camino desde la edad adulta a la infancia y a través de etapas intermedias vuelve a la edad adul-

² "Construcciones en el análisis", *O.C.*, 23.

ta, en un movimiento recurrente de una a otra, de acuerdo con la situación transferencial predominante.

A lo largo de mi trabajo he atribuido importancia fundamental a la primera relación de objeto del niño pequeño —la relación con el pecho y con la madre— y he llegado a la conclusión de que si este objeto primario que es introyectado se arraiga en el yo con relativa seguridad, está dada entonces la base para un desarrollo satisfactorio. Hay factores innatos que contribuyen a este vínculo. Bajo el dominio de los impulsos orales, el pecho es instintivamente percibido como la fuente de alimento y por lo tanto, en un sentido más profundo, como origen de la vida misma. Esta íntima unión física y mental con el pecho gratificador restaura en cierta medida —si todo marcha favorablemente— la perdida unidad prenatal con la madre y el sentimiento de seguridad que la acompaña. Esto depende en gran parte de la capacidad del niño pequeño para catectizar suficientemente el pecho o su representante simbólico, la mamadera. De esta manera la madre es convertida en un objeto amado. Puede muy bien ser que el haber formado parte de la madre en el periodo prenatal, contribuya al sentimiento innato del lactante de que fuera de él mismo existe algo que le dará todo lo que necesita y desea. El pecho bueno es admitido y llega a ser parte del yo, de modo que el niño, que antes estaba dentro de la madre, tiene ahora a la madre dentro de sí.

Si bien el estado prenatal implica sin duda un sentimiento de unidad y seguridad, que este estado no sea perturbado dependerá de la condición psicológica y física de la madre y posiblemente de ciertos factores fetales aún inexplorados. Podríamos por lo tanto considerar en parte el anhelo universal por ese estado prenatal como una expresión del impulso a la idealización. Si lo investigamos teniendo en cuenta la idealización, hallamos que una de sus fuentes es la fuerte ansiedad persecutoria que surge como consecuencia del nacimiento. Cabría pues suponer que esta primera forma de ansiedad posiblemente se agrega a las experiencias desagradables del feto y que junto con el sentimiento de seguridad en el útero ellas anuncian la doble relación con la madre: el pecho bueno y el malo.

Las circunstancias externas desempeñan un papel fundamental en la relación inicial con el pecho. Si el nacimiento ha sido dificultoso y sobre todo si existieron complicaciones tales como la falta de oxígeno, ocurre entonces una perturbación en la adaptación al mundo externo y la relación con el pecho se inicia en forma desventajosa. En casos como éstos el niño queda menoscabado en su capacidad de experimentar nuevas fuentes de gratificación y por lo tanto no puede internalizar suficientemente un objeto primario realmente bueno. Además, si el niño goza o no de alimentación adecuada y cuidados maternos, si la madre goza ampliamente con el cuidado del niño o sufre ansiedad y tiene dificultades psicológicas con la alimentación, todos estos factores influyen en la capacidad del niño para aceptar la leche con placer e internalizar el pecho bueno.

El elemento de frustración por parte del pecho entra obligatoriamente en la relación más temprana del bebé con aquél, porque aun una alimentación feliz no puede reemplazar del todo la unidad prenatal con la madre. Asimismo, el anhelo del niño por un pecho inagotable y siempre presente, de ningún modo se origina sólo en los deseos libidinales y la necesidad vehemente del alimento. El impulso por obtener evidencias constantes del amor de la madre, aun en las épocas más tempranas, tiene su raíz fundamental en la ansiedad. La lucha entre los instintos de vida y muerte y la consiguiente amenaza de aniquilación de sí mismo y del objeto por los impulsos destructivos, son factores esenciales en la relación inicial del niño con su madre. Sus deseos implican el anhelo de que el pecho, y luego la madre, supriman estos impulsos destructivos y el dolor de la ansiedad persecutoria.

Junto con las experiencias felices, las aflicciones inevitables refuerzan el conflicto entre amor y odio —básicamente entre los instintos de vida y muerte— dando como resultado el sentimiento de que existen un pecho bueno y uno malo. Como consecuencia, la primitiva vida emocional se ve caracterizada por una sensación de pérdida y recuperación del objeto bueno. Al hablar de un conflicto innato entre amor y odio, está implícito que la capacidad para amar y los impulsos destructivos son en cierta extensión constitucionales, aunque variando individualmente en su fuerza e interactuando desde el comienzo con las condiciones externas.

He mencionado en forma repetida la hipótesis de que el objeto bueno primario, el pecho de la madre, forma el núcleo del yo y contribuye vitalmente a su crecimiento, habiendo además descrito en varias oportunidades cómo el niño siente que internaliza el pecho y la leche en una forma concreta. Existe, asimismo en su mente, alguna conexión indefinida entre el pecho y otras partes y aspectos de la madre.

Yo no presumiría que el pecho es meramente un objeto físico para el niño. La totalidad de sus deseos instintivos y fantasías inconscientes infunden al pecho cualidades que van mucho más allá del alimento real que proporciona.³

En el análisis de nuestros pacientes hallamos que el pecho, en su

³ Todo esto es percibido por el niño de un modo mucho más primitivo de lo que el lenguaje puede expresar. Cuando estas emociones y fantasías preverbales son revividas en la situación transferencial, aparecen los “recuerdos en sentimientos”, como yo los llamaría, y son reconstruidos y puestos en palabras con la ayuda del analista. De la misma manera, debemos usar palabras cuando reconstruimos y describimos otros fenómenos pertenecientes a los estadios tempranos del desarrollo. De hecho no podemos traducir el lenguaje del inconsciente a la conciencia sin prestarle palabras de nuestro dominio consciente.

aspecto bueno, es el prototipo de la bondad, la paciencia y generosidad materna inagotables así como el de la facultad creadora. Son estas fantasías y necesidades instintivas las que tanto enriquecen al objeto primario, de modo que éste permanece como fundamento de la esperanza, la confianza y la creencia en la bondad.

Este libro trata un aspecto particular de las primitivas relaciones de objeto y los procesos de internalización, cuya raíz está en la oralidad. Me refiero a los efectos de la envidia sobre el desarrollo de la capacidad para la gratitud y la felicidad. La envidia contribuye a las dificultades del bebé en la estructuración de un objeto bueno, porque él siente que la gratificación de la que fue privado ha quedado retenida en el pecho que lo frustró.⁴

Entre la envidia, los celos y la voracidad debe hacerse una distinción. La envidia es el sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo. Además la envidia implica la relación del sujeto con una sola persona y se remonta a la relación más temprana y exclusiva con la madre. Los celos están basados sobre la envidia, pero comprenden una relación de por lo menos dos personas y conciernen principalmente al amor que el sujeto siente que le es debido y le ha sido quitado, o está en peligro de serlo, por su rival.

En la concepción corriente de los celos, un hombre o una mujer se sienten privados por alguien de la persona amada.

La voracidad es un deseo vehemente, impetuoso e insaciable y que excede lo que el sujeto necesita y lo que el objeto es capaz y está dispuesto a dar. En el nivel inconsciente, la finalidad primordial de la voracidad es vaciar por completo, chupar hasta secar y devorar el pecho; es decir, su propósito es la introyección destructiva. La envidia, en cambio, no sólo busca robar de este modo, sino también colocar en la madre, y especialmente en su pecho, maldad, excrementos y partes malas de sí mismo con el fin de dañarla y destruirla. En el sentido más profundo esto significa destruir su capacidad creadora. Este proceso, derivado de impulsos uretral y anal-sádicos, ha sido

⁴ En algunas de mis publicaciones — *El psicoanálisis de niños*, "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928) y "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952c)— me he referido a la envidia proveniente de fuentes oral, uretral y anal-sádicas durante los estadios más tempranos del complejo de Edipo, y la he conectado con el deseo de dañar las posesiones de la madre, en particular el pene del padre que ella contiene según la fantasía infantil. Ya en mi trabajo "Neurosis obsesiva en una niña de 6 años", que fue leído en 1924 pero no publicado hasta que apareció en *El psicoanálisis de niños*, la envidia ligada a los ataques oral, uretral y anal-sádicos contra el cuerpo de la madre tenía un rol prominente. Pero no había relacionado en forma específica esta envidia con el deseo de quitar y dañar los pechos de la madre, a pesar de haberme acercado mucho a tales conclusiones. En mi trabajo "Sobre la identificación" (1955b), señalé la envidia como un factor muy importante en la identificación proyectiva. Incluso en *El psicoanálisis de niños* sugerí que no sólo las tendencias oral-sádicas sino también las uretral y anal-sádicas operan ya en niños muy pequeños.

definido⁵ por mí en otra parte como un aspecto destructivo de la identificación proyectiva que parte desde el comienzo de la vida.⁶ Si bien no puede ser trazada una rígida línea divisoria por encontrarse tan estrechamente ligadas, la diferencia esencial entre voracidad y envidia sería que la voracidad está principalmente conectada con la introyección, en tanto que la envidia lo está con la proyección.

Según el *Shorter Oxford Dictionary*, los celos significan que alguien ha tomado, o recibido "lo bueno" que por derecho pertenece al individuo. En este sentido yo interpretaría "lo bueno", básicamente como el pecho bueno, la madre, una persona amada, que alguien ha quitado. Conforme a los *English Synonyms* de Crabb, "...Los celos temen perder lo que se tiene; la envidia se duele al ver que otro tiene aquello que se quiere para uno mismo... El hombre envidioso se molesta ante la satisfacción ajena. Solamente se siente tranquilo al contemplar la miseria de otros. Por lo tanto es estéril todo empeño en satisfacer un hombre envidioso". Los celos, según Crabb, son "una pasión noble e innoble según el objeto. En el primer caso, es emulación agudizada por el miedo. En el segundo, es la voracidad estimulada por el miedo. La envidia es siempre una pasión baja, que arrastra tras sí las peores pasiones."

La actitud general hacia los celos difiere de la que se tiene con respecto a la envidia. En algunos países (particularmente en Francia) el asesinato impulsado por los celos lleva a una sentencia menos severa. La razón de esta distinción puede hallarse en el sentimiento universal de que el asesinato de un rival puede denotar amor por la persona infiel. Esto significa, en los términos antes discutidos, que el amor por "lo bueno" existe y que el objeto amado no está dañado y deteriorado como lo hubiera sido por la envidia.

El *Otelo* de Shakespeare destruye en sus celos al objeto que ama; esto, según mi punto de vista, es característico de lo que Crabb describió como la "innoble pasión de los celos", es decir, la voracidad estimulada por el miedo. En la misma obra hay una referencia significativa a los celos como cualidad esencial de la mente: "Los celos no se satisfacen con esa respuesta; no necesitan ningún motivo. Los hombres son celosos porque son celosos. Los celos son monstruos que nacen y se alimentan de sí mismos."

Podría decirse que la persona muy envidiosa es insaciable. Nunca puede quedar satisfecha, porque su envidia proviene de su interior y por eso siempre encuentra un objeto en quien centrarse. También es

⁵ "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

⁶ El doctor Elliott Jaques ha llamado mi atención sobre la raíz etimológica de la envidia (en latín *invidia*), que proviene del verbo *invideo*: mirar con recelo a, mirar maliciosa o rencorosamente dentro de, dirigir una mirada maligna sobre, envidiar algo. En la frase de Cicerón se le da un uso primitivo cuya traducción es: "producir el infortunio por su ojo maligno". Esto confirma la diferenciación que hice entre envidia y voracidad, poniendo énfasis en el carácter proyectivo de la envidia.

to indica la estrecha conexión entre los celos, la voracidad y la envidia.

Shakespeare no siempre parece diferenciar la envidia de los celos; las siguientes líneas de *Otelo* muestran en forma total el significado de la envidia en el sentido que yo he definido aquí: "Oh, Señor, guardaos de los celos; son el dragón de ojos verdes que aborrece el alimento que lo nutre..."

Con esto recordamos el dicho "morder la mano que lo alimenta", que es casi sinónimo de morder, destruir y deteriorar el pecho.

II

Mi trabajo me enseñó que el primer objeto envidiado es el pecho nutricional.⁷ El bebé siente que aquél posee todo lo que él desea y además un fluir ilimitado de leche y amor, que es retenido para su propia gratificación. Este sentimiento se suma a la sensación de agravio y odio, y da como resultado disturbios en la relación con la madre. Si la envidia es excesiva, a mi modo de ver esto indica que los rasgos paranoides y esquizoides son anormalmente fuertes; en tal caso el niño puede ser considerado enfermo.

En este capítulo me refiero a la envidia primaria del pecho de la madre y esto deberá diferenciarse de sus formas posteriores (involucradas en el deseo de la niña de tomar el lugar de su madre y en la posición femenina del varón), en las que la envidia ya no se centraliza en el pecho sino en la madre recibiendo el pene del padre, teniendo bebés dentro de ella, dándolos a luz y siendo capaz de amamentarlos.

Frecuentemente he dicho que los ataques sádicos contra el pecho de la madre son determinados por los impulsos destructivos. Deseo añadir aquí que la envidia da particular ímpetu a tales ataques. Esto significa que al referirme al voraz vaciamiento del pecho y cuerpo de la madre, a la destrucción de sus niños y a la colocación de excrementos malos dentro de ella⁸ esbozaba lo que más tarde llegué a reconocer como el daño del objeto ocasionado por la envidia.

Si consideramos que la privación aumenta la voracidad y la ansiedad persecutoria, y que en la mente del niño existe la fantasía de un pecho inagotable que es su mayor deseo, se hace comprensible que la envidia surja aun cuando esté adecuadamente alimentado. Los sentimientos del niño parecen ser de tal naturaleza, que al faltarle el pecho éste se convierte en malo porque guarda para sí la

⁷ Joan Rivière (1932) relacionó la envidia en las mujeres con el deseo infantil de robar los pechos de la madre y dañarlos. Según sus hallazgos, los celos tienen su raíz en esta envidia primaria. Su trabajo contiene interesante material ilustrativo de tales puntos de vista.

⁸ Véase mi libro *El psicoanálisis de niños*, donde estos conceptos tienen cabida en relación con diversas cuestiones.

leche, el amor y el cuidado que estaban asociados con el pecho bueno. El niño odia y envidia lo que siente como un pecho mezquino y que se da de mal grado.

Tal vez es más comprensible que el pecho satisfactorio también sea envidiado. La misma facilidad con que la leche fluye —aunque el bebé se sienta gratificado por ello— siendo un don al parecer tan inasequible, crea asimismo la envidia.

Esta envidia primitiva es revivida en la situación transferencial. Por ejemplo: el analista acaba de dar una interpretación que alivió al paciente trocando su estado de ánimo de desesperación por esperanza y confianza. Con algunos pacientes, o con un mismo paciente en distintos momentos, esta interpretación útil puede convertirse rápidamente en el objeto de sus críticas destructivas. Ya no es sentida entonces como algo bueno recibido y experimentado como un enriquecimiento. Su crítica puede aferrarse a detalles menores: la interpretación debía haber sido dada antes; fue demasiado larga, y ha perturbado las asociaciones del paciente; o fue demasiado corta y esto implica que él no ha sido suficientemente comprendido. El paciente envidioso escatima al analista el éxito de su trabajo; y si percibe que el analista y la ayuda que éste está dando han sido dañados y desvalorizados por su crítica envidiosa, no lo puede introyectar suficientemente como un objeto bueno ni aceptar con real convicción y asimilar sus interpretaciones. La convicción real, como a menudo vemos en pacientes menos envidiosos, implica gratitud por el don recibido. El paciente envidioso también puede sentir que no es digno de beneficiarse con el análisis, debido a la culpa por su desvalorización de la ayuda recibida.

Como es obvio, nuestros pacientes nos critican por una variedad de razones, algunas de ellas justificadas. Pero la necesidad que siente un paciente de desvalorizar el trabajo analítico que ha experimentado como útil, es expresión de envidia. En la transferencia descubrimos la raíz de envidia si las situaciones emocionales que encontramos en estadios tempranos son rastreadas hasta su más primitivo origen. La crítica destructiva es particularmente evidente en pacientes paranoides que se entregan al placer sádico de menospreciar el trabajo del analista, aun cuando les haya reportado algún alivio. En estos pacientes la crítica envidiosa es abierta. En otros puede desempeñar un papel de igual importancia, pero queda sin expresión y hasta puede ser inconsciente. A través de mi experiencia, el progreso lento que hacemos en tales casos está conectado asimismo con la envidia. Hallaremos que sus dudas e incertidumbres persisten con respecto al valor del análisis. Lo que ocurre es que el paciente ha disociado su parte envidiosa y hostil y presenta constantemente al analista otros aspectos que le parecen más aceptables. Sin embargo, las partes disociadas influyen esencialmente en el curso del análisis, que finalmente sólo puede ser efectivo si logra la integración y se relaciona con la personalidad total. Otros pacientes tratan de evitar la crítica confun-

diéndose. Esta confusión no sólo es una defensa, sino que también expresa la incertidumbre con respecto a si el analista es todavía una figura buena, o si él y la ayuda que está dando se han vuelto malos debido a la crítica hostil del paciente. Yo remontaría esta incertidumbre hasta las sensaciones de confusión que son una de las consecuencias de la perturbada relación temprana con el pecho materno. El niño que debido a la fuerza de los mecanismos paranoides y esquizoide y al ímpetu de la envidia no puede dividir y mantener separados amor y odio, y por lo tanto al objeto bueno y malo, está expuesto a sentirse confundido con respecto a lo que es bueno y malo en otras situaciones.

De manera que, además de los factores señalados por Freud (1923b) y desarrollados por Joan Rivière (1936), la envidia y la defensa contra ella desempeñan un papel importante en la reacción terapéutica negativa.

Y es que la envidia y las actitudes a que da lugar, interfieren con la gradual formación del objeto bueno en la situación transferencial. Si el alimento y el objeto primario buenos no pudieron ser aceptados y asimilados en el estadio más temprano, esto se repite en la transferencia, perjudicando el curso del análisis.

En el contexto del material analítico pueden reconstruirse a través de la elaboración de situaciones anteriores, los sentimientos que el paciente tenía hacia el pecho de la madre cuando era lactante. Por ejemplo, el bebé puede quejarse porque la leche fluye demasiado rápido o demasiado lento;⁹ o porque el pecho no le fue dado cuando más intensamente lo deseaba y es por ello que cuando le es ofrecido ya no lo quiere. Se aleja de aquél y en cambio se chupa el dedo. Cuando acepta el pecho puede no tomar lo suficiente, o ser perturbada la alimentación. Algunos niños tienen, evidentemente, grandes dificultades para superar tales motivos de disgusto. Otros, en cambio, los superan rápidamente a pesar de estar estos sentimientos basados en frustraciones reales; el pecho es aceptado y la mamada disfrutada por completo. En el análisis encontramos que los pacientes que dicen haber tomado su alimento satisfactoriamente sin mostrar signos evidentes de las actitudes descritas, han disociado sus quejas, envidia y odio que sin embargo, con todo, forman parte de su desarrollo caracterológico. Dichos procesos se hacen muy claros en la situación de transferencia. El deseo original de complacer a la madre, el anhelo de ser amado, así como la necesidad urgente de ser protegido contra las consecuencias de los propios impulsos destructivos, pueden ser hallados en el análisis como subyacentes a la cooperación de aquellos

⁹ De hecho el bebé puede haber recibido muy poca leche, no haberla recibido en el momento en que más la necesitaba, o no haberla obtenido de manera correcta, por ejemplo: la leche le llegó demasiado rápido o demasiado despacio. El modo en que el bebé fue sostenido en brazos, si estaba cómodo o no, la actitud de la madre hacia la alimentación, su placer o su angustia por ella, ya sea que le fuese dada la mamadera o el pecho, todos estos factores son de gran importancia en cada caso.

pacientes cuya envidia y odio están disociados, pero que forman parte de la reacción terapéutica negativa.

A menudo me he referido al deseo del bebé de tener un pecho inagotable, siempre presente. Pero como fue sugerido anteriormente, no es sólo alimento lo que desea: quiere ser liberado también de los impulsos destructivos y de la ansiedad persecutoria. Esta sensación de que la madre es omnipotente y de que a ella le toca impedir todo dolor y todo mal provenientes de fuentes internas, también se encuentra en el análisis de adultos. De paso diría que los cambios favorables producidos en los últimos años en lo que respecta a la alimentación de los niños, contrastando con el modo más bien rígido de alimentarlos según horario, no pueden impedir del todo las dificultades del bebé, pues la madre no consigue eliminar sus impulsos destructivos y ansiedades persecutorias. Existe otro punto a considerar. Una actitud demasiado ansiosa de parte de la madre al proporcionar de inmediato el alimento todas las veces que el niño llora es poco benéfica para él. El bebé siente la ansiedad de la madre y con ello aumenta la suya propia. También he oído a los adultos quejarse de que no se les había permitido llorar lo suficiente y no haber podido así expresar ansiedad y pena (por lo tanto obtener alivio). De modo que ni los impulsos agresivos ni las ansiedades depresivas pudieron en estos casos encontrar suficiente salida. Resulta de interés señalar que entre los factores subyacentes a la psicosis maniaco-depresiva, Abraham menciona a ambas: la frustración y la indulgencia excesivas.¹⁰ La frustración, si no es excesiva, es también un estímulo para la adaptación al mundo externo y el desarrollo del sentido de realidad. De hecho, cierta cantidad de frustración seguida de gratificación podría dar al bebé el sentimiento de que ha sido capaz de hacer frente a su ansiedad. También sus deseos incumplidos —que hasta cierto punto son imposibles de satisfacer— son un factor importante que contribuye a sus sublimaciones y actividades creadoras. La ausencia de conflicto en el niño, si tal estado hipotético pudiera ser imaginado, lo privaría del enriquecimiento de su personalidad y de un factor importante en el fortalecimiento de su yo. El conflicto y la necesidad de superarlo constituyen un elemento fundamental en la facultad creadora.

Del argumento de que la envidia arruina el objeto primario bueno dando ímpetu adicional a los ataques sádicos contra el pecho surgen conclusiones adicionales. El pecho así atacado ha perdido su valor y se ha convertido en malo al ser mordido y envenenado por la orina y las materias fecales. La envidia excesiva aumenta la *intensidad* y *duración* de tales ataques, haciendo de este modo más difícil para el bebé la recuperación del objeto bueno perdido. En tanto, los

¹⁰ "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales" (1924b).

ataques sádicos contra el pecho menos determinados por la envidia, pasan más rápidamente y por consiguiente no destruyen en la mente del niño pequeño la bondad del objeto en forma tan acentuada y duradera: el pecho que vuelve y que puede ser gozado es sentido como una evidencia de que no está dañado y todavía es bueno.¹¹

El hecho de que la envidia dañe la capacidad de gozar explica hasta cierto punto la razón de su persistencia.¹² Porque son el “goce” y la “gratitud” originados por el pecho los que mitigan los impulsos destructivos, la envidia y la voracidad. Observado desde otro ángulo: la voracidad, la envidia y la ansiedad persecutoria, que se hallan ligadas entre sí, se incrementan inevitablemente. El sentimiento del daño causado por la envidia, la gran ansiedad que proviene de esto, y la resultante incertidumbre acerca de la bondad del objeto, tienen por efecto aumentar la voracidad y los impulsos destructivos. Siempre que el objeto sea, después de todo, sentido como bueno, tanto más vorazmente es deseado e incorporado. Esto se aplica asimismo al alimento. En el análisis hallamos que cuando un paciente está en duda con respecto a su objeto, y por lo tanto también con respecto al valor del analista y del análisis, puede adherirse a cualquier interpretación que alivie su angustia, y tiende a prolongar la sesión porque quiere incorporar la mayor cantidad posible de lo que en ese momento siente como bueno. (Algunas personas temen a tal punto su voracidad que se preocupan especialmente por irse a tiempo.)

Las dudas con respecto a la posesión del objeto bueno y la correspondiente incertidumbre acerca de los propios sentimientos buenos contribuyen asimismo a la formación de identificaciones voraces e indiscriminadas. Esas personas son fácilmente influidas porque no pueden confiar en su propio juicio.

Contrastando con el bebé que a causa de su envidia no ha logrado estructurar con seguridad un objeto interno bueno, el niño con una fuerte capacidad para el amor y la gratitud tiene una relación profundamente arraigada con su objeto bueno y puede resistir estados temporarios de envidia, odio y sensación de perjuicio sin ser fundamentalmente dañado. Esos estados surgen aun en niños que son amados y reciben buenos cuidados maternos. De este modo, cuando los estados negativos son pasajeros el objeto bueno es recuperado una y otra vez. Este es un factor esencial para su consolidación y crea el cimiento de un yo fuerte y la estabilidad.

¹¹ La observación de los bebés nos muestra algo de estas actitudes inconscientes subyacentes. Como antes he dicho, algunos bebés que han estado gritando con rabia parecen bastante felices poco después de comenzar a mamar. Esto significa que han perdido temporariamente su objeto bueno para recuperarlo luego. Con otros bebés, la queja y ansiedad persistentes —aun cuando por el momento se hallan disminuidas por la mamada— pueden ser inferidas por observadores cuidadosos.

¹² Resulta claro que la privación, la alimentación insatisfactoria y las circunstancias desfavorables intensifican la envidia porque perturban la plena gratificación, creándose así un círculo vicioso.

En el curso del desarrollo, la relación con el pecho de la madre se convierte en el fundamento de la devoción hacia personas, valores y causas. Así es asimilado algo del amor que originalmente fue experimentado hacia el objeto primario.

El sentimiento de gratitud es uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar. La gratitud es esencial en la estructuración de la relación con el objeto bueno, hallándose también subyacente a la apreciación de la bondad en otros y en uno mismo. Su raíz hállase en las emociones y actitudes que surgen en las épocas más tempranas de la infancia, cuando la madre es el solo y único objeto para el bebé. Me he referido a este vínculo¹³ temprano como base para todas las relaciones posteriores con una persona amada. En tanto que la relación exclusiva con la madre varía individualmente en duración e intensidad, creo que esta relación existe hasta cierto punto en la mayoría de las personas. Hasta dónde permanece imperturbada depende en parte de las circunstancias externas. Pero los factores internos subyacentes —sobre todo la capacidad de amar— parecen ser innatos. En un estadio temprano los impulsos destructivos, especialmente la envidia marcada, pueden perturbar este vínculo con la madre. Si la envidia del pecho nutricio es fuerte, interfiere con la gratificación plena porque, como ya lo he dicho, lo característico de la envidia es que implique robar y dañar aquello que el objeto posee.

El bebé sólo puede experimentar una satisfacción plena si está suficientemente desarrollada la capacidad de amar, y a su vez, la satisfacción es la base de la gratitud. Freud (1905a) describió la felicidad del bebé al ser amamantado como el prototipo de la gratificación sexual. A mi modo de ver, estas experiencias constituyen no sólo la base de la gratificación sexual sino de toda felicidad posterior, y hacen posible el sentimiento de unidad con otra persona. Esta unidad significa ser plenamente comprendido, hecho que es esencial en toda amistad o relación amorosa feliz. En las mejores circunstancias esta comprensión no necesita palabras para ser expresada, lo cual demuestra su derivación de la más temprana intimidad con la madre en el estadio preverbal. La capacidad de gozar plentamente de la primera relación con el pecho constituye el fundamento para la experimentación de placer proveniente de otros orígenes.

Si la satisfacción de ser alimentado sin perturbaciones es vivida con frecuencia, la introyección del pecho bueno se produce con relativa seguridad. La gratificación plena al mamar significa que el bebé siente haber recibido de su objeto amado un don incomparable que quiere conservar: he aquí la base para la gratitud. Esta se halla estrechamente enlazada con la creencia en figuras buenas. Esto incluye en primer término la capacidad de aceptar y asimilar el objeto primario amado (no sólo como fuente de alimento) sin que la voracidad y la envidia interfieran demasiado, ya que la internalización

¹³ Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952c).

voraz perturba la relación con el objeto. El individuo siente que lo controla y agota y, por lo tanto, lo daña. En cambio, en una buena relación con el objeto interno y externo predomina el deseo de refrenarse y preservarlo. En relación con otro tópico¹⁴ he descrito el proceso subyacente a la confianza en el pecho bueno como derivado de la capacidad del bebé para invertir con libido el primer objeto externo. De esta manera se establece un objeto bueno¹⁵ que ama y protege al individuo, siendo a su vez amado y protegido por éste. Aquí es donde se halla el fundamento de la creencia en la propia bondad.

Cuanto con mayor frecuencia se experimenta y acepta con plenitud la gratificación en el acto de mamar, tanto más a menudo son sentidos el goce y la gratitud en el nivel más profundo, desempeñando un papel importante en toda sublimación y en la capacidad de reparar. Por medio de los procesos de proyección e introyección, mediante una abundancia interna que se da y es reintroyectada, el yo se enriquece y profundiza. De este modo se restablece una y otra vez la posesión de un objeto interno provechoso, con lo que la gratitud puede ponerse de lleno en acción.

La gratitud está estrechamente ligada a la generosidad. La riqueza interna deriva de haber asimilado el objeto bueno, de modo que el individuo se hace capaz de compartir sus dones con otros. Así es posible introyectar un mundo externo más propicio, y como consecuencia se crea una sensación de enriquecimiento. Aun cuando la generosidad es con frecuencia insuficientemente apreciada, esto no necesariamente socava la capacidad de dar. Por el contrario, en aquellos en quienes este sentimiento de riqueza y fuerza internas no está establecido de manera suficiente, los arranques de generosidad son a menudo seguidos de una necesidad exagerada de ser apreciados y agradecidos, y por consiguiente presentan la ansiedad persecutoria de haber sido robados y empobrecidos.

Una gran envidia hacia el pecho nutricio interfiere con la capacidad para el goce pleno, socavando así el desarrollo de la gratitud. Existen razones psicológicas muy apropiadas que explican por qué la envidia se halla entre los siete "pecados mortales". Yo sugerí asimismo que inconscientemente es percibida como el mayor pecado de todos porque ataca y daña al objeto bueno, que es fuente de vida. Este punto de vista es coincidente con el descrito por Chaucer en *The Parson's Tale* [El relato del párroco]: "Es cierto que la envidia es el peor pecado que existe, pues todos los demás pecados lo son sólo contra una virtud, en tanto que la envidia es un pecado contra toda virtud y toda bondad". El sentimiento de haber dañado y destruido el objeto primario menoscaba la confianza del individuo en la sinceridad de

¹⁴ "Observando la conducta de bebés" (1952d).

¹⁵ Véase también el concepto de Donald Winnicott sobre el "pecho ilusorio" y su punto de vista de que en el comienzo los objetos son creados por el individuo ("Psychoses and Child Care", 1953).

sus relaciones posteriores y le hace dudar de su propia capacidad para amar y ser bondadoso.

Con frecuencia encontramos expresiones de gratitud que resultan estar impulsadas más especialmente por sentimientos de culpa que por la capacidad de amar. Pienso que es importante distinguir en su nivel más profundo entre la gratitud y tales sentimientos de culpa. Esto no significa descartar algún elemento de culpa en el sentimiento de gratitud más genuino.

Mis observaciones me demostraron que los cambios significativos del carácter que de cerca se revelan como deterioro, ocurren con mayor probabilidad en aquellos que no han establecido su primer objeto con seguridad y no son capaces de mantener su gratitud hacia él. Cuando por razones internas o externas la ansiedad persecutoria aumenta, ellos pierden por completo su objeto primario bueno, o más bien sus sustitutos, ya sean personas o valores. Los procesos subyacentes a este cambio son un retorno regresivo a los mecanismos tempranos de disociación y desintegración. Siendo esto una cuestión de grados, tal desintegración, aun cuando por último afecta en gran manera el carácter, no lleva necesariamente a la enfermedad manifiesta. Entre los aspectos de los cambios de carácter que tengo presentes se hallan: el deseo vehemente de poder y prestigio o la necesidad de pacificar a los perseguidores a cualquier costo.

En algunos casos he comprobado que cuando surge la envidia hacia una persona, este sentimiento es activado desde su fuente más temprana. Puesto que estos sentimientos primarios son de naturaleza omnipotente, se reflejan sobre la presente envidia experimentada hacia una figura sustituta. Por lo mismo contribuyen tanto a las emociones despertadas por la envidia como al desaliento y a la culpa. Parece probable que esta activación de la primitiva envidia por una experiencia corriente sea común a todos. Pero tanto su grado e intensidad, como el sentimiento de la destrucción omnipotente, varían con el individuo. Este factor puede ser de gran importancia en el análisis de la envidia y sólo es posible que tenga pleno efecto si consigue alcanzar sus fuentes más profundas.

La frustración y las circunstancias desdichadas sin duda despiertan algo de envidia y odio en cada individuo a lo largo de su vida, pero la fuerza de estas emociones y el modo de enfrentarlas varía de manera considerable. Esta es una de las numerosas razones por las cuales la capacidad de gozar, ligada al sentimiento de gratitud por la bondad recibida, difiere grandemente en las distintas personas.

III

Para esclarecer lo tratado anteriormente creo necesarias algunas referencias sobre mis puntos de vista en lo que respecta al yo temprano. Este existe desde el comienzo de la vida posnatal, aunque en for-

ma rudimentaria y con una considerable falta de coherencia. Aun en los estadios más tempranos, desempeña varias funciones importantes. Pudiera ser muy bien que este concepto del yo temprano se halle próximo al postulado de Freud sobre la parte inconsciente del yo. Si bien Freud no presumió la existencia del yo desde el comienzo, le atribuyó al organismo una función que, según mi parecer, sólo puede ser desempeñada por el yo. La ansiedad primordial, de acuerdo con mi punto de vista, que difiere del de Freud,¹⁶ proviene de la amenaza de ser aniquilado por el instinto de muerte que actúa dentro del individuo. Y es el yo, al servicio del instinto de vida —y posiblemente puesto en acción por él—, el que hasta cierto punto desvía esa amenaza hacia el exterior. Freud atribuyó al organismo esta defensa fundamental contra el instinto de muerte, en tanto que yo la considero como principal actividad del yo.

A mi juicio hay otras actividades primarias del yo derivadas de la necesidad imperativa de enfrentarse con la lucha entre los instintos de vida y muerte. Una de esas funciones es la integración gradual, la cual proviene del instinto de vida y se expresa en la capacidad de amar. La tendencia del yo a disociarse y disociar sus objetos como opuesta a la anterior, se produce en parte debido a la considerable falta de cohesión que presenta al nacer, y por otra parte porque de este modo constituye una defensa contra la ansiedad primordial, siendo entonces un medio para preservarse. Durante muchos años he atribuido gran importancia a un proceso particular de disociación: la división del pecho en un objeto bueno y otro malo, considerando esta disociación como una expresión del conflicto innato entre el amor y el odio y de las ansiedades que son su consecuencia. Coexistiendo con esta división parecen hallarse, sin embargo, varios otros procesos de disociación, y es sólo en los últimos años que algunos de ellos han sido captados con mayor claridad. He hallado, por ejemplo, que coincidiendo con la internalización voraz y devoradora del objeto —el pecho en primer lugar—, el yo se fragmenta y fragmenta sus objetos en grado variable, logrando de este modo una dispersión de los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias internas. Ese proceso, que varía en su fuerza y determina la mayor o menor normalidad del individuo, es una de las defensas durante la posición esquizo-paranoide que, según pienso, se extiende a lo largo de los tres o cuatro primeros meses de vida.¹⁷ Con esto no quiero significar que durante ese período el bebé sea incapaz de gozar plenamente de sus mamadas, de su relación con su madre o de frecuentes estados de comodidad física y bienestar. Pero, toda vez que la ansiedad surja, ésta

¹⁶ Freud afirmó que “en lo inconsciente, no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de la destrucción de la vida”. *Inhibición, síntoma y angustia*, OC, 20.

¹⁷ Véanse mis “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946); también H. Rosenfeld (1947).

será principalmente de naturaleza paranoide, así como también serán predominantemente esquizoides las defensas y los mecanismos empleados contra ella. Lo mismo se aplica, *mutatis mutandis*, a la vida emocional del bebé durante el período caracterizado por la posición depresiva.

Volviendo al proceso de disociación, agregaré que lo considero como una precondition para la relativa estabilidad del niño pequeño. De modo predominante durante los primeros meses, éste mantiene separado su objeto bueno del malo y así fundamentalmente lo preserva —lo que también significa un aumento en la seguridad del yo—. Al mismo tiempo esta división primaria sólo tiene éxito si existe una capacidad adecuada para amar y el yo es relativamente fuerte. Mi hipótesis señala por lo tanto que la capacidad para amar da ímpetu tanto a las tendencias de integración como a la exitosa disociación primaria entre el objeto amado y el odiado. Esto suena a paradoja pero, como dije, puesto que la integración está basada en un objeto fuertemente arraigado que forma el núcleo del yo, para que ella se produzca es esencial cierta cantidad de disociación, ya que preserva al objeto bueno y más tarde capacita al yo para sintetizar sus dos aspectos. La envidia excesiva, expresión de los impulsos destructivos, interfiere en la disociación primaria entre el pecho bueno y el malo, y es por ello que no puede ser suficientemente lograda la estructuración del objeto bueno. Así queda sin establecerse la base para una personalidad adulta plenamente desarrollada e integrada, puesto que es perturbada en distintos sentidos la posterior diferenciación entre lo bueno y lo malo. Hasta qué punto esta perturbación del desarrollo se debe a la envidia excesiva, está relacionado con la preponderancia de mecanismos paranoides y esquizoides en los estadios más tempranos. Ellos, según mi hipótesis, constituyen la base de la esquizofrenia.

En la exploración de los primitivos procesos de disociación es esencial diferenciar entre un objeto bueno y uno idealizado, aunque esta distinción no pueda hacerse en forma neta. Una disociación muy profunda entre los dos aspectos del objeto indica que no son el objeto bueno y el malo los que se mantienen separados, sino un objeto idealizado y uno extremadamente malo. Esta división tan profunda y definida revela que los impulsos destructivos, la envidia y la ansiedad persecutoria son muy fuertes, y que la idealización sirve principalmente como defensa contra esas emociones.

Si el objeto bueno se halla profundamente arraigado, la disociación es de naturaleza fundamentalmente distinta, permitiendo entonces la operación de los tan importantes procesos de integración del yo y de síntesis de los objetos. De este modo puede producirse, en cierta medida, la mitigación del odio por el amor, consiguiéndose elaborar la posición depresiva. Como resultado, con tanta más seguridad es establecida la identificación con un objeto bueno total. Esto también presta fuerza al yo y lo capacita para preservar su identidad

y crear el sentimiento de que posee bondad propia. Así se halla menos expuesto a identificarse con una variedad de objetos en forma indiscriminada, proceso éste característico de un yo débil. Además, la plena identificación con un objeto bueno es acompañada por el sentimiento de poseer bondad propia. Cuando los sucesos son adversos, la excesiva identificación proyectiva, mediante la cual son proyectadas en el objeto las partes disociadas del individuo, lleva a una fuerte confusión entre individuo y objeto en la que este último también viene a representar al individuo.¹⁸ Ligado a lo antedicho, existe un debilitamiento del yo y una grave perturbación en las relaciones de objeto.

Los niños con fuerte capacidad para amar sienten menos necesidad de idealizar que aquellos en los que prevalecen impulsos destructivos y ansiedad persecutoria. La idealización excesiva denota que la persecución es la fuerza impulsora principal. Según descubrí hace muchos años en mi trabajo con niños pequeños, la idealización es el corolario de la ansiedad persecutoria —una defensa contra ésta— y el pecho ideal es la contraparte del pecho devorador.

El objeto idealizado se halla mucho menos integrado en el yo que el objeto bueno, puesto que proviene sobre todo de la ansiedad persecutoria y no tanto de la capacidad para amar. Hallé asimismo que la idealización se deriva del sentimiento innato de la existencia de un pecho extremadamente bueno, lo que lleva al anhelo de un objeto bueno y a la capacidad de amarlo.¹⁹ Esto parece ser una condición para la vida misma, es decir, una expresión del instinto de vida. Puesto que la necesidad de un objeto bueno es universal, la distinción entre un objeto idealizado y uno bueno no puede ser considerada como absoluta.

Algunas personas se enfrentan con su incapacidad (derivada de la envidia excesiva) para poseer un objeto bueno, idealizándolo. Esta primera idealización es precaria, pues la envidia experimentada hacia el objeto bueno está destinada a extenderse hasta su aspecto idealizado. Lo mismo es valedero para la idealización de otros objetos y la identificación con ellos, a menudo inestable e indiscriminada. La voracidad es un factor importante en estas identificaciones poco discriminadas, puesto que la necesidad de obtener lo mejor de todas partes, interfiere con la capacidad para seleccionar y diferenciar. Esta capacidad también está ligada a la confusión entre bueno y malo que surge en la relación con el objeto primario.

Mientras aquellos que han podido establecer el objeto primario

¹⁸ He tratado la importancia de este proceso en trabajos anteriores. Aquí sólo deseo enfatizar que me parece un mecanismo fundamental de la posición esquizo-paranoide.

¹⁹ Ya me he referido a la necesidad esencial de idealizar la situación prenatal. Otro frecuente campo para la idealización es la relación bebé-madre. En particular las personas que no fueron capaces de experimentar una felicidad suficiente en esta relación, son las que la idealizan en forma retrospectiva.

con relativa seguridad son capaces de retener su amor hacia él a pesar de sus defectos, en otros la idealización es una característica de sus relaciones de amor y amistad. Esto tiende a desbaratar estas relaciones, ya que el objeto amado debe ser frecuentemente cambiado por otro, pues ninguno puede llegar a estar totalmente a la altura de lo esperado. Aquel objeto idealizado a menudo llega a ser percibido como un perseguidor (lo que muestra el origen de la idealización como contraparte de la persecución), y en él es proyectada la actitud envidiosa y crítica del sujeto. Es de gran importancia el hecho de que operen procesos similares en el mundo interno, que de este modo viene a contener objetos particularmente peligrosos. Todo esto conduce a la inestabilidad en las relaciones con los demás. Este es otro aspecto de la debilidad del yo, a la que antes me referí en relación con las identificaciones indiscriminadas.

Las dudas con respecto al objeto bueno surgen fácilmente, aun en una relación segura entre el niño y su madre. Esto no sólo se debe al hecho de que el niño es muy dependiente de la madre, sino también a la ansiedad recurrente de ser vencido por su voracidad y sus impulsos destructivos —ansiedad que es un factor importante en los estados depresivos—. Sin embargo, en cualquier período de la vida, bajo la presión de la ansiedad, la fe y la confianza en los objetos buenos pueden ser sacudidas. Pero son la *intensidad y duración* de tales estados de duda, desaliento y persecución los que determinan la capacidad del yo para reintegrarse y restablecer sus objetos buenos con seguridad.²⁰ Como puede observarse en la vida diaria, la esperanza y la confianza en la existencia de la bondad ayudan a las personas a través de las grandes adversidades y contrarrestan eficazmente la persecución.

IV

El comienzo temprano de la culpa parece ser una de las consecuencias de la envidia excesiva. Si esta culpa prematura es experimentada por el yo cuando aún no es capaz de soportarla, es entonces vivida como persecución, y el objeto que la despierta se convierte en un perseguidor. Por consiguiente el bebé no puede elaborar la ansiedad depresiva ni la persecutoria porque se confunden una con otra. Unos meses más tarde, al surgir la posición depresiva, el yo más integrado y fuerte tiene mayor capacidad de soportar el dolor de la culpa y desarrollar las defensas correspondientes, sobre todo la tendencia a reparar.

²⁰ Véase al respecto mi trabajo "El duelo y su relación en los estados maniaco-depresivos" (1940). Allí definí la elaboración normal del duelo como un proceso durante el cual son restablecidos los objetos buenos tempranos. Sugerí, además, que esta elaboración acaece por primera vez cuando el bebé enfrenta exitosamente la posición depresiva.

El hecho de que en el período más temprano (es decir, durante la posición esquizo-paranoide) la culpa prematura incrementa la persecución y la desintegración, trae como consecuencia el fracaso²¹ en la elaboración de la posición depresiva.

Este fracaso puede ser observado tanto en los pequeños pacientes como en los adultos: tan pronto como es sentida la culpa, el analista se hace persecutorio y es acusado en muchos aspectos. En tales casos hallamos que siendo niños no pudieron experimentar culpa sin que simultáneamente ésta llevase a la ansiedad persecutoria con sus defensas correspondientes. Estas defensas aparecen luego como proyección sobre el analista y negación omnipotente.

Según mi hipótesis, una de las fuentes más profundas de la culpa está siempre ligada a la envidia del pecho nutritivo y al sentimiento de haber arruinado su bondad como consecuencia de los ataques generados por la envidia. Si en la temprana infancia el objeto primario ha sido establecido con relativa estabilidad, la culpa despertada por tales sentimientos puede ser enfrentada con mayor éxito, pues entonces la envidia es transitoria y menos propensa a poner en peligro la relación con el objeto bueno.

La envidia excesiva interfiere en una adecuada gratificación oral, actuando así como un estímulo hacia la intensificación de deseos y tendencias genitales. Esto implica que el bebé se dirige demasiado pronto hacia la gratificación genital. Como consecuencia se genitaliza la relación oral y se colorean en exceso de resentimiento y ansiedades orales las tendencias genitales. He sostenido a menudo que las sensaciones y deseos genitales operan posiblemente desde el nacimiento. Por ejemplo, es bien sabido que los niños tienen erecciones en un período muy precoz. Pero al hablar de la emergencia prematura de estas sensaciones quiero significar que las tendencias genitales interfieren en las orales en un momento en el cual normalmente pre-

²¹ Si bien no he alterado mis criterios sobre el comienzo de la posición depresiva alrededor del segundo cuarto del primer año de vida y de su apogeo alrededor de los seis meses de edad, hallé que algunos bebés parecen experimentar la culpa transitoriamente en los primeros meses de vida (véase "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa", 1948b). De todos modos, esto no implica que la posición depresiva ya haya surgido. En otra parte me he referido a la variedad de procesos y defensas que caracterizan la posición depresiva, tal como la relación con un objeto total; un mayor reconocimiento de la realidad interna y externa; las defensas que caracterizan la posición depresiva, tal como la relación con un objeto total; un mayor reconocimiento de la realidad interna y externa; las defensas contra la depresión, particularmente el impulso a reparar, y la ampliación de las relaciones de objeto que lleva a los estadios tempranos del complejo de Edipo. Al mencionar la culpa experimentada transitoriamente en el primer período de la vida, me aproximé más al punto de vista que sostuve en la época de mi obra *El psicoanálisis de niños*, donde describí la culpa y la persecución experimentadas por niños muy pequeños. Cuando más tarde definí la posición depresiva, dividí más claramente y tal vez de un modo demasiado esquemático la culpa, la depresión y las defensas correspondientes por una parte, y el estadio paranoide (al que luego denominé posición esquizo-paranoide) por la otra.

dominan²² los deseos orales. Aquí habremos de considerar de nuevo los efectos de la confusión temprana que se expresa como un sfumamiento de los límites entre los impulsos y las fantasías orales, anales y genitales. Es normal una superposición entre estas variadas fuentes tanto de libido como de agresividad. Pero cuando la superposición llega a una incapacidad de experimentar de modo suficiente y en su debido período de desarrollo la predominancia de cualquiera de estas tendencias, entonces la vida sexual posterior y la sublimación son desfavorablemente afectadas. La genitalidad basada en una huida de la oralidad es insegura, porque a ella se trasladan las sospechas y desengaños adheridos a la satisfacción oral menoscabada. La interferencia en la primacía oral por parte de las tendencias genitales socava la gratificación en la esfera genital y es frecuentemente la causa de la masturbación obsesiva y la promiscuidad. Esto se debe a que la falta de la satisfacción primitiva introduce elementos compulsivos en los deseos genitales y, según lo he observado en algunos pacientes, puede llevar a que las sensaciones sexuales se introduzcan en todas las actividades, procesos mentales e intereses. En algunos bebés la huida hacia la genitalidad es también una defensa contra el odio y la tendencia a dañar al primer objeto hacia el cual tuvieron sentimientos ambivalentes. Descubrí que el comienzo prematuro de la genitalidad puede estar ligado con el temprano surgimiento de la culpa y es característico de los paranoides y esquizoides.²³

Cuando el bebé alcanza la posición depresiva y se hace más capaz de encarar su realidad psíquica, siente también que la maldad del objeto se debe en gran parte a su propia agresividad y a la proyección consiguiente. Tal como podemos observar en la situación transferencial, ese percatamiento da lugar, cuando la posición depresiva está en su apogeo, a un gran dolor espiritual y culpa. Pero también crea sentimientos de alivio y esperanza, que a su vez hacen menos difícil la reunión de los dos aspectos del objeto y del individuo, facilitando la elaboración de la posición depresiva. Esta esperanza está basada en el creciente conocimiento inconsciente de que el objeto interno y externo no es tan malo como había sido sentido en sus aspectos disociados. Mediante la mitigación del odio por el amor, el objeto mejora en la mente del niño. Ya no siente con tanta fuerza haberlo destruido en el pasado y disminuye el peligro de que lo sea en el futuro. Al no estar dañado, también es sentido como menos vulnerable en el presente y en el futuro. El objeto interno adquiere una actitud

²² Tengo razones para creer que esta genitalización prematura es a menudo una característica distintiva de los rasgos esquizofrénicos marcados o de la esquizofrenia completamente desarrollada. Véase W. Bion, "Notes on the Theory of Schizophrenia" (1954) y "Differentiation of the Psychotic from the Non-Psychotic Personalities" (1958).

²³ Véanse "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930a) y "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935); también *El psicoanálisis de niños*.

restrictiva y preservadora de sí mismo y su mayor fuerza es un importante aspecto de su función como superyó.

Al describir la superación de la posición depresiva, ligada a la mayor confianza en el objeto bueno, mi intención no es dar a entender que tales resultados no pueden ser anulados temporariamente. La tensión de naturaleza interna o externa propende a despertar la depresión y la desconfianza hacia sí mismo y hacia el objeto. Sin embargo, la capacidad de salir de tales estados depresivos y de recuperar el sentimiento de la propia seguridad interna es, según mi punto de vista, el criterio de una personalidad bien desarrollada. En cambio, el modo frecuente de enfrentar la depresión mediante el endurecimiento de los propios sentimientos y al mismo tiempo negándola, es una regresión a las defensas maníacas empleadas durante la posición depresiva infantil.

Existe una vinculación directa entre la envidia experimentada hacia el pecho de la madre y el desarrollo de los celos. Estos están basados en la sospecha y rivalidad con el padre, que es acusado de haberle quitado a la madre y a su pecho. Esta rivalidad caracteriza los primeros estadios del complejo de Edipo directo o invertido, el que normalmente surge al mismo tiempo que la posición depresiva, en el segundo cuarto del primer año de vida.²⁴

El desarrollo del complejo de Edipo está fuertemente influido por las vicisitudes de la primera y exclusiva relación con la madre. Cuando esta relación se ve perturbada demasiado temprano, la rivalidad con el padre también comienza en forma prematura. Las fantasías acerca del pene dentro de la madre, o dentro de su pecho, convierten al padre en un intruso hostil. Esta fantasía es particularmente fuerte cuando el bebé no ha tenido el goce pleno y la felicidad que puede proporcionarle la temprana relación con la madre y el primer objeto bueno no ha sido incorporado con cierta seguridad. Tal fracaso depende en parte de la fuerza de la envidia.

Cuando en trabajos anteriores describí la posición depresiva, señalé que en ese período el niño integra progresivamente sus sentimientos de amor y odio, sintetiza los aspectos buenos y malos de la madre, y pasa por estados de duelo ligados con sentimientos de culpa. Asimismo, comienza a comprender mejor el mundo externo, que no puede retener a su madre como una posesión exclusiva. Que el bebé pueda o no hallar ayuda contra esa pena en su relación hacia el segundo objeto —el padre u otras personas de su ambiente— depende en cierta medida de las emociones que experimenta hacia su objeto único perdido. Si esa relación estuvo bien fundada, el miedo de perder a la madre es menos fuerte y más grande la capacidad de compar-

²⁴ En otra parte he señalado (por ejemplo en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé", la estrecha conexión entre la fase en que se desarrolla la posición depresiva y los estadios tempranos del complejo de Edipo.

tirla. Puede también, entonces, experimentar más amor por sus rivales. Todo esto implica que ha sido capaz de elaborar la posición depresiva satisfactoriamente, hecho que a su vez depende de que la envidia hacia el objeto primario no haya sido excesiva.

Los celos, como sabemos, son inherentes a la situación edípica y están acompañados por el odio y los deseos de muerte. Sin embargo, normalmente el logro de nuevos objetos que pueden ser amados —el padre y los hermanos— y otras compensaciones que el yo en desarrollo obtiene del mundo externo, mitigan hasta cierto punto los celos y los motivos de queja. Si los mecanismos paranoides y esquizoides son fuertes, los celos —y finalmente la envidia— quedan sin ser mitigados. El desarrollo del complejo de Edipo es influido esencialmente por todos estos factores.

Entre los caracteres distintivos de la época más temprana del complejo de Edipo se hallan las fantasías acerca del pecho materno y de la madre conteniendo el pene del padre, o el padre conteniendo a la madre. Esta es la base de la figura de los padres combinados. En trabajos anteriores describí la importancia de esta fantasía.²⁵ La influencia de la figura parental combinada en la capacidad del niño para diferenciar a ambos padres y establecer relaciones buenas con cada uno de ellos, es afectada por la fuerza de la envidia y la intensidad de sus celos edípicos. Esto se debe a que la sospecha de que los padres siempre están obteniendo gratificación sexual, refuerza la fantasía —derivada de varias fuentes— de que ellos están siempre combinados. Si estas ansiedades son muy activas y por lo tanto indebidamente prolongadas, su consecuencia puede ser la alteración permanente de la relación con ambos. En los individuos muy enfermos, esta incapacidad de desenredar la relación hacia una u otra de las figuras parentales —debido a que se hallan inextricablemente ligadas en la mente del paciente— desempeña un rol importante en los estados de grave confusión.

Si la envidia no es excesiva, los celos en la situación edípica se convierten en un medio para elaborarla. Cuando se experimentan celos, los sentimientos hostiles son dirigidos no tanto contra el objeto primario como contra los rivales —padres o hermanos—, lo cual favorece la distribución. Al mismo tiempo, cuando estas relaciones se desarrollan, dan lugar a sentimientos de amor, convirtiéndose así en una nueva fuente de gratificación. Además, la transición de los deseos orales hacia los genitales reduce la importancia de la madre como dadora de satisfacción oral. (Como sabemos, el objeto de la envidia es en gran medida oral.) En el varón, una buena parte del odio es

²⁵ *El psicoanálisis de niños* (particularmente el cap. 8) y "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé". Allí he señalado que normalmente estas fantasías forman parte de los estadios tempranos del complejo de Edipo; ahora añadiría que todo el desarrollo del complejo de Edipo está fuertemente influido por la intensidad de la envidia que determina la fuerza de la figura parental combinada.

desviada hacia el padre, envidiado a causa de la posesión de la madre. Estos son los típicos celos edípicos. En la niña, los deseos genitales hacia el padre lo capacitan para encontrar otro objeto amado. De este modo los celos reemplazan hasta cierto punto la envidia, convirtiéndose la madre en la rival más importante. La niña desea tomar el lugar de su madre, poseer y cuidar los bebés que el padre amado ha dado a aquélla. La identificación con la madre en este rol hace posible que las sublimaciones tengan una mayor amplitud. Es esencial, asimismo, considerar que la elaboración de la envidia mediante los celos constituye al mismo tiempo una defensa importante contra ella. Los celos son mucho más aceptables y causan bastante menos culpa que la envidia primaria, la cual destruye al primitivo objeto bueno.

En la situación analítica podemos observar con frecuencia la estrecha conexión entre los celos y la envidia. Por ejemplo, uno de mis pacientes se hallaba muy celoso de un hombre con el cual me creía en estrecho contacto personal. Como consecuencia se produjo un sentimiento que consistía en creer que, de cualquier modo, en la vida privada yo era probablemente una persona aburrida y sin interés. La interpretación dada en este caso por el mismo paciente de que esto era una defensa, lo llevó al reconocimiento de la desvalorización del analista como resultado del resurgimiento de la envidia.

La ambición es otro factor sumamente eficaz para poner en movimiento a la envidia. Dicha ambición se relaciona en primer término con la rivalidad y competencia en la situación edípica. Pero si es excesiva, muestra claramente que se ha originado en la envidia del objeto primario. El fracaso en colmar la propia ambición es a menudo despertado por el conflicto entre el impulso de reparar el objeto dañado por la envidia destructiva y una renovada reaparición de la envidia.

El hallazgo hecho por Freud sobre la envidia del pene en las mujeres y su relación con los impulsos agresivos, fue una contribución básica en la comprensión de la envidia. Cuando la envidia del pene y los deseos de castración son fuertes, el objeto envidiado, el pene, ha de ser destruido y el hombre que lo posee ha de ser privado de él. En *Análisis terminable e interminable* (1937) Freud enfatizó la dificultad que surge en el análisis de mujeres por el hecho mismo de que nunca pueden adquirir el pene que desean. Afirmó que las pacientes tienen "una convicción íntima de que el tratamiento analítico no les servirá de nada y de que no experimentarán mejoría alguna con él". No podemos sino estar de acuerdo con esto al descubrir que el motivo más poderoso que las impulsó al tratamiento analítico era la esperanza de conseguir en alguna forma el tan anhelado órgano sexual. Cierta número de factores contribuyen a la envidia del pene, tema que ya he descrito anteriormente en relación con otros aspectos.²⁶ Deseo consi-

²⁶ "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (*Obras Completas*,

derar ahora la envidia del pene en la mujer, especialmente en lo que se refiere a su origen oral. Como sabemos, bajo el dominio de los deseos orales el pene es fuertemente equiparado con el pecho (Abraham), y según mi experiencia, en la mujer la envidia del pene se origina en la envidia del pecho materno. Descubrí que si la envidia del pene es analizada sobre esta base, podremos ver que su origen reside en la relación más temprana con la madre, en la fundamental envidia del pecho, y en los sentimientos destructivos unidos a ella.

Freud nos ha demostrado hasta qué punto la actitud de la niña hacia su madre es vital para sus relaciones posteriores con los hombres. Cuando la envidia del pecho materno ha sido intensamente transferida al pene del padre, el resultado puede ser un reforzamiento de su actitud homosexual. Otro resultado es un giro brusco y repentino hacia el pene alejándose del pecho, debido a las excesivas ansiedades y conflictos despertados por la relación oral. Es éste esencialmente un mecanismo de escape que, por lo tanto, no conduce a la formación de relaciones estables con el segundo objeto. Si los motivos principales de tal huida son la envidia y el odio experimentados hacia la madre, estas emociones son pronto transferidas al padre, por lo que no puede establecerse una actitud amante y duradera hacia él. Al mismo tiempo, la relación envidiosa con la madre se expresa en una excesiva rivalidad edípica. Esta rivalidad se debe mucho menos al amor por el padre que a la envidia de la posesión materna de éste y su pene. La envidia experimentada hacia el pecho es entonces totalmente traspasada a la situación edípica. El padre (o su pene) se ha convertido en una pertenencia de la madre y es por estos motivos que la niña quiere robárselo. Por eso, en la vida ulterior, todo éxito en su relación con los hombres se convierte en una victoria sobre otra mujer. Esto se aplica aun donde no existe una rival evidente, ya que entonces la rivalidad es dirigida contra la madre del hombre, como puede verse en las frecuentes perturbaciones de la relación entre nuera y suegra. Si el hombre es valorado principalmente porque su conquista es un triunfo sobre otra mujer, el interés puede perderse tan pronto como ha sido logrado el éxito. La actitud hacia la mujer rival implica: "Tú (que representas a la madre) tenías ese pecho maravilloso que no pude obtener cuando me lo rehusaste; to-

de M.K. en tomo 1); "La envidia del pene y el complejo de castración desempeñan un papel esencial en el desarrollo de la niña. Pero se ven muy reforzados por la frustración de sus deseos edípicos positivos, y aunque en cierto período la niña pequeña presume que su madre posee un pene como atributo masculino, este concepto no tiene un papel tan importante en su desarrollo como Freud lo sugiere. La teoría inconsciente de que su madre contiene el pene admirado y deseado del padre —en mi experiencia— se halla subyacente a muchos de los fenómenos descritos por Freud como la relación de la niña con la madre fálica. Sus deseos orales por el pene del padre se mezclan con sus primeros deseos genitales de recibir ese pene. Estos implican el deseo de recibir hijos de su padre, lo que también se ve confirmado por la ecuación 'pene-niño'. El deseo femenino de internalizar el pene y de recibir un niño de su padre, precede invariablemente al deseo de poseer un pene propio."

avía quiero robártelo, por eso te quito ese pene que tanto aprecias". La necesidad de repetir este triunfo sobre un rival odiado, contribuye con frecuencia a la búsqueda de un hombre y luego de otro y otro más.

Cuando el odio y la envidia hacia la madre no son tan fuertes, la decepción y los motivos de queja pueden llevar, con todo, al alejamiento de ella. La idealización del segundo objeto, el pene paterno y el padre, puede entonces tener éxito. Esta idealización se deriva en especial de la búsqueda de un objeto bueno, búsqueda que en un primer tiempo no ha tenido éxito y que por lo tanto puede fracasar de nuevo. Esto no vuelve necesariamente a suceder si en la situación de celos domina el amor por el padre, porque entonces la mujer puede combinar cierto odio contra la madre con amor por el padre y más tarde por otros hombres. En este caso las relaciones amistosas hacia las mujeres son posibles mientras no representen demasiado a un sustituto materno. La amistad con mujeres y la homosexualidad pueden entonces estar basadas en la necesidad de encontrar un objeto bueno en lugar del objeto primario evitado. El hecho de que estas personas —y esto se aplica tanto a los hombres como a las mujeres— puedan tener buenas relaciones de objeto es a menudo engañoso. La envidia subyacente hacia el objeto primario está disociada pero permanece activa y propensa a perturbar cualquier relación.

En cierto número de casos hallé que la frigidez, en distintos grados, era el resultado de actitudes inestables hacia el pene, basadas principalmente en una huida del objeto primario. La capacidad de gratificación oral plena, que se halla arraigada en una relación satisfactoria con la madre, es la base para poder experimentar el orgasmo genital completo (Freud).

La envidia del pecho materno es también un factor muy importante en los hombres. Si es fuerte y queda con ella menoscabada la gratificación oral, el odio y las ansiedades son transferidas a la vagina. En tanto que normalmente el desarrollo genital capacita al varón para retener a su madre como un objeto de amor, la perturbación profunda de su relación oral abre el camino a serias dificultades en la actitud genital hacia la mujer. Las consecuencias de una relación perturbada primero con el pecho y luego con la vagina son múltiples, tales como el deterioro de la potencia genital, la necesidad compulsiva de gratificación genital, la promiscuidad y la homosexualidad.

Pareciera que una fuente de culpa en la homosexualidad es el sentimiento de haberse alejado de la madre con odio y haberla traicionado haciéndose aliado del padre y de su pene. Tanto durante el período edípico como en la vida posterior, este elemento de traición de la mujer amada puede traer, como repercusión, perturbaciones en la amistad con los hombres, aunque ésta no sea de naturaleza homosexual manifiesta. Por otra parte, observé que la culpa hacia la mujer amada y la ansiedad que ello implica, a menudo refuerza la huida ante ella e incrementa las tendencias homosexuales.

La envidia excesiva del pecho es capaz de extenderse a todos los atributos femeninos, en particular la capacidad de tener hijos. Si el desarrollo es exitoso, el hombre obtiene una compensación por estos deseos femeninos incumplidos por medio de una buena relación con su esposa o amante y siendo el padre de los hijos que ella le brinda. Esta relación abre el camino para otras experiencias, como ser la identificación con su hijo, que de muchos modos compensa la temprana envidia y la frustración. Además, el sentimiento de haber creado al niño contrarresta la temprana envidia del hombre con respecto a la feminidad de la madre.

Tanto en el hombre como en la mujer, la envidia tiene su parte en el deseo de quitarle los atributos al sexo opuesto y poseer o arruinar los del padre del mismo sexo. De aquí se desprende que en ambos sexos, por divergente que sea su desarrollo, los celos y la rivalidad paranoides en la situación edípica positiva y negativa (directa e invertida), están basados en la envidia excesiva hacia el objeto primario, es decir, la madre, o mejor aun, su pecho.

EL pecho “bueno” que alimenta e inicia la relación amorosa con la madre es el representante del instinto de vida (Klein, 1952c, 1952d), siendo además vivido como la primera manifestación de la facultad creadora. En esta relación fundamental el bebé no sólo recibe la gratificación que desea, sino que también se siente mantenido con vida. Porque el hambre, que es lo que despierta el miedo a la inanición —y posiblemente todo dolor físico y espiritual— es sentido como una amenaza de muerte. Si la identificación con un objeto internalizado bueno y vivificante puede ser mantenida, ésta se convierte en un impulso hacia la creación. Aunque superficialmente esto puede manifestarse como la codicia del prestigio, riqueza y poder que otros han logrado²⁷ su propósito real es la creación. La capacidad de dar y preservar la vida es percibida como la mayor dote, por eso la facultad creadora se convierte en la causa más profunda de envidia. El ataque a la facultad creadora que implica la envidia es ilustrado en *El paraíso perdido*²⁸ de Milton. Allí Satanás, envidioso de Dios, decide ser el usurpador del Cielo. Hace la guerra a Dios en su intento de dañar la vida celestial y cae del Paraíso. Ya caído, él y sus otros ángeles construyen el Infierno como organismo competidor del Cielo, convirtiéndose en la fuerza destructiva que intenta deshacer lo que Dios crea.²⁹ Esta idea teológica parece venirnos de San Agustín, quien describe la vida como una fuerza creadora opuesta a otra destructiva, la Envidia. En tal sentido, en la Primera Carta a los Corintios se lee: “El amor no envidia”.

²⁷ “Sobre la identificación” (1955b).

²⁸ Libros I y II.

²⁹ “Pero por la envidia del diablo la muerte entra en el mundo, y los que están de su parte por ello hacen sufrir.” (*Wisdom of Solomon*, cap. 3, v. 24.)

Mi experiencia psicoanalítica me enseñó que la envidia de la facultad creadora es un elemento fundamental en la perturbación del proceso de creación. Dañar y destruir la fuente inicial de la bondad pronto lleva a destruir y atacar a los niños que la madre contiene. Su resultado es que el objeto bueno queda convertido en hostil, crítico y envidioso. La figura representativa del superyó sobre la que se ha proyectado una fuerte envidia, vuélvese particularmente perseguidora e interfiere en los procesos del pensamiento y de toda actividad productiva, que es, en último término, la facultad de creación.

En la crítica destructiva, que con frecuencia es descrita como "mordaz" y "perniciosa", se halla subyacente la actitud envidiosa y destructiva hacia el pecho. En particular es la facultad creadora la que se convierte en el objeto de tales ataques. En *The Faerie Queene*, Spenser describe la envidia como un lobo voraz: "El odiaba todas las buenas obras y acciones virtuosas y también los versos de poetas famosos a los cuales difamaba, y de boca leprosa escupe rencoroso veneno sobre todo lo que alguna vez ha sido escrito."³⁰

La crítica constructiva tiene distintas fuentes. Se propone ayudar al otro y fomentar su trabajo. A veces deriva de una fuerte identificación con la persona cuyo trabajo está en discusión. En la crítica constructiva también pueden entrar las actitudes maternas o paternas. Frecuentemente la confianza en la propia facultad creadora contrarresta la envidia.

Una causa de la envidia es la relativa ausencia de ésta en otros. La persona envidiada es sentida como poseedora de lo que en el fondo es lo más apreciado y deseado, esto es, un objeto bueno, que también implica un buen carácter y un juicio sano. Además, quien puede apreciar de buena gana el trabajo creador y la felicidad ajena, queda a salvo de los tormentos de la envidia, de los motivos de queja y de la persecución. En tanto la envidia es una fuente de gran desdicha, una ausencia relativa de ésta es percibida como substrato de los estados anímicos de satisfacción y paz y finalmente de la cordura. Esto, de hecho, constituye asimismo la base de los recursos internos y de la elasticidad que pueden ser observados en aquellos que recuperan la paz espiritual aun después de haber atravesado una gran adversidad y dolor moral. Tal actitud, que incluye la gratitud en relación con los

³⁰ En Chaucer también encontramos referencias extensas respecto a esa difamación solapada y a la crítica destructiva que es característica de la persona envidiosa. Describe el pecado de la difamación como el producto de la mezcla en una persona, de la desdicha causada por la bondad y la prosperidad del otro, por un lado, y el regocijo ante el perjuicio ajeno, por otro. La conducta pecaminosa está caracterizada por "el hombre que alaba a su vecino pero que lo hace con intención malvada, pues siempre pone un 'pero' al final, y seguido de otro de mayor censura que lo que es el valor de aquella persona. O, si un hombre es bueno y hace y dice cosas con buena intención, el difamador cambiará todo el sentido de esta bondad para servir al fin de su solapada intención. O, si algunos hombres hablan bien de otro, entonces el calumniador dirá que éste es muy bueno, pero señalará otro que es mejor, menospreciando así al que aquéllos alaban".

placeres del pasado y el goce de lo que el presente puede dar, se expresa en la serenidad. En las personas de edad avanzada, hace posible la adaptación a la idea de que la juventud no puede ser recuperada y las capacita para experimentar placer e interés con la vida de los jóvenes. Aquello de que los padres reviven sus propias vidas en las de sus hijos y nietos —si esto no es una expresión de una actitud en exceso posesiva y de ambición desviada— ilustra lo que estoy tratando de transmitir. Los que sienten que han tenido participación en la experiencia y placeres de la vida, son mucho más aptos para creer en la continuidad de la vida.³¹ Esta capacidad para la resignación sin amargura excesiva, que no obstante conserva vivo el poder de gozar, tiene su origen en la infancia, dependiendo del grado en que el niño pudo gozar del pecho sin envidiar en forma excesiva su posesión a la madre. Es mi sugerencia que la felicidad experimentada en la infancia y el amor por el objeto bueno que enriquece la personalidad se hallan en el fondo de la capacidad para el goce y la sublimación, haciéndose sentir esto aun en la vejez. Cuando Goethe dijo: “El más feliz de los hombres es el que puede hacer concordar estrictamente el fin de su vida con el comienzo”, yo interpretaría “el comienzo” como la relación temprana feliz con la madre que durante toda la vida mitiga el odio y la ansiedad y aun da apoyo y satisfacción al anciano. Un niño que ha establecido al objeto bueno firmemente, también puede encontrar compensaciones para la pérdida y privaciones de la vida adulta. Todo esto es sentido por la persona envidiosa como algo que nunca puede alcanzar porque jamás podrá ser satisfecha y por eso se reforzará su envidia.

V

Ilustraré ahora algunas de mis conclusiones con material clínico.³² El primer ejemplo está tomado del análisis de una paciente. Había sido alimentada al pecho, pero con todo, las circunstancias no habían sido favorables y estaba convencida de que su niñez y alimentación fueron totalmente insatisfactorias. Sus quejas acerca del pasado se relacionaban con la desesperanza acerca del presente y del futuro. La envidia del pecho nutricio y las dificultades posteriores en las relaciones de objeto ya habían sido extensamente analizadas antes del episodio al que me voy a referir.

³¹ La creencia en la continuidad de la vida tuvo significativa expresión en el comentario de un niño de cinco años cuya madre estaba embarazada. El expresó la esperanza de que el bebé fuese una niña y añadió: “entonces ella tendrá hijos, y sus hijos tendrán hijos, y entonces eso sigue para siempre.”

³² Sé que en el material de los siguientes casos hubieran sido de valor los detalles de la historia, personalidad, edad y circunstancias externas del paciente. Razones de discreción hacen imposible entrar en esos detalles y sólo puedo intentar la ilustración de mis principales temas mediante extractos del material.

En cierta oportunidad la paciente me llamó por teléfono y dijo que no podía venir a tratarse debido a que le dolía un hombro. Al día siguiente me llamó para decirme que aún no estaba bien, pero que esperaba verme el próximo día. Cuando vino estaba sumamente quejosa. Había sido cuidada por su sirvienta, pero nadie más se interesó por ella. Me describió que en un momento dado su dolor aumentó repentinamente, siendo éste acompañado de una sensación de frío extremo. Había sentido una imperiosa necesidad de que alguien viniese inmediatamente y le cubriese el hombro a fin de que entrara en calor, y que se fuese en cuanto esto fuera logrado. En ese instante se le ocurrió que así debió sentir siendo bebé, cuando quería ser cuidada y nadie venía.

Era característico de esta paciente en su actitud hacia los demás —y esto aclaraba sus más tempranas relaciones con el pecho— que deseara ser cuidada, pero al mismo tiempo repeliese el objeto mismo que había de gratificarla. La sospecha con respecto al don recibido junto con su imperiosa necesidad de ser cuidada —que en última instancia significaba un deseo de ser alimentada— expresaban su actitud ambivalente hacia el pecho. Me he referido a bebés cuya respuesta a la frustración es hacer un uso insuficiente de la gratificación que, aunque tardía, podía brindarles la mamada. Podría suponer que aun cuando no renuncian a sus deseos de un pecho gratificador, no logran gozar de él y por lo tanto lo repelen. El caso en discusión ilustra algunas de las razones de esta actitud: sospechada del don que ella deseaba recibir porque el objeto ya estaba dañado por la envidia y el odio, existiendo al mismo tiempo un profundo resentimiento por cada frustración. También tenemos que recordar —y esto puede aplicarse a otros adultos en quienes la envidia es marcada— que muchas experiencias desilusionantes, sin duda debidas en parte a su propia actitud, habían contribuido a su impresión de que el cuidado deseado no sería satisfactorio.

En el curso de esta sesión, la paciente relató un sueño: estaba sentada en una mesa en un restaurante. Sin embargo, nadie vino a servirle. Decidió unirse a una cola y buscar algo para comer. Delante de ella había una mujer que tomó dos o tres pastelitos y se fue con ellos. La paciente también tomó dos o tres pastelitos. De sus asociaciones seleccionó las siguientes: la mujer parecía muy resuelta y su figura recordaba la mía. Hubo una repentina duda acerca del nombre de los pasteles (en realidad *petits-fours*) que en un comienzo pensó eran *petit fru*; esto le hizo recordar *petit frau* y de este modo *Frau Klein*. El núcleo de mi interpretación fue que su queja por las sesiones perdidas se relacionaba con las mamadas insatisfactorias y la infelicidad de su niñez. Los dos pasteles de los “dos o tres”, representaban el pecho del que ella se sentía dos veces despojada al faltar a las sesiones. Eran “dos o tres” porque no había estado segura si podría venir el tercer día. La circunstancia de que la mujer era “resuelta” y que la paciente siguió su ejemplo al tomar los pasteles, apuntaba tan-

to hacia su identificación con el analista como a la proyección de su propia envidia sobre ella. En este sueño existe un aspecto estrechamente relacionado con el contenido del libro. La analista que se fue con los dos o tres *petits-fours* no sólo representaba al pecho que le fue rehusado, sino también al pecho que iba a "alimentarse a sí mismo". (Unida a otro material, la analista "resuelta" no sólo representaba el pecho sino a una persona con cuyas cualidades, buenas y malas, se identificaba la paciente). Así a la frustración se había sumado la envidia del pecho. Esta envidia había causado un amargo resentimiento, puesto que la madre había sido sentida como egoísta y mezquina, alimentándose y amándose en lugar de hacerlo con su bebé. En la situación analítica yo era sospechosa de haberme divertido durante su ausencia, o haber dado el tiempo a otros pacientes a quienes prefería. La cola a la que ella decidió unirse se refería a otros rivales más favorecidos.

La respuesta al análisis del sueño fue un notable cambio en la situación emocional. La paciente ahora experimentaba un sentimiento de felicidad y gratitud más vivas que en sesiones anteriores. Con lágrimas en los ojos, cosa poco usual en ella, dijo que sentía como si ahora hubiese hecho una comida³³ enteramente satisfactoria. También se le ocurrió que su lactancia y su infancia podrían haber sido más felices de lo que ella había supuesto. Se sentía asimismo, más esperanzada con respecto al futuro y al resultado de su análisis. La paciente había entendido una parte de sí misma con mayor claridad, parte que de ningún modo le era desconocida en otros aspectos. Ella percibía su envidia y sus celos hacia varias personas, pero no había sido capaz de reconocerlo suficientemente en la relación con la analista, porque era demasiado doloroso experimentar que estaba envidiando y dañando tanto a la analista como al éxito del análisis. En esta sesión después de las interpretaciones referidas, su envidia había disminuido; la capacidad para gozar y para la gratitud había pasado a primer plano, siendo capaz de experimentar la sesión como una comida feliz. Esta situación emocional tuvo que ser elaborada una y otra vez, en la transferencia positiva y negativa, hasta que se logró un resultado más estable.

La experiencia de esa comida feliz se produjo al hacerla gradualmente capaz de unir las partes disociadas de su personalidad en relación con la analista y por medio del reconocimiento de cuánta envi-

³³ No sólo en los niños sino también en los adultos puede ocurrir en la situación transferencial una plena revivificación de las emociones sentidas en las más tempranas experiencias de la alimentación. Por ejemplo, una sensación de hambre o sed surge con fuerza durante la sesión y desaparece después de la interpretación sentida como verdaderamente satisfactoria. Uno de los pacientes, agobiado por tales sentimientos, se levantó del diván y colocó sus brazos alrededor de una sección del arco que separaba una parte de mi consultorio. Repetidamente, al fin de tales sesiones, he oído la expresión: "He sido bien alimentado". El objeto bueno, bajo su forma primitiva como madre que cuida y alimenta al bebé, había sido recuperado.

dia y por lo tanto cuántas sospechas tenía sobre mí, y en primer lugar sobre su madre. Esto estaba ligado con sentimientos de gratitud. En el curso del análisis la envidia disminuyó, haciéndose los sentimientos de gratitud mucho más frecuentes y duraderos.

Mi segundo ejemplo está tomado del análisis de una paciente con fuertes rasgos depresivos y esquizoides. Durante un largo período había sufrido estados depresivos. El análisis siguió su marcha e hizo algún progreso, aunque la paciente expresó una y otra vez sus dudas con respecto al trabajo efectuado. Yo había interpretado los impulsos destructivos contra la analista, los padres y hermanos, y el análisis logró hacerle reconocer fantasías específicas de ataques destructivos contra el cuerpo de su madre. Habitualmente ese reconocimiento era seguido por depresiones de naturaleza controlable.

Fue un hecho notable que durante la primera parte del tratamiento no pudieran ser examinadas la profundidad y severidad de las dificultades de la paciente. Socialmente ella daba la impresión de ser una persona agradable, aunque propensa a la depresión. Sus tendencias reparativas y la actitud servicial hacia sus amistades eran bastante genuinas. Sin embargo, la severidad de su enfermedad se hizo aparente en cierto período, debido en parte al previo trabajo analítico y en parte a algunas experiencias externas. Habíanle ocurrido varias desilusiones; pero fue un éxito inesperado en su carrera profesional el que trajo a un primer plano lo que había estado analizando por algunos años, a saber la intensa rivalidad conmigo y el sentimiento de que en su propio terreno ella pudiera llegar a ser igual, o más bien superior a mí. Ambas llegamos a reconocer la importancia de su envidia destructiva hacia mí; y —como siempre cuando llegamos a estos estratos profundos— parecía que cualquier impulso destructivo allí existente era sentido como omnipotente y por lo tanto irrevocable e irremediable. Hasta entonces yo había analizado sus deseos oral-sádicos en forma extensa, y así fue como también llegamos a la comprensión parcial, por su parte, de los impulsos destructivos hacia su madre y hacia mí. El análisis había tratado asimismo acerca de sus deseos uretral y anal-sádicos, pero a este respecto yo sentía que no había logrado gran progreso y que su comprensión de estos impulsos y fantasías era de naturaleza más bien intelectual. Durante el particular período que ahora quiero discutir, había aparecido material uretral con fuerza renovada.

Pronto se desarrolló un sentimiento de gran exaltación a raíz de su éxito, el que fue anunciado por un sueño que mostró su triunfo sobre mí y, por debajo, la envidia destructiva hacia mí representando a su madre. En el sueño ella estaba en el aire sobre una alfombra mágica que la sostenía por encima de la copa de un árbol. La altura era suficiente como para que pudiera ver, a través de una ventana, el interior de una habitación donde una vaca estaba mascando algo que parecía ser la interminable tira de una frazada. En la misma noche

tuvo también un corto sueño en el que sus calzones estaban mojados.

Las asociaciones a este sueño pusieron en claro que estar por encima de la copa del árbol significaba haberme aventajado, puesto que la vaca me representaba a mí, a quien ella miraba con desprecio. Muy en el comienzo de su análisis ella había tenido un sueño en el que yo estaba representada por una mujer apática parecida a una vaca, mientras que ella era una niña pequeña que pronunciaba con éxito un brillante discurso. En aquel tiempo mis interpretaciones de que había convertido a la analista en una persona despreciable en tanto ella tenía una actuación exitosa a pesar de ser mucho más joven, habían sido aceptadas sólo en parte, aunque ella se daba plenamente cuenta que la niña era ella misma, y la mujer-vaca, la analista. Este sueño llevó gradualmente a un percatamiento más pleno de sus ataques destructivos y envidiosos contra mí y contra su madre. Desde entonces la mujer-vaca que me representaba había sido un rasgo definido en el material, y por eso estaba completamente claro que en el nuevo sueño la vaca, en la habitación que ella miraba, era la analista. Asoció que la interminable tira de frazada representaba un interminable chorro de palabras, ocurriéndole que éstas eran todas las palabras que yo había dicho en el análisis y que ahora tenía que tragármelas. La tira de frazada significaba un ataque contra la vaguedad e inutilidad de mis interpretaciones. Aquí vemos la total desvalorización del objeto primario, significativamente representado por la vaca, así como también la queja contra la madre que no la había alimentado en forma satisfactoria. El castigo impuesto sobre mí al tener que comer todas mis palabras saca a la luz la profunda desconfianza y todas las dudas que una y otra vez la habían asediado en el curso del análisis. Después de mis interpretaciones se hizo bastante claro que no podía confiar en la maltratada analista, ni en el análisis desvalorizado. La paciente estaba sorprendida y chocada por su actitud hacia mí, actitud que durante largo tiempo, antes del sueño, había rehusado admitir con plenitud. Los calzones mojados en el sueño y sus asociaciones expresaron (entre otros significados) los venenosos ataques uretrales contra la analista, destinados a destruir sus poderes mentales y cambiarla en una mujer-vaca. Poco tiempo después tuvo otro sueño que ilustra este punto particular. Estaba parada en la parte inferior de una escalera, mirando hacia arriba y viendo una pareja joven en la cual algo andaba mal. Arrojó entonces una pelota de lana, que ella misma describió como "magia buena"; sus asociaciones mostraron que la magia mala, y más especialmente el veneno, debían haber causado la necesidad de usar la magia buena después. Las asociaciones con la pareja me permitieron interpretar una situación actual de celos fuertemente negada, llevándonos del presente hacia experiencias anteriores, que por último llegó naturalmente hasta los padres. Los sentimientos destructivos y de envidia hacia la analista y hacia la madre en el pasado, resultaron estar por debajo de los celos y la envidia hacia la pareja del sueño. El hecho de que es-

ta pelota liviana no llegase hasta la pareja implicaba que su reparación no tuvo éxito; y la ansiedad por tal fracaso fue un elemento importante en su depresión.

Este es sólo un extracto del material que sirvió para mostrarle a la paciente, de modo convincente, su venenosa envidia hacia la analista y hacia su objeto primario. Aquí cedió a la depresión, que fue de una profundidad tal como nunca había tenido antes. La causa principal de esta depresión que siguió a su estado de exaltación fue el haberse visto obligada a hacerse cargo de una parte de sí misma completamente disociada, que hasta entonces no había sido capaz de reconocer. Como dije antes, fue muy difícil ayudarla a darse cuenta de su odio y agresividad. Pero cuando llegamos a esa fuente particular de destructividad, le era insoportable verse a la luz de su envidia e impetu de dañar y humillar a la analista, quien era sumamente valorada en otra parte de su mente. Ella no parecía ser particularmente jactanciosa o vanidosa, pero por medio de diversos procesos de disociación y defensas maniacas habíase aferrado a una imagen idealizada de sí misma. Como consecuencia de haber comprendido —lo que en esa etapa del análisis ya no podía negar— que se sentía mala y despreciable, la idealización se vino abajo y surgió la desconfianza acerca de sí misma, así como también la culpa por el daño irrevocable causado en el pasado y el presente. Su culpa y depresión se centralizaron sobre sus sentimientos de ingratitud hacia la analista, quien, según ella sabía, la había ayudado y la estaba ayudando y hacia quien ella sentía desprecio y odio y, en último término, por la ingratitud hacia su madre, a la que inconscientemente veía como arruinada y dañada por su envidia e impulsos destructivos.

El análisis de su depresión condujo a una mejoría que después de algunos meses fue seguida de una renovada y profunda depresión. Esto fue causado por el reconocimiento pleno de sus virulentos ataques anal-sádicos contra la analista y en el pasado contra su familia, confirmando su sensación tanto de enfermedad como de maldad. Era ésa la primera vez que ella fue capaz de apreciar cuán fuertemente habían sido disociados los aspectos uretral y anal-sádicos. Cada uno de éstos había involucrado partes importantes de la personalidad e intereses de la paciente. Los pasos hacia la integración que tuvieron lugar después del análisis de la depresión, implicaban recuperar estas partes perdidas, siendo la necesidad de encararlas la causa de su depresión.

El ejemplo siguiente es el de una paciente a quien yo describiría como bastante normal. Con el transcurso del tiempo ella se había vuelto cada vez más consciente de la envidia que experimentaba tanto hacia una hermana mayor como hacia su madre. La envidia de su hermana había sido contrarrestada por un sentimiento de fuerte superioridad intelectual que tenía base real y por la sensación inconsciente de que la hermana era extremadamente neurótica. La envidia

de la madre era contrabalanceada por un sentimiento amoroso muy fuerte y por la apreciación de su bondad.

En el sueño que la paciente relató, se encontraba sola en un vagón del ferrocarril con una mujer de la que sólo podía ver la espalda y que se hallaba inclinada hacia la puerta del compartimiento con gran peligro de caer hacia afuera. La paciente la sostenía fuertemente, tomándola del cinturón con una mano; con la otra escribía una nota que puso en la ventana. En ella decía: en este compartimiento se halla un médico ocupado con un paciente y no debe ser molestado.

De este sueño he seleccionado las asociaciones siguientes: la paciente tenía una acentuada sensación de que la figura a la cual mantenía fuertemente sujeta era una parte loca de sí misma. En el sueño ella estaba convencida de que no debía dejarla caer por la puerta, sino mantenerla en el compartimiento y enfrentarla. El análisis reveló que el compartimiento la representaba a ella misma. Las asociaciones con el cabello, que sólo era visto de atrás, se referían a la hermana mayor. Las asociaciones siguientes la llevaron al reconocimiento de la rivalidad y envidia en relación con aquélla, retrocediendo hasta la época en que la paciente aún era una niña mientras que su hermana ya tenía un festejante. Luego habló de un vestido que usaba su madre y que había admirado y codiciado cuando era pequeña. Este vestido marcaba claramente la forma de los senos, haciéndose más evidente que nunca, aunque nada de esto era enteramente nuevo, que lo que originalmente ella había envidiado y arruinado en su fantasía era el pecho de la madre.

Este reconocimiento intensificó sus sentimientos de culpa, tanto hacia la hermana como hacia la madre, llevándola a una revisión amplia de sus relaciones más tempranas. Así, llegó a una comprensión mucho más compasiva de las deficiencias de su hermana, sintiendo que no la había querido suficientemente. También descubrió que en su temprana infancia la había querido más de lo que recordaba en la actualidad.

Yo interpreté que la paciente sentía que debía mantener sujeta una parte loca, disociada de sí misma, hecho que también estaba ligado a la internalización de la hermana neurótica. Como consecuencia de la interpretación del sueño la paciente, que tenía razones para considerarse como bastante normal, sufrió fuerte sorpresa y conmoción. Este caso ilustra una conclusión que se está haciendo cada vez más familiar, consistente en que aun en personas normales³⁴ existe con frecuencia en forma disociada de otras partes de la personalidad, el remanente de sentimientos y mecanismos paranoides y esquizoides.

La sensación de la paciente de que debía mantener un dominio

³⁴ *La interpretación de los sueños*, de Freud, muestra claramente que algo de este residuo de locura encuentra expresión en los sueños y que por lo tanto éstos son una muy valiosa salvaguardia de la salud mental.

firme sobre aquella figura, implicaba que también debía haber ayudado más a su hermana o, por así decirlo, haberle impedido caerse; este sentimiento fue ahora revivido en conexión con aquella como objeto internalizado. La revisión de sus relaciones más tempranas estaba ligada a cambios en los sentimientos hacia sus objetos primarios introyectados. El hecho de que su hermana representara también la parte loca de sí misma resultó ser una proyección parcial de sus propios sentimientos paranoides y esquizoides sobre esta última. Fue con este percatamiento que disminuyó la disociación de su yo.

Ahora deseo referirme a un paciente y relatar un sueño que tuvo el fuerte efecto de hacerle reconocer no sólo los impulsos destructivos hacia la analista y hacia su madre, sino también la envidia como factor específico en su relación con ellas. Hasta entonces y con grandes sentimientos de culpa, había reconocido en cierta medida sus impulsos destructivos, pero aún no se daba cuenta de la envidia y hostilidad dirigidas contra la facultad creadora de la analista y contra su madre en el pasado. Sin embargo, reconocía que tenía envidia a otras personas y que unidos a una buena relación con su padre, existían asimismo celos y rivalidad. El siguiente sueño lo ayudó a percatarse de su envidia hacia la analista y aclaró sus tempranos deseos de poseer todos los atributos femeninos de su madre.

En el sueño el paciente, que había estado pescando, preguntábase si debía matar al pez que pensaba comer; por fin decidió colocarlo en un canasto y dejarlo morir. El canasto en que lo llevaba era como el que usan las lavanderas. Repentinamente el pez se convirtió en un hermoso bebé que tenía algo verde en su ropa. Entonces notó —y en ese momento se quedó muy preocupado— que los intestinos del bebé sobresalían porque había sido herido por el anzuelo que había tragado en su estado de pez. Asoció lo verde a la tapa de los libros de la International Psycho-Analytical Library, comentando que el pez en el canasto representaba uno de mis libros, que evidentemente me había robado. Otras asociaciones mostraron sin embargo que el pez no sólo era mi trabajo y mi hijo, sino también me representaba a mí. Tragarme el anzuelo, que significaba haberme tragado la carnada, expresaba su sentimiento de que yo había pensado de él mejor de lo que se merecía; que no me había dado cuenta de que también existían partes muy destructivas de él mismo que operaban contra mí. Aunque aún no podía admitir plenamente que la manera de tratar al pez, al niño y a mí misma, significaba destruirme a mí y a mi trabajo por envidia, inconscientemente sin embargo lo comprendía. También interpreté que el canasto de la lavandera expresaba su deseo de ser mujer, de tener niños y despojar a su madre de éstos. El efecto de este paso en la integración fue un comienzo de fuerte depresión debido a que tuvo que enfrentar los componentes agresivos de su personalidad. Aun cuando esto había sido anunciado en la primera parte de su análisis, ahora lo experimentó como una conmoción y con horror de sí mismo.

La noche siguiente el paciente soñó con un lucio, al que asoció ballenas y tiburones, pero en el sueño no sintió que el lucio fuese un animal peligroso. Era viejo y parecía estar cansado y muy gastado. Sobre él se hallaba una rémora, sugiriendo inmediatamente el paciente que la rémora no chupa al lucio o a la ballena, sino que se adhiere a su superficie, protegiéndose así de los ataques de otros peces. El paciente reconoció que esta explicación era una defensa contra el sentimiento de que él era la rémora y yo el lucio viejo y gastado y me hallaba en ese estado por haber sido tan maltratada en el sueño de la noche anterior y porque él sentía que yo había sido chupada hasta quedar seca. Esto no sólo me había convertido en un objeto dañado, sino también peligroso. En otras palabras, habían surgido tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas; el lucio asociado a las ballenas y tiburones mostraba los aspectos persecutorios, mientras que su apariencia vieja y gastada expresaba sensación de culpa por el daño que me había estado haciendo y que aún me hacía.

La fuerte depresión que siguió a este reconocimiento duró varias semanas en forma más o menos ininterrumpida, pero no interfirió en el trabajo ni en la vida familiar del paciente. Describió esta depresión como diferente y más profunda que cualquier otra experimentada antes. El impulso hacia la reparación, expresado en el trabajo físico y mental, se incrementó por la depresión y preparó el camino para su superación. El resultado de esta fase sobre su análisis fue muy notable. Aun cuando la depresión cedió después de haber sido elaborada, el paciente estaba convencido de que ya nunca se vería del modo como lo había hecho antes. Con todo, esto no implicaba una sensación de desánimo, sino un mayor conocimiento de sí mismo y una mayor tolerancia con respecto a otras personas. Lo que el análisis logró fue un paso importante en la integración, ligado al hecho de que el paciente fuese capaz de enfrentar su realidad psíquica. No obstante, en el curso de su análisis había épocas en que esta actitud no podía ser mantenida. Es decir que, como en todos los casos, la elaboración fue un proceso gradual.

Aunque su previa observación y juicio acerca de las personas había sido bastante normal, hubo una definida mejoría como resultado de este período de su tratamiento. Otra consecuencia fue que los recuerdos de la infancia y de su actitud hacia los hermanos surgieron con mayor fuerza y lo llevaron hasta la temprana relación con la madre. Durante el estado de depresión a que me he referido, se dio cuenta de que había perdido en gran parte el placer e interés por el análisis. Pero éstos fueron recuperados por completo al ceder la depresión. En seguida trajo un sueño en el que distinguía un leve menosprecio por la analista, pero que en el análisis resultó expresar una fuerte desvalorización. En el sueño trataba con un niño delincuente, pero no estaba satisfecho del modo como había manejado la situación. El padre del niño se ofreció a llevar al paciente en automóvil a su destino, notando él que lo llevaban más y más lejos del lugar

donde deseaba ir. Después de un tiempo agradeció al padre y bajó del coche; pero no estaba perdido, porque como de costumbre conservaba un sentido general de la orientación. Al pasar miró un edificio un tanto raro que se le ocurrió interesante y apropiado para una exposición, pero en el que no sería agradable vivir. Sus asociaciones con él estaban ligadas con algún aspecto de mi apariencia. Luego dijo que ese edificio tenía dos alas y recordó la expresión "tener a alguien bajo el ala". Reconoció que el niño delincuente por el cual se había interesado, lo representaba a él mismo, mostrando la continuación del sueño la razón por la cual era delincuente: cuando el padre, que representaba a la analista, lo llevaba más y más lejos de su destino, expresaba las dudas que utilizaba parcialmente a fin de desvalorizarme, preguntándome si yo lo llevaba en la buena dirección, si era necesario adentrarse tanto o si yo le estaba haciendo daño. Cuando se refirió a que guardaba un sentido de la dirección y no se sentía perdido, esto implicaba lo contrario de las acusaciones contra el padre (la analista) del niño: sabía que el análisis era muy valioso para él y que era su envidia hacia mí lo que incrementaba sus dudas.

Asimismo comprendió que el edificio interesante, en el que no le hubiera gustado vivir, representaba a la analista. Por otra parte, sentía que al analizarla yo lo había tomado bajo mi ala y lo estaba protegiendo de sus conflictos y ansiedades. En el sueño las dudas y acusaciones contra mí eran usadas como una desvalorización y no sólo se relacionaban con la envidia sino también con el desaliento por la envidia y los sentimientos de culpa por su ingratitud.

Hubo otra interpretación de este sueño, confirmada sobre la base de otros posteriores, fundada en el hecho de que en la sesión analítica yo a menudo representaba al padre, cambiándome rápidamente en madre y a veces representando a ambos padres simultáneamente. Esta interpretación era que la acusación contra el padre, por llevarlo en la mala dirección, se enlazaba con su temprana atracción homosexual hacia él. Durante el análisis se demostró que esta atracción estaba unida a intensos sentimientos de culpa, porque pude mostrar al paciente que la fuerte disociación de la envidia y odio contra su madre y su pecho habían contribuido a su vuelco hacia el padre, y que sus deseos homosexuales eran sentidos como una alianza hostil contra la madre. La acusación de que el padre lo llevó en mala dirección se unía al sentimiento general —que encontramos con tanta frecuencia en los pacientes— de que él había sido seducido por su padre y llevado en esta forma a la homosexualidad. Aquí tenemos la proyección sobre el padre de los propios deseos del individuo.

El análisis de su sensación de culpa tuvo varios efectos. En primer término experimentó un amor más profundo hacia sus padres. También se dio cuenta —y estos dos hechos están estrechamente ligados— de que había existido un elemento compulsivo en su necesidad de reparar. La identificación excesivamente fuerte con el objeto da-

ñado en la fantasía —originalmente la madre— había perjudicado su capacidad para gozar plenamente y con esto, en cierta medida, empobrecido su vida. Se pudo ver entonces que aun en su más temprana relación con su madre, aunque no existía razón para dudar de que hubiera sido feliz durante la lactancia, no había podido gozarla completamente, debido a su temor de agotar o despojar el pecho. Por otra parte, la interferencia con su satisfacción daba motivos de queja y aumentaba sus sentimientos persecutorios. Esto es un ejemplo del proceso descrito anteriormente, en el que la culpa —en particular la culpa por la envidia destructiva de la madre y del analista— es propensa a tornarse en persecución en los estadios tempranos del desarrollo. A través del análisis de la envidia primaria y de la correspondiente disminución de la ansiedad depresiva y persecutoria, aumentó su capacidad para gozar y sentir gratitud en un plano más profundo.

Mencionaré ahora otro caso de un paciente en el que la tendencia a la depresión se hallaba también acompañada de una necesidad compulsiva de reparar. Su ambición, rivalidad y envidia, que coexistían con muchos buenos rasgos de carácter, habían sido analizadas gradualmente. Sin embargo, fueron necesarios varios años³⁵ para que el paciente experimentase en forma plena la envidia del pecho y su facultad creadora y el deseo de arruinarlo, el cual estaba muy disociado. Al comenzar su análisis tuvo un sueño que describió como “ridículo”: hallábase fumando una pipa llena de hojas que habían sido arrancadas de uno de mis libros. Primero expresó gran sorpresa acerca de esto porque “uno no fuma papeles impresos”. Interpreté que eso sólo era un aspecto menor del sueño; el significado principal era que él había roto mi trabajo y lo estaba destruyendo. También señalé que la destrucción de mis trabajos era de naturaleza anal-sádica, que estaba implicada en el hecho de fumarlos. El había negado estos ataques agresivos, puesto que junto con la fuerza de sus procesos de disociación, poseía gran capacidad para negar. Otro aspecto de este sueño era que los sentimientos de persecución surgieron en conexión con el análisis. Las interpretaciones previas lo habían ofendido y fueron vividas como algo que él tenía que “poner en su pipa y fumar”. El análisis de este sueño ayudó al paciente a reconocer sus impulsos destructivos contra la analista y también que habían sido estimulados por una situación de celos surgida el día anterior. Esta se centraba en la impresión de que yo valoraba a otro más que a él. Pero tal reconocimiento no llevó a una comprensión de su envidia hacia

³⁵ La experiencia me mostró que cuando el analista está plenamente convencido acerca de la importancia de un nuevo aspecto de la vida emocional, se hace capaz de interpretarlo más tempranamente en el análisis. Así, al darle énfasis suficiente cada vez que el material lo permite, puede llevar al paciente a la realización de tales procesos mucho antes, acrecentando de esa manera la efectividad del análisis.

la analista, aunque le fue interpretado. Sin embargo, no caben dudas de que esto preparó el terreno para el material en que los impulsos destructivos y la envidia se hicieron gradualmente más claros.

La culminación fue alcanzada en un período posterior del análisis, cuando todos estos sentimientos en relación con la analista llegaron al paciente con toda su fuerza. Entonces relató un sueño que describió otra vez como "ridículo": se estaba desplazando a gran velocidad, como si estuviera en un automóvil. Estaba de pie sobre un artefacto semicircular, hecho con alambre o algún "material atómico". Tal como lo expresó, "esto lo mantenía andando". De pronto notó que el objeto sobre el cual se encontraba parado se hacía pedazos y esto lo angustió. Al objeto semicircular asoció el pecho y la erección del pene, implicando su potencia. Este sueño incluía su sentimiento de culpa por no hacer uso correcto del análisis y sus impulsos destructivos hacia mí. En la depresión, sentía que yo no podría ser preservada, existiendo conexiones con ansiedades similares, en parte conscientes, que dependían de no haber sido capaz de proteger a su madre durante la ausencia de su padre, durante la guerra y en otras situaciones posteriores. Por entonces sus sentimientos de culpa en relación con su madre y conmigo habían sido analizados en forma extensa. Pero últimamente sentía en forma más clara que era su envidia lo que me destruía. Sus sentimientos de culpa y su desdicha eran tanto mayores ya que en una parte de su mente estaba agradecido a su analista. La frase "esto me mantenía andando" implicaba cuán esencial resultaba su análisis para él, ya que representaba una precondición de su potencia en el sentido más amplio, es decir, del éxito en todas sus aspiraciones.

La revelación de su envidia y odio hacia mí se produjo en forma de conmoción y fue seguida de una fuerte depresión y sensación de indignidad. Creo que este tipo de conmoción, que he descrito en varios casos anteriores, es consecuencia de un paso importante hacia la curación de la disociación entre partes de la personalidad, estableciéndose así un período de progreso en la integración del yo.

En una sesión, después del segundo sueño, llegó a una comprensión aun más completa de su ambición y envidia. Agregó que conocía sus limitaciones y según lo expresó, no esperaba cubrir de gloria a su profesión ni a sí mismo. En ese momento, todavía bajo la influencia de aquel sueño, comprendió que su modo de expresarlo mostraba la fuerza de su ambición y su envidia en la comparación conmigo. Después de un estado inicial de sorpresa, este reconocimiento culminó en plena convicción.

VI

He descrito a menudo mi punto de vista sobre la ansiedad como el nódulo de mi técnica. Sin embargo, las ansiedades desde su ini-

ciación no pueden ser halladas sin sus respectivas defensas. Como ya lo he señalado anteriormente, la primerísima función del yo es la de enfrentar la ansiedad. Hasta creo probable que la ansiedad primordial, engendrada por la amenaza del instinto de muerte dentro del organismo, pudiera ser la explicación de por qué el yo es puesto en actividad desde el momento del nacimiento. El yo se protege constantemente contra el dolor y la tensión que la ansiedad despierta, y por lo tanto emplea defensas desde el comienzo de la vida posnatal. Durante muchos años he sostenido que la mayor o menor capacidad del yo para soportar la ansiedad es un factor constitucional que influye fuertemente en el desarrollo de las defensas. Si su capacidad para hacer frente a la ansiedad es inadecuada el yo puede volver regresivamente a defensas apropiadas a su estadio. Como resultado, la ansiedad persecutoria y los métodos para luchar contra ella pueden ser tan fuertes que menoscaban la posterior elaboración de la posición depresiva. Algunos casos, particularmente los de tipo psicótico, nos enfrentan desde el principio con defensas de una naturaleza aparentemente tan impenetrable, que por algún tiempo pueden parecer imposibles de analizar.

A continuación enumeraré algunas de las defensas contra la envidia que he hallado en el curso de mi trabajo. Algunas de las más tempranas que fueron frecuentemente descritas con anterioridad, tales como la omnipotencia, la negación y la disociación, son reforzadas por la envidia. En una sección previa he sugerido que la *idealización* no sólo sirve como defensa contra la persecución, sino también contra la envidia. En los pequeños, si la disociación normal entre el objeto bueno y el malo no se logra inicialmente, este fracaso, ligado a la envidia excesiva, trae a menudo como resultado la disociación entre un objeto primario omnipotentemente idealizado y otro muy malo. La gran exaltación del objeto y de sus dotes es un intento de disminuir la envidia. Sin embargo, si la envidia es muy fuerte, es probable que tarde o temprano se vuelva contra el objeto idealizado primario y las otras personas que en el curso del desarrollo irán a representarlo.

Según sugerí antes, cuando no tiene éxito la fundamental y normal disociación del amor y el odio, del objeto bueno y el malo, puede surgir³⁶ la *confusión* entre uno y otro objeto. Creo que ésta es la base de cualquier confusión, ya sea en los estados confusionales severos o en formas más leves como la indecisión, es decir una dificultad en llegar a conclusiones y trastornos de la capacidad para pensar claramente. Pero la confusión también es empleada en forma defensiva y esto puede ser observado en los distintos planos del desarrollo. Confundiéndose con respecto a si el sustituto de la figura original es bueno o malo, se contrarresta hasta cierto punto la persecución, así

³⁶ Véase Rosenfeld, "Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas" (1950).

como la culpa por haber arruinado y atacado al objeto primario por medio de la envidia. La lucha contra la envidia toma otro carácter cuando, junto con la posición depresiva, se instalan distintos sentimientos de culpa. Aun en personas en quienes la envidia no es excesiva, la preocupación por el objeto, la identificación con él y el temor de perderlo y del daño hecho contra su facultad creadora, son factores importantes en la dificultad para elaborar la posición depresiva.

La "huida del lado de la madre hacia otras personas" que son admiradas e idealizadas a fin de evitar los sentimientos hostiles hacia ese objeto más importante y envidiado (y por lo tanto odiado), el pecho, se convierte así en un medio para preservarlo —lo cual también significa preservar a la madre—. ³⁷ Con frecuencia he señalado que tiene gran importancia el modo como se lleva a cabo la desviación del primer objeto hacia el segundo, o sea el padre. Si predominan la envidia y el odio, estas emociones son en cierta medida transferidas al padre o a los hermanos y luego a otras personas, fallando así el mecanismo de huida.

Al alejamiento del objeto primario está ligada la dispersión de los sentimientos que estaban dirigidos hacia él, lo cual podría llevar a la promiscuidad en un periodo posterior del desarrollo. La ampliación de las relaciones de objeto es un proceso normal en la infancia. En la medida en que la relación con objetos nuevos es en parte un sustituto del amor hacia la madre y no especialmente una huida del odio hacia ella, los objetos nuevos son útiles y al mismo tiempo una compensación de los inevitables sentimientos de pérdida del único objeto primario; pérdida ésta que surge con la posición depresiva. El amor y la gratitud son preservados en grado variable en la nueva relación, aunque en cierta extensión estos sentimientos están separados de aquellos que están dirigidos hacia la madre. Sin embargo, si la dispersión de las emociones es principalmente empleada como una defensa contra la envidia y el odio, no existe base para mantener relaciones estables de objeto, pues se hallan influidas por la persistente hostilidad hacia el objeto primitivo.

La defensa contra la envidia a menudo toma la forma de *desvalorización del objeto*. He sugerido que arruinar y desvalorizar se hallan en la esencia de la envidia. El objeto que ha sido desvalorizado ya no necesita ser envidiado. Esto pronto se aplica al objeto idealizado que es desvalorizado y por lo tanto deja de ser ideal. La rapidez con que esta idealización se destruye depende de la fuerza de la envidia. Pero la desvalorización y la ingratitud son el recurso usado como defensa contra la envidia en cada etapa del desarrollo; en algunas personas éstas permanecen como características de sus relaciones de objeto. Ya me he referido a los pacientes que en la situación transferencial critican una interpretación aun después de haberles sido decidida-

³⁷ Véase "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952c).

mente útil, hasta que al fin nada bueno queda de ella. Sirva como ejemplo un paciente que durante una sesión analítica había llegado a una solución satisfactoria de un problema externo y que inició la siguiente, diciendo que se sentía muy fastidiado conmigo; yo le había despertado gran angustia el día anterior al hacerle enfrentar ese problema particular. Además agregó que se sentía acusado y desvalorizado por mí porque la solución no se le había ocurrido hasta que el problema fue analizado. Sólo después de reflexionar reconoció que el análisis había resultado realmente útil.

Una defensa particular de tipo más depresivo es la *desvalorización de la propia persona*. Ciertas personas pueden ser incapaces de desarrollar sus propias dotes y emplearlas de modo satisfactorio. En otros casos esta actitud sólo emerge en ciertas oportunidades, siempre y cuando exista el peligro de rivalizar con una figura importante. Al desvalorizar sus propias dotes niegan la envidia y al mismo tiempo se castigan por ella. Sin embargo, se puede comprobar en el análisis que la desvalorización de la propia persona despierta nuevamente envidia frente al analista, quien es percibido como superior, sobre todo porque el paciente se ha desvirtuado tanto. Privarse del éxito tiene evidentemente muchas causas determinantes, lo cual también se aplica a todas las actitudes a que me he referido.³⁸ Con todo, he hallado que una de las causas más profundas de esta defensa es la culpa y la desdicha por no haber sido capaz de preservar al objeto bueno, debido a la envidia. Las personas que han establecido su objeto bueno en forma algo precaria, sufren la ansiedad de que éste pueda ser arruinado y perdido como consecuencia de la competencia y envidia; de ahí que eviten el éxito y la competencia.

Otra defensa contra la envidia es la que se relaciona con la voracidad. Internalizando el pecho en forma muy voraz de modo que en la mente del niño quede por entero como su posesión y sujeto al control, éste siente que será suyo todo lo bueno que atribuye al pecho. Esto es empleado para contrarrestar la envidia. La misma voracidad con que es llevada a cabo esta internalización contiene en sí el germen del fracaso. Como dije anteriormente, un objeto bueno que se halla bien consolidado y por lo tanto asimilado, no sólo ama al sujeto, sino que es amado por éste. Creo que esto es característico de la relación con un objeto bueno, lo cual no se aplica, o sólo lo es en menor grado, a un objeto idealizado. A través del violento deseo de posesión, el objeto bueno se transforma en un perseguidor destruido, con lo que no se evitan suficientemente las consecuencias de la envidia. Sucede todo lo contrario cuando existe tolerancia hacia la persona amada; dicha tolerancia es también proyectada sobre otras, quienes se convierten así en figuras benévolas.

Despertar la envidia en otros es un método frecuente de defensa;

³⁸ Véase Freud, "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", OC, 14.

por medio del éxito, de los propios bienes y de la buena suerte, se invierte la situación en que es experimentada la envidia. Su ineficacia como método deriva de la ansiedad persecutoria que ocasiona. Las personas envidiosas y en particular el objeto interno envidioso, son percibidos como los peores perseguidores. Otra razón por la cual esta defensa es precaria proviene en último término de la posición depresiva. El deseo de provocar envidia en otras personas y particularmente en las amadas, y triunfar, crea culpa y miedo de dañarlas. La ansiedad despertada perjudica el goce de los propios bienes e incrementa nuevamente la envidia.

Existe otra defensa que es bastante común, la de *sofocar los sentimientos de amor con la correspondiente intensificación del odio*, porque esto es menos doloroso que soportar la culpa producida por la combinación de amor, odio y envidia. Esto puede no expresarse como odio, sino que toma caracteres de indiferencia. Una defensa aliada a ésta es la de apartarse del contacto con las personas. La necesidad de independencia, que como sabemos es un fenómeno normal en el desarrollo, puede reforzarse a fin de evitar la gratitud o la culpa por la ingratitud y la envidia. En el análisis hallamos que inconscientemente esta independencia es en realidad completamente falsa, ya que el individuo permanece dependiendo de su objeto interno.

Cuando las partes disociadas de la personalidad, incluyendo a las más envidiosas y destructivas, se juntan, se producen progresos en la integración. Existe un método particular de enfrentarse con esta situación, que fue descrito por Herbert Rosenfeld (1955). Este señaló que el *acting out* es empleado a fin de mantener la disociación. Según mi punto de vista, la "actuación", en la medida en que es usada para evitar la integración, se convierte en una defensa contra las ansiedades despertadas por la aceptación de la parte envidiosa de la personalidad.

No he alcanzado a describir todas las defensas contra la envidia porque su variedad es infinita. Están íntimamente entrelazadas con las defensas contra los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria y depresiva, dependiendo su éxito de muchos factores externos e internos. Como se ha dicho, cuando la envidia es fuerte y por ello capaz de reaparecer en toda relación de objeto, las defensas contra ella parecen ser precarias. Las defensas contra los impulsos destructivos no dominados por la envidia parecen ser mucho más efectivas, aunque pueden implicar inhibiciones y limitaciones de la personalidad.

Cuando predominan los rasgos esquizoides y paranoides, las defensas contra la envidia no pueden tener éxito, puesto que los ataques sobre el sujeto lo llevan a una sensación de aumento de la persecución que sólo puede ser manejada por renovados ataques, es decir, por un refuerzo de los impulsos destructivos. De este modo se establece un círculo vicioso que menoscaba la capacidad de contrarrestar la envidia. Esto se aplica particularmente a los casos de esquizofrenia

y explica hasta cierto punto las dificultades para lograr su curación.³⁹

El resultado es más favorable cuando existe en cierta medida una relación con un objeto bueno, pues esto también significa que la posición depresiva ha sido parcialmente elaborada. Las experiencias de depresión y culpa implican el deseo de evitar daño al objeto amado y restringir la envidia.

Las defensas que he enumerado y además muchas otras, forman parte de la reacción terapéutica negativa porque son un poderoso obstáculo a la capacidad de admitir lo que el analista tiene que dar. Me he referido antes a algunas de las formas que toma la envidia hacia el analista. Cuando el paciente es capaz de experimentar gratitud —y esto significa que en tales momentos es menos envidioso— se encuentra en condiciones más favorables para beneficiarse con el análisis y consolidar lo que ya ha logrado. En otras palabras, cuanto más predominen los rasgos depresivos sobre los esquizoides y paranoides, tanto mayores son las perspectivas de cura.

El impulso de reparación y la necesidad de ayudar al objeto envidiado también son medios muy importantes para contrarrestar la envidia. En último término esto involucra contrarrestar los impulsos destructivos mediante la movilización de sentimientos de amor.

Puesto que en varias oportunidades me he referido a la confusión, puede ser útil resumir ahora algunos estados de confusión importantes que surgen normalmente en diferentes períodos del desarrollo, así como en relación con otras situaciones. He señalado a menudo⁴⁰ que los deseos libidinales y agresivos uretrales y anales (y aun los genitales) operan desde el comienzo de la vida posnatal —aunque bajo el dominio de los orales—, y que después de algunos meses la relación con los objetos parciales se extiende a la relación con la persona total.

Ya he discutido aquellos factores —en particular los fuertes rasgos esquizo-paranoides y la envidia excesiva— que desde el comienzo tornan borrosa la distinción y malogran el éxito de la disociación entre el pecho bueno y malo; así se ve reforzada la confusión en el bebé. Creo que en el análisis de nuestros pacientes es esencial seguir el rastro de todos los estados de confusión, aun los más severos de la esquizofrenia, hasta esa temprana incapacidad de distinguir entre el objeto primario bueno y malo, aunque también debe ser tenido en cuenta su empleo defensivo contra la envidia y los impulsos destructivos.

Ya han sido mencionadas algunas consecuencias de esta temprana dificultad, tales como el comienzo prematuro de la culpa, la inca-

³⁹ Algunos de mis colegas que analizan casos de esquizofrenia me han dicho que el énfasis que ellos ponen ahora en la envidia, como un factor que arruina y destruye, es de gran importancia tanto para la comprensión como para el tratamiento de sus pacientes.

⁴⁰ Véase *El psicoanálisis de niños*, cap. 8.

pacidad del niño de experimentar la culpa y la persecución en forma separada y el incremento que resulta de la ansiedad persecutoria. También he llamado la atención sobre la importancia de la confusión con respecto a los padres, resultante de una intensificación de la figura combinada de los padres debida a la envidia. He asociado el comienzo temprano de la genitalidad con la huida de la oralidad, hecho que incrementa la confusión entre las tendencias y fantasías orales, anales y genitales.

Otros factores que contribuyen muy tempranamente a la confusión y estados de perplejidad son la identificación proyectiva y la introyectiva, porque temporariamente pueden tener el efecto de volver borrosa la distinción entre el individuo y los objetos entre el mundo externo y el interno. Tal confusión interfiere en la comprensión y percepción realista del mundo externo. La desconfianza y el miedo de admitir "alimento mental" se refiere a la pasada desconfianza de lo que ofreció el pecho envidiado y dañado. Si primariamente el alimento bueno es confundido con el malo, posteriormente queda menoscabada la capacidad para pensar con claridad y desarrollar normas de valores. Todos estos trastornos, que según mi punto de vista se hallan también ligados a la defensa contra la ansiedad y que han sido despertados por el odio y la envidia, se expresan en inhibición del aprendizaje y el desarrollo intelectual. Aquí dejo fuera de consideración varios otros factores que contribuyen a producir tales dificultades.

Los estados de confusión que he resumido brevemente y en los cuales incide el intenso conflicto entre las tendencias destructivas (odio) y las integrativas (amor) son hasta cierto punto normales. Es con la integración creciente y por medio de la elaboración exitosa de la posición depresiva —que incluye una mayor clarificación de la realidad interna— que la percepción del mundo externo se hace más real; resultado que normalmente se halla en marcha durante la segunda mitad del primer año y en el comienzo del segundo.⁴¹ Estos cambios están esencialmente unidos a una disminución en la identificación proyectiva, que forma parte de los mecanismos y ansiedades esquizo-paranoides.

VII

Intentaré ahora una descripción somera de las dificultades que se oponen al progreso de un análisis. Sólo después de un trabajo largo y cuidadoso es posible capacitar al paciente para que encare la envidia y odio primarios. Aunque los sentimientos de competencia y envidia

⁴¹ He sugerido (véanse mis artículos de 1952) que en el segundo año de vida los mecanismos obsesivos se ponen en primer plano y la organización del yo ocurre bajo el dominio de fantasías e impulsos anales.

son familiares para la mayoría de las personas, sus implicaciones más profundas y tempranas, experimentadas en la situación transferencial, son extremadamente dolorosas y por lo tanto difíciles de aceptar para el paciente. Tanto en el hombre como en la mujer, la resistencia que hallamos al analizar sus celos y hostilidad edípicos, aunque muy fuerte, no es tan intensa como la que encontramos al analizar la envidia y odio contra el pecho. Ayudar al paciente a que atravesase estos conflictos y sufrimientos profundos es el medio más eficaz de fomentar su estabilidad e integración, porque esto lo capacita, por medio de la transferencia, para consolidar el objeto bueno y su amor por él y lograr alguna confianza en sí mismo. Innecesario es decir que el análisis de esta relación más temprana involucra la exploración de las relaciones posteriores y permite al analista comprender más plenamente la personalidad adulta del paciente.

En el curso del análisis tenemos que estar preparados para encontrar fluctuaciones entre mejoras y retrocesos. Esto puede manifestarse de muchas maneras. Por ejemplo, el paciente ha experimentado gratitud y aprecio por la habilidad del analista. Esta misma habilidad que es causa de admiración pronto da lugar a la envidia, la que puede ser contrarrestada por el orgullo de tener un buen analista. Si el orgullo despierta el deseo de posesión puede haber un renacimiento de la voracidad infantil, la que podría ser expresada en los siguientes términos: yo tengo todo lo que deseo; yo tengo a la madre buena por entero para mí. Tal actitud voraz y controladora tiende a dañar la relación con el objeto bueno y origina un sentimiento de culpa, el que pronto puede llevar a otra defensa, por ejemplo: yo no quiero dañar a la madre-analista, más bien quisiera abstenerme de aceptar sus dones. En esta situación, al no ser aceptada la ayuda del analista, renace entonces la culpa temprana por haber rechazado la leche y el amor ofrecidos por la madre. El paciente también experimenta un sentimiento de culpa porque se está privando (la parte buena de su personalidad) de mejorar y recibir ayuda, reprochándose haber colocado un peso demasiado grande en el analista al no cooperar suficientemente; de este modo siente que lo está explotando. Tales actitudes alternan con la ansiedad persecutoria de que le son robadas sus defensas, emociones, pensamientos y todos sus ideales. En estados de gran ansiedad parece no haber otra alternativa en la mente del paciente que la de robar o ser robado.

Como he sugerido, las defensas permanecen activas incluso cuando se produce un mayor percatamiento. Cada paso hacia la integración, y la ansiedad despertada por esto, pueden llevar a la aparición de primitivas defensas con mayor fuerza, e incluso a la aparición de otras nuevas. También debemos esperar que la envidia primaria surja una y otra vez y por lo tanto vernos confrontados con fluctuaciones repetidas en la situación emocional. Por ejemplo, cuando el paciente se siente despreciable y por ello inferior al analista —al que en ese momento atribuye bondad y paciencia— pronto reaparece

la envidia respecto a este último. Su propia desdicha, el dolor y los conflictos que atraviesa son contrastados con la paz espiritual atribuida al analista —en realidad su sano juicio—, siendo esto una causa particular de envidia.

La incapacidad del paciente para aceptar con gratitud una interpretación a la que en alguna parte de su mente reconoce como útil es un aspecto de la reacción terapéutica negativa. Bajo el mismo título se hallan muchas otras dificultades, algunas de las cuales mencionaré. Debemos estar preparados para la posible aparición de intensas ansiedades toda vez que el paciente haga progresos en la integración, es decir, cuando la parte envidiosa de la personalidad, la que odia y es odiada, se ha acercado más a otras partes de ella. Estas ansiedades incrementan la desconfianza del paciente respecto a sus impulsos amorosos. Sofocar el amor, hecho que he descrito como una defensa maniaca durante la posición depresiva, radica en la amenaza de peligro proveniente de los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria. En el adulto, la dependencia de una persona amada hace renacer el desamparo del bebé y es sentida como humillante. Pero en esto hay más que desamparo infantil: el niño puede depender excesivamente de la madre si su ansiedad es demasiado grande por temor a que sus impulsos destructivos la transformen en un objeto persecutorio o dañado; esta excesiva dependencia puede ser revivida en la situación transferencial. Otro motivo para sofocar los impulsos amorosos es la ansiedad originada en el temor de que si se cediese al amor la voracidad destruiría al objeto. Existe asimismo el temor de la excesiva responsabilidad que el amor pueda crear y de que el objeto sea demasiado exigente. El conocimiento inconsciente de que el odio y los impulsos destructivos se hallan en acción puede hacer que el paciente se sienta más sincero al no admitir el amor a sí mismo ni a los demás.

Puesto que la ansiedad no puede surgir sin que el yo ponga en juego todas las defensas que es capaz de producir, los procesos de disociación desempeñan un papel importante como métodos contra la experimentación de las ansiedades persecutoria y depresiva. Cuando interpretamos tales procesos de disociación el paciente se hace más consciente de una parte de sí mismo, de la cual está aterrorizado porque la siente como representativa de los impulsos destructivos. En aquellos en quienes los tempranos procesos de disociación (siempre ligados a rasgos esquizoides y paranoides) son menos dominantes, la “represión” de los impulsos es más fuerte y por lo tanto el cuadro clínico es diferente. Es decir, que nos hallamos frente al paciente más bien de tipo neurótico, el cual ha logrado superar en cierta extensión la disociación temprana y en quien la represión se ha convertido en la principal defensa contra los trastornos emocionales.

Otra dificultad que durante largos períodos obstaculiza el análisis es la tenacidad con que el paciente se adhiere a una transferencia positiva fuerte; hasta cierto punto esto puede ser engañoso, porque está

basado en la idealización y encubre el odio y la envidia, que están disociados. Es característico entonces que las ansiedades orales sean a menudo evitadas y los elementos genitales se hallen en primer plano.

En relación con otros aspectos he intentado mostrar que los impulsos destructivos, expresión del instinto de muerte, son sentidos ante todo como dirigidos contra el yo. Al ser confrontado con ellos, aunque esto haya ocurrido gradualmente, el paciente en tanto se halla en el proceso de aceptarlos e integrarlos como aspecto de sí mismo se siente expuesto a la destrucción. Es decir que en ciertos momentos como resultado de la integración, el paciente enfrenta varios peligros mayores; su yo puede ser arrollado; la parte ideal de su personalidad puede perderse al conocer la existencia de su parte disociada, destructiva y odiada; al no estar ya reprimidos los impulsos destructivos del paciente, el analista puede volverse hostil y tomar represalias, convirtiéndose así también en una peligrosa figura del superyó; el analista, como representante de un objeto bueno, es amenazado con la destrucción. El peligro que corre el analista contribuye a crear la fuerte resistencia que hallamos al intentar deshacer la disociación y hacer progresos hacia la integración. Esto se hace comprensible si recordamos que el bebé siente a su objeto primario como fuente de bondad y vida, y por lo tanto como irremplazable. Su ansiedad por temor de haberlo destruido es la causa de grandes dificultades emocionales y entra en forma prominente en los conflictos que surgen en la posición depresiva. El sentimiento de culpa que resulta cuando el paciente se percata de la envidia destructiva puede llevar a una inhibición temporaria de sus capacidades.

Nos hallamos frente a una situación muy distinta cuando las fantasías omnipotentes y aun megalomaniacas aumentan como defensa contra la integración. Este llega a ser un período crítico, pues el paciente puede buscar refugio en el refuerzo de sus proyecciones y actitudes hostiles. De este modo se cree superior al analista, al que acusa de desvalorizarlo y por lo tanto halla justificación para odiarle. Así desacredita todo lo hasta entonces logrado en el análisis. Volviendo a la situación primitiva, cuando era bebé el paciente puede haber tenido fantasías de ser más poderoso que sus padres y aun de que él mismo creó a su madre o la dio a luz y poseyó su pecho. De acuerdo con esto, la madre sería quien robó el pecho del paciente y no éste quien se lo robó a ella. Proyección, omnipotencia y persecución se hallan entonces en su punto culminante. Algunas de estas fantasías actúan cuando son muy fuertes los sentimientos de prioridad, ya sea en el trabajo científico o de cualquier otra índole. Hay otros factores que pueden despertar el deseo vehemente de prioridad, tal como la ambición procedente de varios orígenes y, en particular, el sentimiento de culpa unido básicamente a la envidia y destrucción del objeto primario y los substitutos posteriores. Esta culpa acerca de haber robado al objeto primario puede llevar a la negación, que entonces toma la forma de pretensión de completa originalidad y por lo tanto excluye la

adentro. Entre estas ansiedades, sin embargo, no menciona el miedo a la muerte.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud expuso sus razones para no considerar el miedo a la muerte (o miedo por la vida) como ansiedad primaria. Basó su enfoque en su observación de que “el inconsciente no parece contener nada que sustente el concepto de aniquilación de la vida”. También señaló que nada parecido a la muerte puede nunca ser vivenciado, excepto posiblemente el desmayo, y concluyó que “el miedo a la muerte debe considerarse como análogo al miedo a la castración”.

Yo no comparto su enfoque porque mis observaciones analíticas muestran que hay en el inconsciente un temor a la aniquilación de la vida. Pienso también que si suponemos la existencia de un instinto de muerte, también debemos suponer que en las capas más profundas de la mente hay una reacción a este instinto en la forma de temor a la aniquilación de la vida. Así, a mi entender, el peligro que surge del trabajo interno del instinto de muerte es la primera causa de ansiedad.¹⁰ Como la lucha entre los instintos de vida y muerte persiste a lo largo de la vida, esta fuente de ansiedad nunca se elimina e interviene como factor constante en todas las situaciones de ansiedad.

Mi opinión de que la ansiedad se origina en el temor a la aniquilación deriva de la experiencia reunida en análisis de niños pequeños. Cuando en estos análisis se reviven y repiten las primeras situaciones de ansiedad del bebé, el poder inherente a un instinto en última instancia dirigido contra el yo puede ser detectado con tal fuerza que su existencia aparece más allá de toda duda. Esto sigue siendo cierto incluso cuando consideramos también el papel que juega la frustración, interna y externa, en las vicisitudes de los impulsos destructivos. No es éste el lugar para una prueba detallada que sustente mi argumentación, pero citaré a modo de ilustración un caso mencionado en *El psicoanálisis de niños* (pág. 143n.). Un niño de 5 años solía imaginarse que tenía toda clase de animales salvajes, tales como elefantes, leopardos, hienas y lobos, que lo ayudaban contra sus enemigos. Representaban objetos peligrosos —perseguidores— que había domesticado y podía usar como protección contra sus enemigos. Pero surgió en el análisis que representaban también su propio sadismo: cada animal representaba una fuente específica de sadismo y los órganos utilizados en conexión con esto. Los elefantes simbolizaban su sadismo muscular, sus impulsos a atropellar y patear. Los leopardos que desgarran, representaban sus dientes y uñas y las funciones de éstos en los ataques que él hacía. Los lobos simbolizaban sus excrementos investidos con propiedades destructivas. A veces se asustaba mucho pensando que los animales salvajes que había domesticado

¹⁰ Véase “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”. En 1946 llegué a la conclusión de que esta situación primaria de ansiedad juega un papel importante en la esquizofrenia.

podrían volverse contra él y exterminarlo. Este temor expresaba su sensación de estar amenazado por su propia destructividad (tanto como por perseguidores internos).

Como he ilustrado con este caso, el análisis de las ansiedades que surgen en los niños pequeños nos enseña mucho sobre las formas en que el miedo a la muerte existe en el inconsciente, es decir, sobre el papel que juega este miedo en diversas situaciones de ansiedad. Ya he mencionado el artículo de Freud sobre "El problema económico del masoquismo", que está basado en su descubrimiento del instinto de muerte. Tomemos la primera situación de ansiedad que Freud enumeró: "el temor de ser devorado por el animal totémico (el padre)". Esto, a mi entender, es una expresión no disfrazada del temor a la total aniquilación del yo. El temor a ser devorado por el padre deriva de la proyección de los impulsos del bebé a devorar sus objetos. De esta forma, primero el pecho de la madre (y la madre) se convierte en la mente del bebé en un objeto devorador,¹¹ y estos temores pronto se extienden al pene del padre y al padre. Al mismo tiempo, como devorar implica desde el principio la internalización del objeto devorado, se siente el yo como conteniendo objetos devorados y devoradores. Así se construye el superyó a partir del pecho devorador (la madre), al que se agrega el pene devorador (el padre). Estas figuras internas crueles y peligrosas se convierten en representantes del instinto de muerte. Simultáneamente, el otro aspecto del superyó temprano se forma primero por el pecho bueno internalizado (al que se agrega el pene bueno del padre), que se siente como un objeto interno que alimenta y protege, y como representante del instinto de vida. El temor de ser aniquilado incluye la ansiedad de que el pecho bueno interno sea destruido, ya que este objeto se siente como indispensable para la preservación de la vida. La amenaza al yo proveniente del instinto de muerte operando interiormente está ligada a los peligros que se siente provenir de la madre y padre devoradores internalizados, y valen como miedo a la muerte.

Según esta concepción, el temor a la muerte interviene desde el principio en el temor al superyó, y no es, como señalaba Freud, una "transformación final" del temor al superyó.¹²

Volviéndonos hacia otra situación fundamental de peligro que Freud mencionó en su artículo sobre el masoquismo, esto es, el temor a la castración, yo sugeriría que el temor a la muerte interviene en el temor a la castración y lo refuerza, y no es "análogo" a él.¹³ Como los genitales no son sólo la fuente de la más intensa gratifica-

¹¹ Véanse los ejemplos dados en el artículo de Isaacs (1952): el niño que dijo que el pecho de su madre lo había mordido, y la niña que pensaba que el zapato de su madre se la comería.

¹² *Inhibición, síntoma y angustia*, O.C., 20.

¹³ Para una discusión detallada de las fuentes de ansiedad que interactúan con el miedo a la castración, véase mi artículo "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (*Obras completas de M. Klein*, tomo 1).

posibilidad de haber tomado o de no haber aceptado nada del objeto.

Con todo, el análisis de estos profundos y severos trastornos es una salvaguardia contra el peligro potencial de la psicosis resultante de las actitudes excesivamente envidiosas y omnipotentes. Pero es esencial no tratar de acelerar estos pasos hacia la integración. Porque si el reconocimiento de la división de su personalidad sucediese repentinamente, el paciente tendría grandes dificultades para superarlo.⁴² Cuanto más fuertemente hayan sido disociados los impulsos envidiosos y destructivos, tanto más peligrosos son sentidos cuando el paciente cobra conciencia de ellos. En el análisis debemos progresar lenta y gradualmente hacia el doloroso percatamiento de las divisiones de la personalidad del paciente. Esto significa que los aspectos destructivos son una y otra vez disociados y recuperados hasta que se produce una mayor integración. Como resultado, la sensación de responsabilidad se hace más fuerte y la culpa y la depresión son experimentadas con mayor plenitud. Cuando esto sucede el yo es fortalecido, la omnipotencia de los impulsos destructivos y la envidia disminuyen, siendo liberadas la capacidad de amar y la gratitud que fueran sofocadas en el curso del proceso de disociación. Por lo tanto, los aspectos disociados gradualmente se vuelven más aceptables y el paciente, en vez de disociar su personalidad, es capaz de reprimir en forma creciente los impulsos destructivos hacia los objetos amados. Esto implica que también disminuye la proyección sobre el analista, que lo convierte en una figura peligrosa y retaliativa. En esta forma, a su vez, el analista halla más fácil ayudar al paciente a lograr una mayor integración. Es decir, la reacción terapéutica negativa está perdiendo fuerza.

Tanto en la transferencia positiva como en la negativa, analizar los procesos de disociación y el odio y la envidia subyacentes demanda grandes esfuerzos al analista y al paciente. Una consecuencia de esta dificultad es la tendencia de algunos analistas a reforzar la transferencia positiva y evitar la negativa, intentando aumentar los sentimientos amorosos al asumir el papel del objeto bueno que el paciente no fue capaz de consolidar en el pasado. Este proceder difiere esencialmente de la técnica que, al ayudar al paciente a conseguir una mejor integración de sí mismo, tiene por objeto integrar el odio con el amor. Mis observaciones me han demostrado que las técnicas basadas en la tranquilización rara vez tienen éxito; en particular, sus resultados no son duraderos. Por cierto, hay en todas las personas una necesidad inveterada de ser tranquilizadas, la que se remonta a la primera relación con la madre. El niño espera que ésta atienda no sólo a todas sus necesidades, sino que desea vehementemente signos de

⁴² Bien pudiera ser que la persona que inesperadamente comete un crimen o tiene un episodio psicótico, se haya dado cuenta en forma repentina de las partes peligrosas disociadas de su personalidad. Son conocidos los casos de personas que tratan de ser arrestadas para que se les impida cometer un crimen.

amor cada vez que él experimenta ansiedad. Este anhelo de ser tranquilizado es un factor vital en la situación analítica y no debemos menospreciar su importancia en nuestros pacientes, tanto adultos como niños. Hallaremos que, aunque el propósito consciente y a menudo inconsciente es el de ser analizado, el paciente nunca abandona por completo el fuerte deseo de recibir evidencias de amor y aprecio y por lo tanto de ser tranquilizado por el analista. Hasta la cooperación del paciente que permite el análisis de los estratos profundos de su mente, de los impulsos destructivos y de la ansiedad persecutoria, puede hasta cierto punto ser influida por la necesidad de satisfacer al analista y ser amado por él. El analista que es consciente de esto analizará las raíces infantiles de estos deseos; de no ser así, al identificarse con su paciente, la primitiva necesidad de ser tranquilizado puede influir fuertemente en su contratransferencia y por lo tanto en su técnica. Esta identificación puede asimismo fácilmente tentar al analista a tomar el lugar de la madre y ceder de inmediato a la necesidad de aliviar las ansiedades de su niño (el paciente).

Una de las dificultades para provocar avances en la integración surge cuando el paciente dice: "Yo puedo entender lo que usted me dice pero no lo siento". Nos damos cuenta de que de hecho nos estamos refiriendo a una parte de la personalidad que tanto para el paciente como para el analista no es suficientemente accesible en ese momento. Nuestros intentos de ayuda para la integración del paciente sólo tendrán poder de convicción si le podemos demostrar, tanto en el material presente como en el pasado, cómo y por qué él está una y otra vez disociando parte de su personalidad. Tal evidencia proviene a menudo de un sueño anterior a la sesión y puede ser deducida del contexto total de la situación analítica. Si una interpretación de disociación es suficientemente sustentada del modo descrito, puede ser confirmada en la próxima sesión al relatar el paciente una pequeña parte de un sueño o dando más material. El resultado acumulativo de tales interpretaciones capacita habitualmente al paciente para realizar algún progreso en la integración y la comprensión.

La ansiedad que impide la integración tiene que ser totalmente comprendida e interpretada en la situación de transferencia. Señalé anteriormente la amenaza que surge en la mente del paciente, tanto para sí mismo como para el analista, si en el análisis son recuperadas las partes disociadas de su personalidad. Al enfrentarse con esta ansiedad no deben desestimarse los impulsos amorosos cuando puedan ser detectados en el material. Son ellos los que en último término capacitan al paciente a mitigar su odio y envidia.

Por más que en ciertos momentos el paciente sienta que la interpretación no lo afecta, esto puede ser a menudo una expresión de resistencia. Si desde el comienzo del análisis hemos prestado suficiente atención a los siempre repetidos intentos de disociar las partes destructivas de la personalidad —en particular el odio y la envidia—, de hecho, por lo menos en la mayoría de los casos, hemos capacitado

al paciente para avanzar hacia la integración. Después de un trabajo afanoso, cuidadoso y consciente del analista es cuando puede esperarse con frecuencia una integración más estable del paciente.

Ilustraré ahora esta fase del análisis por medio de dos sueños.

El segundo paciente masculino al cual me referí, en un período posterior de su análisis, cuando ya se habían producido distintas pruebas de una mayor integración y mejoría, relató el sueño siguiente, donde muestra las fluctuaciones en el proceso de integración causadas por el dolor de los sentimientos depresivos. Se encontraba en un departamento de un piso alto y X, un amigo de un amigo suyo, lo llamaba desde la calle proponiéndole una caminata. El paciente no accedió porque un perro negro que se hallaba en el departamento hubiera podido salir y ser atropellado. Acarició al perro. Cuando miró por la ventana halló que X había "retrocedido".

Algunas de las asociaciones vincularon el departamento con el mío y el perro negro con mi gato negro, al que describió como "ella". X, un antiguo compañero de estudios, nunca le había agradado al paciente. Lo describió como afable e insincero; X pedía también a menudo dinero prestado (aunque lo devolvía después) y de un modo tal que parecía que tuviera todo el derecho de hacerlo. X no obstante resultó ser muy bueno en su profesión.

El paciente reconoció que "un amigo de su amigo" era un aspecto de sí mismo. La esencia de mis interpretaciones fue que él se había acercado más al reconocimiento de una parte desagradable y amenazante de su personalidad; el peligro para el perro-gato (la analista) consistía en que ella sería atropellada (es decir, dañada) por X. Cuando X le pidió que fuesen juntos a caminar, esto simbolizaba un paso hacia la integración. En ese momento un elemento de esperanza entró en el sueño, evidenciado en el hecho de que X, a pesar de sus fallas, resultara ser bueno en su profesión. Es asimismo característico del progreso realizado que la parte de sí mismo a la cual se había acercado en el sueño no fuera tan destructiva y envidiosa como en un material previo.

La inquietud del paciente por la seguridad del perro-gato expresaba el deseo de proteger a la analista de sus tendencias hostiles y voraces representadas por X, llevándole una ampliación temporaria de la disociación que ya había sido en parte remediada. Sin embargo, cuando X, la parte rechazada de sí mismo, "retrocedió", esto demostró que no se había ido del todo y que el proceso de integración sólo estaba perturbado temporariamente. El estado de ánimo del paciente estaba caracterizado por la depresión; además predominaban la culpa y los deseos de preservar a la analista. En este sentido el temor a la integración estaba causado por la sensación de que la analista debía ser protegida de los impulsos voraces y peligrosos del paciente. No cabía duda de que él todavía estaba disociando una parte de su personalidad, pero la *represión* de los impulsos voraces y destructivos se había hecho más notoria. La interpretación por lo

tanto tenía que referirse tanto a la disociación como a la represión.

El primer paciente masculino también trajo, en un periodo posterior de su análisis, un sueño que mostró progresos bastante apreciables en la integración. Soñó que tenía un hermano delincuente que había cometido un serio crimen. Estando de visita en una casa, mató y robó a sus moradores. El paciente estaba profundamente perturbado por eso, pero sintió que debía ser leal a su hermano y salvarlo. Huyeron juntos y se hallaban en un bote. Aquí el paciente asoció *Los miserables* de Víctor Hugo, mencionando a Javert, que había perseguido a una persona inocente toda su vida, siguiéndola aun hasta las cloacas de París, donde estaba escondiéndose. Pero Javert terminó por suicidarse porque reconoció que había gastado su vida entera de manera equivocada.

El paciente entonces continuó narrando el sueño. El y su hermano fueron arrestados por un policía que lo miró bondadosamente, lo cual le hizo confiar en que después de todo él no sería ejecutado; pareció dejar a su hermano abandonado a su propia suerte.

El paciente comprendió de inmediato que el hermano delincuente era parte de sí mismo. Recientemente había usado la palabra delincuente refiriéndose a aspectos menores de su propia conducta. Recordaremos también aquí que en un sueño previo se había referido a un muchacho delincuente a quien no había sabido tratar en forma adecuada.

El paso hacia la integración al cual me estoy refiriendo fue señalado por el paciente al tomar la responsabilidad por el hermano delincuente y hallarse con él en "el mismo bote". Interpreté el asesinato y robo de las personas que lo habían recibido bondadosamente como la representación de sus ataques fantaseados contra la analista, refiriéndome a su ansiedad frecuentemente expresada respecto del temor de que me dañase su deseo voraz de sacarme lo más posible. Asocié esto con la primitiva culpa en relación con su madre. El policía bondadoso representaba a la analista que no lo juzgaría severamente y lo ayudaría a deshacerse de su parte mala. Señalé además que en el proceso de integración, el uso de la disociación —tanto de la personalidad como del objeto— había reaparecido. Esto estaba indicado por la analista figurando en un doble papel: como policía bondadoso y como el persecutorio Javert, quien al fin se suicidó y sobre el cual también estaba proyectada la maldad del paciente. A pesar de que éste ya había comprendido su responsabilidad por la parte delincuente de su personalidad, todavía estaba disociándose, puesto que él era representado por el hombre "inocente", mientras que las cloacas dentro de las cuales se lo perseguía significaban las profundidades de su destructividad anal y oral.

La recurrencia de la disociación era causada no sólo por la ansiedad persecutoria sino por la depresiva, pues el paciente sentía que no podía enfrentar a la analista (cuando ella aparecía en un papel bondadoso) sin dañarla con la parte mala de sí mismo. Estas eran las

razones por las cuales recurrió a unirse con el policía contra su propia parte mala, a la cual en ese momento deseaba aniquilar.

Freud aceptó desde el comienzo que algunas variaciones individuales son debidas a factores constitucionales; por ejemplo, en "Carácter y erotismo anal" (*O.C.* 9) expresó el punto de vista de que el erotismo anal es, en muchas personas, constitucional.⁴³ Abraham descubrió un elemento innato en la fuerza de los impulsos orales, a los que conectó con la etiología de la psicosis maniaco-depresiva. Dijo que "... lo que realmente es constitucional y heredado es un exceso de acentuación del erotismo oral, del mismo modo como en ciertas familias el erotismo anal parece ser un factor preponderante desde el comienzo".⁴⁴

Ya mencioné anteriormente que la voracidad, el odio y las ansiedades persecutorias en relación con el objeto primario —el pecho materno— tienen una base innata. En este libro he agregado que la envidia como expresión de impulsos oral y anal-sádicos es también constitucional. Las variaciones en la intensidad de estos factores constitucionales están unidas, según mi modo de ver, a la preponderancia de uno u otro en la fusión de los instintos de vida y muerte postulados por Freud. Creo que hay una conexión entre esta preponderancia de uno u otro instinto y la fuerza o debilidad del yo. Las dificultades para soportar la ansiedad, tensión y frustración son la expresión de un yo que desde el comienzo de la vida posnatal es débil en proporción a los intensos impulsos destructivos y sentimientos persecutorios que experimenta. Estas fuertes ansiedades impuestas sobre un yo débil llevan a un excesivo uso de defensas, como la negación, disociación y omnipotencia, que en cierta extensión son siempre características del más temprano desarrollo. De acuerdo con mis tesis, añadiría que un yo constitucionalmente fuerte no es fácil presa de la envidia y es más capaz de efectuar la disociación entre bueno y malo, lo que yo estimo como precondition para establecer el objeto bueno. El yo es entonces menos propenso a esos procesos de disociación que llevan a la fragmentación y son parte de los rasgos paranoides marcados.

Otro factor que desde un principio influye en el desarrollo es la variedad de experiencias externas a través de las cuales pasa el bebé. Esto explica en cierta medida el desenvolvimiento de sus ansiedades tempranas que podrían ser particularmente grandes en un niño que ha tenido un parto dificultoso y alimentación insatisfactoria. Sin embargo, la acumulación de observaciones me convenció de que el impacto de estas experiencias externas es proporcional a la fortaleza

⁴³ "De estos signos deducimos una franca acentuación erógena de la zona anal en la constitución sexual congénita de tales personas."

⁴⁴ "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales" (1924b).

constitucional de los impulsos destructivos innatos y las consiguientes ansiedades paranoides. Muchos niños no han tenido experiencias muy desfavorables y con todo sufren serias dificultades en la alimentación y el sueño; en ellos podemos ver todos los signos de una gran ansiedad, los cuales no son suficientemente explicados por las circunstancias externas.

Es asimismo bien conocido que algunos niños están expuestos a grandes privaciones y circunstancias desfavorables y no desarrollan a pesar de ello excesivas ansiedades; esto sugeriría que sus rasgos paranoides y envidiosos no son dominantes, lo que comúnmente se ve confirmado por su historia posterior.

En mi trabajo analítico tuve muchas oportunidades de hacer remontar el origen de la formación del carácter a las variaciones en los factores innatos. Hay mucho más que aprender acerca de las influencias prenatales; pero aun poseyendo un mayor conocimiento acerca de éstas, no disminuirá la importancia que los elementos innatos tienen en la determinación de la fortaleza del yo y las tendencias instintivas.

La existencia de los factores innatos referidos arriba, apunta hacia las limitaciones de la terapia analítica. A pesar de tener plena conciencia de ello, mi experiencia me enseñó que, sin embargo, en cierto número de casos podemos producir cambios fundamentales y positivos aun allí donde la base constitucional es desfavorable.

CONCLUSIONES

Durante muchos años en mis análisis he considerado a la envidia del pecho nutritivo como un factor que agrega intensidad a los ataques contra el objeto primario.

Con todo, sólo recientemente he puesto particular énfasis en la cualidad dañina y destructiva de la envidia, en la medida en que interfiere en la estructuración de una relación segura con el objeto bueno interno y externo, socava el sentimiento de gratitud y en muchos modos hace borrosa la distinción entre bueno y malo.

En todos los casos descritos, la relación con el analista como objeto interno era de importancia fundamental. Además hallé que esto resulta cierto en general. Cuando la ansiedad por la envidia y sus consecuencias llega a su punto culminante, el paciente en diversos grados se siente como si hubiese perdido el objeto bueno y con él la seguridad interna. Mis observaciones me enseñaron que, cuando en cualquier período de la vida es seriamente perturbada la relación con el objeto bueno —trastorno en el cual la envidia desempeña un papel prominente—, no sólo son interferidas la seguridad interna y la paz, sino que sobreviene el deterioro del carácter. El predominio de los objetos internos persecutorios refuerza los impulsos destructivos. Mientras que si el objeto bueno está bien establecido, la identificación con él fortalece la capacidad para amar, los impulsos constructivos y la gratitud. Lo cual está de acuerdo con la hipótesis propuesta

al comienzo de este libro: si el objeto bueno está profundamente arraigado, las perturbaciones temporarias pueden ser resistidas y queda colocado el fundamento de la salud mental, la formación del carácter y el desarrollo exitoso del yo.

En relación con otros aspectos describí la importancia del objeto persecutorio internalizado más temprano, es decir, el pecho retaliativo, devorador y venenoso. Podría suponer ahora que la proyección de la envidia del niño presta una particular complejidad a su ansiedad acerca de la primitiva y posterior persecución interna. El "superyó envidioso" es sentido como un perturbador o aniquilador de todos los intentos de reparación y de la facultad creadora, haciendo constantes y exorbitantes demandas sobre la gratitud del individuo. Esto es porque a la persecución se agregan los sentimientos de culpa, ya que los objetos internos persecutorios son el resultado de los impulsos envidiosos y destructivos del individuo que primitivamente dañaron al objeto bueno. La necesidad de castigo, que halla satisfacción con la incrementada desvalorización de la persona, lleva a un círculo vicioso.

Como lo sabemos, la finalidad del psicoanálisis es la integración de la personalidad del paciente. La conclusión de Freud, que sostiene que donde estuvo el ello deberá estar el yo, es un jalón que señala esa dirección. Los procesos de disociación surgen en los períodos más primitivos del desarrollo. Si son excesivos forman parte integral de los severos rasgos paranoides y esquizoides que pueden ser la base de la esquizofrenia. En el desarrollo normal estas tendencias esquizoides y paranoides (la posición esquizo-paranoide) son superadas en gran medida durante el período caracterizado por la posición depresiva, desarrollándose exitosamente la integración. Los importantes avances hacia ésta, introducidos durante este estadio, preparan la capacidad del yo para la represión, la cual, según creo, actúa en forma creciente en el segundo año de vida.

En "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" sugerí que el niño pequeño es capaz de enfrentarse con dificultades emocionales por medio de la represión si los procesos de disociación en los primeros períodos no fueron demasiado intensos, produciéndose por lo tanto una consolidación de las partes conscientes e inconscientes de la mente. En las etapas más tempranas la disociación y otros mecanismos de defensa son siempre de primera importancia. Ya en *Inhibición, síntoma y angustia* Freud sugiere que puede haber métodos de defensa anteriores a la represión. En este libro no he tratado la vital significación de la represión para el desarrollo normal porque el efecto de la envidia primaria y su estrecha conexión con los procesos de disociación han sido mi principal esfera de interés.

En lo que se refiere a la técnica, intenté mostrar que los progresos en la integración pueden ser logrados analizando una y otra vez las ansiedades y defensas ligadas a la envidia y los impulsos destructi-

vos. Estuve siempre convencida de la importancia del hallazgo de Freud acerca de que la "elaboración" es una de las principales tareas del procedimiento analítico; mi experiencia al tratar con los procesos de disociación y retrotraerlos a su origen hizo aun más fuerte esta convicción. Cuanto más profundas y complejas las dificultades que estamos analizando, mayor será la resistencia que probablemente encontraremos. Esto tiene que ver con la necesidad de dar un alcance adecuado a la "elaboración".

Esta necesidad surge particularmente en relación con la envidia del objeto primario. Los pacientes podrán reconocer su envidia, celos y actitudes competitivas hacia otras personas y aun el deseo de dañar sus capacidades, pero sólo la perseverancia del analista al analizar estos sentimientos hostiles en la transferencia, y por lo tanto capacitar al paciente para experimentarlos en su más primitiva relación, puede llevar a la disminución del proceso disociativo dentro de la personalidad.

La experiencia demostró que cuando falla el análisis de estos impulsos, fantasías y emociones fundamentales ello se debe en parte a que el dolor y la ansiedad depresiva manifestados predominan en algunas personas sobre el deseo de verdad y, en último término, sobre el deseo de ser ayudados. Creo que la cooperación del paciente debe basarse en una fuerte determinación para descubrir la verdad acerca de sí mismo, si es que ha de aceptar y asimilar las interpretaciones del analista en relación con esas primitivas capas de la mente. Estas interpretaciones, si son suficientemente profundas, movilizan una parte de la personalidad que es percibida como un enemigo del yo y también del objeto amado y que ha sido disociada y aniquilada. Hallé que las ansiedades que surgen por la interpretación del odio y la envidia hacia el objeto primario y la sensación de persecución por parte del analista cuyo trabajo despierta estas emociones, son más dolorosas que cualquier otro material que interpretemos.

Estas dificultades se aplican particularmente a los pacientes con fuertes ansiedades paranoides y mecanismos esquizoides, porque ellos son menos capaces de experimentar, junto con la ansiedad persecutoria despertada por la interpretación, una transferencia positiva y confianza en el analista. En último término son menos capaces de mantener los sentimientos de amor. En el período actual de nuestro conocimiento, me siento inclinada a creer que éstos son los pacientes —no necesariamente de tipo psicótico manifiesto— con los cuales el éxito es limitado o puede no lograrse nunca.

Cuando el análisis puede ser llevado a tales profundidades, la envidia y el temor de la envidia disminuyen, llegándose a una mayor confianza en las fuerzas constructivas y reparadoras, es decir, en la capacidad de amar. El resultado es asimismo una mayor tolerancia con respecto a las propias limitaciones, como también mejores relaciones de objeto y una más clara percepción de la realidad interna y externa.

La comprensión lograda en el proceso de integración hace posible, en el curso del análisis, que el paciente reconozca que hay partes potencialmente peligrosas de su personalidad. Pero cuando el amor puede ser suficientemente unido con el odio y la envidia disociados, estas emociones se vuelven tolerables y decrecen porque son mitigadas por el amor. Los diversos contenidos de la ansiedad antes mencionados son también disminuidos, tal como el peligro de ser abrumado por la parte destructiva disociada de la personalidad. Este riesgo parece tanto más grande porque, como consecuencia de la excesiva omnipotencia temprana, el daño hecho en la fantasía parece irrevocable. La ansiedad por el temor de que los sentimientos hostiles destruyan el objeto amado decrece cuando aquéllos son mejor conocidos e integrados en la personalidad. El dolor que el paciente experimenta durante el análisis también disminuye gradualmente debido a las mejoras ligadas con el progreso en la integración, tal como el recuperar cierta iniciativa, ser capaz de tomar decisiones para las que previamente se era incapaz y, en general, con el uso más libre de las propias dotes. Esto se halla unido a una merma de la inhibición de la capacidad de reparar. La posibilidad de gozar aumenta en muchas formas y la esperanza reaparece, aunque pueda todavía alternar con la depresión. Hallé que la facultad de crear crece en proporción con la capacidad de consolidar el objeto bueno, lo que en casos exitosos es el resultado del análisis de la envidia y la destructividad.

En forma similar a la que se produjo en la infancia, las experiencias felices repetidas de ser alimentado y amado influyen en la consolidación del objeto bueno; del mismo modo, en el análisis, las experiencias repetidas de la efectividad y verdad de las interpretaciones dadas llevan al analista y, retrospectivamente, al objeto primario, a ser estructurados como figuras buenas.

Todos estos cambios contribuyen al enriquecimiento de la personalidad. Junto con el odio, la envidia y la destructividad, otras partes importantes de aquélla que se habían perdido son recobradas en el curso del análisis. Hay también un considerable alivio al sentirse más como una persona íntegra, ganar control sobre sí mismo y adquirir más profunda sensación de seguridad hacia el mundo en general. En "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" sostengo que los sufrimientos del esquizofrénico, debidos a las sensaciones de ser dividido en pequeños trozos, son de lo más intensos. Estos sufrimientos son subestimados porque sus ansiedades aparecen en forma distinta de las de los neuróticos. Aun cuando no se trate de psicóticos y nos hallemos analizando personas cuya integración ha sido perturbada y que sienten indecisión tanto acerca de sí mismos como de los demás, del mismo modo son experimentadas ansiedades similares que se alivian cuando es alcanzada una integración mayor. Según mi punto de vista, una integración completa y permanente nunca es posible, porque bajo presión de origen externo o interno aun las perso-

nas bien integradas pueden ser impulsadas —aunque ésta sea una fase transitoria— a mayores procesos de disociación.

En mi trabajo “Sobre la identificación” sugerí cuán importante es para el desarrollo de la personalidad y la salud mental el hecho de que la fragmentación no domine en los primitivos procesos de disociación. Allí dije: “Cuando se tiene la sensación de contener un pezón y un pecho no dañados —aunque coincidiendo con fantasías del pecho devorado y despedazado— la disociación y proyección no están predominantemente relacionadas con las partes fragmentadas de la personalidad, sino con partes más coherentes del individuo. Esto implica que el yo no está expuesto al fatal debilitamiento por dispersión y por esta razón es más capaz de deshacer repetidamente la disociación y alcanzar la integración y síntesis en relación con los objetos”.

Creo que esta capacidad de recuperar las partes disociadas es la precondition del desarrollo normal. Esto implica que el proceso de disociación es superado en cierta medida y que la represión de los impulsos y fantasías tiene lugar gradualmente.

El análisis del carácter ha sido siempre una parte importante y muy difícil de la terapia analítica.⁴⁵ Seguir los pasos de ciertos aspectos de la formación del carácter hasta los primitivos procesos que he descrito es, según creo, la manera de poder efectuar cambios trascendentales en el carácter y la personalidad.

Los aspectos técnicos que he intentado transmitir en este libro pueden ser considerados desde otro ángulo. Desde el comienzo todas las emociones se adhieren al primer objeto. Si los impulsos destructivos, la envidia y la ansiedad paranoide son excesivos, el niño distorsiona groseramente y magnifica toda frustración de origen externo y el pecho de la madre se torna externa e internamente un objeto predominantemente persecutorio. Entonces, aun las gratificaciones reales no pueden contrarrestar la ansiedad persecutoria de modo suficiente. Retrotrayendo el análisis hasta la primitiva infancia, capacitando al paciente a revivir situaciones fundamentales, revivencia que a menudo he descrito como memorias o recuerdos en los sentimientos (*memories in feeling*), el paciente puede desarrollar, durante el curso del análisis, una actitud diferente hacia sus primeras frustraciones. No hay duda de que si el niño estuvo realmente expuesto a condiciones muy desfavorables, el establecimiento retrospectivo de un buen objeto no puede deshacer esas desagradables experiencias primitivas. Con todo, la introyección del analista como un objeto

⁴⁵ Las contribuciones fundamentales a este tema han sido hechas por Freud, Jones y Abraham. Véanse por ejemplo, Freud, “Carácter y erotismo anal” (1908), Jones, “Hate and Anal-Erotism in the Obsessional Neuroses” (1913) y “Anal-Erotic Character Traits” (1918), y Abraham, “Contribuciones a la teoría del carácter anal” (1921), “La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter anal” (1924) y “La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido” (1925).

bueno, si no está basada en la idealización, tiene hasta cierto punto el efecto de proveer un objeto interno bueno, cuya falta se ha hecho sentir en forma notable. También el debilitamiento de las proyecciones y, por lo tanto, el logro de una mayor tolerancia, unido con un menor resentimiento, hacen posible que el paciente halle y reviva algunos aspectos y recuerdos placenteros del pasado, aun cuando la situación temprana fuese muy desfavorable.

Esto se logra por medio del análisis de la transferencia positiva y negativa, que nos lleva retrospectivamente hasta las primeras relaciones de objeto. Esto es posible porque la integración resultante del análisis ha fortalecido el yo que era débil en el comienzo de la vida. Siguiendo esta dirección es como también puede tener éxito el análisis de los psicóticos. El yo más integrado se torna capaz de experimentar la culpa y los sentimientos de responsabilidad, que no fue capaz de enfrentar en la infancia; se efectúa en consecuencia la síntesis del objeto y, por lo tanto, la mitigación del odio por el amor, disminuyendo la potencia de la voracidad y la envidia, que son los corolarios de los impulsos destructivos.

Expresado de distinta manera: decrecen la ansiedad persecutoria y los mecanismos esquizoides y el paciente puede elaborar la posición depresiva. Cuando la ineptitud inicial para establecer un objeto bueno es en cierta medida superada, la envidia disminuye y la capacidad para el goce y la gratitud aumentan en forma gradual. Estos cambios se extienden a muchos aspectos de la personalidad del paciente y alcanzan desde la primitiva vida emocional hasta las experiencias y relaciones del adulto. Según creo, la mayor esperanza de ayuda a nuestros pacientes reside en el análisis de los efectos de las primeras perturbaciones sobre la totalidad del desarrollo.

11. SOBRE EL DESARROLLO DEL FUNCIONAMIENTO MENTAL

(1958)

El trabajo que presentaré es una contribución a la metapsicología en un intento de llevar más allá teorías fundamentales de Freud acerca del tema, sobre la base de conclusiones derivadas del progreso en la práctica psicoanalítica.

La formulación de Freud sobre la estructura mental en términos del ello, yo y superyó, se ha convertido en la base del pensamiento psicoanalítico. Freud aclaró que estas partes no se hallan estrictamente separadas unas de otras y que el ello es la base de toda función mental; agregando que el yo se desarrolla a partir del ello, pero sin dar una indicación consistente acerca del período en que esto ocurre. En el curso de la vida, el yo se extiende profundamente en el ello y por lo tanto se halla bajo la influencia constante de los procesos inconscientes.

Además, su descubrimiento de los instintos de vida y muerte, con su polaridad y fusión operando desde el nacimiento, significó un notable adelanto en la comprensión de la mente. Al observar en los procesos mentales del niño la lucha constante entre el impulso irrepresible a destruirse o salvarse, atacar sus objetos o preservarlos, he reconocido las fuerzas primordiales en pugna. Esto me dio una comprensión más profunda de la vital importancia "clínica" del concepto de Freud referente a los instintos de vida y muerte. Cuando escribí *El psicoanálisis de niños*¹ (1932), ya había llegado a la conclusión de que bajo el impacto de la lucha entre los dos instintos, una de las principales funciones del yo —el dominio de la ansiedad— es puesta en marcha desde el comienzo de la vida.²

¹ Véanse págs. 142-144.

² En "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946) he sugerido que algunas de las funciones —en particular la de manejar la ansiedad— que conocimos como propias del yo posterior, actúan ya desde el comienzo de la vida. La ansiedad provee-

Freud supuso que el organismo se protege contra el peligro interno proveniente del instinto de muerte, desviándolo hacia afuera, en tanto que liga por la libido aquella parte del mismo que no puede ser desviada. En *Más allá del principio de placer* consideró la acción de los instintos de vida y muerte como procesos biológicos. Pero no ha sido suficientemente admitido que en algunos de sus escritos basó sus consideraciones “clínicas” sobre el concepto de los dos instintos, como por ejemplo en “El problema económico del masoquismo.” Recordaré las últimas frases de este trabajo: “El masoquismo moral resulta así un testimonio clásico de la existencia de la mezcla de los instintos. Su peligro está en que procede del instinto de muerte y corresponde a aquella parte del mismo que eludió ser proyectada al mundo exterior en calidad de instinto de destrucción. Pero como además integra la significación de un componente erótico, la destrucción del individuo por sí mismo no puede tener efectos sin una satisfacción libidinal.”

En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, el aspecto psicológico de su nuevo hallazgo es expuesto en términos aun más firmes: “Con esta hipótesis abrimos ante nosotros la perspectiva de investigaciones que pueden lograr un día importancia máxima para la comprensión de procesos patológicos. Las mezclas pueden también descomponerse en sus elementos y a tales descomposiciones de mezclas de instintos podemos atribuirles gravísimas consecuencias para la función. Pero estos puntos de vista son aún demasiado nuevos y nadie ha intentado todavía utilizarlos en su labor”.

Yo diría que en la medida en que Freud considera la fusión y separación de los dos instintos como subyacentes al conflicto *psicológico* entre impulsos agresivos y libidinales, es entonces el yo y no el organismo quien desvía el instinto de muerte.

Freud afirmó que en el inconsciente no existe el temor a la muerte; sin embargo, esto no parece compatible con su descubrimiento de los peligros provenientes del instinto de muerte obrando en el interior. De acuerdo con mi punto de vista, la ansiedad primordial con la que lucha el yo es la amenaza proveniente del instinto de muerte. Señalé en “Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa” (1948)³ que no estoy de acuerdo con el punto de vista de Freud respecto de que “en lo inconsciente no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de la destrucción de la vida”, y por lo tanto “el miedo a morir ha de concebirse como análogo al miedo a la castración”. En “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño” (1933), me referí a la teoría de los dos instintos de Freud (de acuerdo con la cual en el comienzo de la vida el instinto libidinal —Eros— se opone y liga al instinto de muerte, o agresión), diciendo: “El peligro de ser

niente de la acción del instinto de muerte dentro del organismo y vivida como temor a la aniquilación (muerte), toma la forma de persecución.

³ Véanse págs. 37-39, en este tomo.

destruido por este instinto de agresión establece, según yo pienso, una excesiva tensión en el yo, la cual es sentida por él como ansiedad; así es como en el comienzo de su desarrollo se halla enfrentado con la tarea de movilizar libido contra su instinto de muerte”.

Concluí que el peligro de ser destruido por el instinto de muerte origina angustia en el yo, que de este modo, en el comienzo de su desarrollo, se ve enfrentado con la tarea de movilizar libido contra el instinto de muerte.⁴

El niño pequeño estaría en peligro de ser inundado por sus impulsos destructivos si el mecanismo de proyección no pudiese actuar. Es en parte para realizar esta función que el yo, desde el nacimiento, es puesto en acción por el instinto de vida. El proceso de proyección constituye el medio que desvía el instinto de muerte hacia afuera y a la vez reviste de libido al primer objeto.⁵ El proceso primario es la introyección, también extensamente al servicio del instinto de vida; combate al instinto de muerte porque conduce a que el yo reciba algo que da vida (los alimentos en especial), ligando de este modo al instinto de muerte.

Desde el comienzo de la vida los dos instintos se adhieren a los objetos, ante todo al pecho materno.⁶ Creo, por lo tanto, que mi hipótesis que basa todos los procesos de internalización en la introyección del pecho nutricional materno, clarifica las nociones sobre el desarrollo del yo en conexión con el funcionamiento de los dos instintos. Según predominen impulsos destructivos o sentimientos de amor, el pecho (que puede ser simbólicamente representado por la mamadera) es sentido a veces como bueno, otras como malo. La catexia libidinal del pecho junto con las experiencias gratificantes, estructuran el objeto bueno primario en la mente del bebé; la proyección de impulsos destructivos en el pecho forma al objeto malo primario. Ambos aspectos son introyectados, y así los instintos de vida y muerte, que habían sido proyectados, operan otra vez dentro del yo. La necesidad de dominar la ansiedad persecutoria da ímpetu a la

⁴ Joan Riviere (1952) se refiere al “rechazo decisivo de Freud de la posibilidad de un temor inconsciente a la muerte”; prosigue hasta concluir que “el desamparo y la dependencia de los niños, sumado a su vida de fantasía, debe presuponer que aun el temor a la muerte es parte de su experiencia.”

⁵ Aquí difiero de Freud en cuanto parece que por desviación él comprendió sólo los procesos por los cuales el instinto de muerte dirigido contra el yo es convertido en agresión hacia el objeto. A mi parecer, dos mecanismos se hallan involucrados en ese proceso particular de desviación. Parte del instinto de muerte es proyectado en el objeto, con lo cual éste se convierte en un perseguidor; mientras que aquella parte del instinto de muerte que es retenida en el yo, hace que la agresión sea dirigida contra ese objeto persecutorio.

⁶ En “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” dije: El miedo al impulso destructivo parece adherirse inmediatamente a un objeto incontrolable y abrumador. Otras fuentes importantes de la ansiedad primaria son el trauma de nacimiento (angustia de separación) y las frustraciones de necesidades corporales; estas experiencias son también sentidas desde el principio como causadas por objetos.

disociación, externa e interna, de pecho y madre, en un objeto que ayuda y es amado, y otro terrorífico y odiado. Estos son los prototipos de todos los objetos internalizados siguientes.

La fuerza del yo —que refleja el estado de fusión entre los dos instintos— está, según creo, constitucionalmente determinada. Si en la fusión predomina el instinto de vida, lo cual implica una supremacía de la capacidad de amar, el yo es relativamente fuerte, y es más capaz de soportar y contrarrestar la angustia proveniente del instinto de muerte.

El grado en que la fuerza del yo puede ser mantenida y aumentada es influido en parte por factores externos, y en parte por la actitud de la madre hacia el niño. Sin embargo, aun cuando predominen el instinto de vida y la capacidad de amar, los impulsos destructivos son todavía desviados hacia afuera y contribuyen a la creación de objetos persecutorios y peligrosos que son reintroyectados. Además, los procesos primarios de introyección y proyección determinan cambios en las relaciones del yo con sus objetos, con fluctuaciones entre internos y externos, buenos y malos, establecidas tanto por las fantasías y emociones del niño como por el impacto de sus experiencias. La complejidad de estas fluctuaciones engendradas por la actividad perpetua de los dos instintos subyace al desarrollo del yo en relación con el mundo externo, así como a la formación del mundo interno.

El objeto internalizado bueno forma el núcleo del yo, alrededor del cual éste se expande y desarrolla. Cuando el yo es asistido por el objeto bueno internalizado, se encuentra más capacitado para dominar la ansiedad y preservar la vida, ligando con libido algunas partes del instinto de muerte que opera dentro de sí.

Tal como Freud lo describió en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, como resultado de la disociación del yo, una parte de éste queda vigilante frente a la otra. Esta parte, que desempeña muchas funciones, es el superyó. Asimismo afirmó que el superyó está formado por ciertos aspectos introyectados de los padres y es en gran parte inconsciente.

Estoy de acuerdo con estos puntos de vista, pero difiero en que retrotraiga al nacimiento los procesos de introyección que son la base del superyó. Este precede en algunos meses al comienzo del complejo de Edipo,⁷ comienzo que yo situó, junto con el de la posición depresiva, en el segundo cuarto del primer año de vida. De este modo, la temprana introyección del pecho bueno y el malo es el fundamento del superyó e influye en el desarrollo del complejo de Edipo. Esta con-

⁷ Para una visión más detallada del modo como se han desarrollado mis puntos de vista sobre el complejo de Edipo temprano, véanse "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928), *El psicoanálisis de niños* (1932) (en particular el cap. 8), "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945) y "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952c).

cepción sobre la formación del superyó contrasta con la afirmación de Freud acerca de las identificaciones con los padres, en el sentido de que éstas son herederas del complejo de Edipo, y que sólo tienen éxito si éste es superado favorablemente.

Según mi criterio, la disociación del yo por la cual se forma el superyó, se produce como consecuencia del conflicto dentro del yo, engendrado por la polaridad de los dos instintos.⁸ Este conflicto es aumentado por la proyección de ambos instintos, así como por la resultante introyección de objetos buenos y malos. El yo, sostenido por el objeto bueno internalizado y fortalecido por la identificación con éste, proyecta una parte del instinto de muerte dentro de aquella porción de sí mismo que se ha disociado —parte ésta que de tal modo viene a estar en oposición con respecto al resto del yo y forma la base del superyó—. Acompañando a esta desviación de una parte del instinto de muerte, va aquella parte del instinto de vida que está fusionada con él. Junto con estas desviaciones, partes de los objetos buenos y malos son disociadas del yo hacia el superyó. De tal modo, este último adquiere cualidades a un tiempo protectoras y amenazantes. A medida que el proceso de integración continúa —proceso que se halla presente desde el comienzo en el yo y superyó—, el instinto de muerte se encuentra en cierta medida ligado por el superyó; en este momento el instinto de muerte influye sobre aspectos del objeto bueno contenido en el superyó. Como resultado, la acción del superyó va desde la limitación de los impulsos destructivos, la protección del objeto bueno y la autocrítica, hasta las amenazas, quejas inhibitorias y persecución.

El superyó —encontrándose ligado con el objeto bueno y aun esforzándose por su preservación— se asemeja a la madre buena real que alimenta y cuida al niño, pero puesto que el superyó está también bajo la influencia del instinto de muerte, se convierte en parte en el representante de la madre que frustra al niño, despertando ansiedad con sus prohibiciones y acusaciones. Cuando el desarrollo es adecuado el superyó es hasta cierto punto percibido como ampliamente favorable y no opera como una conciencia demasiado severa. Hay un deseo inherente al niño pequeño —y, según presumo, aun en el niño muy pequeño— de ser protegido, como también de ser sometido a ciertas prohibiciones, lo que equivale a un control de los impulsos destructivos. He señalado recientemente, en *Envidia y gratitud*, que el deseo infantil de un pecho siempre presente e inagotable incluye el deseo de que el pecho elimine o controle los impulsos destructivos del niño, protegiendo de este modo su objeto bueno y salvaguardándolo de las ansiedades persecutorias. No obstante, tan pronto como son despertados sus impulsos destructivos y la angustia, el superyó es sentido como estricto y despótico; y el yo, tal como

⁸ Véase, por ejemplo, "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (1948b), en este tomo, págs. 40, 41.

lo señaló Freud: “sirve a tres severos amos”: el ello, el superyó y la realidad externa.

En los comienzos de la década de 1920, cuando inicié la nueva aventura de analizar niños desde el tercer año de edad por medio de la técnica del juego, uno de los inesperados fenómenos con que me encontré, fue un superyó muy temprano y cruel. Hallé asimismo que los niños pequeños introyectan a sus padres —ante todo a la madre y su pecho— de una manera fantástica, y llegué a tal conclusión mediante la observación del carácter terrorífico de algunos de sus objetos internalizados. Estos objetos, extremadamente peligrosos, dan lugar al conflicto y a la ansiedad dentro del yo en la temprana infancia; pero bajo el peso de la ansiedad aguda, aquéllos y otras figuras terroríficas son disociados de un modo diferente de aquel por el cual se forma el superyó y son relegados a estratos más profundos del inconsciente. La diferencia entre estos dos modos de disociación —y esto quizá pueda aclarar muchas formas de disociación aún oscuras— es que en la disociación de figuras terroríficas la separación parece predominar, mientras que la formación del superyó se realiza con un dominio de la fusión entre los dos instintos. Por lo tanto el superyó se establece normalmente en estrecha relación con el yo y comparte los diferentes aspectos del mismo objeto bueno. Esto hace posible que el yo acepte e integre al superyó en mayor o menor grado. De ese modo las figuras extremadamente malas no son aceptadas por el yo y son constantemente rechazadas.

Sin embargo, en los niños pequeños —y, según creo, en forma más acentuada cuanto más pequeño es el niño— los límites entre las figuras disociadas y las más toleradas por el yo y menos terroríficas, son más franqueables. Normalmente la disociación tiene éxito sólo temporaria o parcialmente. Cuando falla, la ansiedad persecutoria del niño es intensa, y esto es así particularmente en el primer periodo de desarrollo caracterizado por la posición esquizo-paranoide, que yo presumo se halla en su apogeo durante los (3 ó 4) primeros meses de vida. En la mente del niño muy pequeño, el pecho bueno y el malo devorador alternan muy rápidamente; son, posiblemente, percibidos como existiendo en forma simultánea.

La disociación de las figuras persecutorias que irán a formar parte del inconsciente se halla también ligada con la disociación de figuras idealizadas. Estas se desarrollan a fin de proteger al yo de las terroríficas. En estos procesos el instinto de vida reaparece y se afirma. El contraste entre objetos persecutorios e idealizados, buenos y malos —siendo una expresión de los instintos de vida y muerte y formando la base de la vida de la fantasía— se encuentra en cada estrato del sí-mismo. Entre los objetos odiados y amenazantes de los cuales el yo temprano intenta protegerse, se hallan también aquellos que son sentidos como habiendo sido dañados o muertos y que por lo tanto se convierten en peligrosos perseguidores. Junto con el fortalecimiento del yo y su creciente capacidad para la integración y sínte-

sis, es alcanzado el estadio de la posición depresiva. En este último periodo, el objeto dañado ya no es predominantemente sentido como un perseguidor, sino como un objeto amado hacia el cual se experimentan sentimientos de culpa e impulsos por repararlo.⁹ Esta relación con el objeto amado y dañado irá a formar un elemento importante en el superyó. De acuerdo con mi hipótesis, la posición depresiva culmina hacia la mitad del primer año de vida. De allí en adelante, si la ansiedad persecutoria no es excesiva y la capacidad de amar es suficientemente fuerte, el yo se hace progresivamente consciente de su realidad psíquica y percibe más y más que son sus propios impulsos destructivos los que contribuyen al deterioro de sus objetos. De tal modo los objetos dañados, que son sentidos como malos, mejoran en la mente del niño y se asemejan más a los padres reales, y el yo desarrolla gradualmente su función esencial de mediador con el mundo externo.

El éxito de estos procesos fundamentales y el consiguiente fortalecimiento e integración del yo dependen —en lo que concierne a los factores internos— del predominio del instinto de vida en la interacción de los dos instintos. Pero los procesos de disociación continúan; a lo largo del estadio de neurosis infantil (que es el medio de expresar y elaborar las ansiedades psicóticas tempranas), la polaridad entre los instintos de vida y muerte se hace sentir con fuerza en forma de ansiedades provenientes de objetos persecutorios, que el yo intenta superar mediante la disociación y más tarde por la represión.

Con el comienzo del periodo de latencia, la parte organizada del superyó —por lo común muy severo— está mucho más separada de su parte inconsciente. Este es el estadio en que el niño proyecta su estricto superyó en el ambiente —en otras palabras, lo externaliza y trata de llegar a un acuerdo con aquellos que ejercen la autoridad. Sin embargo, aunque en el niño mayor y en el adulto estas ansiedades son modificadas, alteradas en su forma, repelidas por medio de defensas más fuertes y por lo tanto menos accesibles al análisis que en el niño pequeño, cuando penetramos en las capas más profundas del inconsciente hallamos que las figuras peligrosas y persecutorias todavía coexisten con las idealizadas.

Retomando mi concepto acerca de los procesos primarios de disociación, he adelantado recientemente la hipótesis de que para el desarrollo normal es esencial que en la más temprana infancia tenga lugar la división entre el objeto bueno y el malo, entre el amor y el odio. Cuando tal división no es demasiado severa, pero sí lo suficiente como para diferenciar entre bueno y malo, forma según mi punto de vista uno de los elementos básicos para la estabilidad y salud mental. Esto significa que el yo es suficientemente fuerte como para no ser abrumado por la ansiedad y que junto con la disociación se está

⁹ Para material clínico ilustrativo de este punto, véase "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935) (*Obras Completas de M.K.*, t. 1).

llevando a cabo cierta integración (aunque en forma rudimentaria) que sólo es posible si en la fusión el instinto de vida predomina sobre el de muerte. Como resultado, la integración y síntesis de los objetos puede ser eventualmente mejor lograda. No obstante presumo que, aun en condiciones tan favorables, las figuras terroríficas de las capas profundas del inconsciente se hacen sentir, siempre que se produzcan presiones internas o externas. Las personas estables en general —y eso significa que han establecido firmemente a su objeto bueno y están, por lo mismo, estrechamente identificadas con él— pueden superar esta intrusión de las profundidades del inconsciente dentro de su yo y recuperar su estabilidad. En los individuos neuróticos, y aun más en los psicóticos, la lucha contra tales peligros, que amenazan desde las capas profundas del inconsciente, es en cierta medida constante y parte de su inestabilidad o enfermedad.

Desde que, en años recientes, los adelantos en la clínica nos han hecho más conocedores de los procesos psicopatológicos en los esquizofrénicos, podemos apreciar más claramente que en ellos el superyó se ha vuelto casi indistinguible de sus impulsos destructivos y de los perseguidores internos. En su trabajo sobre el superyó de los esquizofrénicos, Herbert Rosenfeld ha descrito el papel que desempeña en la esquizofrenia un superyó tan abrumador. También encontré las ansiedades persecutorias que estos sentimientos engendran en la raíz de la hipocondría.¹⁰ Pienso que la lucha y su resultado son diferentes en la enfermedad maniaco-depresiva, pero hasta aquí debo declararme satisfecha con estas sugerencias.

Si como consecuencia de la predominancia de los impulsos destructivos, que van unidos a una excesiva debilidad del yo, los procesos primarios de disociación son demasiado violentos, la integración y síntesis de los objetos es impedida en un estadio posterior y la posición depresiva no puede ser suficientemente elaborada.

He subrayado el hecho de que la dinámica psíquica es el resultado de la actuación de los instintos de vida y muerte y que, además de estas fuerzas, el inconsciente comprende al yo inconsciente y luego al superyó inconsciente. Forma parte de este concepto el hecho de que yo considere al ello como idéntico con los dos instintos. En muchas oportunidades Freud se ha referido al ello; pero sus definiciones presentan algunas inconsistencias. Sin embargo, en un pasaje define al ello en términos de instintos solamente; en las *Nuevas conferencias*

¹⁰ Como he mencionado, por ejemplo, en una nota al pie en la pág. 73 de este tomo, "la ansiedad relacionada con los ataques por parte de objetos internalizados —ante todo objetos parciales— es, según mi punto de vista, la base de la hipocondría", teoría ya expuesta en *El psicoanálisis de niños*. De modo similar, en "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual" (1931), señalé que el "temor de una persona ante su materia fecal como perseguidora es al fin debido a sus fantasías sádicas... Estos temores despiertan un temor a tener un número de perseguidores dentro del cuerpo y de ser envenenado, como también los temores hipocondríacos."

de introducción al psicoanálisis (1931) dice: "A nuestro juicio, todo lo que el ello contiene son cargas de instinto que demandan derivación. Incluso parece que la energía de estos impulsos instintivos se encuentra en un estado distinto del que le es propio en los demás sectores anímicos".

Desde la época en que escribí *El psicoanálisis de niños*, mi concepto del ello ha estado de acuerdo con la definición de la cita arriba mencionada; es cierto que en ocasiones he usado el término "ello" más laxamente, en el sentido de representar el instinto de muerte solamente, o el inconsciente.

Freud afirmó que el yo se diferencia del ello por medio de la barrera represión-resistencia. Yo he hallado que la disociación es una de las defensas iniciales y que precede a la represión, la que, según presumo, comienza a operar alrededor del segundo año de vida. Normalmente ninguna disociación es absoluta, así como tampoco lo es la represión. Las partes conscientes e inconscientes del yo no están, por lo tanto separadas por una barrera rígida; como lo describió Freud, las diferentes áreas de la mente se esfuman unas en las otras.

Cuando existe una barrera muy rígida producida por la disociación, debe implicarse que el desarrollo no ha procedido normalmente, y la conclusión sería que el que predomina es el instinto de muerte. Por lo contrario, cuando predomina el instinto de vida, la integración y síntesis pueden progresar con éxito. La naturaleza de la disociación determina la naturaleza de la represión.¹¹ Si los procesos de disociación no son excesivos, consciente e inconsciente permanecen permeables entre sí. No obstante, mientras la disociación realizada por un yo que en gran parte no está organizado aún, no puede llevar adecuadamente a la modificación de la ansiedad, en el niño mayor y en el adulto la represión es un medio mucho más exitoso para detener y modificar las ansiedades. Con la represión, el yo más altamente organizado se divide con mayor eficacia frente a los pensamientos, impulsos y figuras terroríficas inconscientes.

Aunque mis conclusiones están basadas en el descubrimiento de Freud sobre los instintos y su influencia en las diferentes partes de la mente, las adiciones que he sugerido en este trabajo han implicado un número de diferencias acerca de las cuales quisiera hacer algunos comentarios finales.

¹¹ Véase mi trabajo "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (págs. 95-96 de este tomo), donde dije: "El mecanismo de disociación es subyacente a la represión (como se halla implicado en el concepto de Freud); pero en contraste con las formas más tempranas de disociación que llevan a estados de desintegración, la represión no lleva normalmente a la desintegración de la personalidad. Puesto que en este estadio hay mayor integración, en ambas partes de la mente consciente e inconsciente, y puesto que en la represión la disociación efectiva predominantemente una división entre consciente e inconsciente, ninguna parte de la personalidad es expuesta al grado de desintegración que puede surgir en estadios previos. Sin embargo, el grado en que se recurre a los procesos de disociación en los primeros meses de vida, influye vitalmente sobre el empleo de la represión en periodos posteriores."

Puede recordarse que el énfasis puesto por Freud sobre la libido fue mucho mayor que sobre la agresión. Aunque mucho antes de descubrir los instintos de vida y muerte había señalado la importancia del componente destructivo en la sexualidad bajo la forma de sadismo, no había dado suficiente importancia al impacto de la agresión sobre la vida emocional. Por eso tal vez nunca lo elaboró completamente y pareció poco dispuesto a extenderlo a la totalidad del funcionamiento mental. Con todo, como señalé anteriormente, lo aplicó al material clínico en una extensión mayor de lo que ha sido advertido. Si con todo la concepción de Freud de los dos instintos es llevada a su conclusión última, se verá que la interacción de ambos gobierna toda la vida mental. Ya he sugerido que la formación del superyó precede al complejo de Edipo y es iniciada por la introyección del objeto primario. El superyó, al haber internalizado aspectos diferentes del mismo objeto bueno, mantiene la conexión con las otras partes del yo, proceso éste de internalización que también es de la mayor importancia en la organización del yo. Atribuyo al yo, desde el comienzo de la vida, una necesidad y capacidad no sólo de disociarse sino también de integrarse. Esta integración, que lleva gradualmente a una culminación de la posición depresiva, depende de la preponderancia del instinto de vida e implica, en cierta medida, la aceptación por parte del yo de la actuación del instinto de muerte. Considero la formación del yo como una entidad determinada, por un lado, por la alternancia entre la disociación y la represión, y por otro, por la integración en relación con los objetos.

Freud afirmó que el yo es enriquecido constantemente por el ello. Anteriormente anoté que, según mi criterio, el yo es puesto en acción y desarrollado por el instinto de vida. Esto se logra a través de sus relaciones de objeto más tempranas. El pecho, sobre el cual son proyectados los instintos de vida y muerte, es el primer objeto internalizado por la introyección. De esta manera ambos instintos encuentran un objeto al que se adhieren y con eso el yo es enriquecido y fortalecido por proyección y reintroyección.

Tanto más rico se hace el yo cuanto más puede integrar sus impulsos destructivos y sintetizar los diferentes aspectos de sus objetos, ya que las partes disociadas del si-mismo y de los impulsos que son rechazados porque despiertan angustia y causan dolor, también contienen aspectos valiosos de la personalidad y de la vida de fantasía, que resulta empobrecida por la disociación. Aunque los aspectos rechazados del yo y de los objetos internalizados contribuyen a la inestabilidad, también se hallan en la base de la inspiración artística y de distintas actividades intelectuales.

Mi concepción sobre las relaciones de objeto más tempranas y el desarrollo del superyó se halla en armonía con mi hipótesis acerca de la acción del yo, por lo menos desde el nacimiento en adelante, como también acerca del poder de penetrarlo todo que poseen los instintos de vida y muerte.

12. NUESTRO MUNDO ADULTO Y SUS RAICES EN LA INFANCIA

(1959)

Para examinar la conducta humana en su contexto social desde el punto de vista psicoanalítico, es necesario investigar la forma en que el individuo evoluciona desde la infancia hasta la madurez. Un grupo —sea grande o pequeño— consiste en individuos mutuamente relacionados; por consiguiente, la comprensión de la personalidad es básica para la comprensión de la vida social. Al explorar el desarrollo individual, el psicoanalista retrocede, por etapas graduales, hacia la infancia; por lo tanto me detendré primero en las tendencias fundamentales del niño pequeño.

Los diversos signos de dificultades en el bebé —estado de rabia, falta de interés por el mundo circundante, incapacidad para tolerar frustraciones y fugaces expresiones de tristeza— solían explicarse antes en términos de factores físicos. Hasta la época de los grandes descubrimientos de Freud, existía una tendencia general a considerar la infancia perfecta, como un período de felicidad, y las diversas perturbaciones observadas en los niños no se tomaban en serio. Con el transcurso del tiempo, los hallazgos de Freud nos han ayudado a comprender la complejidad de las emociones infantiles y han revelado que los niños atraviesan por serios conflictos. Ello permite lograr una mejor comprensión de la mente infantil y de su relación con los procesos mentales del adulto.

La técnica del juego que desarrollé en el análisis de niños muy pequeños, y otros progresos técnicos resultantes de mi trabajo, me permitieron llegar a nuevas conclusiones acerca de etapas muy tempranas de la infancia y de capas más profundas del inconsciente. La comprensión retrospectiva está basada en uno de los hallazgos cruciales de Freud, la situación transferencial, es decir, el hecho de que el paciente revive en su análisis y en relación con el analista, situaciones y emociones tempranas, diría incluso muy tempranas. Por lo tanto, la relación con el analista exhibe a veces, aun en los adultos,

rasgos muy infantiles, tales como excesiva dependencia y la necesidad de una guía, junto con una desconfianza por completo irracional. Forma parte de la técnica analítica la reconstrucción del pasado a partir de tales manifestaciones. Sabemos que Freud descubrió primero el complejo de Edipo en el adulto y luego pudo encontrar sus orígenes en la infancia. La posibilidad de analizar niños muy pequeños me permitió obtener un conocimiento aun más directo de su vida mental, lo cual, a su vez, me llevó a comprender la vida mental del bebé. Gracias a la cuidadosa atención prestada a la transferencia en la técnica del juego, pude lograr una comprensión más profunda de las formas en que la vida mental —en el niño y, más tarde, en el adulto— sufre la influencia de las más tempranas emociones y fantasías inconscientes. Es precisamente desde este ángulo que me propongo describir, con la menor cantidad posible de términos técnicos, mis conclusiones relativas a la vida emocional del bebé.

He propuesto la hipótesis de que el niño recién nacido experimenta, tanto en el proceso del nacimiento como en la adaptación a la situación posnatal, una ansiedad de naturaleza persecutoria. La explicación es que el bebé, sin poder captarlo intelectualmente, vive de modo inconsciente cada molestia como si le fuera infligida por fuerzas hostiles. Si se le brinda consuelo sin tardanza —en particular calor, la forma amorosa en que se lo sostiene y la gratificación de recibir alimento— surgen emociones más felices. El bebé siente que tal consuelo proviene de fuerzas bondadosas y, según mi opinión, ello hace posible la primera relación amorosa del niño con una persona o, como diría un analista, con un objeto. Mi hipótesis es que el bebé posee una percepción inconsciente innata de la existencia de la madre. Sabemos que los animales recurren a la madre en cuanto nacen y se acercan a ella para obtener alimento. El animal humano no difiere en este sentido y su conocimiento instintivo es la base para la relación primitiva del bebé con la madre. Asimismo, es dable observar que el bebé de unas pocas semanas ya levanta la mirada hacia el rostro de la madre, reconoce sus pasos, el toque de sus manos, el olor y el tacto de su pecho o de la mamadera que ella le da, todo lo cual sugiere que se ha establecido alguna relación, por primitiva que sea, con la madre.

Sin embargo, el bebé no sólo espera alimento de la madre, sino que también desea amor y comprensión. En las primeras etapas, el amor y la comprensión se expresan a través del manejo del niño por la madre y llevan a cierta unicidad inconsciente, basada en el hecho de que el inconsciente de la madre y el del niño están en estrecha interrelación. La sensación resultante de sentirse comprendido y amado por la madre subyace a la primera, y fundamental, relación de la vida: la relación con la madre. Al mismo tiempo, frustración, molestia y dolor que, según sugerí, se experimentan como persecución, aparecen también en sus sentimientos hacia la madre, pues, en los primeros meses, ella representa para el niño la totalidad del mundo

exterior; por ende, de ella llegan a su mente tanto el bien como el mal, lo cual conduce a una doble actitud hacia la madre, aun en las mejores condiciones posibles.

Tanto la capacidad de amar como el sentimiento de persecución tienen profundas raíces en los primeros procesos mentales del bebé, y ambos están dirigidos, en primer lugar, hacia la madre. Los impulsos destructivos y sus concomitantes —resentimiento por la frustración, el odio que ésta despierta, la incapacidad de reconciliarse y la envidia hacia el objeto todopoderoso, la madre, de quien dependen su vida y su bienestar— son emociones diversas que despiertan ansiedad persecutoria en el bebé. *Mutatis mutandis* dichas emociones continúan operando a lo largo de la vida, pues los impulsos destructivos hacia cualquier persona siempre originan el sentimiento de que esa persona se tornará hostil y vengativa.

Es inevitable que la agresividad innata resulte incrementada por circunstancias externas desfavorables y, de manera inversa, que disminuya por obra del amor y la comprensión que recibe el niño; y esos factores siguen actuando a lo largo de todo el desarrollo. Pero, si bien hoy se reconoce ampliamente la importancia de las circunstancias externas, todavía no se atribuye a los factores internos su real significación. Los impulsos destructivos que varían de un individuo a otro, constituyen una parte integral de la vida mental, aun en circunstancias favorables, y por lo tanto debemos considerar el desarrollo del niño y las actitudes del adulto como un resultado de la interacción de influencias internas y externas. Ahora que nuestra capacidad de comprender a los bebés ha aumentado, la lucha entre el amor y el odio puede reconocerse en cierta medida a través de una observación cuidadosa. Algunos bebés experimentan un profundo resentimiento ante cualquier frustración y lo demuestran al no poder aceptar la gratificación cuando ésta sigue a una privación. Opino que esos niños poseen agresividad y avidez innatas más fuertes que los bebés cuyos ocasionales estallidos de rabia son de breve duración. Si un bebé se muestra capaz de aceptar alimento y amor, ello significa que puede sobreponerse al resentimiento por la frustración con relativa rapidez y, cuando se le proporciona una nueva gratificación, recupera sus sentimientos de amor.

Antes de proseguir con mi descripción del desarrollo infantil, pienso que debería definir con pocas palabras los términos *si-mismo* y *yo* desde el punto de vista psicoanalítico. Según Freud, el *yo* es la parte organizada del *si-mismo*, sometida a la influencia constante de los impulsos instintivos, pero ejerciendo control sobre ellos a través de la represión; además, dirige todas las actividades y establece y mantiene la relación con el mundo externo. El *si-mismo* cubre la personalidad total, que incluye no sólo el *yo* sino también la vida instintiva que Freud denominó el *ello*.

Mi trabajo me ha llevado a suponer que el *yo* existe y opera desde el nacimiento y que, además de las funciones mencionadas, tiene a su

cargo la importante tarea de defenderse contra la ansiedad provocada por el conflicto interno y por las influencias del exterior. Por otra parte, inicia una serie de procesos entre los que seleccionaré, en primer término, la *introyección* y la *proyección*. Más tarde he de referirme al proceso no menos importante de *división* de impulsos y objetos.

Debemos a Freud y Abraham el gran descubrimiento de que la introyección y la proyección son de importancia fundamental tanto en las perturbaciones mentales graves como en la vida mental normal. Debo renunciar aquí a cualquier intento de describir el proceso por el cual Freud, partiendo del estudio de la psicosis maniaco-depresiva, llegó al descubrimiento de la introyección que subyace al superyó, y a una explicación de la relación vital entre el superyó, el yo y el ello. En el curso del tiempo, esos conceptos básicos sufrieron ulteriores desarrollos. A la luz de mi labor analítica con niños, llegué a la conclusión de que la introyección y la proyección funcionan desde el comienzo de la vida posnatal como dos de las primeras actividades del yo, el cual, según mi criterio, actúa a partir del nacimiento. Considerada desde este ángulo, la introyección significa que el mundo exterior, su impacto, las situaciones vividas por el bebé y los objetos que éste encuentra, no sólo se experimentan como externos, sino que se introducen en el sí-mismo y llegan a formar parte de la vida interior. Es imposible evaluar la vida interior, incluso en el adulto, sin estos agregados a la personalidad derivados de la introyección continua. La proyección, que tiene lugar de manera simultánea, implica la existencia en el niño de una capacidad para atribuir a quienes lo rodean sentimientos de diversa clase, entre los que predominan el amor y el odio.

He llegado a la conclusión de que el amor y el odio hacia la madre están ligados a la capacidad del bebé muy pequeño de proyectar en ella todas sus emociones, transformándola así en un objeto bueno a la vez que peligroso. Sin embargo la introyección y la proyección, aunque arraigadas en la infancia, no son procesos exclusivamente infantiles. Forman parte de las fantasías del niño, que, según mi criterio, también actúan desde el comienzo y ayudan a moldear su expresión del mundo circundante; y, por introyección, ese cuadro modificado del mundo externo influye sobre lo que ocurre en su mente. Así se construye un mundo interno que es, en parte, un reflejo del externo. Es decir, el doble proceso de introyección y proyección contribuye a la interacción de los factores externos e internos, la cual continúa a través de todas las etapas de la vida. Del mismo modo, la introyección y la proyección persisten durante toda la vida y se modifican en el curso de la maduración, pero nunca pierden su importancia en la relación del individuo con el mundo circundante. Por lo tanto, incluso en el adulto, la percepción de la realidad nunca se libera por completo de la influencia de su mundo interno.

He sugerido ya que, desde un cierto ángulo, es necesario conside-

rar los procesos de proyección e introyección descritos como fantasías inconscientes. Como señalara mi amiga Susan Isaacs (1952) en su trabajo sobre el tema: "La fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico, del instinto. No hay impulso, no hay anhelo o respuesta instintivos que no sean experimentados como fantasía inconsciente... Una fantasía representa el contenido particular de los impulsos o sentimientos (por ejemplo, deseos, temores, ansiedades, triunfos, amor o aflicción) que predominan en la mente en un determinado momento."

Las fantasías inconscientes no son idénticas a los sueños diurnos (si bien existe una relación entre ambos); constituyen una actividad de la mente que tiene lugar en niveles inconscientes profundos y acompaña todos los impulsos experimentados por el niño. Por ejemplo, un bebé hambriento puede manejar temporariamente su hambre alucinando la satisfacción de recibir el pecho, con todos los placeres que normalmente obtiene de él, tales como el sabor de la leche, el calor del pecho y el sostén amoroso de los brazos maternos. Pero la fantasía inconsciente asume también la forma opuesta, es decir, sentirse privado y perseguido por el pecho que le niega esa satisfacción. Las fantasías —que se van tornando más elaboradas y se refieren a una variedad cada vez más amplia de objetos y situaciones— continúan durante todo el desarrollo y acompañan todas las actividades; nunca dejan de desempeñar un papel importante en la vida mental. No hay peligro de sobreestimar la influencia de la fantasía inconsciente en el arte, la labor científica y las actividades de la vida diaria.

Ya he mencionado que la madre es introyectada y que ello constituye un factor fundamental en el desarrollo. Considero que las relaciones de objeto comienzan casi con el nacimiento. La madre en sus aspectos buenos —la madre que ama, ayuda y alimenta al niño— es el primer objeto bueno que el bebé transforma en una parte de su mundo interno. Me atrevería a sugerir que su capacidad para hacerlo es, hasta cierto punto, innata. La posibilidad de que el objeto bueno se convierta suficientemente en una parte del sí-mismo depende, en cierto grado, de que la ansiedad persecutoria —y, por ende, el resentimiento— no sea demasiado marcada; al mismo tiempo, una actitud amorosa por parte de la madre contribuye en buena medida al éxito de este proceso. Si el bebé introyecta a la madre en su mundo interior como un objeto bueno y seguro, se suma al yo un elemento de fuerza. Pues considero que el yo se desarrolla en gran parte en torno de ese objeto bueno, y que la identificación con las características buenas de la madre se convierte en la base para ulteriores identificaciones beneficiosas. La identificación con el objeto bueno tiene manifestación en el niño que copia las actividades y actitudes de la madre; es factible observarla en el juego y, muchas veces, en su conducta frente a niños más pequeños. Una fuerte identificación con la madre buena facilita la identificación con un padre bueno y, más tarde, con otras figuras amistosas. Como resultado, su mundo interno

llega a contener objetos y sentimientos predominantemente buenos, y el niño siente que esos objetos buenos responden a su amor. Todo ello contribuye a formar una personalidad estable y hace posible extender a otras personas los sentimientos de cordialidad y simpatía. Resulta evidente que la buena relación entre los padres, y entre éstos y el niño, y una feliz atmósfera en el hogar, desempeñan un papel vital para el éxito de este proceso.

Sin embargo, y por buenos que sean los sentimientos del niño hacia sus progenitores, también el odio y la agresión continúan actuando. Una de sus manifestaciones es la rivalidad con el padre, originada en los deseos del niño hacia la madre y en todas las fantasías vinculadas con ellos. Tal rivalidad encuentra expresión en el complejo edípico, que puede observarse claramente en niños de tres, cuatro y cinco años de edad. Dicho complejo existe, en realidad, desde mucho antes y tiene sus raíces en las primeras sospechas del bebé en el sentido de que su padre lo priva del amor y la atención de la madre. Hay grandes diferencias entre el complejo edípico en el varón y en la niña, que sólo señalaré diciendo que, mientras el varón retorna en su desarrollo genital a su objeto primitivo, la madre, y por lo tanto busca objetos femeninos con los consiguientes celos del padre y los hombres en general, la niña debe, en cierto grado, apartarse de la madre y encontrar el objeto de sus deseos en el padre y, más tarde, en otros hombres. Es ésta una caracterización demasiado simple, pues también el niño se siente atraído por su padre y se identifica con él; por lo tanto, en su desarrollo normal interviene un elemento de homosexualidad. Lo mismo es válido para la niña, en quien la relación con la madre, y con las mujeres en general, nunca pierde su importancia. Así, pues, el complejo de Edipo no es sólo una cuestión de sentimientos de odio y rivalidad hacia uno de los progenitores y amor hacia el otro, sino que también existen sentimientos de amor y de culpa en relación con el progenitor rival. Por ende, múltiples emociones conflictuales están centradas en el complejo de Edipo.

Volvamos ahora a la proyección. Al proyectar la totalidad o una parte de los propios impulsos y sentimientos en otra persona, se logra una identificación con ésta, si bien de un tipo distinto del que produce la introyección. Pues, si se toma un objeto en el sí-mismo (si se introyecta), el acento recae en la incorporación de algunas de las características de ese objeto y en la influencia que ejercen. Por otro lado, al colocar una parte de uno mismo en otra persona (proyección), la identificación está basada en que atribuimos a la otra persona algunas de nuestras propias cualidades. La proyección tiene múltiples repercusiones. Nos inclinamos a adscribir a otra gente —en cierto sentido, a colocar en ella— algunos de nuestros propios pensamientos y emociones; y es obvio que la índole amistosa u hostil de esa proyección dependerá de nuestro estado de equilibrio y persecución. Al atribuir parte de nuestros sentimientos a otra persona, comprendemos sus sentimientos, necesidades y satisfacciones; en

otras palabras, nos ponemos en su lugar. Hay personas capaces de llegar tan lejos en este sentido que se pierden por entero en los demás y se tornan incapaces de discernimiento objetivo. Al mismo tiempo, la introyección excesiva pone en peligro la fuerza del yo, pues éste queda completamente sometido al objeto introyectado. Si en la proyección predomina la hostilidad, la verdadera empatía y la comprensión de los demás resultan dañadas. Por lo tanto, la índole de la proyección posee suma importancia en nuestras relaciones con los demás. Si la interacción entre introyección y proyección no está dominada por la hostilidad o por una excesiva dependencia y posee un buen equilibrio, el mundo interno resulta enriquecido y mejoran las relaciones con el mundo externo.

Me he referido ya a la tendencia del yo infantil a dividir impulsos y objetos, y creo que ésta constituye otra de las primeras actividades yoicas. Esa tendencia a dividir es, en parte, un resultado del hecho de que el yo temprano carece en gran medida de coherencia. Pero —y también aquí debo referirme a mis propios conceptos— la ansiedad persecutoria refuerza la necesidad de mantener al objeto amado apartado del peligro y, por lo tanto, de separar el amor del odio. Pues la autoconservación del bebé depende de su confianza en una madre buena. Al dividir los dos aspectos y aferrarse al bondadoso, conserva su creencia en un objeto bueno y su capacidad de amarlo; y ésta es una condición esencial para mantenerse vivo. Sin alguna porción de tal sentimiento, el niño quedaría expuesto a un mundo completamente hostil que podría destruirlo. Además, también tendría que incorporar ese mundo hostil en su propio interior. Sabemos que hay bebés carentes de vitalidad e incapaces de sobrevivir, probablemente porque no han podido desarrollar una relación de confianza con su madre buena. En contraste, hay otros bebés que pasan por grandes dificultades, pero conservan suficiente vitalidad como para hacer uso de la ayuda y el alimento que les ofrece la madre. Conozco el caso de un niño que tuvo un nacimiento prolongado y difícil y resultó lastimado en el proceso, pero, cuando se le dio el pecho, se alimentó ávidamente. Lo mismo ha ocurrido con bebés que sufrieron una operación seria poco después de nacer. Otros niños en circunstancias similares no logran sobrevivir porque tienen dificultades para aceptar alimento y amor, lo cual implica que no han logrado establecer confianza y amor hacia la madre.

El proceso de la división cambia en cuanto a forma y contenido a lo largo del desarrollo, pero nunca se abandona por completo en algunas de sus formas. Opino que los impulsos destructivos omnipotentes, la ansiedad persecutoria y la división predominan en los primeros tres a cuatro meses de la vida. He descrito esta combinación de mecanismos y ansiedades como posición esquizo-paranoide, la cual, en los casos extremos, constituye la base de la paranoia y la esquizofrenia. Los concomitantes de los sentimientos destructivos en esa temprana etapa poseen suma importancia y quisiera destacar

entre ellos la avidez y la envidia como factores muy perturbadores en la relación con la madre primero y, más tarde, con otros miembros de la familia; de hecho, durante toda la vida.

La avidez varía de modo considerable de un niño a otro. Hay bebés que jamás se sienten satisfechos, pues su avidez excede todo lo que puedan recibir. La avidez implica el deseo de vaciar el pecho materno y de explotar todas las posibilidades de satisfacción, sin consideración por nadie. El niño muy ávido puede disfrutar momentáneamente de lo que recibe; pero, en cuanto ha desaparecido la gratificación, se torna insatisfecho y se ve impulsado a explotar, primero, a la madre, y luego a todos los familiares que puedan proporcionarle atención, alimento o cualquier otra gratificación. No cabe duda de que la ansiedad aumenta la avidez —la ansiedad de verse privado, despojado, de no ser bastante bueno como para merecer amor—. El niño que tiene tal avidez de amor y atención también se siente inseguro respecto de su propia capacidad de amar, y todas sus ansiedades refuerzan la avidez. En sus aspectos fundamentales, esa situación no aparece modificada en la avidez del niño mayor o del adulto.

En cuanto a la envidia, no resulta fácil explicar cómo la madre que alimenta al niño y lo cuida puede ser, a la vez, objeto de envidia. Pero, toda vez que el niño se siente hambriento o descuidado, la frustración lo lleva a la fantasía de que la leche y el amor le son deliberadamente negados, o bien retenidos por la madre para su propio beneficio. Tales sospechas constituyen la base de la envidia. Es inherente a la envidia no sólo el anhelo de posesión, sino también un poderoso deseo de arruinar el placer que los demás pueden obtener del objeto anhelado, deseo que tiende a dañar el objeto mismo. Si la envidia es muy fuerte, su cualidad destructiva perturba la relación con la madre, y más tarde con otras personas; significa, asimismo, que el niño no puede disfrutar plenamente de nada porque el objeto deseado ya ha sido dañado por la envidia. Además, si la envidia es muy fuerte, es imposible incorporar la bondad y convertirla en parte de la propia vida interna, lo cual permitiría expresar un sentimiento de gratitud. Por contraste, la capacidad de disfrutar en forma plena de lo que se recibe, y la experiencia de gratitud hacia quien lo da, ejercen una poderosa influencia sobre el carácter y las relaciones con la gente. No deja de ser sugestivo que, al bendecir la mesa antes de las comidas, los cristianos utilicen las palabras: “Por lo que vamos a recibir, haznos sentir, Señor, verdaderamente agradecidos”. Tales palabras implican que se trata de lograr aquella cualidad —la gratitud— que contribuye a la felicidad y libera del resentimiento y la envidia. Cierta vez oí a una niña decir que amaba a su madre más que a nadie, porque, “¿qué habría hecho si su madre no la hubiera traído al mundo y alimentado?”. Este poderoso sentimiento de gratitud estaba ligado a su capacidad de gozar y se expresaba en el carácter de la niña y en sus relaciones con la gente, en particular como generosidad y consideración. A lo largo de toda la vida, esa capacidad para el go-

ce y la gratitud hace posible una variedad de intereses y placeres.

En el desarrollo normal, con la creciente integración del yo disminuyen los procesos de división, y la mayor capacidad para comprender la realidad externa y, en cierto grado, para conciliar los impulsos infantiles contradictorios, lleva también a una mayor síntesis de los aspectos buenos y malos del objeto. Ello significa que es posible amar a la gente a pesar de sus defectos y que el mundo no se ve sólo en términos de blanco y negro.

En mi criterio, el superyó —esa parte del yo que critica y controla los impulsos peligrosos, y que Freud ubicó en líneas generales en el quinto año de vida— actúa desde mucho antes. Según mi hipótesis, en el quinto o sexto mes después del nacimiento el bebé comienza a temer el daño que sus impulsos destructivos y su avidez podrían causar —o haber causado— a sus objetos amados. Pues aún no puede distinguir los deseos e impulsos de sus efectos reales. Experimenta sentimientos de culpa y el anhelo de proteger esos objetos y de repararlos por el daño causado. La ansiedad adquiere ahora un carácter predominantemente depresivo; y considero que las emociones acompañantes, así como las defensas que surgen contra ellas, forman parte del desarrollo normal: lo que he llamado “posición depresiva”. Los sentimientos de culpa, que en ocasiones surgen en todos nosotros, tienen raíces muy profundas en la infancia, y la tendencia a reparar desempeña un papel importante en nuestras sublimaciones y relaciones de objeto.

Cuando observamos niños muy pequeños desde este ángulo, vemos que a veces parecen deprimidos sin ninguna causa externa particular. En esa etapa tratan de complacer a quienes los rodean en todas las formas posibles: sonrisas, gestos juguetones, incluso intentos de alimentar a la madre colocándole la cuchara con comida en la boca. Al mismo tiempo, éste es también el período en que muchas veces aparecen pesadillas e inhibiciones respecto de la comida, y todos esos síntomas alcanzan su culminación en el momento del destete. En el caso de niños mayores, la necesidad de manejar los sentimientos de culpa se expresa de manera más clara: diversas actividades constructivas se utilizan con tal fin y, en relación con los padres y hermanos, hay una necesidad excesiva de complacer y cooperar, todo lo cual expresa no sólo amor, sino también necesidad de reparar.

Freud postuló que el proceso de *elaboración* constituye una parte esencial del procedimiento psicoanalítico. Para decirlo en pocas palabras, ello significa lograr que el paciente vuelva a experimentar sus emociones, ansiedades y situaciones pasadas una y otra vez, en relación con el analista y con las distintas personas y situaciones en la vida pasada y presente del enfermo. Sin embargo, cierta medida de elaboración tiene lugar en el desarrollo normal del individuo. La adaptación a la realidad externa es cada vez mayor y, con ello, el niño logra un cuadro menos fantástico del mundo circundante. La experiencia repetida del alejamiento y retorno de la madre torna su ausencia

menos atemorizante y, por lo tanto, disminuye su temor de que lo abandone. En esa forma, el niño elabora gradualmente sus tempranos temores y logra un equilibrio entre sus impulsos y emociones conflictuales. En esta etapa predomina la ansiedad depresiva y disminuye la ansiedad persecutoria. Opino que muchas manifestaciones aparentemente extrañas, fobias inexplicables e idiosincrasias que pueden observarse en los niños pequeños, constituyen indicaciones, así como maneras, de la elaboración de la posición depresiva. Si los sentimientos de culpa que surgen en el niño no son excesivos, el deseo de reparar y otros procesos que forman parte del crecimiento traen aparejado alivio. No obstante, las ansiedades depresivas y persecutorias nunca se superan del todo; pueden reaparecer temporalmente bajo alguna presión interna o externa, si bien una persona relativamente normal es capaz de hacer frente a esa reaparición y recuperar su equilibrio. Pero si la presión es demasiado grande, puede malograrse el desarrollo de una personalidad fuerte y bien equilibrada.

Habiendo descrito —si bien temo que en forma demasiado simplificada— las ansiedades depresivas y paranoides y sus implicaciones, quisiera considerar la influencia de los procesos mencionados sobre las relaciones sociales. Me he referido a la introyección del mundo externo y he sugerido que ese proceso continúa durante toda la vida. Toda vez que admiramos y amamos a alguien —o que odiamos y despreciamos a alguien— también incorporamos algo de esa persona en nosotros mismos, y nuestras actitudes más profundas se ven modificadas por tales experiencias. En el primer caso, nos enriquece y se convierte en una base para recuerdos preciosos; en el otro, sentimos a veces que el mundo exterior se nos ha arruinado y que el interior ha quedado, por lo tanto, empobrecido.

Aquí sólo puedo referirme someramente a la importancia de las experiencias reales favorables y desfavorables a las que el niño se ve sometido desde el comienzo, en primer lugar por sus padres y más tarde por otra gente. Las experiencias externas son de importancia fundamental a lo largo de la vida. Sin embargo, aun en el niño, mucho depende de la forma en que éste interpreta y asimila las influencias externas; y esto, a su vez, depende en gran medida de la fuerza con que actúan los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias y depresivas. De idéntico modo, nuestras experiencias adultas sufren la influencia de nuestras actitudes básicas, las cuales nos ayudan a enfrentar las desgracias, o bien, si estamos demasiado dominados por la sospecha y la autocompasión, convierten las menores desilusiones en desastres.

Los descubrimientos de Freud acerca de la infancia han aumentado la comprensión de los problemas relativos a la crianza, pero más de una vez han sido objeto de interpretaciones erróneas. Si bien es cierto que una educación demasiado severa fortalece la tendencia del niño a reprimir, debemos recordar que una indulgencia excesiva

puede ser casi tan dañina como un exceso de restricción. La llamada “autoexpresión plena” puede ofrecer grandes desventajas tanto para los padres como para el niño. Mientras que, en épocas anteriores, el niño era con frecuencia una víctima de la actitud severa de los padres, hoy día éstos pueden llegar a ser las víctimas de sus hijos. Una conocida broma nos habla de un hombre que nunca probó pechuga de pollo pues en su infancia la comían sus padres y, cuando creció, se la daba a sus hijos. En el trato con nuestros hijos es esencial mantener un equilibrio entre el exceso y la ausencia de disciplina. Cerrar los ojos ante una pequeña travesura es una actitud muy sana, pero si la travesura se convierte en una continua falta de consideración, es necesario expresar desaprobación y exigir al niño un cambio.

La excesiva indulgencia de los padres debe considerarse, asimismo, desde otro ángulo: si bien el niño puede sacar ventajas de la actitud de sus progenitores, también experimenta sentimientos de culpa por explotarlos y siente la necesidad de una cierta restricción que le proporcionaría seguridad. Ello también le permitiría sentir respeto por sus padres, lo cual es esencial para una buena relación con ellos y para desarrollar el respeto hacia otras personas. Además, no debemos olvidar que los padres que sufren demasiado bajo la autoexpresión incontrolada del niño —por más que intenten someterse a ella— experimentan inevitablemente algún resentimiento que se infiltrará en su actitud para con el niño.

He descrito ya al niño pequeño que reacciona violentamente contra toda frustración —y no hay educación posible sin alguna inevitable frustración— y que tiende a sentirse profundamente agraviado ante cualquier falla o defecto de su ambiente y a subestimar la bondad recibida. Como consecuencia, proyectará sus agravios en la gente que lo rodea. Son bien conocidas las actitudes similares en los adultos. Si comparamos los individuos capaces de tolerar la frustración sin demasiado resentimiento y de recuperar sin tardanza su equilibrio después de una desilusión, con aquellos que se inclinan a atribuir toda la culpa al mundo exterior, podemos observar el efecto nocivo de la proyección hostil. Pocos de nosotros tenemos la tolerancia necesaria para soportar la acusación, aunque ésta no se exprese con palabras, de que, en cierto sentido, somos la parte culpable. De hecho, muchas veces nos hace rechazar a quienes nos acusan y entonces aparecemos tanto más como sus enemigos; en consecuencia, experimentan hacia nosotros mayores sospechas y sentimientos persecutorios, y las relaciones se perturban más y más.

Una manera de hacer frente a la sospecha excesiva es tratar de apaciguar a los enemigos supuestos o reales. Es raro que el intento tenga éxito. Naturalmente, muchas personas se dejan ganar por la adulación y el apaciguamiento, en particular si sus propios sentimientos persecutorios engendran en ellos la necesidad de ser apaciguados. Pero una relación de ese tipo se quiebra fácilmente y se transforma en hostilidad mutua. De paso, quisiera mencionar las di-

ficultades que pueden provocar en los asuntos internacionales esas fluctuaciones en las actitudes de los principales estadistas.

Cuando la ansiedad persecutoria no es tan fuerte y la proyección al atribuir a los demás principalmente buenos sentimientos, se convierte en la base de la empatía, la respuesta del mundo exterior es muy distinta. Todos conocemos personas que tienen la capacidad de hacerse querer, pues tenemos la impresión de que nos tienen confianza, lo cual, a su vez, despierta en nosotros un sentimiento de simpatía. No me refiero a la gente que trata de conquistar popularidad en una forma insincera. Por el contrario, creo que son las personas sinceras y que obran de acuerdo con sus convicciones las que, a la larga, despiertan respeto y aun afecto.

Un ejemplo interesante de la influencia de las primeras actitudes a lo largo de toda la vida es el hecho de que la relación con las primeras figuras sigue reapareciendo y que los problemas infantiles no resueltos se reviven, si bien en forma modificada. Por ejemplo, la actitud hacia un subordinado o un superior repite, hasta cierto punto, la relación con un hermano menor o con uno de los progenitores. Si conocemos a una persona mayor amistosa y servicial, revivimos de modo inconsciente la relación con un progenitor o un abuelo amado; mientras que un individuo mayor altanero y desagradable vuelve a provocar las actitudes rebeldes del niño hacia sus padres. No es necesario que esas personas sean física o mentalmente similares a las figuras originales, o siquiera que tengan parecida edad real; basta algo en común en su actitud. Cuando alguien se encuentra enteramente bajo el influjo de situaciones y relaciones tempranas, es inevitable que sus juicios respecto de personas y hechos estén perturbados. Normalmente la revivencia de situaciones tempranas está limitada y rectificada por el juicio objetivo. Es decir, todos podemos sufrir la influencia de factores irracionales, pero en la vida normal éstos no nos dominan.

La capacidad de amor y devoción, en primer lugar hacia la madre, se transforma de múltiples modos en devoción hacia diversas causas que se sienten como buenas y valiosas. Ello significa que el goce que el bebé podía experimentar en el pasado al sentir que amaba y era amado, se transfiere más tarde no sólo a las relaciones con la gente, lo cual es muy importante, sino también a su trabajo y a todo lo que se considera valioso. Significa, asimismo, un enriquecimiento de la personalidad y de la capacidad de disfrutar con el trabajo, y abre caminos de acceso a múltiples fuentes de satisfacción.

En este esfuerzo por alcanzar nuestras metas, así como en nuestra relación con la gente, el temprano deseo de reparar se une a la capacidad de amar. He dicho ya que en nuestras sublimaciones, originadas en los más tempranos intereses infantiles, las actividades constructivas adquieren un mayor ímpetu porque el niño siente inconscientemente que, en esa forma, repara a las personas amadas que ha dañado. Este ímpetu nunca pierde su fuerza, aunque muchas veces

no se lo reconozca en la vida diaria. El hecho irrevocable de que ninguno de nosotros está nunca enteramente libre de culpa tiene aspectos muy valiosos, porque implica el deseo jamás agotado de reparar y de crear en cualquier forma que podamos.

Todas las formas de ayuda social se benefician con ese anhelo. En los casos extremos, los sentimientos de culpa impulsan a la gente hacia el total sacrificio de sí misma por una causa o por sus semejantes, y pueden conducir al fanatismo. Con todo, sabemos que algunas personas arriesgan su vida para salvar a otras, y esa acción no corresponde necesariamente al mismo orden. En tales casos, no es tanto la culpa lo que podría actuar como la capacidad de amor y generosidad y una identificación con nuestro semejante en peligro.

He señalado la importancia de la identificación con los padres y, más tarde, con otras personas, para el desarrollo del niño pequeño, y ahora deseo acentuar un aspecto particular de la identificación exitosa que se prolonga hacia la adultez. Cuando la envidia y la rivalidad no son demasiado grandes, se torna posible disfrutar en forma vicariante de los placeres ajenos. En la infancia, la hostilidad y la rivalidad del complejo edípico están neutralizadas por la capacidad de disfrutar sustitutivamente de la felicidad de los padres. En la vida adulta, los padres pueden compartir los placeres de la infancia y evitar interferirlo porque son capaces de identificarse con sus hijos: pueden contemplar sin envidia el crecimiento de sus hijos.

Esta actitud cobra particular importancia a medida que se envejece y que los placeres de la juventud se tornan cada vez menos accesibles. Si la gratitud por las satisfacciones pasadas no se ha desvanecido, las personas de edad pueden disfrutar de todo aquello que está aún a su alcance. Además, esa actitud, que da origen a la serenidad, les permite identificarse con los jóvenes. Por ejemplo, quien se dedica a descubrir talentos jóvenes y ayuda a desarrollarlos —sea en su capacidad de maestro o crítico, o, en épocas pasadas, como patrón de las artes y la cultura— puede hacerlo precisamente porque le es posible identificarse con los demás; en cierto sentido, repite su propia vida y, a veces, logra en forma sustitutiva la realización de aspiraciones frustradas en su propia vida.

En todas las etapas, la capacidad de identificarse hace posible la felicidad que surge cuando se es capaz de admirar el carácter o los logros de los demás. Si no podemos permitirnos apreciar las realizaciones y las cualidades de otras personas —lo cual significa que no somos capaces de tolerar la idea de que nunca podremos emularlas— nos vemos privados de fuentes de enorme felicidad y enriquecimiento. El mundo nos parecería un lugar mucho más pobre si no tuviéramos oportunidad de percibir la grandeza que existe y seguirá existiendo en el futuro. Tal admiración también despierta algo en nosotros y aumenta de manera indirecta nuestra fe en nosotros mismos. Esta es una de las múltiples formas en que las identificaciones origi-

nadas en la infancia se convierten en una parte importante de nuestra personalidad.

La capacidad de admirar los logros de otra persona es uno de los factores que hacen posible el trabajo eficaz en equipo. Si la envidia no es demasiado grande, podemos experimentar placer y orgullo por el hecho de trabajar con personas que a veces superan nuestras propias capacidades, pues nos identificamos con esos miembros destacados del equipo.

Sin embargo, el problema de la identificación es muy complejo. Cuando Freud descubrió el superyó, lo consideró como una parte de la estructura mental resultante de la influencia de los padres sobre el niño, una influencia que entra a formar parte de las actitudes infantiles fundamentales. Mi trabajo con niños pequeños me ha mostrado que, incluso desde los primeros meses de vida, se incorporan en el sí mismo la madre y, poco después, otras personas que rodean al niño, y ello constituye la base para una variedad de identificaciones, favorables y desfavorables. He citado antes ejemplos de identificaciones que son útiles tanto para el niño como para el adulto. Pero la influencia vital del ambiente original hace también que los aspectos desfavorables de las actitudes del adulto para con el niño perjudiquen su desarrollo, porque despiertan en él odio y rebelión o bien un excesivo sometimiento. Al mismo tiempo, el niño internaliza esta actitud adulta hostil y colérica. A partir de tales experiencias, un progenitor excesivamente severo o carente de comprensión y amor influye por identificación sobre la formación del carácter del niño, y puede llevarlo a repetir en su vida posterior lo que él mismo ha sufrido. Por lo tanto, un padre usa a veces con sus hijos los mismos métodos erróneos que su padre empleó con él. Por otro lado, la rebelión contra las injusticias experimentadas en la infancia puede llevar a la reacción opuesta de hacer todas las cosas en forma distinta de la que utilizaron los padres. Esto conduciría al otro extremo, por ejemplo, a la excesiva indulgencia a la que me referí antes. Aprender de nuestras experiencias infantiles y, por ende, ser más comprensivos y tolerantes con nuestros propios hijos y con las personas ajenas al círculo familiar, constituye un signo de madurez y de sano desarrollo. Pero ser tolerante no significa ser ciego a los defectos ajenos, sino reconocer esas fallas y, no obstante, conservar la propia capacidad para cooperar con los demás o incluso para experimentar amor hacia algunas personas.

Al describir el desarrollo del niño he acentuado en particular la importancia de la avidez. Consideremos ahora el papel que desempeña la avidez en la formación del carácter y su influencia sobre las actitudes del adulto. Es fácil observar el papel de la avidez como un elemento muy destructivo en la vida social. La persona ávida quiere siempre más y más, aun a expensas de quienes la rodean; no es realmente capaz de consideración y generosidad hacia ellos. No me re-

fiero aquí sólo a las posesiones materiales, sino también al status y el prestigio.

Es probable que el individuo ávido sea muy ambicioso. El papel de la ambición, en sus aspectos útiles y perturbadores, se pone de manifiesto dondequiera que observemos la conducta humana. No cabe duda de que la ambición da nuevo ímpetu a la capacidad de realización, pero, si se convierte en la principal fuerza impulsora, pone en peligro la cooperación con los demás. A pesar de todos sus éxitos, el individuo muy ambicioso permanece siempre insatisfecho, tal como ocurre con un bebé ávido. Es bien conocido el tipo de figura pública que, hambrienta de éxitos cada vez mayores, nunca parece satisfecha con lo que ha logrado. Una de los rasgos de esa actitud —en la que la envidia desempeña también un papel importante— es la incapacidad para permitir que los demás alcancen una posición destacada. Quizá se les permita desempeñar un papel secundario siempre que no hagan peligrar la supremacía de la persona ambiciosa. Asimismo observamos que esas personas no pueden ni quieren estimular y alentar a los jóvenes, porque algunos de ellos podrían llegar a ser sus sucesores. Un motivo de la falta de satisfacción frente a éxitos aparentemente grandes proviene de que su interés no está centrado tanto en el campo en que actúan como en su prestigio personal. Ello implica la conexión entre la avidez y la envidia. El rival aparece no sólo como alguien que nos ha despojado y privado de nuestras propias posiciones o bienes, sino también como el poseedor de cualidades valiosas que provocan envidia y el impulso a dañarlas.

Cuando la avidez y la envidia no son excesivas, incluso una persona ambiciosa puede encontrar satisfacción en ayudar a los demás a realizar su tarea. Tenemos aquí una de las actitudes subyacentes al liderazgo exitoso. En cierta medida, esto también puede observarse ya en etapas muy tempranas. Un niño es capaz de enorgullecerse por los progresos de un hermano menor y hacer todo lo posible por ayudarlo. Algunos niños incluso ejercen un efecto integrador sobre toda la vida familiar; al mostrarse predominantemente amistosos y cooperativos, mejoran la atmósfera familiar. He visto que madres muy impacientes e intolerantes ante las dificultades han mejorado gracias a la influencia de un hijo con esa actitud. Lo mismo se aplica a la vida escolar, donde a veces bastan uno o dos niños para ejercer un efecto benéfico sobre la actitud de los demás, a través de una especie de liderazgo moral basado en una relación cordial y cooperativa con los otros niños, sin ningún intento de hacerlos sentir inferiores.

Volviendo al liderazgo: si el líder —y esto también puede aplicarse a cualquier miembro de un grupo— sospecha que es objeto de odio, ese sentimiento aumenta todas sus actitudes antisociales. Observamos que las personas incapaces de soportar una crítica, porque ésta afecta de inmediato su ansiedad persecutoria, son no sólo víctimas del sufrimiento, sino que también tienen dificultades en relación con los demás e incluso pueden poner en peligro la causa por la que

luchan, cualquiera que sea su campo de actividades; exhibirán una gran incapacidad para corregir sus errores y aprender de los demás.

Si contemplamos nuestro mundo adulto desde el punto de vista de sus raíces en la infancia, comprenderemos la forma en que nuestra mente, nuestros hábitos y nuestros enfoques se han ido construyendo a partir de las más tempranas fantasías y emociones infantiles, hasta llegar a las manifestaciones adultas y elaboradas. Aun cabe extraer otra conclusión, y es que nada que haya existido alguna vez en el inconsciente llega a perder por completo su influencia sobre la personalidad.

Queda aun por considerar otro aspecto del desarrollo del niño; la formación del carácter. He citado algunos ejemplos del efecto perturbador que ejercen los impulsos destructivos, la envidia y la avidez, y las ansiedades persecutorias resultantes, sobre el equilibrio emocional y las relaciones sociales del niño. Asimismo, me he referido a los aspectos benéficos de un desarrollo opuesto y he tratado de mostrar la forma en que surgen. Intenté poner de manifiesto la importancia de la interacción entre los factores innatos y la influencia del ambiente. Al atribuir a esa interacción toda su importancia real logramos una comprensión más profunda de la forma en que se desarrolla el carácter del niño. Los cambios favorables que sufre el carácter del paciente, en el curso de un análisis exitoso, han constituido siempre un aspecto de suma importancia en la labor psicológica.

Una de las consecuencias de un desarrollo equilibrado es la integridad y la fuerza del carácter. Dichas cualidades tienen un efecto de largo alcance tanto sobre la autoconfianza del individuo como sobre su relación con el mundo exterior. Es fácil observar la influencia que ejerce sobre la gente un carácter realmente sincero y genuino. Incluso quienes no poseen esas mismas cualidades se sienten impresionados y no pueden dejar de experimentar cierto respeto por la integridad y la sinceridad. Pues dichas cualidades despiertan en ellos una imagen de lo que ellos mismos habrían podido llegar a ser o quizás aún puedan llegar a ser. Ese tipo de personalidad hace surgir en la gente alguna esperanza acerca del mundo en general y una mayor confianza en la bondad.

He concluido este trabajo con una referencia a la importancia del carácter porque opino que éste constituye el fundamento para toda realización humana. El efecto de un buen carácter sobre los demás está en la raíz de todo desarrollo social sano.

POST SCRIPTUM

En ocasión de discutir mis criterios sobre el desarrollo del carácter con un antropólogo, éste rechazó mi supuesto de una base general para el desarrollo del carácter. Adujo que en su experiencia de trabajo de campo había encontrado una evolución del carácter completa-

mente distinta. Por ejemplo, había trabajado en una comunidad donde se consideraba admirable estafar a los demás. También describió, respondiendo a algunas de mis preguntas, que en la misma comunidad la misericordia para con un enemigo constituía un signo de debilidad. Le pregunté si no había alguna circunstancia en la que se exhibiera cierta misericordia. Me replicó que si una persona lograba colocarse detrás de una mujer en forma tal que quedara cubierto hasta cierto punto por su pollera, se le perdonaba la vida. Ante algunas otras preguntas, me contó que si el enemigo lograba introducirse en la tienda de un hombre, no se lo mataba, y que también encontraba refugio en el interior de un santuario.

El antropólogo estuvo de acuerdo conmigo cuando sugerí que la tienda, la pollera y el santuario eran símbolos de la madre buena y protectora. También aceptó mi interpretación de que la protección materna incluía a un hermano odiado —el hombre oculto detrás de la pollera de la mujer— y que la prohibición de matar dentro de la propia tienda estaba vinculada a las normas de hospitalidad. Mi conclusión relativa a este último punto es que, fundamentalmente, la hospitalidad está relacionada con la vida familiar, con los lazos entre los hijos y, en particular, con la madre, pues, como sugerí antes, la tienda representa a la madre que protege a la familia.

Cito esta conversación para sugerir posibles vínculos entre culturas que parecen ser completamente distintas y para indicar que tales vínculos aparecen en la relación con el objeto original, la madre, cualesquiera que sean las formas en que las distorsiones del carácter se acepten y aun se admiren.

13. UNA NOTA SOBRE LA DEPRESION EN EL ESQUIZOFRENICO

(1960)

En este aporte me concentraré principalmente en la depresión como la experimenta el esquizofrénico paranoico. Mi primera posición surge de la afirmación, expresada en 1935,¹ que la posición paranoide (que posteriormente denominé posición esquizo-paranoide) está vinculada a los procesos de disociación, y contiene los puntos de fijación para el grupo de las esquizofrenias, mientras la posición depresiva contiene los puntos de fijación para la enfermedad maniaco-depresiva. También sostuve, y aún sostengo, la opinión de que las angustias paranoides y esquizoides y los sentimientos depresivos, tal como pueden ocurrir en personas más normales bajo presión externa o interna, tienen su origen en estas posiciones tempranas, las que se reviven en tales situaciones.

La conexión frecuentemente observada entre los grupos de enfermedades esquizofrénicas y maniaco-depresivas puede explicarse, en mi opinión, por el vínculo evolutivo que existe en la primera infancia entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Las angustias persecutorias y los procesos de división, característicos de la posición esquizo-paranoide, persisten, aunque distintos en intensidad y forma, en la posición depresiva. Las emociones de depresión y de culpa, que se desarrollan más ampliamente en la etapa cuando surge la posición depresiva, operan ya (según mis conceptos más recientes) en cierta medida durante la fase esquizo-paranoide. El vínculo entre estas dos posiciones —con todos los cambios en el yo que ellas implican— es que ambas son resultado de la lucha entre los instintos de vida y de muerte. En la más temprana de las dos etapas (que abarca los primeros tres o cuatro meses de vida) las angustias que surgen de esta

¹ "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (*Obras Completas de M.K.*, tomo 1).

lucha asumen una forma paranoide y el yo, aún incoherente, está obligado a intensificar los procesos de división. Con el creciente poder del yo surge la posición depresiva. Durante esta etapa disminuyen las angustias paranoides y los mecanismos esquizoides y toma más fuerza la angustia depresiva. Aquí, nuevamente, se puede ver la actuación del conflicto entre los instintos de vida y de muerte. Los cambios que han acontecido son el resultado de alteraciones en los estados de fusión entre los dos instintos. Ya en la primera fase el objeto primario, la madre, se internaliza en sus aspectos bueno y malo. A menudo he sostenido que, a menos que el objeto bueno llegue a ser por lo menos en algún grado una parte del yo, la vida no puede continuar. La relación con el objeto bueno, sin embargo, cambia en el segundo trimestre del primer año, y la conservación de este objeto bueno es esencial en las angustias depresivas. Los procesos de división también se modifican. Mientras hay en el comienzo una división entre el objeto bueno y el malo, esto ocurre juntamente con gran fragmentación tanto del yo como del objeto. A medida que se aminoran los procesos de fragmentación, avanza más al primer plano la división entre el objeto dañado o muerto y el vivo. La disminución de la fragmentación y el enfoque sobre el objeto corren paralelos como pasos hacia la integración, que implica una fusión creciente de los dos instintos y en la cual predomina el instinto de vida.

A continuación presentaré algunas indicaciones para explicar por qué los rasgos depresivos en los esquizofrénicos paranoides no se experimentan en una forma tan fácilmente reconocida como en los estados maniaco-depresivos, y sugeriré algunas explicaciones de la diferencia en el carácter de la depresión tal como se experimenta en estos dos grupos de enfermedades. Anteriormente yo colocaba el énfasis sobre la distinción entre la angustia paranoide, que definía como centrada en la conservación del yo, y la angustia depresiva, que se concentra en la conservación del objeto bueno internalizado y externo. Ahora veo que esta distinción es demasiado esquemática, pues hace muchos años que sostengo el punto de vista de que desde los comienzos de la vida posnatal la internalización del objeto es la base del desarrollo. Esto implica que algún grado de internalización del objeto bueno ocurre también en el esquizofrénico paranoide. Desde el nacimiento en adelante, sin embargo, en un yo carente de fuerza y sujeto a procesos violentos de escisión, la internalización del objeto bueno difiere en carácter y en fuerza de la del maniaco-depresivo. Es menos permanente, menos estable y no permite una suficiente identificación con él. No obstante, puesto que alguna internalización del objeto indudablemente ocurre, la angustia en interés del yo —es decir, la angustia paranoide— incluye también, de manera inevitable, cierto grado de preocupación por el objeto.

Hay otro punto nuevo para agregar: la angustia depresiva y la culpa (definida por mí como experimentada en relación con el objeto bueno internalizado), en la medida en que ocurren ya en la posición

esquizo-paranoide, se refieren también a una parte del yo; a saber, aquella parte que —en el sentir del sujeto— contiene el objeto bueno y es en consecuencia la parte buena. Es decir, la culpa del esquizofrénico se refiere a la destrucción de algo bueno dentro de él y también el debilitamiento de su yo por los procesos de división.

Hay una segunda razón por la cual el sentimiento de culpa es experimentado por el esquizofrénico en una forma muy particular, y difícil por lo tanto de discernir. Debido a los procesos de fragmentación —permítaseme recordar aquí la capacidad que poseía Schreber de dividirse en sesenta almas— y a la violencia con que se realiza esta división en el esquizofrénico, la angustia depresiva y la culpa son apartadas con fuerza del resto de la psique. Mientras la angustia paranoide se experimenta en la mayoría de las partes del yo subdividido y por lo tanto predomina, la culpa y la depresión sólo se experimentan en algunas partes que el esquizofrénico siente como fuera de su alcance, hasta que el análisis las trae a la conciencia.

Además, ya que la depresión es principalmente un resultado de la integración del objeto bueno y malo y corre con una mayor integración del yo, el carácter de la depresión en el esquizofrénico difiere inevitablemente de la del maniaco-depresivo.

Una tercera razón por la cual es tan difícil detectar la depresión en el esquizofrénico es que utiliza la identificación proyectiva, que en él es muy fuerte, para proyectar la depresión y la culpa sobre un objeto —durante el procedimiento analítico, principalmente en el analista—. Puesto que a la identificación proyectiva sucede la reintroyección, la tentativa de una proyección duradera de la depresión no logra éxito.

Casos interesantes que ejemplifican la manera como la identificación proyectiva es utilizada por los esquizofrénicos ante la depresión han sido presentados por Hanna Segal en un trabajo reciente (1956). En dicho trabajo la autora ilustra el proceso de mejoría en los esquizofrénicos por el análisis de las capas profundas, lo que ayuda a disminuir la división y la proyección y a acercarse en consecuencia a la posición depresiva, con la culpa y el impulso a la reparación que entonces sobrevienen.

Es únicamente en el análisis de las capas profundas de la psique que hallamos en el esquizofrénico sus sentimientos de desesperanza por sentirse confuso y despedazado. La continuación del análisis nos permite, en algunos casos, lograr acceso al sentimiento de culpa y depresión, al sentirse el paciente dominado por impulsos destructivos y por sentir que se ha destruido a sí mismo y a su objeto bueno por los procesos de división. Tal vez hallemos que, como defensa contra este dolor, la fragmentación vuelve a ocurrir; es sólo por la experiencia repetida de este dolor y su análisis que se puede lograr el progreso.

Quisiera referirme aquí muy brevemente al análisis de un chico de nueve años, muy enfermo, que era incapaz de aprender y estaba pro-

fundamente perturbado en sus relaciones objetales. En una sesión experimentó agudamente un sentimiento de desesperanza y culpa por haberse fragmentado a sí mismo y haber destruido lo bueno en él. Surgió entonces su cariño por su madre, como también su incapacidad de expresarlo. En ese instante sacó del bolsillo su amado reloj, lo tiró al suelo y lo pisoteó hasta hacerlo añicos. Esto significaba que tanto expresaba como repetía la fragmentación de su sí-mismo. Yo extraería ahora la conclusión de que esta fragmentación apareció también como defensa contra el dolor de la integración. He tenido experiencias similares en el análisis de adultos, con la diferencia de que no se expresaban destruyendo una propiedad querida.

Si la tendencia a reparar es movilizadora por el análisis de los impulsos destructivos y del proceso de división, puede avanzarse hacia la mejoría, y a veces hacia la cura. Los medios de fortalecer el yo, de posibilitar que el esquizofrénico experimente su propia bondad y la del objeto, que habían sido separadas por división, están basados en deshacer el proceso de división en cierta medida y disminuir así la fragmentación, lo cual significa que las partes perdidas del sí-mismo se le vuelven más accesibles. En contraste, creo que aunque son útiles los métodos terapéuticos de ayudar al esquizofrénico facilitándole la realización de actividades constructivas, éstas no son tan duraderas como el análisis de las capas profundas de la psique y de los procesos de división.

14. SOBRE LA SALUD MENTAL

(1960)

La base de la salud mental es una personalidad bien integrada. Comenzaré enunciando algunos elementos de una personalidad bien integrada: madurez emocional, fuerza de carácter, capacidad de manejar emociones conflictivas, equilibrio entre la vida interior y la adaptación a la realidad y una fusión exitosa entre las distintas partes de la personalidad.

Las fantasías y deseos infantiles persisten en cierto grado aun en una persona emocionalmente madura. Si estas fantasías y deseos han sido exitosamente elaborados y experimentados libremente, en primer lugar en los juegos infantiles, son fuente de intereses y actividades que enriquecen la personalidad. En cambio, si el agravio por deseos insatisfechos sigue siendo muy fuerte y su elaboración se ve dificultada, se perturban las relaciones personales y el placer proveniente de otras fuentes, se hace difícil aceptar los sustitutos adecuados a etapas posteriores del desarrollo y se deteriora el sentido de realidad.

Aun si el desarrollo es satisfactorio y se logra placer de diversas fuentes, en las capas profundas de la mente hallamos cierto sentimiento de dolor por los placeres irremisiblemente perdidos y las posibilidades irrealizables. Si bien gente de edad media experimenta conscientemente la pena de que la infancia y la juventud nunca volverán, encontramos en su psicoanálisis que lo añorado también es la temprana infancia y sus placeres. La madurez emocional significa que estos sentimientos de pérdida pueden ser contrarrestados hasta cierto punto por la capacidad de aceptar sustitutos y que las fantasías infantiles no perturban la vida emocional adulta. Poder disfrutar de los placeres que están a nuestro alcance en cada momento vital se relaciona con una relativa libertad de resquemores y envidia. Por consiguiente, poder contentarse vicariamente a determinada edad con los placeres que obtiene la gente joven, particularmente nuestros hijos y nietos, es un signo de madurez emocional. Otra fuente de grati-

ficación, aun antes de la anclanidad, es la riqueza de los recuerdos que mantienen vivo al pasado.

La fortaleza del carácter está basada en procesos muy tempranos. La relación con la madre es la primera y fundamental, aquella en la que el niño experimenta amor y odio por primera vez. No sólo es un objeto externo sino que el niño internaliza (introyecta, diría Freud) aspectos de su personalidad. Si los aspectos buenos de la madre introyectada dominan a los frustrantes, esta madre internalizada deviene la base de la fortaleza del carácter, porque el yo puede desarrollar así sus potencialidades; puesto que si ella se experimenta como madre que guía y protege pero no domina, la identificación con ella hace posible la paz interior. El éxito de esta primera relación se extiende a la relación con otros miembros de la familia, en primer lugar con el padre, y se refleja luego en las actitudes adultas, tanto en el círculo familiar como hacia la gente en general.

La internalización de los padres buenos y la identificación con ellos subyace a la lealtad hacia la gente y los ideales y a la capacidad de hacer sacrificios por las propias convicciones. La lealtad hacia lo que se ama o hacia lo que se cree justo implica que los impulsos hostiles y la angustia asociada, que nunca son totalmente eliminados, se han volcado hacia aquellos objetos que hacen peligrar lo que se siente bueno. Este proceso nunca se lleva a cabo totalmente y persiste la angustia de que la destructividad pueda hacer peligrar los objetos buenos internalizados así como los externos.

Muchas personas aparentemente equilibradas no tiene fuerza de carácter. Eluden los conflictos internos y externos, tratando de llevar una vida fácil. Por consiguiente, tienden hacia lo expeditivo y al éxito sin desarrollar convicciones arraigadas.

Sin embargo, si un carácter fuerte no está mitigado por la consideración hacia el prójimo, no es una característica de una personalidad equilibrada. Nuestra experiencia del mundo se enriquece con la comprensión, compasión, simpatía y tolerancia hacia los demás y nos hace sentir más seguros internamente y menos solos.

El equilibrio depende de nuestra comprensión de la variedad de nuestros impulsos y sentimientos contradictorios y de nuestra capacidad de resolver estos conflictos internos.

Otro aspecto del equilibrio es la adaptación al mundo externo, adaptación que no interfiera con la libertad de nuestras emociones y pensamientos. Esto implica interacción; la vida interior siempre influye en las actitudes hacia la realidad externa y a su vez es influida por las adaptaciones a la realidad. El niño, desde un comienzo, internaliza sus primeras experiencias y a la gente que lo rodea, y estas internalizaciones influyen en su vida interior. Si la bondad del objeto predomina a lo largo de esos procesos y forma parte de la personalidad, su actitud hacia experiencias que provienen del mundo externo es a su vez favorablemente influida. No es necesariamente un mundo perfecto el que percibe dicho niño, pero por cierto es un mundo

mucho más valioso porque su situación interna es mucho más feliz. Una interacción exitosa de este tipo contribuye al equilibrio y a la buena relación con el mundo externo.

El equilibrio no significa evitar conflictos; implica la fuerza para tolerar emociones dolorosas y poder manejarlas. Si disociamos excesivamente las emociones dolorosas, restringimos la personalidad y provocamos inhibiciones variadas. Particularmente, la represión de la vida de fantasía tiene gran repercusión en el desarrollo porque inhibe el talento y el intelecto; también impide la apreciación de las realizaciones de otra gente y el placer que de ello deriva. La falta de goce en el trabajo y el descanso, en la relación con otra gente, vacía la personalidad y despierta angustia e insatisfacción. Dicha angustia es tanto persecutoria como depresiva, y si es excesiva constituye la base de la enfermedad mental.

El hecho de que algunas personas vivan sin mayores apremios, en especial si son exitosas, no excluye su labilidad respecto de la enfermedad mental, si no han enfrentado nunca exitosamente sus conflictos profundos. Estos pueden hacerse sentir en ciertas fases críticas como la adolescencia, la edad media o la vejez. La gente mentalmente sana tiene en cualquier época de la vida más posibilidades de mantenerse equilibrada y además depende mucho menos del éxito externo.

De mi descripción se desprende que la salud mental no es compatible con la superficialidad, puesto que ésta se vincula con la renegación del conflicto interior y de las dificultades externas. Se utiliza la renegación de manera excesiva porque el yo no es suficientemente fuerte para tolerar el dolor. Aunque en ocasiones la renegación pueda formar parte de una personalidad normal, si es predominante lleva a la superficialidad, pues impide la comprensión de la vida interior y, por consiguiente, un verdadero conocimiento de los demás. Se pierde la satisfacción de dar y recibir, de experimentar gratitud y de ser generoso.

La inseguridad que subyace a una renegación intensa, también es causa de la falta de confianza en sí mismo, porque inconscientemente una comprensión insuficiente da como resultado el desconocimiento de partes de la personalidad. El hecho de volcarse en el mundo externo es un escape de dicha inseguridad; sin embargo, si surgen fracasos en los logros o en las relaciones con los demás, dichos individuos son incapaces de tolerarlos.

Por contraste, la persona capaz de experimentar profundamente el dolor cuando llega, también es capaz de compartir la pena y el infortunio ajenos. Asimismo no se verá abrumado por dicha pena o infelicidad y podrá recuperar y mantener el equilibrio, todo lo cual forma parte de la salud mental. Las primeras experiencias en compartir el dolor de los demás se vinculan a aquellos más cercanos al niño, sus padres y hermanos. Quienes pueden comprender como padres los conflictos de sus hijos y sus tristezas tendrán un profundo conoci-

miento de las complejidades de la vida interior del niño, y también podrán compartir plenamente sus placeres y gozar de una íntima relación con él.

Los esfuerzos para lograr éxito externo son compatibles con un carácter fuerte si no se transforman en el centro de satisfacción de la vida. De mi observación se desprende que si ése es el principal objetivo y no se desarrollan las otras actitudes que he descrito, el equilibrio mental es inseguro. Las satisfacciones externas no reemplazan la paz interior. Esta sólo se logra si se reducen los conflictos internos y por consiguiente se ha instaurado la confianza en sí mismo y en los demás. Si falta esa tranquilidad de espíritu, el individuo puede responder a cualquier fracaso externo con fuertes sentimientos de persecución y privación.

A lo largo de mi descripción de la salud mental he mostrado su naturaleza compleja y multiforme, pues, como ya he señalado, se basa en el interjuego entre las fuentes fundamentales de la vida mental —los impulsos de amor y de odio—, interacción donde predomina la capacidad de amar.

Para esclarecer los orígenes de la salud mental, describiré sucintamente la vida emocional del bebé y del niño. La buena relación del bebé con la madre, la alimentación, el amor y el cuidado que ella le provee, son la base de un desarrollo emocional estable. Sin embargo, aun en este momento tan temprano y bajo las circunstancias más favorables, el conflicto entre el amor y el odio, o como diría Freud, entre los impulsos destructivos y la libido, desempeña un importante papel en esta relación. Las frustraciones, que en cierto grado son inevitables, refuerzan el odio y la agresividad. Por frustración no sólo quiero decir que el niño no es alimentado cuando lo desea; pues descubrimos más tarde, en el análisis, que existen deseos inconscientes, no siempre perceptibles en la conducta del bebé, que se centran en la continua presencia de la madre y en su amor exclusivo. La avidez y los deseos mayores que los que cualquier situación externa pueda satisfacer forman parte de la vida emocional del bebé. Además, junto a los impulsos destructivos el bebé experimenta sentimientos de envidia, los que refuerzan su avidez e interfieren en su capacidad de gozar de las satisfacciones disponibles. Los sentimientos destructivos hacen surgir el temor a la retaliación y persecución, y éste es el primer tipo de angustia que experimenta el bebé.

Esta lucha da como resultado que en la medida en que el bebé quiere preservar los aspectos amados de la madre buena, internos y externos, debe disociar el amor del odio y mantener la división de la madre en una buena y una mala. Esto le permite lograr un cierto grado de seguridad en su relación con la madre amada y, por consiguiente, desarrollar su capacidad de amar. Si la disociación no es muy profunda y no impide más tarde la integración y la síntesis, el niño podrá desarrollarse normalmente y tener una buena relación con la madre.

He mencionado que los sentimientos de persecución son la primera forma de la angustia, pero también esporádicamente se experimentan sentimientos depresivos desde el comienzo de la vida. Se refuerzan a medida que crece el yo y se afirma el sentido de la realidad, y predominan en la segunda mitad del primer año de vida (posición depresiva). En ese estadio el bebé experimenta plenamente la angustia depresiva y el sentimiento de culpa en relación con sus impulsos agresivos hacia la madre amada. Muchos de los problemas de diversa gravedad que surgen en los bebés, tales como: perturbaciones en el dormir, en la alimentación, incapacidad de gozar, exigencias de permanente atención y de la presencia de la madre, son el resultado de este conflicto. Más adelante otro resultado incrementa las dificultades en adaptarse a las demandas del crecimiento.

Juntamente con el sentimiento de culpa más desarrollado se experimenta el deseo de reparar, y esa tendencia alivia al bebé porque al complacer a la madre siente que anula el daño que en sus fantasías agresivas le ha ocasionado. Por más primitiva que sea esta capacidad en el bebé, satisfacer este deseo de reparación es uno de los factores principales entre los que lo ayudan a superar en parte su depresión y su culpa. Si no puede expresar su reparación o no puede experimentarla, lo que significaría que su capacidad de amor no es lo suficientemente fuerte, el bebé deberá recurrir a una mayor disociación. Esto dará como resultado que aparezca como excesivamente bueno y sumiso. Pero además sus dotes y virtudes se verán perturbadas, pues serán frecuentemente reprimidas junto con los sentimientos dolorosos que subyacen a sus conflictos. Es decir, que si el bebé no puede experimentar conflictos dolorosos también está perdiendo otras cosas importantes en otros sentidos, como ser el desarrollo de otros intereses, la capacidad de apreciar a la gente y de experimentar otros placeres variados.

Pese a todas estas dificultades internas y externas, el bebé encuentra normalmente la manera de resolver estos conflictos básicos, y esto le permite más adelante experimentar alegría y gratitud por la felicidad recibida. Si tiene la suerte de tener padres comprensivos, sus problemas serán menores; por otra parte, una crianza demasiado permisiva o estricta aumentará sus dificultades. La capacidad de resolver sus conflictos se desarrolla a lo largo de la adolescencia y la adultez y es la base de la salud mental. Por consiguiente, la salud mental no es tan sólo un producto de la personalidad madura, sino que en cierto modo se aplica a cada momento del desarrollo del individuo.

He mencionado la importancia del ambiente del niño, pero éste es sólo un aspecto de un complejo interjuego entre factores externos e internos. Por factores internos entiendo que algunos niños, desde un comienzo, tienen mayor capacidad de amor que otros, lo que está ligado a un yo más fuerte, y que su vida de fantasía es más rica y permite el desarrollo de todas sus dotes. Por lo tanto podemos hallar ni-

ños que, aun en condiciones favorables, no adquieren el equilibrio que forma la base de la salud mental, mientras que otros, en circunstancias desfavorables, sí lo obtienen.

Ciertas actitudes prominentes en los primeros estadios del desarrollo continúan en cierto grado en la vida adulta. Sólo si son modificados de manera suficiente es posible la salud mental. Por ejemplo, el bebé tiene sentimientos de omnipotencia que hacen que sus impulsos de amor y de odio le parezcan muy poderosos. Fácilmente podemos observar en el adulto remanentes de esta actitud, aunque la mejor adaptación a la realidad disminuye normalmente el sentimiento de que lo que uno ha deseado se ha cumplido.

Otro factor en el desarrollo temprano es la renegación de lo doloroso, lo que podemos observar también en la vida adulta. La tendencia a idealizar el objeto y a sí mismo es el resultado de la necesidad del niño de disociar lo bueno de lo malo, tanto en sí mismo como en sus objetos. Hay una íntima correlación entre la necesidad de idealizar y la angustia persecutoria. La idealización tiene el efecto de reasegurar, y en tanto prosigue operando en el adulto sirve al fin de contrarrestar las angustias persecutorias. El temor a los enemigos y a los ataques hostiles se mitiga incrementando la creencia en la bondad de la gente.

Cuanto más se hayan modificado esas actitudes en la infancia y en la adultez, mayor será el equilibrio mental. Cuando el juicio no está obnubilado por la angustia persecutoria y la idealización, entonces es posible una evaluación madura.

Como las actitudes descritas nunca son superadas completamente, desempeñan un papel en las variadas defensas que utiliza el yo para combatir la angustia. Por ejemplo, la disociación es un modo de preservar el objeto bueno y los impulsos buenos contra los peligrosos y terroríficos, impulsos destructivos que crean objetos retaliatorios, y este mecanismo es reforzado siempre que se incrementa la angustia.

Al analizar niños, también he hallado que refuerzan mucho la omnipotencia cuando están asustados. La proyección y la introyección, procesos básicos, son además mecanismos que pueden ser utilizados defensivamente. El niño se siente malo y trata de escapar a la culpa atribuyendo su propia maldad a los demás, lo que significa que refuerza sus angustias persecutorias. Una manera en que utiliza la introyección como defensa es meter dentro de sí objetos que se espera que protegerán contra los objetos malos. Un corolario de la angustia persecutoria es la idealización, pues cuanto mayor es la persecución, mayor será la necesidad de idealizar. La madre idealizada deviene una ayuda contra la persecutoria. También está ligado a todas estas defensas cierto elemento de renegación, porque es el medio de lidiar con toda situación dolorosa o atemorizante.

A medida que se desarrolla el yo, más intrincadas y exitosas son las defensas, pero también son menos rígidas. Cuando la compren-

sión no es obstaculizada por las defensas, es posible lograr la salud mental. Una persona sana mentalmente puede darse cuenta de su necesidad de ver las situaciones displacenteras a una luz más favorable y corregir su tendencia a embellecerlas. De ese modo está menos expuesta a la dolorosa experiencia de la ruptura de la idealización y al predominio consiguiente de las angustias depresivas y persecutorias. Por lo tanto, es más capaz de manejar las experiencias dolorosas derivadas del mundo externo.

Un elemento importante de la salud mental que aún no he tratado es la integración, la que se expresa por medio de la fusión de las diferentes partes del sí-mismo. La necesidad de integración deriva del sentimiento inconsciente de que partes de uno mismo son desconocidas, de una sensación de empobrecimiento a causa de verse privado de ciertas partes. Esta sensación de partes desconocidas de uno mismo urge a la integración. Más aun, la necesidad de integración deriva del conocimiento inconsciente de que el odio sólo puede ser mitigado por el amor, y que si ambos se mantienen separados es imposible el alivio. Pese a esa tendencia, la integración siempre implica dolor, porque el odio disociado y sus consecuencias son muy difíciles de enfrentar, y la incapacidad de tolerar este dolor renueva la tendencia a disociar las partes amenazantes y perturbadoras de los impulsos. En una persona normal, pese a estos conflictos se puede llevar a cabo gran parte de la integración, y cuando ésta es perturbada por motivos externos o internos, la persona normal puede volver a lograrla. La integración también tiene el efecto de crear la tolerancia hacia nuestros impulsos y, por lo tanto, hacia los defectos ajenos. La experiencia me demuestra que nunca existe una integración completa, pero cuanto más uno se acerca a ella mayor será la comprensión de los impulsos y las angustias, más fuerte será el carácter y mayor el equilibrio mental.

15. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE "LA ORESTIADA"

(1963)

El siguiente estudio está basado en la famosa traducción de *La Orestíada*, realizada por Gilbert Murray. El enfoque central que me propongo adoptar al examinar esta trilogía es el de la diversidad de roles simbólicos que encarnan los personajes.

Pero antes de entrar en materia, me parece útil hacer una breve reseña de las tres obras. En la primera de ellas, *Agamenón*, el héroe, regresa victorioso luego del saqueo de Troya y es recibido por Clitemnestra, su esposa, quien se deshace en falaces demostraciones de elogio y admiración, y logra persuadirlo de que entre al palacio caminando sobre un valioso tapiz de púrpura que ella ha mandado colocar. Existen en la trilogía algunas insinuaciones en el sentido de que se trata del mismo tapiz que Clitemnestra utiliza más tarde, a modo de red, para envolver a Agamenón en el baño, inmovilizarlo y darle muerte con su hacha de armas. Inmediatamente después, ella aparece triunfante ante los Ancianos e intenta justificar su crimen alegando que con él ha vengado la muerte de Ifigenia, a la que Agamenón había mandado inmolar a los dioses a fin de contar con vientos favorables durante su travesía a Troya. Sin embargo, el dolor por la pérdida de su hija no es el único móvil que impulsa a Clitemnestra a asesinar a su marido: durante su ausencia, ella ha tomado por amante a Egisto, el peor enemigo de Agamenón, y, por consiguiente, se enfrenta al temor que le inspira la venganza de éste. Es evidente que la única alternativa que le queda es matar a su marido, pues de lo contrario serán ella y su amante quienes perezcan. Al margen de estas motivaciones, da la impresión de que Clitemnestra odia intensamente a su marido; lo cual se pone de manifiesto con toda claridad cuando, llena de jactancia, proclama ante los Ancianos que lo ha asesinado. Muy pronto, estos sentimientos de exaltación dan paso a la depresión; Clitemnestra disuade a Egisto cuando éste se dispone a hacer uso de la violencia para acallar la oposición de los Ancianos, y

le hace la siguiente súplica: "Basta ya de muertes, no más ensangrentarnos".

La segunda parte de la trilogía, *Las Coéforas*, está dedicada a Orestes, alejado por su madre cuando era muy pequeño. La obra se inicia con una escena en la que Orestes reencuentra a su hermana Electra junto al túmulo funerario del padre de ambos. Esta, quien abraza una encarnizada hostilidad contra su madre, llega allí con las esclavas a ofrecer libaciones sobre la tumba de Agamenón. Clitemnestra misma las ha enviado con ese fin después de tener un sueño horripilante que la estremece de espanto. Es el Coro de estas esclavas portadoras de libaciones el que insinúa a Electra y a Orestes que, para que la venganza sea completa, es preciso matar, no sólo a Egisto, sino también a Clitemnestra. Estas palabras no hacen más que ratificar el mandato que le fuera impuesto a Orestes por el Oráculo de Delfos, mandato que, en última instancia, procedía del mismo Apolo.

Orestes se hace pasar por un caminante extranjero y, en compañía de su amigo Pílates, va a palacio donde, confiando en no ser reconocido, le anuncia a Clitemnestra que Orestes ha muerto. Si bien ésta da rienda suelta a su dolor, no parece estar plenamente convencida de la veracidad de la noticia; prueba de ello es que manda llamar a Egisto con la advertencia expresa de que acuda escoltado por su guardia. El Coro de Esclavas convence a la portadora del mensaje que suprima esta última advertencia; Egisto llega solo y desarmado, y Orestes lo ultima. Un siervo informa a Clitemnestra de la muerte de Egisto, y ella misma se siente en peligro y pide que le traigan su hacha de armas. Orestes, efectivamente, amenaza con matarla, y ella, en lugar de resistirse, le suplica que le perdone la vida. También le previene que las Erinias lo castigarán si consuma su crimen. Orestes hace caso omiso de las advertencias de su madre y la mata, y las Erinias se le aparecen de inmediato.

Han transcurrido varios años cuando se inicia la tercera obra (*Las Euménides*), años en los que Orestes se ha visto acosado por las Erinias, debiendo permanecer alejado de su patria y del trono de su padre. Su meta es llegar a Delfos, donde espera ser perdonado. Allí lo encontramos en la primera escena de la obra, en la que Apolo le aconseja que recurra a Atena, diosa que simboliza la justicia y la sabiduría. Atena dispone que se forme un tribunal, compuesto por los hombres más sabios de Atenas, ante el cual deponen Apolo, Orestes y las Erinias. El número de votos en favor de Orestes iguala al de los que le son adversos, pero Atena, que posee el voto decisivo, inclina la balanza en favor de Orestes obteniendo así su absolución. En el curso del proceso, las Erinias proclaman obstinadamente que Orestes debe ser castigado y que no tienen la menor intención de abandonar su presa. Atena trata de apaciguarlas proponiéndoles compartir con ellas su poder sobre Atenas y asegurándoles que allí serán honradas para siempre como guardianas de la ley y el orden. Estáis prome-

sas y argumentos provocan un cambio en las Erinias, quienes a partir de ese momento se convierten en las Euménides, las "benévolas"; aceptan que Orestes sea absuelto y éste regresa a su ciudad natal para convertirse en sucesor de su padre.

Antes de entrar a examinar aquellos aspectos de *La Orestíada* que encuentro particularmente interesantes, quisiera exponer una vez más algunos de mis hallazgos acerca del desarrollo temprano. En el curso del análisis de niños de corta edad, descubrí que un superyó implacable y persecutorio coexiste con la relación con los padres amados e incluso idealizados. Retrospectivamente, encontré que durante los primeros meses de vida, cuando los impulsos destructivos, la proyección y la escisión están en su apogeo, la vida emocional del bebé está plagada de figuras terroríficas y persecutorias, las cuales representan los aspectos terribles de la madre y amenazan al niño con toda la maldad que éste, en sus momentos de odio y de rabia, dirige contra su objeto primario. Aunque el amor por la madre sirve para contrarrestar a estas figuras, ellas son fuente de intensas ansiedades.¹ Desde el principio, la introyección y la proyección son operativas y constituyen la base para la internalización del objeto primero y fundamental: el pecho materno y la misma madre, tanto en sus aspectos más temidos como en sus aspectos buenos. Dicha internalización constituye la base del superyó. Intenté demostrar que incluso el niño que tiene una relación cariñosa con la madre experimenta también, inconscientemente, el terror de ser devorado, despedazado y destruido por ella.² Estas ansiedades, si bien modificadas por un creciente sentido de la realidad, persisten en mayor o menor grado a lo largo de la temprana infancia.

Las ansiedades persecutorias de esta naturaleza forman parte de la posición esquizo-paranoide que caracteriza a los primeros meses de vida. Esta posición incluye cierta dosis de retraimiento esquizoide, como también fuertes impulsos destructivos (que, al ser proyectados, engendran objetos persecutorios), y una disociación de la figura materna en una parte muy mala y otra buena e idealizada. Existen otros innumerables procesos de escisión, tales como la fragmentación y un fuerte impulso a relegar las figuras terroríficas a los estratos más profundos del inconsciente.³ Entre los mecanismos que predominan durante este período figura la negación de todas las situaciones que provocan temor, mecanismo que está vinculado a la idealización. A partir del estadio más temprano, estos procesos se ven reforzados por repetidas experiencias de frustración, que nunca se pueden evitar por completo.

¹ En mi artículo "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928), aparecen mis primeras descripciones de estas ansiedades.

² En *El psicoanálisis de niños* he tratado este punto en forma más extensa, presentando ejemplos de dichas ansiedades.

³ Véase mi artículo "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental" (1928).

Es inherente a la situación de ansiedad del bebé el que le resulte imposible escindir y apartar totalmente a estas figuras terroríficas; además, la proyección del odio y los impulsos destructivos se logra sólo en cierta medida, y la división entre la madre amada y la madre odiada no puede mantenerse demasiado. Así, el bebé no consigue eludir del todo los sentimientos de culpa, si bien éstos son sólo fugaces durante las etapas tempranas.

Todos estos procesos están ligados a la tendencia del bebé a la formación de símbolos y forman parte de su fantasía inconsciente. Frente al impacto de la ansiedad, la frustración y su escasa capacidad para expresar lo que siente hacia sus objetos amados, se ve obligado a transferir sus emociones y ansiedades a los objetos que lo rodean, comenzando por partes de su propio cuerpo y también partes del cuerpo de su madre.

Los conflictos que el bebé experimenta desde su nacimiento se originan en la lucha entre los instintos de vida y los instintos de muerte, los cuales se expresan a través del conflicto entre los impulsos del amor y los de destrucción. Ambos adoptan múltiples formas y tienen numerosas ramificaciones. Así, por ejemplo, el resentimiento acrecienta los sentimientos de privación que nunca faltan en la vida de todo bebé. Al tiempo que la capacidad de la madre de alimentar al bebé constituye una fuente de admiración, la envidia de tal capacidad estimula poderosamente los impulsos destructivos. Es propio de la envidia el hecho de que su meta sea dañar y destruir la creatividad de la madre, de la que, al mismo tiempo, depende el bebé, y esta dependencia no hace sino reforzar el odio y la envidia. Tan pronto se inicia la relación con el padre, aparecen sentimientos de admiración por la fuerza y la potencia de aquél, lo cual nuevamente desemboca en la envidia. Las fantasías de invertir la situación temprana y triunfar sobre los padres son componentes básicos de la vida emocional del bebé. Los impulsos sádicos de naturaleza anal, uretral y oral se expresan a través de estos sentimientos hostiles dirigidos contra los padres, sentimientos que, a su vez, suscitan una mayor persecución y temor a la retaliación de los padres.

He comprobado que las frecuentes pesadillas y fobias de niños de corta edad son fruto del terror experimentado hacia padres persecutorios, quienes, por conducto de la internalización, sirven de base para el despiadado superyó. Es un hecho sorprendente que los niños, pese al amor y la devoción que reciben de sus padres, alberguen figuras internalizadas amenazadoras; como ya he señalado, encontré la explicación de dicho fenómeno en la proyección que el niño hace de su propio odio en los padres, odio que se intensifica por el resentimiento de saberse sometido a ellos. En una época, este punto de vista parecía contradecir el concepto de Freud de que el principal origen del superyó era la introyección de padres punitivos y coercitivos; posteriormente Freud estuvo de acuerdo con mi idea de que el odio y

la agresividad del niño, proyectados en los padres, desempeñan un papel importante en el desarrollo del superyó.

A lo largo de mi trabajo, llegué a comprender con mayor claridad que la idealización de los padres no es otra cosa que el corolario de los aspectos persecutorios de los padres internalizados. Desde su nacimiento, impulsado por el instinto de vida, el bebé introyecta también un objeto bueno, objeto que tiende a idealizar presionado por la ansiedad, lo cual repercute sobre el desarrollo del superyó. En este sentido, recordamos el concepto de Freud, expresado en su artículo "El humor" (1928), que afirma que la actitud bondadosa de los padres se incorpora al superyó del bebé.

Cuando la ansiedad persecutoria está todavía en su apogeo, los tempranos sentimientos de culpa y depresión son vividos, en alguna medida, como persecución. Gradualmente, con el fortalecimiento creciente del yo, la mayor integración y los progresos realizados en la relación con objetos totales, la ansiedad persecutoria va perdiendo fuerza y comienza a predominar la ansiedad depresiva. La mayor integración implica que el odio se vea mitigado, en alguna medida, por el amor, que la capacidad de amar gane en intensidad, y que la disociación entre los objetos odiados (y por consiguiente terroríficos) y los objetos amados, disminuya. Los sentimientos fugaces de culpa, unidos a la sensación de no poder impedir que los impulsos destructivos dañen a los objetos amados, se acrecientan y resultan cada vez más penosos. He denominado a esta fase la posición depresiva, y mi experiencia psicoanalítica con niños y adultos ha confirmado mi teoría de que el pasaje a través de la posición depresiva entraña experiencias sumamente dolorosas. Sería imposible entrar a examinar aquí las múltiples defensas que un yo más fuerte desarrolla para manejar la depresión y la culpa.

Durante esta etapa, el superyó se percibe como conciencia moral: prohíbe las tendencias destructivas y asesinas, y fortifica la necesidad que tiene el niño de que sus padres reales lo guíen y le pongan límites. El superyó constituye la base de toda ley moral, la cual es común a toda la humanidad. Sin embargo, incluso en los adultos normales, en épocas de intensa presión interna y externa, los impulsos escindidos y apartados y las figuras temibles y persecutorias escindidas y apartadas reaparecen temporariamente y gravitan sobre el superyó, haciendo que las ansiedades que se experimentan en ese momento se asemejen bastante a los terrores del bebé, aun cuando adopten una forma distinta.

Cuanto más intensa es la neurosis del bebé, tanto más incapacitado se encuentra para efectuar el pasaje a la posición depresiva, y la elaboración de dicha posición se verá obstaculizada por cierta oscilación entre la ansiedad persecutoria y la depresiva. A lo largo de toda esta fase de desarrollo temprano es factible que se produzca una regresión a la fase esquizo-paranoide, al tiempo que un yo más fuerte y una mayor capacidad para tolerar el sufrimiento proporcionan al

bebé un mayor percatamiento de esta realidad psíquica y le permiten elaborar la posición depresiva.

Las experiencias de sufrimiento, depresión y culpa, unidas a un mayor amor por el objeto, movilizan en el bebé la imperiosa necesidad de reparar, lo cual debilita la ansiedad persecutoria en relación con el objeto y, en consecuencia, hace que éste se vuelva más confiable. Todos estos cambios, que se traducen en una actitud más esperanzada, están ligados a la menor severidad del superyó.

Si se consigue elaborar la posición depresiva —no sólo durante su fase culminante sino a lo largo de toda la infancia y en la edad adulta—, el superyó se limitará principalmente a encauzar y controlar los impulsos destructivos, desvaneciéndose gran parte de su severidad. Cuando el superyó no es excesivamente severo, representa un apoyo y una ayuda para el individuo, puesto que fortalece los impulsos amorosos y fomenta la tendencia a la reparación. Encontramos una equivalencia bastante aproximada de este proceso interno en el estímulo que los padres brindan al bebé cuando éste revela tendencias más constructivas y se relaciona mejor con su medio.

Antes de entrar a ocuparnos de la Orestíada y de las conclusiones que intento extraer de dicha trilogía en lo referente a la vida mental, quisiera referirme al concepto helénico de *hubris*. Según la definición de Gilbert Murray, “el pecado característico que cometen todas las criaturas, en tanto están dotadas de vida, se denomina en lenguaje poético *Hubris*, palabra que por lo común se traduce como “petulancia” o “arrogancia”... *Hubris* siempre ambiciona más y trata de alcanzarlo vorazmente, rompe barreras y corrompe el orden; es reemplazado por *Dike*, la Justicia, que se encarga de restablecer el orden. Este ritmo —*Hubris-Dike*, la Soberbia y su caída, Pecado y Castigo— es el que impera en la gran mayoría de los poemas filosóficos que son peculiares a la tragedia griega...”

En mi opinión, la *hubris* aparece como algo tan pecaminoso porque está basada en ciertas emociones que se viven como un peligro para los demás y para uno mismo. Dentro de estas emociones, una de las más importantes es la avidez, que se vive originalmente en relación con la madre y viene acompañada de la amenaza de ser castigado por ella por haberla explotado tan abusivamente. La avidez está estrechamente relacionada con el concepto de *moira*, que Gilbert Murray desarrolla en la Introducción. *Moira* representa la dote o destino que los dioses han asignado a cada uno de los hombres; cuando se la excede, sobreviene el castigo de los dioses. El temor a dicho castigo se remonta al hecho de que la avidez y la envidia se experimentan inicialmente en relación con la madre, a la que el bebé cree haber dañado con esos sentimientos y quien, merced a la proyección, se convierte interiormente para él en una figura ávida y cargada de resentimiento. Así, se la teme como si fuera una fuente de castigo, el arquetipo de Dios. Cualquier extralimitación con respecto a *moira* se vive como algo estrechamente ligado a la envidia por las pose-

siones ajenas, y la secuela es que, merced a la proyección, surge el temor persecutorio de que los demás lleguen a envidiar y destruir las propias conquistas o posesiones.

“... Pocos hombres son de condición tal, que celebren la buena fortuna del amigo sin envidiarla. El mortal veneno de la envidia va infiltrándose en el corazón del que padece ese achaque y hácele que se doblen sus dolores. Siente sobre sí el peso de sus propios males, que le ahoga, y angústiase a la vez, contemplando la dicha ajena.”*

El triunfo sobre todos los demás, el odio, el deseo de destruir a los otros, de humillarlos, el placer que proporciona su destrucción por el hecho mismo de haberlos envidiado, todas estas tempranas emociones que se viven originalmente en relación con los padres y hermanos forman parte de la *hubris*. Ocasionalmente, todo bebé siente envidia y anhela poseer los atributos y capacidades, primero de la madre y luego del padre. Básicamente, la envidia está dirigida hacia el pecho de la madre y el alimento que ella es capaz de producir; en última instancia, hacia su creatividad. Uno de los efectos de la envidia muy intensa es el deseo de invertir la situación, de hacer que los padres se conviertan en bebés indefensos, y de que ello constituya una fuente de placer sádico. Cuando el bebé está dominado por estos impulsos hostiles y destruye interiormente la bondad y el amor de la madre, se siente no sólo perseguido por ella sino también culpable y despojado de objetos buenos. Uno de los motivos por los que estas fantasías tienen una repercusión tan enorme sobre la vida emocional es que se las vive con sentido de omnipotencia, es decir, que en la mente del bebé es como si ya hubieran tenido lugar, o pudieran convertirse en realidad, y entonces él fuera responsable de todos los trastornos o enfermedades que padecieran sus padres. Esto lleva a un constante temor a la pérdida, el cual intensifica la ansiedad persecutoria y subyace al temor al castigo en relación con *hubris*.

Posteriormente, es posible que la rivalidad y la ambición —que son elementos constitutivos de la *hubris*— se conviertan en profundos motivos de culpa si en ellos predominan la envidia y la destructividad. Esta culpa puede estar encubierta por la negación, pero detrás de esa negación seguirán operando los reproches que provienen del superyó. Yo me atrevería a sugerir que los procesos que acabo de descubrir constituyen la razón por la que, de acuerdo con las creencias helénicas, se vive a *hubris* como algo tan severamente prohibido y castigado.

* Esta cita, como todas las demás de *La Orestíada* que aparecen en el presente capítulo, ha sido tomada de la versión castellana de Fernando E. Brieva Salvatierra, publicada en un volumen que contiene las siete tragedias de Esquilo. Ed. El Ateneo, Colección Clásicos Inolvidables, Buenos Aires, 1957. (T.)

El temor infantil de que el triunfo sobre los demás y la destrucción de sus capacidades pueda convertirlos en seres envidiosos y temibles, acarrea importantes consecuencias para la vida futura del bebé. Hay quienes logran manejar esta ansiedad inhibiendo su propio talento; Freud (1916) nos proporcionó una descripción del tipo de individuo que no puede tolerar el éxito porque le produce culpa, y asoció esta culpa en particular con el complejo de Edipo. En mi opinión, tales personas originalmente desearon eclipsar a la madre y destruir su fertilidad. Algunos de estos sentimientos se transfieren al padre y a los hermanos, y posteriormente a otras personas cuya envidia y odio se teme en ese momento; la culpa que ello despierta puede provocar fuertes inhibiciones del talento y las posibilidades de éxito. Aquí resulta oportuno citar una frase de Clitemnestra, que sintetiza este temor: "No es digno de envidia el que no es envidiado".

A continuación me propongo fundamentar mis conclusiones con algunos ejemplos tomados del análisis de niños pequeños. Cuando, en su juego, un niño expresa su rivalidad con el padre haciendo que un tren pequeño avance con mayor rapidez que otro más grande, o hace que el tren más chico embista al de mayor tamaño, la secuela es casi siempre un sentimiento de persecución y de culpa. En el *Relato del psicoanálisis de un niño* señalé cómo, durante un tiempo, cada sesión finalizaba con lo que el niño denominaba una "catástrofe" y que consistía en derribar todos los juguetes y dejarlos diseminados por el suelo; simbólicamente, ello representaba para el niño el haber sido suficientemente fuerte como para destruir a su mundo. Durante varias sesiones quedaba por lo general un sobreviviente —él mismo— y la secuela de la "catástrofe" era un sentimiento de soledad, ansiedad y el anhelo de recuperar su objeto bueno.

Otro ejemplo pertenece al análisis de un adulto: un paciente que a lo largo de toda su vida había inhibido su ambición y su deseo de ser superior a los demás y, en consecuencia, no había podido desarrollar plenamente sus dotes naturales, soñó que estaba de pie, junto al asta de una bandera, rodeado de niños. El era el único adulto. Todos los niños intentaron, por turno, trepar hasta la cima del mástil, pero fracasaron. Mi paciente reflexionó en el sueño que, si él intentara trepar hasta el tope del mástil y también fallara, los niños se divertirían mucho. No obstante lo cual, y en contra de su voluntad, realizó la hazaña y se encontró encaramado en la punta del mástil.

Este sueño confirmó y fortaleció su comprensión, fruto de material previo, de que su ambición y su rivalidad eran mucho más poderosas y destructivas de lo que nunca se había permitido imaginar. En el sueño había transformado desdeñosamente a sus padres, a la analista y a todo otro rival potencial en niños incompetentes y desvalidos, apareciendo él como el único adulto. Simultáneamente, trató de evitar salir vencedor, porque dicha victoria significaría dañar y humillar a personas a las que además amaba y respetaba y que, a su vez, se transformarían en perseguidores envidiosos y temibles (los ni-

ños que disfrutarían con su fracaso). Sin embargo, el sueño nos revela que, a pesar de haberse propuesto lo contrario, no pudo inhibir sus capacidades, trepó hasta lo más alto del mástil y sintió miedo de las consecuencias que ello podría acarrearle.

En *La Orestíada*, Agamenón hace un despliegue desmedido de *hubris*: no siente la menor compasión por el pueblo de Troya, al que acaba de aniquilar, y parece estar convencido de que, al hacerlo, estaba en todo su derecho. Únicamente cuando le habla a Clitemnestra acerca de Casandra hace alusión al principio de que el vencedor debe apiadarse de los vencidos. Sin embargo, puesto que Casandra era a todas luces su amante, sus palabras no entrañan sólo compasión sino también el deseo de conservarla para su propio placer. Fuera de esto, es evidente que se siente orgulloso del terrible exterminio que ha realizado. Pero la prolongada guerra desatada por él también acarreó sufrimientos a los nativos de Argos, poblando la comarca de viudas y de madres enlutadas y haciendo que hasta su propia familia debiera padecer un abandono de diez años. Así, en última instancia, parte de la destrucción de la que tan orgulloso se siente a su regreso se había abatido también sobre su propio pueblo, por el que cabe suponer que experimentaba algún afecto. Su destructividad, que afectó a sus allegados más próximos, podría interpretarse como dirigida contra sus primeros objetos amorosos. La razón ostensible para perpetrar todos esos crímenes era vengar el insulto infligido a su hermano y ayudarlo a recuperar a Helena; Esquilo, sin embargo, deja bien sentado que Agamenón estaba movido también por la ambición, y que el hecho de ser proclamado “Rey de Reyes” gratificaba su *hubris*.

Con todo, sus victorias no sólo gratificaron su *hubris* sino que además la acrecentaron y contribuyeron a endurecer y a deteriorar su carácter. Se nos dice que el vigía le profesaba una leal admiración, que los miembros de su casa y los Ancianos lo amaban, y que sus súbditos anhelaban fervientemente su regreso, lo cual indicaría que, en el pasado, se había mostrado más humano que después de sus victorias. El Agamenón que relata sus hazañas y la destrucción de Troya no parece ni digno de amor ni capaz de amar. Nuevamente citaré a Esquilo:

“Algún día se manifiestan los dioses a los hijos de aquellos hombres soberbios que sólo respiran guerra e iniquidad y vivieron hinchados con la pompa de una opulencia sin medida”.

Su incontrolada destructividad y su vanagloria en el poder y la crueldad revelan, a mi juicio, una regresión. A una etapa temprana el bebé —en particular el varón— admira no sólo la bondad sino también el poder y la crueldad, y atribuye estas cualidades al padre poderoso con el que se identifica pero al que, simultáneamente, teme. En el adulto, la regresión puede hacer revivir esta actitud infantil y debilitar la compasión.

Si consideramos el exceso de *hubris* desplegado por Agamenón, Clitemnestra aparece entonces, en cierto sentido, como *dike*, el instrumento de la justicia. En un pasaje muy revelador del *Agamenón*, ella traza ante los Ancianos, previamente al regreso de su marido, un cuadro de su visión de los sufrimientos del pueblo de Troya, y lo hace con palabras llenas de compasión y sin ninguna señal de admiración por las hazañas de Agamenón. En cambio, tan pronto lo ha asesinado, la *hubris* se apodera de sus sentimientos y no aparece el menor vestigio de remordimiento. Al dirigirse nuevamente a los Ancianos, ella está orgullosa del crimen que acaba de cometer y la invade un sentimiento de exaltación y de triunfo. Apoya a Egisto en la tarea de usurpar el trono de Agamenón.

De este modo, la *hubris* de Agamenón fue seguida por la *dike*, y ésta a su vez dio paso a la *hubris* de Clitemnestra, la cual nuevamente fue castigada por la *dike*, encarnada por Orestes.

Quisiera presentar algunas hipótesis acerca del cambio operado en la actitud de Agamenón para con sus súbditos y su familia a raíz del éxito obtenido en sus campañas. Como ya he mencionado, su total falta de compasión en lo tocante a los sufrimientos que hizo padecer al pueblo de Argos con su dilatada contienda es algo sorprendente. Y, sin embargo, teme a los dioses y su posible condena, razón por la cual acepta con gran renuencia entrar en su casa caminando sobre los preciosos tapices que Clitemnestra ha hecho colocar en su honor. Cuando alega que uno debería cuidarse de no atraer sobre sí la ira de los dioses, lo que está expresando no es culpa sino ansiedad persecutoria. Tal vez la regresión que mencioné anteriormente pudo efectuarse porque la bondad y la piedad no habían llegado nunca a constituirse en elementos básicos de su carácter.

Orestes, por lo contrario, se ve acosado por sentimientos de culpa tan pronto ha cometido el asesinato de su madre, y opino que éste es el motivo por el cual Atena finalmente logra ayudarlo. Si bien él no se siente culpable por haber matado a Egisto, el asesinato de su madre lo sume en un intenso conflicto. Los móviles que lo inducen a cometerlo son el cumplimiento de un mandato y también el amor que abriga por su padre muerto, con quien está identificado; no existe prácticamente ningún indicio de que anhelara triunfar sobre su madre, lo cual indicaría que la *hubris* y sus concomitantes no predominaban en él. Sabemos, además, que la intervención de Electra y el mandato de Apolo gravitaron considerablemente en la consumación del crimen. Inmediatamente después de matar a su madre, Orestes se siente invadido por el remordimiento y el horror de sí mismo, simbolizados por las Furias, que en el acto se lanzan sobre él. El Coro de Esclavas, que tanto lo espoléó para que matara a su madre y para el que las Furias son invisibles, trata de consolarlo haciéndole notar que su acción fue justiciera y que el orden se ha restablecido. El hecho de que Orestes sea el único que puede ver a las Furias revela que dicha situación persecutoria es de naturaleza interna.

Como sabemos, al asesinar a su madre, Orestes da cumplimiento al mandato que le fuera impuesto por Apolo en Delfos. También esto podemos considerarlo como parte de su situación interna: esta faceta de Apolo representa aquí la crueldad y las urgencias vengativas del propio Orestes, lo cual nos permite descubrir sus sentimientos destructivos. Con todo, los elementos constitutivos básicos de la *hubris*, tales como la envidia y la necesidad de triunfar, no parecen predominar en él.

Resulta significativo que Orestes se compenetre tanto con la relegada, infortunada y lúgubre Electra, puesto que su propia destructividad se había visto estimulada por el resentimiento que le produjo el haber sido abandonado por su madre. Ella lo alejó de su lado, poniéndolo al cuidado de extraños; en otras palabras, no le dio suficiente amor. La raíz fundamental del odio de Electra es que, aparentemente, su madre no la había amado demasiado, frustrándose así su anhelo de ser amada por ella. El odio que Electra abriga contra su madre —si bien intensificado por el asesinato de Agamenón— contiene también la rivalidad de la hija con la madre, rivalidad que está centrada en el hecho de no haber logrado que el padre gratificara sus deseos sexuales. Estas perturbaciones tempranas de la relación de la niña con su madre representan un factor importante para el desarrollo de su complejo edípico.⁴

La hostilidad entre Casandra y Clitemnestra es otra faceta del complejo de Edipo. Esta extrema rivalidad entre ambas en lo concerniente a Agamenón ilustra un rasgo característico de la relación madre-hija: dos mujeres compiten para obtener la gratificación sexual del mismo hombre. Precisamente porque Casandra había sido la amante de Agamenón, podía también sentirse un poco como la hija que ha conseguido conquistar al padre y quitárselo a la madre, y que, por ende, aguarda el castigo de ésta. Es inherente a la situación edípica que la madre reaccione con odio —o por lo menos así lo viva la niña— frente a los deseos edípicos de la hija.

Si examinamos la actitud de Apolo encontramos bastantes indicios de que su total sumisión a Zeus está ligada al odio hacia las mujeres y a su complejo de Edipo invertido. Los siguientes pasajes testimonian su desprecio por la fertilidad femenina:

“... que no se nutrió en las tinieblas del materno seno; pero criatura cual diosa ninguna hubiese podido engendrarla” (refiriéndose a Atena).

“No es la madre engendradora del que llaman su hijo, sino sólo nodriza del germen sembrado en sus entrañas. Quien con ella se junta es el que engendra”.

Su odio hacia las mujeres también se manifiesta en la orden que

⁴ Véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo 11.

le imparte a Orestes de que mate a su madre, como asimismo en la tenacidad con que acosa a Casandra, por mucho que ésta pueda haberlo traicionado. (El hecho de que Apolo sea promiscuo no es incompatible con su complejo edípico invertido.) En cambio ensalza a Atena, quien prácticamente carece de atributos femeninos y está totalmente identificada con el padre. Al mismo tiempo, la admiración que siente por su hermana mayor también puede indicar la existencia de una actitud positiva hacia la figura materna, o sea que encontramos también algunos signos de un complejo edípico directo.

La bondadosa y servicial Atena —que nunca tuvo madre, pues brotó del cerebro de Zeus— no exhibe hostilidad alguna hacia las mujeres, pero yo me inclinaria a pensar que dicha falta de rivalidad y de odio tiene alguna relación con el hecho de haberse ella adueñado del padre, el cual correspondió a su afecto haciéndola ocupar un lugar de privilegio entre todos los demás dioses y convirtiéndola en su favorita. Su total sumisión y dedicación a Zeus puede tomarse como expresión de su complejo edípico, y tal vez la aparente ausencia de conflictos que encontramos en ella se deba al hecho de haber volcado todo su afecto en un único objeto.

También el complejo edípico de Orestes se manifiesta en diversos pasajes de la Trilogía. Reprocha a su madre el haberlo abandonado y expresa su resentimiento contra ella. Sin embargo, hay algunos indicios de que su relación con la madre no fue enteramente negativa. Es evidente que Orestes atribuye valor a las libaciones que Clitemnestra ofrece a Agamenón porque está convencido de que son una forma de revivir al padre. Cuando su madre le recuerda cómo lo amaba y lo amantaba cuando era bebé, él siente que su decisión de matarla comienza a flaquear y debe recurrir a su amigo Pilades para que lo aconseje. También hay señales de que siente celos, lo cual indica una relación edípica positiva: el desconsuelo de Clitemnestra por la muerte de Egisto y el amor que le profesa enfurecen a Orestes. Es bastante frecuente durante la situación edípica que el odio al padre sea desviado hacia otra persona, tal como puede advertirse, por ejemplo, en el odio que siente Hamlet hacia su tío.⁵ Orestes ha idealizado a su padre, y suele ser más fácil reprimir la rivalidad y el odio hacia un padre muerto que hacia uno que aún vive. Su idealización con respecto a la grandeza de Agamenón —que Electra comparte— lo impulsa a negar que aquél hubiera sacrificado a Ifigenia y demostrado una insensibilidad absoluta para con los sufrimientos de los troyanos. Al admirar a Agamenón, Orestes se identifica también con el padre idealizado, y es así como muchos hijos logran superar su rivalidad con la grandeza del padre y su envidia hacia él. Estas actitudes, reforzadas por el abandono de la madre, así como por el hecho de que ésta hubiera asesinado a Agamenón, forman parte del complejo edípico invertido de Orestes.

⁵ Véase Ernest Jones, *Hamlet and Oedipus* (1949).

Ya señalé anteriormente que Orestes estaba relativamente exento de *hubris* y, pese a su identificación con el padre, era más propenso a los sentimientos de culpa. Su congoja luego del asesinato de Clitemnestra representa, en mi opinión, la ansiedad persecutoria y los sentimientos de culpa que forman parte de la posición depresiva. Parecería que se impone la interpretación de que Orestes padecía una enfermedad maniaco-depresiva —Gilbert Murray la denomina locura— a causa de sus excesivos sentimientos de culpa (encarnados por las Furias). Por otra parte, cabe también suponer que Esquilo no hace sino mostrarnos, como a través de una lente de aumento, un aspecto del desarrollo normal, ya que ciertos rasgos fundamentales de la enfermedad maniaco-depresiva no parecen ser demasiado operativos en Orestes. A mi juicio, éste exhibe un estado mental que considero característico de la transición entre la posición esquizo-paranoide y la depresiva, período en el que la culpa se vive fundamentalmente como persecución. Cuando la posición depresiva se alcanza y se elabora —lo cual está simbolizado en la Trilogía por el cambio de actitud de Orestes frente al Aerópago—, predomina la culpa y la persecución se debilita.

La obra me sugiere que Orestes es capaz de superar sus ansiedades persecutorias y elaborar la posición depresiva porque jamás renuncia a la imperiosa necesidad de purificarse de su crimen y de regresar a su pueblo al que, presumiblemente, desea gobernar en forma benévola. Estas intenciones señalan el impulso a reparar, que es característico de la conquista de la posición depresiva. Su relación con Electra, la cual moviliza su compasión y su amor; el hecho de que su esperanza se mantenga incólumne pese a las aflicciones; y toda su actitud frente a los dioses, en particular su gratitud hacia Atena; todo esto indica que se ha logrado una internalización relativamente estable del objeto bueno, y se han echado las bases para su desarrollo normal. Cabe conjeturar que, en la fase más temprana, dichos sentimientos existían de alguna manera en la relación con su madre, porque cuando Clitemnestra le recuerda:

“Detente, ¡oh hijo! Respeta, hijo de mis entrañas, este pecho sobre el cual tantas veces te quedaste dormido, mientras mamban tus labios la leche que te crió...”

Orestes depone la espada y vacila. El amor que la nodriza le profesa sugiere que existió, durante su infancia, un intercambio de afecto. Tal vez fuera un sustituto materno, pero es posible que, hasta determinado momento, esta relación afectuosa se diera también con la madre. El padecimiento físico y mental que significó para Orestes el tener que huir de un rincón al otro de la tierra nos proporciona una imagen viva de los sufrimientos que se experimentan cuando la culpa y la persecución están en su apogeo. Las Furias que lo persiguen y lo acosan son la personificación de la conciencia culpable, y no aceptan

por excusa el hecho de que el crimen fuera cometido obedeciendo una orden. He sugerido previamente que, cuando Apolo le impuso ese mandato, estaba encarnando la crueldad del propio Orestes y, desde este punto de vista, comprendemos por qué las Furias hacen caso omiso del hecho de que Apolo le había ordenado que cometiera el asesinato, puesto que es propio del superyó implacable no perdonar la destructividad.

La naturaleza inexorable del superyó y las ansiedades persecutorias que provoca se expresan, a mi juicio, en el mito helénico de que el poder de las Furias perdura incluso después de la muerte. Esto es considerado como una forma de castigar al pecador, y constituye un elemento común a la mayoría de las religiones. En *Las Euménides*, Atena dice:

“... Mucho puede, en verdad, la veneranda Erinia con los dioses del cielo y con los que habitan las mansiones infernales...”

Las Furias también alegan que

“A aquellos mortales insensatos que se hacen reos y autores de crimen, yo les he de servir de cortejo hasta que descendan a las mansiones infernales, y todavía no se han de ver libres de mí ni con la muerte”.

Otro aspecto que es propio de las creencias helénicas es la necesidad de vengar a los muertos cuando su muerte ha sido violenta. Yo me inclinaría a sugerir que dicho reclamo de venganza es fruto de tempranas ansiedades persecutorias, las cuales se ven reforzadas por los deseos de muerte que el bebé experimenta hacia los padres, y socavan su seguridad y su satisfacción. Así, el enemigo que ataca se convierte en personificación de todos los males que el bebé supone se abatirán sobre él como retaliación por sus impulsos destructivos.

En otro trabajo⁶ me he ocupado del excesivo temor a la muerte en personas que la viven como una persecución de enemigos externos e internos, y también como una amenaza para el objeto bueno internalizado. Si este temor es particularmente intenso puede ampliar su radio de acción e incluir terrores que amenazan aun más allá de la muerte. En Hades, la venganza del daño que precedió a la muerte constituye un requisito esencial para poder alcanzar la paz después de la muerte. Tanto Orestes como Electra están convencidos de que la venganza que tramán cuenta con el beneplácito de su padre, y Orestes, al describir su conflicto ante el Areópago, destaca que Apolo le vaticinó tremendos castigos si no vengaba a su padre. El fantasma de Clitemnestra, al incitar a las Erinias a reiniciar la persecución

⁶ “Sobre la identificación” (1955b).

de Orestes, se lamenta del desprecio de que es objeto en Hades porque su asesino no ha sido castigado. Es obvio que ella actúa acuciada por un odio pertinaz hacia Orestes, y tal vez podría sacarse en conclusión que el odio que subsiste más allá de la tumba subyace a la necesidad de venganza después de la muerte. También es posible que el sentimiento atribuido a los muertos, en el sentido de que son despreciados mientras su asesino permanezca impune, se origine en la sospecha de que sus descendientes no se preocupan suficientemente por ellos.

Otra razón por la cual los muertos reclaman venganza se insinúa en la "Introducción", en la que Gilbert Murray menciona la creencia de que la Madre Tierra se contamina con la sangre que sobre ella se vierte, y de que ella y los *ctonianos* (los muertos) que guarda en su interior claman pidiendo venganza. Yo me inclinaria a interpretar que los *ctonianos* representan a los bebés no nacidos que están dentro del vientre materno y a quienes el niño cree haber destruido con sus fantasías llenas de celos y hostilidad. Un abundante material psicoanalítico revela los profundos sentimientos de culpa que despierta un aborto espontáneo de la madre o el hecho de que ésta no tuviera ningún otro hijo,⁷ así como también el temor a la retaliación de esta madre dañada.

Sin embargo, Gilbert Murray también se refiere a la Madre Tierra como un ser que otorga vida y fecundidad al inocente. En este aspecto, ella representa a la madre buena, amante y nutricia. Durante muchos años he considerado que la disociación de la madre en una buena y otra mala constituye uno de los procesos más tempranos en relación con aquélla.

El concepto helénico de que los muertos no desaparecen sino que continúan teniendo una suerte de existencia oscura en Hades y ejercen su influencia sobre los vivos, nos recuerda la creencia en fantasmas que se ven forzados a perseguir a los vivos porque no tendrán paz hasta que sean vengados. También podemos asociar esta creencia en seres muertos que manejan y controlan a los vivos con el concepto de que subsisten como objetos internalizados, que son vividos simultáneamente como muertos y activos en el interior del sí-mismo, y cuya influencia se vive como buena o mala. La relación con el objeto interno bueno —en primer lugar la madre buena— implica que se lo viva como útil y rector. Particularmente en la aflicción y en el proceso del duelo, el individuo lucha para preservar la buena relación que existía previamente, y para que esta compañía interna le proporcione fortaleza y consuelo. Cuando el duelo fracasa —y pueden existir muchas razones para ello—, es porque dicha internalización no se logra y las identificaciones provechosas se ven interferidas. La exhortación que Electra y Orestes hacen a su padre muerto junto a su tumba, para que los apoye y los aliente, corresponde al deseo de

⁷ Véase *Relato del psicoanálisis de un niño* (1961).

unirse al objeto bueno que se ha perdido externamente a causa de la muerte y es preciso establecer internamente. Este objeto bueno cuya ayuda se implora es una parte del superyó, en sus aspectos colaboradores y rectores. Esta buena relación con el objeto internalizado constituye la base para una identificación que, según se ha comprobado, es de enorme importancia para la estabilidad del individuo.

El convencimiento de que las libaciones pueden “abrir los labios resecos” de los muertos proviene, creo, del sentimiento básico de que la leche que la madre da al bebé constituye una forma de mantener vivo no sólo al bebé, sino también a su objeto interno. Puesto que la madre internalizada (en primer lugar el pecho) se convierte en parte del yo del bebé, y éste intuye que su propia vida está ligada a la vida de su madre, entonces la leche, el amor y el cuidado que la madre externa brinda al bebé son vividos, en cierto sentido, como algo que es también beneficioso para la madre interna. Lo mismo se aplica a otros objetos internalizados. Las libaciones que Clitemnestra ofrece en la obra son tomadas por Electra y Orestes como señal de que, al alimentar al padre internalizado, ella lo revive, pese a ser además una madre mala.

Mediante el psicoanálisis descubrimos la vivencia de que el objeto interno participa de todos los placeres que experimenta el individuo, lo cual es también una manera de resucitar al objeto amado muerto. La fantasía de que cuando se ama al objeto internalizado muerto éste conserva una vida propia —como colaborador, consolador, rector— concuerda con la convicción de Orestes y Electra de que su padre muerto revivido los ayudará.

Sugerí anteriormente que los muertos que no han sido vengados representan a los objetos muertos *internalizados* y se convierten en figuras internalizadas amenazadoras que se lamentan del daño que el sujeto les ha infligido con su odio. En las personas enfermas, estas figuras terroríficas forman parte del superyó y están estrechamente ligadas a la creencia en un destino que impulsa al mal y luego castiga al malhechor.

‘Wer.....

.....

Der kennt euch nich, ihr himmlischen Mächte!

Ihr führt in’s Leben uns hinein,

Ihr lasst den Armen schuldig werden,

Dann überlasst ihr ihn der Pein:

Denn alle Schuld rächt sich auf Erden.’

(Goethe, *Mignon*)

Estas figuras persecutorias están también personificadas por las Erinias. En la vida mental temprana, incluso si ésta es normal, la escisión nunca llega a ser total y, por ende, los objetos internos terrorí-

ficos siguen siendo, hasta cierto punto, operativos; es decir, el niño experimenta ansiedades psicopáticas; cuya intensidad varía en cada individuo. Según el principio taliónico, basado en la proyección, el bebé se tortura con el temor de que se le llegue a hacer lo mismo que él, en su fantasía, hizo a sus padres, y tal vez ello estimule y refuerce sus impulsos crueles. Debido a que él se siente perseguido interna y externamente, se ve obligado a proyectar hacia afuera el castigo y, al hacerlo, verifica a través de la realidad externa sus ansiedades y temores internos de un castigo real. Cuanto más culpable y perseguido se siente un bebé —es decir, cuanto más enfermo está—, tanto más agresivo es posible que se muestre. Cabe suponer que en los delincuentes o criminales operan procesos similares a éstos.

Debido a que los impulsos destructivos están dirigidos primordialmente contra los padres, se considera que el pecado más grave de todos es el asesinato de los padres. Esto está expresado con toda claridad en *Las Euménides* cuando, después de la intervención de Atena, las Erinias describen el caos que sobrevendría si dejaran de ser figuras terroríficas que hacen vacilar a los matricidas y parricidas en potencia y los castigan si han consumado su crimen.

“¡Qué de golpes, no imaginarios, sino verdaderos, esperan en adelante a los padres de manos de sus hijos!”

Ya he señalado que los impulsos crueles y destructivos del bebé engendran al primitivo y terrorífico superyó. Encontramos diversas alusiones respecto de la manera en que las Erinias llevan a cabo sus ataques:

“Fuerza es, pues, que sufras la pena de tu delito; que yo chupe toda la sangre de tus miembros; que yo me cebe en esa roja bebida, que nadie sino yo osara beber, y que después de haberte consumido en vida, te arrastre a los infiernos”.⁸

Las torturas con que las Erinias amenazan a Orestes son de una naturaleza sádico-anal y oral de lo más primitiva. Se nos dice que “sus ronquidos despiden ponzoñoso aliento, que no deja acercárseles” y que de sus cuerpos emana un vaho letal. Algunas de las armas más tempranas de destrucción que el bebé utiliza en su mente son los ataques por medio de flatos y heces, merced a los cuales él cree envenenar a su madre, así como también quemarla con su orina (el fuego). En consecuencia, el temprano superyó lo amenaza con idéntica destrucción. Cuando las Erinias temen que Atena las despoje de su poder, expresan su aprensión y su furia con las siguientes pa-

⁸ Esta descripción del proceso de chuparle la sangre a la víctima nos recuerda la hipótesis de Abraham (1924b), en el sentido de que también la crueldad forma parte del estadio oral de succión; él se refirió a “la succión vampíresca”.

labras: "Pero yo, la miserable, la despreciada, encendida en cólera arrojaré sobre este suelo en desagravio de mi afrenta todo el veneno que gotea mi corazón. ¡Vaya si lo arrojaré! Y este veneno se derramará por la tierra, y su ponzoña secará hojas y flores, y matará a todo ser viviente y no perdonará a los hombres". Esto nos recuerda de qué manera el resentimiento del bebé por la frustración y el dolor que ésta le causa incrementa sus impulsos destructivos y lo lleva a intensificar sus fantasías agresivas.

Pero las crueles Erinias también están asociadas a aquel aspecto del superyó que se basa en figuras dañadas y quejosas. Leemos que sus ojos y sus labios destilan sangre, lo cual revela que también ellas padecen torturas. El bebé vive a estas figuras dañadas internalizadas como vengativas y terroríficas e intenta escindirlas y apartarlas. Sin embargo, ellas se incorporan a sus tempranas ansiedades y pesadillas e intervienen en todas sus fobias. Debido a que Orestes ha dañado y matado a su madre, ésta se ha convertido en uno de esos objetos dañados cuya verganza teme el bebé. Orestes llama a las Erinias las "perras furiosas" de su madre.

Parecería que Clitemnestra no sufre la persecución del superyó, puesto que las Erinias no la acosan. No obstante, poco después del triunfante y exaltado discurso que pronuncia a continuación del asesinato de Agamenón exhibe señales de depresión y de culpa; de allí sus palabras: "Basta ya de muertes, no más ensangrentarnos". También experimenta una ansiedad persecutoria que se pone de manifiesto con toda claridad en el sueño que tiene acerca del monstruo que alimenta en su pecho, el cual muerde con tal violencia que le arranca leche mezclada con sangre. Como resultado de la ansiedad expresada a través de este sueño, ella envía libaciones a la tumba de Agamenón. Por lo tanto, si bien no sufre la persecución de las Erinias, no está exenta de ansiedad persecutoria ni de culpa.

Otro aspecto de las Erinias es que se aferran a su propia madre, la Noche, como su única protectora, y repetidamente apelan a ella para que las defienda de Apolo, el dios Sol, enemigo de la noche, que quiere despojarlas de su poder y por quien se sienten perseguidas. Desde este punto de vista, se nos aclara el papel que desempeña el complejo edípico invertido incluso en el caso de las Erinias. Yo diría que, en cierta medida, los impulsos destructivos hacia la madre son desplazados al padre —a los hombres en general— y que la idealización de la madre y el complejo edípico invertido de las Erinias se mantienen únicamente en virtud de ese desplazamiento. Lo que les incumbe principalmente es cualquier tipo de daño infligido a una madre, y al parecer, el único pecado que castigan es el matricidio; ésta es la razón por la que no persiguen a Clitemnestra, que ha asesinado a su marido. Las Erinias alegan que, puesto que Agamenón no llevaba la misma sangre que ella, su crimen no era tan grave como para que la persiguieran. Opino que este argumento encierra una considerable dosis de negación. Lo que se niega es que, en última ins-

tancia, todo crimen es producto de los sentimientos destructivos contra los padres, y que ningún crimen es lícito.

Resulta significativo que sea la intervención de una mujer, Atena, la que provoca el cambio que se opera en las Erinias: de un odio implacable a sentimientos más benignos. Pero, por otra parte, no debemos olvidar que ellas no tuvieron padre o, más bien, que Zeus, que podría haber representado el papel de padre, se había vuelto contra ellas. Afirman que debido al terror que esparcen "y al odio del mundo del que son depositarias, Dios nos ha arrojado de su Casa". Apolo, lleno de desdén, les dice que jamás dios u hombre alguno osó besarlas.

Yo diría que el complejo edípico invertido de las Erinias se vio acrecentado por la falta de padre, o bien por el odio o el abandono de éste. Atena les promete que serán honradas y veneradas por los atenienses, esto es, tanto por los hombres como por las mujeres. El Areópago, formado por hombres, las escolta hasta el lugar que será su morada en Atenas. Mi teoría es que Atena, al personificar aquí a la madre y compartir ahora con las hijas el amor de los hombres, es decir, de las figuras paternas, provoca un cambio en sus sentimientos e impulsos y en la totalidad de su carácter.

Tomando a la Trilogía en su totalidad, encontramos que el superyó está encarnado por una serie de figuras diferentes. Por ejemplo, Agamenón, percibido como un padre vuelto a la vida que apoya a sus hijos, es un aspecto del superyó que se funda en el amor y la admiración por el padre. Se describe a las Erinias como seres que pertenecen a la era de los antiguos dioses, los Titanes, cuyo reinado fue bárbaro y violento, pero, a mi juicio, se las puede asociar con el superyó más temprano e implacable, representando así las figuras terroríficas que son principalmente el resultado de la proyección que el bebé hace de sus fantasías destructivas en sus objetos. Con todo, se ven neutralizadas —aunque de una manera escindida y apartada— por la relación con el objeto bueno o el objeto idealizado. Ya he sugerido que la relación que la madre tiene con el bebé —y en gran medida, la relación que el padre tiene con él— repercute sobre el desarrollo del superyó porque afecta la internalización de los padres. En Orestes, la internalización del padre, fundada en la admiración y el amor, demuestra ser de una importancia trascendental para su conducta posterior, ya que el padre muerto constituye una parte muy importante del superyó de Orestes.

Cuando originalmente formulé el concepto de posición depresiva, señalé que los objetos dañados internalizados se lamentan y contribuyen con ello a despertar sentimientos de culpa y, por consiguiente, a la creación del superyó. Según conceptos que desarrollé posteriormente, tales sentimientos —aun cuando son fugaces y no configuran todavía la posición depresiva— son, en alguna medida, operativos durante la posición esquizo-paranoide. Observamos que hay bebés que se abstienen de morder el pecho e incluso llegan a des-

tetarse a los cuatro o cinco meses, sin que exista ninguna razón externa para ello, mientras que otros, al dañar el pecho, impiden que la madre los siga alimentando. Dicha abstención indica, en mi opinión, que el bebé percibe inconscientemente el deseo de dañar a su madre con su voracidad. En consecuencia, cree que la madre ha quedado lesionada y vaciada por la voracidad con la que él la ha succionado o mordido y, por lo tanto, la madre o el pecho de ésta quedan, en la mente del bebé, en un estado lesionado. Contamos con muchas pruebas, obtenidas retrospectivamente a través del psicoanálisis de niños o incluso de adultos, de que ya desde muy temprano se vive a la madre como un objeto dañado, internalizado y externo.⁹ Yo diría que este objeto dañado y quejoso es una parte del superyó.

La relación con este objeto amado y dañado incluye no sólo culpa sino también compasión, y es la fuente esencial de toda conmiseración hacia los demás y consideración para con ellos. En la Trilogía, este aspecto del superyó está representado por la infortunada Casandra. Agamenón, que la ha deshonrado y la entrega ahora a Clitemnestra en calidad de esclava, siente compasión y exhorta a su esposa a que se apiade de ella. (Esta es la única ocasión en que Agamenón exhibe un sentimiento de esta naturaleza.) El papel de Casandra como parte dañada del superyó se suma al hecho de que es una conocida profetisa, cuya principal tarea es anunciar presagios. El Coro de Ancianos se siente conmovido por su triste destino y trata de consolarla, al tiempo que se muestra temeroso y reverente frente a las profecías que escucha de sus labios.

Como superyó, Casandra profetisa grandes males y anuncia que ello atraerá el castigo y el desconsuelo. Conoce por anticipado tanto el destino que le espera a ella como el infortunio general que se abatirá sobre Agamenón y su familia; pero nadie presta oídos a sus advertencias, y esta incredulidad es atribuida a la maldición de Apolo. Los Ancianos, que sienten una enorme compasión hacia Casandra, en parte le creen, no obstante lo cual, y pese a que advierten la validez de los peligros que ella vaticina con respecto a Agamenón, ella misma y los nativos de Argos, niegan sus profecías. Su resistencia a aceptar lo que a la vez ya saben, expresa la tendencia universal a la negación. La negación constituye una poderosa defensa contra la ansiedad persecutoria y la culpa, las cuales nacen del hecho de no poder jamás controlar por completo los impulsos destructivos. La negación, que siempre está ligada a la ansiedad persecutoria, puede llegar a sofocar los sentimientos de amor y de culpa, socavar la compasión y la consideración, tanto hacia los objetos externos como a los internos, y perturbar la capacidad de discernimiento y el sentido de realidad.

Como todos sabemos, la negación es un mecanismo omnipresente que también se usa mucho para justificar la destructividad. Cli-

⁹ Véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo 8.

temnestra justifica el asesinato de su marido con el hecho de que éste había matado a la hija de ambos, y niega haber tenido otros motivos para cometer el crimen. Agamenón, que al destruir Troya no respetó siquiera los templos de los dioses, siente que su crueldad está justificada por el hecho de que su hermano hubiera perdido a su esposa. Orestes cree tener sobrado derecho de matar, no sólo al usurpador Egisto, sino también a su madre. La justificación a la que me he referido forma parte de una poderosa negación de la culpa y los impulsos destructivos. Quienes tienen una mayor comprensión de sus procesos internos, y en consecuencia no necesitan negar tanto, están mucho menos expuestos a ceder a sus impulsos destructivos y, como resultado, son también más tolerantes con los demás.

Existe otra perspectiva interesante para examinar el rol del superyó encarnado por Casandra. En el *Agamenón*, ella aparece en escena en un estado casi de trance, y al principio no logra volver en sí; por último consigue salir de ese estado y expresa entonces con toda claridad lo que previamente había tratado de comunicar de una manera tan confusa. Podemos asumir que la parte inconsciente del superyó se ha hecho consciente, lo cual constituye un paso esencial antes de que se lo pueda percibir como conciencia moral.

Otro aspecto del superyó está representado por Apolo, quien, como ya señalé, simboliza los impulsos destructivos de Orestes proyectados en el superyó. Esta parte del superyó impulsa a Orestes a la violencia y amenaza con castigarlo si no asesina a su madre. Y puesto que Agamenón se sentiría profundamente agraviado si no se vengara su muerte, tanto Apolo como el padre representan al superyó cruel. Este perentorio reclamo de venganza condice muy bien con la implacable crueldad con que Agamenón aniquiló a Troya, exhibiendo una total falta de piedad, incluso frente a los sufrimientos de su propio pueblo. Me he referido ya a la relación que existe entre la creencia helénica de que la venganza es un deber impuesto a los descendientes y el rol del superyó como incitador al crimen. Resulta paradójico que, al mismo tiempo, el superyó trate a la venganza como un crimen y, en consecuencia, se castigue a los descendientes por el crimen cometido, pese a que fue consumado en cumplimiento de un deber.

La reiterada secuencia del crimen y castigo, *hubris* y *dike*, está encarnada por el espíritu maligno de la casa quien, se nos dice, sigue morando allí de generación en generación, y recién desaparece cuando Orestes es absuelto y regresa a Argos. La creencia en un espíritu maligno que habita la casa nace de un círculo vicioso; aquél es producto del odio, la envidia y el resentimiento dirigidos contra el objeto; estas emociones intensifican la ansiedad persecutoria porque se vive como retaliatorio al objeto atacado, y ello provoca nuevos ataques contra él. O sea que la destructividad se ve incrementada por la ansiedad persecutoria, y los sentimientos persecutorios se intensifican con la destructividad.

Resulta interesante que el espíritu maligno, que desde la época de

Pélope ejercía un reinado de terror en la casa real de Argos, la abandone —según dice la leyenda— cuando Orestes es absuelto y, libre ya de tormentos, retoma, suponemos, una vida normal y provechosa. Yo diría, a modo de interpretación, que la culpa y la imperiosa necesidad de reparar —la elaboración de la posición depresiva— rompen el círculo vicioso porque los impulsos destructivos y su secuela de ansiedad persecutoria han disminuido, y se ha logrado restablecer la relación con el objeto amado.

Por otra parte Apolo, cuyo templo se alza en Delfos, representa en la Trilogía no sólo los impulsos destructivos y el cruel superyó de Orestes: por medio de las sacerdotisas de Delfos, él es también, en palabras de Gilbert Murray, “el profeta de dios” además de ser el dios sol. En el *Agamenón*, Casandra se refiere a él como “luz que ilumina los caminos de los hombres” y “luz de todo lo que existe”. Sin embargo, no sólo su actitud implacable hacia Casandra sino también las palabras con que lo describen los Ancianos: “No es él de condición de escuchar lamentos”, revelan que no es capaz de apiadarse de los que sufren, por mucho que se erija en representante del pensamiento de Zeus. Desde este punto de vista, Apolo, el dios Sol, nos trae a la memoria a aquellas personas que dan la espalda a todo tipo de tristeza como defensa contra los sentimientos de compasión, y hacen uso excesivo de la negación de sentimientos depresivos. Es típico de tales personas no demostrar piedad alguna para con los ancianos e indefensos.

El Coro de las Furias describe a Apolo en los siguientes términos:

“Y tú, Dios mozo, ¿así pisoteas, altanero, a estas ancianas deidades?”

Estas líneas también pueden ser consideradas desde otro punto de vista: si tomamos en cuenta su relación con Apolo, las Erinias aparecen como la anciana madre que es maltratada por el hijo joven y desagradecido. Esta falta de compasión está vinculada con el hecho de que Apolo personifica a la parte implacable y despiadada del superyó, que ya hemos examinado previamente.

Zeus encarna otro aspecto del superyó, de enorme trascendencia: él es el padre (el Padre de los Dioses) que ha aprendido a través del sufrimiento a ser más tolerante con sus hijos. Se nos afirma que Zeus, que había pecado contra su propio padre y se había sentido culpable por ello, se muestra por lo tanto bondadoso con el suplicante. Zeus representa una parte importante del superyó: el padre indulgente introyectado, y simboliza una fase en la que ya se ha elaborado la posición depresiva. El hecho de detectar y comprender las propias tendencias destructivas dirigidas hacia los padres que amamos, contribuye a desarrollar una mayor tolerancia para con uno mismo y los defectos ajenos, una mejor capacidad de discernir, y en general, una mayor sabiduría. Como lo expresa Esquilo,

“...A aquel Dios que encamina a los mortales a la sabiduría, y

dispuso que en el dolor se hiciesen señores de la ciencia. Hasta en el sueño mismo el penoso recuerdo de nuestros males está destilando sobre el corazón, y aun sin quererlo nos llega el pensar con cordura”.

Zeus simboliza también la parte ideal y omnipotente del sí-mismo, el ideal del yo, concepto formulado por Freud (1914) aún antes de desarrollar íntegramente sus teorías sobre el superyó. Tal como yo veo las cosas, la parte idealizada del sí-mismo y del objeto internalizado es escindida y apartada de la parte mala del sí-mismo y del objeto, y el individuo mantiene esta idealización a fin de poder manejar sus ansiedades.

Hay otro aspecto de la Trilogía que quisiera considerar: la relación que existe entre los acontecimientos externos y los internos. He afirmado que las Furias simbolizan los procesos internos, hecho que Esquilo ha indicado en las siguientes líneas:

“A veces es saludable el terror. Conviene que se asiente en el ánimo, y que allí esté vigilante; que los remordimientos ayudan a aprender a bien vivir”.

Con todo, las Furias aparecen en la Trilogía como figuras externas.

La personalidad de Clitemnestra, tomada en conjunto, es fiel testimonio de que Esquilo, que con tanta agudeza escudriña en lo más profundo de la mente humana, también concede importancia a los personajes como figuras externas. Nos proporciona varios indicios de que Clitemnestra fue realmente una mala madre: Orestes le reprocha su falta de amor, y sabemos que ella desterró a su pequeño hijo y maltrató a Electra. Clitemnestra está dominada por sus deseos sexuales con respecto a Egisto, lo cual la lleva a descuidar a sus hijos. Si bien la Trilogía no lo menciona en forma tan explícita ni con tantas palabras, es más que evidente que Clitemnestra se deshizo de Orestes por haber visto en él al vengador del padre, debido a su propia relación con Egisto. De hecho, cuando duda del relato de Orestes, manda decir a Egisto que acuda escoltado por su guardia. Tan pronto se entera de la muerte de aquél, pide que le traigan su hacha:

“Deme cualquiera un hacha con que matar. ¡Pronto! Veamos si vencemos o somos vencidos...”

y trata de matar a Orestes.

Con todo, existen pruebas de que Clitemnestra no fue siempre una mala madre: amamantó a su hijo cuando éste era bebé, y el dolor por la muerte de su hija Ifigenia tal vez fuera sincero. Pero cuando las situaciones externas se modificaron, se operó un cambio en su carácter. Mi conclusión es que el odio y los agravios tempranos, movilizados por la situación externa, reavivan los impulsos destructivos, los cuales llegan a prevalecer sobre los impulsos amorosos, y es-

to implica un cambio en los estados de fusión entre los instintos de vida y los instintos de muerte.

La transformación de las Erinias en Euménides también acusa, en alguna medida, la influencia de una situación externa: ellas tienen mucho miedo de que se las despoje de su poder, y Atena las tranquiliza al asegurarles que, en su nuevo papel, tendrán ascendiente sobre Atenas y se convertirán en guardianas del orden y de la justicia. Otro ejemplo de la repercusión de las situaciones externas es el cambio que se opera en el carácter de Agamenón por haberse convertido en "Rey de Reyes" merced a sus victorias en la expedición. El triunfo, en particular si su mayor valor radica en un aumento de prestigio, suele ser —como la vida nos demuestra en general— peligroso, porque fortalece la ambición y la rivalidad e interfiere en los sentimientos de amor y de humildad.

Atena representa —como ella misma lo dice repetidamente— los pensamientos y sentimientos de Zeus. Ella es el superyó sabio y atemperado, en contraste con el superyó primitivo simbolizado por las Erinias.

Hemos visto a Atena en innumerables roles: es el portavoz de Zeus, cuyos pensamientos expresa; es un superyó atemperado; es también la hija carente de madre que elude así el complejo de Edipo. Pero Atena tiene también otra función esencial: contribuye a la paz y al equilibrio. Expresa la esperanza de que los atenienses evitarán las luchas intestinas, lo cual simbólicamente equivale a evitar la hostilidad dentro del marco familiar. Hace cambiar a las Furias, predisponiéndolas a una mayor clemencia y serenidad, actitud que expresa la tendencia a la reconciliación y la integración..

Estos rasgos son característicos del objeto bueno internalizado —primariamente la madre buena—, el cual se convierte en portador del instinto de vida. Así Atena, como la madre buena, se contrapone a Clitemnestra, que representa el aspecto malo de la madre. Esta faceta de Atena se incorpora también a la relación que Apolo tiene con ella: es la única figura femenina que él respeta y estima, habla de ella con enorme admiración y se somete por completo a su juicio. Aunque ella parece representar únicamente el papel de una hermana mayor, a quien el padre favorece en forma especial, yo sugeriría que también representa para Apolo el aspecto bueno de la madre.

Si el bebé ha logrado establecer firmemente en su interior el objeto bueno, el superyó se vuelve más indulgente, y la tendencia a la integración —que en mi opinión actúa desde el nacimiento y contribuye a que el odio se mitigue por medio del amor— adquiere mayor fuerza. Pero incluso el superyó benévolo exige el control de los impulsos destructivos y tiende a establecer un equilibrio entre los sentimientos de amor y de destrucción. Por consiguiente, descubrimos que Atena representa una etapa madura del superyó, cuya meta es reconciliar impulsos antitéticos; esto está ligado al establecimiento más firme del objeto bueno y constituye la base para la integración.

Atena expresa la necesidad de controlar los impulsos destructivos en las siguientes palabras:

“...no rindáis culto a la anarquía ni al despotismo; pero no des-
terréis de la ciudad todo temor, que sin temor no hay hombre
justo. Mirad, pues, con temerosa y merecida reverencia la majes-
tad de este senado, porque así tengáis un baluarte defensor de
vuestra ciudad y patria...”.

La actitud de Atena, que orienta pero no domina —característica del superyó maduro construido en torno al objeto bueno—, se manifiesta en el hecho de que ella no haya querido asumir el derecho de decidir la suerte de Orestes, sino que creara un tribunal, el Areópago, integrado por los hombres más sabios de Atenas, les diera plena libertad de voto y sólo se reservara para sí el voto decisivo. Si nuevamente examinamos este trozo de la Trilogía, tomándolo como reproducción de los procesos internos, llegamos a la conclusión de que los votos contrarios demuestran que al sí-mismo no le resulta fácil integrarse, que los impulsos destructivos tiran en una dirección, y el amor y la capacidad de reparar y de apiadarse, en la otra. Establecer la paz interna no es tarea fácil.

La integración del yo se alcanza cuando sus distintas partes —representadas en la Trilogía por los miembros del Areópago— logran unirse a pesar de sus tendencias antagónicas. Esto no significa que llegarán alguna vez a ser idénticas entre sí, ya que los impulsos destructivos por un lado, y el amor y la necesidad de reparar, por el otro, son contradictorios. Pero, en el mejor de los casos, el yo estará en condiciones de reconocer estos distintos aspectos y de reconciliarlos en cierta medida, puesto que en la infancia habían sido fuertemente escindidos y apartados. Tampoco el superyó se ve despojado de su poder, ya que aun en su forma más benévola sigue siendo capaz de provocar sentimientos de culpa. La integración y el equilibrio constituyen la base para una vida más plena y más rica. En Esquilo, este estado mental se manifiesta a través de los cánticos de gozo con que se cierra la Trilogía.

Esquilo nos traza un cuadro del desarrollo humano, desde sus orígenes hasta sus niveles más avanzados. Una de las formas en que se expresa su profunda comprensión de lo más recóndito de la naturaleza humana es la diversidad de roles simbólicos que asigna a sus personajes, en particular a los dioses. Dicha variedad corresponde a los distintos impulsos y fantasías, a menudo antagónicos, que existen en el inconsciente y que, en última instancia, son producto de la polaridad de los impulsos de vida y de muerte, en sus cambiantes estados de fusión.

Para poder comprender cuál es el papel que desempeña el simbolismo en la vida mental, es preciso que tomemos en cuenta las múltiples formas en que el yo en desarrollo maneja los conflictos y las frustraciones. Las maneras de expresar sentimientos de satisfacción

y de resentimiento, y toda la gama de las emociones infantiles, se van modificando gradualmente. Puesto que las fantasías ocupan la vida de la mente desde el nacimiento, existe un poderoso impulso que tiende a ligarlas a diversos objetos —reales o fantaseados—, los cuales se convierten en símbolos y proporcionan un escape para las emociones del bebé. Estos símbolos representan primero objetos parciales y, luego de unos pocos meses, objetos totales (es decir, personas). El niño coloca todo su amor y su odio, sus conflictos, sus satisfacciones y sus anhelos en la creación de estos símbolos, internos y externos, que entran a formar parte de su mundo. El impulso de crear símbolos es tan poderoso debido a que ni siquiera la madre más amante es capaz de satisfacer las intensas necesidades emocionales del bebé; de hecho, ninguna situación de realidad puede colmar las urgencias y deseos, frecuentemente contradictorios, de la vida de fantasía del bebé. Si durante la infancia la formación de símbolos logra desarrollarse en toda su fuerza y diversidad y no se ve obstaculizada por inhibiciones, únicamente entonces podrá el artista aprovechar más tarde las fuerzas emocionales que subyacen al simbolismo. En un artículo previo¹⁰ me he referido a la enorme importancia que tiene la formación de símbolos para la vida mental del bebé, y sugerí entonces que cuando la formación de símbolos es particularmente rica, contribuye a desarrollar talento o incluso genio.

En el análisis de adultos encontramos que la formación de símbolos sigue en estado operativo; también el adulto se encuentra rodeado de objetos simbólicos. Sin embargo, él se encuentra a la vez en mejores condiciones para discriminar la fantasía de la realidad y comprender que las personas y las cosas tienen una existencia propia.

El artista creador emplea profusamente los símbolos, y cuanto más le sirven para expresar los conflictos entre el amor y el odio, la destructividad y la reparación, los instintos de vida y de muerte, tanto más universal será la forma que adopten. Así, el artista llega a condensar la enorme variedad de símbolos infantiles precisamente cuando suscita toda la intensidad de las emociones y fantasías que en ellos se expresan. El talento con que el dramaturgo logra volcar algunos de estos símbolos universales en los personajes que crea y hacer que, a la vez, éstos se conviertan en personas reales, representa una faceta más de su grandeza. Si bien la relación entre los símbolos y la creación artística es un tema que ha sido tratado ya extensamente, mi interés principal es establecer un vínculo entre los más tempranos procesos infantiles y las posteriores producciones del artista.

En su Trilogía, Esquilo representa a los dioses en una variedad de roles simbólicos, y mi intención ha sido demostrar de qué manera ello contribuye a realzar la riqueza y el significado de sus obras. Como broche final, formularé la hipótesis tentativa de que la grandeza de las tragedias de Esquilo —y esto tal vez pueda aplicarse también a

¹⁰ "Análisis infantil" (1923b).

otros grandes poetas— deriva de su comprensión intuitiva de las insondables profundidades del inconsciente y de las formas en que dicha comprensión gravita sobre los personajes y situaciones que él crea.

16. SOBRE EL SENTIMIENTO DE SOLEDAD

(1963)

En el presente trabajo me propongo investigar el origen del sentimiento de soledad. Por sentimiento de soledad no me refiero a la situación objetiva de verse privado de compañía externa, sino a la sensación intensa de soledad, a la sensación de estar solo sean cuales fueren las circunstancias externas, de sentirse solo incluso cuando se está rodeado de amigos o se recibe afecto. Este estado de soledad interna, como intento demostrar, es producto del anhelo omnipresente de un inalcanzable estado interno perfecto. Este tipo de soledad, que todos experimentamos en cierta medida, proviene de ansiedades paranoides y depresivas, las cuales son derivados de las ansiedades psicóticas del bebé. Tales ansiedades existen, en algún grado, en todo individuo, pero son excesivamente intensas en el individuo enfermo; por consiguiente, la soledad forma parte también de la enfermedad, tanto de índole esquizofrénica como depresiva.

Para poder comprender cómo aparece el sentimiento de soledad, debemos —lo mismo que en el caso de otras actitudes y emociones— retroceder hasta la temprana infancia y rastrear la influencia de dicho período en las etapas posteriores de la vida. Como ya he explicado en muchas ocasiones, el yo existe y actúa desde el momento del nacimiento. Al principio acusa una considerable falta de cohesión y está dominado por mecanismos de escisión. El peligro de ser destruido por el instinto de muerte dirigido contra el sí-mismo contribuye a la disociación de los impulsos en buenos y malos y, en virtud de la proyección de dichos impulsos en el objeto primario, también se disocia a éste en uno bueno y otro malo. En consecuencia, en las etapas más tempranas la parte buena del yo y el objeto bueno están, en cierta medida, protegidos, ya que se evita que la agresión se dirija contra ellos. Estos son los procesos específicos de escisión que, como he señalado, constituyen la base de una seguridad relativa en el bebé muy pequeño, hasta donde es factible lograr seguridad en dicho período;

mientras que otros procesos de escisión, como los que conducen a la fragmentación, son nocivos para el yo y su fortaleza.

Juntamente con la apremiante necesidad de disociar, existe desde el comienzo de la vida una tendencia a la integración, la cual va creciendo a medida que el yo se desarrolla. Este proceso de integración está basado en la introyección del objeto bueno, que inicialmente es un objeto parcial: el pecho de la madre, si bien otros aspectos de ésta también entran a formar parte de la relación más temprana. Si el objeto bueno se establece con relativa firmeza, se convierte en el núcleo central del yo en desarrollo.

Una relación temprana satisfactoria con la madre (la cual no es forzoso que esté basada en la lactancia natural, puesto que el biberón puede también representar simbólicamente al pecho), implica un estrecho contacto entre el inconsciente de la madre y el del niño; esto constituye el principio fundamental de la más plena experiencia de ser comprendido y está esencialmente vinculado a la etapa preverbal. Por gratificador que sea, en el curso de la vida futura, comunicar los propios pensamientos y sentimientos a alguien con quien se congenia, subsiste el anhelo insatisfecho de una comprensión sin palabras, en última instancia, de algo similar a la primitiva relación que se tenía con la madre. Dicho anhelo contribuye al sentimiento de soledad y deriva de la vivencia depresiva de haber sufrido una pérdida irreparable.

Incluso en el mejor de los casos, la relación placentera con la madre y con el pecho de ésta siempre se verá perturbada, ya que inevitablemente surgirá la ansiedad persecutoria. La ansiedad persecutoria está en pleno apogeo durante los tres primeros meses de vida, o sea, el período de la posición esquizo-paranoide; aparece desde el comienzo de la vida como resultado del conflicto entre los instintos de vida y de muerte, al que se suma también la experiencia del nacimiento. Toda vez que surgen violentos impulsos destructivos, la madre y el pecho de ésta se viven en virtud de la proyección como persecutorios, y por lo tanto el bebé experimenta inevitablemente cierta inseguridad, siendo esta inseguridad paranoide una de las causas esenciales de la soledad.

Cuando se alcanza la posición depresiva —por lo común al promediar la primera mitad del primer año de vida—, el yo se encuentra ya más integrado, lo cual se manifiesta en una mayor sensación de totalidad, con lo que el bebé está en mejores condiciones para relacionarse con la madre, y más adelante con otra gente, como una persona total. De este modo la ansiedad paranoide, como elemento constitutivo de la soledad, va siendo reemplazada cada vez más por la ansiedad depresiva. Pero el verdadero proceso de integración acarrea a su vez nuevos problemas, y me propongo analizar aquí algunos de ellos y su relación con la soledad.

Uno de los factores que estimulan la integración es que los procesos de escisión, por cuyo intermedio el yo temprano intenta

contrarrestar la inseguridad, tienen una eficacia sólo transitoria, lo cual impulsa al yo a tratar de contemporizar con los impulsos destructivos. Esta tendencia contribuye a la necesidad de integración ya que, de poder alcanzarla, la integración tendría el efecto de mitigar el odio por medio del amor, reduciendo así la violencia de los impulsos destructivos. El yo sentiría entonces una mayor seguridad, no sólo con respecto a su propia supervivencia, sino también a la de su objeto bueno. Esta es una de las razones por las que la falta de integración resulta tan extremadamente penosa.

Sin embargo, cuesta mucho aceptar la integración. La unión de los impulsos destructivos y amorosos, y de los aspectos buenos y malos del objeto, despierta el temor de que los sentimientos destructivos puedan sofocar los sentimientos amorosos y amenazar al objeto bueno. Así, existe un conflicto entre la búsqueda de la integración como protección contra los impulsos destructivos, y el miedo a la integración por la posibilidad de que los impulsos destructivos amenacen al objeto bueno y a las partes buenas del sí-mismo. He escuchado a algunos pacientes expresar lo doloroso de la integración en términos de sentirse solos y abandonados, de encontrarse absolutamente a solas frente a lo que para ellos era una parte mala del sí-mismo. Y el proceso se vuelve doblemente penoso cuando un superyó cruel ha causado una muy fuerte represión de los impulsos destructivos y pretende mantenerla.

La integración se realiza sólo en forma muy gradual, y es factible que la seguridad que proporciona se vea perturbada en momentos de fuerte presión interna y externa; y esto conserva su validez durante toda la vida. Nunca se llega a una integridad total y permanente, ya que siempre persiste cierta polaridad entre los instintos de vida y de muerte, la cual sigue siendo la causa más profunda de conflicto. Puesto que nunca se logra una integración total, tampoco es posible comprender y aceptar plenamente las propias emociones, fantasías y ansiedades, y esto subsiste como un factor importante en la soledad. El anhelo de comprenderse a sí mismo se encuentra también ligado a la necesidad de ser comprendido por el objeto bueno internalizado. Encontramos una expresión de tal anhelo en la fantasía universal de tener un hermano gemelo, fantasía sobre la que Bion llamó la atención en un trabajo inédito. Según la hipótesis de Bion, esta figura gemela representa a las partes no comprendidas y escindidas y apartadas que el individuo anhela recuperar, con la esperanza de alcanzar totalidad y una comprensión plena; ocasionalmente, dichas partes se viven como partes ideales. En otros casos, el hermano gemelo representa también un objeto interno totalmente confiable, de hecho, idealizado.

Existe además otra relación entre la soledad y el problema de la integración, que es importante considerar en este momento: generalmente se supone que la soledad puede nacer de la convicción de que no se pertenece a ninguna persona o grupo; esta convicción tiene, en

realidad, un significado mucho más profundo. Por mucho que progrese la integración, ésta no logra eliminar la sensación de que no se dispone de ciertos componentes del sí-mismo porque están escindidos y apartados y es imposible recuperarlos. Como veremos más adelante en forma más detallada, algunas de estas partes escindidas y apartadas han sido proyectadas en otras personas, lo cual contribuye a crear la sensación de que no se está en posesión total del propio sí-mismo, que uno no se pertenece por completo a sí mismo ni, por lo tanto, tampoco a nadie más. Además, se tiene la vivencia de que también las partes ausentes se sienten solas.

Ya he señalado que ni siquiera las personas sanas logran superar por completo las ansiedades paranoides y depresivas, las cuales constituyen la base de cierto grado de soledad. Existen considerables diferencias individuales en la manera como se experimenta la soledad. Cuando la ansiedad persecutoria es relativamente intensa, aunque siempre dentro de los límites de la normalidad, es probable que la relación con el objeto bueno interno se vea perturbada, y se lesione la confianza en la parte buena del sí-mismo. En consecuencia, existe una mayor proyección de sentimientos y suspicacias paranoides en los demás, con el consiguiente sentimiento de soledad.

En la verdadera esquizofrenia estos factores están necesariamente presentes, pero en forma muy exacerbada; la falta de integración que, hasta el momento, hemos estado examinando en el campo de la normalidad, aparece ahora en su forma patológica. Indudablemente, todas las características de la posición esquizo-paranoide aparecen aquí en grado superlativo.

Antes de entrar a ocuparnos de la soledad en el esquizofrénico es importante considerar con mayores detalles algunos de los procesos de la posición esquizo-paranoide, en particular la escisión y la identificación proyectiva. La identificación proyectiva está basada en la escisión del yo y en la proyección de partes del sí-mismo en otras personas, primariamente la madre y el pecho de ésta, y deriva de los impulsos orales, anales y uretrales del individuo. En ese mecanismo algunas partes del sí-mismo se expelen omnipotentemente por medio de las sustancias corporales y se proyectan dentro de la madre a fin de controlarla y tomar posesión de ella. De este modo, no se vive a la madre como un individuo separado sino como un aspecto del sí-mismo. Si estos excrementos son expelidos con odio, entonces se vive a la madre como peligrosa y hostil. Pero lo que se escinde y aparta, y se proyecta, no son sólo las partes malas del sí-mismo sino también las buenas. Por lo común, como ya hemos visto, a medida que el yo se desarrolla la escisión y la proyección disminuyen y el yo alcanza una mayor integración. Con todo, si el yo es muy débil —lo cual constituye, a mi juicio, un rasgo congénito— y si han existido problemas en el nacimiento y a comienzos de la vida, entonces la capacidad de integrar —de juntar las partes escindidas y apartadas del yo— será también débil, existiendo además una mayor tendencia a

disociar a fin de evitar la ansiedad que despiertan los impulsos destructivos dirigidos contra el sí-mismo y el mundo externo. Esta incapacidad para tolerar las ansiedades encierra, en consecuencia, una importancia trascendental, ya que no sólo incrementa la necesidad de escindir excesivamente al yo y al objeto, lo cual puede llevar a un estado de fragmentación sino que impide también la elaboración de las ansiedades tempranas.

En el esquizofrénico observamos el efecto de estos procesos no resueltos: él tiene la vivencia de que está irremediablemente reducido a fragmentos, y de que nunca estará en posesión de su sí-mismo. El hecho de encontrarse tan fragmentado le impide internalizar suficientemente a su objeto primario (la madre) como objeto bueno y, por ende, contar con el fundamento necesario para lograr estabilidad; no puede confiar en un objeto bueno interno ni externo, como tampoco puede confiar en su propio sí-mismo. Este factor está vinculado a la soledad, ya que intensifica la vivencia del esquizofrénico de que se ha quedado solo, por así decirlo, con su infortunio. Esta sensación de verse rodeado de un mundo hostil, característica del aspecto paranoide de la esquizofrenia, no sólo incrementa todas las ansiedades del individuo, sino que tiene también un efecto trascendental sobre su sentimiento de soledad.

Otro factor que concurre a la soledad del esquizofrénico es la confusión, producto de una serie de factores, en particular de la fragmentación del yo y del uso excesivo de la identificación proyectiva, de modo que el individuo se siente constantemente no sólo reducido a fragmentos sino también confundido con las demás personas. Así, le resulta imposible hacer una discriminación entre las partes buenas del sí-mismo y las malas, entre el objeto bueno y el malo, y entre la realidad externa y la interna. De este modo, el esquizofrénico no puede comprenderse a sí mismo ni confiar en sí mismo. Estos factores, sumados a su desconfianza paranoide con respecto a los demás, engendran en él un estado de retraimiento que destruye su capacidad de establecer relaciones objetales y de obtener de ellas la reaseguración y el placer que, al fortalecer su yo, podrían contrarrestar su soledad. El anhela establecer relaciones con la gente, pero le resulta imposible hacerlo.

Es importante no subestimar el dolor y el sufrimiento del esquizofrénico, si bien no resulta demasiado fácil detectarlos debido al constante uso defensivo que aquél hace del retraimiento y la dispersión de sus emociones. Sin embargo, tanto yo como algunos de mis colegas, de los que sólo mencionaré al doctor Davidson, el doctor Rosenfeld y la doctora Hanna Segal, que hemos tratado a esquizofrénicos y lo estamos haciendo en la actualidad, conservamos aún cierto optimismo con respecto a los resultados de la terapia. Este optimismo se funda en el hecho de que, incluso en personas tan enfermas como éstas, existe una tendencia a la integración y también

cierta relación, por rudimentaria que sea, con el objeto bueno y el sí-mismo bueno.

Quisiera ocuparme ahora de la soledad característica del predominio de la ansiedad depresiva, en primer lugar dentro del campo de la normalidad. Frecuentemente he señalado que la vida emocional temprana se caracteriza por experiencias recurrentes de pérdida y recuperación. Cada vez que la madre está ausente, el bebé puede tener la vivencia de haberla perdido, ya sea porque está dañada o porque ella se ha convertido en un perseguidor. La sensación de haberla perdido equivale al temor de que haya muerto. En virtud de la introyección, la muerte de la madre externa significa también la muerte del objeto bueno interno, lo cual intensifica el temor que le despierta al bebé la idea de su propia muerte. Si bien estas ansiedades y emociones son más intensas durante el período de la posición depresiva, no es menos cierto que, a lo largo de toda la vida, el miedo a la muerte desempeña un papel importante en la soledad.

Ya he sugerido que el dolor que acompaña a los procesos de integración también contribuye a la soledad, por cuanto significa enfrentarse a los propios impulsos destructivos y a las partes odiadas del sí-mismo, que a veces parecen incontrolables y constituyen, por ende, una amenaza para el objeto bueno. Con la integración y un creciente sentido de realidad, la omnipotencia forzosamente disminuye, lo cual a su vez se suma a lo penoso de la integración, ya que entraña una menor capacidad de esperanza. Si bien existen otras fuentes de esperanza, que nacen de la fortaleza del yo y de la confianza en uno mismo y en los demás, siempre existirá en la esperanza un elemento de omnipotencia.

La integración también significa perder parte de la idealización —tanto con respecto al objeto como a una parte del sí-mismo— que siempre caracterizó a la relación con el objeto bueno. El hecho de tomar conciencia de que el objeto bueno jamás podrá aproximarse siquiera a la perfección que se espera del objeto ideal produce la desidealización; y resulta incluso más doloroso percatarse de que no existe ninguna parte verdaderamente ideal del sí-mismo. En mi experiencia, jamás se renuncia por completo a la necesidad de idealizar, si bien, en el curso del desarrollo normal, el hecho de enfrentarse a la realidad interna y externa tiende a debilitar dicha necesidad. Como lo expresara un paciente, al tiempo que admitía todo el alivio obtenido gracias a algunos progresos en la integración: “el encanto se ha perdido”. El análisis reveló que el encanto que había desaparecido era la idealización del sí-mismo y del objeto, y esta pérdida provocó sentimientos de soledad.

Algunos de estos factores tienen una mayor participación en los procesos mentales característicos de la enfermedad maniaco-depresiva. El paciente maniaco-depresivo ha dado ya algunos pasos hacia la posición depresiva, esto es, percibe al objeto más como un todo, y sus sentimientos de culpa, si bien ligados aún a mecanismos para-

noides, son más intensos y menos fugaces. Por consiguiente experimenta, en mayor medida que el esquizofrénico, el anhelo de tener dentro de sí al objeto bueno a fin de protegerlo y ponerlo a salvo. Pero se siente incapaz de hacerlo puesto que, al mismo tiempo, no ha elaborado suficientemente la posición depresiva, de modo que su capacidad de reparar, de sintetizar al objeto bueno y alcanzar la integración del yo, no se han desarrollado lo suficiente. En la medida en que en su relación con el objeto bueno existe todavía una cantidad considerable de odio y, por consiguiente, de miedo, no está lo bastante capacitado para repararlo, y por lo tanto su relación con dicho objeto no le proporciona alivio sino tan sólo la sensación de ser odiado y no querido, y él siente que su objeto bueno está constantemente expuesto a la amenaza de sus propios impulsos destructivos. El anhelo de poder superar todas estas dificultades respecto del objeto bueno forma parte del sentimiento de soledad. En casos extremos esto se expresa en la tendencia al suicidio.

En las relaciones externas operan procesos similares. El maniaco-depresivo logra sólo ocasionalmente, y en forma muy transitoria, obtener alivio de la relación con una persona sincera, puesto que, como le proyecta casi enseguida su propio odio, resentimiento, envidia y miedo, se encuentra constantemente lleno de desconfianza. En otras palabras, sus ansiedades paranoides siguen siendo muy intensas. Por consiguiente, el sentimiento de soledad del maniaco-depresivo se centra más en su incapacidad para mantener un contacto interno y externo duradero con un objeto bueno, y no tanto en el hecho de estar reducido a fragmentos.

Examinaré a continuación algunas dificultades adicionales de los conflictos entre los elementos masculinos y femeninos en ambos sexos. Sabemos que existe en la bisexualidad un factor biológico, pero lo que me interesa aquí es el aspecto psicológico. En las mujeres existe sin excepción el deseo de ser hombres, el cual se expresa tal vez con máxima claridad en términos de envidia del pene; análogamente, encontramos entre los hombres la posición femenina; el anhelo de poseer pechos y de poder concebir hijos. Estos deseos están ligados a una identificación con ambos progenitores y están acompañados de sentimientos de competencia y de envidia, como también de admiración por las codiciadas posesiones. La intensidad y la calidad de dichas identificaciones varía según prevalezca la admiración o la envidia. En el niño pequeño parte del deseo de integración se manifiesta en la tendencia a integrar estos diferentes aspectos de la personalidad. Además, el superyó impone la conflictual exigencia de identificación con ambos progenitores, apremiado por la necesidad de reparar a causa de tempranos deseos de despojarlos a ambos, y expresando así el deseo de mantenerlos vivos internamente. Si el elemento de culpa predomina, ello dificultará la integración de estas identificaciones. Si, en cambio, dichas identificaciones se realizan de manera satisfactoria, se convierten en una fuente de enriquecimiento y en

punto de partida para el desarrollo de una serie de talentos y capacidades.

A fin de ilustrar las dificultades de este aspecto particular de la integración y su relación con la soledad, citaré el sueño de un paciente. Una niña está jugando con una leona y sostiene con su mano un aro por el que aquélla debe saltar; pero del otro lado del aro se abre un precipicio. La leona obedece y encuentra la muerte. Simultáneamente, un niño mata a una serpiente. Como ya había surgido anteriormente material similar, el paciente mismo reconoció que la niña representaba su parte femenina y el niño su parte masculina. En la situación transferencial la leona presentó muchos puntos de contacto conmigo, de los que sólo daré un ejemplo: en el sueño la niña tenía un gato, y esto condujo a asociaciones acerca de mi propio gato, el cual con frecuencia había aparecido como imagen mía. Al paciente le fue muy penoso admitir que, en razón de que estaba en competencia con mi feminidad, su propósito era destruirme y, en el pasado, destruir a su madre. Este reconocimiento de que una parte de su ser quería matar a la amada leona —la analista—, con lo cual quedaría privado de su objeto bueno, despertó en él sentimientos no sólo de congoja y de culpa, sino también de soledad en la transferencia. Le resultó igualmente mortificante admitir que la rivalidad con su padre lo había impulsado a destruir la potencia y el pene paternos, representados por la serpiente.

Este material nos llevó a una labor analítica muy penosa relacionada con la integración. El sueño de la leona que acabo de relatar había sido precedido por otro en el que la mujer se suicidaba arrojándose al vacío desde un edificio muy alto y, a diferencia de su actitud habitual, el paciente no experimentó ningún tipo de horror. El análisis, que por esa época se centraba en sus dificultades con respecto a la posición femenina, la cual estaba entonces en todo su apogeo, reveló que la mujer representaba su parte femenina, y que él realmente deseaba verla destruida. La vivencia del paciente era que dicha parte femenina no sólo perjudicaría su relación con las mujeres, sino que además lesionaría su masculinidad y todas las tendencias constructivas inherentes a ella, incluyendo la tendencia a reparar a la madre, lo cual se puso de manifiesto en relación con mi persona. Esta propensión a colocar toda su envidia y competencia en su parte femenina era, según se comprobó, una forma de disociar y, simultáneamente, parecía obnubilar la enorme admiración y estima que le merecía la feminidad. Además, era obvio que mientras consideraba que la agresión masculina era comparativamente franca y por lo tanto más sincera, atribuía al lado femenino toda la envidia y la falacia y, como detestaba cualquier tipo de dobles y de mala fe, ello contribuía a sus dificultades en la integración.

El análisis de estas actitudes, retrocediendo hasta llegar a sus más tempranos sentimientos de envidia contra la madre, coadyuvó a una mejor integración de las partes femenina y masculina de su persona-

lidad y a la disminución de la envidia, tanto en el rol masculino como en el femenino. Esto hizo que mejoraran sus relaciones con los demás, ayudándolo así a combatir el sentimiento de soledad.

A continuación presentaré otro ejemplo, tomado del análisis de un paciente, un hombre que no estaba enfermo ni se sentía desdichado y que tenía éxito en su trabajo y en sus relaciones. Tenía conciencia de que en su infancia siempre se había sentido muy solo, y que ese sentimiento de soledad nunca había desaparecido totalmente. El amor a la naturaleza había constituido una característica importante de las sublimaciones de este paciente. Ya desde muy pequeño, el hecho de estar al aire libre lo ponía siempre alegre y contento. En una sesión me manifestó cuánto había disfrutado de un paseo por entre las colinas, y la repugnancia que sintió al llegar a la ciudad. Le interpreté, como ya lo había hecho anteriormente, que la naturaleza representaba para él no solo la belleza sino también la bondad, de hecho, el objeto bueno que había incorporado dentro suyo. Después de una pausa me replicó que creía que yo estaba en lo cierto, pero que la naturaleza no era únicamente bondad, ya que siempre existe en ella una considerable dosis de agresión. Del mismo modo —añadió— su propia relación con la naturaleza no era tampoco enteramente buena, y en prueba de ello me refirió que cuando era niño solía robar nidos, pese a que su mayor aspiración siempre fue cultivar algo. Y añadió que, al amar a la naturaleza, en realidad había “incorporado un objeto integrado”.

Para poder comprender cómo había logrado el paciente superar su soledad en relación con el campo, mientras que seguía experimentándola con respecto a la ciudad, será preciso que examinemos detenidamente algunas de sus asociaciones relativas a su niñez y a la naturaleza. Me dijo que se suponía que había sido un bebé feliz, bien alimentado por su madre, cosa que se vio corroborada —sobre todo en la situación transferencial— por abundante material. Muy pronto se había percatado de su inquietud con respecto a la salud de su madre, como también del resentimiento que le provocaba la actitud más bien disciplinaria de aquella. A pesar de esto, su relación con la madre fue feliz en muchos sentidos y él siguió profesándole afecto; pero dentro de su casa se sentía como aprisionado, y tenía conciencia de que experimentaba un perentorio anhelo de estar al aire libre. Parecía haber desarrollado una precoz admiración por las bellezas de la naturaleza, y tan pronto como obtuvo mayor libertad para estar al aire libre esto se transformó en su mayor pasión. Me relató cómo, junto con unos amigos, solía emplear su tiempo libre vagando por los bosques y praderas. Me confesó alguna que otra agresión relacionada con la naturaleza, como por ejemplo haber robado nidos y estropeado cercas; pero al mismo tiempo abrigaba el convencimiento de que tales destrozos no serían duraderos, ya que la naturaleza siempre se restauraba a sí misma. Juzgaba que la naturaleza era opulenta e invulnerable, actitud que contrastaba extraordinariamente

con la que exhibía hacia su madre. La relación con la naturaleza parecía estar relativamente exenta de culpa, en tanto que la relación con su madre —de cuya fragilidad se sentía responsable por motivos inconscientes— exhibía una considerable dosis de culpa.

Este material me permitió llegar a la conclusión de que, en alguna medida, él había introyectado a la madre como objeto bueno y había alcanzado cierto grado de síntesis entre los sentimientos amorosos y los sentimientos hostiles que experimentaba hacia ella. También logró un nivel de integración bastante aceptable, pero éste se vio afectado por una ansiedad persecutoria y depresiva relacionada con sus padres. Su relación con el padre había sido muy importante para su desarrollo, pero no pertenece al material concreto que estamos examinando aquí.

Me he referido a la necesidad obsesiva que experimentaba este paciente de estar al aire libre, necesidad que estaba vinculada a su claustrofobia. Como ya he explicado en otra ocasión, la claustrofobia tiene dos grandes fuentes de origen: la identificación proyectiva con la madre, que provoca el temor de quedar aprisionado dentro de ella; y la reintroyección, cuyo corolario es la sensación de que, dentro de sí mismo, está aprisionado por los objetos internos vengativos. En lo que respecta a este paciente yo diría que su huida hacia la naturaleza era una defensa contra estas dos situaciones de ansiedad. En cierto sentido, su amor por la naturaleza estaba escindido y apartado de la relación con su madre, siendo la desidealización de esta última lo que lo llevó a transferir su idealización a la naturaleza. En todo lo concerniente a su casa y a su madre, él se sentía tremendamente solo, y este sentimiento de soledad era el causante de su fuerte aversión a la ciudad. La libertad y la felicidad que encontraba en la naturaleza no constituían tan sólo una fuente de placer, fruto de un profundo sentido de la belleza y vinculada a la sensibilidad artística, sino también un medio de contrarrestar la soledad esencial que nunca lo había abandonado por completo.

En otra ocasión el paciente relató, con bastante culpa, que durante un viaje al campo había atrapado un ratón campestre, colocándolo luego dentro de una caja en el baúl del automóvil para llevárselo de regalo a su hijo menor, a quien sin duda le encantaría tenerlo como mascota. El paciente se olvidó completamente del ratón, y no fue sino al día siguiente que recordó su existencia. Todos los intentos de encontrarlo fueron infructuosos, ya que el ratón había roído la caja, eligiendo como escondite el rincón más apartado del baúl del coche, lugar donde estaba fuera de todo alcance. Finalmente, luego de haber realizado denodados esfuerzos para atraparlo, el paciente comprobó que el ratón había muerto. La culpa que experimentó por haberse olvidado del ratón campestre, ocasionándole la muerte, lo llevó, en el curso de las siguientes sesiones, a asociaciones con personas fallecidas, de cuya muerte él se sentía en alguna medida responsable, si bien no por motivos racionales.

En las sesiones posteriores surgieron innumerables asociaciones con el ratón campestre, el cual parecía desempeñar una serie de roles diferentes: representaba una parte escindida y apartada del paciente, solitaria y deprivada. Mediante la identificación con su hijo se sentía, además, privado de un compañero potencial. Varias asociaciones revelaron que, durante toda su infancia, el paciente había anhelado vehementemente tener un compañero de juegos de su misma edad; anhelo que trascendía la necesidad concreta de compañía externa y era fruto de la sensación de no poder recuperar las partes escindidas y apartadas del sí-mismo. El ratón campestre también representaba su objeto bueno, que él había encerrado en su interior —simbolizado por el automóvil— y acerca del cual se sentía culpable, y temía también que pudiera volverse retaliatorio. Otra de sus asociaciones, relacionada con la negligencia, fue que el ratón campestre representaba además la imagen de una mujer abandonada. Esta asociación surgió después de un período de vacaciones; significaba que no sólo él había sido abandonado por la analista, sino que también ella se había sentido sola y abandonada. El material mismo puso en evidencia la vinculación que existía con sentimientos similares hacia su madre, así como la conclusión de que él llevaba dentro de sí un objeto muerto o solitario, lo cual incrementaba su soledad.

El material proporcionado por este paciente fundamenta mi teoría de que existe una relación entre la soledad y la incapacidad de integrar suficientemente tanto al objeto bueno como a partes del sí-mismo, a las que se vive como inaccesibles.

Entraré ahora a examinar más a fondo todos aquellos factores que normalmente mitigan la soledad. La internalización relativamente firme del pecho bueno es característica de cierta fortaleza innata del yo. Un yo fuerte tiene menores posibilidades de fragmentarse y, por consiguiente, cuenta con una mayor capacidad para alcanzar cierto grado de integración y una buena relación temprana con el objeto primario. Además, la internalización exitosa del objeto bueno constituye la base de la identificación con éste, la cual fortalece la sensación de bondad y confianza, tanto en el objeto como en el sí-mismo. Esta identificación con el objeto bueno aplaca los impulsos destructivos y reduce también de este modo la severidad del superyó. Un superyó menos severo no le impone al yo exigencias tan rigurosas, lo cual engendra la tolerancia y la capacidad de aceptar los defectos de los objetos amados sin que resulte afectada la relación que con ellos se tiene.

La disminución de la omnipotencia, que sobreviene con los progresos en la integración y ocasiona cierta pérdida de esperanza, facilita sin embargo la discriminación entre los impulsos destructivos y sus efectos, con lo cual la agresividad y el odio ya no se viven como algo tan peligroso. Esta mayor adaptación a la realidad conduce a la aceptación de los propios defectos y, en consecuencia, disminuye el resentimiento por las pasadas frustraciones. También abre el acceso

a fuentes de gozo en el mundo externo, constituyéndose así en otro factor que reduce la soledad.

La relación satisfactoria con el primer objeto y la exitosa internalización de éste significa que se puede dar y recibir amor. Como resultado, el bebé puede gozar no sólo cuando se alimenta sino también en respuesta a la presencia y al afecto de la madre. El recuerdo de estas felices experiencias representa una valiosa ayuda para el niño pequeño cuando éste se siente frustrado, porque está ligado a la esperanza de que habrá otros momentos felices. Además, existe un vínculo muy estrecho entre el goce y la sensación de comprender y ser comprendido. En el momento del goce la ansiedad se apacigua y lo que prevalece es la contigüidad a la madre y la confianza en ella. La identificación introyectiva y la identificación proyectiva, cuando no son excesivas, desempeñan un papel importante en esta sensación de contigüidad, porque subyacen a la capacidad de comprender y contribuyen a la experiencia de ser comprendido.

El goce siempre está ligado a la gratitud; si ésta es profunda incluye el deseo de retribuir la bondad recibida y representa así la base de la generosidad. Siempre existe una estrecha relación entre la capacidad de recibir y la capacidad de dar, y ambas forman parte de la relación con el objeto bueno y, por lo tanto, contrarrestan la soledad. Además, el sentimiento de generosidad subyace a la creatividad, y esto se aplica tanto a las más primitivas actividades constructivas del bebé como a la creatividad del adulto.

La capacidad de gozar constituye además la condición previa necesaria para cierta medida de resignación, la cual permite gozar de aquello que resulta accesible, sin sentir una avidez desmesurada con respecto a gratificaciones inalcanzables ni un excesivo resentimiento frente a la frustración. Ya en algunos bebés pequeños puede observarse tal adaptación. La resignación está ligada a la tolerancia y a la sensación de que los impulsos destructivos no predominarán sobre el amor y que, por ende, la bondad y la vida estarán a salvo.

El niño que, a pesar de cierta dosis de envidia y de celos, puede identificarse con el placer de las gratificaciones de otros miembros de su círculo familiar también será capaz de hacerlo en relación con otra gente en su vida futura. Al llegar a la vejez podrá entonces invertir la situación primitiva e identificarse con las satisfacciones de los jóvenes. Esto sólo puede darse si existe gratitud por los placeres del pasado, sin demasiado resentimiento por el hecho de que ya no están a su alcance.

Todos los factores del desarrollo que he delineado aquí, si bien mitigan el sentimiento de soledad, no logran eliminarlo por completo; así existe la posibilidad de que sean utilizados como defensas. Cuando tales defensas son muy poderosas y logran ensamblarse perfectamente entre sí es factible que la soledad no llegue a experimentarse en forma consciente. Algunos bebés utilizan la dependencia extrema con respecto a la madre como defensa contra la soledad, en

cuyo caso la necesidad de dependencia subsiste como patrón durante toda la vida. Por otra parte, la huida hacia el objeto interno, que puede expresarse en la temprana infancia mediante la gratificación alucinatoria, se emplea a menudo defensivamente en un intento de contrarrestar la dependencia con respecto al objeto externo. En algunos adultos esta actitud conduce a un rechazo de toda relación amistosa, lo cual, en casos extremos, es un síntoma de enfermedad.

La tendencia a la independencia, que forma parte de la maduración, puede ser utilizada en forma defensiva con el propósito de superar la soledad. La disminución de la dependencia con respecto al objeto hace que el individuo sea menos vulnerable y también contrarreste la necesidad de una excesiva contigüidad, tanto interna como externa, con respecto a las personas amadas.

Otra defensa, que se utiliza especialmente en la vejez, consiste en vivir abstraído en el pasado a fin de eludir las frustraciones del presente. En esos recuerdos forzosamente debe existir cierta idealización del pasado, la cual se coloca al servicio de la defensa. En los jóvenes la idealización del futuro cumple un propósito semejante. Cierta grado de idealización de personas y causas representa una defensa normal y forma parte de la búsqueda de objetos internos idealizados, la cual es proyectada en el mundo externo.

El éxito y la valorización de los demás —originalmente la necesidad infantil de ser apreciado por la madre— pueden ser empleados como defensa contra la soledad; pero este método pierde eficacia si se lo utiliza con exceso, ya que en ese caso no se afianzaría suficientemente la confianza en uno mismo. Otra defensa que está ligada a la omnipotencia y forma parte de la defensa maniaca, es un uso particular de la capacidad de tolerar la postergación de algo anhelado; esto puede llevar a un exceso de optimismo y a una falta de iniciativa, y puede estar ligado a un sentido de realidad deficiente.

La negación de la soledad, que con tanta frecuencia se emplea como defensa, probablemente dificulte las buenas relaciones objetales, en contraste con una actitud en la que la soledad se experimenta realmente, convirtiéndose en estímulo para las relaciones objetales.

Por último, quisiera señalar por qué resulta tan difícil determinar la importancia relativa de las influencias internas y externas como agentes causales de la soledad. Hasta aquí me he ocupado particularmente de los aspectos internos, pero éstos no existen en el vacío. Se da, en la vida mental, una constante interacción entre factores internos y externos, basada en los procesos de proyección e introyección, los cuales inauguran las relaciones objetales.

El primer impacto poderoso que el mundo externo le impone al bebé son los diversos tipos de molestias inherentes al nacimiento y que él atribuye a fuerzas persecutorias y hostiles. Estas ansiedades paranoides entran a formar parte de su situación interna. Los factores internos también actúan desde el principio: el conflicto entre el instinto de vida y el instinto de muerte engendra la desviación del ins-

tinto de muerte hacia afuera, hecho que, en opinión de Freud, inaugura la proyección de los impulsos destructivos. Con todo, mi teoría es que simultáneamente la tendencia del instinto de vida, que lo impulsa a tratar de encontrar un objeto bueno en el mundo externo, hace que se proyecten también los impulsos amorosos. De este modo, el cuadro del mundo externo —representado inicialmente por la madre y en particular por el pecho de ésta, y basado en experiencias concretas, tanto buenas como malas, en relación con ella— se ve teñido por factores internos. Mediante la introyección, este cuadro del mundo externo afecta al mundo interno. Pero no sólo los sentimientos del bebé con respecto al mundo externo se ven teñidos por la proyección de éste, sino que la relación concreta que la madre tiene con su hijo se ve también afectada, de maneras indirectas y sutiles, por la respuesta de éste. Un bebé satisfecho, que succiona el pecho con fruición, calma la ansiedad de su madre; a su vez, la felicidad de la madre se trasunta en su forma de manejarlo y alimentarlo, con lo cual reduce la ansiedad persecutoria de su bebé y estimula su capacidad para internalizar el pecho bueno. En contraste, un bebé que tiene dificultades de tipo alimentario puede despertar ansiedad y culpa en su madre, y ejercer así una influencia desfavorable sobre la relación que ella tiene con él. Con estas distintas variantes, existe una constante interacción entre el mundo interno y el mundo externo, interacción que subsiste a lo largo de toda la vida.

La acción recíproca de factores externos e internos influye considerablemente en el incremento o la disminución del sentimiento de soledad. La internalización de un pecho bueno, que sólo puede darse como resultado de una interacción favorable entre los elementos internos y los externos, constituye una base para la integración, la cual, como ya he señalado, es uno de los factores que más contribuyen a la disminución del sentimiento de soledad. Además, es bien sabido que cuando en el desarrollo normal se experimentan intensos sentimientos de soledad surge la poderosa necesidad de recurrir a objetos externos, puesto que las relaciones externas alivian parcialmente la soledad. Las influencias externas, sobre todo la actitud de personas que son importantes para el individuo, pueden lograr por otros modos que disminuya la soledad. Por ejemplo, el hecho de tener una relación básicamente buena con los padres permite tolerar mejor la pérdida de la idealización y la disminución del sentimiento de omnipotencia. Al aceptar los padres la existencia de impulsos destructivos en el niño y demostrarle que son capaces de protegerse de su agresividad pueden atenuar la ansiedad que aquél experimenta con respecto a los efectos de sus deseos hostiles. Como resultado, se tiene la vivencia de que el objeto es menos vulnerable y el sí-mismo menos destructivo.

Sólo mencionaré someramente aquí la importancia del superyó en relación con todos estos procesos. Un superyó rígido no puede nunca ser sentido como indulgente para con los impulsos destructi-

vos; de hecho, lo que pretende es que no existan. Si bien el superyó se construye en gran medida a partir de una parte escindida y apartada del yo, sobre la cual se proyectan los impulsos, también se ve inevitablemente afectado por la introyección de las personalidades de los padres reales y de la relación que éstos tienen con el bebé. Cuanto más severo es el superyó, tanto más intensa será la soledad, ya que las rigurosas imposiciones de aquél acrecientan las ansiedades depresivas y paranoides.

Para concluir, formularé nuevamente mi hipótesis de que si bien las influencias externas pueden llegar a reducir o a intensificar la soledad, ésta nunca logra eliminarse por completo, en razón de que la tendencia a la integración y el dolor que se experimenta durante el proceso de integración emanan de fuentes internas que siguen ejerciendo su influjo durante toda la vida.

CONTRIBUCIONES BREVES

La importancia de las palabras en el análisis temprano (1927)

He señalado en mis trabajos y conferencias que en su forma de expresión el niño difiere del adulto en que actúa y dramatiza sus pensamientos y fantasías. Pero eso no significa que las palabras no sean de gran importancia, en la medida en que el niño las domine. Daré un ejemplo: un niño de cinco años con gran represión de sus fantasías había sido analizado durante un tiempo. La mayor parte del material lo había traído mediante el juego, pero tendía a no darse cuenta de ello. Un día me pidió jugar al comercio y que yo fuese quien vendía. Utilicé una técnica que es importante para el niño que no está preparado para comunicar sus asociaciones. Le pregunté quién debía ser, una señora o un señor, puesto que tendría que dirigirse a mí al entrar al negocio. Me dijo que debía ser "el señor Cookey-Caker" (Cocinerito-Tortero) y pronto encontramos que lo que quería significar era aquel que cocina tortas. Yo debía vender locomotoras, que representaban para él el nuevo pene. A sí mismo se llamó "el señor Kicker" (pateador) y enseguida se dio cuenta de que eso significaba patear a alguien. Le pregunté adónde había ido el señor Cookey-Caker. Me respondió: "Se ha ido a algún lado". Pronto comprendió que el Sr. Cookey-Caker había muerto por sus patadas. "Cocinar tortas" representaba para él hacer niños de manera oral y anal. Luego de la interpretación se dio cuenta de su agresión al padre y esta fantasía abrió camino a otras en las que la persona contra quien peleaba era siempre el señor Cookey-Caker. La palabra "Cookey-Caker" es el puente hacia la realidad que el niño evita mientras trae sus fantasías sólo mediante el juego. Siempre representa un progreso el hecho de que el niño reconozca la realidad de los objetos a través de sus propias palabras.

Para sustentar mis comentarios sobre el sueño comunicado por el Dr. Bryan, me debo referir a ciertas propuestas teóricas que presenté en mi trabajo para el último Congreso ("Estadios tempranos del conflicto edípico"), y que desarrollé más detalladamente en las clases que dicté aquí en otoño.

En uno de los estadios tempranos del conflicto edípico, el deseo de tener relaciones sexuales con la madre y enfrentar al padre se expresa en términos de los impulsos instintivos oral y anal-sádicos, que predominan en esta fase del desarrollo. El niño tiene la idea de que penetrando el útero de la madre lo destruye y se deshace del pene del padre. Este, de acuerdo con una típica teoría sexual infantil, estaría permanentemente presente en el útero (siendo el pene del padre la corporización de todo el padre en este estadio). El modo como lo destruye es devorándolo.

Entremezclada con esta tendencia pero reconocible como diferente hay otra cuyo fin es el mismo, es decir, destruir el útero materno y devorar el pene, pero cuyo basamento es una identificación oral y anal-sádica con la madre. De ella surge el deseo del niño de robar del cuerpo materno las heces, los niños y el pene del padre. La angustia en este nivel es muy aguda, puesto que está referida a la unión del padre y la madre, representados por el útero y el pene, y ya he señalado que esta angustia es la base fundamental de graves enfermedades mentales.

Mediante el análisis de niños he aprendido que el terror a la mujer con pene (que tanta importancia tiene en la impotencia masculina) es en realidad temor a la madre en cuyo cuerpo se asume que está el pene paterno. El temor al padre (o a su pene) contenido en la madre, se desplaza al temor a la madre. Mediante este desplazamiento, la angustia vinculada a ella y que proviene de las tendencias destructivas dirigidas contra su cuerpo es notablemente reforzada.

En el interesante caso presentado por el Dr. Bryan se expresa claramente esta angustia. La madre, que en el sueño domina al paciente, le exige que devuelva el dinero que le ha robado, y el hecho de que robara dinero sólo a mujeres, muestra claramente la compulsión a robar los contenidos del útero. De especial importancia también es el uso que le daba al dinero robado. Es evidente que el paciente robaba el dinero para arrojarlo por el inodoro, y la naturaleza obsesiva de esta conducta puede explicarse por su angustia por reparar, por devolver a la madre (o al útero), representada por el inodoro, lo que había robado.

Una de mis pacientes, en la que se probó que su grave neurosis provenía de la angustia de que la madre destruyera su cuerpo, tuvo el siguiente sueño: "Ella estaba en un baño y escuchó pasos; arrojó entonces el contenido de una canasta (que representaba, como luego descubrimos, heces, niños y el pene) rápidamente al inodoro. Pudo

tirar el agua antes de que entrara la madre. Su madre se había lastimado el ano y ella la ayudaba a curar la herida." En este caso los impulsos destructivos contra la madre habían hallado su expresión en forma de la lesión del ano.

No sólo fueron los robos de dinero, entonces, una repetición de tempranos deseos anal-sádicos de robar a la madre, sino que también eran provocados por la compulsión, motivada por la angustia, de repararla por esos robos tempranos y devolver lo robado. Este último deseo se expresa por arrojar el dinero en el inodoro.

El papel desempeñado por el padre en la angustia del paciente es menos obvio, aunque puede demostrarse. Como he dicho, el temor que sólo parece referirse a la madre también implica miedo al padre (pene). Además, los robos se realizaron a continuación de una charla con el patrón del paciente sobre las estafas en general, en la cual el jefe le expresó su particular reprobación por delitos de esa clase. Esto demuestra claramente cómo la necesidad de ser castigado por el padre contribuyó en gran parte a que el paciente cometiera el delito. Más aun, lo que lo llevó a último momento a reparar fue que temió ser descubierto por otro hombre, un nuevo empleado; éste también representaba al padre, y lo que impidió al paciente entrar en lucha (ser castigado) con el padre, hacia lo cual lo impelia su intolerable angustia, fue precisamente su angustia por el padre.

A estos comentarios que hice cuando se presentó el sueño, me gustaría agregar otros respecto de la historia del paciente, de la que me he enterado recientemente. El temor infantil del paciente a la bruja sobre la escoba, que lo lastimaría con algún instrumento y lo cegaría, o lo volvería sordomudo, representa su temor a la madre con pene. En su fuga él viajó a Escocia hacia la bruja, ostensiblemente porque su angustia, ahora intolerable, lo impelia a tratar de arreglar las cosas con ella. Con todo, en cuanto su afán de reconciliación era con el padre dentro de la madre, se hace claro por qué antes del viaje tuvo la fantasía de defender a una muchacha del asalto sexual de un hombre. El objetivo de su viaje era alcanzar el "sombrero" de la bruja (el pene). Pero al igual que más tarde, en ocasión de los robos, a último momento se retuvo por el temor del otro hombre, así en este viaje no alcanzó su objetivo final: una pelea con el pene del padre. Al llegar a Edimburgo enfermó. Sus asociaciones mostraron que esta ciudad representaba los genitales de la bruja; el significado era, pues, que no debía avanzar más adentro. Esta angustia está acorde también con la impotencia del paciente.

Como señaló el Dr. Bryan, el sueño de angustia a continuación de la visita al dentista se basaba en la identificación con la madre. Su temor a una terrible destrucción, una explosión, se debía a la naturaleza anal-sádica de su identificación. Puesto que el paciente asumía que su incapacidad de engendrar niños se debía a haber destruido y robado el útero materno, anticipaba una destrucción similar de su propio cuerpo. Las acciones del dentista representan la castración

por el padre ligada a su identificación con la madre. Esto también aparece en el recuerdo que surgió cuando el paciente relató su sueño. Se vio parado en cierto lugar de un parque contra el cual la madre lo había prevenido particularmente. Le dijo que hombres malos podían atacarlo, de lo cual él dedujo que podían robarle el reloj.

La duda del paciente sobre cuándo y cómo podía o debía dejar el parque se relaciona, como dice el Dr. Bryan en sus conclusiones, con su angustia de ser atacado por el padre durante el coito con la madre, tanto dentro como fuera del cuerpo de la madre.

Deducciones teóricas de un análisis de dementia praecox en la temprana infancia (1929)

El caso de un niño demente de cuatro años de edad es la base de mi investigación en la que mostré que la prematura y excesiva defensa del yo contra el sadismo, en ciertas circunstancias, impide el desarrollo del yo y la instauración de las relaciones con la realidad.

Crítica de "Woman's Periodicity" de Mary Chadwick (1933)

Al comenzar, la autora nos remonta a la época prehistórica y nos muestra el papel que tuvo la menstruación para el hombre y la mujer, para la familia restringida o ampliada, para las comunidades pequeñas o grandes. La menstruación siempre fue considerada por los hombres como un hecho peligroso ante el cual reaccionaban con temor, angustia y desprecio. Prevaleció la creencia de que el contacto con una mujer que menstrúa es dañino, por lo que se impusieron severas restricciones para separar a la mujer "impura" de la comunidad por varios días. La forma en que se la excluía dependía de las diferentes tribus. Este exilio de la mujer que menstrúa es una breve repetición de la exclusión de las adolescentes de la comunidad, de acuerdo con los ritos de la pubertad, exclusión que puede durar meses y hasta años y que aún se encuentra en tribus primitivas.

Chadwick muestra convincentemente que el temor de los primitivos a la mujer que menstrúa es el miedo a la venganza de ciertos demonios, y que esto es igual a la angustia de castración. Además demuestra cómo otro grupo de fenómenos en épocas posteriores tienen el mismo origen, por ejemplo el miedo a las brujas que llevó hasta a quemarlas. Aun en la actualidad ciertas exigencias y prohibiciones religiosas tienen la misma motivación. Esta angustia se expresa también en ciertas supersticiones, como la de que las flores que son tocadas por una mujer que menstrúa se marchitan.

Luego de esta introducción, la autora se refiere al presente y a lo individual y una vez más muestra que todos debemos enfrentar angustias similares. Se basan en el reconocimiento de la diferencia entre los sexos y las señales "amenazantes" del ciclo femenino de hemorragias regulares. Tarde o temprano todo niño descubre que los

sexos son diferentes y que la mujer menstrúa. Consciente o inconscientemente este conocimiento provoca ideas angustiosas sobre la integridad de sus propios genitales. Cada uno reacciona frente a este conocimiento de acuerdo con su propia constitución, su desarrollo y su posible neurosis.

Chadwick describe en detalle lo que sucede en la mujer, el hombre, los niños, el personal, etc., ya sea de modo manifiesto o latente, en ciclos periódicos regulares, antes, durante o después de la menstruación de la mujer. Enfatiza las peleas entre los distintos miembros de la familia causada por la tendencia a la depresión y por la tensión nerviosa general de la mujer que menstrúa.

Este libro describe dramáticamente cómo las actitudes comunes y neuróticas del hombre y de la mujer respecto de la menstruación se transmiten a los niños y cómo ellos, a su vez, demuestran el mismo tipo de perturbaciones cuando crecen, básicamente a causa de la identificación, y cómo transmiten los mismos problemas a la nueva generación. De ese modo la neurosis es transmitida de generación en generación. Este libro provee a padres y maestros una interesante información y puede ayudarlos a comprender mejor este problema y a modificar sus actitudes, con lo que se podría prevenir de ulteriores daños a la generación siguiente.

Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario (1942)

La Dra. Karin Stephen ha expuesto lúcidamente algunos aspectos de la posición psicoanalítica. Hay otros que no cubrió, sin embargo, y que me parecen pertinentes, tanto en relación con el origen del superyó como con la tesis del Dr. Waddington.

Resumiré algunos hechos que he descubierto mediante el análisis de niños y acerca de los cuales quiero llamar vuestra atención.

El sentimiento de "bueno" surge en la mente del niño por la experiencia de sensaciones *placenteras* o, por lo menos, por verse libre de estímulos dolorosos externos e internos. Por lo tanto, la comida es particularmente buena puesto que produce gratificación y alivio. Malo es aquello que causa *dolor* y tensión, no gratifica las necesidades ni los deseos. Desde que al comienzo no existe casi la diferenciación "yo", "no yo", lo bueno interno y externo y lo malo interno y externo son para el niño casi idénticos. Muy pronto el concepto (aunque esta palabra abstracta no refleja el proceso, que es mayormente inconsciente y emocional) de bueno y el de malo se extienden a la gente que lo rodea. Los padres se ven imbuidos de bondad y maldad de acuerdo con los sentimientos del niño; luego son vueltos a internalizar en el yo y, en la mente, su influencia determina la concepción individual de bueno y malo. Este movimiento de ida y vuelta entre la proyección y la introyección es un proceso continuo mediante el cual, en los primeros años, se establecen las relaciones con personas y al mismo tiempo se va instaurando el superyó.

La capacidad del niño de instaurar en su mente en primer lugar a sus padres y luego a otra gente como si fueran parte de sí mismo se debe a dos causas: por un lado, los estímulos externos e internos al comienzo son indiferenciados e intercambiables; por el otro, la avidez del bebé, su deseo de internalizar lo bueno externo, aumenta los procesos de introyección de tal modo que ciertas experiencias del mundo externo simultáneamente se hacen parte de su mundo interno.

Los primeros sentimientos de amor y de odio del bebé se centran en la madre. El amor se desarrolla como respuesta a su amor y cuidado; el odio y la agresión son estimulados por la frustración y la incomodidad. Al mismo tiempo, la madre se convierte en el objeto sobre quien proyecta sus propias emociones. Al atribuir a sus padres sus propias tendencias sádicas desarrolla el aspecto cruel de su superyó (como ya señaló la Dra. Stephen); pero también proyecta en las personas de su ambiente sus sentimientos de amor y así desarrolla la imagen de padres buenos y amantes. Desde el primer día de vida estos procesos son influidos por las actitudes reales de la gente que lo cuida, y las experiencias externas interactúan con las internas constantemente. Al dotar a sus padres con sus sentimientos amorosos y construir luego un "yo ideal", el niño lo hace impulsado por necesidades mentales y físicas imperativas. Moriría sin el cuidado y el alimento maternos, y todo su bienestar mental y su desarrollo dependen de que pueda establecer firmemente en su psique la existencia de figuras buenas y protectoras.

Los distintos aspectos de su superyó derivan del modo como concibe a sus padres durante su desarrollo. Otro importante elemento en la formación del superyó son sus sentimientos de rechazo a sus propias tendencias agresivas, rechazo que experimenta inconscientemente en los primeros meses de vida. ¿Cómo explicamos esta lucha tan temprana de una parte de la mente contra otra, esta tendencia a la autocondena que es la raíz de la conciencia? Un motivo poderoso es el temor inconsciente de que sus impulsos violentos prevalezcan y produzcan la destrucción de sus padres y de sí mismo; no olvidemos que en su mente sus deseos y sentimientos son omnipotentes y que los dos padres se han convertido en una parte integral de sí mismo (superyó).

El abrumador miedo de perder a aquellos que ama y necesita pone en marcha en su mente no sólo la restricción de su agresión sino la tendencia a preservar a los objetos que ataca en su fantasía, a repararlos por los daños causados. Esta tendencia a reparar da impulso y dirección a la creatividad y a todas las actividades constructivas. Algo más se añade a la concepción de bueno y malo: "bueno" es también aquello que preserva, repara o recrea los objetos amenazados por su odio o que fueron dañados por su agresión; "malo" es su odio dañino.

Las actividades constructivas y creadoras, los sentimientos sociales y cooperativos son sentidos entonces como moralmente

buenos y son, por consiguiente, los medios más importantes para superar los sentimientos de culpa. Cuando se han unido los distintos aspectos del superyó (como sucede en personas maduras y equilibradas), el sentimiento de culpa no ha desaparecido, sino que, en unión con los medios para neutralizarlo, se ha integrado a la personalidad. Si la culpa es muy intensa y no puede manejarse adecuadamente, puede llevar a acciones que generen más culpa (como en los criminales) y ser la causa de desarrollos anormales de todo tipo.

Cuando en la mente se han afirmado los imperativos "No matarás" (en especial los objetos amados) y "Salvarás de la destrucción" (también a los objetos amados, y en especial de la agresión del propio niño), se establece una pauta ética que es universal y el rudimento de todos los sistemas éticos, pese a todas las variantes y distorsiones y aun reversiones de dichos imperativos. El objeto amado original puede ser reemplazado por cualquiera de los múltiples objetos de interés humano: un principio abstracto o un problema pueden representarlo, y ese interés parecerá entonces muy alejado de los sentimientos éticos. Un coleccionista, un inventor o un científico pueden sentirse capaces de cometer un crimen para lograr su propósito; en su mente, este particular interés o problema representa en su inconsciente el objeto amado original y por consiguiente debe ser salvado o recreado; todo aquello que lo impida es malo.

Un primer ejemplo de distorsión, de transformación en lo opuesto, es la actitud nazi. Allí la agresión y el agresor son amados y admirados, y los objetos atacados son malvados y por lo tanto deben ser destruidos. La explicación de esta reversión podemos hallarla en la temprana relación inconsciente hacia las primeras personas atacadas y dañadas en la fantasía. El objeto se torna en perseguidor potencial porque se teme que la retaliación venga con los mismos medios con que se atacó. La persona dañada, sin embargo, es idéntica a la persona amada que debe ser protegida y reparada. El miedo excesivo tiende a aumentar la concepción de que la persona dañada es un enemigo, y entonces el odio prevalecerá sobre el amor; además, el amor será distribuido de manera que provocará una depravación del superyó.

Debo mencionar aun un paso más en la evolución de lo bueno y lo malo en la mente individual. Como ya señaló la Dra. Stephen, la madurez y la salud mental son "buenas". (La madurez armoniosa, sin embargo, aunque "buena" en sí misma, no es la única condición para la "bondad" adulta, pues hay varios órdenes de "bondades", aun en gente cuyo equilibrio mental está perturbado.) El equilibrio mental y la armonía, también la felicidad y la alegría, implican que el superyó se ha integrado al yo, lo que a su vez significa que los conflictos entre ambos han disminuido y que estamos en paz con el superyó. Esto implica haber logrado armonía con los que amamos y odiamos por primera vez y de quienes deriva el superyó. Hemos recorrido un largo camino desde los tempranos conflictos y emociones,

y los objetos de nuestro interés y nuestros objetivos han cambiado muchas veces, siendo cada vez más elaborados y transformándose en el proceso. Por mas alejados que nos sintamos de nuestra dependencia primaria, por más satisfechos que nos hallemos por la realización de nuestras exigencias éticas, en la profundidad de nuestra mente persisten nuestros primeros deseos de preservar y salvar a nuestros padres y de reconciliarnos con ellos. Existen muchas maneras de obtener satisfacción ética, mediante objetivos sociales y cooperativos, o aun por intereses muy alejados del mundo externo y, sin embargo, cuando mediante su consecución experimentamos el sentimiento de bondad moral, en nuestra mente inconsciente lo que realizamos es la reconciliación con los objetos originales de nuestro amor.

NOTAS ACLARATORIAS¹

Notas sobre algunos mecanismos esquizoides (1946)

Es éste uno de los trabajos más importantes de Melanie Klein. En él expone por primera vez en forma detallada los procesos psíquicos que tienen lugar en los primeros tres meses de vida. Este período, que había llamado antes "posición paranoide" y que aquí denomina "posición esquizo-paranoide" (véase la nota de pág. 11), sólo había sido descrito a grandes rasgos en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), como contraste con la posición depresiva.

En el artículo que aquí comentamos, al estudiar las características del primer yo y la forma de sus relaciones objetales y ansiedades, Melanie Klein esclarece la naturaleza de —para nombrar sólo lo más importante— los estados esquizoides, la idealización, la desintegración yoica y los procesos proyectivos relacionados con la escisión, para los cuales, como luego veremos, introduce el término "identificación proyectiva."

Abre además una nueva era en cuanto a la comprensión de la esquizofrenia. El artículo brinda la primera explicación detallada de los procesos mentales, en especial de los mecanismos esquizoides, que producen estados de disociación y despersonalización esquizofrénicas. También incluye valiosas consideraciones sobre la técnica del análisis de los estados esquizoides, tema que volvió a tratar en una obra posterior, *Envidia y gratitud*.

En esta descripción de la posición esquizo-paranoide, la escisión [*splitting*] es un concepto clave. Resulta de interés establecer cómo evolucionaron a través de los años las ideas de Melanie Klein sobre la escisión. Hay formas variadas de escisión. En el primer artículo que publicó, "El desarrollo de un niño", Melanie Klein menciona la se-

¹ Estas notas fueron redactadas para el Melanie Klein Trust por Edna O'Shaughnessy, con el asesoramiento de R.E. Money-Kyrle, bajo cuya dirección general se publicó la obra, y de dos de sus colaboradores, Hanna Segal y Beth Joseph. Véanse el Prefacio y la Introducción de Money-Kyrle en el volumen I de estas *Obras completas*.

paración o disociación [*splitting off*] de un aspecto malo de un objeto como medio para lograr que éste siga siendo un objeto bueno; al referirse a un niño pequeño que hablaba de una bruja, dice que se trata de una figura que el niño ha “obtenido por división de la imago materna”, que ha “disociado de su madre amada, para conservarla tal como está” (*Obras Completas*, tomo 1). En *El psicoanálisis de niños* (1932) presenta este tipo de escisión como un proceso relativamente maduro que tiene lugar cuando el sadismo declina y que permite al niño ofrecer una reparación a su objeto bueno y apartarse de los aterradores objetos malos. En 1935 sostiene que este tipo de escisión, que se produce en planos cada vez más realistas, es uno de los procesos que forman parte de la elaboración normal de la posición depresiva (*OC*, tomo 1).

Hay también una segunda corriente de ideas que se remonta a sus primeros escritos. En “Estadios tempranos del conflicto edípico” (1928) afirmó la existencia de fantasías tempranas de intrusión en el cuerpo materno. En “La personificación en el juego de los niños” (1929) señaló que la ansiedad puede ocasionar la escisión o partición [*splitting up*] del superyó en sus figuras componentes, seguida por la proyección de determinadas figuras con el fin de reducir la ansiedad. Un año después, en “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo”, dio un paso más en esa dirección: describió aunque sin utilizar los términos “escisión” ni “proyección”, la expulsión de partes del sí-mismo. Sugirió que la primera defensa yoica contra la ansiedad no es la represión (que sólo ocurre más tarde) sino la expulsión: una expulsión violenta del sadismo para aliviar al yo y también para atacar a los objetos perseguidores. Todas estas ideas de la primera época forman parte del concepto más amplio de identificación proyectiva, que Melanie Klein introduce en este artículo. Identificación proyectiva es la denominación genérica de varios procesos diferentes pero afines relacionados con la escisión y la proyección. Melanie Klein demuestra que la principal defensa contra la ansiedad en la posición esquizo-paranoide es la identificación proyectiva, y también que la identificación proyectiva da origen a las relaciones de objeto narcisistas, características de este período, en las que los objetos son equiparados con partes del sí-mismo disociadas y proyectadas. Describe además las ansiedades que acompañan a las fantasías de entrada violenta y de control por parte del objeto, y el efecto de empobrecimiento yoico que resulta del empleo excesivo de la identificación proyectiva. En “Sobre la identificación” (1955) estudia detenidamente otra forma de identificación proyectiva, que conduce a la adquisición de una seudoidentidad.

Siguiendo con el tema de la escisión, diremos que Melanie Klein describió por primera vez la escisión primaria de las emociones y de las relaciones objetales tempranas —que es la base de la posición esquizo-paranoide— en 1935, en su artículo “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos”. El amor y el odio se

dividen, y consecuentemente las relaciones objetales se dividen en buenas y malas. En el trabajo que aquí comentamos se explica en detalle esa escisión primaria. También se mencionan por primera vez otras dos formas de escisión que afectan el estado del yo. Por temor a la aniquilación, el yo se divide en pequeñas partes. mecanismo que, según Melanie Klein, constituye la base de los estados de desintegración esquizofrénica. Dice también que el objeto, cuando es tomado sádicamente, se divide en pedazos, lo cual determina la división del yo; en efecto, el yo no puede dividir al objeto sin resultar dividido él mismo, hecho que reviste importancia para la esquizofrenia.

En obras posteriores añadió uno o dos aportes a estos descubrimientos básicos sobre la escisión. En "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952) describió la escisión característica de la posición depresiva. Para defenderse contra la ansiedad depresiva, el yo divide el objeto total en un objeto vivo e indemne y un objeto dañado muerto o moribundo. En el mismo artículo se refiere en general a los efectos de la escisión sobre los procesos de integración. En "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental" (1958) se pone de manifiesto un cambio súbito en el pensamiento de Melanie Klein: a más de la escisión entre el yo y el superyó, postula otra escisión estructural de la mente; habría, en las profundidades del inconsciente, un área separada que corresponde a las figuras más primitivas y terroríficas.

El artículo que comentamos es, podría decirse, el primer mapa de una región hasta entonces sólo vagamente conocida, pero aún son muchos los detalles que faltan completar. En primer lugar, nada se dice de la patología de la posición esquizo-paranoide. Aunque Melanie Klein describe los efectos perjudiciales de la división excesiva y del retraimiento persistente en la infancia, sólo más tarde, en *Envidia y gratitud*, estudiando los efectos de la envidia intensa sobre el desarrollo, comenzó a distinguir eficazmente entre las formas normal y anormal de la posición esquizo-paranoide. Más tarde aportó algunos cambios a lo que expone en este artículo, en dos trabajos: "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (1948) y "Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" (1960), en los que describe formas muy tempranas de culpa y depresión, anteriores a la posición depresiva y pertenecientes a la posición esquizo-paranoide.

Junto con "Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos" (1935) y "El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos" (1940), que tratan de la posición depresiva infantil, este artículo introduce en el psicoanálisis una nueva teoría del desarrollo. Teoría que, fundamentalmente, ve el desarrollo como tarea a cargo de un yo activo en relación con un objeto a través de dos posiciones principales, y que aporta al psicoanálisis nuevos conceptos e hipótesis en base a los cuales Melanie Klein describió y explicó una amplia variedad de fenómenos psicológicos.

En 1943 y 1944 la Sociedad Británica de Psicoanálisis organizó una serie de debates sobre la obra de Melanie Klein. Los puntos de vista kleinianos fueron expuestos en cuatro trabajos: "La vida emocional y el desarrollo psico del bebé, con especial referencia a la posición depresiva", de la misma Melanie Klein; "Naturaleza y función de la fantasía", de Susan Isaacs; "Algunos aspectos del papel de la introyección y la proyección", de Paula Heimann, y "La regresión", obra conjunta de Susan Isaacs y Paula Heimann. Del artículo presentado por Melanie Klein derivaron con el tiempo otros tres: el que aquí comentamos y los titulados "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" y "Observando la conducta de bebés". Los tres artículos, junto con "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides", leído en la Sociedad Británica en 1946, fueron publicados en 1952, como parte de una compilación (*Desarrollos en psicoanálisis*) que también incluía versiones ampliadas de los trabajos ya citados de Susan Isaacs y Paula Heimann, así como dos trabajos de Joan Rivière. Dicha compilación es por lo tanto un perdurable registro de la teoría kleiniana de esa época.

El interés del trabajo que comentamos no se sustenta en el aporte de ideas nuevas, ya que, si se exceptúa una enmienda a la que más adelante nos referiremos, todo lo que en él se enuncia proviene de escritos anteriores que la misma Melanie Klein cita. Reside en cambio en el hecho de que, aunque durante veinticinco años tuvo a la ansiedad por un factor psicológico decisivo y se esforzó por comprenderla, es éste el único de sus artículos dedicado específicamente al tema. Constituye, por lo tanto, una útil recopilación de todas sus teorías sobre la ansiedad y la culpa, donde además se aclara la relación, coincidencia o desacuerdo de esas teorías con las ideas de Freud. Contiene un análisis muy completo del temor a la muerte, acerca del cual Melanie Klein afirma, contradiciendo a Freud, que es la más fundamental de las ansiedades.

Hay una enmienda —a la que seguirán otras— respecto de lo que sostuvo sobre la culpa en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), en el sentido de que el sentimiento de culpa se presenta por primera vez en la posición depresiva, en relación con objetos totales. Su nuevo punto de vista es que ya con anterioridad se experimenta culpa en relación con objetos parciales, durante estados transitorios de integración. Más tarde, en *Envidia y gratitud*, afirmará que la envidia excesiva provoca un sentimiento de culpa prematuro que trastorna la elaboración de las ansiedades de la posición esquizo-paranoide; y en "Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" (1960) describirá una forma temprana de culpabilidad y depresión que es específica de la esquizofrenia. Así, su concepción final de la posición esquizo-paranoide implica que durante ésta se experimentan ansiedades depresivas secundarias, dándose una

analogía con su opinión de que durante la posición depresiva también se experimentan ansiedades paranoides.

Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis (1950)

Ya en 1923 Melanie Klein notó que “cada vez que la ansiedad era resuelta, el análisis daba un gran paso hacia adelante” (“Análisis infantil”, OC, tomo I), y a partir de entonces sostuvo que la clave del progreso del tratamiento era el análisis de la ansiedad. En el artículo que comentamos expresa este punto de vista de modo formal y preciso, basándose en su teoría del desarrollo temprano. Su tesis es que a la terminación del psicoanálisis —que en sí misma es un hecho reactivador de la ansiedad— se llega cuando las ansiedades persecutoria y depresiva se han reducido suficientemente gracias a la elaboración de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Afirma además que este criterio guarda relación con otras indicaciones generalmente aceptadas de terminación, de las que constituye el fundamento.

De este trabajo existen dos versiones, una breve y otra extensa.

Los orígenes de la transferencia (1952)

Este es el único trabajo de Melanie Klein que tiene por tema la transferencia; en él reunió varias ideas que a menudo había expuesto e ilustrado clínicamente en sus escritos. Su concepción de la transferencia es compleja, e incluye lo que la autora denomina “situaciones totales”. En su opinión, las interpretaciones deben abarcar tanto las relaciones objetales tempranas que resurgen y evolucionan en la transferencia, como los elementos inconscientes de las experiencias actuales del paciente. En *Envidia y gratitud* (1957) emplea la expresión “recuerdos de sentimientos” para referirse a la reaparición en la transferencia de emociones y fantasías preverbales (pág. 186 n.).

Desde hacía muchos años Melanie Klein venía sosteniendo que las relaciones objetales comienzan con el nacimiento, lo cual implica afirmar que el narcisismo y el autoerotismo no son estados anteriores, sino contemporáneos de las primeras relaciones objetales. Este artículo incluye un breve examen —el único en toda su obra— del narcisismo primario, indicándose la relación entre los puntos de vista kleinianos y los de Freud. El lector advertirá que al desarrollar el tema Melanie Klein describe estados narcisistas, es decir, estados en que se produce un retraimiento hacia objetos internos. En su terminología los estados narcisistas son diferentes de las relaciones objetales narcisistas, que derivan de la identificación proyectiva, tal como se explica en “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (pág. 22).

La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello (1952)

Melanie Klein presentó este breve trabajo en un simposio sobre el tema. Otro estudio metapsicológico, sin duda más importante, se hallará en "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental" (1958).

Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé (1952)

Como ya dijimos en la Nota aclaratoria a "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa", este artículo tiene su origen en el trabajo con que Melanie Klein contribuyó a los debates organizados por la Sociedad Británica de Psicoanálisis en 1943-1944.

En 1932, en *El psicoanálisis de niños* —obra que marca la culminación de una etapa en la evolución de su pensamiento— Melanie Klein hizo una descripción detallada del desarrollo. Posteriormente formuló la teoría de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva de la infancia. El interés de este artículo reside en que es el primero en que se estudia a la luz de la nueva teoría la evolución del niño, desde el nacimiento hasta la latencia. Comparado con *El psicoanálisis de niños*, muestra un llamativo progreso en cuanto a organización científica, comprensión y coherencia. Salvo por el hecho de que no toma en consideración la envidia primaria —descrita en 1957, en *Envidia y gratitud*—, constituye la versión final de la teoría kleiniana del desarrollo temprano.

Un interés más específico ofrece el tratamiento de la escisión, que complementa en dos aspectos lo que hasta entonces había escrito Melanie Klein sobre el tema. (De la escisión en general se ocupa la Nota aclaratoria a "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides".) Por una parte, Melanie Klein aclara (pág. 95) la relación entre escisión y represión, y por otra describe (pág. 83) la forma en que se produce la escisión en la posición depresiva, aspecto que no había sido contemplado en 1946. Además, en este artículo se menciona por primera vez de modo explícito (pág. 7, nota 25) la evolución en virtud de la cual los padres hostiles combinados se transforman en padres internos separados y relacionados felizmente entre sí. Por último, hay una referencia a un postulado que Melanie Klein enunció en sus primeros escritos y abandonó más tarde, según el cual el sadismo alcanza su apogeo hacia la mitad del primer año de vida. En la nota (al capítulo) N° 4, pág. 100, la autora consigna la nueva cronología que atribuye a la agresión infantil. Esta rectificación de su primitivo punto de vista figura también en el Prefacio a la tercera edición de *El psicoanálisis de niños*.

Observando la conducta de bebés (1952)

Este trabajo, inspirado en el que Melanie Klein presentó en los

debates de 1943-1944, se complementa con el anterior. En “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” se expone la teoría kleiniana definitiva sobre el desarrollo infantil, excepto en lo que se refiere a la envidia primaria, descrita en 1957. En este artículo, los sentimientos y los detalles de conducta observados en bebés y en niños pequeños son explicados y aclarados recurriendo a dicha teoría.

Un punto de interés teórico es la formulación explícita, en la primera de las notas agregadas al capítulo, de una hipótesis subyacente desde mucho tiempo atrás en la obra de Melanie Klein, a saber, que el bebé tiene un conocimiento innato e inconsciente de que existe un objeto de bondad sin par, que es el pecho de la madre.

La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado (1955/1953)

Este artículo de Melanie Klein, el que más se acerca a un informe autobiográfico sobre sus actividades profesionales, narra la historia de sus comienzos como analista de niños. Hay dos versiones: la primitiva contenía ejemplos de interpretación de juegos infantiles, mientras que en la posterior —más extensa— esos ejemplos fueron sustituidos por referencias a casos de análisis infantil; es la segunda versión la que se reproduce en este libro. Alguna información histórica complementaria se hallará en el Prefacio a la primera edición de *El psicoanálisis de niños*. Lo más interesante del artículo es que en él Melanie Klein indica cuál fue el descubrimiento específico que le permitió hacer cada uno de sus pequeños pacientes.

Sobre la identificación (1955)

Este es el segundo de los tres ensayos que Melanie Klein dedicó al análisis de material literario; los otros dos son “Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador” (1929) y “Algunas reflexiones sobre *La Orestíada* (1963).

En él se trata a Fabián, el personaje principal de una novela de Julian Green, “casi como si fuera un paciente”, según las palabras de Melanie Klein. El interés, por cierto que considerable, de este trabajo reside en que tiene como objetivo la exploración de nuevos aspectos de la identificación proyectiva. El concepto de identificación proyectiva, formulado en “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946), abarca varios procesos diferentes pero afines. En 1946 Melanie Klein describió un tipo de relaciones objetales, formadas por identificación proyectiva, en las cuales el objeto es equiparado con partes disociadas del sí-mismo. Aquí no estudia el cambio que la identificación proyectiva produce en el objeto, sino el que pro-

duce en la identidad del sujeto; al entrar en el objeto, el sujeto toma posesión de la identidad de éste, que pasa a ser la suya propia. Melanie Klein se vale de la historia de Fabián, quien entra sucesivamente en distintas personas y se convierte en ellas, para analizar los motivos que pueden impulsar a adquirir una seudoidentidad por ese procedimiento. También se ocupa de la elección del objeto en la identificación proyectiva y de los estados y ansiedades yoicas que son su resultado, como asimismo del destino de las partes de la personalidad que, en el sentir del sujeto, no se integran en la nueva identidad. También describe brevemente (pág. 151) el benéfico efecto rector que tiene un objeto interno bueno e intacto sobre la escisión y la proyección.

Envidia y gratitud (1957)

Es ésta la última de las obras teóricas de gran envergadura que escribió Melanie Klein. Ya antes algunos analistas se habían referido aquí y allá a la envidia reconociendo que se trataba de una emoción importante, aunque sólo en situaciones de privación; y sólo una de sus formas, la envidia del pene, había sido estudiada a fondo. La misma Melanie Klein se había ocupado anteriormente del tema, la primera vez en 1924, cuando describió el efecto profundo de la envidia en el desarrollo de Erna, una de sus primeras pacientes, en un informe que leyó en la Primera Conferencia de Psicoanalistas Alemanes y que sirvió de base al capítulo 3 de *El psicoanálisis de niños*. En los años que siguieron destacó la importancia de la envidia; una enumeración de los trabajos respectivos figura en la pág. 187, nota 4. Pero en esa nota Melanie Klein olvida mencionar “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” (1952), en donde anticipaba lo que había de sostener después en la obra que comentamos, afirmando, por ejemplo, que “la envidia parece ser inherente a la voracidad oral... la envidia (alternando con sentimientos de amor y gratificación) se dirige primeramente hacia el pecho nutritivo” (pág. 88).

En esta monografía Melanie Klein explora una vasta región de la que hasta entonces sólo se conocía un pequeño sector. Sostiene que la envidia y la gratitud son sentimientos opuestos en interacción recíproca, presentes desde el nacimiento, y que el primer objeto de envidia, y también de gratitud, es el pecho nutritivo. Describe la influencia de la envidia y la gratitud en las primeras relaciones objetales y estudia el funcionamiento de la envidia no sólo en situaciones de privación, sino también en situaciones de gratificación, en las cuales interfiere con la gratitud normal. Considera los efectos de la envidia, en particular de la envidia inconsciente, sobre la formación del carácter, así como la naturaleza de las defensas —de primordial importancia— que contra ella se erigen. Trata igualmente la técnica de

análisis de los procesos de escisión, complementando lo expuesto sobre el tema en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides".

Melanie Klein examina también la envidia anormalmente intensa. En "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides", pese a que señaló varias anormalidades del psiquismo temprano, como por ejemplo la introyección de objetos fragmentados por el odio, el empleo excesivo de los mecanismos de escisión y la persistencia de los estados narcisistas, dejó sin aclarar buena parte de la psicopatología de la posición esquizo-paranoide.

En este trabajo expone detalladamente la formación anormal de la posición esquizo-paranoide que resulta de la envidia excesiva; describe, entre otras cosas, la confusión que sobreviene cuando fracasa la escisión y demuestra la importancia que reviste la ausencia de idealización. También traza un cuadro de la estructura anormal de la posición depresiva y del complejo de Edipo que es su consecuencia. Sostiene que el bebé percibe el pecho nutritivo como fuente de creatividad y señala el efecto perjudicial de la envidia excesiva sobre la capacidad de crear. Sus aseveraciones teóricas y clínicas se apoyan en material de casos que ofrece especial interés, por cuanto muestra su modo de trabajar en esa etapa de su carrera.

Esta obra arroja nueva luz sobre la reacción terapéutica negativa, estudiada como efecto de la envidia. Melanie Klein considera que la envidia, aunque hasta cierto punto puede ser analizada, impone un límite al éxito del análisis. Este hecho contribuye a amenguar el acentuado optimismo que reflejaban sus primeros trabajos, publicados en la década de 1920.

Sobre el desarrollo del funcionamiento mental (1958)

Melanie Klein examina dos principios metapsicológicos básicos que ha tomado de Freud: la teoría estructural y la teoría de los instintos de vida y de muerte. Respecto de esta última, detalla sus aportes, así como los puntos en que no está de acuerdo con Freud. Pone de relieve que ella no utiliza los instintos de vida y de muerte como conceptos generales de la conducta del organismo biológico, sino como base del amor y del odio, que son fenómenos mentales y no biológicos. Pero su énfasis en lo mental no responde sólo a una concepción particularizada de la teoría de los instintos. Por el contrario, es su orientación distintiva en psicoanálisis. Su enfoque general y su teoría de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva constituyen una teoría del funcionamiento *mental*. Obsérvese, por ejemplo, el título de este trabajo.

Mientras que al ocuparse de los instintos de vida y de muerte no hace sino reiterar antiguos puntos de vista, lo contrario ocurre cuando aborda el tema de la estructura mental o, más específicamente, cuando se refiere al superyó. Aquí se hace evidente que sus ideas han

sufrido un brusco cambio. Así como antes había sostenido (véase la Nota aclaratoria a "El desarrollo temprano de la conciencia del niño") que el sello distintivo del superyó temprano normal es su índole desmedida y terrorífica, en este trabajo sugiere que la formación del superyó se realiza con un dominio de la fusión de los dos instintos, y que las figuras terroríficas internas que resultan de la intensa destructividad no forman parte del superyó. Se encuentran, en cambio, en una zona separada de la mente, en los estratos profundos del inconsciente, disociadas tanto del yo como del superyó, y allí permanecen sin ser integradas ni modificadas por los procesos normales de crecimiento; si se produce una situación anormal y no se logra mantener la disociación, esos objetos terroríficos se convierten en una fuente de aguda ansiedad y en una amenaza para la estabilidad mental. También afirma Melanie Klein, contradiciendo sus anteriores puntos de vista, que entre el yo y el superyó existe desde el comienzo una estrecha armonía.

Aunque su concepto de que las figuras internas más terroríficas permanecen inalteradas está en desacuerdo con muchas afirmaciones previas —en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952), por ejemplo, sostiene (pág. 96) que la posición depresiva tiene efectos modificadores e integradores sobre la extrema severidad de las figuras superyoicas tempranas—, representa, sin embargo, el retorno a una antigua idea. En "Simposium sobre análisis infantil" (1927), en efecto, Melanie Klein había escrito (pág. 161): "...estoy llevada a creer por el análisis de niños que su superyó es un producto sumamente resistente, inalterable en su núcleo...", refiriéndose también, un poco más adelante (pág. 163), a un superyó "cuya naturaleza es inmutable".

Como era habitual en ella, Melanie Klein no comentó las implicaciones de su nueva posición teórica. El hecho de considerar a las figuras más terroríficas como ajenas al superyó, ¿afectaba su opinión acerca del impacto que esas figuras producen en el niño durante la posición esquizo-paranoide? El presente artículo y las consideraciones que formuló sobre las primeras experiencias del bebé en "Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia" y en "Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*" parecerían indicar que no, por cuanto la disociación (véase pág. 247) de esas figuras terroríficas fracasaría al comienzo muy a menudo. En cambio, su concepción del desarrollo del superyó en la esquizofrenia, por ejemplo, habría variado: antes "La personificación en el juego de los niños" [1929]) lo característico de la esquizofrenia era, a su juicio, la persistencia y el dominio anómalos del severo superyó temprano normal; en este trabajo (véase pág. 249) sostiene que el proceso esquizofrénico consiste en parte en el desarrollo anormal del superyó, que hace que éste resulte indistinguible de los objetos más terroríficos.

Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia (1959)

Este es el último de los trabajos que Melanie Klein escribió con destino a un público amplio, no compuesto exclusivamente por analistas; de sus trabajos anteriores tienen el mismo carácter "El desdeseo" (1936) y "Amor, culpa y reparación" (1937). Con un mínimo de términos técnicos brinda un vasto panorama de sus descubrimientos y teorías, destacando la influencia permanente del desarrollo temprano sobre la vida individual y social del adulto.

Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico (1960)

El último congreso internacional de psicoanálisis al que asistió Melanie Klein fue el vigesimoquinto, reunido en Copenhague en 1959. Presentó en él dos trabajos: el que aquí comentamos y el que lleva por título "Sobre el sentimiento de soledad". El primero, que constituyó su aporte a un simposio sobre la enfermedad depresiva, trata de la depresión en la esquizofrenia. Melanie Klein modifica en él algunos de sus puntos de vista anteriores.

Antes de referirnos a dicho trabajo, puede ser útil pasar revista a la evolución de sus ideas sobre el tema, ya que la esquizofrenia, o más exactamente las psicosis en general, atrajeron su atención a lo largo de toda su carrera. Algunas de esas ideas están presentes desde el comienzo. Melanie Klein opinaba que los procesos psicóticos se dan a una edad mucho más temprana de lo que comúnmente se cree, y esto de dos modos: en los bebés normales como parte del desarrollo normal, y, en forma profusa y anormal, en las psicosis, que pueden sobrevenir aun en la niñez. También pensaba que los procesos psicóticos están relacionados con el sadismo y que tienen origen en la aguda ansiedad causada por el empleo excesivo y perjudicial de ciertas defensas por lo demás normales.

Estos conceptos tuvieron su primera y tosca expresión en varios artículos publicados entre 1927 y 1929. En "Tendencias criminales en niños normales" (1927) Melanie Klein señaló que la huida de la realidad es una de las defensas normales de la niñez, pero también, si impregna la personalidad, el fundamento de la psicosis infantil. En "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928) describió el mundo interior de horror y psicosis que resulta de los ataques fantaseados al cuerpo de la madre. En "La personificación en el juego de los niños" (1929) se refirió a los signos de la esquizofrenia infantil y a los juegos característicos de los niños esquizofrénicos, y concluyó, a partir de las reflexiones sobre el superyó temprano que la ocupaban en esa época, que un factor central en la psicosis es la aguda ansiedad causada por el primer superyó, formado bajo la influencia de las fantasías sádicas del niño. En el artículo siguiente, "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930), que es la

primera constancia publicada del análisis de un niño psicótico, menciona un mecanismo de defensa anterior a la represión y diferente de ella; sostiene que el yo emplea este mecanismo para expulsar su sadismo y para atacar objetos hostiles, afirmando que sobrevienen efectos devastadores sobre el desarrollo si este mecanismo (aún inno- minado) es utilizado en exceso para eliminar por completo el sadismo y la ansiedad, por cuanto de ese modo el yo se ve privado de medios para proseguir su desarrollo y permanece en estado psicótico. Estas ideas son precursoras del concepto de identificación proyectiva, formulado en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

Ya en 1930, en un breve artículo titulado "La psicoterapia de las psicosis", Melanie Klein había trazado un cuadro general de la realidad del psicótico como reflejo de su vida instintual hostil, así como de la naturaleza de sus ansiedades y defensas. En *El psicoanálisis de niños* (1932) expuso estas ideas más detalladamente. Su descubrimiento de que las ansiedades más tempranas no son neuróticas sino psicóticas le permitió redefinir, en esta última obra, la neurosis infantil como una combinación de tendencias psicóticas y neuróticas, definición no muy alejada de la que dio más tarde en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952): "La neurosis infantil puede ser considerada como una combinación de procesos mediante los cuales las ansiedades de naturaleza psicótica son ligadas, elaboradas y modificadas" (pág. 90).

Estas ideas iniciales, desarrolladas y perfeccionadas, pasaron a integrar la teoría kleiniana de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, expuesta en tres artículos de señalada importancia: "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos" (1940) y "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946). En 1935 Melanie Klein distinguió por primera vez entre dos formas de ansiedad, la persecutoria y la depresiva, distinción fundamental que por sí misma aclara la naturaleza de la ansiedad psicótica. En ese mismo artículo relaciona la esquizofrenia con las ansiedades psicóticas persecutorias de los primeros tres meses de vida, y hace también una descripción detallada, que completó en el artículo de 1940, del vínculo entre la enfermedad maniaco-depresiva y las ansiedades persecutorias y depresivas no resueltas de la posición depresiva infantil, que comienza a los cuatro o cinco meses de vida. En el artículo de 1946 dio cuenta de los múltiples mecanismos de escisión por medio de los cuales el yo se defiende contra la ansiedad persecutoria y que constituyen la base de los estados de disociación y desintegración del esquizofrénico. Explicó de este modo la relación entre el sadismo oral y la fragmentación de la mente esquizofrénica: cuando el objeto es introyectado sádicamente, el yo no puede convocar a un objeto intacto sino a un objeto que en el proceso de incorporación ha quedado reducido a pedazos, lo cual conduciría a la fragmentación del yo.

Como mecanismo dominante en este período, propuso la identificación proyectiva, un concepto nuevo que, como ya lo señalamos, surgió de la ampliación y elaboración de sus ideas acerca de la existencia de un primitivo mecanismo de defensa que precede a la represión y se distingue de ella. En los artículos de 1935, 1940 y 1946 se estudian también otros aspectos de las psicosis, entre ellos un hecho clínico bien conocido: la existencia de formas que combinan la esquizofrenia, la manía y la depresión, hecho que según Melanie Klein sería el resultado de la interacción entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, determinada por el desarrollo o por la regresión.

La técnica del análisis de los estados disociados fue considerada en el artículo de 1946 y, más tarde, en *Envidia y gratitud* (1957). El mayor aporte, sin embargo, que se hace en este último trabajo a la comprensión de la psicosis tiene relación con el papel que desempeña la envidia excesiva como factor determinante de patología grave en la posición esquizo-paranoide. Por último, en "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental" (1958), Melanie Klein hace una reclasificación. Hasta entonces había atribuido al superyó las figuras terroríficas cuyo dominio sobre la psique es característico de la psicosis. Pero en 1958 sostiene que las figuras más primitivas y terroríficas no pertenecen al superyó sino que han sido relegadas a una zona del inconsciente profundo que no interviene en los procesos normales de desarrollo, pero que, en situaciones de tensión, puede infiltrarse en el yo y abrumarlo.

Veamos ahora los antecedentes del trabajo que motiva este comentario. En 1935 Melanie Klein caracterizó del siguiente modo la diferencia entre las ansiedades y sentimientos del esquizofrénico y el depresivo: el esquizofrénico experimenta ansiedad persecutoria respecto de la preservación de su yo, en tanto que el depresivo experimenta una mezcla de ansiedad, persecución, depresión y culpa respecto de la preservación, no sólo del sí-mismo, sino también del objeto bueno con el que se ha identificado. Esto concuerda con su creencia de entonces de que los sentimientos de culpa surgen en la posición depresiva, en relación con objetos totales. En 1948, como puede comprobarse en "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa", sus ideas sobre la culpa habían cambiado: consideraba que puede estar presente en forma transitoria antes de que se alcance la posición depresiva, en relación con objetos parciales. En el artículo que comentamos se advierte un cambio en su concepción de la diferencia entre esquizofrenia y depresión: sostiene que el esquizofrénico paranoide no sólo experimenta ansiedad persecutoria sino también depresión y culpa por haber destruido las partes buenas de su yo y el objeto bueno que éste contiene, y describe la naturaleza específica de su depresión, que difiere por su contenido, forma y manifestaciones de la depresión del maniaco-depresivo.

En su último trabajo, "Sobre el sentimiento de soledad" (1963), Melanie Klein se refiere a la soledad de los enfermos mentales. Se

trata de otro aspecto del sufrimiento de los esquizofrénicos, que ya había ocupado su atención en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides".

Sobre la salud mental (1960)

Melanie Klein falleció en Londres el 22 de setiembre de 1960, cuando este artículo se hallaba pendiente de publicación, por lo que apareció con el agregado de una breve nota necrológica. Lo había escrito poco tiempo antes y, quizá por esta razón, si bien contiene un examen general del tema, no presenta el estilo vigoroso característico de sus producciones.

Algunas reflexiones sobre La Orestíada (1963)

De este trabajo, que fue publicado después de su muerte, sólo existía un borrador, no corregido por la autora. Sus otros dos artículos relacionados con la literatura fueron escritos bajo el impacto de nuevas ideas: en "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929) expuso puntos de vista recientes sobre las ansiedades tempranas, y en "Sobre la identificación" (1955) aplicó un nuevo concepto: el de identificación proyectiva. Aquí el objetivo era diferente. Se propuso examinar los papeles simbólicos de los personajes de *La Orestíada*, pero el artículo, sin los retoques necesarios, resulta confuso.

Sobre el sentimiento de soledad (1963)

En este trabajo, el último que escribió, Melanie Klein aborda un nuevo tema: el íntimo sentimiento de soledad que, afirma, es parte de la condición humana. Estableciendo una relación con su teoría del desarrollo, señala que tanto la inseguridad paranoide como los procesos de integración llevan, en el curso normal del desarrollo, a una inevitable soledad. También describe la soledad en la esquizofrenia y en la enfermedad depresiva, ampliando lo que había expresado tiempo antes, en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946), acerca del sufrimiento de los psicóticos. Se ocupa de los factores que alivian la soledad, así como la necesidad de aceptarla. Aunque nada se señale específicamente, el clima general del artículo transmite la impresión de que la autora presentía la inminencia de su muerte.

Melanie Klein no intentó publicarlo —se publicó póstumamente, con ligeras correcciones—, quizá porque no lo consideraba suficientemente elaborado; y es indudable que una revisión hubiera sido útil,

ya que por momentos parece incompleto y su línea de pensamiento es algo fluctuante.

Contribuciones breves

Aunque estos cinco escritos pertenecen al mismo período (1921-1945) que los reproducidos en *Contribuciones al psicoanálisis*, Melanie Klein se abstuvo de incluirlos en dicha compilación; si fue por olvido o por considerarlos inapropiados, no es posible decirlo. El primero, "La importancia de las palabras en el análisis temprano", ilustra brevemente una cuestión técnica relacionada con el análisis de niños. El segundo, "Nota sobre 'Un sueño de interés forense' ", es un comentario a un trabajo de Douglas Bryan publicado en el *Int. J. Psycho-Anal.*, 9, 1928. Melanie Klein se refiere a la figura de los padres combinados que aparece en dicho sueño; había abordado por primera vez el tema de los padres combinados un año antes, en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928). El tercero es un informe en cuatro líneas, destinado al *Int. Z.f. Psychoanal.* 15, acerca de los descubrimientos que había expuesto en "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930). El cuarto es la reseña de un libro, *Women's Periodicity*, de Mary Chadwick. Mayor interés ofrece el último, "Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario".

Este artículo apareció en *Science and Ethics*, un pequeño libro compilado por C.H. Waddington, que incluía colaboraciones de varios personajes conocidos de esa época. Brevemente y sin tecnicismos, Melanie Klein describe en él la formación y el desarrollo del superyó.

Versión castellana de Adolfo Negrotto

APENDICE

NOTAS INTRODUCTORIAS DE ERNEST JONES A EDICIONES ANTERIORES DE LAS OBRAS DE MELANIE KLEIN

Introducción a *Contribuciones al psicoanálisis* (1948)

Cuando hace ya más de veinte años, invité a Melanie Klein primero a dar un curso y luego a establecerse en Londres, sabía que estaba reclutando un miembro sumamente valioso para la Sociedad Psicoanalítica Británica. Pero en esa época no tenía idea de la conmoción que este simple hecho podría producir luego.¹ Hasta entonces, y durante un tiempo, también después, nuestra Sociedad había sido un modelo de armonía y cooperación. Durante cierto periodo se escuchó atentamente a la señora Klein, quien provocó gran interés. Pronto —quizá, desearía creer, ayudada un poco por mi influencia, manifiestamente ejercida en su favor— empezó a conquistar adherentes y devotos seguidores. Pero antes de que pasara mucho tiempo empezaron a surgir protestas de que en las ideas que con bastante vehemencia presentaba, estaba “yendo demasiado lejos”, lo que creo que significaba simplemente que estaba yendo demasiado rápido. No es que fuera fácil al principio detectar algo radicalmente nuevo en estas ideas o métodos de trabajo. El problema era que se dedicaba a ellos con nuevo rigor y persistente osadía, que provocaron primero inquietud y luego oposición en algunos miembros de la Sociedad. Otros, que defendían su obra con cierto grado de fanatismo, encontraron esta oposición difícil de tolerar, y con el transcurso

¹ La cita de Hebbel “Er hat an den Frieden der Welt gerührt”, que fue aplicada a Freud, bien puede aplicarse a la señora Klein.

del tiempo se formaron dos grupos extremos que perturbaron vowingleramente, y por consiguiente con cierta facilidad, los tranquilos esfuerzos científicos de los miembros más serenos.

No dudo que dentro de poco la división de la Sociedad Británica se repetirá en todas las otras sociedades psicoanalíticas; y ante la falta de colegas con experiencia de primera mano en la obra de Melanie Klein, ella debe esperar críticas adversas de la mayoría. En Inglaterra misma la tormenta aumentó con la llegada de nuestros colegas vieneses, cuya vida en su país se volvió literalmente imposible. Ellos agregaron a las otras críticas, la opinión de que las conclusiones de la señora Klein no sólo divergían de las de Freud, sino que eran incompatibles con ellas. A mi modo de ver ésta es una afirmación muy exagerada. No es que deba resultar en cualquier caso una consideración decisiva, si la experiencia demostrara que sus conclusiones están más cerca de la verdad; mi admiración por el genio de Freud es inalterable pero en diversas ocasiones no vacilé en expresar razones para creer que algunas de sus deducciones eran imperfectas. Sin embargo, hemos estado tan acostumbrados a considerar con buenas razones que varios analistas que se separaron de Freud, como Adler, Jung, Stekel y Rank, estaban influidos por motivos subjetivos —una racionalización de resistencias internas— antes que por un discernimiento más profundo, que pareció a muchos menos atrevido, y seguramente más fácil, ubicar a Melanie Klein en la misma clase. Pero, si el psicoanálisis va a seguir siendo una rama de la ciencia, es evidente que, ahora que se extinguió la capacidad de Freud para continuar su magnífico impulso, es inevitable avanzar más allá de los límites que él alcanzó.

Pero ¿por qué esta tormenta? ¿Se disipará la oposición a la obra de Melanie Klein, o ha provocado tormentas que braman con creciente repercusión? Sus escritos, presentados en este volumen y en su importante obra previa *El psicoanálisis de niños*, deben por supuesto hablar por sí mismos, pero quizá no estaría fuera de lugar que yo aproveche esta oportunidad para resumir algunos de los artículos más notables, y comentarlos tal como yo los veo.

La investigación de Freud en la mente inconsciente, que es fundamentalmente la del niño pequeño, había revelado aspectos insospechados de la infancia, pero antes de la señora Klein hubo pocos intentos de confirmar estos descubrimientos mediante el estudio directo de la infancia. Por consiguiente, se debe reconocer que es ella quien ha llevado el psicoanálisis a donde pertenece principalmente, al corazón del niño. Había que vencer tremendas dificultades: la elaboración de técnicas especiales, la superación de prejuicios y temores paternos sobre efectos desconocidos en el desarrollo del niño, etc. Hug-Hellmuth, de Viena, había sugerido que el juego espontáneo de los niños podía ser usado para complementar, e incluso reemplazar, el material que los adultos proporcionan en forma de asociaciones libres, pero evidentemente no tuvo habilidad para llevar la idea a una

práctica efectiva. La señora Klein, con las altas dotes psicológicas y el sorprendente coraje moral que la distinguen, no se dejó arredrar por ninguna dificultad. Desarrolló temerariamente la técnica de la interpretación del juego, usándola en combinación con otros recursos, y pronto estuvo en situación de confirmar de primera mano todo lo que Freud había inferido mediante el material adulto sobre la hasta entonces desconocida mente inconsciente del niño. Estimulada por esto, aprovechó hasta el final la favorable oportunidad que había creado para sí misma y se propuso proseguir sus investigaciones hasta el último límite.

Ahora bien, Freud había mostrado que la mente del niño contenía en sus profundidades mucho más que la inocencia y frescura que tanto nos encantan. Había allí oscuros temores de eventualidades que ni el más horripilante cuento de hadas se animaba a explorar, crueles impulsos en los que braman libremente el odio y el asesinato, fantasías irracionales y extravagantes que ignoran la realidad: en síntesis, un mundo que nos recuerda a Belsen o a Walt Disney en sus aspectos más grotescos. No es éste el lugar de hablar sobre el alboroto del mundo ante esta detracción de la risueña infancia; la señora Klein aún experimenta muchas de sus consecuencias. Recuerdo ahora a un paciente que en un momento de súbita revelación exclamó: "Yo sabía que las teorías de Freud eran exactas, pero no creí que fueran *tan* exactas". La descripción de la señora Klein de las fantasías de cortar, desgarrar y vaciar en los bebés —de las que no omite nada— hará sobresaltar a la mayoría de la gente con una exclamación similar. Fue más lejos aun al sostener que el lóbrego retrato que Freud había trazado de la mente inconsciente de un niño de tres años, era por lo menos igualmente válido para un bebé en los primeros meses de su vida. Así, por ejemplo, se había supuesto que el erotismo oral de un bebé de esa edad podía dividirse en dos estadios, primero de succión, luego de morder, y a este último se le había dado el nombre de oral-sádico o canibalista. Se habían observado y rastreado fantasías de devorar, o canibalistas hasta una edad tan temprana como los tres años. Pero la señora Klein sostiene firmemente que se dan en el así llamado estadio canibalista de la primera infancia, lo que después de todo es lo que cabía esperar.

Igualmente, hacia mucho que estábamos familiarizados con el concepto de introyección, formulado por Ferenczi en 1909, y con el concepto psiquiátrico mucho más antiguo de proyección. Pero Melanie Klein nos enseñó mucho más sobre estos mecanismos de lo que antes se sabía. No sólo parecen operar desde el principio de la vida, como en verdad estaba implícito en la descripción de Freud de un "yo de placer", sino que se alternan y están entrelazados el uno con el otro en tal forma que la mayor parte del desarrollo infantil temprano puede describirse en función de ellos. Se hace en realidad cada vez más difícil distinguir claramente entre los procesos de introyección, incorporación e identificación. Toda la teoría de los "obje-

tos internos", "buenos" y "malos", se ha ampliado así enormemente, con importantes resultados tanto para nuestra comprensión del desarrollo temprano como para nuestra diaria práctica terapéutica.

La osadía de Melanie Klein no se detuvo en el estudio del desarrollo infantil normal y neurótico. La llevó al campo de la locura misma, sin duda ante el espanto de aquellos psiquiatras que consideran este campo como la última reserva de la profesión médica. Pero la ampliación era inevitable. La semejanza entre ciertos procesos infantiles y otros muy llamativos de la paranoia, la esquizofrenia y la psicosis maniaco-depresiva, no podía escapar a la perspicacia de Melanie Klein, quien no vaciló en apropiarse términos de esos campos y aplicarlos, por supuesto que en forma modificada, a diversas fases del desarrollo infantil, por ejemplo la paranoide, la depresiva, etc. Además, la semejanza no puede ser meramente externa. Debe haber una relación interna entre las reacciones y fases de tipo psicótico del bebé y su aparición real en la locura verdadera. Confío en que la obra de Melanie Klein resultará tan fructífera en este campo como demostró ser en el campo más familiar del desarrollo normal y neurótico.

Aunque no he ocultado mi acuerdo cordial con la orientación de las investigaciones de Melanie Klein y la validez de los principios en los que se basan, no se esperará de mí que rubrique todas sus conclusiones y formulaciones; éstas se sustentarán por sus propios méritos sin necesitar de mi apoyo. Sería tentador, es cierto, explicar toda crítica a su tarea como un retroceso ante la penetración rigurosa y no comprometida del psicoanálisis en las máximas profundidades de la mente del niño, y de hecho algunas críticas me recuerdan las mismas frases que se aplicaron a la obra de Freud en sus comienzos: palabras como "rebuscado", "unilateral", "arbitrario", tienen para mí un timbre familiar. Pero, por cierta que pueda ser realmente esta sugerencia, no sólo es una consideración que tendría que excluirse de la discusión científica sino que sería una injusticia para la mayoría de las críticas en cuestión. Estas han aducido una serie de argumentos que deben considerarse seriamente, y en realidad ya los consideraron la doctora Heimann, la señora Isaacs, la señora Riviére y otros, además de Melanie Klein. Sin embargo, algunas de las formulaciones más abstractas de Melanie Klein serán sin duda modificadas en la futura estructura teórica del psicoanálisis. Creo que un ejemplo probable de esto es su aplicación literal a los hallazgos clínicos del concepto filosófico de Freud de un "instinto de muerte", del que tengo serias dudas. Pero no lo cito por esta razón, sino porque encuentro un poco extraño que yo la esté criticando por una adhesión demasiado fiel a las ideas de Freud, y más extraño aun que ciertos analistas vieneses vean aquí una divergencia con Freud. Todo lo cual muestra que la teorización psicoanalítica sigue siendo vívidamente

activa. Y en esta actividad la obra de Melanie Klein juega, y al parecer seguirá jugando, un gran papel.

Prefacio a *Desarrollos en psicoanálisis* (1952)

Maravillosa como fue su producción, tanto en cantidad como en calidad, Freud produjo tantas ideas y descubrimientos originales que hubiera sido imposible, incluso para un investigador como él, explorar todas sus ramificaciones. Muchos colaboradores participaron en esta tarea gigantesca. Una nota al pie de página, de Freud, se convirtió en un libro sobre Hamlet, y muchas sugerencias fueron desarrolladas en ensayos e incluso en libros. Tan fructífera fue su inspiración, que esta labor continuará por muchos años. Más aun, la utilización de los métodos que él ideó debe llevar lógicamente a nuevos descubrimientos distintos de los que él mismo hizo, y a hipótesis que amplíen e incluso rectifiquen las suyas, procedimiento que él mismo aplicó sin vacilar.

Pero surge un punto en el que estos intentos suscitan un problema difícil. Una amarga experiencia nos ha enseñado que la resistencia al inconsciente puede ser tan sutil como para distorsionar los descubrimientos analíticos e interpretarlos en apoyo de alguna defensa personal. ¿Cómo puede distinguirse esta situación tan perturbadora, de un desarrollo verdadero, de una profundización de nuestros conocimientos sobre el inconsciente? El único criterio que se puede aplicar legítimamente es el que es válido para toda ciencia: un consenso de conclusiones alcanzadas por investigadores competentes que usan el mismo método en condiciones similares. Lo que es seguramente ilegítimo es el principio de Procusto de valorar toda conclusión apoyándose en las de Freud, por grande que pueda y deba ser nuestro respeto a este último.

La labor de la señora Klein en los últimos treinta años, tema de este libro, ilustra el problema que se acaba de anunciar. Su labor ha sido atacada y defendida con casi igual vehemencia, pero a la larga su valor sólo puede ser satisfactoriamente estimado por aquellos que hacen investigaciones comparables.

En la introducción, la señora Riviere ha examinado cuidadosamente las diversas críticas y objeciones expresadas por los que están en desacuerdo con la obra de la señora Klein, y estaría fuera de lugar que yo me ocupara de ello. Aventuraré sólo un comentario personal. Como se sabe, desde el principio consideré la obra de la señora Klein con la mayor simpatía, especialmente porque muchas de sus conclusiones coincidían con las que yo mismo había alcanzado; y siempre me sorprendió observar que muchas críticas han sido ecos cercanos

de las que yo había oído en los primeros tiempos del psicoanálisis. Muchos de los descubrimientos y conclusiones de la señora Klein fueron vislumbrados en etapas muy tempranas por Freud, Rank y otros, pero lo distintivo y admirable de su trabajo es el coraje y la inquebrantable integridad con que elaboró rigurosamente las implicaciones y consecuencias de aquellas primeras sugerencias, haciendo así importantes descubrimientos. Su espíritu está muy lejos de aquellos que aceptan los descubrimientos del psicoanálisis siempre que éstos no se tomen demasiado en serio.

Prefacio a Nuevas direcciones en psicoanálisis (1955)

El trabajo realizado durante los últimos treinta años por Melanie Klein ha sido atacado y defendido con vehemencia casi igual, pero a la larga, su valor sólo puede ser satisfactoriamente estimado por quienes realizan ellos mismos investigaciones comparables. Como es bien sabido, he considerado desde el comienzo el trabajo de Melanie Klein con la mayor simpatía, especialmente al coincidir muchas de sus conclusiones con las que yo mismo alcanzara; y he sido constantemente impresionado al observar que muchas de las críticas constituían cercanos ecos de aquellas con que me familiaricé en los más tempranos días del psicoanálisis. Buena parte de sus hallazgos y conclusiones habían sido esbozados en épocas bastante iniciales por Freud, Rank y otros, pero lo que es tan distintivo y admirable en su labor es el coraje y la inmovible integridad con que elaboró sin concesiones las implicaciones y consecuencias de aquellos primeros jalones, realizando a su vez, de tal modo, importantes nuevos descubrimientos.

Es una causa de amplia satisfacción así como de congratulación personal que Melanie Klein haya vivido para ver su trabajo firmemente establecido. Mientras estaba simplemente depositado en lo que ella misma había publicado existía siempre la esperanza, pero de ningún modo la certeza, de que fuera usado por futuros estudiantes; la situación ahora ha pasado a otra etapa, su trabajo queda firmemente fundado. Como resultado de su instrucción personal combinada con la comprensión de aquellos que decidieron aceptarla, tiene un importante número de colegas y discípulos que siguen su guía en la exploración de las hondas profundidades. A los escritos con que muchos de ellos contribuyeron a *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, tengo el placer de agregar este envío.

BIBLIOGRAFIA

- Abraham, K. (1908): "Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- (1911): "Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalítico de la locura maniaco-depresiva y condiciones asociadas", *ibid.*
- (1921): "Contribuciones a la teoría del carácter anal", *ibid.*
- (1924a): "La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter", *ibid.*
- (1924b): "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", *ibid.*
- (1925): "La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido", *ibid.*
- Balint, M. (1937): "Early Developmental States of the Ego. Primary Object-Love", en *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*, Londres, Hogarth, 1952.
- Bernfeld, S. (1929): *Psychology of the Infant*, Londres, Kegan Paul.
- Bion, W.R. (1954): "Notes on the Theory of Schizophrenia", *Int. J. Psycho-Anal.*, 35.
- (1958): "Differentiation of the Psychotic from the Non-Psychotic Personalities", *Int. J. Psycho-Anal.*, 39.
- Chadwick, Mary (1933): *Woman's Periodicity*, Londres, Noel Douglas.
- Fairbairn, W.R.D. (1941): "Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis", en *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1962.
- (1944): "Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto", *ibid.*
- (1946): "Relaciones objetales y estructura dinámica", *ibid.*
- Ferenczi, S. (1925): "Psicoanálisis de los hábitos sexuales", en *Teo-*

- ría y técnica del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- (1930): "Notas y fragmentos", en *Problemas y métodos del psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1966.
- Freud, A. (1927): *Psicoanálisis del niño*, Buenos Aires, Hormé, 1965.
- (1937): *El yo y los mecanismos de defensa*, Buenos Aires, Paidós, 1950.
- Freud, S. Las referencias son a: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 24 vols., 1976-1985.
- (1905a): *Tres ensayos de teoría sexual*, 7.
- (1905b): "Fragmento de análisis de un caso de histeria", 7.
- (1908): "Carácter y erotismo anal", 9.
- (1911): "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente", 12.
- (1912): "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", 11.
- (1914): "Introducción del narcisismo", 14.
- (1916): "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", 14.
- (1917): "Duelo y melancolía", 14.
- (1920): *Más allá del principio de placer*, 18.
- (1921): *Psicología de las masas y análisis del yo*, 18.
- (1923a): "Dos artículos de enciclopedia: 'Psicoanálisis' y 'Teoría de la libido'", 18.
- (1923a): *El yo y el ello*, 23.
- (1924): "El problema económico del masoquismo", 19.
- (1926): *Inhibición, síntoma y angustia*, 20.
- (1928): "El humor", 21.
- (1930): *EL malestar en la cultura*, 21.
- (1931): "Sobre la sexualidad femenina", 21.
- (1933): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 22.
- (1937): "Análisis terminable e interminable", 23.
- (1938): "Construcciones en el análisis", 23.
- (1940): *Esquema del psicoanálisis*, 23.
- Gesell, A. (1947): *Embriología de la conducta*, Buenos Aires, Paidós.
- Heimann, P. (1942): "Sublimation and its Relation to Processes of Internalization", *Int. J. Psycho-Anal.*, 23.
- (1952a): "Algunas funciones de introyección y proyección en la temprana infancia", en M. Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1962.
- (1952b): "Notas sobre la teoría de los instintos de vida y de muerte", *ibid.*
- (1955): "Una contribución a la revaluación del complejo de Edipo", en M. Klein y otros, *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1965.
- e Isaacs, S. (1952): "La regresión", en M. Klein y otros, *De-*

- sarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1962.
- Hug-Hellmuth, H. von (1921): "On the Technique of Child Analysis", *Int. J. Psycho-Anal.*, 2.
- Isaacs, S. (1933): *Social Development of Young Children*, Londres Routledge.
- (1952): "Naturaleza y función de la fantasía", en M. Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Airse, Hormé, 1962.
- Jaques, E. (1955): "Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva", en M. Klein y otros, *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1965.
- Jones, E. (1913): "Hate and Anal Erotism in the Obsessional Neuroses", *Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Baillière.
- (1916): "The Theory of Symbolism", *ibíd.*
- (1918): "Anal-Erotic Character Traits", *ibíd.*
- (1929): "Fear, Guilt and Hate", *ibíd.*
- (1949): *Hamlet and Oedipus*, Londres, Gollancz.
- Klein, M. (Se indican, para cada trabajo, los datos correspondientes a la primera publicación, y a continuación, entre corchetes, el tomo de estas *Obras completas* en que ha sido reproducido.)
- Klein, M. (1921): "El desarrollo de un niño", *Imago*, 7 [I]
- (1922): "Inhibiciones y dificultades en la pubertad", *Die neue Erziehung*, 4. [I]
- (1923a): "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 9. [I]
- (1923b): "Análisis infantil", *Imago*, 9. [I]
- (1925): "Una contribución a la psicogénesis de los tics", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 11. [I]
- (1926): "Principios psicológicos del análisis infantil", *Int. J. Psycho-Anal.*, 7. [I]
- (1927a): "Simposium sobre análisis infantil", *Int. J. Psycho-Anal.*, 8. [I]
- (1927b): "Tendencias criminales en niños normales", *Brit. J. med. Psychol.*, 7. [I]
- (1928): "Estadios tempranos del conflicto edípico", *Int. J. Psycho-Anal.*, 9. [I]
- (1929a): "La personificación en el juego de los niños", *Int. J. Psycho-Anal.*, 10. [I]
- (1929b): "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador", *Int. J. Psycho-Anal.*, 10. [I]
- (1930a): "La importancia de la formación de simbolos en el desarrollo del yo", *Int. J. Psycho-Anal.*, 11. [I]
- (1930b): "La psicoterapia de las psicosis", *Brit. J. med. Psychol.*, 10. [I]
- (1931): "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual", *Int. J. Psycho-Anal.*, 12. [I]
- (1932): *El psicoanálisis de niños*, Londres, Hogarth. [II]

- (1933): “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño”, en S. Lorand (comp.), *Psychoanalysis Today*, Nueva York, Covici-Friede. [I]
- (1934): “Sobre la criminalidad”, *Brit. J. med. Psychol.*, 14. [I]
- (1935): “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 16. [I]
- (1936): “El destete” en J. Rickman (comp.), *On the Bringing Up of Children*, Londres, Kegan Paul. [I]
- (1937): “Amor, culpa y reparación”, en *Amor, odio y reparación*, con J. Rivière, Londres, Hogarth. [I]
- (1940): “El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 21. [I]
- (1945): “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 26. [I]
- (1946): “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 27. [III]
- (1948a): “*Contribuciones al psicoanálisis*”, Londres, Hogarth. [I]
- (1948b): “Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 29. [III]
- (1950): “Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 31. [III]
- (1952a): “Los orígenes de la transferencia”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 33. [III]
- (1952b): “La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello”, *Psychoanal. Study Child*, 7. [III]
- (1952c): “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”, en M. Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Londres, Hogarth, [III]
- (1952d): “Observando la conducta de bebés”, *ibid.* [III]
- (1955a): “La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado”, en M. Klein y otros, *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Londres, Tavistock. [III]
- (1955b): “Sobre la identificación”, *ibid.* [III]
- (1957): *Envidia y gratitud*, Londres, Tavistock. [III]
- (1958): “Sobre el desarrollo del funcionamiento mental”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 29. [III]
- (1959): “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia”, *Hum. Relations*, 12. [III]
- (1960a): “Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 41. [III]
- (1960b): “Sobre la salud mental”, *Brit. J. med. Psychol.*, 33. [III]
- (1961): *Relato del psicoanálisis de un niño*, Londres, Hogarth. [IV]
- (1963a): “Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*”, en *El*

sentimiento de soledad y otros ensayos, Londres, Heinemann.

[III]

- (1963b): "Sobre el sentimiento de soledad", *ibíd.* [III]
- Middlemore, M.P. (1941): *The Nursing Couple*, Londres, Hamish Hamilton.
- Money-Kyrle, R.E. (1945): "Towards a Common Aim: a Psycho-Analytical Contribution to Ethics", *Brit. J. med. Psychol.*, 20.
- Rado, S. (1928): "The Problem of Melancholia", *Int. J. Psycho-Anal.*, 9.
- Ribble, M.A. (1944): "Infantile Experience in Relation to Personality Development", *Personality and the Behavior Disorders*, Vol. II, Ronald Press.
- Rickman, J. (1936): *On the Bringing Up of Children*, Londres, Kegan Paul.
- Rivière, J. (1932): "Jealousy as a Mechanism of Defence", *Int. J. Psycho-Anal.*, 13.
- (1936): "A Contribution to the Analysis of the Negative Therapeutic Reaction", *Int. J. Psycho-Anal.*, 17.
- (1952a): "Sobre la génesis del conflicto psíquico en la primera infancia", en M. Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1962.
- (1952b): "La fantasía inconsciente de un mundo interno reflejada en ejemplos de la literatura", en M. Klein y otros, *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1965.
- Rosenfeld, H. (1947): "Análisis de un cuadro esquizofrénico con despersonalización", en *Estados psicóticos*, Buenos Aires, Hormé, 1974.
- (1949): "Observaciones sobre la relación entre la homosexualidad masculina y la paranoia, ansiedad paranoide y narcisismo", *ibíd.*
- (1950): "Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas", *ibíd.*
- (1952a): "Observaciones sobre el psicoanálisis del conflicto del superyó en un paciente esquizofrénico agudo", *ibíd.*
- (1952b): "Fenómenos transferenciales y análisis de la transferencia en un caso de esquizofrenia catatónica aguda", *ibíd.*
- (1955): "Una investigación sobre la necesidad de 'acting out' en los pacientes neuróticos y psicóticos durante el análisis", *ibíd.*
- Segal, H. (1950): "Some Aspects of the Analysis of a Schizophrenic", *Int. J. Psycho-Anal.*, 31.
- (1956): "Depression in the Schizophrenic", *Int. J. Psycho-Anal.*, 37.
- Winnicott, D.W. (1931): *Disorders of Childhood*, Londres, Heinemann.
- (1945): "Primitive Emotional Development", en *Collected Papers*, Londres, Hogarth.
- (1953): "Psychoses and Child Care", *ibíd.*

MELANIE KLEIN OBRAS COMPLETAS PAIDOS

"En este tercer volumen de sus Obras Completas, se han incluido todos los trabajos de Melanie Klein escritos entre 1946 y la fecha de su muerte, 1960, con una única excepción: Relato del psicoanálisis de un niño, que se publica por separado como volumen IV.

A diferencia de los que componen el volumen I (en su mayoría aparecidos originalmente en Contribuciones al psicoanálisis), estos trabajos no habían sido hasta ahora publicados en conjunto. Algunos aparecieron en dos libros colectivos: Desarrollos en psicoanálisis y Nuevas direcciones en psicoanálisis. Envidia y gratitud era en su origen una monografía, y otros integraron una publicación póstuma titulada El sentimiento e la soledad y otros ensayos.

Ademas, como están dirigidos a psicoanalistas en ciertos casos y a un público no especializado en otros, no presentan la homogeneidad que caracteriza al contenido de los restantes volúmenes. Son, sin embargo, el fruto de la etapa más madura de la actividad profesional de Melanie Klein, y varios de ellos son de primerísima importancia para el estudioso de la obra kleiniana.

Al igual que en los volúmenes I y II, en la parte final de éste se han agregado «Notas aclaratorias» cuyo propósito es señalar la posición de cada uno de los temas principales en la evolución del pensamiento de Melanie Klein. Por ultimo, en el Apéndice se reproducen, por considerarlos de interés histórico, una Introducción y dos Prefacios escritos por Ernest Jones para ediciones anteriores."

("Prefacio", de R.E. Money-Kyrle)

Melanie Klein. Obras Completas.

- 1 ♦ Amor, culpa y reparación
- 2 ♦ El psicoanálisis de niños
- 3 ♦ Envidia y gratitud
- 4 ♦ Relato del psicoanálisis de un niño

ISBN: 978-607-7626-13-8

